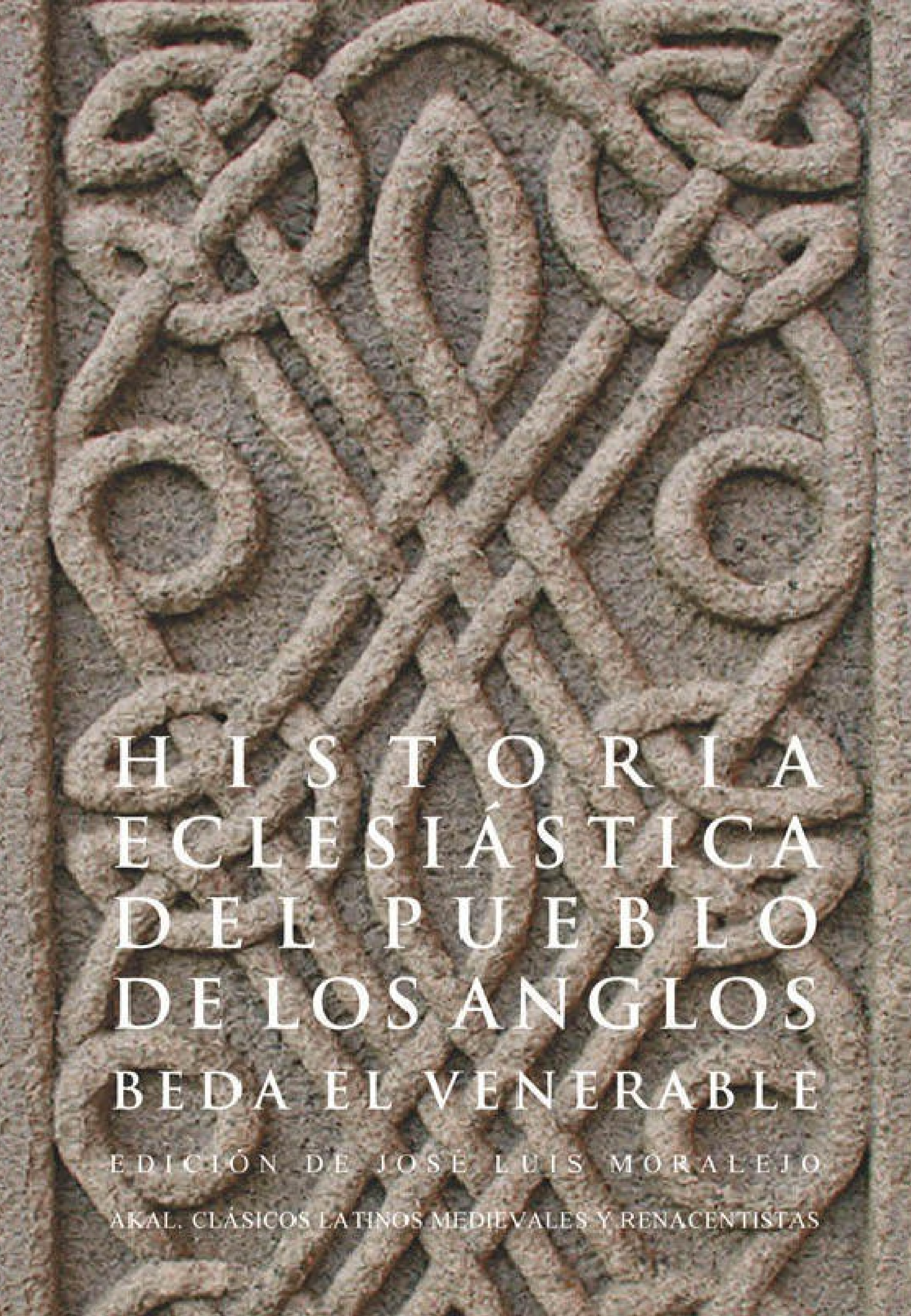


HISTORIA ECLESIÁSTICA DEL PUEBLO DE LOS ANGLOS

BEDA EL VENERABLE

EDICIÓN DE JOSÉ LUIS MORALEJO

AKAL. CLÁSICOS LATINOS MEDIEVALES Y RENACENTISTAS

Akal / Clásicos Latinos Medievales y Renacentistas / 28

Beda el Venerable

Historia eclesiástica del pueblo de los anglos

Edición de José Luis Moralejo



Diseño de portada
Sergio Ramírez



Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3813-9

Introducción

1. Beda[1] el Venerable

A principios del siglo VIII no abundaban en Europa los hombres a los que con razón pudiera llamarse sabios; pero, si alguno lo merecía, tal era precisamente Beda (672-735)[2]. Por su saber y por su virtud la posteridad lo llamó «Venerable» y *Doctor mirabilis*. La Iglesia lo cuenta entre sus santos y doctores[3].

Beda pasó toda su vida en su monasterio, casi *natal,* de Wearmouth y Jarrow[4], en las orillas del río Tyne, en la provincia de Bernicia de la región de Northumbria o Northumberland, junto a la costa nordeste de Inglaterra, no lejos de la actual Newcastle, salvo alguna que otra excursión a los monasterios próximos, y siempre dedicado a los que, aparte el de su personal santificación, fueron sus tres grandes afanes: «aprender, enseñar o escribir»[5]. Nos dejó una vasta obra, dentro de la que siempre ha destacado esta *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos* (en lo sucesivo *HE*), con la cual introdujo a la que luego sería Inglaterra[6] en la historia escrita.

Sin embargo, podría decirse de Beda, como se ha dicho de Tito Livio, que es un «historiador sin historia», aunque por razones algo distintas: no nos faltan documentos sobre su vida, pero ésta parece haber sido sedentaria y apacible, carente de sucesos dignos de especial reseña. Él mismo, al final de la *HE,* terminada pocos años antes de su muerte[7], nos ofrece un *curriculum vitae[8]* que impresiona no menos por su sencillez que por el volumen del inventario de sus obras. A su familia sólo alude como a los *propinqui* (los parientes) que lo encomendaron al cenobio de Wearmouth[9]; pero está claro que era de estirpe anglosajona, según acreditan, entre otros datos, el dominio que en su *HE* muestra de la lengua de ese pueblo y el de su competencia para versificar en la misma[10].

Beda nació, pues, en las cercanías de Wearmouth (actual Monkwearmouth)[11], en el año 672 o 673, dado que en el 731, al concluir su *HE* (cfr. V 24, 2), estaba en el quincuagésimo noveno de su vida[12]. Cuando sólo contaba siete[13], como decíamos, fue confiado por su familia, para que le diera educación, a san Benedicto Biscop (*ca.* 628-690), fundador y primer abad de Wearmouth. Biscop también era un anglosajón de Northumbria, y de origen distinguido, pues, antes de abandonar el mundo, había sido *thegn* (algo parecido a los *spatharii* de nuestros reyes visigodos) de Oswiu, primero rey de Bernicia, luego de la Northumbria unificada y al fin *bretwalda[14]* de toda Britania. Tras varios viajes a Roma inspirados por su entusiasmo evangelizador, Biscop, ya convertido en monje, con la ayuda del rey Egfrido puso en pie, en el año 674, el monasterio de Wearmouth, a orillas del río Tyne. Poco después, hacia el 682, amplió su obra con la fundación del de San Pablo de Jarrow, a escasa distancia, que nunca dejó de formar una sola comunidad con Wearmouth[15]. Allí puso como abad a su discípulo Ceolfrido, al frente de una veintena de monjes entre los que algunos piensan que estaba el joven Beda.

En su ya citado *curriculum* (*HE* V 24), Beda nos cuenta que, desde su entrada en el claustro, se aplicó con todo su esfuerzo a la meditación de las Escrituras, a la observancia de la Regla[16] y al canto cotidiano en la iglesia. Anotemos, de paso, que el monaquismo anglosajón, a diferencia del irlandés, estaba lejos de los rigores penitenciales propios del oriental. Pero, seguramente llevado de su humildad, Beda omitió en su autobiografía, al menos, un episodio notable que podemos adivinar. Y es que en una anónima *Vida de Ceolfrido[17]*, el primer abad de Jarrow, con el que Beda había llegado desde Wearmouth, se nos cuenta que en cierta ocasión cayó una epidemia sobre toda aquella comarca y sobre el propio monasterio. Entonces sólo Ceolfrido y un muchacho (todavía un *puer*) sujeto a su pupilaje se mantuvieron en condiciones de cantar el oficio divino, lo que obligó al abad a reducir el rito prescindiendo de una parte de sus textos. Sin embargo, al cabo de una semana, descontento

con tal mutilación, Ceolfrido decidió volver como fuera al oficio tradicional y canónico. Y, así, entre él y su joven discípulo se las arreglaron para cantar de nuevo el oficio completo, hasta tener a quienes los ayudaran. La biografía no da el nombre del novicio, aunque sí cuenta que acabaría siendo presbítero en Jarrow; pero parece predominar la opinión de que se trataba precisamente del joven Beda[18].

Cuando iba a cumplir los diecinueve años, y siempre según su ya citado testimonio, Beda recibió la orden del diaconado, a una edad francamente temprana[19]; pero aún hubo de esperar a estar cerca de la treintena para ser ordenado como presbítero, en el año 702 o 703. Según ya había hecho desde tiempo atrás, consagró el resto de su vida a sus ya citados ideales de «aprender, enseñar o escribir», todos los cuales llevó adelante con sereno entusiasmo y frutos copiosos[20]. Su vida fue, en palabras de Colgrave y Mynors (p. XX), la de un típico «scholar-monk», al que podemos imaginar, también entre las brumas y breves días invernales de la Britania septentrional, leyendo, dictando y explicando los textos profanos y sagrados a un enjambre de atentos discípulos, para quienes, como antes para él, la lengua latina no era simplemente *an ancient language,* sino también, y desde el principio, *a foreign language[21].*

Beda no es muy explícito en cuanto a las actividades que, aparte del estudio, la docencia y la escritura, desempeñó durante la mayor parte de su vida: se limita a decir que desde su ordenación como presbítero hasta sus cincuenta y nueve años se dedicó de lleno –y ya no era poca tarea– a escribir las muchas obras que a continuación enumera. Sin embargo, hay que dar por supuesto que, de acuerdo con el lema monástico de *ora et labora,* llegado el momento, no dejó de ceñirse y remangarse para ejercer trabajos manuales, que seguramente no faltaban en un monasterio que todavía estaba en construcción[22].

Pero en Wearmouth-Jarrow también se realizaban tareas de mayor nivel intelectual. Así, de su *scriptorium* salieron excelentes copias de manuscritos antiguos. Entre ellas estaba sin duda el monumental *Codex Amiatinus,* el más antiguo ejemplar completo de la Vulgata, hoy conservado en la Biblioteca Laurenziana de Florencia[23], que en el año 716 el abad Ceolfrid se llevó como obsequio para el papa al marchar a Roma, donde *plenus dierum* esperaba acabar su vida; pero el viejo abad no llegó a la Ciudad Eterna, pues murió en Langres (en el actual departamento francés de Haute-Marne). No cabe duda de que la marcha y la muerte *in terra aliena* de su maestro y tutor supusieron para Beda una dura prueba[24].

Aún más cortos fueron los viajes del propio Beda, que, como decíamos, se limitaron a la visita de algunos centros eclesiásticos cercanos; así, al monasterio de Lindisfarne y al de Santa María de York[25].

La vida de Beda no fue larga[26], y –*felix qui potuit…!*– parece que nunca desempeñó cargos de gobierno; pero no cabe duda de que siempre disfrutó de una alta consideración entre los estamentos eclesiásticos y civiles de la Britania de su tiempo. De sus últimos días tenemos un precioso documento en una carta de su discípulo Cuthberto, más adelante abad de Wearmouth y Jarrow, que puede verse como apéndice a nuestra traducción[27]. Sabemos por ella que Beda mantuvo su actividad de maestro hasta última hora. En la primavera del año 735, cuando contaba sesenta y dos o sesenta y tres años, su salud comenzó a declinar y él presintió que llegaba su hora. De ahí que se cuidara de concluir las tareas que tenía pendientes con sus escolares, mientras, entre frecuentes lágrimas, cantaba salmos y antífonas, así como un himno sobre el destino final del hombre que es la única de sus obras escritas en lengua anglosajona que ha llegado hasta nosotros. También intentó llevar a término algunos trabajos de traducción y comentario de textos que tenía entre manos.

La muerte le llegó apaciblemente el 25 de mayo del año 735, día de la Ascensión del Señor, mientras, tendido en el suelo de su celda, cantaba el *Gloria Patri*. Fue sepultado en la iglesia de su monasterio y en el siglo XI trasladado, al parecer mediante un *pío latrocinio,* a la catedral de Durham, donde su tumba sigue siendo objeto de veneración, pese a que en 1541 la furia protestante dispersó sus restos. Su fiesta acabó fijándose en el 27 de mayo, para evitar la coincidencia con la de su admirado san Agustín de Canterbury, primer evangelizador de los

anglosajones.

2. La obra de Beda

Como antes apuntábamos, una de las primeras cosas que impresiona a quien se acerca a la figura de Beda es la extensión de su obra escrita, que llena los volúmenes 90 a 95 de la *Patrologia Latina* de Migne[28], y no menos llama la atención lo amplio del espectro de la misma, que abarca casi todos los saberes conocidos de su tiempo e incluso algunos casi olvidados por entonces. Además, en razón de la enorme autoridad de la que Beda disfrutó en los siglos posteriores, comparable a la de los grandes Padres de la Iglesia, al conjunto de sus obras auténticas se adhirió una cierta cantidad de *pseudepigrapha*[29].

En el ya aludido *curriculum* que cierra la *HE* (V 25, 2), Beda da una relación de sus obras escritas hasta el año 731, cuatro antes de su muerte. La lista contiene 30 epígrafes, a los que hay que sumar, cuando menos, otros nueve de obras que no nombra pero que se le pueden atribuir con seguridad[30]. El inventario que da la *Clavis Patrum Latinorum* de Dekkers ronda los 50 epígrafes.

La amplia y variada obra de Beda podríamos clasificarla sumariamente en cuatro apartados: 1) escritos didascálicos, 2) escritos histórico-biográficos, 3) escritos teológico-exegéticos y 4) escritos poéticos. Obviamente, no ha lugar aquí a enumerar y comentar todos y cada uno de ellos, pero sí a reseñar los principales dentro de cada apartado.

2.1. Los escritos didascálicos

Como maestro que ante todo fue, Beda se preocupó mucho de proporcionar a sus alumnos *libros de texto* adecuados para el estudio de las diversas disciplinas. Esa preocupación lo acompañó hasta sus últimos días, según atestigua la carta donde los narra su discípulo Cuthberto[31]: estaba por entonces haciendo una traducción al anglosajón del evangelio de san Juan, y unos extractos del llamado *Liber Rotarum* de san Isidoro (el *De natura rerum*), y esto –decía– porque «no quiero que mis hijos lean mentiras y que en ellas trabajen tras mi muerte sin provecho alguno».

De entre las obras que Beda dedicó a las *artes* de la escuela, podemos citar el *De orthographia,* el *De arte metrica,* muy utilizado en la posteridad, y el *De schematibus et tropis,* que está a caballo entre la retórica y la exegética, dado que se centra en las figuras de dicción que se observan en la Sagrada Escritura[32]. Están luego los escritos concernientes a las ciencias naturales y exactas: el *De natura rerum*, y los varios concernientes a la *computística,* es decir, al cálculo astronómico de la recurrencia de la Pascua (tema que, como veremos, llegó a ser una obsesión para Beda), y también a la fijación y desarrollo de la era cristiana, que Beda había adoptado siguiendo a Dionisio el Exiguo. Se trata de los libros *De temporibus* y *De ratione temporum,* los cuales ya ponen un pie en el ámbito de la historiografía por contener en su parte final sumarios de los principales acontecimientos de la historia, sacados en buena parte de las *Etimologías* de san Isidoro. Por ello se lo conoce también como *Chronica maiora* y *Chronica minora,* respectivamente.

2.2. Los escritos histórico-biográficos

En este capítulo, como puede suponerse, hay que hacer caso aparte de la *HE*, de la que luego nos ocuparemos. Pero además Beda hizo otras interesantes contribuciones a la historiografía de su tiempo, sobre todo en la forma de piadosas biografías de sus predecesores en el monacato anglosajón; así, sobre todo, la *Historia sanctorum abbatum monasteriorum in Wiremutha et*

in Gyruum, dedicada, naturalmente, al fundador de Wearmouth, Benedicto Biscop, a Ceolfrido, quien se hizo cargo de Jarrow y a sus sucesores. Beda consagró además otro relato hagiográfico a san Cuthberto, obispo de Lindisfarne, del que también habla ampliamente en la *HE.* Esta biografía, como el propio Beda anota en su lugar[33], la redactó como un *opus geminum* o *geminatum,* con una versión en prosa y otra en verso. Beda cita también, entre otras obras hagiográficas, una *Vita sancti Felicis* y un opúsculo que no se ha conservado: el *Liber vitae et passionis sancti Anastasii,* que en realidad era una mala traducción del griego que le había caído entre las manos y que él se propuso corregir.

En fin, a este capítulo podría adscribirse también su *Liber de locis sanctis*, una especie de guía de Tierra Santa, en la línea de los ya consagrados *itineraria[34]* de peregrinación, que, según él mismo nos cuenta[35], escribió con las noticias que de su visita a los Santos Lugares le había proporcionado personalmente el obispo Adamnan. Así, al menos con la imaginación, el Venerable pudo viajar a aquellos parajes que tanto amaba.

2.3. Los escritos teológico-exegéticos

La amplia obra teológica de Beda versa mayoritariamente sobre la interpretación y comentario de la Sagrada Escritura[36]. Gran parte de los escritos a reseñar aquí asumen la forma tradicional del comentario, aunque también hay dos libros de *Homilías al Evangelio*. Además, algunas de sus cartas conservadas, unas doce, también tienen contenido exegético.

Los comentarios de Beda abarcan un tercio de los libros del Antiguo Testamento y casi la mitad de los del Nuevo[37]. En todos ellos muestra un detallado conocimiento de la patrística precedente y en algún caso se limitó a confeccionar extractos de ella. Entre los comentarios veterotestamentarios cabe señalar los que dedicó al *Génesis*, al *Libro de Samuel* y a los demás históricos; a los profetas Esdras, Nehemías y Habacuc, al *Libro de Tobías,* al de los *Proverbios* y al *Cantar de los Cantares*. Beda escribió además un par de monografías complementarias a estos comentarios: *De tabernaculo et uasis eius ac uestibus sacerdotum* y *De aedificatione templi allegoricae expositiones.* Del Nuevo Testamento, Beda comentó los *Evangelios de Lucas y Marcos,* los *Hechos de los Apóstoles,* las llamadas *Epístolas católicas* y las paulinas (éstas sólo en un florilegio extraído de san Agustín) y el *Apocalipsis,* incardinándose en una tradición de gran solera que arrancaba del donatista Ticonio.

2.4. Los escritos poéticos

Beda fue un poeta estimable –y no más– en latín y en su lengua anglosajona[38]. En esta última sólo se ha conservado una pequeña muestra en la carta de Cuthberto sobre los últimos días del Venerable, un fragmento de un *carmen* […] *de terribili exitu animarum e corpore[39].* Beda sería, pues, tras el piadoso y casi legendario bardo Caedmon, del que nos habla en *HE* IV 22, el primer poeta inglés conocido.

Mucho más amplia es la producción poética de Beda en latín que ha llegado hasta nosotros, aunque, al parecer, sólo es parte de la que escribió[40], y también una buena porción de ella deriva de su perenne meditación de las Escrituras. Sin embargo, Beda «no era un gran poeta; por lo general sus versos tienen el sabor de la mesa del estudioso, y en ellos se encuentra poco de poesía»[41].

Como ya hemos dicho, tenemos una versión métrica de la *Vita Cuthberti*. Además en su *curriculum* literario de *HE* V 24, 2, Beda reseña un *Liber epigrammatum* del que nada conservamos, y un *Liber hymnorum diverso sive rhythmo[42]* que, en principio, corrió la misma mala suerte, si no fuera porque en el siglo XVI se rescataron de un manuscrito hoy perdido 11 himnos transmitidos, y probablemente con razón, bajo el nombre de nuestro autor[43]. Están, en el metro más

tradicional de ese género latino-cristiano, el dímetro yámbico en estrofas de a cuatro, y entre ellos cabe destacar el *De opere sex dierum primordialium et de sex aetatibus mundi,* que recuerda, por cierto, a uno de los temas preferidos del ya citado Caedmon. Varios otros de los himnos, y como también era típico del género, están consagrados a fiestas señaladas de la Iglesia. No se sabe si formaba parte de ese libro su himno a santa Eteldreda, abadesa de Ely, en dísticos elegíacos, que incluyó en *HE* IV 18, 2.

También conservamos el poema de tema escatológico –tan caro a Beda– «*De die iudicii*», en hexámetros. Tenemos, en fin, varias versificaciones de Salmos[44].

No hemos hecho capítulo aparte de las cartas conocidas de Beda, a las que él mismo se refiere cuando habla de un *liber epistularum ad diversos* (V 24), pues no son muchas y algunas, por su asunto, pueden considerarse subsumidas en el apartado teológico-exegético. Pero sí haremos mención particular de la que dirigió a su discípulo el obispo Egberto de York, que, según Brunhölzl[45], es su «testamento espiritual» y tal vez su última obra conservada[46].

3. La Historia eclesiástica del pueblo de los anglos

3.1. La obra en su tiempo y en su género

Como antes decíamos, la *HE* introdujo a la que más adelante sería Inglaterra[47] en la historia escrita. Sin embargo, conviene fijarse en que el título de la obra hace referencia a una nación, a una *gens,* en su sentido propio de «pueblo», y no en el de «país» o de «Estado». Y es que bajo el término *Angli*[48] Beda incluye a todo el conglomerado, por lo demás no muy heterogéneo, de los pueblos germánicos (anglos, sajones y jutos) que a mediados del siglo v se habían asentado en la Britania hasta entonces céltica. Por entonces aún eran los pueblos los que daban nombre a los territorios, y no a la inversa, como generalmente ocurre en la actualidad[49].

La *HE,* aunque vertebrada por el proceso de cristianización de los anglos, se alinea sin mayor dificultad con un género bien tipificado por los estudiosos de la literatura latina medieval: el de las *historias nacionales*[50], por medio de las cuales los nuevos reinos surgidos de las invasiones bárbaras se fueron haciendo un lugar en la gran crónica de Europa. Como primera manifestación de esa tradición podría considerarse la perdida *Historia de los godos* de Casiodoro, escrita en la primera mitad del siglo vi y que sólo conocemos por el resumen que con el mismo título publicó algo después Jordanes[51], un eclesiástico de origen godo o alano que vivió en Italia y en Constantinopla. De mayor aliento es la *Historia de los francos* de Gregorio de Tours, escrita a finales de ese mismo siglo y que ya es una verdadera historia nacional de la Francia merovingia[52]. De menor extensión y pretensiones, pero también de gran interés, son las *Historias de los godos, vándalos y suevos* de san Isidoro de Sevilla, de principios del siglo vii[53]. Saltando sobre la *HE* de Beda, hay que reseñar también la *Historia de los lombardos* de Paulo Diácono, monje de Monte Cassino y colaborador de Carlomagno, escrita a finales del siglo viii. Esa tradición historiográfica altomedieval puede considerarse como cerrada[54] con la *Historia Brittonum* que corre bajo el incierto nombre de un «Nennius» o «Ninnius», al parecer escrita por un autor galés en la primera mitad del siglo ix. Sin embargo, y como ya advertíamos, la *HE* también se incardina en una tradición de *historia eclesiástica* propiamente dicha, que remonta al obispo palestino Eusebio de Cesarea, quien publicó la suya, en griego, y fundó el género en época de Constantino, a principios del siglo iv. No mucho después la tradujo resumida al latín y la amplió Rufino de Aquileya.

Así, pues, cuando Beda acometió la tarea de escribir su *HE,* no disponía de un modelo exacto que imitar; pues lo que él pretendía era escribir una *historia eclesiástica*[55] pero circunscrita al pueblo anglosajón (algo equidistante entre la *Historia* de Gregorio de Tours y la de Eusebio-Rufino). Su *HE* estaba concebida, ante y sobre todo, como un «record of

salvation»[56], que dejara claros los designios de la Providencia al respecto del pueblo anglosajón.

3.2. La *Historia eclesiástica* como documento histórico[57]

> Nuestra imagen de Inglaterra en el siglo VII está inevitablemente determinada por una sola fuente: la *Historia eclesiástica del pueblo de los angl*os de Beda, completada en el año 734. Esto, a un tiempo, le da vivacidad y la hace problemática. Porque Beda era un escritor muy hábil e inteligente que tenía sus propios proyectos; sólo sabemos lo que decidió contarnos y apenas tenemos documentos escritos frente a los que contrastar su interpretación de los acontecimientos. La narración de Beda se centra en lo que para él era el único punto de interés: el progreso del cristianismo entre los anglos. La construyó desde una perspectiva muy personal: la de mostrar que su pueblo, los anglos, la *gens Anglorum*, y sobre todo su particular rama de ese pueblo, los nortumbros, habían sido llamados por Dios a un papel especial en la historia de la salvación. Eran un nuevo Israel […].

Estas palabras de un reciente estudio de A. Thacker[58] nos pueden ayudar a percatarnos de la importancia de Beda como historiador de la Britania anglosajona[59], pero también de su condición –dicho sea con todos los respetos– de *historiador militante;* ante todo, naturalmente, en favor de la evangelización de Britania, columna vertebral de su *HE[60]*; además, de una cierta misión histórica del pueblo de los anglos –en contraste con el letargo en que opinaba que habían caído los britanos ya antes cristianizados[61]– y, en fin, en favor del destino singular que en aquella ocasión histórica entendía que estaba asignado a su reino natal de Northumbria[62]. Es obvio que esos *prejuicios historiográficos* pudieron llevarlo eventualmente, si no a deformar, sí a seleccionar los acontecimientos que se iban a relatar, o bien a contemplarlos bajo una luz más o menos benigna, según los casos. Así, se le ha reprochado a Beda la omisión de toda referencia a dos figuras capitales del cristianismo insular: la de san Patricio, evangelizador de Irlanda a principios del siglo V, y la de san Bonifacio (Winfrido), coetáneo suyo, aunque natural de Wessex, apóstol de los germanos continentales. Sin embargo, no es fácil que el lector dude de la radical buena fe de Beda[63] cuando, de antemano, se somete a su crítica; aunque también declare que, conforme a la *uera lex historiae,* «simplemente hemos procurado poner por escrito para instrucción de la posteridad lo que hemos recopilado de cuanto la fama cuenta»[64]; es decir, no garantiza la veracidad de todas y cada una de las cosas que narra. Pero, desde luego, lo que nadie discute a la *HE* es su condición de fuente capital para la historia de la Britania de entre los siglos VI y VIII.

La novedad más llamativa que la *HE* de Beda introduce en la historiografía europea es la de la adopción de la era cristiana que, como veíamos, ya empleaba en sus obras computísticas (los llamados *Chronica*). Muchos siglos habían de pasar hasta que en otros territorios de la Europa Medieval ese cómputo cronológico, actualmente universal, sustituyera a otros más antiguos como el de nuestra era hispánica[65], o a otros no menos tradicionales basados en los años de los emperadores romanos, y luego sólo bizantinos, en los de los reyes anglosajones, o en las poco prácticas *indicciones* imperiales o pontificias, que el propio Beda no deja de anotar en muchos lugares de su *HE*.

Como es sabido, la era cristiana tomaba pie en los cálculos que en la primera mitad del siglo VI había hecho Dionisio el Exiguo, un monje de origen escita asentado en Roma. Además de traducir al latín no pocos textos griegos de interés, sobre todo canónicos, Dionisio escribió un libro *Sobre la Pascua*, en el que, al tiempo que trató de de un asunto de candente actualidad y, como veremos, tan caro a Beda como el de la fijación de la fiesta móvil de la Pascua cristiana, estableció la fecha de la Natividad de Cristo en el año 754 de la fundación de Roma; un cómputo que, pese a estar errado por cierto retraso[66], acabaría por imponerse como sistema cronológico universal, y en ello la *HE* de Beda tuvo no poco que ver.

Sobre la base de esa nueva cronología, y no sin algunas inexactitudes, se estructura la *HE,* pero no precisamente año por año, al modo de la antigua *analística* romana, sino más bien conforme a un más flexible sistema «cronístico»[67], el cual, aunque siguiendo habitualmente

el curso natural del tiempo, tampoco se somete a él de manera estricta.

Como de inmediato veremos, Beda se reserva acontecimientos de especial importancia para iniciar los libros de su *Historia*, sin atenerse a los *números redondos,* aunque el lector podrá observar que la cronología según los años de Cristo recurre con frecuencia como para recordarle el momento justo en que se halla. La *HE* se abre con la carta prefacio al rey Ceolwulfo de Northumbria en la que el autor da cuenta de sus principales informadores y de sus fuentes. Como era de rigor desde antiguo, el libro I comienza con una presentación geográfica de la isla de Britania, seguida de un resumen de su historia desde que los romanos llegaron a ella por vez primera bajo el mando de Julio César, en el año 55 a.C., hasta la invasión anglosajona de en torno al 450 (I 1-22). Y al fin, en I 23 «comienza el verdadero asunto de la obra de Beda»[68], con la misión enviada a Britania por el papa san Gregorio I Magno, bajo el mando de Agustín de Canterbury, en el año 597. El resto del libro I apenas pasa del final del siglo VI; un trecho no largo pero denso en acontecimientos, pues, además de la misión de Agustín y sus compañeros romanos, incluye el inicio de la conversión de los anglos, con la de Etelberto y su reino de Kent. Además, Beda empleó no pocas páginas del libro en la reproducción de documentos contemporáneos, sobre todo de las *Responsiones* del papa a diversas consultas morales y disciplinares que Agustín le había formulado. El libro se cierra con la victoria del rey Etelfrido de Northumbria sobre los escotos (los pueblos británicos de origen irlandés) en el año 603.

Abre el libro II un suceso importante: la muerte del papa san Gregorio en el año 604. Beda rinde homenaje a la memoria del que considera como *noster apostolus,* extendiéndose en el recuerdo de su vida y de sus escritos. Viene luego, en el 616, la muerte de Etelberto de Kent (V 5), el primer rey cristiano de la isla, tras la cual sus sucesores y parte de su pueblo se dejaron llevar por un tiempo a la apostasía. Beda trata después un asunto para él de primer orden: la conversión de su Northumbria natal y de su rey Edwin gracias a la predicación del misionero Paulino (II 9 ss.). Y en ese contexto el lector se encontrará con uno de los más bellos y famosos pasajes de la obra: aquel en el que uno de los notables a los que Edwin consulta sobre la conveniencia de la conversión compara la vida del hombre con el fugaz vuelo de un pajarillo que en una noche de invierno cruza por una sala iluminada y caldeada (II 13, 3). Siguen la evangelización del reino de East Anglia y del pequeño reino de Lindsey (II 15 ss.), y cierra el libro la muerte de Edwin, en el 633, en el campo de la batalla de Hatfield, cuando luchaba contra la invasión del britano Cedwalla, cristiano pero desalmado, y de Penda de Mercia, todavía pagano e igualmente cruel (II 20).

El libro III comienza recordando la apostasía de los sucesores de Edwin y relatando el retorno de Northumbria a la fe por obra del piadoso rey san Oswaldo, el primero que hizo de las provincias de Deira y de Bernicia un único y verdadero reino (III 1-6). Se intercalan luego una nueva conversión, la de los sajones occidentales (el reino de Wessex), y el retorno de Kent a la fe abandonada. Después vemos cómo la furia de Penda de Mercia volvió a caer sobre Northumbria, causando la muerte del buen Oswaldo en la batalla de *Maserfelth* (III 9). El trágico suceso proporciona a Beda la oportunidad de ponderar su santidad y los milagros logrados por su intercesión. Tras varias anécdotas de carácter primariamente eclesiástico, nos encontramos con la conversión de la East Anglia, cuyo nuevo rey Sigeberto ya había sido bautizado durante su exilio en la Galia (II 18), y algo más adelante con la de los llamados anglos medios. Por entonces también volvió a la fe el reino de Essex, por influencia de Oswiu de Northumbria. Asimismo fue él quien logró poner fin a las sangrientas correrías de Penda de Mercia, con el que acabó en el campo de batalla, y así también este reino aceptó el Evangelio (III 24). A continuación leemos cómo se planteó abiertamente una vieja polémica latente, por la que Beda llegó a mostrar un interés casi obsesivo: la de la fijación de la fecha de la Pascua, en la que dos sectores de la Iglesia de Britania, el de procedencia irlandesa (los *Scotti*) y el de los britanos, no seguían la observancia romana. Se reunió un sínodo para tratar del asunto, y el obispo irlandés Colmán, derrotado en él, se fue con los suyos (II 26).

El libro IV se abre con otro suceso importante: el del gran refuerzo que para la misión de Britania supuso el envío por el papa Vitaliano, en el año 668, del obispo Teodoro de Tarso y del abad Adriano, llamados a ser dos grandes puntales de la evangelización y de la organización de la Iglesia británica. Lo fueron especialmente en el ámbito de las escuelas, en las que pusieron en marcha el estudio sistemático de las Escrituras y también de materias profanas como la métrica y la astronomía (IV 2.). Teodoro se había aprestado con diligencia a su nueva tarea y, tras una visita general a la Iglesia de la isla, convocó, en el 670, un sínodo en Hertford, cuyas actas, redactadas por él mismo, nos transmite la *HE* (IV 5). Tras una serie de anécdotas eclesiásticas y políticas, y una sección dedicada a relatos taumatúrgicos y hagiográficos, la *HE* (IV 13) nos da cuenta de la evangelización del reino de Sussex por obra del obispo Wilfrido, ejemplo de *misionero civilizador*, que no sólo se cuidó de las almas de aquellas gentes sino también de su sustento corporal, enseñándoles a pescar en el mar (pues antes sólo pescaban anguilas en sus ríos). En fin, así llegó también el Evangelio a la isla de Wight, último reducto del paganismo entre los anglos (IV 14). Siguen el relato de otro sínodo, el de Hatfield, convocado por Teodoro para conjurar las posibles consecuencias de la herejía eutiquiana (IV 15), y un nuevo apartado hagiográfico sobre la santa reina Eteldreda y la abadesa Hilda. Nos encontramos después el hermoso relato de la vocación poética del rústico y piadoso vate Caedmon, el primer poeta anglosajón de nombre conocido y obra conservada (IV 22). La parte fundamental del resto del libro está dedicada a la vida y milagros de san Cuthberto, del que, como veíamos, Beda había compuesto ya una biografía en prosa y otra en verso. Con la muerte del santo, en el 687, concluye el libro.

Al principio del libro V tenemos otra serie de relatos taumatúrgicos, esta vez a cuenta de Etelwaldo, sucesor de Cuthberto, y del obispo Juan de Beverley. Sigue la edificante historia del rey Cedwalla, quien abandonó el trono de Wessex para irse a Roma, donde murió. También, en el 690, murió el arzobispo Teodoro de Tarso, rodeado de la veneración de todos (V 8). A continuación viene una interesante reseña de las iniciativas anglosajonas para evangelizar a los pueblos paganos de Germania, sobre todo por obra de Swidberto y Willibrord, aunque, curiosamente, Beda no menciona a san Bonifacio, el que más se distinguió en aquella empresa (IV 9-11). Tras un intermedio de *miracula* escatológicos, nos llega la buena noticia de que buena parte de los escotos (irlandeses) aceptaron el rito romano de la Pascua por la acción del obispo Adamnan. Y ello da ocasión a Beda para hablar de los viajes a los Santos Lugares que aquél había hecho y para introducir en su relato la descripción de los principales de ellos, que más ampliamente había tratado en su opúsculo *De locis sanctis* (IV 15 ss.). Nos habla luego de otra figura ilustre: el escritor Aldhelmo de Malmesbury. En IV 21 cuenta Beda cómo los pictos, habitantes de la actual Escocia, ya cristianizados, pidieron a los anglos arquitectos para construir iglesias e instrucciones para la recta observancia de la Pascua, lo que le da ocasión para incluir una larga y prolija carta de respuesta del abad Ceolfrido, uno de sus maestros (IV 21). Al fin, también el reducto *escoto* de la isla de Iona acepta la Pascua romana, y así llega Beda a sus propios días y al final de su *HE* (el año 731), que cierra con una retrospectiva de los principales acontecimientos narrados en ella, con el *curriculum vitae* ya repetidamente citado, y con una emocionada plegaria:

> Y a ti te ruego, buen Jesús, que a quien propicio le has concedido beber con tanto gusto las palabras de Tu sabiduría también le concedas benigno algún día llegar a Ti, fuente de toda sapiencia, y permanecer por siempre ante Tu faz[69].

3.3. Las fuentes de la *Historia eclesiástica*

La *HE* es una crónica bien documentada, aunque su autor no siempre cite expresamente las fuentes que utilizó. Crépin (I, p. 40), con palabras del propio Beda (V 24, 2), las clasifica en *litterae antiquorum, traditio maiorum, sua cognitio;* es decir: obras antiguas, relatos tradicionales y

averiguaciones propias.

No faltaba en Wearmouth-Jarrow una buena biblioteca, gracias a los desvelos del propio Benedicto Biscop, quien en sus viajes a Roma y a la Galia había hecho acopio de libros, y también a los del abad Ceolfrido[70]. Y así, para su prólogo geográfico y para la historia de la Britania anterior a la llegada de Agustín y sus misioneros, Beda pudo valerse de las obras de Plinio el Viejo, Solino, Eutropio, Vegecio, Próspero de Aquitania y, sobre todo, de la del hispano Orosio, cuyas *Historiae aduersus paganos* tuvieron en la latinidad insular un éxito tan temprano como duradero. Además, Beda disponía de un ejemplar del *Liber Pontificalis*, una colección de biografías de los papas iniciada, al parecer, en el siglo II y luego progresivamente ampliada hasta el final de la Edad Media. Para los acontecimientos concernientes a la invasión anglosajona y subsiguientes, Beda hubo de echar mano del *De excidio Britanniae,* escrito por el britano Gildas a mediados del siglo VI. Además, en esos capítulos iniciales también se valió, al menos, de dos *Vitae sanctorum:* la de san Albano (en I 7) y la de san Germán de Auxerre de Constancio de Lyon (en I 17).

Al respecto de las fuentes empleadas en el cuerpo propiamente dicho de la *HE*, Beda nos brinda cierta información en su carta-prefacio. Por de pronto, y al respecto de sus averiguaciones mediatas, *suum cuique tribuit* cuando declara que debía al abad Albino de Kent, discípulo directo de Teodoro y Adriano, buena parte de su información oral y escrita, que remontaba a los primeros tiempos de la evangelización. En esa transmisión de noticias –nos cuenta– medió el clérigo londinense Nothelmo, con el tiempo arzobispo de Canterbury y también santo, que además hizo a Beda el gran servicio de copiar para él en Roma correspondencia y documentación concernientes a la Iglesia de Britania. Otros informantes autóctonos más o menos directos que Beda nombra son el obispo sajón Daniel, los monjes de Lastingham, el abad Eisi de East Anglia, el obispo Cineberto de Lindsey y otros (cfr. Brown, 2010, p. 191). También tenía Beda el *Libellus responsionum*, con las ya aludidas respuestas de san Gregorio Magno a Agustín de Canterbury, que reproduce en I 27.

Se ha señalado muchas veces la importancia que Beda concede en la *HE* a los sucesos milagrosos, algo natural en quien trataba de dejar claro a sus lectores la *trama providencial* subyacente a los hechos que narraba, y en particular considerando que, «en un tiempo en que el martirio era raramente alcanzable como camino de la santidad, la acción de los milagros era un buen sucedáneo»[71]. Obviamente, en ese punto Beda hubo de disponer, además de las informaciones personales a las que él mismo alude a menudo, citando sus fuentes, y de relatos tradicionales, de unos ciertos *modelos* del género, ante todo, obras literarias hagiográficas, entre las que se ha apuntado especialmente a los *Diálogos* de su admirado Gregorio Magno, a las del poeta italomerovingio Venancio Fortunato y a la *Vida de san Martín* de Sulpicio Severo[72].

Son bastantes otros documentos los que Beda recoge o resume en la *HE;* así, las actas de varios sínodos, las vidas de varios santos o eclesiásticos notables. Además, no cabe duda de que se valió de bastantes otras informaciones escritas y orales, a cuyos autores incluso cita en ocasiones nominalmente. Entre ellas hay que pensar en episcopologios, listas de reyes y genealogías[73], e incluso en relatos tradicionales de transmisión oral, y tanto anglosajones como célticos[74].

3.4. La lengua y el estilo

Como antes decíamos, para Beda y para los demás letrados insulares (irlandeses y británicos[75]) de su tiempo, la lengua latina era desde un principio *a foreign language* y no simplemente *an ancient language* como era para la mayor parte de los autores continentales[76], criados y educados en tierras de la Romania y por ello mismo hablantes natos, si ya no del latín, sí de una lengua derivada de él. Éste es un factor que se ha de tener en cuenta al

ocuparse de esa que se ha llamado *latinidad insular.* En efecto, y como también apuntábamos, ese hecho establecía con respecto a la lengua objeto de aprendizaje una mayor distancia que, al tiempo que dificultaba la tarea, evitaba la tentación del *macarronismo*[77]. Y así, como se sabe, en la periferia no románica de Europa, e incluso en la ni siquiera romanizada –caso de Irlanda–, surgió una latinidad muy estimable. Cierto es que esa lejanía de partida con respecto a la lengua latina no dejó de producir algunos frutos pintorescos, como los que nos ofrecen los *Hisperica Famina*, una extravagante colección de textos, al parecer ejercicios escolares, escritos hacia mediados del siglo VII en algún monasterio irlandés (ya de la propia Irlanda, ya del oeste de Britania, ya incluso del continente). Su latín es una enrevesada mezcla de términos raros e incluso insólitos tomados de los *glosarios,* utilizados, por así decirlo, al revés[78], y se ha pensado que tal vez responde a «una reacción de círculos ilustrados contra la decadencia de la lengua»[79]. Sin embargo, no encontramos semejantes rarezas en la lengua de Beda[80], que, aparte de ser un competente gramático, seguramente enseñó latín durante toda su vida. De su lengua cabe decir que es sencilla pero pura[81]; no precisamente *clásica* pero sí, al menos, tan correcta y perspicua como la de los mejores autores de la latinidad tardoantigua, y bastante más pulida, por ejemplo, que la de Gregorio de Tours[82], autor, por lo demás, de altas dotes literarias.

Puestos a caracterizar al latín de Beda –algo que, hecho con todo detalle, trascendería con mucho el marco de estas páginas–, podríamos decir que corresponde a la rama surgida del tronco de la latinidad antigua con el renacimiento gramatical y literario del siglo IV y con los buenos autores de ese tiempo, como san Agustín, Orosio y Rufino[83], por citar sólo a algunos de los que sin duda imitó; una rama que se continúa en los primeros tiempos medievales en el latín conservador y hasta clasicista de san Isidoro y de los demás autores hispano-visigóticos, bien conocidos y apreciados entre los escritores insulares, y en el más *popular* pero todavía correcto de san Gregorio Magno. Por lo demás, que el latín de Beda, como correspondía a un gramático y a un maestro, fuera relativamente sencillo no supuso un obstáculo para que en él exhibiera también una estimable formación retórica, empleando con frecuencia las mismas figuras y tropos que con tanto afán estudiaría en la Sagrada Escritura, así como una acusada tendencia al empleo del hipérbaton[84].

En su muy reciente caracterización de la lengua de la *HE*, M. Lapidge[85] señala algunos rasgos sintácticos que la acercan a los autores medievales. Son rasgos que podemos genéricamente considerar como *vulgarismos* característicos del estadio del latín literario del que el medieval deriva sin solución de continuidad. Lapidge cita los siguientes: a) expansión de las construcciones con genitivo partitivo (tipo: *nemo Anglorum*); b) completivas a verbos *dicendi* y similares introducidas por *quod* o *quia*, en lugar de construcciones de infinitivo (tipo: *respondebant Scotti quia*); c) empleo de la conjunción *dum* con subjuntivo, invadiendo el terreno de *cum* (tipo: *dum… bellum gereret*), y d) expansión del ablativo de tiempo en construcciones en las que era de esperar el acusativo de duración (tipo: *imperium adeptus X et XVII annis tenuit*).

Se trata –decíamos– de concesiones a la lengua hablada que hace la lengua literaria tardía en el proceso de «avulgaramiento» (Mariner) que se considera característico de la misma, según, en general, confirman luego los resultados románicos.

Por nuestra parte, hemos podido observar en la lengua de la *HE* la presencia de algunos del mismo signo, como la perífrasis de *habeo* con infinitivo como sucedáneo del futuro. Así, en *HE* I 7, 3 leemos un *tu soluere habes* que nosotros no hemos dudado en traducir por «los pagarás tú»[86], y en III 22, 3 un *mori habes* que hemos traducido como «has de morir». También vale la pena fijarse en III 25, 11, donde leemos *habetis […] uos proferre aliquid […]?* («¿tenéis vosotros algo con que [para] demostrar […]?»), con un infinitivo de finalidad, construcción evidentemente *romanizante*. Ahora bien, ni en el caso de los rasgos señalados por Lapidge ni en el de los añadidos por nosotros tendría sentido hablar de *romanismos;* se trata, simplemente, de rasgos vulgares ya incorporados a la latinidad tardía de la que Beda depende, al margen de que anticipen ulteriores desarrollos románicos. En fin, también apunta Lapidge (2008, pp. LXXX

s.) a algunos *lapsus* de Beda en la atribución de género gramatical y en la formación de tiempos verbales; pero ni esas particularidades ni las anteriormente señaladas empañan la imagen de la latinidad pura, correcta y clara que antes le atribuíamos.

«El latín de Beda no muestra influencia alguna de la gramática del inglés», afirma Crépin (I, p. 29). Esto es sustancialmente cierto, pero no lo es del todo en un punto que no deja de plantear cierta dificultad al traductor. Nos referimos a los varios topónimos que en la *HE* aparecen, según la edición de Colgrave y Mynors, la que nosotros seguimos, en formas como *Adbaruae (id est ad Nemus)* o *Inderauuda (id est in silua Derorum)*. A la vista está que en uno y otro caso ha sido antepuesta a la forma anglosajona una preposición latina *(ad Baruae, in Derauda),* pese a que no se trata de sintagmas preposicionales de ablativo locativo, sino de nombres en funciones de nominativo y otros casos (así *monasterii quod uocatur Inderauda*). Pues bien, según nos explica Lapidge (2008, p. CXXI), esta singularidad deriva de una propia de la lengua anglosajona, en la cual se unía la preposición al nombre de lugar. El editor citado ha preferido separarlos en su texto, pero nosotros hemos seguido la praxis de Colgrave y Mynors.

3.5. La tradición manuscrita

El estado en el que el texto de la *HE* ha llegado nosotros ha sido calificado de «almost impecable» por la máxima autoridad moderna en la materia, R. B. A. Mynors[87]. En este apartado resumiremos los datos y conclusiones que a este respecto ofrece ese ilustre editor de la *HE*[88], sin perjuicio de recoger en su lugar las opiniones de los editores más recientes.

La excelente conservación de la *HE* no es ajena al hecho, insólito entre autores antiguos y no muy frecuente entre los medievales, de que en su tradición manuscrita tenemos códices prácticamente contemporáneos de su autor; algunos, incluso tal vez copiados por aquellos mismos «discípulos que se amontonaban en torno al lecho de muerte del maestro»[89] el día de la Ascensión del año 735.

Mynors paga a Plummer la deuda a la que éste tenía derecho, al reconocer la validez de su división de los códices de la *HE* en dos clases: el «tipo C» (para él *c*) y el «tipo M» (para él *m*), claramente separados por omisiones, transposiciones y algunos errores de copia. La clase *m* correspondería a una redacción más tardía[90] pero igualmente auténtica de la obra, por lo que es la que Mynors utiliza como básica, anotando en su caso las variantes de la clase *c*. Además, se da la curiosa coincidencia de que a esta última pertenecen todos los manuscritos insulares de la *HE*, mientras que casi todos los continentales se adscriben a la clase *m*.

Los códices fundamentales que se deben tener en cuenta dentro de la clase *c* son:

– K (Kassel, *Landesbibliothek*[91]), copiado en Northumbria a finales del siglo VIII. Pasó pronto a la abadía de Fulda. Sólo conserva los libros IV y V.

– C (Londres, *British Museum*), copiado en el sur de Inglaterra en la segunda mitad del siglo VIII.

– O (Oxford, *Bodleian Library*), copiado a principios del siglo XI.

Los manuscritos fundamentales de la clase *m* son:

– M (Cambridge, *University Library*), también llamado «manuscrito Moore», por el obispo de Ely que lo poseyó. Fue copiado en Northumbria en el año 737 o poco después.

– L (Leningrado[92], *Biblioteca Pública*), sin duda copiado en el propio Wearmouth-Jarrow antes del año 747. Plummer no llegó a conocerlo. A. Loewe –nada menos– conjeturó que en ese manuscrito tenemos un autógrafo del propio Beda[93].

– U (Wolffenbüttel, *Herzog-August Bibliothek*). Parece ser una copia carolingia de un original perdido procedente de Northumbria.

– E (Würzburg, *Universitätsbibliothek*). Copia carolingia, de la segunda mitad del siglo IX, posiblemente del mismo origen que el anterior.

– N (Namur, *Biblioteca Pública*). Copia del siglo IX realizada en el monasterio de St. Hubert, en las Ardenas.

Menciona luego Mynors algunos manuscritos fragmentarios de eventual interés pero todavía inexplorados para la historia del texto, que a continuación estudia con gran detalle rastreando la amplísima descendencia de los códices citados en los principales países de Europa (hasta un total de más de 70 códices); pero ése ya es asunto que rebasa los límites de esta reseña[94]. Sin embargo, el panorama diseñado por Mynors, ha sido objeto de algunos retoques por los editores posteriores.

3.6. Las ediciones de la *Historia eclesiástica*[95]

La *editio princeps* de la *HE* parece ser una publicada sin indicación de lugar ni fecha pero que ha sido identificada como obra del impresor H. Eggestein, de Estrasburgo, y datada entre los años 1475 y 1480. En el mismo volumen se publicó la traducción latina de Rufino de la *Historia ecclesiástica* de Eusebio de Cesarea. En 1500, y también en Estrasburgo, una y otra obra volvieron a aparecer en una reimpresión realizada por G. Husner y, en 1506, en Haguenau, también en Alsacia, en otra debida a S. Rynman. En Amberes, en 1550, se publicó la muy mejorada edición de J. Gravius (Amberes, 1550), surgida en el ambiente polémico de la Reforma y Contrarreforma, edición reimpresa en Lovaina (St. Valerius, para J. Welle, 1566) y en 1601 en Colonia (por Birckman para A. Mylius). En la *editio princeps*, a la que ya nos hemos referido, de los *Opera Omnia* de Beda, publicada por J. Herwagen en Basilea, a partir de 1563, también figuraba la *HE* (vol. III, 1566). Esa edición fue reimpresa en Colonia en 1612 y 1688. Entre tanto, la *HE* también había aparecido en algunos *corpora* de historiadores medievales publicados en Francia y en Alemania[96]. En Cambridge, en 1643, apareció la edición de A. Whelock, ya editor propiamente filológico, que amplió el espectro de los manuscritos consultados, y en 1681, en París, se publicó la del jesuita P. F. Chifflet.

Comenzó entonces la era de los editores británicos, encabezada por J. Smith, quien ya aplicó criterios propios de la moderna filología, y cuya edición fue publicada póstumamente (Cambridge, 1727). Buena parte de los editores del siglo XIX dependieron de la tarea por él realizada[97], y así se llegó, en 1896, al suceso que estableció, y para mucho tiempo, *un antes y un después* en la historia del texto de la *HE:* la aparición de la venerable edición de Plummer[98].

Charles Plummer (1851-1927) era entonces *fellow* y capellán del Christ Church College de Oxford; de ahí pasó luego al del Corpus Christi[99]. Aunque académicamente historiador, llevó a cabo con la *HE* y otros *opera historica* de Beda una minuciosa tarea filológica que dio como resultado un texto que «sin más puede ser descrito como definitivo», y esto según –nada menos– sir Roger Mynors[100]. Además, su eruditísimo comentario sigue siendo imprescindible para todo estudioso actual de la *HE.*

En 1969 se publicó en Oxford la edición crítica y bilingüe de Colgrave y Mynors[101], cuyo texto, según ya decíamos más arriba, se debe al segundo de ellos. Mynors, con la autoridad que le daba su indiscutido prestigio filológico, optó por un particular sistema ecdótico[102]: en lugar de recoger las lecturas de los muchos manuscritos de la obra, que por lo demás conocía muy bien[103], y a los que por entonces ya se había añadido el muy importante de Leningrado, se atuvo a la ya comentada distinción entre las clases *c* y *m* (es decir, otras tantas *recensiones*), ya bien documentada por PLUMMER, editando el texto de *m* (la clase más reciente) y anotando en su caso las variantes (fundamentalmente omisiones) de *c*. El propio Mynors advierte en nota[104] que tenía proyectada una edición con un aparato crítico propiamente dicho para el *Corpus Christianorum (Continuatio Mediaevalis),* edición que nunca llegó a

ver la luz. Sin embargo, de la mano de Mynors cualquier traductor puede estar seguro de que pisa sobre terreno firme, y tal ha sido nuestro caso[105].

En 2005 vio la luz un nuevo texto, y aún más propiamente crítico, de la *HE*, y también obra de un estudioso británico: el de M. Lapidge, de la Universidad de Cambridge, acreditado especialista en literatura latina insular, como parte de la muy completa edición bilingüe y comentada encabezada por A. Crépin en la colección *Sources Chrétiennes*[106]. La edición de Lapidge es crítica, pero, según él mismo aclara, *minor* en relación con la que por entonces ya tenía en preparación para la colección de la *Fundación Lorenzo Valla*, editada por A. Mondadori. Esa *editio minor* se basa en los tres manuscritos que Lapidge considera capitales dentro de la clase *m* (*L, M* y *B*), con la novedad de que rescata de la condición de *descriptus*, a la que lo había relegado Mynors, el último de los códices citados (*British Museum, Cotton Tiberius A. xiv*)[107]. Esa tríada de venerables códices podría derivar directamente del ejemplar de trabajo del propio Beda[108].

Entre tanto, y ya con un aparto crítico completo, y una magistral introducción, ha aparecido en dos volúmenes la *editio maior* de Lapidge[109] (Lapidge, 2008, 2010), con traducción italiana de P. Chiesa. De ella hemos procurado aprovecharnos en la medida en que lo ha permitido lo reciente de su aparición. Lapidge trata de reconstruir el texto del arquetipo que designa con la letra μ y que sería el ejemplar conservado en Wearmouth-Jarrow, directamente procedente de la copia de trabajo de Beda (ω). Y lo hace partiendo de los que considera como tres testimonios independientes y seis manuscritos: el ya citado códice M(oore) de Cambridge, el arquetipo de *L* y *B (β)*, de procedencia nortumbra, y el de *C, K* y *O (κ)*, copiado en Canterbury. Los desacuerdos entre las diversas ramas de la tradición no son graves, y el editor los resuelve por el criterio de la mayoría.

Posteriormente Lapidge[110] ha publicado un importante artículo en el que aborda las divergencias, aunque no graves, sí notorias, entre las familias de manuscritos *M (μ)* y *C (κ)* y, por así decirlo, redondea el *stemma* de los más antiguos testimonios manuscritos de la *HE*. Su tesis, minuciosamente razonada, es que la familia *M*, representada por los manuscritos copiados en Northumbria, es la más antigua y la más cercana a la *house copy* de la obra que se habría quedado en Jarrow-Wearmouth. En cuanto a las divergencias[111] que con respecto a *M* presenta la familia *C*, no serían, como algunos han creído, *variantes de autor* introducidas por el propio Beda al volver sobre su obra tras haberla concluido en el 731, sino alteraciones introducidas en la *house copy* de Canterbury, enviada al abad Albino por el propio Beda, y tal vez debidas a Albino mismo. Se trata de correcciones y adiciones, aunque también, en un caso, del efecto de la pérdida de un folio del original (el que contenía el milagro de san Oswaldo de IV 14 omitido por *C*). Hay un problema capital para esta tesis, que Lapidge solventa de manera brillante: el que representa el hecho de que los manuscritos de la redacción *C*, que se supone «corregida», presentan numerosos errores. La solución parece estar en dos manuscritos perdidos, *ζ*, arquetipo de los conservados de esa familia *C*, y *ε*, el original latino de la traducción al antiguo inglés promovida por el rey Alfredo el Grande en el siglo IX, en la cual no se reflejan los principales errores que acusa la familia latina *C*. Bastaría, pues, con suponer que *ε* y *ζ* eran copias de *C (κ)*, prototipo de la redacción cantuariense, realizada por Albino o por algún otro *scholar* de la sede primada sobre la copia enviada por Beda. En suma, pues, en la *HE* no parece que tengamos «variantes de autor».

4. Apuntes sobre Beda en la posteridad y sobre Beda en España

Leyendo la ya comentada carta en que su discípulo Cuthberto, después abad de Wearmout-Jarrow, narra los últimos días del Venerable, puede uno percatarse de que ya en vida estuvo rodeado de una especie de culto. Una vez muerto, su memoria y sus reliquias fueron objeto de culto propiamente dicho[112], que pronto se extendió fuera de Britania[113].

La fama póstuma de Beda en la Europa medieval[114] no se debió sobre todo, como es

lógico, a su *HE*, obra de contenido nacional, sino a sus escritos exegéticos, por los que llegó a ser considerado como *el último de los Padres de la Iglesia*[115], y también a los didascálicos, especialmente a los gramaticales y los computísticos, que pronto se abrieron camino en las escuelas.

Sin duda contribuyeron a dilatar el prestigio de Beda otros dos ilustres anglosajones. En primer lugar, su contemporáneo san Bonifacio *(natus Wynfrith),* el mayor evangelizador de la Germania, que se dejó la vida en su empresa, aunque, paradójicamente, según ya hemos dicho, Beda no lo mencionara a él en la *HE*, no sabemos si porque procedía del reino de Wessex y no de su predilecta Northumbria[116]. No mucho después, Alcuino de York, que sí era nortumbro pero que tampoco llegó a disfrutar del magisterio directo de Beda por haber nacido hacia el año 730, lo ensalza repetidamente en parecidos términos, como maestro indiscutible y lo iguala a los antiguos Padres de la Iglesia[117]. Y, si se considera que Alcuino fue uno de los puntales en que Carlomagno se apoyó para restaurar la cultura latina de Europa y, de paso, fundar la *latinidad medieval* propiamente dicha[118], se comprenderá fácilmente el peso que su autoridad debió de aportar a la que Beda adquirió en los siglos siguientes[119].

El concilio de Aquisgrán del año 836, en tiempos de Ludovico Pío, dio a Beda el título de *Doctor mirabilis*, abundando en su equiparación en cuanto a autoridad con los antiguos Padres[120]. Hacia el año 890, Beda fue objeto de uno de los más bellos y entusiastas elogios que cabe registrar en su amplio y duradero *Fortleben:* el que le dedicó Notker *Balbulus* («el Tartamudo»), monje de Sankt-Gallen, egregio poeta y notable escriturista. En él, tras encarecer la calidad de sus comentarios bíblicos, pese a que algunos lo tuvieran por un «bárbaro», habla de él como de «un nuevo sol» que, por providencia divina, esta vez surgía del Occidente para iluminar a todo el mundo[121].

En fin, siglos más tarde, en la *Divina Commedia*, Beda alcanzaría esa especie de canonización que sólo Dante[122] podía conferir a los grandes sabios antiguos y cristianos, al lado de san Isidoro de Sevilla y de Ricardo de San Víctor:

> Vedi oltre flammegiar l'ardente spiro
> d'Isidoro, di Beda e di Riccardo… (*Parad.* X 131 s.).

Pero a la fama póstuma de Beda puede tomársele el pulso con especial claridad observando la amplia floración de manuscritos de sus obras que pronto surgió por todo el continente, hasta dar lugar a los 160 actualmente conocidos de la *HE* [123].

Volvamos por un momento atrás para empezar a decir algo de la relación de Beda con Hispania o –si se prefiere– ya España. Como ya hemos apuntado más arriba, los insulares, y desde luego Beda, estuvieron muy al tanto de la obra de los autores visigóticos, especialmente de la de san Isidoro[124], y ya de la de alguno de los llamados hispanorromanos como Orosio, fuente importante de la *HE*, según hemos visto. Sin embargo, el tráfico cultural en el sentido inverso no halló el deseable *kairós* en los años de la madurez intelectual de Beda ni en la de los subsiguientes a su muerte, pues a España le había sobrevenido por entonces la *grauissima Sarracenorum lues* (*HE* V 23, 2) que Beda no dejó de registrar. De ahí que no sea cosa de extrañar si en los autores mozárabes de los siglos VIII y IX –casi los únicos que por entonces escribieron en latín en España– no se aprecian huellas de nuestro Venerable[125]. Sin embargo, con el tiempo todo se anduvo, y al amparo del Renacimiento Carolingio y, como era de esperar, empezando por la Marca Hispánica y en particular por el gran centro de cultura que fue el monasterio de Ripoll, se perciben, ya desde los inicios del siglo X, los vestigios de la fama póstuma de Beda[126].

Ahora bien, en la Britania ya en vísperas de convertirse en Inglaterra, la *HE* sí tuvo una trascendencia inmediata, de la cual es muestra ejemplar su traducción, selectiva, a la lengua anglosajona en tiempos de Alfredo el Grande (849-899), rey de Wessex y de gran parte de Inglaterra, debelador de los invasores vikingos y precedente, en cuanto a empresas culturales,

de nuestro Alfonso X el Sabio. Por entonces la *HE* ya era la obra de referencia y la máxima autoridad en cuanto a la historia de los anglosajones, y siguió siéndolo en lo sucesivo[127].

A mediados del siglo XII, se redactó/compiló en Francia –o tal vez entre los eclesiásticos francos que por entonces ya estaban asentados en Santiago de Compostela– el *Liber Sancti Iacobi*, más conocido como *Codex Calixtinus*, por el nombre de su principal manuscrito, que fue robado del archivo de la catedral compostelana, aunque recuperado[128]. Se trata, como se sabe, de una auténtica *compilatio* de textos varios, no pocos de ellos apócrifos, destinada a favorecer el culto jacobeo, por entonces rampante. Pues bien, Beda aparece mencionado en el *Liber* en, al menos, ocho ocasiones; pero, además, en varios de sus capítulos se citan *in extenso* varios de sus «sermones» (sus *Homiliae*), y en varios otros se lo aduce como autoridad al respecto de algunas noticias o acontecimientos; pero a veces en vano, pues, o bien se invoca alguno de sus *pseudepigrapha,* cosa comprensible en aquellos tiempos, o bien se inventa por las buenas la noticia, cosa nada infrecuente en la compilación. En todo caso, las menciones y citas de Beda en el *Calixtino,* independientemente del origen del mismo, testimonian su *auctoritas* en los siglos culminantes del Medievo.

En la reciente y excelente edición de la *General estoria* de Alfonso X el Sabio[129] han quedado de manifiesto muchas otras huellas de Beda en la cultura española. Se trata sobre todo de referencias a sus obras computísticas (a su *Cómpoto*), o bien a las exegéticas, que en general parecen ser, cuando menos, de segunda mano, tomadas de la *Glossa* bíblica; pero no por ello son menos dignas de mención[130].

Saltando sobre pormenores menos interesantes[131] para nosotros, podemos ver cómo la *HE* adquirió un notable protagonismo en el siglo XVI, a raíz de la Reforma protestante y del Cisma de Inglaterra, protagonismo en el que tuvieron algo que ver algunos apologistas católicos españoles[132]. En efecto, desde una perspectiva ortodoxa y fiel al papado, la *HE* era un alegato de primera mano y de primera hora a favor de la *apostolicidad* y la *catolicidad* de la Iglesia y, sobre todo, de la congénita *romanidad* de la de Inglaterra, engendrada y amamantada por la propia Sede Apostólica[133].

En los medios del exilio católico británico surgió la primera versión de la *HE* a una lengua moderna, la inglesa de Th. Stapleton (Amberes, 1565)[134]. William Allen, rector del famoso Colegio de Douai, en el Flandes hoy francés, y con el tiempo cardenal, fue el alma del movimiento de resistencia contra Isabel I, y veía en la obra de Beda una importante arma apologética frente al anglicanismo[135]. Por razones obvias, aquellos católicos desterrados gozaban del patrocinio de la Corona española, que favoreció la creación de colegios de ingleses (el de San Albano de Valladolid, que aún sobrevive), de escoceses (Madrid) y de irlandeses (Salamanca, Alcalá, Santiago, Madrid, Sevilla), a imagen y semejanza del de Douai y con la estrecha colaboración de la Compañía de Jesús. De ellos saldrían no pocos valerosos misioneros clandestinos que afrontaron y padecieron el martirio en las Islas. En semejante ambiente se comprende que, al igual que la figura y obra de santo Tomás Moro, la *HE* de Beda, testimonio de la ortodoxia primigenia de Inglaterra, encontrara una clara simpatía entre los letrados españoles. Heidenreich (pp. 121 s.) recuerda además la circunstancia de que Beda, como ya veíamos, no había dejado de dar cuenta de la *grauissima Sarracenorum lues* (*HE* V 23) padecida por España; pero Beda, como subraya el autor citado, también era un contemporáneo de Covadonga, donde había levantado cabeza la España que al fin acabaría recuperando su tierra y su fe.

Entre los ejemplos de esa devoción hispana por Beda y por la *HE* señala Heidenreich (p. 123) al jesuita Pedro de Ribadeneyra, discípulo directo de san Ignacio y, andando el tiempo, gran polemista frente a herejes, maquiavelistas y otras malas hierbas. Ribadeneyra tradujo al español la obra de N. Sanders *De origine ac progressu schismatis Anglicani* (Roma, 1585), una versión publicada simultáneamente en Madrid, Lisboa y Amberes, en el año fatal de 1588, el de «la gran Armada»[136], y que es por sí misma un *clásico castellano*. En su prólogo a la misma, Ribadeneyra «lamenta el triste estado de las cosas en [Gran] Bretaña, una de las más antiguas

provincias de la Iglesia cristiana, según atestiguan Beda, Polidoro Virgilio y el cardenal Pole, que había sido obediente a Roma por más de mil años»[137]. De la misma fuente brotaría, ya a mediados del siglo XVII, el drama de Calderón *La cisma de Inglaterra*. Ribadeneyra escribió también un *Flos sanctorum o libro de las vidas de los santos*, que gozó de enorme popularidad, y en el cual la autoridad de Beda, y no sólo la de su *HE,* aparece de nuevo[138].

Son algunos más los autores hispanos que se valieron de las obras del Venerable. Entre ellos destaca Quevedo, en su *Vida de san Pablo Apóstol;* Saavedra Fajardo, en su *Corona Gothica;* Suárez de Figueroa, en su *Plaza universal de todas las ciencias y las artes* y otros[139]. Un grupo particular en ese episodio de la recepción hispana de Beda lo forman los tratadistas de arte que, para reivindicar la nobleza de su oficio, echaron mano de opúsculos como el *De templo Salomonis*. Entre esos autores están G. Gutiérrez de los Ríos, V. Carducho y Francisco Pacheco, el suegro de Velázquez[140]. En fin, el polifacético escritor hispano-portugués Francisco Manuel de Melo, en su *Tratado da ciencia cabala*, al tratar del simbolismo de los nombres, aduce pasajes del *Comentario a san Lucas[141]*.

Como ya puede suponerse, la sensibilidad historicista del Romanticismo, y en particular al respecto de la Edad Media, reavivó en el siglo XIX, sobre todo en la Gran Bretaña, el interés por Beda y por la *HE*. Ese interés también se vio alentado por las nuevas corrientes surgidas de la crisis de identidad a la que dos siglos de sometimiento al poder temporal, de racionalismo de cátedra, de concesiones al protestantismo *puro y duro* y de deserción de *disidentes populares* (puritanos, cuáqueros, metodistas y otros) habían llevado a la Iglesia de Inglaterra. Nos referimos, naturalmente, al famoso *Movimiento de Oxford,* y es que tanto los seguidores del mismo que, en la línea de Keeble y Pusey, se mantuvieron fieles al anglicanismo (los «anglocatólicos» de la llamada High Church), como los que, siguiendo al futuro cardenal y ahora ya beato J. H. Newman[142], tomaron el camino de Roma, veían en Beda un testimonio elocuente del más antiguo y más puro cristianismo británico; para los segundos también lo era de su *romanidad,* pero, para unos y otros, lo era, al menos, de su *catolicidad* y *apostolicidad.* A ese impulso también se sumó el revivir del aprecio por la antes denostada vida monástica, incluso entre los clérigos anglicanos.

Entre tanto, naturalmente, el auge de los estudios históricos y filológicos también había contribuido a potenciar la figura del Venerable, y en particular de su *HE[143]*. De ese auge pueden considerarse como ejemplo bien visible las «Jarrow Lectures»[144], en los que los más distinguidos estudiosos evocan cada año su vida y su obra, en el lugar donde estuvo su monasterio, del que sólo queda un pequeño resto de la iglesia dedicada a san Pablo.

En su audiencia pública del 18 de febrero de 2009, el papa Benedicto XVI llamaba a Beda «un santo sabio y humilde». No era distinta la impresión que sobre él tenía el clérigo anglicano y profesor de Oxford Charles Plummer al concluir, en 1896, su magistral edición y comentario de la *HE*: «No es pequeño privilegio el de haber estado por tanto tiempo en constante comunicación con una de las personas más santas que ha producido la Iglesia de Cristo en esta isla»[145].

Entre la penumbra de los siglos, la exigua luz que alumbraba las vigilias de Beda en su celda o en el *scriptorium* de Jarrow, parece brillar todavía hoy como un amistoso saludo para cuantos siguen apreciando la bondad y la sabiduría.

5. Sobre esta traducción

Lo más importante que haya que decir acerca sobre esta versión de la *HE* lo dirán en su momento sus lectores. Nosotros les adelantaremos que, según nuestras noticias, se trata de la primera completa que se publica en español, una circunstancia que nos ha planteado ciertas dudas y exigencias.

Hemos traducido según el texto latino de la ya citada edición de Colgrave y Mynors, debido al segundo de esos autores, aunque en alguna ocasión, como se advertirá en nota, nos

hemos apartado del mismo[146]. También hemos tenido en cuenta en la medida de lo posible la nueva edición crítica de Lapidge, que en varios lugares resuelve problemas que planteaba el texto transmitido. Además, como se verá, hemos adoptado la división de los largos capítulos de la *HE* en párrafos que dicha edición propone –¡y ya era hora!–, al tiempo que los eventuales y correlativos cambios en la puntuación. Creemos que ello simplificará grandemente la tarea de la cita y las referencias del índice de nombres. También hemos seguido a Lapidge, frente a Mynors y a otros editores, en la cuestión de la partición y numeración de capítulos desde III 14 hasta el final de dicho libro, suscitada por las diferencias entre las dos recensiones que se admite que tuvo la *HE*. En fin, también hemos seguido el ejemplo de Lapidge, que a su vez siguió el de Plummer, al repetir en cabeza de cada capítulo los correspondientes epígrafes temáticos, que en la *HE* sólo aparecen en serie, al inicio de cada libro. Creemos que el lector agradecerá que así lo hayamos hecho.

Hecha ya nuestra traducción, hemos procurado confrontarla en los puntos dudosos con las más recientes, de las que damos cuenta en nuestra *bibliografía*. Nuestras notas, y de acuerdo con la costumbre de esta colección, sólo pretenden proporcionar al lector los datos esenciales sobre los *realia* que comparecen en la obra y sobre algún que otro punto en el cual su interpretación plantea dudas, no hacer lo que habitualmente se entiende por un *comentario.*

Un particular problema nos ha planteado la transcripción de los nombres propios anglosajones y célticos (britónicos[147] e irlandeses), a veces no poco enrevesados desde la perspectiva de nuestra lengua, en la cual, seguramente, muchos de ellos no han sido escritos –y menos aún pronunciados– hasta la fecha. Téngase en cuenta a este respecto que los nombres antiguos griegos, latinos, hebreos e incluso otros no menos exóticos nos han llegado filtrados y adaptados por una larga tradición literaria y filológica, y por ello cuentan en las modernas lenguas de cultura con unos criterios bastante claros de transcripción. En cambio, la *HE* de Beda hace brotar ante nosotros un nuevo y copioso caudal onomástico carente de abolengo en la tradición clásica, al que nosotros no hemos visto manera de aplicar un sistema de transcripción riguroso y del todo coherente (si bien podremos consolarnos un poco observando las notables divergencias que en este punto se dan entre los modernos editores y traductores de la obra).

Por lo demás, el de la transcripción de nombres foráneos –al latín y, consecuentemente, al español– no es un problema nuevo. Ante un caso parecido ya se encontraron en su día los traductores latinos de la Biblia y los autores de muchos otros textos cristianos en los que comparecían nombres hebraicos. A la hora de, simplemente, *nombrarlos* –pues para eso sirve ante todo el caso nominativo–, o de hacerlos aparecer como sujetos de un predicado, aquellos autores se atenían a una tradición que gozaba de cierta solera desde, al menos, la versión griega del Antiguo Testamento llamada *de los LXX* (o *Septuaginta*), elaborada por judíos alejandrinos. Y así, aunque ni en la declinación griega ni en la latina es ilimitado el inventario de las formas que puede asumir el nominativo[148], no se planteaba mayor problema por escribir en latín *Adam*, *Isaac* o *Jacob*, formas que, más o menos intactas, han llegado hasta nuestras lenguas. La cuestión se complicaba un poco más cuando esos nombres aparecían en funciones propias de casos distintos del nominativo, y más si se considera que el latín carecía de artículo, instrumento fundamental de sustantivación y flexión, y que para algunos de los casos –o para algunas de sus funciones– no disponía de preposiciones ni de un orden de palabras estable que pudieran actuar como sucedáneos perfectos de los casos gramaticales[149], como ocurre en nuestra lengua. De ahí que, según nombres y según casos, se acabara dotando a los indeclinables hebraicos de una cierta flexión nominal. Con todo, aquellos traductores y adaptadores lograron encontrar soluciones razonables[150].

Nuestro problema ha sido algo menor al respecto de los topónimos[151]. En ellos hemos adoptado la correspondiente forma moderna en los casos en los que la antigua puede considerarse *transparente*, es decir, cuando deja ver su resultado actual latinizada (así, hemos escrito *Londres* por *Londinium* o *Leeds* por *Loidis*); pero también aquí nos hemos permitido ciertas

libertades como, por ejemplo, la de emplear el moderno *Canterbury* en parte de los casos –no en todos– en los que Beda nos habla de la *Ciuitas* o *Ecclesia Doruuernensis*, bien que advirtiéndolo en la nota correspondiente. Pero, en general, cuando nos hemos encontrado con topónimos sin descendencia actual lingüísticamente directa, hemos optado por recoger en cursiva el término original y aclarar en nota, si se conoce, su correspondencia moderna[152].

Como es lógico, teniendo en cuenta lo antes dicho sobre la primacía que antiguamente, y todavía en tiempos de Beda, tenían los *etnónimos* o gentilicios sobre los topónimos de los lugares en que cada pueblo o tribu habitaba, la *HE* emplea con preferencia los primeros, no sólo para referirse a los pueblos en sí, sino también a sus territorios (por ejemplo, *provincia/regnum occidentalium Saxonum*). Nosotros nos hemos permitido en este punto una pequeña *manipulación*, creemos que tan leve como práctica: la de utilizar, siempre que nos parecía posible, las denominaciones geográficas derivadas de los correspondientes gentilicios (por ejemplo, y según el mismo ejemplo aducido, «en la provincia/reino de Wessex»). Ese artificio nos parece admisible porque desde muy antiguo están consagrados en Inglaterra esos topónimos: Essex, Wessex, Sussex, etc.[153]. Además, entendemos que ello resulta más útil para el lector, que, si no conoce el término en cuestión, cuando se encuentre con la inicial mayúscula que en la ortografía española es preceptiva en los nombres propios de lugar (no así en los nombres/adjetivos gentilicios), de inmediato sabrá, al menos, que se halla ante un nombre propio y, por el contexto, de lugar. Ello no ha sido posible, en cambio, en el caso de *etnónimos* como *gevisos*, *girvios* o *huicios,* que no han dado lugar a topónimos de corriente uso.

Más complejas nos han resultado las transcripciones de los nombres propios de personas. En muchos casos nos hemos inclinado más hacia las formas que da el propio Beda que hacia las que proponen los modernos traductores y comentaristas, sin duda mejor fundadas en la lingüística histórica anglosajona y céltica pero que en muchos casos nos inducirían a presentar al lector español grafías de una complejidad perfectamente prescindible (por ejemplo, *Aetheltryth,* para el nombre de santa Eteldreda, nombre, por lo demás, tampoco muy común entre nosotros)[154]. A este respecto nos ha servido de bastante ayuda, en cambio, la tradición de transcripción de esos nombres en el santoral tradicional de Inglaterra, al que no pocos de los personajes aquí nombrados llegaron a incorporarse, ya por vía canónica, ya por la tradicional de la fama póstuma de santidad, y en el cual encontramos, por ejemplo, la forma *Etheldreda* para el nombre antes citado.

Además, hemos aplicado un criterio –digamos– *morfológico* de adaptación, según el cual los nombres pertenecientes a tipos formativos germánicos que tienen alguna tradición en nuestra lengua, por pequeña que sea, los hemos transcrito conforme a ella, prescindiendo de la forma en que los reproducen Beda o sus modernos traductores al inglés. Así, en cuanto a los masculinos (que, en general, cuando se latinizaron y, consecuentemente, llegaron a *españolizarse*, lo hicieron por vía de la segunda declinación, para acabar dando nombres en *-o*), hemos optado por formas como *Etelberto* etc., para nombres como *Aethelberht* y otros similares, que tienen paralelos en los españoles *Alberto, Roberto* y demás familia; lo mismo hemos hecho con los nombres terminados en *-bald*, empezando por *Theodbald,* a la vista, al menos, del español *Teobaldo*, así como con los en *-wald*, como *Oswald,* pues la forma *Oswaldo* lleva ya tiempo incorporada a la onomástica española. Aunque tengan menos apoyos en ella, hemos aplicado el mismo criterio a la transcripción de nombres que, según la más habitual entre los estudiosos anglosajones, acaban en en *-frith,* y es que la propia *Continuatio* de la *HE* utiliza el acusativo *Sigfridum*, de donde nuestro *Sigfrido.* En fin, también nos ha parecido admisible *tematizar* algún otro grupo menos claro, como el de los terminados en el elemento *-wulf* (como se sabe, «lobo»), apoyándonos en el precedente que en español suponen, con no mucha diferencia, nombres como *Ataúlfo* o *Teodulfo,* de la misma familia, aunque procedentes de otra familia lingüística germánica, la visigótica[155]. También hemos transcrito según ese criterio los nombres terminados en *-red* (cfr. *Recaredo*) y en *-ric* (cfr. *Alarico*).

Además, de ejemplos como los citados ya puede deducirse que hemos tendido a una cierta

simplificación gráfica[156], que nos ha llevado –y no sin cierto paralelismo con las convenciones habituales en la transcripción de los nombres con tradición antigua– a sustituir, por ejemplo, la *y* por *i,* salvo en algunos casos en que la misma más bien podría contribuir a complicar las cosas; a recoger por medio de simple *e* las grafías *ae* y *oe* prescindiendo de que por entonces todavía pudieran representar diptongos; a reducir buena parte de los grupos *th* a *d,* conforme al principal resultado moderno del correspondiente sonido, etc. En cambio, nos ha parecido oportuno mantener la grafía *w*, que, aunque ajena al español, puede considerarse en la actualidad como un útil grafema de valor universal, y también las consonantes geminadas cuando la forma adoptada trata de ceñirse a la originaria.

En fin, conscientes de los problemas que esta cuestión puede plantear al lector, hemos procurado, al menos en los casos que nos parecían más dudosos, proporcionarle en las notas información sobre la forma en que los nombres aparecen en Beda y sobre su transcripción en la traducción de Colgrave y Mynors. Pero en manos del lector queda, como hemos dicho, el juicio final sobre este asunto y sobre todo nuestro trabajo.

Agradecemos al profesor E. Montero Cartelle, director de esta colección, la paciencia con que ha esperado al cumplimiento de este compromiso, contraído hace ya muchos años. Nuestra colega en la Universidad de Alcalá la doctora Teresa Jiménez Calvente, siempre atenta a procurar para nuestra biblioteca las novedades relevantes en el ámbito de la filología latina, en consideración a nosotros se ha esforzado especialmente por hacernos accesibles las pertenecientes a la abundante bibliografía moderna sobre Beda el Venerable. Conste, pues, nuestra gratitud a ella.

Cortegada, 5 de agosto de 2010,
festividad de san Oswaldo, rey de Northumbria

Bibliografía[157]

Ediciones[158]

Baedae Opera Historica, trad. ingl. de J. E. King, 2 vols.: *I The Ecclesiastical History of the English People* (2 tt.), Londres-Cambridge (Ma.), W. Heinemann-Harvard University Press, 1930 (sucesivas reimpresiones)[159].

Beda der Ehrwürdige, Kirchengeschichte des englischen Volkes, G. Spitzbart (ed.), Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 21997 (sigue el texto de Colgrave y Mynors).

Bede's Ecclesiastical History of the English People, B. Colgrave y R. A. B. Mynors (eds.), Oxford, Clarendon Press *(Oxford Medieval Texts),* 1961 (sucesivas reimpresiones, que desde la de 1991 señalan con * los pasajes comentados por Wallace-Hadrill; el texto latino es de Mynors).

Crépin, A.; Lapidge, M.; Monat, P. y Robin, P., *Bède le Vénérable, Histoire Ecclésiastique du Peuple Anglais,* vols. I-III, París, Éd. du Cerf *(Sources Chrétiennes),* 2005 (Lapidge es el responsable del texto latino).

Lapidge, M. y Chiesa, P., *Storia degli Inglesi,* vol. I (l. I-II); vol. II (l. III-V)*, [s. l.], Fundación Lorenzo Valla y A. Mondadori, 2008-2010.

Venerabilis Bedae Historiam Ecclesiasticam Gentis Anglorum, Historiam Abbatum, Epistolam ad Ecgbertum una cum Historia Abbatum Auctore Anonymo ad fidem codicum manuscriptorum denuo recognovit commentario tam critico quam historico instruxit Carolus Plummer… Oxonii, e Typographeo Clarendoniano, 1896, tt. I-II (sucesivas reimpresiones, de las que hemos utilizado la de 1975).

Traducciones

Chiesa, P., véase *supra* Lapidge y Chiesa.

COLGRAVE y MYNORS, véase *supra* su edición (la traducción se debe a B. COLGRAVE).

CRÉPIN, A.; LAPIDGE, M.; MONAT, P. y ROBIN, P., véase *supra* su edición (la traducción es obra de los dos últimos autores citados).

DELAVEAU, P. *Bède, Histoire Ecclésiastique du peuple anglais,* París, Gallimard, 1995 (al parecer, la primera al francés; *non vidimus*).

KING, J. H., véase *supra* la ed. de la *Loeb Classical Library* (basada en la de Stapleton, primera de las inglesas, Amberes, 1565).

MACCLURE, J. y COLLINS, R., *Bede, The Ecclesiastical History of the English People. The Greater Chronicle. Bede's Letter to Egbert,* Oxford-Nueva York, Oxford University Press *(World's Classics),* 1994 (la traducción de la *HE* es la de Colgrave, con correcciones procedentes del comentario de Wallace-Hadrill).

SHERLEY-PRICE, L., *Bede, Ecclesiastical History of the English People, with Bede's Letter to Egbert and Cuthbert'a Letter on te Death of Bede,* intr. y notas de R. E. Latham, Harmondsworth, Penguin Books, 1990.

SIMONETTI ABBOLITO, G., *Beda il Venerabile, Storia Ecclesiastica degli Angli*, Roma, Città Nuova Ed., 1987 (reed. Milán, Ed. Associati, 1993; parece ser la primera al italiano; *non vidimus*).

SPITZBART, G., véase *supra* su edición (en p. 10 nos recuerda que la primera alemana era la de M. M. Wilden, Schaffhausen, 1866).

SZERWINIACK, O., BOURGNE, F., ELFASSI, J. y LECUYER, M., *Bède le Vénérable, Histoire Ecclésiastique du peuple anglais…*, vols. I-II, París, Les Belles Lettres, 1999 (sobre el texto latino de Plummer).

Comentarios

CRÉPIN, A.; LAPIDGE, M.; MONAT, P. y ROBIN, P., véase *supra* su edición; el comentario es obra del primero de los autores citados.

LAPIDGE, M. véase *supra* Lapidge y Chiesa.

MACCLURE, J. y COLLINS, R. véase *supra* su traducción.

PLUMMER, C., véase *supra* su edición; al comentario está dedicado su vol. II.

WALLACE-HADRILL, J. M., *Bede's Ecclesiastical History of the English People. A Historical Commentary,* Oxford, Clarendon Press, 1988 (concebido como complemento a la edición de Colgrave y Mynors, se publicó tal como había quedado a la muerte de su autor).

Otras obras de interés

ALFONSO X EL SABIO, *General Estoria* (ed. coord. por P. Sánchez-Prieto), 10 vols., Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2009.

ASE: LAPIDGE, M.; BLAIR, J.; KEYNES, S. y SCRAGG, D. (eds.), *The Blackwell Encyclopaedia of Anglo-Saxon England,* Malden (MA)-Oxford-Carlton (Australia), 72007.

BECKER, W.; SCHMIDT, H. y FOLKERTS, M., «Beda Venerabilis», *Lexikon des Mittelalters* I, Múnich-Zúrich, Artemis Verl., 1977, pp. 1774-1779.

BLAIR, P. H., *The World of Bede,* Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

BRAVO GARCÍA, A. y GONZALO ABASCAL, P., *Héroes y santos en la literatura anglosajona,* Oviedo, Universidad de Oviedo, 1984.

BROWN, G. H., *A Companion to Bede*. Woodbridge (Suffolk), The Boydell Press, 2009*.

BRUNHÖLZL, F., *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters* I, Múnich, W. Fink, 1975.

CROSS, J. E., «Bede's Influence at Home and Abroad», en L. A. R. Houwenm y A. A. MacDonald, pp. 17-29.

DOLBEAU, F., «Epilogue. Travaux récents sur Bède le Vénérable», en Lebecq *et al.* (eds.), pp. 321-329.

DRUHAN, D. R., *The Syntaxis of Bede's Historia Ecclesiastica,* Washington, Catholic University of America,

1938.

Dekkers, E., *Clavis Patrum Latinorum,* Stenbrugge, Abbatia Sancti Petri-(Brepols), 31995.

Eckenrode, T. R., «The Venerable Bede: A Bibliographical Essay (1970-810)», *The American Benedictine Review* 36 (1985), pp. 172-194.

Farrell, R. T. (ed.), *Bede and Anglo-Saxon England. Papers in Honour of the 1300 Anniversary of the Birth of Bede, Given at Cornell University in 1973 & 1974*, Oxford, British Archaeological Reports, 1978.

Fouracre, P. (ed.), *The New Cambridge Medieval History* I, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

Gransden, A., «Bede's Reputation as an Historian in Medieval England», *The Journal of Ecclesiastical History* 32 (1981), pp. 397-425.

Gunn, V., *Bedes Historiae. Genre, Rhetoric, and the Construction of Anglo-Saxon Church History,* Woodbridge (Suffolk), The Boydell Press, 2009*.

Hamilton Thompson, A. (ed.), *Bede, his Life, Times and Writings: Essays in Commemoration of the Twelfth Century of his Death,* Oxford, Oxford University Press, 1935.

Heidenreich, H., «Beda Venerabilis in Spain», *Modern Language Notes* 85, 2 (1970), pp. 120-137.

Higham, N. J., *(Re-)Reading Bede. «The Ecclesiasticas History» in Context,* Londres-Nueva York, Routledge, 2006.

Houwen, L. A. R. y MacDonald, A. A. (eds.), *Beda Venerabilis. Historian, Monk and Northumbrian,* Groningen, E. Forster, 1996.

Jones, P. F., *A Concordance to the Historia ecclesiastica of Bede,* Cambridge (Ma.), Medieval Academy of America, 1929.

Laistner, M. L. W. y King, H. H., *A Hand-List of Bede's Manuscripts,* Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1943.

Lapidge, M. (ed.), *Bede and his World I (The Jarrow Lectures 1958-1978)* y *II (1979-1993*), Aldershot, Variorum Collected Studies, 1994.

—, «Author's Variants in the Textual Transmission of Bede's "Historia Ecclesiastica"?», *Filologia Mediolatina* 16 (2009), pp. 1-15.

Lebecq, S.; Perrin, M. y Szerwiniack, O. (eds.), *Bède le Vénérable entre Tradition et Postérité. The Venerable Bede. Tradition and Posterity. Colloque oganisé à Villeneuve d'Ascq et Amiens…,* Université Ch. De Gaulle Lille 3, Lille, 2005.

Leonardi, C., « Il Venerabile Beda e la cultura del secolo viii», en *Medioevo Latino. La cultura de l'Europa cristiana,* Florencia, Edizioni del Galluzzo, 2004, pp. 115-154.

Manitius, M., *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters* I, Múnich, C. H. Beck, 1911.

Markus, R. A., «Bede and the Tradition of Ecclesiastical Historiography», en *From Augustine to Gregory the Great: History and Christianity in Late Antiquity,* Londres, Variorum Reprints, 1983.

Martín Rodríguez, A. M., «La *Historia* de Beda y la vida cotidiana en la Inglaterra altomedieval», en J. M. Nieto Ibáñez (ed.), *Lógos hellenikós. Homenaje a G. Morocho Gayo,* León, Universidad de León, 2003, pp. 335-345.

Musca, G., *Il Venerabile Beda, storico dell'alto Medievo,* Bari, Dedalo, 1973.

Tugène, G., *L'Image de la nation anglaise dans l'Historie Ecclésiastique de Bède le Vénérable*, Estrasburgo, Presses Universitaires de Strassbourg, 2001.

[1] El nombre aparece en latín escrito como *Beda* y también como *Baeda*. En la edición de Colgrave y Mynors vemos la primera forma en la epístola dedicatoria y la segunda en V 24, 2, pero ya puede suponerse que la grafía varía según los manuscritos. Para la etimología y forma del nombre véanse Crépin I, p. 10 y n. 1 y Lapidge, 2008, pp. xlii s.

[2] Quizá sea de justicia recordar junto con él, al menos, a otro *sabio periférico:* san Julián de Toledo, también historiador, exegeta, poeta y gramático. San Julián hubo de ver, en los mismos días en que Beda escribía su *Historia*, cómo caía sobre España y sobre otras partes de Europa la *grauissima Sarracenorum lues* que registra en *HE* V 23, 2.

[3] También se ha hablado de él como «el último de los Padres de la Iglesia», aunque no figura en la relación canónica de los mismos, que la Iglesia da por cerrada con san Isidoro de Sevilla. Sin embargo, R. W. Pfaff, «Bede among the Fathers? Evidence from Liturgical Commemorations in Liturgical Calendars», *Studia Patristica* (Lovaina, 1993), pp. 225-229, recuerda que tradicionalmente se ha considerado el año 735, el de la muerte del Venerable, como *fecha de cierre* de la

Patrística, un concepto aún no bien definido en la Edad Media. La proclamación de Beda como doctor de la Iglesia fue obra del papa León XIII.

[4] En efecto, él mismo se declara *natus in territorio eiusdem monasterii* (*HE* V 24, 2).

[5]*HE* V 24, 2. Plummer I, p. x, evoca al respecto de este pasaje otro en el que de Beda dice que en el Cielo ya no habrá necesidad de libros, ni de enseñar ni de aprender.

[6] Ciertamente, lo era ya en el sentido de «Tierra de los anglos»; pero somos de la opinión de que la personalidad histórica de Inglaterra sólo fraguó plenamente con la incorporación, en el siglo xi, del estrato étnico normando a los preexistentes britano, romano, anglosajón y vikingo, aparte de otros precedentes a todos ellos. Por ello no hemos querido seguir en el título de la obra el ejemplo de quienes traducen *gentis Anglorum* por «of the English People». A este respecto citaremos el artículo de M. Richter, «Bede's "Angli": "Angles" or "English"?», *Peritia* 3 (1984), pp. 99-114, que afirma que el empleo del término *Angli* aplicado a todos los invasores germanos de la isla debe mucho a Beda, aunque no menos al famoso juego de palabras *Angli/angeli* de san Gregorio Magno que él recoge en *HE* II 1, 11, y que, según el autor citado, aparece por vez primera en la anónima *Vita Gregorii* procedente de Whitby. En *HE* I 15, 2 Beda latiniza como *Angulus* el nombre de la patria continental de los anglos, todavía conservado en el de la comarca de Angeln, el Schleswig oriental. Como luego se verá, la distinción entre anglos, sajones y jutos es una de las aportaciones fundamentales de la *HE*.

[7] La *Historia* se cierra en el año 731, aunque fue objeto de continuaciones que también recogemos aquí; Beda, como ya hemos adelantado, murió en el 735.

[8] Puede verse en *HE* V 24, 2. Naturalmente, la lista que Beda da de sus obras sólo abarca hasta las escritas hasta esa fecha, el año 731.

[9] Cfr. *HE* V 24, 2. B. Becker, *s. u.* «Beda», *Lexikon des Mittelalters* I, Múnich-Zúrich, Artemis Verl., 1977 ss., p. 1774, formula la hipótesis de que Beda fuera huérfano.

[10] Véase su poema en anglosajón reproducido por Cuthberto en la epístola que traducimos al final de este volumen.

[11] Que a la sazón aún no existía, pues, como hemos dicho, fue fundado en el 674. Colgrave y Mynors (p. xx) se hacen eco de la tradición de que Beda nació en el lugar de Monkton, a menos de dos millas de Jarrow.

[12] Entiéndase, pues, que aún no había cumplido los cincuenta y nueve años. Becker, *loc. cit.*, da como fecha de nacimiento los años 673/674.

[13] Como anotan Colgrave y Mynors, p. xx, la misma edad a la que el héroe Beowulfo fue entregado a su abuelo materno para que hiciera de él un guerrero.

[14] El *primus inter pares* de los reyes de la Britania anglosajona. No puede afirmarse que se tratara de una categoría política y jurídicamente consolidada; véase S. Keynes, *ASE*, *s. u.*

[15] Uno y otro monasterio, como los demás de Inglaterra, serían suprimidos por Enrique VIII.

[16] Aunque escribamos el término con mayúscula, no se puede asegurar que se tratara precisamente de la famosa *Regla Benedictina*, que a la sazón se estaba difundiendo por todas las comunidades monásticas de Occidente. Como luego se verá, la Iglesia anglosajona fue monástica desde sus propios orígenes, pues monjes habían sido en Roma Agustín de Canterbury y el propio papa san Gregorio Magno, que lo envió a evangelizar a los anglos, aconsejándole que mantuviera la vida comunitaria con los monjes que lo acompañaban. Sin embargo, no cabe afirmar que por entonces la *Regula Benedicti* se hubiera impuesto en Roma y, consecuentemente, se impusiera de inmediato en Britania. Algo distinto ya debió de ser el caso de san Benedicto Biscop, el fundador de Wearmouth y Jarrow, más cercano a una disciplina propiamente *benedictina*. Véanse al respecto el capítulo «Bede's monasticism» de Colgrave y Mynors, pp. xxiii ss., y la obra monumental de A. Linage Conde *San Benito y los benedictinos I (La Edad Media 1)*, [Braga, Irmandade de San Bento da Porta Aberta, 1988], pp. 223 ss.

[17] Forma parte de una *Historia abbatum*, que no hay que confundir con la de Beda, en la que tampoco se menciona la anécdota. Puede verse el texto latino en cuestión en Plummer I, p. 393, y su traducción en Plummer I, p. xii.

[18] Distinta es la opinión de McClure y Collins, p. xiii, que alegan que «la vinculación de Beda con Jarrow está escasamente documentada», mientras que en varias de sus obras habla ampliamente de Wearmouth.

[19] Según Colgrave y Mynors, p. xx, seis antes de la edad por entonces canónica.

[20] No está claro el grado de conocimiento que Beda llegó a conseguir del griego, lengua que entre los estudiosos insulares, y sobre todo entre los irlandeses, parece haberse cultivado más que entre los continentales. K. M. Lynch, «The Venerable Bede's Knowledge of Greek», *Traditio* 39 (1983), pp. 432-439, afirma que en sus comentarios bíblicos demuestra un cierto dominio de la misma, aunque quizá no el suficiente para vérselas él solo con textos en ella.

[21] En efecto, hay que insistir en este factor, fundamental en el caso de los insulares irlandeses y anglosajones, y luego en el de los germanos recuperados para la cultura latina por los evangelizadores como san Bonifacio y las conquistas de Carlomangno.

[22] Véase Colgrave y Mynors, p. xx, que advierten que la iglesia del monasterio fue dedicada en el 685.

[23]R. Marsden, «"Manus Bedae": Bede's Contribution to Ceolfrith's Bibles», *Anglo Saxon England* 27 (1998), opina que en el *Amiatinus* y en los restos conservados de un códice con él emparentado de Londres (British Library, *add.* 37777+45025) tenemos correcciones de la propia mano de Beda.

[24] Véase el emocionado relato de su partida y muerte en el propio Beda, *Vida de los abades*, edición de Plummer I, pp. 380 y 385.

[25] Según Colgrave y Mynors, p. xxi.

[26] Tal vez propiciada por su título de *Venerabilis*, al cabo de no mucho tiempo se fraguó y difundió la noticia de que había vivido noventa años.

[27] En su lugar damos referencia de las dudas formuladas sobre la autenticidad de dicha carta.

[28] Buena parte de ella ya está disponible en ediciones modernas, publicadas, sobre todo, en la *Continuatio Mediaevalis* del *Corpus Christianorum* de la editorial Brepols.

[29] En efecto, algunos de éstos parecen haberse unido al canon de las obras auténticas ya en el propio siglo VIII, y no faltan en la *editio princeps,* publicada en Basilea, en 1563, por J. Herwagen el Joven; véase M. M. Gorman, «The Canon of Bede's Work and the World of pseudo Bede», *Revue Bénédictine* 111 (2001), pp. 399-445.

[30] Véase Lapidge, 2008, pp. XLIV ss., que identifica con precisión todas las obras que Beda enumera y da cuenta de sus ediciones canónicas; también E. Dekkers, *Clavis Patrum Latinorum,* 3.ª ed., con la colaboración de E. Gaar. Steenbrugge, Abbatia Sancti Petri [ed. Brepols], 1995, pp. 444-457. Asimismo, el clásico manual de M. Manitius, *Geschichte der Lateinischen Literatur des Mittelalters* I, Múnich, C. H. Beck, 1911, pp. 74-87, y el más moderno de FR. Brunhölzl, *Geschichte der Lateinischen Literatur des Mittelalters* I, Múnich, W. Fink, 1975, pp. 208-227.

[31] Véase su traducción al final de este volumen.

[32] Sobre Beda y la *retórica bíblica* véase E. R. Curtius, *Literatura Europea y Edad Media Latina* I, México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 77: «Para nosotros tiene gran importancia porque llevó a perfecto término la aplicación de la retórica al texto bíblico (iniciada ya por san Jerónimo, san Agustín y Casiodoro)»; véase también p. 420.

[33]*HE* V 24; además, le dedica los capítulos IV 25 (27) ss. de la misma.

[34] Iniciado, como se sabe, por la *Peregrinatio Egeriae,* de finales del siglo IV.

[35] Véase *HE* V 15 ss.

[36] Ocupa cerca de 30 epígrafes de la *Clavis* de Dekkers.

[37] Brunhölzl, p. 220.

[38] Véase M. Lapidge, «Bede the Poet», en su libro *Anglo-Latin Literature 600-899,* Londres-Rio Grande, The Hambledon Press, 1966, pp. 313-338.

[39] Véase la traducción de la carta y del poema al final de este volumen.

[40] Cfr. Brunhölzl, p. 223.

[41] Brunhölzl, p. 224.

[42] Beda, por supuesto, tenía bien clara la diferencia entre uno y otro sistema de versificación. Sobre la jerarquía de apreciación de uno y otro en el Medievo puede verse P. Klopsch, *Einfürung in die mittellateinische Verslehre,* Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1972, pp. 32 ss.

[43] Véase Brunhölzl, p. 223.

[44] Sobre ellas véase Brunhölzl, pp. 225 s.

[45]*Op. cit.*, p. 227.

[46] Cfr. Colgrave y Mynors, p. XXI. Puede verse su texto en Plummer I, pp. 405 ss. Concierne sobre todo a la disciplina y buen gobierno de la Iglesia, con particular énfasis en el abuso que representaba la proliferación de monasterios erigidos por los notables a modo de *cotos privados,* ajenos al debido control jerárquico, pensados para eludir servidumbres fiscales y militares, un fenómeno al respecto del cual también había expresado sus reservas al final de la *HE* (V 23, 6).

[47] Lo habían hecho antes con la Britania céltica Julio César, en el breve relato de sus expediciones a la isla (*Guerra de las Galias* IV 20 ss., V 8 ss.), y luego más extensamente Tácito en su *Vida de Julio Agrícola*. En fin, en el siglo VI el monje britano Gildas escribió su *Destrucción y llanto de Britania*, sobre la invasión anglosajona.

[48] Colgrave y Mynors (pp. 50 s.) anotan a *HE* I 15, 2: «La famosa división de Beda de las estirpes invasoras en anglos, sajones y jutos es quizá su más importante contribución a la historia de la invasión. Que otras tribus como los frisios tomaron parte en ella parece claro actualmente, mientras que los descubrimientos de Sutton Hoo han llevado a la conjetura de que una tribu o tribus de tan lejos como Suecia pueden haber participado […]. La distinción que hace Beda es prácticamente fundamental, aunque las diferencias visibles no eran grandes y el propio Beda en el título de su *Historia* pudo, afortunadamente, referirse a todo el complejo de estirpes invasoras como a la "gens Anglorum"».

[49] No faltan en la Antigüedad los gentilicios derivados de topónimos, como *Romani* de *Roma* y tantos otros; pero no menos abundan los que acabaron dando nombre a un territorio: *Galli*, de donde *Gallia*, *Franci*, de donde *Francia*, etc. Esto se comprende bien en épocas en las que la solidaridad interna de un pueblo lo lleva a mantener su gentilicio independientemente del lugar en que viva. Pasadas las grandes migraciones, la situación cambió y, por cierto, sin que algunos pueblos tan notables como los godos llegaran a dar nombre a país alguno (aunque Orosio VII 34, 4 cuenta que Ataúlfo concibió el deseo de que la llamada *Romania* pasara a llamarse *Gothia*). Recuérdese que parte de los nombres de las regiones de la actual Alemania como Bayern, Franken, Hessen o Sachsen no son sino los plurales de los correspondientes gentilicios.

[50] Véase sobre este género W. A. Goffart, *The Narrators of Barbarian History (ad. 550-580): Jordanes, Gregory of Tours, Bede and Paul the Deacon,* Princeton, Princeton University Press, 1988, y también el más breve pero cualitativamente más completo P. Quetglas, «Las nuevas historias nacionales», en J. A. Sánchez Marín, J. Lens Tuero y C. López Rodríguez (eds.), *Historiografía y Biografía. Actas del Coloquio internacional sobre Historiografía y Biografía (Granada, 1992),* Madrid, Ed. Clásicas, 1997, pp. 163-176.

[51] Jordanes llamó «getas» a los godos, con un gentilicio inapropiado pero que tenía mayor solera.

[52]E. Auerbach, «Prosa latina de la Alta Edad Media», *Lenguaje literario y público en la Baja Latinidad y en la Edad Media,* Barcelona, Seix Barral, 1969, p. 99, considera a Gregorio de Tours como «el escritor más personal del siglo VI». Nos permitimos recomendar la lectura de ese clásico ensayo, también importante para la figura y obra de san Gregorio Magno.

[53] De ellas tenemos la excelente edición crítica y traducción comentada de C. Rodríguez Alonso, *Las historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla,* León, Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, 1975.

[54] A no ser que hagamos una excepción a favor de los magiares o húngaros, el último de los grandes pueblos incorporados a Europa, y tardíamente, cuya primera historia nacional data de en torno al año 1200; véase su edición, traducción alemana y estudio por G. Silagi y L. Veszprémy, *Die «Gesta Hungarorum» des anonymen Notars,* Sigmaringen, L. Thorbeck Verlag, 1991.

[55] Véase R. A. Markus, «Bede and the Tradition of Ecclesiastical Historiography», en su volumen *From Augustine to Gregory the Great: History and Christianity in Late Antiquity,* Londres, Variorum Reprints, 1983.

[56] Wallace-Hadrill, p. XIX.

[57] De entre la inabarcable bibliografía pertinente en este apartado citaremos, por el momento, sólo el ensayo de J. M. Wallace-Hadrill, «Beda and Plummer», reeditado como introducción a su *Bede's Ecclesiastical History of the English People, A Historical Commentary,* Oxford, Clarendon Press, 1988, pp. XV-XXV (concebido como complemento a la edición de Colgrave y Mynors, se publicó incompleto a causa de la muerte del autor), y W. Levison, «Bede as Historian», en A. Hamilton Thompson (ed.), *Bede: His Life, Times and Writings: Essays in Commemoration of the Twelfth Century of His Death,* Oxford, Oxford University Press, 1935.

[58] «England in the Seventh Century», en A. Fouracre (ed.), *The New Cambridge Medieval History I (*ca. *500*-ca. *700),* Cambridge, Cambridge University Press, 2005, p. 462.

[59] La de la que tradicionalmente se llamaba «heptarquía anglosajona», en consideración a los reinos de Kent, East Anglia, Essex, Wessex, Sussex, Northumbria y Mercia. Esa denominación parece estar en desuso, dado que no corresponde a la realidad política de aquel tiempo, en el que había otros reinos como los de Hwicce, Lindsey, Wight, Middle Anglia y otros, según puede verse en Thacker, *op. cit.*, p. 463. A ese respecto es significativo que, en el índice del volumen en que ese capítulo se publicó, no aparezca el término heptarchy.

[60] De hecho, como se verá, en alguna ocasión Beda complementa sus indicaciones cronológicas con la indicación de los años transcurridos desde la llegada a Britania de los misioneros enviados por san Gregorio.

[61] La escasa simpatía de Beda por los britanos (o «britones») se manifiesta en varios lugares de su obra. Entre otros reproches, les dirige el de que no habían cumplido con la gran tarea que la Providencia les había puesto delante: la de evangelizar a los anglosajones recién llegados y formar con ellos una única comunidad cristiana (véase, por ejemplo, V 22, 1). Esa aversión contrasta con la simpatía que a menudo muestra por los irlandeses, *gens innoxia et nationi Anglorum semper amicissima* (*HE* IV 24, 1), aunque nunca nombre a su apóstol nacional, san Patricio; véase T. M. Charles-Edwards, «Bede, the Irish and the Britons», *Celtica* 15 (1983), pp. 42-52. A decir verdad, ya el *De excidio Britanniae* de Gildas daba del pueblo britano una imagen de «luxury and vice» (Wallace-Hadrill, p. XX) que parecía hacerlo merecedor del castigo divino.

[62] Para ser más exactos, Beda procedía de Bernicia, la provincia más septentrional de Northumbria.

[63] Sobre la fiabilidad de Beda, entre otros temas, trata el libro de G. Tugène, *L'Image de la nation anglaise dans l'«Historie Ecclésiastique» de Bède le Vénérable,* Estrasburgo, Presses Universitaires de Strassbourg, 2001.

[64]*HE, Prefacio.*

[65] Que cuenta a partir del año 38 a.C., por hechos aún no bien aclarados (tal vez el establecimiento de un impuesto especial en Hispania por el futuro Augusto), y se mantuvo casi hasta el final de la Edad Media. De entre los múltiples trabajos con ella relacionados sólo citaremos el de F. Diego Santos, «Die Integration Nord- und Nordwestspaniens als römische Provinz in der Reichspolitik des Augustus. Von der konsularischen zur hispanischen Ära», en la serie *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt,* Berlín-Nueva York, Walter de Gruyter, II.3 (1975), pp. 523-571.

[66] Baste con recordar que se sabe con seguridad que Herodes el Grande, en cuyo reinado se supone que nació Jesús, murió en el 4 o 3 a.C. Recientemente ha vuelto sobre el asunto J. B. Beltrán Clausell, «Fecha de la muerte de Herodes el Grande», *Estudios Clásicos* 135 (2009), pp. 51-76, que se pronuncia por el 3 a.C., y sugiere el 7 a.C. para el nacimiento de Cristo.

[67] Brunhölzl, p. 218.

[68] Plummer II, p. 36.

[69] V 24, 3.

[70] Véanse más detalles en el capítulo «Bede's Library» de Colgrave y Mynors, pp. XXV ss.

[71] Wallace-Hadrill, p. XXVII.

[72] Véase Wallace-Hadrill, *loc. cit.*

[73] Sobre las más antiguas fuentes diplomáticas británicas en relación con Beda trata P. Wormald, «Bede and the Conversion of England. The Charter Evidence», una «Jarrow Lecture», reeditada en su *The Times of Bede. Studies in Early English Christian Society and its Historian,* Malden (Ma), Blackwell Publishing, 2006, pp. 135-166.

[74] Véase Colgrave y Mynors, p. XXI.

[75] En Britania –no así en Irlanda– hubo una *latinidad antigua*, fruto de la romanización, bien acreditada, al menos, por el importante contingente de epígrafes que llena todo el volumen VII del *Corpus Inscriptionum Latinarum*. De esa latinidad, que debió de decaer gravemente entre los siglos III y IV con el repliegue del poder romano, cabe considerar como restos literarios, entre otros, el ya citado *De excidio Britanniae de Gildas.* La implantación del latín entre la población céltica de Britania no había sido lo bastante intensa como para cristalizar más tarde en una lengua románica. Por supuesto, los dominadores anglosajones eran totalmente ajenos a la latinidad. Como ya haremos notar en su lugar, Beda, en *HE* I 1, 3, incluyó la lengua latina entre las cinco que consideraba propias de Britania (junto con las de los anglos, britanos, irlandeses y pictos), pero hay que entender que sólo como lengua de la Iglesia y de la escuela y, sobre todo, para cuadrar simbólicamente

con ese número y con los cinco libros del Pentateuco el número de los libros de su *HE*. En cambio, en III 6, 1, y ya ciñéndose a la realidad de sus tiempos, sólo habla de cuatro lenguas, y la que se echa en falta es, naturalmente, la latina.

[76] Tampoco los godos, francos y otros germanos tenían la latina como lengua materna; pero, desde los primeros tiempos que se pueden considerar, ahora habían experimentado una *inmersión*, como ahora se dice, en el ambiente romanizado en el que se instalaron. Distinto sería el caso de los germanos de fuera de la Romania; pero su latinidad, salvo algunos indicios precoces, sólo se inicia en el siglo IX, a consecuencia del Renacimiento Carolingio, situación bien distinta de la que aquí consideramos.

[77] A este respecto se suele recordar la anécdota de que en el Concilio Vaticano I sorprendió a todos la corrección con que hablaban el latín los obispos húngaros, que precisamente tenían como lengua materna una más alejada de él que cualquier otra de las que en aquella asamblea se hablaban.

[78] Como se sabe, los *glosarios* eran diccionarios unilingües, destinados a explicar términos inusitados. Pues bien, da la impresión de que los autores de los *Hisperica Famina*, partiendo de los términos más usuales, buscaban en ellos sus equivalentes menos conocidos.

[79] Brunhölzl, p. 164, siguiendo a L. Bieler.

[80] Véase Colgrave y Mynors, p. XXXVII. Naturalmente, no se puede negar el carácter «libresco» de su latín (Crépin I, p. 29).

[81] Véase W. Wetherbee, «Some Implications of Bede’s Latin Style», en R. T. Farrell (ed.), *Bede and Anglo-Saxon England. Papers in Honour of the 1300 Anniversary of the Birth of Bede, Given at Cornell University in 1973 and 1974,* Oxford, British Archaological Reports, 1978, pp. 3-31.

[82] Como es sabido, al respecto del latín de Gregorio de Tours sigue latente una polémica suscitada por las opciones de su editor B. Krusch en los *Monumenta Germaniae Historica* (*Scriptores rerum Merovingicarum I 1,* 1937 ss.). En efecto, hay quienes piensan que Krusch tendió a decantarse, por así decirlo, por la *lectio rarior* de los manuscritos, presuponiendo que el autor empleaba un registro lingüístico muy influido por la lengua vulgar, por entonces ya no muy lejana del romance.

[83] Véase D. R. Shanzer, «Bede’s Style: A Neglected Historical Model for the Style of the “Historia Ecclesiastica”?», en Ch. D. Wright, Fr. M. Biggs y Th. Hall (eds.), *Source of Wisdom. Old English and Early Medieval Studies in Honour of Th. D. Hill*, Toronto, University of Toronto Press, 2007, pp. 329-352. Entre los trabajos que se ocupan del latín de la *HE* merece citarse el de D. R. Druhan, *The Syntaxis of Bede’s Historia Ecclesiastica,* Washington, Catholic University of America, 1938.

[84] Véase C. B. Kendall, «Bede’s “Ecclesiastical History”: The Rhetorico of Faith», en J. J. Murphy (ed.), *Studies in the Theory and Practice of Medieval Rhetorico,* Berkeley-Los Ángeles, 1978, pp. 143-172. También R. E. Curtius I, pp. 286 s., anota que Beda «elogió el hipérbaton *ex omni parte confusum*» de Sal 68, 14.

[85] Lapidge, 2008, p. XII ss., con amplia bibliografía. Algunas de las particularidades lingüísticas de Beda ya fueron en su día comentadas por Plummer; véase la relación de ellas que da Wallace-Hadrill, p. XVII.

[86] Hay que advertir, sin embargo, que se trata de un texto en el que Beda cita o glosa la bastante anterior *Vita S. Albani.*

[87] Sir Roger Aubrey Baskerville Mynors (1903-1989) fue uno de los grandes latinistas británicos del siglo XX. Formado en Oxford, enseñó luego en Cambridge, hasta que en 1953 retornó a su vieja universidad. En 1969 editó al nuevo Virgilio de los Oxford Classical Texts, que sigue siendo de referencia. También se ocupó de la latinidad medieval y, sobre todo, fue un incansable escrutador de manuscritos. Precisamente encontró la muerte, a los ochenta y seis años, en un accidente automovilístico, cuando volvía, ya de noche, de consultar los de una antigua biblioteca.

[88] En efecto, fue el responsable del texto latino de la edición oxoniense que hemos utilizado como base de nuestra traducción, y que a lo largo de este volumen citaremos como Colgrave y Mynors. También es enteramente suya la «Textual Introduction» de la misma (pp. XXXIX ss.).

[89] Colgrave y Mynors, p. XXXIX.

[90] En contra de esta opinión véase (Crépin y) Lapidge I, pp. 53 ss.: lo que las dos clases, aunque divergentes, podrían ser «simultáneas» y, sobre todo, Lapidge, 2009, con propuestas innovadoras sobre las diferencias entre las dos ramas de la tradición.

[91] Para las signaturas de los códices remitimos a Colgrave y Mynors, pp. XLII ss.

[92] Naturalmente, ahora de nuevo San Petersburgo.

[93] En «An Autograph of the Venerable Beda?», *Révue Bénedictine* 78 (1958), pp. 182-190. Sin embargo, esa hipótesis parece actualmente descartada; véase (Crépin y) Lapidge I, p. 57, con bibliografía, entre la que se recoge la opinión de Bischoff de que la *subscriptio* en cuestión es una falsificación moderna.

[94] Colgrave y Mynors, pp. XLII ss. Lapidge (*apud* Crépin, p. 50) habla de unos 160 manuscritos conocidos de la *HE.*

[95] Hasa su fecha, seguiremos aquí en lo fundamental las noticias que proporciona el capítulo «The printed editions» de Colgrave y Mynors, pp. LXX ss.

[96] Véase Colgrave y Mynors, p. LXXI.

[97] Véase Colgrave y Mynors, p. LXII, que citan a bastantes de esos editores, cuya enumeración no trataremos aquí. Del de Smith deriva, entre otros, aunque de segunda mano, y con correcciones procedentes de Plummer, el texto latino de la edición publicada en la *Loeb Classical Library*, Londres-Cambridge (Ma.), 1930, con traducción de J. E. King.

[98]*Venerabilis Bedae Historiam Ecclesiasticam Gentis Anglorum, Historiam Abbatum, Epistolam ad Ecgbertum una cum Historia Abbatum Auctore Anonymo ad fidem codicum manuscriptorum denuo recognovit commentario tam critico quam historico instruxit* CAROLUS PLUMMER… Oxonii, e Typographeo Clarendoniano, 1896, tt. I-II (sucesivas reimpresiones, de las que hemos utilizado la de 1975).

[99] Véase el ya citado ensayo «Bede and Plummer» de Wallace-Hadrill, pp. xv ss., que trata de hacer justicia a los méritos del gran editor de la *HE*.

[100] Colgrave y Mynors, p. LXXIII.

[101]B. Colgrave y R. A. B. Mynors, *Bede's Ecclesiastical History of the English People,* Oxford, Clarendon Press, 1969, con sucesivas reimpresiones; desde la de de 1991señala con * los lugares en que ha de tenerse en cuenta el comentario histórico de Wallace-Hadrill.

[102] Véase Colgrave y Mynors, p. XLI.

[103] Véase su amplio censo en Colgrave y Mynors, pp. XLII ss.

[104] Colgrave y Mynors, p. XLI, n. 1. Se sirve del texto de Colgrave y Mynors, con ciertos retoques, la edición bilingüe de G. Spizbart, *Beda der Ehrwürdige, Kirchengeschichte des englische Volkes,* Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 21997.

[105] No cabe ignorar, sin embargo, las críticas que a esa edición ha formulado recientemente Lapidge, 2008, PP. CXXI ss., especialmente desfavorables al respecto de los comentarios históricos de Colgrave.

[106] Se trata de A. Crépin, M. Lapidge, P. Monat y Ph. Robin, *Bède le Vénérable, Histoire Ecclésiastique du Peuple Anglais,* vols. I-III, París, Éd. du Cerf (*Sources Chrétiennes*), 2005. Crépin es responsable de la introducción y notas, Lapidge del texto latino, y Monat y Robin de la traducción.

[107] Véase (Crépin y)Lapidge I, p. 61, con una elocuente lista de errores separativos.

[108](Crépin Y)Lapidge I, pp. 64 s.

[109]*Beda, Storia degli Inglesi, vol. I (li. I-II),* M. Lapidge (ed.), trad. de P. Chiesa; *vol. II (li. III-V),* [s. l.], Fondazione Lorenzo Valla, A. Mondadori, ed., 2008 y 2010, respectivamente. Para la tradición manuscrita y para los criterios seguidos en la edición véase vol. I, pp. LXXXV ss. y CXXVII ss.

[110]M. Lapidge, «Author's variants in the textual transmission of Bede's "Historia Ecclesiastica"?», *Filologia Mediolatina* 16 (2009), pp. 1-15.

[111] Las principales las señala Lapidge (2009), p. 4.

[112] Véase J. McClure y R. Collins, *Bede, The Ecclesiastical History of the English People; The Greater Chronicle; Bede's Letter to Egbert,* Oxford, Oxford University Press, 1994, p. XV.

[113] En el año 764, el propio Cuthberto, cuando ya era abad de Wearmouth-Jarrow, agradecía a Lulo, arzobispo anglosajón de Maguncia, el envío de una tela de seda destinada a envolver los restos de Beda; véase McClure y Collins, p. XV.

[114] Véase J. E. Cross, «Bede's Influence at Home and Abroad», en L. A. R. Houwen y A. A. MacDonald (eds.), *Beda Venerabilis. Historian, Monk and Northumbrian,* Groningen, E. Forster, 1996, pp. 17-29.

[115] Véase *supra* nuestra nota 3.

[116] Véase H. Bacht, *Lexikon des Mittelalters* I, p. 1775.

[117] «[Alcuino] transmitió al humanismo carolingio el legado de san Beda»; Curtius I, p. 74. Véase también H. Bacht, *Lexikon des Mittelalters* I, p. 1775.

[118] Es decir, la que ya convivió con lenguas vulgares declaradamente románicas.

[119] Para la recepción de Beda en la Alta Edad Media inglesa véase R. H. C. Davis, «Bede after Bede», en C. H. Harper-Bill, Ch. Holdsworth y J. L. Nelson (eds.), *Studies in Medieval History Presented to R. A. Brown,* Woodbridge, The Boydell Press, 1989, pp. 103-116.

[120] Véase H. Bacht, *Lexikon des Mittelalters* I, p. 1775.

[121] Véase Curtius II, pp. 653 s., con las debidas referencias.

[122] Para el sentido de esta mención y de las demás de su contexto véase Curtius II, pp. 530 s.

[123] Obviamente, no podemos entrar aquí en detalles al respecto. Para los de la *HE* véase el capítulo de Colgrave y Mynors comentado *supra* en III 4. Un repertorio clásico de los manuscritos es, pese a su fecha, el de M. L. W. Laistner y H. H. King, *A Hand-List of Bede's Manuscripts,* Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1943. La cifra citada es, recuérdese, la que da Lapidge (*apud* Crépin, p. 50).

[124] Recuérdese que precisamente, según cuenta la *Epístola de Cuthberto*, Beda estaba ocupado en sus últimos días con una selección del *Liber Rotarum (De natura rerum)* de san Isidoro.

[125] Valgan dos ejemplos significativos: no registran referencia ni huella alguna de Beda ni J. Gil, *Corpus Scriptorum Muzarabicorum,* Madrid, CSIC, 1973; ni E. Romero Posse, «Los Comentarios al Apocalipsis de Beato», en VVAA, *El Beato de Osma. Estudios,* Paterna (Valencia), Vicent García Eds., [1984], pp. 59 ss. Ambos trabajos presentan un completo estudio de Fuentes.

[126] Véanse, ante todo, L. Nicolau d'Olwer, «L'Escola Poètica de Ripoll en els segles X-XIII», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans* VI (1915-1919, publ. en 1923), pp. 3-84. De Ripoll y su escuela nos hemos ocupado en J. L. Moralejo, *Cancionero de Ripoll*, Barcelona, Bosch, 1986; para los autores allí leídos: pp. 25 ss. Véanse también J. Gómez Pallarés y H. Millet, «Los "excerpta" de Beda (*De temporum ratione* 25-35) en el ms. ACA *Ripoll* 25», *Emerita* 59 (1991), pp. 101-122, y J. Martínez Gázquez y G. Puigvert i Planagumà, «Los "excerpta" de Beda (*De temporum ratione* 18 y 23), en Ripoll (ACA *Ripoll* 59 y *Vat. Reg. Lat.* 123)», *Emerita* 64 (1996), pp. 295-305. Con una perspectiva más general: M. C. Díaz y Díaz, «Textos medievales extrahispanos en la Península», en VVAA, *La crítica textual y los textos clásicos,* Murcia, Universidad de Murcia, 1986, pp. 149-166.

[127] Véase A. Gransden, «Bede's Reputation as an Historian in Medieval England», *The Journal of Ecclesiastical History* 32 (1981), pp. 397-425, que aduce testimonios de su influencia sobre Guillermo de Malmesbury y otros historiadores

del siglo XII, y de su utilización como autoridad indiscutible frente a la historiografía legendaria y *celtizante* de Geoffroi de Monmouth.

[128] La bibliografía sobre el *Calixtino* es muy extensa y no deja de crecer al socaire del *revival* del Camino de Santiago. Limitándonos a las obras esenciales, citaremos: W. M. Whitehill, *The Pilgrimage to Compostela. Codex Calixtinus…*, Santiago de Compostela, Seminario de Estudos Galegos, 1935 (en realidad, y aunque estaba compuesta en la fecha citada, no apareció hasta 1944, por obra del Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos, a causa de los azares de la Guerra Civil); es la primera edición del texto latino. P. David, «Études sur le livre de Saint-Jacques attribué au Pape Calixte II», *Bulletin des Études Portugaises et de l'Institut Français au Portugal* X (1945), pp. 1-41; XI (1947), pp. 113-185; XII (1948), pp. 70-123. A. Moralejo, C. Torres y J. Feo, *Liber Sancti Jacobi, Codex Calixtinus* (trad. dirigida y prologada por el primero), Santiago de Compostela, Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos, 1951 (primera traducción al español). Hay una reedición revisada y actualizada por J. J. Moralejo y M. J. García Blanco, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2004. M. C. Díaz y Díaz (M. A. garcía Piñeiro y P. del Oro Trigo, cols.), *El Códice Calixtino de la catedral de Santiago. Estudio codicológico y de contenido*, Santiago de Compostela, Centro de Estudios Jacobeos, 1988. K. Herbers y M. Santos Noia, *Liber Sancti Jacobi*, *Codex Calixtinus*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1987 (nueva transcripción, más fiable, del texto latino).

[129]P. Sánchez-Prieto (coord.) *et al.*, *Alfonso X el Sabio, General estoria*, 10 vols., Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2009.

[130] Debo a mi alumna Delfina Vázquez la primera noticia, y a mi colega en la Universidad de Alcalá el profesor P. Sánchez-Prieto un sustancioso anticipo de las numerosas referencias a Beda que la *Estoria* contiene. Consten aquí las gratitudes que son del caso.

[131] Tal vez no sea ése el caso del arrtículo «Bede in the Renaissance: The case of More and Erasmus», *Erasmus of Rotterdam Society Yearbook* 18 (1998), pp. 89-103, al que no hemos tenido acceso.

[132] Para este asunto es fundamental el artículo de H. Heidenreich, «Beda Venerabilis in Spain», *Modern Language Notes* 85, 2 (1970), pp. 126-137, con bibliografía sobre la recepción de Beda en general y particularmente en España, cuyo contenido resumiremos en estas líneas.

[133] En relación con la *romanidad,* y no sin su *point,* Wallace-Hadrill, p. XXIII, hace notar que, cuando el rey Oswiu optó por san Pedro frente a los irlandeses (*HE* III 25), lo hizo en consideración al «portero» del Cielo y no al obispo de Roma. En la *catolicidad, apostolicidad* y *romanidad* de la Iglesia de Inglaterra según la visión de Beda insistía el papa Benedicto XVI el pasado 18 de febrero de 2009 en una catequesis pública dedicada a él.

[134] En esa versión se basa la publicada por J. E. King en la edición bilingüe de la *Loeb Classical Library*, de la que damos referencia más abajo.

[135] Véase Heidenreich, p. 121.

[136] Es de justicia recordar que así se la llamó en España. Lo de «Invencible» es un obvio y comprensible remoquete que *a posteriori* le pusieron sus enemigos.

[137] Así Heidenreich, p. 123, parafraseando a Ribadeneyra, que en el mismo prólogo vierte otras interesantes consideraciones sobre la historia religiosa de Inglaterra.

[138] Véase Heidenreich, pp. 124 s.

[139] Véase Heidenreich, pp. 126 ss.

[140] Véase Heidenreich, pp. 132 s.

[141] Véase Heidenreich, p. 134.

[142] El gran Newman comparaba a Beda con san Felipe Neri, en cuyo Oratorio ingresó tras su conversión y ordenación católica: «Los dos cantando, orando, trabajando y guiando a los demás, en el gozo y en la alegría, hasta su última hora». Tomo la cita de Crépin I, p. 11, n. 3, que, a su vez, cita a F. Vernet.

[143] Con todo, no deja de llamar la atención el hecho de que casi todas sus traducciones a las lenguas de cultura aparte del inglés se hayan publicado en los últimos treinta años.

[144] De ellas han sido editados dos volúmenes por M. Lapidge, *Bede and his World I (The Jarrow Lectures 1958-1978)* y *II (1979-1993*), Aldershot, Variorum Collected Studies, 1994.

[145] Plummer I, p. V.

[146] De esa edición hemos tomado también las referencias a los textos bíblicos citados o aludidos en la *HE.* Y, como se verá, nuestras notas se han beneficiado ampliamente de las suyas.

[147] Aunque, en general, y como se verá, hemos preferido utilizar el término «britanos» para referirnos a los pobladores célticos de Britania.

[148] Aun siendo muy amplio, como confirma la tradición escolar de añadir la forma del genitivo al enunciado de los nombres.

[149] Ciñéndonos a las preposiciones, cabe recordar que en latín no existe ninguna de significado puramente gramatical, como la preposición *a* que nosotros anteponemos a los complementos directos que son nombres de persona o a los nombres que aparecen con la función equivalente a la del genitivo latino.

[150] A este respecto proporciona ideas muy claras J. Herman, «L'emploi des noms indéclinables et l'histoire de la declinación latine», en H. Rosén (ed.), *Aspects of Latin (Papers from the Seventh International Colloquium on Latin Linguistics, Jerusalem, April 1993)*, Innsbruck, Institut für Sprachwissenschaft der Universität Innsbruck, 1994, pp. 389-399. Señala como dato curioso la tendencia de la *Vulgata*, frente a la *Vetus Latina*, a mantener la forma de los indeclinables en todas las funciones sintácticas.

[151] Aunque véase lo ya dicho más arriba, en el apartado «Lengua y estilo», al respecto de los topónimos con *preposición incorporada*, conforme al uso anglosajón.

[152] Según ya hemos adelantado, en la transcripción de los topónimos que Beda, según la costumbre anglosajona, escribe incorporando a ellos una preposición (tipo: *Adbaruae* o *Inderauuda*), hemos seguido las grafías no separadas de Colgrave y Mynors, aunque reconocemos que tal vez haga más reconocibles esos nombres la práctica seguida por Lapidge (2008, p. CXXI) de separar preposición y nombre.

[153] Aparte, obviamente, los mediatamente derivados de gentilicios, como Kent o Mercia. Véase Crépin I, nota a *HE, Praef.* 3.

[154] Véanse los criterios adoptados por Crépin I, p. 7, científicamente rigurosos pero, a nuestro entender, poco apropiados para una traducción al español.

[155] Aunque, como apuntábamos, esos nombres arranquen de la rama visigótica de la comunidad lingüística germánica, consideramos de utilidad en este punto, dado que miran especialmente a la lengua española, los trabajos de J. M. Piel, «Onomástica germánica», en M. Alvar, A. Badía, R. Balbín y L. F. Lindley Cintra (dirs.), *Enciclopedia Lingüística Hispánica* I. Madrid, CSIC, 1960, pp. 421 ss., y J. M. Piel Y D. Kremer, *Hispano-gotisches Namenbuch*. Heidelberg, C. Winter, 1976.

[156]Aunque, como se ha visto, hayamos renunciado a dar una *transcripción fonética* de los nombres, consideramos dignos de encomio los criterios seguido a ese respecto por Crépin y sus colaboradores, que en I: 20 ss. dan una relación clara y concisa de los valores de las grafías anglosajonas.

[157]La bibliografía sobre Beda y sus obras es *un mar sin orillas* y que en los últimos años no ha dejado de crecer, según acredita una simple ojeada al anuario bibliográfico *Medioevo Latino (MEL)*, fundado y dirigido por el añorado C. Leonardi y editado en Florencia por el SISMEL y las Edizioni del Galuzzo desde 1980. A él remitimos al lector interesado en más detalles. Es muy completa y actual la bibliografía que ofrece Lapidge, 2008, pp. CXXXV ss. Señalamos con asterisco los trabajos a los que, por su reciente fecha de aparición, sólo hemos tenido acceso cuando este original ya estaba entregado a la editorial.

[158] Citamos aquí solamente las modernas. Para las anteriores véase el apartado 3.5 de nuestra «Introducción».

[159] Como ya hemos advertido, su texto latino deriva indirectamente de la edición de J. Smith.

BEDA EL VENERABLE

HISTORIA ECLESIÁSTICA DEL PUEBLO DE LOS ANGLOS

Prefacio

1. Al muy glorioso rey Ceolwulfo[1], Beda, siervo de Cristo y presbítero.

La *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos,* que yo había dado a conocer no hace mucho, ya te la envié antes, oh rey, con sumo gusto y complaciendo tu deseo, para que la leyeras y la aprobaras, y ahora te la envío de nuevo para que la hagas copiar y para que la examines con mayor detenimiento cuando tu tiempo te lo permita. Y verdad es que agradezco como corresponde el sincero interés con el que no sólo escuchas atentamente las palabras de la Sagrada Escritura, sino que también te preocupes constantemente por los hechos y dichos de los antepasados, y en especial por los de los hombres ilustres de nuestro pueblo. Pues, si la historia cuenta cosas buenas de los buenos, el oyente solícito se ve instigado a hacer el bien y, si recuerda maldades de los malos, no por ello el oyente y piadoso lector, evitando lo que es dañino y perverso, deja de encenderse con más fuerza en el deseo de hacer lo que ha aprendido que es bueno y digno de Dios. Y tú, dándote cuenta de eso con tu clarividencia, deseas que la citada *Historia* llegue al mismo tiempo, y con mayor difusión, a tu conocimiento y al de aquellos al frente de los cuales te ha colocado la autoridad divina para que los gobernaras, en razón de tu preocupación por el bien común. Mas, para evitarte a ti y a los demás oyentes o lectores de esta *Historia* motivos de duda, me ocuparé de aclarar brevemente de qué autores principales he tomado lo que aquí digo.

2. Mi principal autoridad y ayuda en este opúsculo ha sido el reverendísimo abad Albino[2], varón doctísimo por todos los conceptos. Educado en la iglesia de Kent[3] por el arzobispo Teodoro, de feliz memoria, y por el abad Adriano[4], hombres venerables y de los más eruditos, había averiguado diligentemente todo lo que habían hecho en esa misma provincia de Kent, e incluso en las regiones contiguas a ella, los discípulos del bienaventurado papa Gregorio[5], ya por medio de documentos escritos, ya por la tradición de los mayores y, de todo ello, lo que parecía digno de memoria me lo transmitió por medio de Nothelmo[6], devoto presbítero de la Iglesia de Londres, ya a través de cartas, ya por la viva voz del propio Nothelmo. Por cierto, más tarde Nothelmo, habiendo ido a Roma, encontró allí algunas cartas tanto del bienaventurado papa Gregorio[7] como de otros pontífices, tras revisar el archivo de la Santa Iglesia Romana con permiso del pontífice Gregorio[8], que ahora está al frente de ella, y a su vuelta nos las trajo para que las incluyéramos en nuestra *Historia,* por consejo del reverendísimo padre Albino, ya nombrado.

3. Pues bien, desde el inicio de esta obra hasta el tiempo en el que el pueblo de los anglos adoptó la fe de Cristo, hemos tomado sobre todo de los escritos anteriores, acopiados de aquí y de allá, lo que aquí aducimos. A partir de ahí, hasta los tiempos presentes, hemos averiguado lo que en la Iglesia de Kent hicieron los discípulos del bienaventurado papa Gregorio y sus sucesores, y bajo qué reyes lo hicieron, gracias a la diligencia del ya nombrado abad Albino y, según hemos dicho, de la mediación de Nothelmo. También ellos me dieron algunas noticias parciales de las provincias de los sajones orientales y occidentales, así como de los anglos orientales y de los nortumbros[9], concretamente, de qué prelados y en tiempo de qué reyes recibieron la gracia del Evangelio. En fin, animado sobre todo por el propio Albino, me sentí incitado a abordar esta obra. Pero también Daniel, reverendísimo obispo de Wessex[10], que todavía vive, me hizo saber por carta algunas cosas sobre la historia eclesiástica de su provincia y también de la vecina de Sussex[11], así como sobre la isla de Wight[12]. Cómo por la misión de Cedd y de Chad[13], devotos sacerdotes de Cristo,

también la provincia de Mercia[14] llegó a la fe de Cristo, que no conocía, y cómo la provincia de Essex[15] recuperó la fe que antes había abandonado, y cómo fue la vida y la muerte de esos padres lo hemos averiguado con detalle por los hermanos del monasterio, por ellos fundado, que se llama de Lastingham[16]. Luego, los sucesos eclesiásticos acaecidos en la provincia de East Anglia los hemos conocido en parte por los escritos y la tradición de los antiguos, en parte por el relato del reverendísimo abad Esi[17]. Lo que en la provincia de Lindsey[18] ocurrió en cuanto a la fe de Cristo y cuál fue la sucesión de los obispos lo he sabido, o por las cartas del reverendísimo obispo Cineberto[19], o bien por el testimonio de viva voz de otros varones dignos de confianza. En cambio, lo acontecido en la Iglesia en las diversas regiones de la provincia de Northumbria desde el tiempo en que recibió la fe de Cristo hasta el presente no lo conozco por información de una sola fuente, sino por la muy fidedigna de innúmeros testigos que podían saber o recordar todo ello, exceptuado lo que yo podía saber por mí mismo. A este respecto hay que advertir que lo que al respecto del santísimo padre Cuthberto he escrito en esta obra y en el libro de su vida en parte lo tomé de lo que encontré escrito anteriormente sobre él por los hermanos de la Iglesia de Lindisfarne[20], dando crédito sin más a la historia que leía pero que en otra parte he procurado añadir cuidadosamente lo que por mí mismo pude averiguar por el seguro testimonio de varones fiables. Ruego humildemente al lector que, si en lo que he escrito encuentra algo distinto de la verdad establecida, no nos lo impute a nosotros, que, según es la verdadera ley de la historia[21], simplemente hemos procurado poner por escrito para instrucción de la posteridad lo que hemos recopilado de cuanto la fama cuenta.

4. Por lo demás, a cuantos pueda llegarles esta historia de nuestra nación, ya sean lectores, ya oyentes, les ruego humildemente que se acuerden de interceder ante la Suprema Clemencia por mis flaquezas de alma y cuerpo, y que cada cual en su provincia me corresponda a su vez con esta compensación: que yo, que me he esforzado diligentemente en poner por escrito lo que creí digno de memoria y grato a sus habitantes al respecto de cada una de las provincias y de los lugares más importantes, encuentre en todos ellos el fruto de su piadosa intercesión

FIN DEL PREFACIO. COMIENZAN LOS CAPÍTULOS

[1]Rey de Northumbria desde el año 729 hasta el 737, en que se hizo monje de Lindisfarne, donde murió y fue sepultado en el 760 o 764; véase la nota de Plummer a V 23. Es venerado como santo.

[2]Abad del monasterio de San Pedro y San Pablo de Canterbury desde el 708/709. Sobre él puede verse M. Lapidge, *ASE*, s. u. *Albinus*. Beda le envió la *HE* con una carta dedicatoria que puede verse en Plummer I, p. CLXXIX.

[3]Más concretamente, en Canterbury, la *ecclesia Cantuariorum*, como escribe Beda.

[4]Teodoro era un griego de Tarso, en Cilicia, que había llegado a Roma huyendo de la invasión árabe, hacia el año 660. Promovido al episcopado, fue enviado a la misión de Britania, donde ocupó la sede primada de Canterbury. Su compañero de misión y predecesor en el episcopado el abad Adriano procedía de África (véase IV 1). Uno y otro, pues, eran epígonos de los pioneros romanos llegados con san Agustín de Canterbury.

[5]Naturalmente, el papa san Gregorio I Magno (590-604), que en el año 596 había enviado a san Agustín de Canterbury y a sus misioneros a evangelizar Britania.

[6]Nothhelm (según transcriben Colgrave y Mynors el *Nothelmus* de Beda) fue arzobispo de Canterbury desde el 735 hasta su muerte en el 739. Es venerado como santo. Transcribimos así el nombre por paralelismo con otros similares que tienen tradición en español, como Anselmo y Aldhelmo (aunque de éste hay aún la forma más castiza Lesmes).

[7]El ya citado san Gregorio Magno.

[8]El papa Gregorio II (715-731), anteriormente archivero y bibliotecario de la Sede Apostólica (cfr. Colgrave y Mynors, *ad loc.*).

[9]Los sajones orientales formaron el reino de Essex, los occidentales el de Wessex y los meridionales el de Sussex; los anglos orientales el de East Anglia, los occidentales el de Mercia y los nortumbros, también anglos, el de Northumbria, en la región nordeste de Inglaterra. En lo sucesivo, y salvo inconveniente en contrario, emplearemos esas y otras denominaciones de los reinos de la «heptarquía anglosajona», vigentes hasta la actualidad, en lugar de las estrictamente gentilicias que más a menudo utiliza Beda.

[10]Sobre Daniel véanse también IV 16 y V 18 y 23. En realidad fue obispo de Winchester, uno de los dos en los que en el 705 fue dividido el de Wessex.

[11]La provincia de los *Australes Saxones*, como escribe Beda.

[12]En latín *Uecta*, en época clásica *Vectis*, situada frente a la costa meridional de Britania.

[13]Sobre Cedd, obispo de Essex, véanse especialmente III 21 y 23. Siguiendo a Plummer y a Colgrave y Mynors, transcribimos por Chad en nombre que Beda escribe *Ceadda*. Fueron cuatro hermanos asociados en la tarea apostólica: Cedd, Chad, Cinebill y Caelin (III 23).

[14]La provincia de Mercia, de forma sensiblemente cuadrangular, ocupaba el centro de Britania.

[15]La de los *Orientales Saxones*, escribe Beda.

[16]Cercano a Whitby, en el actual North Yorkshire.

[17]Nada más se sabe de él.

[18]Comarca situada entre los ríos Humber y Witham, en las cercanías de Lincoln. Parece que estuvo alternativamente sometida a los reinos de Northumbria y de Mercia, aunque había tenido una dinastía local propia; véase Colgrave y Mynors, *ad loc*.

[19]En efecto *Cyniberctus* o Cynebehrt fue obispo de Lindsey; cfr. IV 12 y V 23.

[20]Lindisfarne es una isla, cercana a la costa nordeste de Inglaterra, en la que el monje irlandés san Aidán fundó a principios del siglo VII un monasterio que fue un importante foco de religiosidad y de cultura, hasta su destrucción por los vikingos en el año 793. Como veremos, aparece muchas veces en la *Historia* de Beda.

[21]Según Crépin, *ad loc.*, la expresión procede de san Jerónimo, *Contra Helvidio*, Migne, *PL* 23, 187 c.

LIBRO I

CAPÍTULOS

Éste es el contenido del libro I de la *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos:*

Severo, primero hizo que un joven cojo recuperara la capacidad de andar y luego, tras condenar o convertir a los herejes, que el pueblo de Dios pudiera avanzar de nuevo en la fe.

22. Cómo los britanos, al cesar por un tiempo las guerras exteriores, se destrozaron en las civiles y se dejaron llevar a los mayores crímenes.

23. Cómo el santo papa Gregorio, al enviar a Agustín y sus monjes a predicar al pueblo de los anglos, también los animó en una carta de exhortación a que no cejaran en su esfuerzo.

24. Cómo escribió al obispo de Arles para que los recibiera.

25. Cómo en su viaje a Britania Agustín primero predicó en la isla de Thanet al rey de los cantuarios y así, recibida su licencia, entró en Kent para predicar.

26. Cómo él imitó en Kent la doctrina y la vida de la Iglesia primitiva y recibió una sede episcopal en la ciudad regia.

27. Cómo él, ya ordenado obispo, hizo saber al papa Gregorio lo que se había hecho en Britania y pidió y obtuvo respuesta sobre cuestiones importantes.

28. Cómo el papa Gregorio envió una carta al obispo de Arles para que ayudara en la tarea del Señor a Agustín.

29. Cómo él mismo le envió a Agustín el palio, una carta y varios ministros de la Palabra.

30. Texto de la carta que le envió al abad Melito cuando marchaba a Britania.

31. Cómo exhortó a Agustín por medio de una carta a que no se gloriara en sus propias virtudes.

32. Cómo envió una carta y regalos al rey Etelberto.

33. Cómo Agustín restauró la iglesia del Salvador e hizo el monasterio de San Pedro Apóstol, y sobre Pedro, su primer abad.

34. Cómo Etelfrido, rey de Northumbria, derrotando a los pueblos de los escotos, los echó de los confines de los anglos.

TERMINAN LOS CAPÍTULOS. EMPIEZA EL PROPIO LIBRO I

1

De la situación de Britania y de Hibernia y de sus primitivos pobladores.

1. Britania[1], isla del Océano que antaño tuvo por nombre Albión, está situada entre el septentrión y el occidente, frente a Germania, la Galia e Hispania, las partes mayores de Europa, aunque separada por una gran distancia. Se alarga hacia el bóreas[2] por espacio de 800 millas y de anchura tiene 200, salvo en los trechos de los promontorios que sobresalen, con lo que resulta que su perímetro es de 4.875 millas. Tiene al mediodía a la Galia Bélgica, desde cuya costa proporciona el acceso más cercano a la ciudad llamada Puerto de Rútubo[3], que ahora los anglos, con una forma corrompida, llaman *Reptacaestir*[4], y en medio está el mar, que, hasta la costa más próxima, la de Gesoriaco, en tierra de los morinos[5], supone una travesía de 50 millas o, según otros han escrito, de 450 estadios[6]. A sus espaldas, por donde se abre al infinito Océano, tiene a las islas Órcadas[7]. Es una isla rica en cultivos y en árboles, y buena para criar rebaños y bestias de carga, y que incluso en algunos lugares hace crecer viñas; pero además es tierra fértil en aves y su mar lo es en especies diversas, y también de ríos de mucha pesca y notable por sus copiosas fuentes y, desde luego, abunda en salmones y anguilas. Pero también se capturan muy a menudo focas y delfines y asimismo ballenas, aparte de varios géneros de moluscos entre los que se cuentan los mejillones, en los que a menudo encuentran encerrada una perla preciosa, de todos los colores, a saber, rojo, purpúreo, violeta y verde pero sobre todo blanco. También abundan bastante y de sobra las caracolas, con las que se hace un tinte de color escarlata cuyo bellísimo rubor no puede desvanecerse nunca por el ardor del sol ni por el quebranto de la lluvia, sino que, cuanto más viejo, suele resultar más agradable.

2. Tiene fuentes salinas y también termales, y, derivados de ellas, arroyos para baños calientes a disposición de las personas de toda edad y sexo en lugares separados y según la

conveniencia de cada cual. En efecto, el agua, como dice san Basilio[8], recibe su calor cuando pasa a través de ciertos minerales, y no sólo se vuelve caliente sino que incluso hierve. Y esta tierra, fecunda también en venas de mineral –cobre, hierro, plomo y plata–, cría también mucha y excelente piedra de azabache, que es de reflejos oscuros, arde al acercarla al fuego; al quemarse, ahuyenta a las serpientes y, cuando se la calienta frotándola, atrae lo que se le acerca, al igual que el ámbar.

Antaño Britania también era ilustre por sus famosas 28 ciudades, además de por sus innumerables fortalezas, que también estaban dotadas de muros, torres, puertas y fortísimos cerrojos[9]. Y, dado que está situada casi bajo el vértice septentrional del mundo, tiene en verano noches con luz, de manera que a menudo, en las horas nocturnas, los observadores se preguntan si aún dura el crepúsculo de la tarde o si ya ha llegado el de la mañana, puesto que durante la noche el Sol, sin pasar muy por debajo de la Tierra, vuelve al oriente por las regiones boreales[10]. De ahí también que tenga en verano días de gran longitud, es decir, de 18 horas, como lo son las noches en el invierno, y es que por entonces el Sol se retira hacia las partes de Libia[11]. Igualmente, tiene muy breves las noches en el verano y los días en invierno, es decir, de sólo seis horas equinocciales[12], dado que en Armenia, Macedonia e Italia y en las regiones de la misma latitud el día o la noche más largos tienen 15 horas y los más breves nueve.

3. En la actualidad esta tierra, según el número de los libros en que está escrita la Ley divina[13], busca y confiesa una y la misma ciencia de la suma verdad y de la verdadera sublimidad en las cinco lenguas de sus pueblos, a saber, la de los anglos, la de los britanos, la de los escotos, la de los pictos y la de los latinos[14], la cual, por la meditación de las Escrituras, se ha hecho común para todos los demás. Sin embargo, en los primeros tiempos la isla sólo tuvo como habitantes a los britanos, de los que tomó nombre. Éstos, según se cuenta, llegados desde la tierra de la Armórica[15], se hicieron con sus partes meridionales. Y, una vez que se apoderaron de la mayor parte de la isla empezando por el sur, ocurrió que el pueblo de los pictos, procedente de Escitia[16], según cuentan, se echó al Océano con unas pocas naves de guerra y, llevado por el soplo de los vientos, llegó a Hibernia[17], más allá de todos los confines de Britania, y desembarcó en sus costas septentrionales y, al encontrar allí al pueblo de los escotos[18], pidió también para él un asentamiento en su tierra y no pudo conseguirlo. Hibernia es la isla más grande después de Britania y está situada al occidente de Britania y, así como hacia el aquilón[19] es más corta que aquélla, así también, alargándose hacia el mediodía mucho más allá de sus confines, llega hasta la altura de la Hispania septentrional[20], aunque dejando por medio un gran mar.

4. El caso es que los pictos, llegando hasta ella en su navegación, según dijimos, pidieron que también a ellos se les diera allí un asentamiento y un lugar para vivir. Les respondían los escotos que en la isla no cabían los unos y los otros; «pero –les dijeron– podemos daros un consejo saludable sobre qué podéis hacer. Sabemos que hay otra isla no lejos de la nuestra hacia el oriente, que solemos divisar de lejos en los días más claros. Si queréis dirigiros a ella, podéis hacerla habitable para vosotros y, si alguien os opone resistencia, echad mano de nosotros para que os ayudemos». Y así los pictos, tras dirigirse a Britania, empezaron a habitar sus partes septentrionales, pues las meridionales ya las habían ocupado los britanos. Y como los pictos, al no tener esposas, se las pidieron a los escotos, éstos sólo se avinieron a dárselas con la condición de que, cuando la cuestión se presentara dudosa, eligieran un rey de estirpe real femenina antes que masculina, lo cual consta que se ha observado hasta hoy entre los pictos[21]. Al avanzar el tiempo, Britania, después de los britanos y los pictos, acogió a un tercer pueblo, el de los escotos[22], en la parte de los pictos. Ésos, llegados de Hibernia bajo el mando de Reuda, ya por medio de la amistad, ya de la espada, se hicieron con los asentamientos que hasta la fecha tienen entre aquéllos. Y está claro que por aquel jefe se los llama actualmente *dalreudinos,* pues en su lengua *daal* significa «parte»[23].

5. En cuanto a Hibernia, tanto por su anchura como por su salubridad y por lo apacible de

su clima, aventaja mucho a Britania, de manera que allí raramente la nieve dura más de tres días, nadie siega heno o construye establos para el ganado a causa del invierno, no se suele ver allí ningún reptil y ninguna serpiente puede vivir en la isla[24]. Pues normalmente las serpientes llevadas allí desde Britania se mueren tan pronto como les llega el olor de aquel clima al acercarse el navío a tierra. Más todavía: casi todo lo que produce la isla es eficaz contra su veneno. Por último, hemos visto que a algunos que habían sido mordidos por una serpiente, tras dárseles a beber las raspaduras de algunos códices que provenían de Hibernia puestas en agua, al momento absorbieron y calmaron toda la virulencia del veneno que estaba haciendo su efecto, toda la hinchazón de su cuerpo inflamado. La isla es rica en leche y en miel y no desconoce las viñas, las aves y los peces, pero es también especialmente notable por su caza de corzos y de venados. Ésta es propiamente la patria de los escotos y, tras salir de ella, según hemos dicho, añadieron en Britania un tercer pueblo a los de los britanos y los pictos. Hay un enorme golfo que antiguamente separaba al pueblo de los britanos de los pictos, el cual, a partir del occidente, se adentra por un largo trecho en la tierra, donde hasta hoy está la ciudad de los britanos, muy fortificada, que se llama *Alcluith*[25]. Y parece ser la parte septentrional de ese golfo en la que los escotos, de los que hemos hablado, al llegar, se hicieron un lugar para su patria.

2

Cómo Gayo Julio fue el primer romano en llegar a Britania.

1. Ahora bien, la dicha Britania hasta Gayo Julio César no fue pisada ni conocida por los romanos. Éste, en el año 693 de la fundación de Roma y 60 antes de la encarnación del Señor[26], cuando desempeñaba el cargo del consulado junto con Lucio Bíbulo, y mientras hacía la guerra contra los pueblos de los germanos y los galos, que sólo estaban separados por el río Rin, llegó a la tierra de los morinos, desde donde es más cercana esta tierra y más breve es la travesía hasta Britania y, tras disponer unas 80 naves de carga y ligeras, cruzó a Britania, donde, fatigado primero por la crudeza de los combates e imposibilitado luego por el tiempo adverso, perdió la mayor parte de su flota y un contingente no pequeño de sus tropas y casi toda su caballería. Después de volver a la Galia, mandó a sus ejércitos a los campamentos de invierno y ordenó que se construyeran 600 naves de uso mixto. Tras pasar de nuevo a Britania con ellas en la primavera, mientras él marchaba contra el enemigo con su ejército, sus naves, que estaban al ancla, fueron arrastradas o estrelladas entre sí por una tempestad, o bien quedaron varadas y desechas en la arena. De ellas se perdieron 40 y las demás se repararon con gran dificultad. La caballería de César fue vencida por los britanos en el primer encuentro, y en él fue muerto su tribuno Labieno[27]. En el segundo combate, con gran peligro de los suyos, venció a los britanos y los puso en fuga, avanzando hasta el río Támesis. En la otra orilla del mismo, bajo el mando de Casivelauno[28], se había apostado una inmensa multitud de enemigos, y habían instalado en la ribera del río y en casi todos sus vados estacas muy agudas, cuyos restos todavía se ven en aquel lugar, y los observadores pueden ver que cada una de ellas tienen el grosor de un muslo humano y que, rodeadas de plomo, estaban clavadas en lo hondo del río de manera que no se movieran.

2. Después de que los romanos se dieron cuenta de la trampa y la evitaron, los bárbaros no soportaron su ataque y se escondieron en los bosques, desde donde, sin cesar, hostigaban a los romanos con recios y repetidos ataques. Entre tanto, la poderosa tribu de los trinovantes, junto con su jefe Andragio[29], tras entregar 40 rehenes, se rindió a César y, siguiendo su ejemplo, bastantes otras ciudades llegaron a un acuerdo con los romanos. Guiado por ellas, César conquistó al fin, en duro combate, la fortaleza de Casivelauno[30], situada entre dos pantanos y que además estaba protegida por un cerco de bosques y bien provista de toda clase de suministros. Luego César, tras volver de Britania a la Galia, una vez que envió sus legiones a los campamentos de invierno, se vio rodeado y acosado por doquier por súbitos

ataques y revueltas.

3

Cómo Claudio, el segundo de los romanos en llegar a ella, también añadió al Imperio romano las islas Órcadas y cómo Vespasiano, enviado por él, también sometió a los romanos la isla de Wight.

1. El año 796 de la fundación de la Urbe[31], el emperador Claudio, el cuarto[32] contando desde Augusto, queriendo mostrarse como un príncipe útil al Estado, buscó la guerra por todas partes y la victoria de donde pudiera obtenerse. Y así promovió una expedición contra Britania, que parecía inclinada a la revuelta a causa de unos tránsfugas no devueltos. Él mismo cruzó a la isla, a la que ninguno se había atrevido a ir antes o después de Julio César, y allí, sin combate alguno ni derramamiento de sangre, en muy pocos días recibió la rendición de gran parte de la isla. Incluso añadió al Imperio romano las islas Órcadas, situadas más allá de Britania, en el Océano, y a los seis meses de partir volvió a Roma y a su hijo le puso el apellido de Británico. Esta guerra la terminó en el cuarto año de su Imperio, que es el 46 de la Encarnación del Señor, año en que también se produjo una tremenda hambruna en Siria, de la que en los *Hechos de los Apóstoles* se cuenta que fue predicha por el profeta Agabo[33].

2. Enviado por el propio Claudio a Britania, Vespasiano[34], quien fue emperador después de Nerón, también sometió al dominio romano la isla de Wight, cercana a Britania por el mediodía. Ésta tiene desde oriente a occidente unas 30 millas y del austro al bóreas 12, y en sus partes orientales dista de la costa meridional de Britania seis millas y en las occidentales tres. Mas Nerón, al suceder a Claudio en el Imperio[35], a nada se atrevió en materia militar, por lo que, entre otras muchas menguas de su reino, casi perdió Britania, pues en su tiempo fueron conquistadas y destruidas allí dos importantes plazas fuertes[36].

4

Cómo Lucio, rey de los britanos, por carta enviada al papa Eleuterio, pidió hacerse cristiano.

1. El año 156 de la Encarnación del Señor, Marco Antonino Vero[37] recibió el reino, en decimocuarto lugar contando desde Augusto, junto con su hermano Aurelio Cómodo[38]. En los tiempos de éstos, cuando estaba al frente del pontificado de la Iglesia de Roma el santo varón Eleuterio[39], Lucio[40], rey de las Britanias, le envió una carta pidiéndole que, por mandato suyo, lo hiciera cristiano, y pronto logró el cumplimiento de su piadosa solicitud y, tras recibir la fe, los britanos la mantuvieron intacta e íntegra en tranquila paz hasta los tiempos del emperador Diocleciano[41].

5

Cómo Severo separó con una muralla la parte recuperada de Britania del resto.

1. En el año 189 de la Encarnación del Señor, Severo, originario del África Tripolitana y natural de la ciudad de Leptis, alcanzó el imperio en el decimoséptimo lugar contando desde Augusto y lo mantuvo por diecisiete años[42]. Era un hombre de carácter recio, que siempre se vio acosado por muchas guerras y rigió la república con gran energía pero con grandes trabajos. El caso es que, vencedor en las guerras civiles, que se le habían presentado muy difíciles, se ve arrastrado a Britania por la defección de casi todos los aliados. Allí, la parte de la isla reconquistada por medio de grandes y duros combates que repetidamente libró juzgó que había que separarla de los demás pueblos, los no sometidos, no con un muro, como algunos piensan, sino con una empalizada[43].

2. Y es que un muro se hace de piedra; en cambio, las empalizadas con las que se fortifican los campamentos para repeler los ataques enemigos se hacen de cepellones con los cuales, una vez cortados de la tierra, se levanta como un muro que se alza sobre la misma, de

manera que por delante quede la fosa de la que los cepellones se han sacado, y sobre ella se clavan estacas de leños muy fuertes. Y así Severo trazó de mar a mar una gran fosa y una empalizada muy robusta, fortificada además con numerosas torres. Y allí, en York, murió de enfermedad[44]. Dejó dos hijos, Basiano y Geta, de los que Geta pereció tras ser declarado enemigo público y Basiano, tras tomar el apellido de Antonino[45], se hizo con el reino.

6

Del Imperio de Diocleciano y de cómo persiguió a los cristianos.

1. El año 286 de la Encarnación del Señor[46], Diocleciano fue elegido por el ejército trigésimo tercer emperador contando desde Augusto. Lo fue por veinte años e hizo su colega en el Imperio a Maximiano, apellidado Hercúleo[47]. En tiempo de éstos, un cierto Carausio[48], hombre de la más baja condición pero inteligente y dotado para la acción, que, puesto para otear las costas del Océano, entonces infestado por francos y sajones, hacía más por el daño que por el provecho de la república no restituyendo en parte alguna a sus dueños el botín arrebatado a los piratas, sino quedándoselo para él solo, encendió la sospecha de que con una estudiada negligencia animaba a los propios enemigos a invadir el territorio. Por ese motivo Maximiano ordenó que lo mataran, pero él asumió la púrpura[49] y ocupó las Britanias. Durante siete años las defendió y las retuvo, y al final fue muerto por un engaño de su compañero Alecto[50], y luego Alecto retuvo por tres años la isla que le había arrebatado a Carausio; con él acabó el prefecto del pretorio Asclepiódoto y recuperó Britania al cabo de diez años.

2. Entre tanto, Diocleciano en el oriente y Maximiano Hercúleo en el occidente dispusieron que se saquearan las iglesias y que se persiguiera y se matara a los cristianos, por décima vez contando desde Nerón[51]. Esta persecución fue casi más larga y más inhumana que todas las que se habían hecho antes, pues durante diez años se llevó a cabo de manera incesante, con incendios de iglesias, proscripciones de inocentes y matanzas de mártires. Entonces, al fin, también a Britania la ensalzó la copiosa gloria del piadoso testimonio de Dios.

7

Pasión de san Albano y de sus compañeros, que en ese tiempo derramaron su sangre por el Señor.

1. En efecto, en aquella persecución padeció san Albano, presbítero del que Fortunato[52], en su *Alabanza de las vírgenes*, al hacer mención de los bienaventurados mártires que de todo el orbe llegaban ante el Señor, dijo:

«Al egregio Albano lo engendra la fecunda Britania.»

2. Pues bien, este Albano[53], siendo todavía pagano, cuando las órdenes de los pérfidos príncipes se ensañaban con los cristianos, dio hospitalidad a un clérigo que escapaba de sus perseguidores. Y, cuando lo vio dedicado a continuas oraciones y vigilias día y noche, de repente la gracia divina lo miró y empezó a imitar el ejemplo de su piedad y de su fe e, instruido poco a poco por sus saludables exhortaciones, dejó las tinieblas de la idolatría y se hizo cristiano de todo corazón. Cuando el clérigo antedicho ya llevaba varios días hospedado en su casa, llegó a oídos del nefando príncipe que aquel confesor de Cristo, al que todavía no se había destinado al martirio, se escondía en casa de Albano, y por ello ordenó al instante que los soldados lo buscaran con más diligencia. Cuando éstos llegaron a la choza del mártir, al momento el propio san Albano se presentó a los soldados en lugar de su huésped y maestro y vestido con su propio atuendo, es decir, el capote con el que él se vestía, y así fue llevado ante el juez.

3. Ocurrió, sin embargo, que, a la hora en que Albano fue llevado ante él, el juez estaba ante los altares y hacía ofrendas a los demonios. Al ver a Albano, encendido en intensa ira, dado que se había adelantado a ofrecerse a los soldados y a ponerse en el peligro en lugar del

huésped al que había dado cobijo, ordenó que lo llevaran ante las imágenes de los demonios ante las que estaba y le dijo: «Puesto que has preferido esconder a un rebelde y sacrílego a entregarlo a los soldados, para que, como despreciador de los dioses que es, pagara la pena merecida por su blasfemia, cuantos suplicios se le debían a él los pagarás tú, si pretendes apartarte del culto de nuestra religión». Pero san Albano, quien se había adelantado a declararse cristiano ante los perseguidores de la fe, no temió en modo alguno las amenazas del príncipe, sino que, ceñido con las armas de la milicia espiritual, proclamaba claramente que no quería obedecer a sus órdenes. Entonces le dijo el juez: «¿De qué familia y linaje eres tú?». Albano le respondió: «¿Qué te importa a ti de qué estirpe he nacido? Pero, si quieres saber la verdad sobre mi religión, entérate ya de que soy cristiano y de que cumplo con mis deberes de cristiano». Le dijo el juez: «Pregunto por tu nombre y dímelo sin tardar». Y él le respondió: «Albano me llaman mis padres y siempre adoro y venero al Dios vivo y verdadero, que todo lo ha creado». Entonces el juez, lleno de ira, le dijo: «Si quieres disfrutar de la felicidad de una larga vida, no tardes en sacrificar a los grandes dioses». Albano le respondió: «Esos sacrificios que vosotros hacéis a los demonios ni pueden ayudar a quienes los ofrecen ni cumplir los deseos y votos de quienes les suplican. Al contrario, quienquiera que ofrezca sacrificios a esas imágenes recibirá como pago las penas eternas del infierno». Al oír esto, el juez, fuera de sí por una furia desmedida, ordenó que el santo confesor de Dios fuera golpeado por los torturadores, pensando en ablandar con los golpes la entereza que no había podido ablandar con sus palabras. Y él, al verse en medio de los más duros tormentos, los soportaba por el Señor con paciencia, incluso con alegría. Pero, cuando el juez se dio cuenta de que no se lo podía vencer con los tormentos ni hacerlo volverse atrás del culto de la religión cristiana, ordenó que le cortaran la cabeza.

4. Cuando era llevado a la muerte, llegó a un río que con su rápido curso separaba la muralla y el ruedo donde iban a sacrificarlo, y allí vio a una muchedumbre no pequeña de gente de uno y otro sexo, de edad y condición diversa que sin duda se sentía convocada por inspiración divina para homenajear al bienaventurado confesor y mártir, y así ocupaba el puente del propio río, de manera que aquella tarde apenas se podía cruzar. Al fin, al haber salido de ella casi todos, el juez se había quedado en la ciudad sin nadie que lo atendiera. Así pues, san Albano, quien tenía un ardiente deseo de llegar cuanto antes al martirio, se acercó al torrente y, al dirigir los ojos al cielo, vio que, secándose de inmediato su caudal, sus aguas habían cedido ante su paso y le habían abierto camino. Y, cuando, entre otros, vio esto el propio verdugo que iba a degollarlo, se apresuró a presentarse ante él cuando llegó al lugar destinado para la ejecución, sin duda movido por inspiración divina y, arrojando la espada que tenía en sus manos, se postra a sus pies, declarando ardiente que, junto con el mártir o en lugar del mártir al que se le ordenaba degollar, más bien era él el que merecía ser degollado.

5. El caso es que, en tanto que éste de perseguidor se convertía en compañero de la verdad y, estando la espada tirada en tierra, había la lógica vacilación entre los demás verdugos; en compañía de las multitudes el reverendísimo confesor de Dios subió al monte que está situado a unos 500 pasos del ruedo, oportunamente adornado por una graciosa belleza, coloreado por variadas hierbas florecidas; más aún, revestido de ellas por todas partes. En él nada había que de repente resultara arduo, nada escarpado, nada abrupto, y la naturaleza, agrandándolo por sus lados a lo largo y a lo ancho, lo rebaja hasta el nivel de la llanura, sin duda porque ya con su aspecto original daba desde antes una imagen digna de ser consagrada con la sangre del bienaventurado mártir. Pues bien, en esta cima san Albano rogó a Dios que le diera agua, y al momento brotó una fuente perenne ante sus propios pies, con su propio curso, para que todos supieran que incluso el torrente había rendido homenaje al mártir; pues no podía ser que en la alta cima del monte el mártir pidiera el agua que no había dejado en el río si no viera que era conveniente. El río, tras cumplir con su deber y acreditar cumplidamente su devoción, mas no sin dejar testimonio de su servicio, volvió a su condición natural. Y así, degollado, el valeroso mártir recibió allí mismo la corona de la vida que Dios

prometió a los que lo aman. Mas a aquel que puso sus manos impías sobre su piadoso cuello no se le permitió regocijarse con su muerte, pues sus ojos cayeron a tierra al tiempo que la cabeza del bienaventurado mártir.

6. También fue degollado allí aquel soldado que anteriormente, arrebatado por la inspiración celestial, se había negado a herir al santo confesor de Dios, y queda bien claro que, aunque no fue lavado en la fuente del bautismo, fue purificado por el baño de su propia sangre y hecho digno de la entrada en el reino celestial. Entonces el juez, conmovido por tanta novedad de milagros celestiales, ordenó que al instante cesara la persecución, empezando a rendir honor a la muerte de aquellos santos por la que antes pensaba que podría cesar la devoción a la fe cristiana. El bienaventurado Albano padeció el día 22 de junio junto a la ciudad de Verulamio, que ahora es llamada por los anglos *Werlamancaestir* o *Waeclingacaestir*[54], donde más adelante, al volver los tiempos de paz para los cristianos, se construyó una iglesia de obra admirable y digna de su martirio. En ese lugar, y hasta el día de hoy, no dejan de celebrarse curaciones de enfermos y la realización de frecuentes milagros.

7. Padecieron también por aquel tiempo Aarón y Julio, quienes vivían en la Ciudad de las Legiones[55], y muchos otros de uno y otro sexo en lugares diversos, los cuales, atormentados por torturas diversas y lacerados por inauditos desgarramientos de sus miembros, enviaron sus almas a los gozos de la gloria celestial tras haber concluido su combate.

8

Cómo, al cesar esta persecución, la Iglesia en Britania tuvo un poco de paz hasta los tiempos de la locura arriana.

1. Mas cuando el vendaval de la persecución se calmó[56], saliendo a la luz los fieles de Cristo que en el tiempo del peligro se habían ocultado en bosques y en cuevas solitarias y escondidas, reconstruyen las iglesias arrasadas, fundan, construyen y llevan a término basílicas de los santos mártires, y por doquier exhiben, por así decirlo, sus enseñas vencedoras; celebran los días festivos, hacen los ritos sagrados con corazón y labios puros. Y esta paz en las Iglesias de Cristo que había en Britania duró hasta los tiempos de la locura arriana[57] que, tras corromper a todo el orbe, incluso a esta isla situada fuera del orbe y tan lejos la infectó con el veneno de su error y, al abrirse esta especie de camino a la pestilencia hasta más allá del Océano, a no mucho tardar, el contagio de todas las herejías se introdujo en una isla que siempre disfruta en oír algo nuevo y que nada seguro mantiene con firmeza.

2. Por este tiempo Constancio[58], quien en vida de Diocleciano gobernaba la Galia e Hispania, un hombre de la mayor mansedumbre y cortesía, encontró la muerte en Britania. Éste dejó a su hijo Constantino, habido de su concubina Helena[59], convertido en emperador de la Galia, y escribe Eutropio que Constantino, proclamado emperador en Britania[60], sucedió en el reino a su padre. La herejía arriana, surgida en sus tiempos y descubierta y condenada en el sínodo de Nicea[61], no por ello dejó de esparcir el mortífero veneno de su perfidia, según dijimos, no sólo por las Iglesias de todo el orbe sino también por las de las islas.

9

Cómo, durante el reinado de Graciano, Máximo, proclamado emperador en Britania, volvió á la Galia con un gran ejército.

1. El año 377 de la Encarnación del Señor, Graciano, cuadragésimo emperador contando desde Augusto, alcanzó el Imperio, que tuvo por seis años, tras la muerte de Valente[62], aunque ya desde mucho antes[63] reinaba con su tío paterno Valente y con su hermano Valentiniano[64]. Éste, como veía que el estado de la república era desesperado y estaba al borde del colapso, ante la necesidad de restaurarla, revistió con la púrpura[65], en Sirmio[66], a Teodosio, natural de Hispania, y al propio tiempo lo puso al frente del Imperio del Oriente y

de Tracia.

2. En aquel tiempo Máximo, un hombre enérgico y honrado, ciertamente, y digno del título de Augusto si no se hubiera encumbrado violando su juramento de fidelidad y por medio de la tiranía, elegido emperador en Britania[67] por el ejército casi contra su voluntad, pasó a la Galia. Allí, a Graciano Augusto, quien, aterrorizado por su súbita irrupción, proyectaba pasar a Italia, lo mató mediante un engaño, y a su hermano Valentiniano Augusto lo expulsó de Italia. Valentiniano, refugiado en el Oriente y acogido por Teodosio con un afecto paternal, fue restituido de inmediato al Imperio, una vez que el tirano Máximo fue cercado dentro de los muros de Aquileya[68] y capturado y muerto por ellos.

10

Cómo, reinando Arcadio, el britano Pelagio emprendió una guerra soberbia contra la gracia de Dios.

1. El año 394 de la Encarnación del Señor, Arcadio, hijo de Teodosio, junto con su hermano Honorio[69], tras recibir el reino en el cuadragésimo tercer lugar contando desde Augusto, lo tuvo por trece años. En sus tiempos el britano Pelagio difundió a lo largo y a lo ancho los venenos de su perfidia en contra del auxilio de la gracia celestial[70], usando como colaborador a Juliano de Campania[71], al que exasperaba su desmedida ambición del obispado perdido tiempo atrás. A ellos les respondió san Agustín y también el resto de los padres ortodoxos, con muchos millares de sentencias católicas, mas no podían corregir su demencia. Ahora bien, lo que es más grave es que su locura, al verse reprendida, prefirió incrementarse con la contradicción que enmendarse volviéndose a la verdad.

2. Esto, en versos heroicos, lo da a entender el rétor Próspero[72] cuando dice:

Cuentan que contra Agustín repta cierto escritor
al que hace ya tiempo abrasa la envidia voraz.
¿A asomar al suelo su cabeza, escondida en oscuras cavernas,
quién empujó a la miserable culebra?
O bien la han criado con sus frutos los marinos britanos,
o bien sus entrañas se hinchan con la hierba de la Campania.

11

Cómo, reinando Honorio, Graciano y Constantino, se proclamaron tiranos en Britania y cómo fueron muertos el primero en Britania y el segundo en la Galia.

1. En el año 407 de la Encarnación del Señor, teniendo el Imperio Honorio Augusto, hijo menor de Teodosio[73], el cuadragésimo cuarto contando desde Augusto, dos años antes de la invasión de Roma por Alarico, rey de los godos, cuando los pueblos de los alanos, los suevos, los vándalos y con ellos muchos otros, tras arrollar a los francos y cruzar el Rin, se ensañaban con todas las Galias, en las Britanias un simple ciudadano, Graciano, se convierte en tirano y es muerto. En lugar de éste fue elegido un tal Constantino, procedente de los más bajos escalones del ejército, sólo por las esperanzas que daba su nombre pero sin virtud alguna que lo avalara. Éste, tan pronto como se hizo con el Imperio, pasó a las Galias. Allí, engañado repetidamente por los bárbaros con alianzas inciertas, más bien resultó perjudicial para la república. Por ello al poco tiempo, y por orden de Honorio, Constancio, uno de su séquito[74], marchando a la Galia con un ejército, lo cercó, lo capturó y lo mató en la ciudad de Arles, y a su hijo Constante, al que de monje había convertido en César, lo mató en Viena[75] Geroncio, uno de su propio séquito[76].

2. Roma fue destruida por los godos en el año 1164[77] de su fundación, fecha desde la que los romanos dejaron de reinar en Britania, al cabo de unos cuatrocientos setenta años desde que Gayo Julio César abordó a la isla. Sin embargo seguían viviendo dentro de la muralla que ya hemos contado que Severo[78] hizo de lado a lado de la isla hacia la parte meridional, dado que hasta el día de hoy dan testimonio de ello las ciudades, los faros, los

puentes y las calzadas que allí se hicieron. Por lo demás, tenían la soberanía sobre las otras partes de Britania y también sobre las islas que están más allá de Britania.

12

Cómo los britanos, devastados por los escotos y los pictos, buscaron la ayuda de los romanos que, viniendo por segunda vez, hicieron un muro a través de la isla; pero, roto éste en seguida por los enemigos dichos, se vieron hundidos en una calamidad mayor.

1. A partir de entonces Britania, despojada en la parte de los britanos de cualquier tropa armada, de todas las fuerzas militares, de toda la flor de su juventud que, llevada lejos por la temeridad de los tiranos, nunca más volvió a su casa, quedó enteramente expuesta al saqueo, dado que toda ella era absolutamente ignorante de los usos de la guerra y, así de pronto, hubo de quedarse atónita y de gemir por muchos años a causa de dos pueblos ultramarinos muy crueles: los escotos[79], que venían del oeste, y los pictos, que venían del norte. Y a estos pueblos los llamamos ultramarinos no porque estuvieran situados fuera de Britania, sino porque estaban separados de la parte de los britanos, al haber por medio dos golfos de los que el uno desde la parte oriental de Britania y el otro desde la occidental se adentran en la tierra a lo largo y a lo ancho, aunque no logran tocarse el uno con el otro[80]. El oriental tiene hacia su mitad la ciudad de Giudi; el occidental tiene sobre él, a su derecha, la ciudad de *Alcluith*, que en su lengua significa Roca del Cluit, pues está junto al río de ese nombre[81].

2. Así pues, a causa de los ataques de estos pueblos, los britanos, enviando a Roma embajadores con cartas, pedían ayuda con ruegos llenos de lágrimas y prometían sumisión perpetua con tal de que se mantuviera lejos al enemigo que los amenazaba. Al punto se les envía una legión armada que, una vez que fue llevada a la isla y se enfrentó con los enemigos, tras abatir a una multitud de ellos, a los otros los expulsó de los confines de sus aliados y a éstos, liberados de su tremenda calamidad, los animó a construir a lo ancho de la isla, entre los dos mares, un muro que pudiera servirles de protección para mantener a raya a sus enemigos, y así la legión se volvió a casa con un gran triunfo. Ahora bien, los isleños, al construir el muro que se les había mandado hacer no tanto con piedras como con cepellones, puesto que no tenían ningún experto capaz para una obra tan grande, lo hacen de manera que no era de utilidad alguna. Lo hicieron entre los dos golfos o brazos de mar de los que hemos hablado, a lo largo de muchas millas, para defender sus fronteras de la invasión de los enemigos con la ayuda de la empalizada allí donde les faltaba la protección de las aguas. De esa obra que allí se hizo, es decir, una empalizada anchísima y altísima, se pueden ver hasta el día de hoy restos muy claros. Empieza a una distancia de unas dos millas del monasterio de Abercorn, en el lugar que en la lengua de los pictos se llama *Peanfahel* y en la de los anglos *Penneltun* y, dirigiéndose hacia occidente, termina junto a la ciudad de *Alcluith*[82].

3. Ahora bien, cuando los enemigos anteriores vieron que las tropas romanas se habían marchado, arribando enseguida en sus naves irrumpen en las fronteras y lo destruyen todo, y como cosecha madura siegan cuanto les sale al paso, lo pisotean y pasan sobre ello. Por ello se envían nuevamente emisarios a Roma pidiendo ayuda con voz lastimera para que la desdichada patria no se viera destruida por entero, para que el nombre de la provincia romana, que durante tiempo había brillado entre ellos, no se viera reducido a nada, borrado por la barbarie de los pueblos extranjeros. Se envía de nuevo una legión que, llegando inesperadamente en la época otoñal, causó grandes estragos al enemigo, y a los que habían logrado escapar los hizo huir a todos al otro lado de los mares; a los mismos que antes solían hacer saqueos anuales de esta parte de ellos sin que nadie les plantara cara. Entonces los romanos advirtieron a los britanos que en lo sucesivo ellos no podrían cargan con tan trabajosas expediciones para defenderlos; los exhortan a que sean más bien ellos los que tomen las armas y hagan el esfuerzo de luchar contra sus enemigos, quienes lograrían ser más fuertes que ellos sólo si ellos se dejaban llevar por la indolencia. Más aún, dado que esto pensaban que supondría cierta ayuda para los aliados a los que se veían obligados a dejar,

levantaron con piedra un fuerte muro en línea recta, de mar a mar, entre las ciudades que allí se habían construido por miedo al enemigo, donde también Severo[83] había hecho antaño su empalizada. Ese muro, famoso y bien visible hasta la fecha, lo construyeron con recursos públicos y privados, recurriendo a la ayuda de los britanos, y tenía 8 pies de ancho y 12 de alto, en línea recta desde el oriente al ocaso, según hasta el día de hoy queda claro para quienes lo vean. Construido éste rápidamente, dan valerosos consejos a aquel pueblo indolente y le proporcionan modelos para la construcción de armas. Pero también en la costa del Océano que da al mediodía, donde estaban sus naves, dado que también por allí se temía la invasión de los bárbaros, colocan a intervalos torres para observar el mar, y dijeron adiós a sus aliados como si nunca fueran a verlos de nuevo.

4. Vueltos aquéllos a casa, al saber que habían dicho que no regresarían, los mismos escotos y pictos retornan rápidamente y, mostrándose más confiados que de costumbre, se apoderan de toda la parte norte y más alejada de la isla hasta el muro desplazando a los indígenas. Ante esto, un ejército desmoralizado se despliega sobre la parte alta de la fortificación, donde, con el corazón temblando y atónito, languidecía día y noche. En cambio, del otro lado no dejan de actuar las armas enemigas con forma de gancho, y los cobardes defensores, miserablemente arrastrados del muro, eran arrojados a tierra. ¿Para qué contar más? Abandonando las ciudades y el muro, huyen y se dispersan. Los enemigos los persiguen y se aprestan a la matanza, más cruel que todas las precedentes. En efecto, al igual que los corderos por las alimañas, así los desdichados ciudadanos se ven desgarrados por los enemigos y, así, arrojados de sus casas y de sus pequeñas propiedades, paliaban el inminente peligro de la hambruna con los robos y la rapiña mutua, aumentando las calamidades venidas de fuera con las domésticas, hasta que la región entera se vio carente de toda clase de alimentos para el sustento, a no ser de alivio que ofrecía la caza.

13

Cómo, reinando Teodosio el Menor, en cuyo tiempo Paladio fue enviado a los escotos que creían en Cristo, los britanos no lograron del cónsul Aecio la ayuda solicitada.

1. El año 423 de la Encarnación del Señor, Teodosio el Menor[84] recibió el reino como sucesor de Honorio, en el lugar cuadragésimo quinto contando desde Augusto, y lo tuvo durante veintiséis años. En el año octavo de su Imperio, Paladio[85] es enviado por Celestino[86], pontífice de la Iglesia de Roma, a los escotos que ya creían en Cristo como primer obispo. Y el año vigésimo tercero de su reinado, Aecio[87], varón ilustre que también fue patricio, desempeñó junto con Símaco su tercer consulado. A éste los pobres restos que quedaban de los britanos le envían una carta cuyo principio era así: «A Aecio, cónsul por tercera vez, se dirige el gemido de los britanos», y en el curso de la misma explican así sus calamidades: «Los bárbaros nos echan hacia el mar, el mar nos echa hacia los bárbaros y, en medio de todo esto, se producen dos clases de muerte: o nos degüellan o nos ahogamos».

2. Sin embargo, ni aun haciendo esto, pudieron conseguir de él ayuda alguna, dado que por aquel tiempo estaba ocupado en guerras muy importantes con Blaedla y Atila, reyes de los hunos y, aunque el año anterior Blaedla había sido asesinado en una maniobra de su hermano Atila, el propio Atila siguió siendo un enemigo tan insoportable de la república que devastó casi toda Europa invadiendo y arrasando las ciudades y fortalezas[88]. Más todavía, en estos mismos tiempos, una hambruna cayó sobre Constantinopla y, sin tardar, la siguió una peste, y además se derrumbó la mayor parte de los muros de la ciudad incluyendo 70 torres. Además, en muchas ciudades destruidas el hambre y el pestífero olor de los aires acabaron con muchos miles de hombres y de bestias.

14

Cómo los britanos, obligados por una siniestra hambruna, expulsaron a los bárbaros de sus fronteras, y cómo sin

tardanza siguieron la abundancia de frutos y el lujo, la peste y el exterminio del pueblo.

1. Entre tanto a los britanos su propia hambruna, ya aludida, acosándolos más y más, y dejando a la posteridad una duradera memoria de sus males, obligó a muchos de ellos a rendirse a los saqueadores enemigos; pero con otros nunca lo logró, sino que confiando en Dios, cuando todo lo humano fallaba, buscando ayuda en los propios montes, cuevas y bosques, no dejaban de resistir, y entonces por primera vez empezaron a causar estragos a los enemigos que desde hacía muchos años esquilmaban sus tierras. Por ello los desvergonzados saqueadores hibernos[89] se vuelven a sus casas, para volver después de no mucho tiempo. Los pictos, entonces por primera vez, se quedaron tranquilos en la parte extrema de la isla y así siguieron en lo sucesivo. Sin embargo, después no dejaron de hacer algunos saqueos y atropellos a costa del pueblo de los britanos.

2. Ahora bien, al cesar la devastación de los enemigos, la isla empezó a tener una abundancia de cosechas como no recordaba ninguna época anterior, con las cuales también se apresuró a crecer la disipación, acompañada de inmediato de una plaga de toda clase de maldades, sobre todo del odio a la verdad y del amor a la mentira, de manera que, si alguno de ellos parecía más humano y algo más cercano a la verdad, contra él se volvían, como si fuera el destructor de Britania y sin consideración alguna, los odios y las armas arrojadizas de todos. Y esto no sólo lo hicieron seglares, sino también la propia grey del Señor y sus pastores, sometiendo su cuello a la ebriedad, a la animosidad, al afán de litigio, al enfrentamiento, a la envidia y a los demás vicios de esa calaña y abandonando el ligero yugo de Cristo. Entre tanto, y de manera súbita, se apoderó de aquella gente de alma corrompida una terrible peste que en breve tiempo acabó con tanta multitud que los vivos no se daban abasto siquiera para sepultar a los muertos; sin embargo, ni con la muerte de los suyos ni con el temor a la muerte se los podía rescatar de la muerte del alma que por sus pecados acababa con ellos. Por ello, no mucho después cayó sobre aquel pueblo pecador un castigo por su terrible crimen. En efecto, se celebró un consejo para ver qué había que hacer cuando hubiera que pedir ayuda para evitar o repeler ya a las bestias salvajes, ya las repetidas invasiones de las gentes del Norte, y a todos, junto con su rey Vortigerno[90], les pareció conveniente llamar en su ayuda al pueblo de los sajones desde las partes de ultramar, lo cual está claro que fue dispuesto por la voluntad del Señor para que viniera la calamidad sobre los malvados, según demostraron aún más evidentemente los acontecimientos.

15

Cómo el pueblo de los anglos, invitado a ir a Britania, primero echó lejos a los enemigos; pero no mucho después, haciendo un pacto con ellos, volvió sus armas contra sus aliados.

1. En el año 449 de la Encarnación del Señor[91] se hizo con el Imperio Marciano[92], en el cuadragésimo sexto lugar después de Augusto, junto con Valentiniano, y lo tuvo durante siete años. Entonces el pueblo de los anglos y los sajones, llamado por el rey antedicho, arribó a Britania en tres naves de guerra, y por mandato de ese mismo rey ocupó en la parte oriental de la isla un lugar donde asentarse, como si fuera a luchar por el país pero, en realidad, en la idea de conquistarlo[93]. El caso es que, al entablarse combate con los enemigos que habían venido a combatir desde la parte del norte, los sajones se hicieron con la victoria. Y, una vez que esto se supo en su tierra, y al propio tiempo la fertilidad de la isla y la cobardía de los britanos, se envió desde allí una flota más numerosa, llevando una tropa armada más fuerte que, unida a la ya enviada, hizo invencible a aquel ejército. Así, pues, los recién llegados, por donación de los britanos, se hicieron con un lugar para vivir entre ellos, con la condición de que lucharan por la paz y el bienestar del país contra sus enemigos y éstos les pagaran el estipendio debido a sus combatientes.

2. Habían venido de los tres pueblos más fuertes de Germania[94], a saber, sajones, anglos y jutos. Del linaje de los jutos son los cantuarios[95] y los victuarios, es decir, el pueblo que ocupa la isla de Wight, y el que hasta el día de hoy, en la provincia de los sajones

occidentales[96], se denomina de los jutos, situado frente a la dicha isla de Wight. De los sajones, es decir, de la región que ahora se llama de los antiguos sajones[97], vinieron los sajones orientales[98], los sajones meridionales[99] y los sajones occidentales[100]. Además, de los anglos, es decir, del país que se llama Ángulo, y que se dice que desde entonces hasta hoy permanece despoblado entre la provincia de los jutos y la de los sajones[101], surgieron los anglos orientales[102], los anglos medios[103], los mercios[104], toda la estirpe de los nortumbros[105] (es decir, los pueblos que habitan al norte del río Humber) y los restantes pueblos de los anglos. Se cuenta que sus dos primeros jefes fueron dos hermanos, Hengist y Horsa, de los que Horsa, muerto luego en la guerra por los britanos, conserva hasta la fecha en las partes orientales de Kent un monumento dedicado a su memoria. Eran hijos de Wihtgisl, cuyo padre era Witta, cuyo padre era Wecta, hijo de Woden, de cuya estirpe tomó origen el linaje real de muchas provincias[106].

3. El caso es que sin tardanza, al confluir rivalizando entre sí en la isla los grupos de las tribus dichas, empezó a crecer la población extranjera, hasta el punto de que causaban temor a los propios indígenas que los habían llamado. Entonces, de pronto, tras llegar a un tratado temporal con los pictos, a los que, a fuerza de luchar, ya habían rechazado hasta muy lejos, empiezan a volver sus armas contra sus aliados. En primer lugar los obligan a proporcionarles mayores suministros y, buscando un pretexto para el enfrentamiento, los amenazaban con que, si no se les daba mayor cantidad de alimentos, rompiendo su alianza devastarían todos los lugares de la isla. Y no tardan mucho en poner en efecto sus amenazas. Y es que, por decirlo brevemente, el fuego encendido por las manos de los paganos satisfizo la justa venganza de Dios por los pecados del pueblo, no de otra manera que como antaño el encendido por los caldeos consumió las murallas de Jerusalén e incluso todos sus edificios[107]. Pues también aquí, por obra de un vencedor impío pero por disposición del justo Juez, tras devastar todas las ciudades y campos próximos, sin que nadie le cortara el paso, extendió su incendio desde el mar oriental al occidental y cubrió caso toda la superficie de la isla, que estaba a punto de perecer. Se derrumbaban los edificios tanto públicos como privados, los sacerdotes eran asesinados a mansalva entre los altares, los prelados y sus pueblos a una eran exterminados por igual sin consideración alguna de la dignidad por la espada y por el fuego, y no había quien diera sepultura a los que habían sido asesinados de manera tan cruel. Y así algunos de los desdichados supervivientes, apresados en los montes, eran degollados en masa; otros, muertos de hambre, se adelantaban a entregarse a los enemigos, dispuestos a sufrir perpetua esclavitud para recibir la ayuda de algo de alimento, si es que no eran asesinados de inmediato; otros, llenos de dolor, se dirigían a las regiones de ultramar; otros, permaneciendo llenos de miedo en su patria, llevaban una vida miserable entre montes, bosques y peñascos escarpados, siempre con el alma en vilo.

16

Cómo los britanos lograron su primera victoria sobre los anglos, bajo el mando del romano Ambrosio.

1. Sin embargo, cuando el ejército enemigo, tras exterminar o dispersar a los indígenas de la isla, volvió a casa, empezaron también éstos a recuperar poco a poco fuerzas y ánimos, saliendo de los escondrijos en los que se habían ocultado y pidiendo todos a una la ayuda del Cielo para no verse destruidos por todas partes hasta el exterminio. Tenían como jefe en aquel tiempo a Ambrosio Aureliano[108], un hombre sencillo que casualmente era el único romano que había sobrevivido a la tempestad de la que hemos hablado, en la que perecieron sus padres, que llevaban un nombre regio e insigne. Bajo este guía los britanos recobran fuerzas y, desafiando a combate a sus vencedores, logran la victoria con la ayuda de Dios. Y desde ese momento, ora vencían los naturales, ora los enemigos, hasta el asedio del monte Badon[109], cuando los britanos causaron no pequeños estragos a esos enemigos, más o menos al cabo de cuarenta y cuatro años de su llegada a Britania. Pero de esto trataremos

luego.

17

Cómo el obispo Germán, navegando hacia Britania junto con Lupo, calmó primero la tempestad del mar y luego la de los pelagianos por su poder divino.

1. Unos cuantos años antes de la llegada de esos pueblos, la herejía de Pelagio, introducida por Agrícola, hijo de Severiano, obispo pelagiano, había mancillado la fe de Britania con su repugnante peste. Ahora bien, como los britanos no estaban dispuestos en modo alguno a aceptar una creencia perversa blasfemando contra la gracia de Cristo, ni se bastaban para refutar con palabras las astucias de aquella creencia abominable, toman la saludable decisión de pedir ayuda a los prelados de la Galia en su guerra espiritual. Y, reunido por ese motivo un gran sínodo, deliberaban en común sobre quiénes debían ser enviados desde allí para socorrer a su fe, y por unanimidad fueron elegidos los apostólicos sacerdotes Germán, obispo de Auxerre, y Lupo, obispo de Troyes[110], para que vinieran a Britania a confirmar la fe en la gracia celestial. Éstos, acogiendo con pronta diligencia los mandatos de la Santa Iglesia, se echan al Océano y, hasta la mitad del trayecto por el que se va desde el estrecho de la Galia hasta Britania, su nave volaba segura con vientos favorables. Entonces, de repente, les salió al paso a los viajeros la fuerza enemiga de los demonios, que no querían que hombres de tanta y tal categoría fueran a recuperar la salud de los pueblos: levantan tempestades, sumen al cielo y al día en la noche de las nubes, las velas no soportan la furia de los vientos, el trabajo de los marineros se daba por vencido, y el navío marchaba gracias a la oración, no a sus esfuerzos, y precisamente el propio guía, el obispo, quebrantado por el cansancio, se dejó dominar por el sueño. Entonces, como si el que le plantara cara hubiera desistido, la tempestad se agravó y cobró fuerza, y ya el navío se sumergía entre las olas que se le venían encima.

2. Entonces el bienaventurado Lupo y todos los demás, llenos de turbación, despiertan a su superior para hacer frente a los elementos enfurecidos. Éste, más firme que ellos ante lo tremendo del peligro, invoca a Cristo y, aspergiéndolas con un poco de agua que tomó en nombre de la Santísima Trinidad, reprime las olas enfurecidas, anima a su compañero, exhorta a todos y la oración brota de una sola boca y con un solo clamor. Acude la Divinidad; los enemigos se ponen en fuga; sigue una apacible tranquilidad; los vientos, rolando al aire contrario, se vuelven a la dirección propicia para la travesía y, tras recorrer en breve tiempo el trecho de mar, llegan tranquilamente a la costa ansiada. Allí una multitud que había acudido de partes diversas recibió a los sacerdotes, cuya llegada había predicho incluso un vaticinio adverso. Y es que los espíritus del mal anunciaban lo que temían; pues, cuando por mandato de los sacerdotes eran arrojados de los cuerpos que poseían, confesaban también la causa de la tempestad y los peligros que habían provocado, y no negaban que habían sido vencidos por sus méritos y su autoridad.

3. Entre tanto los sacerdotes apostólicos llenaron inmediatamente la isla de las Britanias con su fama, su doctrina y sus virtudes, y la palabra de Dios era predicada por ellos cada día no sólo en las iglesias, sino también por las encrucijadas y los campos, de manera que por todas partes los fieles católicos se confirmaban en su fe y los descarriados reconocían el camino de la enmienda. Ellos tenían, a la manera de los apóstoles[111], gloria y autoridad por su conciencia limpia, buena doctrina por su conocimiento de las Escrituras, capacidad de hacer milagros por sus méritos, y así la totalidad de la región se había pasado rápidamente a su manera de pensar. Estaban escondidos los autores de la siniestra doctrina y a la manera del espíritu maligno gemían porque perdían a la gente que los evitaba. Al final, tras una larga meditación, se deciden a afrontar el conflicto: se presentan exhibiéndose con sus riquezas, con ropajes refulgentes, rodeados por la adulación de muchos, y prefirieron correr el riesgo del enfrentamiento que incurrir ante el pueblo al que habían subvertido en la vergüenza del silencio, para no parecer que, al permanecer callados, se habían condenado a sí mismos. Se había reunido allí una inmensa multitud a la que habían convocado incluso con sus esposas e

hijos, el pueblo estaba presente para actuar como espectador y como juez, comparecían dos partes dispares por su diversa condición: de un lado la fe divina, del otro la presunción humana; de un lado la piedad, del otro la soberbia; de un lado su promotor Pelagio, del otro Cristo. En primer lugar, los bienaventurados sacerdotes proporcionaron a sus adversarios la oportunidad de debatir, que con la simple vacuidad de sus palabras ocupó durante largo rato, y para nada, los oídos y el tiempo. Luego los venerables prelados dejaron caer los torrentes de su elocuencia junto con la lluvia de los documentos apostólicos y evangélicos; su palabra se mezclaba íntimamente con la divina y a sus contundentes alegaciones las seguían testimonios de las Escrituras. La vanidad queda vencida; la perfidia confutada, hasta el punto de que, al no poder responder a las detalladas objeciones que se les pusieron, confesaron su error. El pueblo, que actuaba como árbitro, apenas podía contenerse de echarles mano, pero su sentencia queda clara por su clamor.

18

Cómo él mismo dio la luz a la hija ciega de un tribuno y luego, yendo a San Albano, recibió reliquias del mismo y depositó las de los bienaventurados apóstoles y de otros mártires.

1. Entonces, de pronto, un hombre que tenía el cargo de tribuno se adelanta con su esposa presentándoles a su hija ciega de diez años para que la curaran, y ellos les dijeron que se la presentaran a sus adversarios. Ahora bien, éstos, aterrorizados por el castigo de su conciencia, se suman a los ruegos de los padres y piden a los sacerdotes la curación de la pequeña. Ellos, viendo que sus adversarios habían doblegado sus ánimos, pronuncian una breve oración y luego Germán, lleno del Espíritu Santo, invoca a la Trinidad. Sin esperar más, cogió con sus manos un estuche que llevaba a su costado con reliquias de los santos mártires y, a la vista de todos, se lo aplicó a los ojos de la niña, y al instante, ahuyentando las tinieblas, los llenó de la luz de la verdad. Los padres se muestran exultantes, el pueblo se estremece ante el milagro y, a partir de ese día, la inicua creencia se borró del alma de todos y con sediento deseo seguían la doctrina de los sacerdotes.

2. Reprimida así la abominable perversidad, confutados sus promotores y restituidas a la fe las almas de todos, los sacerdotes se dirigieron a la tumba de san Albano mártir para dar gracias a Dios por su mediación y allí Germán, quien traía consigo reliquias de todos los apóstoles y de diversos mártires, tras hacer oración, ordenó que se abriera el sepulcro para guardar allí mismo aquellos preciosos dones, juzgando conveniente que los miembros de santos recogidos de diversas regiones, a los que el Cielo había acogido por sus parejos méritos, también los albergara la hospitalidad de un mismo sepulcro. Una vez que fueron depositados y unidos a los otros con todos los honores, cogió del mismo lugar donde se había derramado la sangre del bienaventurado mártir un puñado de tierra para llevársela, en la cual se veía que, conservada la sangre, la matanza de los mártires se había teñido de rojo mientras su perseguidor se quedaba pálido. Y, tras todo esto, el mismo día una enorme masa de gente se convirtió al Señor.

19

Cómo él mismo, retenido allí a causa de una enfermedad, extinguió con su oración un incendio de las casas y por una visión se curó de su dolencia.

1. Cuando regresaban de allí, el insidioso enemigo, tras disponer sus lazos al azar, agarró el pie de Germán valiéndose de una casualidad, ignorando que sus méritos, al igual que los del bienaventurado Job, aumentarían con la aflicción de su cuerpo. Y así, cuando se detuvo por algún tiempo en cierto lugar por exigencia de una enfermedad, en una casucha cercana a aquella en la que él estaba se desencadenó un incendio que, tras consumir todas las casas, que allí se cubrían con cañas de los pantanos, avanzaba, azuzado por el viento, hacia la habitación en la que él yacía. Todos acudieron volando junto al prelado para librarlo del peligro que lo

amenazaba llevándolo en sus manos; pero él, increpándolos, no permitió que lo movieran confiando en su fe. Toda la multitud, aterrada hasta la desesperación, trata de atajar el incendio; pero, para que se manifestara más claramente el poder de Dios, cuanto la gente trataba de salvar se consume y, en cambio, lo que él, enfermo y en cama, protegía, y aunque la estancia del santo varón estaba abierta, la llama aterradora lo pasó de largo, ensañándose con lo que estaba a un lado y a otro, y la cámara que su ocupante guardaba resplandeció incólume entre las masas de fuego del incendio. La turba se muestra exultante por el milagro y se alegra de verse vencida por los prodigios divinos. Día y noche hacía guardia ante la choza del pobre hombre una multitud innumerable, unos con el deseo de sanar sus almas, otros con el de sanar sus cuerpos.

2. No pueden contarse todas las cosas que Cristo obraba por medio de su siervo, que obraba milagros estando enfermo. Y, cuando no permitía que se aplicara remedio alguno a su mal, una noche vio que se le aparecía una persona con vestiduras blancas como la nieve, que, extendiendo su mano, parecía levantarlo de su postración y le ordenaba que se pusiera firmemente en pie. Y, a partir de esa hora, de-saparecidos sus dolores, recuperó su prístina salud, de manera que, al volver el día, se dispuso valientemente para la tarea del camino.

20

Cómo esos mismos obispos aportaron a los britanos la ayuda divina en un combate y así se volvieron a casa.

1. Entre tanto, sajones y pictos, juntando sus fuerzas, emprendieron la guerra contra los britanos, circunstancia que obligó a éstos a concentrarse en los campamentos y como, llenos de temor, consideraban que su bando no estaba a la altura del enemigo, pidieron el auxilio de aquellos santos prelados. Éstos, acudiendo con premura según les habían prometido, infundieron tanta confianza a aquellos hombres atemorizados que se creería que se les había unido un gran ejército. Y así, con estos caudillos apostólicos, Cristo militaba en sus campamentos. Además, eran los días venerables de la Cuaresma, que la presencia de los sacerdotes hacía aún más religiosos, hasta el punto de que la gente, adoctrinada por sus sermones cotidianos, rivalizaba por acudir a la gracia del bautismo. En efecto, la mayoría del ejército pidió las saludables aguas bautismales, y así se levanta para el día de la Resurrección del Señor[112] una iglesia cubierta de ramas y se dispone en el campamento a la manera de la ciudad. Marcha el ejército empapado de las aguas del bautismo, hierve la fe entre el pueblo y, desechada la protección de las armas, se espera la ayuda divina. La disposición y forma del campamento[113] llega a oídos del enemigo que, presumiendo su victoria sobre un ejército al que consideraban inerme, avanzó a toda prisa con renovado entusiasmo; pero se supo de su llegada gracias a los exploradores y, cuando, concluida la solemnidad pascual, la mayor parte del ejército, recién bautizada, se disponía a tomar las armas y a prepararse para el combate, Germán se ofrece como caudillo en el encuentro. Escoge a los más dispuestos, explora los alrededores y, por la parte por la que se esperaba la llegada de los enemigos, observa un valle rodeado por montes de mediana altura.

2. En ese lugar organiza un nuevo ejército, del que él mismo tomó el mando. Y ya estaba allí la multitud amenazante de los enemigos, a la que veían acercarse los que estaban emboscados. Entonces, de pronto, Germán, que enarbolaba el estandarte, pone sobre aviso a todos y les ordena que a su voz respondan todos con un clamor unánime y, cuando los enemigos, tan tranquilos, puesto que confiaban en llegar de manera inesperada, los sacerdotes gritaron por tres veces: «¡Aleluya!». Los sigue la voz unánime de todos y el entorno cerrado por los montes multiplica aquel clamor con el eco. La columna enemiga se ve presa del pánico y teme que caigan sobre ella no sólo las rocas que la rodeaban, sino también la propia máquina del cielo, y parecía que, al miedo que se les había infundido, apenas podía poner remedio la celeridad de sus piernas. Huyen a la desbandada y arrojan sus armas, alegrándose de haber salvado del peligro sus cuerpos, aunque desnudos; a algunos incluso se los tragó el

río que precipitadamente se habían lanzado a cruzar. El ejército inocente contempla su venganza y se convierte en ocioso espectador de la victoria que se le había regalado. Se recogen los despojos abandonados y el soldado devoto alcanza la alegría de la palma. Triunfan los prelados tras desbaratar a los enemigos sin derramamiento de sangre; triunfan por una victoria lograda por la fe, no por la fuerza.

3. Así, pues, los prelados, pacificada la provincia por todas partes y vencidos los enemigos tanto invisibles como visibles en carne y hueso, preparan su retorno. Les proporcionaron una navegación tranquila no sólo sus propios méritos sino también la intercesión del bienaventurado mártir Albano, y felizmente su nave los devolvió tranquilos a la añoranza de los suyos.

21

Cómo, al renacer la maleza de la peste pelagiana, Germán, volviendo a Britania con Severo, primero hizo que un joven cojo recuperara la capacidad de andar y luego, tras condenar o convertir a los herejes, que el pueblo de Dios pudiera avanzar de nuevo en la fe.

1. Y al cabo de no mucho tiempo se anuncia desde la propia isla que la perversidad pelagiana, gracias a unos pocos promotores, se extendía otra vez, y de nuevo llegan al bienaventurado varón los ruegos de todos los sacerdotes para que defendiera la causa de Dios, que antes había sostenido. Sin tardanza atiende a su petición, pues, tomando consigo a Severo, hombre de los más santos, que era discípulo del bienaventurado padre Lupo, obispo de Troyes, y que por entonces, ordenado obispo de Tréveris, predicaba a las gentes de la Germania Primera[114], se hace a la mar y, con el consentimiento de los elementos, llega a las Britanias en una apacible navegación.

2. Entre tanto, los espíritus malignos, revoloteando por toda la isla, anunciaban que, en contra de sus designios, llegaba Germán, y así un cierto Elafio, un notable de la región, corrió a recibir a los santos varones sin haber tenido ninguna información fiable, llevando consigo a un hijo suyo al que en la propia flor de la adolescencia había dañado una lastimosa parálisis. Y es que, tras volverse rígidos sus nervios, se ha- bía quedado con la rodilla doblada, y por tal rigidez le resultaba imposible usar su pierna para caminar. Tras el tal Elafio va toda la provincia. Llegan los sacerdotes, les sale al encuentro la multitud ignorante, y al momento se imparten la bendición y la predicación de la divina palabra. Reconocen que el pueblo se mantenía en la misma creencia en que Germán los había dejado; comprenden que se trataba de la culpa de unos pocos; preguntan por los responsables y, tras hallarlos, los condenan. Pero en esto Elafio se postra a los pies de los sacerdotes presentándoles a su hijo, cuya necesidad dejaba clara su propia invalidez, incluso sin que mediaran ruegos. Todos se duelen a una y especialmente los sacerdotes, que hicieron presente la pena que sentían ante la divina clemencia, y al momento el bienaventurado Germán hizo que el niño se sentara. Palpó su rodilla doblada por la invalidez y pasó su diestra milagrosa por toda la parte que estaba enferma, y a su toque saludable lo sigue la pronta curación. La aridez recibió nuevo jugo y los nervios recuperaron su función, y en presencia de todos se devuelve la salud al hijo y el hijo al padre. La gente se llena de estupor ante el milagro y la fe católica inculcada en los pechos de todos se reafirma. Luego la predicación se vuelve al pueblo para tratar de la enmienda de su prevaricación, y por acuerdo de todos los autores de la maldad, que habían sido expulsados de la isla, son llevados ante los sacerdotes para ser deportados a la tierra de nadie[115], para que la región se viera libre de ellos y ellos alcanzaran la enmienda. Y así ocurrió que en aquellos lugares a partir de ese tiempo la fe se mantuvo intacta.

3. Arregladas así todas las cosas, los bienaventurados sacerdotes retornaron con la misma tranquilidad con la que habían venido. Luego Germán fue a Rávena para suplicar por la paz del pueblo de la Armórica[116] y, tras ser acogido allí con gran respeto por Valentiniano y su madre Placidia[117], se fue junto a Cristo. Su cuerpo, en solemne cortejo acompañado de milagros que eran obra suya, es llevado a su ciudad. Y no mucho después Valentiniano es

asesinado por seguidores del patricio Aecio, al que él había matado, en el año sexto del Imperio de Marciano, y con él se derrumbó el Imperio de Occidente[118].

22

Cómo los britanos, al cesar por un tiempo las guerras exteriores, se destrozaron en las civiles y se dejaron llevar a los mayores crímenes.

1. Entre tanto en Britania cesaron por un tiempo las guerras exteriores pero no las civiles. Continuaban los saqueos de ciudades destruidas y despobladas por sus enemigos; los ciudadanos que habían escapado al enemigo luchaban unos contra otros. Pese a todo, al estar todavía fresco el recuerdo de la calamidad y el desastre, en cierto modo los reyes, los sacerdotes, los ciudadanos particulares y los notables se mantenían en su sitio. Pero, al desaparecer ellos y sucederles una generación que no había conocido aquellos tiempos, y que sólo había vivido la tranquilidad de los suyos, todos los límites impuestos por la verdad y la justicia acabaron subvertidos y destruidos, de manera que no se apreciaban no digo ya restos, sino siquiera recuerdo de ellos, a no ser en unos pocos, y muy pocos.

2. Y, así, a los otros inenarrables hechos criminales que su historiador Gildas[119] describe con doloridas palabras, añadían también el de que nunca comunicaron por la predicación el mensaje de la fe al pueblo de los sajones y los anglos que con ellos vivían en Britania. Sin embargo, la misericordia divina no dejó abandonado a ese pueblo al que conocía de antemano; es más, le destinó unos pregoneros de la verdad mucho más dignos para que creyeran en ella[120].

23

Cómo el santo papa Gregorio, al enviar a Agustín y sus monjes a predicar al pueblo de los anglos, también los animó en una carta de exhortación a que no cejaran en su esfuerzo[121].

1. El año 582 de la Encarnación del Señor, Mauricio[122], tras asumir el Imperio en el quincuagésimo cuarto lugar contando desde Augusto, lo mantuvo durante veintiún años. En el décimo de su reinado, Gregorio[123], varón notable por su saber y sus obras, fue elegido para el pontificado de la Sede Romana Romana y Apostólica, que rigió por trece años, seis meses y diez días. Éste, movido por inspiración divina, en el año decimocuarto del dicho príncipe[124], aproximadamente a los ciento cincuenta de la llegada de los anglos a Britania, envió al siervo de Dios Agustín[125] y con él a varios otros monjes temerosos del Señor a predicar la palabra de Dios al pueblo de los anglos. Y cuando ellos, obedeciendo a las órdenes del pontífice, se pusieron a la tarea y ya habían hecho una parte del camino, presas de un cobarde temor, pensaban en volver a casa antes de marchar junto a un pueblo bárbaro, fiero e incrédulo, del que no conocían ni la lengua, y por común acuerdo estimaban que esto era lo más seguro. Sin tardanza, hacen volver a casa a Agustín, al que Gregorio había dispuesto que ordenaran como obispo si eran acogidos por los anglos, a fin de que por medio de una humilde súplica obtuviera de él que no tuvieran que afrontar un viaje tan peligroso, tan laborioso, tan incierto. Y él, en una carta de exhortación que les envió, los animó a seguir con la tarea de la palabra confiando en la ayuda divina. Y éstos son los términos de la carta[126]:

> 2. Gregorio, siervo de los siervos de Dios, a los siervos de Nuestro Señor:
>
> Puesto que hubiera sido mejor no iniciar una buena obra que volverse atrás de las que se hayan emprendido, conviene, hijos queridísimos, que llevéis a término la que vosotros habéis comenzado con el auxilio del Señor. Y que no os echen atrás ni el esfuerzo del viaje ni las lenguas de los hombres maldicientes; antes bien, llevad adelante lo que habéis comenzado por inspiración de Dios con toda la diligencia y con todo el fervor, conscientes de que a los grandes esfuerzos les espera la gloria de una mayor retribución. A vuestro superior Agustín, al que también hemos nombrado vuestro abad, obedecedle cuando vuelva en todas las cosas con humildad, sabiendo que aprovechará en todo a vuestras almas cuanto hagáis por mandato suyo. Que Dios Todopoderoso os proteja con su gracia y me conceda ver el fruto de vuestro trabajo en la patria eterna y, aunque no puedo trabajar a vuestro lado, que me encuentre con vosotros en la alegría de la retribución, porque bien quiero hacerlo. Que Dios os guarde sin

daño, hijos queridísimos.

3. A 23 de julio del año decimocuarto del Imperio de nuestro señor Mauricio Tiberio, piadosísimo Augusto, decimotercero tras su consulado, en la indicción decimocuarta[127].

24

Cómo escribió al obispo de Arles para que los recibiera.

1. En aquella ocasión el venerable pontífice envió también a Eterio, arzobispo de Arles[128], una carta para que acogiera con benevolencia a Agustín en su viaje a Britania. Éste es el texto de la carta:

2. Al reverendísimo y santísimo Eterio, hermano en el episcopado, Gregorio, siervo de los siervos de Dios.

Aunque, ante los sacerdotes que tienen la caridad que place a Dios, los varones religiosos no precisan de recomendación alguna, dado que se ha presentado una ocasión adecuada para escribiros, nos hemos ocupado de hacer llegar a vuestra fraternidad esta carta nuestra para informaros de que al portador de la misma, el siervo de Dios Agustín, de cuyo celo estamos seguros, junto con otros siervos de Dios, los hemos encaminado hacia ahí, con la ayuda del Señor, por el bien de las almas, y es necesario que vuestra santidad, con su celo sacerdotal, se apresure a ayudarlo y a proveer a todas sus necesidades. Además, para que podáis atenderlo más prontamente, le hemos ordenado que os dé noticia más detallada de su misión, en la idea de que, al conocerla, con el mayor interés le deis toda clase de facilidades para que quede satisfecho, en consideración a Dios y porque así lo exige el asunto. Además, al presbítero Cándido, nuestro hijo común, al que hemos destinado a la administración del pequeño patrimonio de nuestra iglesia, lo encomendamos a vuestra caridad en todos los asuntos. Que Dios te guarde sin daño, reverendísimo hermano.

3. A 23 de julio del año decimocuarto del Imperio de nuestro señor Mauricio Tiberio, piadosísimo Augusto, decimotercero tras su consulado, en la indicción decimocuarta.

25

Cómo en su viaje a Britania Agustín primero predicó en la isla de Thanet al rey de los cantuarios y así, recibida su licencia, entró en Kent para predicar.

1. Así, pues, con el respaldo del bienaventurado padre Gregorio, Agustín, junto con los siervos de Cristo que estaban con él, retornó a la tarea de la predicación y llegó a Britania. En aquel tiempo había en Kent un rey muy poderoso, Etelberto[129], quien había extendido los límites de su reino hasta el confín del gran río Humber, que separa a los pueblos anglos meridionales y septentrionales. Hay junto a la región oriental de Kent una isla no pequeña, Thanet[130], que según la medida tradicionales de los anglos tiene la de 600 familias[131]. Está separada del continente por el río Wantsum[132], que tiene una anchura de unos tres estadios y sólo es vadeable en dos lugares y cuyos dos brazos desembocan en el mar. A esta isla arribaron el siervo del Señor Agustín y sus compañeros; según cuentan, unos 50 hombres. Habían tomado, por consejo del bienaventurado papa Gregorio, unos intérpretes del pueblo de los francos[133]. Agustín hizo saber a Etelberto que había venido de Roma y que traía consigo un gran mensaje que sin duda alguna prometía a los que lo aceptaran eternos goces en el Cielo y un futuro reino sin fin al lado del Dios vivo y verdadero. Al oírlo, el rey ordenó que se quedaran en la isla a la que habían abordado y que se les suministrara lo que necesitaran, mientras veía qué hacer con ellos. Y es que ya anteriormente le había llegado noticia de la religión cristiana, puesto que tenía una esposa cristiana, del pueblo de los francos, llamada Berta[134], que había recibido de sus padres con la condición de que tuviera licencia para mantener intacto el culto de su fe y su religión, junto con un obispo que le habían puesto como apoyo de su fe y que se llamaba Liudhardo.

2. El caso es que al cabo de unos días vino a la isla el rey y, tras acampar al raso, ordenó a Agustín y a sus compañeros que fueran a hablar con él allí mismo. En efecto, había tomado la precaución de que no se presentaran ante él en casa alguna, ateniéndose a una vieja superstición, por miedo a que, al llegar, si tenían algún poder maléfico, lo dominaran y lo engañaran. Pero ellos venían provistos de poderes no demoníacos, sino divinos, llevando como estandarte una cruz de plata y la imagen del Señor Salvador pintada en una tabla y,

cantando letanías, rogaban al Señor a un tiempo por su eterna salvación y por la de aquellos por los cuales y a los cuales habían venido. Cuando, tras tomar asiento por mandato del rey, le predicaron la palabra de la vida a él y a todos los de su séquito[135] que estaban presentes, él les respondió diciendo: «Desde luego, son hermosas las palabras y promesas que nos traéis; pero, dado que son nuevas e inciertas, no puedo darles mi conformidad abandonando todo lo que por tanto tiempo he observado junto con todo el pueblo de los anglos. Ahora bien, dado que habéis venido aquí viajando desde tan lejos y, según me parece haber observado, habéis querido compartir también con nosotros lo que considerabais lo verdadero y lo mejor, no queremos portarnos mal con vosotros; antes bien, nos cuidamos de recibiros con afectuosa hospitalidad y de suministraros lo necesario para vuestro sustento, y no os prohibimos que a todos los que podáis los asociéis a la fe de vuestra religión». Así pues, les proporcionó una mansión en la Ciudad Doruvernense[136], que era la capital de todo su reino y, según había prometido, les suministró el sustento corporal y no les negó la licencia para predicar. Se cuenta que, al acercarse a la ciudad con la Santa Cruz y la imagen del Gran Rey Nuestro Señor Jesucristo, según su costumbre, cantaban a coro esta letanía: «Te rogamos, Señor, por toda tu misericordia, que tu furia y tu ira se aleje de esta ciudad y de tu santa casa, porque hemos pecado. Aleluya»[137].

26

Cómo él imitó en Kent la doctrina y la vida de la Iglesia primitiva y recibió una sede episcopal en la ciudad regia.

1. Cuando entraron en la casa que se les había proporcionado, empezaron a imitar la vida apostólica de la Iglesia primitiva, es decir, dedicándose a continuas vigilias y ayunos, predicando la palabra de la vida a quienes podían, a despreciar las cosas de este mundo como ajenas, aceptando de aquellos a los que enseñaban solamente los que parecían necesarias para su sustento, viviendo ellos mismos en todas las cosas según lo que enseñaban y teniendo el espíritu dispuesto para soportar cualquier clase de adversidad e incluso para morir por la verdad que predicaban. ¿Para qué detenerse más? Algunos creyeron y se bautizaban, admirados de la sencillez de su vida inocente y de la dulzura de su celestial doctrina. Había cerca de la ciudad, hacia el oriente, una iglesia construida antiguamente en honor de san Martín, mientras los romanos todavía habitaban en Britania[138], en la que acostumbraba a orar la reina, de la que ya hemos dicho que era cristiana, Así, pues, empezaron también ellos a reunirse en ella para cantar los Salmos, orar, decir misa, predicar y bautizar, hasta que, convertido a la fe el rey, recibieron más amplia licencia para predicar por todas partes y para construir y restaurar iglesias.

2. Cuando, encantado como otros de la purísima vida de aquellos santos y de las hermosas promesas que hacían, que además confirmaron que eran verdaderas con muchos milagros ostensibles, el propio rey creyó y fue bautizado[139], empezó a venir cotidianamente más gente a escuchar la palabra y, abandonando los ritos gentiles, a creer y a sumarse a la unidad de la Santa Iglesia de Cristo. Y se cuenta que el rey se congratulaba de esa fe y de esas conversiones de manera que, aunque no obligaba a nadie a aceptar el cristianismo, no por ello dejaba de acoger a los creyentes con un afecto especial, como conciudadanos suyos en el reino celestial. Y es que había aprendido de los maestros y autores de su salvación que el servicio a Cristo ha de ser voluntario, no fruto de la coacción. No tardó en donar a esos mismos maestros suyos un lugar para su sede digno de su rango en su capital de Canterbury[140] ni en proporcionarles las posesiones necesarias de toda clase.

27

Cómo él, ya ordenado obispo, hizo saber al papa Gregorio lo que se había hecho en Britania y pidió y obtuvo respuesta sobre cuestiones importantes.

1. Entre tanto aquel varón del Señor que era Agustín llegó a Arles y, conforme a lo que

había dispuesto el santo padre Gregorio, fue ordenado por Eterio, arzobispo de aquella ciudad[141], como arzobispo del pueblo de los anglos. Tan pronto como volvió a Britania, envió a Roma al presbítero Lorenzo y al monje Pedro, para que hicieran saber al bienaventurado pontífice Gregorio que el pueblo de los anglos había adoptado la fe de Cristo y que él había sido ordenado obispo, y también para pedirle su parecer sobre las cuestiones que parecían importantes. Sin tardanza recibió las respuestas[142] adecuadas a su consulta, que también nos ha parecido conveniente incluir en esta historia.

2. I. Consulta del bienaventurado Agustín obispo de Canterbury: Sobre cómo han de comportarse los obispos con sus clérigos, de las oblaciones de los fieles que llegan al altar y de cuántas partes han de hacerse de ellas, y de cómo debe proceder el obispo en su iglesia.

3. Respondió Gregorio, papa de la ciudad de Roma: La Sagrada Escritura, que no hay duda que conoces bien, y especialmente las epístolas de san Pablo a Timoteo, en las que se esforzó por instruirlo, da testimonio de cómo debía comportarse en la casa de Dios[143]. Pero es costumbre de la Sede Apostólica hacer llegar a los obispos que han sido ordenados la instrucción de que de todo donativo que les llegue deben hacerse cuatro partes: una, naturalmente, para el obispo y para su casa, en razón de sus deberes de hospitalidad; otra para el clero; la tercera para los pobres, y la cuarta para la reparación de iglesias. Pero como tu fraternidad, instruida en las reglas monásticas, no debe vivir aparte de sus clérigos de la Iglesia de los anglos, que por inspiración de Dios todavía hace poco que ha sido llevada a la fe, debe implantar la costumbre que en los inicios de la Iglesia naciente tuvieron nuestros padres, entre los cuales nadie decía que fuera suya cosa algunas de las que poseían, sino que todas las tenían en común[144].

4. Pero, si están en funciones clérigos que no hayan recibido las órdenes mayores y que no pueden observar la continencia[145], deben tomar esposas y recibir aparte sus estipendios; porque sabemos que, a propósito de los mismos padres de los que hemos hablado, está escrito que se repartía a cada cual según sus necesidades[146]. Acerca del estipendio de éstos también se ha de pensar y proveer, y deben ser mantenidos bajo la disciplina eclesiástica, de manera que vivan según las buenas costumbres y hagan las vigilias necesarias para cantar los Salmos, y que, con la ayuda de Dios, guarden su corazón, su lengua y su cuerpo de todas las cosas ilícitas. En fin, para los que llevan una vida en común, ¿para qué hemos de hablar de hacer porciones y de practicar la hospitalidad y de ejercer la misericordia? Pues, en efecto, todo lo que sobra ha de gastarse en causas piadosas y religiosas, según enseña el Señor y Maestro de todos: «Lo que os sobre dadlo de limosna, y todo será limpio para vosotros»[147].

5. II. Consulta de Agustín: Siendo una la fe, ¿hay costumbres diversas de las Iglesias, y se observa una manera de decir la misa en la Santa Iglesia Romana y otra distinta en las de las Galias?

6. Respondió el papa Gregorio: Ya conoce tu fraternidad la costumbre de la Iglesia Romana, en la que recordará que se formó. Ahora bien, a mí me parece bien que si, ya sea en la Iglesia Romana, ya en la de las Galias, ya en cualquier otra, has encontrado algo que pueda complacer más a Dios Todopoderoso, lo adoptes con el discernimiento que es del caso, y que implantes de manera firme en la Iglesia de los anglos, que todavía es nueva en la fe, lo que hayas podido tomar de diversas Iglesias. En efecto, no se deben preferir las cosas por su lugar, sino los lugares por sus cosas buenas. En consecuencia, escoge de cada Iglesia, cualquiera que sea, las cosas que sean piadosas y rectas y, como reunidas en un manojo, ponlas en las mentes de los anglos para que se acostumbren a ellas.

7. III. Consulta de Agustín: Te ruego que me digas qué pena debe sufrir el que se lleve alguna cosa de la Iglesia.

8. Respondió Gregorio: Tu fraternidad podrá apreciar personalmente, según la condición del ladrón, cómo se lo puede corregir. Y es que hay algunos que, pese a tener recursos, cometen hurtos, y otros que delinquen en este punto por su pobreza. Por ello es necesario que unos sean castigados con condenas y otros con unos azotes; unos de manera más severa y

otros con más contemplaciones. Ahora bien, cuando se actúa un poco más severamente, también es preciso hacerlo de acuerdo con la caridad, no con la ira, porque con ello se da al que es corregido la posibilidad de no ser entregado a los fuegos de la gehenna[148]. Pues nosotros debemos mantener entre los fieles la disciplina tal como los padres según la carne suelen hacer con los hijos, a los que les dan azotes por sus culpas, pero también quieren tener como herederos a los mismos a los que causan sufrimiento, y guardan lo que tienen para los mismos a los que parecen perseguir indignados. Ésta es la caridad que hay que tener en la mente, y ella misma dicta la medida de la corrección, de manera que no decida nada que esté fuera de la regla de la razón. A esto has de añadir la manera en que han de devolver lo que en el hurto hayan quitado a las Iglesias. Pero en ningún caso la Iglesia ha de recibir incrementado lo que parezca haber perdido en cuanto a bienes materiales ni buscar ganancia de los quebrantos[149].

9. IV. Consulta de Agustín: Si dos hermanos pueden casarse con dos hermanas que hayan nacido de una familia ajena a la suya.

10. Respondió Gregorio: Esto es lícito en cualquier caso, pues en modo alguno se encuentra en la sagrada doctrina algo que parezca oponerse a ello.

11. V. Consulta de Agustín: Hasta qué generación no pueden los fieles casarse con parientas suyas, y si es lícito que se casen con su madrastras o cuñadas.

12. Respondió Gregorio: Una ley civil de la República Romana permite que se unan el hijo y la hija de hermano y hermana[150], o bien de dos hermanos o de dos hermanas. Pero por experiencia sabemos que de tal matrimonio no puede lograrse descendencia y la Ley sagrada prohíbe descubrir la desnudez de los parientes[151]. Por ello es necesario que los fieles no se casen entre sí hasta la tercera o cuarta generación; pues la segunda, como hemos dicho antes, debe abstenerse de sí misma. Ahora bien, unirse a la propia madrastra es un grave pecado, porque también está escrito en la Ley: «No descubrirás la desnudez de tu padre»[152]. Y un hijo no puede descubrir la desnudez de su padre, sino que, porque está escrito: «Serán dos en una sola carne»[153], el que se atreva a descubrir la desnudez de su madrastra, que fue una sola carne con su padre, sin duda ha descubierto la desnudez de su padre. También está prohibido unirse a una cuñada, porque por su anterior unión se hizo carne del hermano. Por esta causa ya fue decapitado y pereció en santo martirio san Juan Bautista, al que no se le dijo que renegara de Cristo ni[154] fue muerto por confesar a Cristo, sino porque el propio Nuestro Señor Jesucristo había dicho: «Yo soy la verdad»[155]; pues Juan encontró la muerte a causa de la verdad, lo que quiere decir por Cristo.

13. Ahora bien, dado que en el pueblo de los anglos hay muchos que, mientras aún vivían en el paganismo, se dice que se unieron en ese nefando matrimonio, cuando accedan a la fe, deben ser advertidos para que guarden abstinencia y sepan que esto es pecado grave. Deben temer al inexorable juicio de Dios para no incurrir, por su afecto carnal, en los tormentos del castigo eterno. Con todo, por este motivo no deben ser privados de la comunión del sagrado cuerpo y sangre del Señor, no sea que parezca que en ellos se castigan las culpas que cometieron por ignorancia antes de recibir las aguas del bautismo. En efecto, en esta época la Santa Iglesia corrige algunas cosas con la severidad, otras las tolera con la mansedumbre y algunas otras las disimula con la consideración, porque a menudo remedia el mal al que se opone soportándolo y disimulándolo. Ahora bien, todos cuantos acceden a la fe han de ser avisados de que no osen cometer semejante cosa. Y, si algunos la cometen, han de ser privados de la comunión del cuerpo y la sangre del Señor, porque, al igual que hay que ser un tanto tolerantes en lo que hicieron a causa de la ignorancia, así es necesaria una enérgica persecución con los que no temen pecar a sabiendas.

14. VI. Consulta de Agustín: Si hay por medio un camino muy largo, de manera que los obispos no puedan reunirse fácilmente, ¿debe ordenarse a un obispo sin la presencia de los demás obispos?

15. Respondió Gregorio: Desde luego, en la Iglesia de los anglos, en la que tú eres hasta

ahora el único obispo, no puedes ordenar a un obispo a no ser sin otros obispos. Pues ¿cuándo van de la Galia obispos que asistan como testigos a la ordenación de otro obispo? Ahora bien, queremos que vuestra fraternidad ordene a los obispos de tal manera que los mismos no estén separados por largas distancias, a fin de que no haya problema alguno para que en la ordenación de un obispo puedan reunirse con facilidad también otros pastores, cuya presencia es muy útil. Así pues, una vez que, Dios mediante, hayan sido ordenados obispos en lugares cercanos entre sí, no debe hacerse en ningún sitio la ordenación de obispos sin reunir a tres o cuatro obispos. En efecto, en las propias cosas espirituales, para encaminarlas con sabiduría y madurez, podemos tomar ejemplo incluso de las carnales. Así, cuando en la vida secular se celebran matrimonios, se convoca a todos los casados, para que los que han ido por delante en la vía del matrimonio se sumen también a la alegría de los que van tras ellos. ¿Por qué, pues, también en esta ordenación espiritual, por la cual el hombre se une a Dios por el sagrado ministerio, no han de reunirse las personas de la misma condición para que se alegren del ascenso del obispo ordenado o para que a una hagan preces a Dios Todopoderoso para que lo proteja?

16. VII. Consulta de Agustín: ¿Cómo debemos proceder con los obispos de las Galias y las Britanias?

17. Respondió Gregorio: No te atribuimos autoridad alguna sobre los obispos de las Galias, dado que ya en los antiguos tiempos de mis predecesores el obispo de Arles recibió el palio[156], y nosotros no debemos en modo alguno privarlo de la autoridad que se le confirió. Así, pues, si se da el caso de que tu fraternidad pasa a la Galia, debe tratar con el propio obispo de Arles sobre cómo hay que corregir las desviaciones entre sus obispos, si alguna hay. Y, si él se muestra tibio en imponer la disciplina, el celo de tu fraternidad ha de animarlo a ello. También a él le hemos dirigido cartas para que, aprovechando tu presencia en la Galia y con todo su esfuerzo, ponga coto a cuanto sea contrario al mandato de nuestro Creador en las costumbres de sus obispos. Tú no podrás rebasar tu autoridad y juzgar a los obispos de las Galias; pero, por medio de la persuasión, de la amabilidad y mostrándoles tus buenas obras para que las imiten, haz volver las mentes de los descarriados a los afanes de la santidad, pues está escrito en la Ley: «El que pase por la mies ajena no ha de meter en ella la hoz, sino sólo arrancar con su mano las espigas y comerlas»[157]. En efecto, no puedes meter la hoz de tu juicio en aquella mies que es claro que ha sido encomendada a otro; pero por amor a las buenas obras procura quitarle a los trigos del Señor la paja de sus vicios y conviértelos en cuerpo de la Iglesia, amonestándolos, persuadiéndolos y, por así decirlo, comiéndolos. Con todo, cuanto deba hacerse en virtud de la autoridad ha de hacerse junto con el dicho obispo de Arles, para que no se pase por alto lo que arbitró la antigua enseñanza de nuestros padres. Pero a todos los obispos de Britania los confiamos a tu fraternidad, para que los poco doctos sean instruidos, los débiles cobren fuerzas con la persuasión y los perversos sean corregidos con la autoridad.

18. VIII. Consulta de Agustín: Si una mujer gestante debe ser bautizada; al cabo de cuánto tiempo tras el parto puede entrar en la iglesia; también, para que la muerte no se lleve antes lo que haya dado a luz, después de cuántos días puede recibir el nuevo ser el sacramento del santo bautismo; después de cuánto tiempo su marido puede unirse a ella en la cópula carnal; si, estando ella con la menstruación, le es lícito entrar en la iglesia o recibir el sacramento de la sagrada comunión; si el varón que se ha unido a su mujer antes de que ella se haya lavado con agua le está permitido entrar en la iglesia y acceder al sacramento de la comunión. Todo esto conviene que el rudo pueblo anglo lo tenga claro.

19. Respondió Gregorio: No dudo de que sobre esto tu fraternidad ha sido consultada y también creo que ya le he dado respuesta, pero supongo que lo que tú mismo has podido decir y pensar has querido que te lo confirmara mi respuesta. Pues bien, ¿por qué no debe bautizarse a una mujer gestante cuando ante los ojos de Dios Todopoderoso no es culpa alguna la fecundidad de la carne? En efecto, cuando nuestros primeros padres pecaron en el

Paraíso, perdieron la inmortalidad por justo juicio de Dios; pero, como Dios Todopoderoso no quiso acabar de raíz con el género humano por su culpa, al tiempo que le quitó al hombre la inmortalidad por su pecado, sin embargo también, por su benévola piedad, le conservó la fecundidad para engendrar descendencia. Así pues, a lo que se le conservó a la naturaleza humana por don de Dios Todopoderoso, ¿cómo se lo podrá excluir de la gracia del sagrado bautismo? En tal sacramento, en el que se extingue de raíz toda culpa, sería gran necedad considerar que es un obstáculo un don de la gracia.

20. Cuando la mujer haya dado a luz, y al respecto de al cabo de cuántos días debe entrar en la iglesia, sabéis por la enseñanza del Antiguo Testamento que, si nace un varón, debe abstenerse durante treinta y tres días y, si nace una hembra, durante sesenta y seis[158]. Pero hay que saber que esto se entiende de manera alegórica. Pues, si dentro de la misma hora en que ha dado a luz entra en la iglesia para dar gracias, no pesa sobre ella pecado alguno; en efecto, la culpa está en la concupiscencia de la carne, no en su dolor. Ciertamente, en la unión carnal hay concupiscencia, pero en el alumbramiento de la prole hay llanto, por lo que a la primera madre de todos se le dice: «Parirás con dolor»[159]. Así, pues, si prohibimos a la mujer recién parida que entre en la iglesia, le achacamos su pena como una culpa.

21. Ahora bien, bautizar a una mujer recién parida o a lo que haya dado a luz, si se ve apremiada por el peligro de muerte, incluso en la misma hora en la que da a luz, o a lo que da a luz en la misma en que nace, no está prohibido en modo alguno; porque la gracia del santo sacramento, así como a los vivos y que están en uso de razón ha de suministrarse con gran discreción, a los que están amenazados por la muerte ha de ofrecérseles sin dilación alguna, no sea que, mientras se busca el momento para administrarles el sacramento de la redención, al producirse un leve retraso, ya no se encuentre a quién redimir.

22. Ahora bien, el varón no debe acceder a la coyunda con su mujer hasta que la criatura sea destetada. Mas ha surgido entre los casados una costumbre perversa: la de que las mujeres desdeñen amamantar a los hijos que tienen y se los entreguen a otras mujeres para que lo hagan, algo que no parece tener otra causa que la incontinencia, porque, como no quieren contenerse, se niegan a amamantar a los hijos que engendran. Así pues, las que, siguiendo esa costumbre depravada, entregan a otras a sus hijos para que los amamanten no deben ayuntarse con sus maridos, a no ser que ya haya pasado el tiempo de su purificación, dado que, incluso sin mediar la causa de un parto, cuando están en los acostumbrados días de la menstruación, les está prohibido unirse con ellos, hasta el punto de que la sagrada ley castiga al marido que acceda a una mujer que tenga la menstruación[160]. Sin embargo, a la mujer que esté sufriendo la menstruación acostumbrada no debe impedírsele la entrada en la iglesia, porque no ha lugar a achacarle como culpa lo que es un exceso de la naturaleza y, por lo que padece contra su voluntad, no es justo que se la prive de la entrada en la iglesia. Y, en efecto, sabemos que una mujer que padecía flujo de sangre, acercándose humildemente a la espalda del Señor, tocó el borde de su vestido y al momento su enfermedad se alejó de ella[161]. Así pues, la que, sufriendo de flujo de sangre, pudo, mereciendo todos los elogios, tocar el vestido del Señor, ¿por qué a la que padece la menstruación de la sangre no le va a ser lícito entrar en la iglesia? Mas me dirás: «Aquélla se vio forzada por la enfermedad, pero a estas de las que hablamos lo que las afecta es algo habitual». Piensa, sin embargo, hermano carísimo, en que todo lo que padecemos en esta carne mortal por enfermedad de nuestra naturaleza ha sido dispuesto por el justo juicio de Dios como consecuencia del pecado. En efecto, el tener hambre, sed, calor, frío o cansancio deriva de enfermedad de nuestra naturaleza. Y el procurarse contra el hambre alimentos, contra la sed bebida, contra el calor el fresco, contra el frío el vestido, contra el cansancio el descanso, ¿qué es sino buscar medicamentos contra nuestras dolencias? Así pues, también para la mujer el flujo mensual de su sangre es una enfermedad. Y, si la que, aquejada por su mal, tocó la vestidura del Señor, hizo bien en esperar lo que se le permite a una persona enferma, ¿por qué no se les va a permitir a todas las mujeres que están enfermas por un defecto de su naturaleza?

23. Mas tampoco se le debe prohibir en esos días que reciba el sacramento de la Sagrada Comunión. Si, por tenerle mucha reverencia, no se atreve a recibirlo, es digna de elogio; pero, si lo recibe, no debe ser mal juzgada. Y es que es propio de las almas buenas el ver en cierto modo culpas suyas también donde no las hay, porque con frecuencia se hace sin culpa lo que proviene de una culpa, por lo cual, cuando tengamos hambre, comeremos sin culpa, aunque es culpa del primer hombre el hecho de que tengamos hambre. Y, así, la menstruación periódica no supone culpa alguna de las mujeres, dado que sucede de manera natural; pero, como nuestra naturaleza misma está viciada, de manera que, incluso sin mediar un acto de voluntad, parece estar manchada, de la culpa viene el vicio por el que la naturaleza humana conoce en qué condición ha quedado por el juicio que ha recaído sobre ella, y el hombre que ha incurrido en culpa voluntariamente lleva a su pesar la conciencia de su culpa. Por eso las mujeres, si una vez que lo hayan considerado consigo mismas, no se atreven a acceder al sacramento del cuerpo y de la sangre del Señor, son dignas de alabanza por su sana determinación; ahora bien, cuando, al recibirlo, según la costumbre de su vida devota se ven arrebatadas por el amor del sacramento, no deben ser disuadidas, según ya hemos dicho. Efectivamente, al igual que en el Antiguo Testamento se presta atención a las obras externas, así en el Nuevo Testamento se mira con gran atención no tanto a lo que se hace de puertas afuera como a lo que por dentro se piensa, fin de castigarlo con una sentencia más sutil. Y así, aunque la Ley prohíbe comer muchas cosas como inmundas, en el Evangelio dice el Señor: «No es lo que entra en su boca lo que contamina al hombre, sino que lo contaminan al hombre son las cosas que salen de su boca»[162], y poco después, para explicarlo, añadió: «Del corazón salen los malos pensamientos»[163]. Ahí se ha indicado claramente que a todas luces Dios Todopoderoso declara impuro en cuanto a las obras lo que se genera de la raíz de un pensamiento impuro. De ahí también que el apóstol Pablo diga: «Todo es puro para los que están puros, pero para los contaminados y los infieles nada es puro»[164], y luego, advirtiendo de la causa de la contaminación, añade: «Pues están contaminadas su mente y su conciencia»[165]. En efecto, si no es inmunda la comida para el que no tiene inmunda la mente, ¿por qué lo que la mujer padece por su naturaleza se le ha de achacar a inmundicia?

24. Ahora bien, el varón que ha dormido con su esposa no debe entrar en la iglesia sin haberse lavado con agua; pero, ni aun después de lavarse, debe entrar inmediatamente. La ley ordenó al antiguo pueblo que el hombre que se hubiera mezclado con una mujer se lavara con agua y no entrara en la iglesia antes de la puesta del sol[166] (lo que, sin embargo, puede entenderse en sentido espiritual, porque el varón se mezcla con la mujer cuando su afán de concupiscencia ilícita se une con ella pensando en el deleite); puesto que, si antes no deja de arder en su mente el fuego de la concupiscencia, no debe considerarse digno de reunirse con sus hermanos el que ve que sobre él pesa la culpa del deseo vicioso. Aunque acerca de este asunto tengan pareceres diversos los diversos pueblos del mundo y parezcan observar normas distintas, siempre fue costumbre de los romanos, desde los más antiguos, el procurarse la purificación de un baño tras la coyunda con la esposa propia y abstenerse reverentemente por un pequeño tiempo de entrar en la iglesia. Y, al decir esto, no consideramos que el matrimonio sea cosa mala; ahora bien, como la propia unión lícita con el cónyuge no puede hacerse sin el deseo de la carne, hay que abstenerse de entrar en lugar sagrado, pues ese deseo no puede darse en modo alguno sin culpa. En efecto, no había nacido de adulterio ni de fornicación, sino de matrimonio legítimo, el que decía: «Pues he aquí que he sido concebido en la iniquidad y en el pecado me concibió mi madre»[167]. El que sabía que había sido concebido en la iniquidad se lamentaba de haber nacido del pecado, porque llevaba en sus ramas la savia del vicio que había sacado de su raíz. Con todo, en esas palabras no dice que sea una iniquidad la unión de los cónyuges, sino, evidentemente, el deseo de la unión. En efecto, hay muchas cosas que son lícitas y legítimas y, sin embargo, al hacerlas, nos manchamos hasta cierto punto, como cuando, tantas veces, censuramos las culpas ajenas incurriendo en la ira y perturbamos la tranquilidad de nuestra alma y, aunque sea justo lo que

hacemos, no es aceptable porque con ello se perturba nuestra alma. Desde luego, airado estaba contra las culpas de los pecadores el que decía: «Mi ojo se ha perturbado por la ira»[168]. Y es que, dado que sólo la mente tranquila puede elevarse a la luz de la contemplación, se dolía de que su ojo se hubiera perturbado por la ira porque, en tanto que reprendía las malas obras que se hacían aquí abajo, se veía forzado a confundirse y a perturbarse en la contemplación de las cosas de lo alto. La ira frente al vicio es laudable y sin embargo también es dañina, en cuanto que pensaba que, al perturbarse, había incurrido en cierta culpa. Así pues, conviene que la legítima cópula carnal se realice en razón de la prole, no del deseo, y que la unión carnal se haga para engendrar hijos y no para satisfacer los vicios. Ahora bien, si alguno usa de su mujer no llevado por el deseo de placer, sino sólo por engendrar hijos, a propósito de la entrada en la iglesia y de recibir el sacramento del cuerpo y la sangre del Señor, debe ser dejado a su propio juicio, puesto que no debemos prohibirle nosotros que lo reciba al que puesto en el fuego es incapaz de arder. Mas, cuando en el acto de la unión domina no el afán de engendrar descendencia, sino el deseo, también tienen los cónyuges motivo para lamentarse de su unión. Pues eso es algo que les concede la santa doctrina, y sin embargo la propia concesión infunde temor en su alma. Pues, cuando el apóstol Pablo decía «el que no pueda guardar continencia que tenga una esposa»[169], inmediatamente se cuidó de añadir: «Pero esto lo digo a título de permiso, no de mandato»[170]. En efecto, no se permite lo que es lícito, dado que es justo, por lo cual, al decir que lo permitía, dejó claro que en ello hay culpa.

25. Hay que ponderar atentamente el hecho de que en el Sinaí el Señor, cuando va a hablar a su pueblo, primero le ordena que se abstenga de las mujeres[171]. Y, si allí donde el Señor hablaba a los hombres por medio de una criatura subordinada, se exigió con tanto cuidado la pureza del cuerpo, de manera que los que escucharan las palabras de Dios no hubieran estado unidos con mujeres, ¿cuánto más deben las mujeres que reciben el cuerpo del Señor guardar en sí mismas la pureza de la carne para no verse abrumadas por la propia grandeza de ese inestimable sacramento? Por esto también se le dice a David por medio del sacerdote y acerca de sus sirvientes que, si estaban exentos de contactos con mujeres, podían tomar los panes de la proposición, panes que no podían tomar en modo alguno si antes David no declaraba que lo estaban[172]. Entonces, el hombre que, tras unirse a su esposa, se haya lavado con agua también puede recibir el sacramento de la Sagrada Comunión, dado que, según el precepto antes establecido, también le está permitido entrar en la iglesia.

26. IX. Consulta de Agustín: Si, después de una fantasía de las que suelen sobrevenir durante el sueño, puede uno recibir el cuerpo del Señor o, si es sacerdote, celebrar los sagrados misterios.

27. Respondió Gregorio: A ése, desde luego, la ley del Antiguo Testamento, como ya hemos dicho en el capítulo anterior, lo declara impuro y, a no ser que se haya lavado, no le concede entrar en la iglesia hasta el atardecer[173]. Pero el pueblo espiritual, entendiéndolo de otra manera, lo entenderá en el mismo sentido que hemos dicho, dado que se ve engañado como por un sueño el que, tentado por la impureza, se ve contaminado por imágenes vanas[174] en su pensamiento; pero debe lavarse con agua para borrar con lágrimas las culpas de su pensamiento y, si el fuego de la tentación no cesa antes, ha de reconocerse culpable hasta el atardecer. Pero en tales fantasías es muy necesario el discernimiento, que debe pensar con cuidado por qué motivo le sobrevienen a la mente del que duerme; pues algunas veces ocurren por la gula, algunas por la superabundancia o la debilidad natural y algunas otras por los pensamientos. Cuando sucede por la superabundancia o la debilidad natural, las fantasías no son de temer en modo alguno, porque en su caso hay que dolerse de que el alma, inconsciente, las haya padecido más que causado. Ahora bien, cuando, al tomar alimento, el apetito de la gula se deja ir más allá de la medida y por ello se ven recargados los receptáculos de los humores, el alma tiene por ello cierta culpa; sin embargo, no hasta el punto de que se le prohíba recibir el Santo Sacramento o celebrar el rito de la misa cuando en

su caso lo exige el día de fiesta, o cuando la propia necesidad obliga a impartir el sacramento por no haber otro sacerdote en el lugar. Pues, si hay otros que puedan ejercer el ministerio, las fantasías producidas por la glotonería no deben verse impedidas de recibir el Santo Sacramento pero sí abstenerse humildemente de la celebración del Santo Sacrificio, según opino, si es que no se ha apoderado de la mente del que duerme con torpes imaginaciones. En efecto, hay algunos a los que por lo general las fantasías les sobrevienen de manera que su alma, aunque descanse en el sueño del cuerpo, no se ve manchada por imaginaciones torpes. En tal caso la mente se siente menos culpable[175] pero a su propio juicio no libre de culpa, dado que, aunque al estar dormido su cuerpo no recuerda haber visto nada, recuerda que, estando éste despierto, ha incurrido en la glotonería. Ahora bien, si de los pensamientos torpes estando despierto surgen las fantasías mientras se duerme, el alma tiene claro su pecado; en efecto, ve de qué raíz ha venido aquella impureza, porque lo que ha pensado consciente lo ha soportado inconsciente.

28. Con todo, hay que examinar si el propio pensamiento ha sobrevenido por sugestión o por delectación o, lo que es más grave, por consentimiento con el pecado. En efecto, todo pecado se produce de tres maneras, a saber, por sugestión, por delectación o por consentimiento. La sugestión, por supuesto, es causada por el diablo, la delectación por la carne, el consentimiento por el alma; porque también la primera culpa la sugirió la serpiente, Eva; simbolizando la carne, se deleitó, y Adán, simbolizando el alma, consintió[176], y es necesario un gran discernimiento entre sugestión, delectación y consentimiento para que el alma se erija en juez de sí misma. En efecto, cuando el espíritu maligno sugiere un pecado a la mente, si no sigue delectación alguna, no se ha cometido el pecado en absoluto; mas, cuando la carne comienza a deleitarse, entonces empieza a nacer el pecado y, si además consiente deliberadamente, entonces se ve que el pecado se lleva a término. Así, pues, en la sugestión está la semilla[177] del pecado, en la delectación se lo alimenta, y en el consentimiento se lo lleva a cabo. Y ocurre a menudo que lo que el espíritu maligno siembra en el pensamiento la carne lo hace objeto de delectación, pero el alma no consiente en la misma y, si bien la carne no puede deleitarse sin el espíritu, con todo, el propio espíritu que lucha contra los placeres de la carne queda en cierto modo enredado en la delectación carnal, de manera que la contradice para no consentirla, pero queda atado a ella y se lamenta de esas ataduras. Por ello también aquel soldado señalado[178] del ejército celestial se lamentaba diciendo: «Veo en mis miembros otra ley, que se opone a la ley de mi mente y que me lleva cautivo a la ley del pecado, que está en mis miembros». Si estaba cautivo, luchaba poco, pero luchaba. Por ello, a un tiempo estaba cautivo y luchaba por la ley de su mente[179], a la que se oponía la ley que está en los miembros. Pero, si luchaba, no estaba cautivo. He aquí, pues que, por así decirlo, el hombre es cautivo y es libre: libre por la justicia a la que ama, cautivo por la delectación que a su pesar lleva consigo.

28

Cómo el papa Gregorio envió una carta al obispo de Arles para que ayudara en la tarea del Señor a Agustín.

1. Hasta aquí las respuestas del bienaventurado papa Gregorio a las consultas del reverendísimo obispo Agustín. La epístola que dice que había escrito al obispo de Arles se la envió a Virgilio, sucesor de Eterio[180], y su contenido es éste:

> 2. Al reverendísimo y santísimo hermano Virgilio su colega en el episcopado, Gregorio, siervo de los siervos de Dios. Cuánto es el afecto que hay que dispensar a los hermanos que por propia iniciativa vienen a nosotros es sabido por el hecho de que generalmente se los suele invitar en razón de la caridad. Por eso, si se da el caso de que nuestro común hermano el obispo Agustín acude ante vosotros, vuestro amor ha de acogerlo, como corresponde, con afecto y amabilidad, de manera que a él lo anime con el bien del consuelo que le deis y a los demás les enseñe cómo debe practicarse la caridad fraterna. Y, dado que con frecuencia ocurre que los que están lejos conocen antes que los demás las cosas que hay que enmendar, en el caso de que haga llegar a vuestra fraternidad las culpas de los sacerdotes y de otros, sentándoos con él, averiguadlo todo en una detallada investigación, y mostraos, frente a todo

lo que ofende a Dios y lo mueve a la ira, tan estrictos y celosos que el castigo golpee al culpable, para enmienda de los demás, y que la falsa doctrina no angustie al inocente. Que Dios te guarde sin daño, reverendísimo hermano.

3. Dada el 22 de junio, en el año decimonoveno de nuestro señor Mauricio Tiberio, piadosísimo Augusto, decimooctavo tras el consulado del dicho nuestro señor, en la indicción cuarta[181].

29

Cómo él mismo le envió a Agustín el palio, una carta y varios ministros de la Palabra.

1. Por lo demás, el propio papa, como Agustín le había dado a entender que tenía mucha mies pero pocos obreros[182], le envió con sus mensajeros a varios cooperadores y ministros de la Palabra, entre los cuales los primeros y principales eran Melito, Justo, Paulino y Rufiniano y, por medio de ellos, todo lo que era necesario para el culto y el ministerio de la Iglesia, a saber, vasos sagrados y vestiduras para los altares, también ornamentos para las iglesias y para los sacerdotes y atuendos para los clérigos, y además reliquias de los apóstoles y los mártires y numerosos libros. También le envió una carta en la que le anuncia que le había enviado el palio[183], al tiempo que le da a entender cómo debía ordenar obispos en Britania. Éste es el texto de la carta[184]:

2. Al reverendísimo y santísimo hermano Agustín, colega en el episcopado, Gregorio, siervo de los siervos de Dios. Aunque es cierto que a los que trabajan por Dios Todopoderoso están reservados inefables premios en el reino eterno, es necesario que nosotros les tributemos el obsequio de los honores, para que en su afán por la tarea espiritual sean capaces de poner un mayor esfuerzo. Y, dado que la nueva Iglesia de los anglos ha alcanzado la gracia de Dios Todopoderoso, por la generosidad del propio Señor y por tu esfuerzo, te concedemos el uso del palio sólo para la celebración solemne de la misa, de manera que ordenes a 12 obispos en sus respectivas sedes, los cuales han de estar sometidos a tu autoridad, si bien el obispo de la ciudad de Londres[185] debe ser siempre y en lo sucesivo consagrado por su propio sínodo y recibir el honor del palio de esta Santa y Apostólica Sede a la que yo sirvo. Queremos que envíes un obispo a la ciudad de York, el que tú tengas a bien ordenar, con la condición de que, si esa ciudad y sus lugares cercanos acogen la palabra de Dios, él ordene a su vez a 12 obispos y disfrute de la dignidad de metropolitano; pues también a él, si vivimos para ello y Dios mediante, pensamos concederle el palio. Sin embargo, queremos que él esté a disposición de tu fraternidad, y que después de tu muerte presida a los obispos que haya ordenado sin estar sometido de ninguna manera al obispo de Londres. Pero para lo sucesivo quede establecida entre los obispos de Londres y de la ciudad de York esta prelación de honor: sea tenido como primero el que haya sido ordenado antes. Ahora bien, han de disponer de común acuerdo y de manera concordada lo que haya de hacerse por el celo de Cristo; que tengan un mismo recto y unánime pensamiento, y que lo que piensen lo lleven a cabo sin discrepar entre ellos.

3. Tu fraternidad debe tener bajo su mando, con la ayuda de nuestro Dios y Señor Jesucristo, no sólo a los obispos que haya ordenado, y a los que hayan sido ordenados por el obispo de York, sino también a todos los sacerdotes de Britania[186], de manera que por la palabra y la vida de tu santidad reciban el ejemplo del bien creer y del bien vivir, y que, cumpliendo su deber en la fe y en las costumbres, lleguen, cuando Dios quiera, al Reino de los Cielos. Que Dios te conserve sin daño, hermano reverendísimo.

4. Dada el 22 de junio del decimonoveno año del Imperio de nuestro señor Mauricio Tiberio, piadosísimo Augusto, año decimooctavo tras su consulado, en la indicción cuarta[187].

30

Texto de la carta que le envió al abad Melito cuando marchaba a Britania.

1. Una vez que se marcharon los mensajeros antedichos, el bienaventurado padre Gregorio envió tras ellos una carta digna de recordarse, en la que mostró abiertamente con qué interés se preocupó por la salvación de nuestro pueblo, escribiendo así:

2. Al muy querido hijo Melito, abad, Gregorio, siervo de los siervos de Dios. Tras la partida de nuestro querido grupo, el que está contigo, hemos quedado muy preocupados, porque no hemos tenido ocasión de saber cosa alguna sobre la buena marcha de vuestro viaje. Pues bien, cuando Dios Todopoderoso os haya llevado junto al reverendísimo varón y hermano nuestro el obispo Agustín, decidle todo lo que por largo tiempo he tratado, pensando a solas, sobre la cuestión de los anglos; a saber, que los templos de los ídolos que hay en ese pueblo no deben en modo alguno ser destruidos, sino que deben ser destruidos los ídolos que hay en ellos, se debe rociarlos con agua bendita, y construir en ellos altares y depositar reliquias. En efecto, si esos templos están bien construidos,

es necesario hacer que pasen del culto de los demonios a la veneración del verdadero Dios, de modo que, sin que ese pueblo no vea que se destruyen sus templos, expulse de su corazón el error y, reconociendo y adorando al verdadero Dios, acuda a los lugares acostumbrados a los que solía. Y, puesto que suelen inmolar muchos bueyes en sacrificio a los demonios, también se debe dejarles alguna celebración en lugar de ésta: que el día de la dedicación o del natalicio[188] de los santos mártires de los que allí se depositen reliquias se construyan con ramas de árboles cabañas en torno a las iglesias provenientes de la transformación de templos, y celebren la solemnidad con religiosos banquetes, ya sin inmolar animales al diablo, y sacrifiquen en su comida animales en alabanza de Dios y den gracias por su hartura al que todo lo da, y para que así, al tiempo que se les mantienen algunos goces externos, puedan adherirse más fácilmente a los goces interiores.

3. En efecto, no hay duda de que a las mentes endurecidas es imposible quitarles todo de una vez, porque también el que se esfuerza por ascender al lugar más alto sube por escalones o por pasos, no por saltos. Así el Señor se manifestó en Egipto al pueblo de Israel, pero para su propio culto se reservó la costumbre de los sacrificios que aquél solía ofrecer al diablo; de manera que les ordenó inmolar animales en sacrificio a Él[189], de manera que, mudando de corazón, del sacrifico abandonaran una cosa y retuvieran otra, y que, aunque fueran los animales fueran los mismos que acostumbraban a ofrecer, al inmolarlos al Dios verdadero y no a los ídolos, ya no fueran los mismos sacrificios[190]. Es preciso, pues, que tu afecto nos haga el favor de decirle esto al hermano antedicho, para que él, que ahora está allí, pondere cómo debe disponer cada cosa. Que Dios te guarde sin daño, queridísimo hijo.

4. Dada el 18 de julio del año decimonoveno del Imperio de nuestro señor Mauricio Tiberio, piadosísimo Augusto, el año decimooctavo tras su consulado, en la indicción cuarta[191].

31

Cómo exhortó a Agustín por medio de una carta a que no se gloriara en sus propias virtudes.

1. Por ese tiempo también envió a Agustín una carta[192] acerca de los milagros que había sabido que Agustín había hecho, en la cual, para que no incurriera en el peligro de ensoberbecerse por su gran número, lo exhorta con estas palabras:

2. Yo sé, queridísimo hermano, que Dios Todopoderoso, por medio de tu afecto ha hecho grandes milagros en favor de ese pueblo al que quiso elegir. Por ello es necesario que ese don celestial lo goces con temor y lo temas con gozo. Debes gozarte, desde luego, porque las almas de los anglos por medio de milagros exteriores se ven llevadas a la gracia interior; pero has de sentir temor para que, en medio de los prodigios que se producen, el flaco espíritu no se eleve a la presunción y, mientras por fuera se lo ensalza a los honores, por dentro se caiga por la inane vanidad. También debemos recordar que los discípulos, cuando volvían llenos de alegría de su predicación y dijeron al Maestro celestial: «Señor, en tu nombre incluso se nos sometían los demonios», tuvieron que oír inmediatamente: «No os alegréis de eso, sino más bien alegraos porque vuestro nombre está escrito en el Cielo»[193]. Y es que habían puesto su pensamiento en la alegría personal y temporal los que se gozaban de los milagros; pero se les hace volver de lo personal a lo común, de la alegría temporal a la eterna en las palabras que dicen: «Alegraos de que vuestros nombres están escritos en el Cielo». Pues no todos los elegidos hacen milagros, pero los nombres de todos ellos permanecen escritos en el Cielo. En consecuencia, los discípulos de la verdad no deben alegrarse sino del bien que tienen en común con todos y en el que no tienen límite para su alegría.

3. Así pues, hermano queridísimo, sólo resta que, en las obras exteriores que haces por obra de Dios, siempre te examines por dentro con todo cuidado y que con todo cuidado examines quién eres tú mismo y cuánta gracia ha recaído sobre ese pueblo para cuya conversión has recibido incluso el don de hacer milagros. Y, si en alguna ocasión recuerdas haber faltado a nuestro Creador ya de palabra, ya de obra, debes siempre traer a tu memoria estas consideraciones, a fin de que la memoria del pecado acabe con la vanagloria del corazón. Y cuanto poder recibas o hayas recibido para hacer milagros no lo estimes como un don hecho a ti, sino a aquellos por cuya salvación se te ha concedido.

32

Cómo envió una carta y regalos al rey Etelberto.

1. Por el mismo tiempo el propio papa Gregorio envió también una carta al rey Etelberto y al propio tiempo numerosos obsequios de diversas especies, queriendo glorificar también con honores temporales al rey al que se alegraba de que hubiera llegado el conocimiento de la gloria celestial por su propio esfuerzo y diligencia. Ésta es una copia de dicha carta:

2. Al gloriosísimo señor e ilustrísimo hijo el rey Etelberto, rey de los anglos, Gregorio obispo. Dios Todopoderoso lleva a los mejores hombres a regir a los pueblos con el fin de hacer llegar por medio de ellos los dones de su piedad a todos aquellos al frente de los cuales se les ha puesto. Y esto hemos sabido que ha ocurrido en el pueblo de los anglos, a cuya cabeza ha sido puesta tu gloria a fin de que, por los bienes que a vos os han sido

concedidos, también se hicieran llegar al pueblo que está bajo vuestro poder los beneficios celestiales. Y por eso, ilustre hijo, la gracia que has recibido de Dios custódiala con espíritu diligente; apresúrate a extender la fe cristiana entre los pueblos a ti sometidos; multiplica tu justo celo para su conversión; persigue el culto de los ídolos; derriba los edificios de los templos[194]; fortalece las buenas costumbres de tus súbditos con la limpieza de tu vida, exhortándolos, infundiéndoles temor, atrayéndotelos, corrigiéndolos y mostrándoles ejemplos de buenas obras, para que en el Cielo encuentres la retribución de aquel cuyo nombre y conocimiento has extendido en la tierra. Pues también hará más glorioso el nombre de vuestra gloria en la posteridad Aquel mismo cuyo honor entre las gentes vos buscáis y mantenéis.

3. Así fue como Constantino, en su día piadosísimo emperador, haciendo que la República Romana abandonara los perversos cultos de los ídolos, la sometió junto consigo mismo a Nuestro Señor y Dios Todopoderoso, Cristo Jesús, y junto con los pueblos a él sujetos se convirtió a Él de todo corazón. Por ello ocurrió que aquel hombre venció con su gloria el renombre de los antiguos príncipes y superó a sus predecesores tanto en fama como en buenas obras. Y así también ahora vuestra gloria se apresura a infundir el conocimiento del único, Padre, Hijo y Espíritu Santo a los reyes y pueblos a ella sujetos, de manera que no sólo a los reyes antiguos de su pueblo en fama y en méritos, sino que, en la misma medida en que ha eliminado en sus súbditos los pecados ajenos, ha adquirido mayor seguridad acerca de los pecados propios con vistas al temible juicio de Dios Todopoderoso.

4. Cuantas cosas os enseña nuestro reverendísimo hermano el obispo Agustín, formado en la regla monástica, lleno de ciencia de la Sagrada Escritura, adornado, gracias a Dios, de buenas obras, escuchadlas de buen grado, hacedlas con devoción, guardadlas cuidadosamente en la memoria; porque, si vos lo escucháis en cuanto dice hablando en nombre de Dios Todopoderoso, el mismo Dios Todopoderoso lo escucha a él más prontamente cuando ruega por vos. Mas, si dais largas a sus palabras, lo que ojalá no ocurra, ¿cuándo podrá Dios Todopoderoso escucharlo a él cuando le ruega por vos si vos no le hacéis caso cuando os habla en nombre de Dios? Así pues, uníos a él de todo corazón en el fervor de la fe, y ayudad a su esfuerzo con el vigor que Dios os ha dado, para que os haga partícipes de su reino Aquel cuya fe hacéis que se acoja y se guarde en el vuestro.

5. Por lo demás, queremos que vuestra gloria sepa que, conforme a lo que nos enseña la Sagrada Escritura en palabras del Señor Todopoderoso, el final del mundo presente ya está cerca y va a venir el reino de los santos, que nunca podrá tener fin. Ahora bien, al acercarse el fin del mundo nos amenazan muchas cosas que antes no había, a saber, cambios climáticos[195] y aterradoras señales del cielo y tempestades que no corresponden a la sucesión de las estaciones, guerras, hambres, pestes y terremotos en diversos lugares[196], las cuales, sin embargo, no van a sobrevenir todas en nuestros días, pero sí han de llegar todas tras nuestros días. Así pues, si vos sabéis que algo de esto ocurre en vuestra tierra, no permitáis en modo alguno que vuestro espíritu se perturbe, porque éstas son señales que se envían por delante acerca del fin del mundo, para que nos preocupemos de nuestras almas, estemos atentos a la hora de la muerte y ante el Juez que ha de venir se vea que estamos bien preparados por nuestras buenas obras. Todo esto, glorioso hijo, os lo he dicho ahora con pocas palabras, en la idea de que, cuando la fe cristiana haya crecido, en tu reino crezcan también nuestros mensajes a vos, y de que con tanto más gusto os hablaremos cuanto más se multiplique en nuestra mente el gozo por la perfecta conversión de vuestro pueblo.

6. También os he enviado unos poco presentes, que para vos no serán pequeños dado que los recibiréis con la bendición del bienaventurado apóstol Pedro. Y, así, que Dios Todopoderoso lleve a término entre vosotros[197] la gracia que ha comenzado a dispensaros; que alargue vuestra vida en este mundo por muchos años y tras largo tiempo os reciba en la comunidad de la patria celestial. Que la gracia del Cielo guarde sin daño a vuestra excelencia, señor e hijo nuestro.

7. Dada el 22 de junio, en el año decimonoveno del Imperio de nuestro señor Mauricio Tiberio, piadosísimo Augusto, el año decimoctavo tras el consulado del antedicho señor, en la indicción cuarta[198].

33

Cómo Agustín restauró la iglesia del Salvador e hizo el monasterio de San Pedro Apóstol, y sobre Pedro, su primer abad.

1. Agustín, una vez que en la ciudad regia[199] tomó posesión de su sede episcopal, según ya hemos contado, restauró en ella, apoyado por la ayuda del rey, una iglesia que había sabido que había sido edificada allí antiguamente por obra de los fieles romanos y la consagró a nombre del Santo Salvador, nuestro Dios y Señor Jesucristo[200], y estableció allí su residencia y la de todos sus sucesores. Hizo también un monasterio[201] no lejos de la ciudad, hacia el oriente, en el que, animado por él, Etelberto construyó desde sus cimientos una iglesia de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y la dotó con diversas donaciones, de manera que en ella se pudieran sepultar los cuerpos del propio Agustín y de todos los obispos de Canterbury, así como los de los reyes de Kent. Pero esta iglesia no la consagró el propio Agustín, sino su sucesor Lorenzo.

2. El primer abad de ese monasterio fue el presbítero Pedro, quien, enviado como legado a la Galia, se ahogó en la bahía que se llama Amfleat[202] y recibió humilde sepultura de las

gentes del lugar; pero Dios Todopoderoso, para hacer ver qué grandes méritos tenía aquel varón, hizo que sobre su sepulcro apareciera todas las noches su luz celestial, hasta que, al darse cuenta los vecinos, que veían que era un hombre santo el que allí había sido sepultado, y tras averiguar de dónde venía y quién era, desenterraron su cuerpo y lo sepultaron en una iglesia en la ciudad de Boulogne con las honras apropiadas a un hombre tan grande.

34

Cómo Etelfrido, rey de Northumbria, derrotando a los pueblos de los escotos, los echó de los confines de los anglos.

1. En estos tiempos estuvo a la cabeza del reino de Northumbria el rey Etelfrido[203], muy valeroso y muy deseoso de gloria, que más que ningún otro caudillo de los anglos llevó la devastación al pueblo de los britanos, hasta el punto de que parecía comparable a Saúl, el rey del pueblo de Israel, exceptuando que desconocía la religión divina[204]. Pues ninguno de los gobernantes, ninguno de los reyes hizo tributarias o habitables para el pueblo de los anglos tantas tierras, tras exterminar o someter a los indígenas. Merecidamente podía aplicársele a él lo que el patriarca, al bendecir a su hijo, decía con referencia a Saúl: «Benjamín, un lobo rapaz; por la mañana devorará el botín y por la tarde repartirá los despojos»[205].

2. Movido por sus avances, Aedan, rey de los escotos[206] que habitaban en Britania, marchó contra él con un ejército enorme y poderoso, pero, vencido, escapó con unos pocos. En efecto, en un lugar famoso que se llama *Degsastan*, es decir, «La piedra de Degsa»[207], fue aniquilado casi todo su ejército. En aquella batalla también pereció Teobaldo, el hermano de Etelfrido, con todo el ejército que mandaba. Esta guerra la hizo Etelfrido en el año 603 de la Encarnación del Señor, el undécimo de su reinado, que mantuvo por veinticuatro años, el año primero de Focas[208], que entonces ocupaba el trono del Imperio romano. Y a partir de entonces y hasta nuestros días ningún rey de los escotos se atrevió a venir a Britania para luchar contra los anglos.

[1] Este prólogo geográfico depende, según Colgrave y Mynors, *ad loc.*, de Plinio el Viejo, Orosio, Solino y Gildas.

[2] El norte.

[3] La antigua *Rutupiae*.

[4] Actual Richborough, en la costa este de Kent. Conserva importantes restos romanos, pero el antiguo puerto está cegado por la arena.

[5] Gesoriaco es la actual Boulogne-sur-Mer. Los morinos, como su propio gentilicio céltico indica, eran galos que habitaban en la orilla del mar.

[6] Recuérdese que la milla romana equivalía a 1.478,9 m, y a ocho estadios (unos 185 m), con lo que los cómputos que da Beda, seguramente tomados de los geógrafos antiguos, no cuadran exactamente. Naturalmente, la distancia de 50 millas (unos 74 km) debe entenderse como medida entre los dos puertos citados, no en la zona más estrecha del Canal de la Mancha, donde es de sólo 34 km.

[7] Las actuales Orkneys, frente al extremo noroeste de Escocia.

[8] San Basilio Magno o de Cesarea (*ca.* 330-379), uno de los *padres capadocios* griegos. La cita, según Plummer *(ad loc.)* se refiere a su *Hexameron* (Migne, *Patrologia Graeca* 54, 907).

[9] Crépin, *ad loc.*, anota el origen bíblico de la expresión: 2 Cro 14, 7 y 1 Mac 13, 23.

[10] Descripción bastante ajustada, sobre la obvia base de la concepción geocéntrica del sistema solar. No se trata en propiedad del fenómeno del *Sol de medianoche*, que sólo se produce en regiones más septentrionales; pero sí es verdad que en esa época en Gran Bretaña el Sol se pone muy tarde y resurge muy temprano, en ambos casos muy hacia el norte, pues en tales meses y latitudes la zona no insolada de la tierra es muy pequeña, e inexistente más al norte.

[11] Obviamente, hacia el sur.

[12] Es decir, de las que nosotros llamamos propiamente «horas», pues en el sistema cronométrico romano su duración variaba según la estación.

[13] Se refiere a los cinco libros del Pentateuco.

[14] Las cinco lenguas citadas son el anglosajón, el britónico (el de los britanos, los pobladores célticos de Britania, representado actualmente por el galés), el gaélico, también céltico, llevado a Escocia por los irlandeses (a los que Beda llama habitualmente *Scotti*), la lengua de los pictos de Escocia, quizá también céltica, y la latina; pero esta última la cita con referencia al latín de la Iglesia y de la escuela, pues ya no quedaban hablantes nativos de esa lengua que, por lo demás, por entonces ya habría estado a punto de dar a luz un frustrado *britano-romance.*

[15] La región marítima (pues eso significa «Armórica») del noroeste de la antigua Galia, aunque posteriormente esa denominación quedara restringida a la de Bretaña, cuyos pobladores célticos –por cierto– serían sobre todo britanos huidos de la invasión anglosajona de *ca.* 450. Para lectores hispanos no estará de más recordar que una similar migración de britones o britanos llegó por los mismos tiempos al norte de Galicia, donde constituyeron una diócesis de *Britonnia* documentada en los concilios visigóticos por medio de obispos de nombre claramente céltico. De ella sólo subsiste el nombre en el del arciprestrazgo de Bretoña, en torno a la iglesia de San Martín de Mondoñedo (Lugo).

[16] Está claro que aquí Beda recoge una tradición errónea que, al parecer, confundía la *Scythia* (región al norte del mar Caspio) con la *Scandia* (o Escania, *Scedenig* en inglés antiguo), la zona meridional de Suecia, la cual, por otra parte, tampoco parece ser la patria originaria de los pictos; véanse Plummer, Colgrave y Mynors y Wallace-Hadrill, *ad loc.*

[17] El nombre romano de Irlanda.

[18] Téngase en cuenta para lo sucesivo que éste es el gentilicio que habitualmente emplea Beda para los irlandeses. En efecto, la actual Escocia sólo empezó a llamarse así tras las migraciones irlandesas que recibió, e incluso a Irlanda se la había llamado *Scotland*.

[19] El norte.

[20] Aunque Beda aclare que entre Hispania e Irlanda media un amplio mar, su descripción parece responder a una concepción cosmográfica imperfecta que no las consideraba muy distantes, presente también en Orosio (*Hist.* I 2, 71 y 80 s.), de la cual incluso se puede desprender que desde la una se podía divisar la otra. Por otra parte, y seguramente en relación con lo dicho, dentro de la mitología céltica de Irlanda se desarrolló la leyenda de que aquella tierra había sido invadida por el pueblo de Breogán, personaje galaico que antes había levantado en *Brigantium* una gran torre (quizá la bien conocida Torre de Hércules de La Coruña), desde la cual su hijo Ith había llegado a divisar la isla (*Eriu*). Esa leyenda prendió entre los eruditos hispanos, y especialmente entre los gallegos, a partir del siglo XVI, y en el XIX se convirtió en dogma y enseña del ingenuo galleguismo naciente. Pero todavía hoy, en el himno oficial de la comunidad gallega, cuya letra se debe al vate regional Alfredo Pondal, Galicia es el «fogar de Breogán» (debo los datos fundamentales de esta nota a Juan José Moralejo).

[21] Explicación «historicista» de un interesante dato de antropología cultural. En efecto, del texto se desprende que los pictos se atenían a una filiación y sucesión matrilineal que, en general, suele corresponder a un régimen familiar de poliandria, en el cual es más verdadero que nunca el principio de *mater certa, pater incertus*; véase Plummer, *ad loc*.

[22] Es decir, los emigrantes-invasores procedentes de Irlanda, que acabaría por dar nombre a Escocia.

[23] Los primeros *escotos* llegados a la futura Escocia eran irlandeses del reino de Dalriada, en el nordeste del Ulster, que extendieron su territorio hasta una parte de Britania tras someter a gran parte de los pictos. Al parecer, Beda confunde a su caudillo con el fundador de la dinastía, muy anterior, Cairbre Riada y, de paso, el término *dal* («prado», «valle») con el antiguo inglés *dal*, que, en efecto, significa «parte (cfr. alemán *Teil*); tomamos nuestra información de Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[24] Como se sabe, la leyenda popular afirma que fue el evangelizador san Patricio el que eliminó las serpientes de Irlanda.

[25] Actual Dumbarton; cfr. I 12. El golfo aludido es el Firth de Clyde, que llega hasta el actual Glasgow, aunque más amplio es el Firth de Forth, su simétrico oriental, sobre el que está Edimburgo, la moderna capital de Escocia.

[26] Ligero error de Beda: el año del consulado de Julio César y Bíbulo, en el que se asignó al primero la conquista de la Galia, fue el 59 a.C. Las expediciones de César a Britania luego aludidas tuvieron lugar en los años 55 y 54 a.C. Por lo demás, recuérdese que Beda fue el pionero de la introducción de la era cristiana en la cronología histórica.

[27] También aquí yerra Beda, por seguir a Orosio: Tito Labieno estuvo en la Galia y en Britania como *legatus pro praetore*. Sin embargo, en la Guerra Civil se puso de parte de Pompeyo y cayó luchando en la batalla de Munda, en España, en el año 45 a.C. El personaje justo es Laberio.

[28] Era el reyezuelo de los catuvelaunos al que los demás pueblos de la provincia de Kent eligieron para encabezar la resistencia contra César.

[29] Según Colgrave y Mynors, *ad loc.*, se trataría del que César, *Guerra de las Galias* V 20, llama Mandubracio. Era hijo de un rey de los trinovantes, asentados en Essex y Middlessex, que, una vez asesinado su padre por Casivelauno, se había acogido al patrocinio de César.

[30] Se conservan restos de la misma cerca de la localidad de Weathampstead, según Colgrave y Mynors, *ad loc*.

[31] El 43 d.C. El que Beda no utilice la era cristiana puede deberse a que reproduce más literalmente sus fuentes, que en este caso serían Orosio y Eutropio.

[32] Entiéndase que incluyendo al propio Augusto.

[33] Seguidor de la predicación apostólica al que, en efecto, en Hch 11, 27 s. se le atribuye la predicción de una hambruna sobrevenida en el reinado de Claudio.

[34] Emperador del 69 al 79 d.C.

[35] Nerón reinó del 54 al 68 d.C.

[36] Parece que se refiere a las de Londres y Verulamio (St. Albans), en el 61 d.C.; véase Tácito, *Anales* XIV 33.

[37] El emperador Marco Aurelio. En realidad su reinado se inició en el 161 y duró hasta el 180.

[38] Más conocido como Lucio Vero, muerto en el 169.

[39] El papa san Eleuterio no parece haberlo sido hasta el año 171, o tal vez el 177, por lo que, como bien anota Plummer, *ad loc.*, la expresión de Beda *horum temporibus* no se ajusta exactamente a la realidad.

[40] Se cree que Beda tomó esta leyenda del *Liber Pontificalis*, catálogo y con el tiempo también colección de biografías de los papas iniciada en la propia Antigüedad y luego prolongada hasta el final de la Edad Media. Sin embargo, parece que

hay indicios de culto cristiano en Britania, al menos, desde el siglo IV; véase Wallace-Hadrill, *ad loc.*

[41] Emperador desde el 284 al 305, en que se retiró a su palacio de Spalato.

[42] Se trata, naturalmente, del emperador Septimio Severo (193-211).

[43] Esta noticia no es exacta. Parece que fueron tres las líneas fortificadas por los romanos frente a los pueblos no sometidos del norte de Britania. La primera sería obra del legado Julio Agrícola, tras sus campañas de los años 80 d.C., y cruzaba Escocia de oeste a este, desde el Firth de Clyde, abierto al Canal del Norte (donde está la actual Glasgow) al Firth de Forth (donde la actual Edimburgo, en el mar del Norte). Luego, más al sur, el emperador Adriano levantó, a partir del 122 d.C., su famoso muro de piedra de 80 millas romanas, en buena parte aún conservado, que cruzaba Britania desde el Firth de Solway, al oeste, hasta el estuario del Tyne, al este. Su sucesor Antonino Pío (138-161) volvió a la línea Forth-Clyde, que fortificó con grandes obras; pero Marco Aurelio se replegó en el 164 al muro de Adriano. Ahora bien, una tradición ya antigua, representada por Eutropio, la *Historia Augusta*, Orosio y otros, a la que Beda se adscribe, atribuye el muro que nosotros conocemos a Septimio Severo, tal vez porque ese emperador lo restaurara hacia 205-208. No contribuye a aclarar las cosas la detallada descripción del *uallum*, como opuesto al *murus* que Beda hace, tomada de Vegecio, *Epítome* I 24; pero, en efecto, los restos arqueológicos muestran que en paralelo a las fortificaciones en piedra, y a cierta distancia, se hicieron *ualla* de tipo campamentario como los que Beda describe. Véanse las notas correspondientes de Plummer, Mynors y Colgrave y Wallace-Hadrill.

[44] El 4 de febrero del 411. Puede decirse que con su muerte se desencadena la llamada «crisis del siglo III».

[45] Este emperador fur más conocido como Caracalla. En su *Constitutio Antoniniana* del 212 extendió la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio.

[46] Según antes indicábamos, Diocleciano reinó desde el 284 al 305.

[47] Maximiano reinó desde el 385 al 310.

[48] Era un britano del pueblo de los menapios y, en efecto, entre los años 286 y 293 se alzó con un «Britannisches Sonderreich» (D. Kienast, *Römische Kaisertabelle*, Darmstadt, Wiss. Buchgesellschaft, 1990, p. 274) que se extendió a una parte de la costa de la Galia. Asesinado en el 293, fue objeto de la *damnatio memoriae*.

[49] Es decir, se proclamó emperador.

[50] Se proclamó *Augustus* en el 293, tras el asesinato de Carausio. En 296 o 297 fue aplastado por las tropas de Constancio y también sufrió la *damnatio memoriae;* véase Kienast, 1990, p. 275.

[51] En efecto, fue la décima, la última y, como Beda añade, la más terrible de las grandes persecuciones.

[52] Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, que, llegado de la Italia del norte, fue el vate oficial de la corte merovingia en la segunda mitad del siglo VI. La cita de Beda puede verse en la edición de Leo-Krusch, *Monumenta Germaniae Historica, Auctores Antiquissimi* IV 1, 1885, *Carmina* VIII. III, 185. San Albano ha sido llamado «el protomártir de Inglaterra», y bajo su patrocinio se puso desde su fundación en el siglo XVI el Colegio-Seminario de Ingleses de Valladolid.

[53] Beda sigue aquí la *Passio Sancti Albani*, sobre la cual dan amplia noticia Plummer, Mynors y Colgrave y Wallace-Hadrill, *ad loc.*

[54] Actual St. Albans, en el Hertfordshire. El primer elemento del topónimo parece obedecer a que allí habitaba la tribu de los *Waeclingas*. El segundo elemento es, obviamente, el latino *castrum*, que solemos encontrar en el inglés moderno en la forma *-chester.*

[55] Actual Caerleon, topónimo de origen similar al de nuestro León. Nada más se sabe de estos mártires, ya citados antes por Gildas en su *De excidio Britanniae*.

[56] Tras la abdicación de Diocleciano, en el 305.

[57] Como se sabe, el heresiarca Arrio, clérigo de Alejandría, (*ca.* 256-*ca.* 336), negó la naturaleza divina de Cristo. Fue condenado en el año 325 por el Concilio de Nicea, convocado al efecto por Constantino, pero conforme a la misma fueron evangelizados varios pueblos germánicos, entre ellos los godos que luego vinieron a España.

[58] Constancio I, luego apellidado Cloro (293-306).

[59] Santa Helena. Su hijo, naturalmente, fue Constantino el Grande (306-337).

[60] En efecto, fue elevado a la dignidad de Augusto en York, en el 306, donde murió su padre, y luego fue reconocido como único César.

[61] El Concilio de Nicea, convocado en el 325 por el propio Constantino.

[62] 364-378.

[63] Era Augusto desde el 367.

[64] Valentiniano II (375-392).

[65] Es decir, lo asoció al Imperio.

[66] Ciudad del Ilírico, actual Sremska-Mitrovica (Serbia).

[67] En efecto, el usurpador Magno Máximo fue proclamado Augusto en Britania en el 383.

[68] En la costa norte del Adriático.

[69] En realidad, Arcadio y Honorio reinaron desde el 394; el primero hasta el 408 y el segundo hasta el 423.

[70] En efecto, el pelagianismo sostenía que el hombre podía salvarse por sus propias fuerzas.

[71] Obispo de Eclano, en la Campania,

[72] San Próspero de Aquitania, polifacético escritor de la primera mitad del siglo V y seguidor de san Agustín. Sus epigramas, entre ellos el citado, están editados por Migne, *Patrologia latina* 51, 149 s. El poema, obviamente, está en dísticos elegíacos.

[73] Como ya advertía Plummer, el texto transmitido *filio Theodosii minoris* no es correcto, pues habría que esperar

minore, pero no lo enmienda en su edición. Tampoco lo hacen Colgrave y Mynors, que ni siquiera anotan la anomalía, y además la eluden en su traducción. Nosotros traducimos según el que estimamos sentido lógico, aunque admitiendo la posibilidad de que el *lapsus* provenga del propio autor.

[74] Según Beda, un *comes*, de donde nuestro «conde»; pero nos parece un poco prematuro traducirlo por ese nombre.

[75] La actual Viena del Delfinado, en la Galia Lugdunense.

[76] Beda también lo llama *comes.*

[77] La fecha correcta es el 1163, 410 de la era cristiana.

[78] Sobre esta discutible noticia véase *supra* nuestra nota a I 5.

[79] Recuérdese que con esa denominación Beda se refiere a los irlandeses.

[80] Beda describe los accidentes geográficos que separaban a los britanos de los pictos pero no los que los separaban de los irlandeses. Éstos acabaron pasando a Britania y sin duda ya estaban en ella por entonces. Por lo demás, en el North Channel, el punto en que más se acercan Irlanda y Escocia, no supone un gran obstáculo; véanse Plummer y Wallace-Hadrill, *ad loc.*

[81] No están bien identificadas las localidades citadas, pero parece claro que los golfos de los que habla Beda son el Firth de Forth y el Firth de Clyde.

[82] Beda también da aquí una noticia inexacta, al parecer debida a su dependencia de Gildas. En efecto la empalizada o terraplén –más que muro– al que se refiere no fue construida por entonces, sino que era la levantada por Antonino Pío en el 140-142. Tenía 37 millas de longitud y, al parecer, iba desde Carriden, en el Firth de Forth, hasta Old Kilpatrick, en el de Clyde; véanse nuestra nota a I 5, y las de Plummer, Colgrave y Mynors y Wallace-Hadrill, *ad loc.*

[83] Recuérdese que, como decíamos en nuestra nota a I 5, Septimio Severo había reparado el muro de piedra de Adriano, seguramente reforzándolo con tramos de empalizada, y de ahí seguramente la noticia que le atribuía su construcción. El muro al que Beda se refiere sería el *uallum* de tierra levantado en el 140-142, por Antonino Pío, que tenía cerca de 40 millas, desde el Firth de Forth al de Clyde; véanse Colgrave y Mynors y Wallace-Hadrill, *ad loc.*

[84] En realidad Teodosio II sucedió a su padre Arcadio en el Imperio de Oriente en el año 408, y reinó, en efecto, hasta el 450.

[85] La figura de este misionero tempranamente enviado a Irlanda (en el 431 pero cuando ya había allí cristianos) plantea problemas. Beda, quien aquí sigue la *Crónica* de Próspero de Aquitania, no menciona, en cambio, a san Patricio, el tradicional primer apóstol de Irlanda. De ahí que se haya llegado a pensar que Paladio y Patricio fueron la misma persona (más radical es Plummer, *ad loc.*, que duda de la existencia histórica de san Patricio, hipótesis que, al margen de los datos históricos, no parece que *a priori* le desagradara a un clérigo anglicano). Véanse también las notas *ad loc.* de Colgrave y Mynors y Wallace-Hadrill, éste con bibliografía específica.

[86] San Celestino I, papa desde el 423 al 431.

[87] Año 446. Aecio era por entonces *el hombre fuerte* de Roma.

[88] Hasta que Aecio lo derrotó en los Campos Cataláunicos, en el año 451.

[89] Otra denominación para los irlandeses.

[90] Según Wallace-Hadrill, *ad loc.*, Vortigerno, quien habría sido para los britanos (no para Beda) algo así como para los españoles fue el conde don Julián, podría haber sido «a sub-Roman kinglet after the fashion of Syagrius in Gaul».

[91] La fecha de la invasión anglosajona se sitúa tradicionalmente en el año 450, pero tanto Beda como otras fuentes dan fechas variadas en torno al mismo. Desde luego (véase la nota siguiente), Marciano obtuvo el Imperio en el 450.

[92] De nuevo Beda cita a un emperador de Oriente, Marciano (450-457). En Occidente, en efecto, reinaba Valentiniano III (425-455).

[93] El del *aduentus Saxonum* es uno de los grandes tópicos de la historiografía inglesa. La idea de que fue algo súbito y violento parece derivar del historiador Gildas, empeñado en ver en ella un castigo divino por la impiedad de los britanos. La probable realidad es que fuera un suceso no puntual, sino gradual, y además lento, como muestra el hecho de que todavía en el siglo VI la mayoría del oeste de la isla estuviera libre del dominio anglosajón. Para una visión actualizada del asunto pueden consultarse, en *ASE*, los artículos *Adventus Saxonum* de S. Keynes y «Settlement, Anglo-Saxon» de B. A. E. Yorke.

[94] Según Colgrave y Mynors, *ad loc.*, «la famosa división de Beda de los pueblos invasores en anglos, sajones y jutos es quizá su más importante contribución a la historia de la invasión». Sin embargo, añaden que parece acreditada la participación de frisios y de algunos otros germanos procedentes de Suecia.

[95] Los pobladores de la región de Kent.

[96] Es decir, en la de Wessex.

[97] De la Sajonia alemana.

[98] Los de Essex.

[99] Los de Sussex.

[100] Los del ya citado Wessex.

[101] Beda se refiere al antiguo asentamiento continental de jutos (en el sur de la actual Dinamarca) y sajones (en la costa norte de la actual Alemania). La denominación *Angulus* pretende dar una etimología del nombre de la patria de los *Angli*. Según Crépin, *ad loc.*, se trata de la región todavía llamada *Angeln* (al parecer, un topónimo-gentilicio) en la parte nordeste del *land* de Schleswig-Holstein (Alemania) y ribereña del Báltico. Sin embargo, parece ser que el mismo Gregorio Magno que, como veremos, *jouait du mot* con *Angli* y *angeli*, también echó mano de *angulus* al decir (*Epist.* VIII 29) que la *gens Anglorum* estaba *in mundi angulo posita*, «situada en un rincón del mundo»; véase el artículo «English People» de S. Foot en *ASE.*

[102] Los de East Anglia.
[103] Los *Mediterranei Angli* o *middlingli*.
[104] El gran reino de forma cuadrangular que ocuparía el centro de Britania. Era el de los anglos occidentales.
[105] Al nordeste de la isla.
[106] Al parecer, a esa estirpe pretendían remontarse todas las regias de los reinos anglosajones, con la excepción de la de Essex; véanse Colgrave y Mynors, *ad loc. Wodan* no es otro que el famoso dios Wotan u Odín.
[107] Cfr. IV R 25, 8-10.
[108] Curiosa figura, ya citada en el *De excidio Britanniae* de Gildas, de la que algunos suponen que pudo dar lugar a la legendaria del rey Arturo; véase E. D'Angelo, «Re Artù ed Excalibur dalla Britannia romana alla Sicilia Normanna», *Atene e Roma*, Nuova Serie Seconda I (2007), pp. 137 s., con bibliografía.
[109] Al parecer, hacia el año 500. La situación del *Mons Badonicus* no ha sido identificada, aunque se supone que estaba hacia el occidente de la isla.
[110] Beda se vale aquí de la Crónica de Próspero y de la *Vita sancti Germani* de Constancio.
[111] Cfr. II Co 1, 12.
[112] Fecha preferida desde antiguo para administrar el bautismo a los catecúmenos.
[113] Traducimos a tenor del texto original del texto de la *Vita sancti Germani*, que Beda, al parecer, no recogió con propiedad; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*
[114] La antigua provincia de la Germania Superior, situada al oeste del curso medio del Rin.
[115] Sigo la traducción de Colgrave y Mynors, que entienden *mediterranea* como los territorios intermedios, y probablemente desiertos, entre dos reinos.
[116] El de la Bretaña luego francesa, en la cual se había producido una revuelta que estaba siendo severamente reprimida.
[117] Se trata de Valentiniano III. Su madre era Gala Placidia, hija de Teodosio y hermana de Honorio, en un tiempo casada con Ataúlfo, rey de los visigodos, y luego con Constancio, del que tuvo a Valentiniano.
[118] Valentiniano III fue asesinado en el 455, no sin antes haber asesinado en una audiencia a Aecio, el sostén del Imperio hasta entonces. Como es sabido, se considera como fecha final, más bien simbólica, del final del Imperio de Occidente la de la deposición del emperador Rómulo Augústulo por Odoacro, rey de los hérulos, en el año 476.
[119] Gildas, al que ya hemos citado anteriormente, fue un monje britano del siglo VI, que a mediados del mismo publicó su *De excidio et conquestu Britanniae*, una dramática crónica, rigurosamente contemporánea, de la invasión anglosajona de su patria, ya abandonada por los romanos. La posteridad lo veneró como santo.
[120] Salta a la vista la ingenua tendenciosidad con que Beda anticipa la evangelización de los anglosajones, que nada debería a los britanos nativos.
[121] Plummer anota: «Con este capítulo comienza el verdadero asunto de la obra de Beda, *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*, a la que los precedentes capítulos han servido de introducción».
[122] Emperador de Oriente desde el 582 al 602.
[123] San Gregorio I Magno, papa desde el 590 al 604, aunque hay discusión sobre esas fechas. Como ahora se verá, fue el promotor de la cristianización de los anglosajones.
[124] Se admite que la misión de Britania fue enviada en el 596.
[125] El que luego sería san Agustín de Canterbury. Al parecer, era el prior del monasterio de San Andrés del Palatino de Roma en el que el propio Gregorio había vivido; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*
[126] Según Colgrave y Mynors, la carta no se conserva en el *Registrum* pontificio, pero Beda pudo conocerla por la documentación que le había facilitado Nothelmo tras su viaje a Roma (véase el «Prefacio»).
[127] El de las indicciones era un sistema de datación, poco práctico para nosotros, que estuvo vigente en las cancillerías imperiales de Occidente y de Oriente, y en la pontificia hasta época relativamente reciente. Eran periodos de quince años que se computaban, por disposición del emperador Constantino, a partir del 24 de septiembre del 312, en el cual parece que él estableció algún impuesto extraordinario. Crépin, *ad loc.*, nos recuerda el procedimiento que da el propio Beda para deducir la indicción del año de la era cristiana: se le suma tres a la cifra del mismo y se divide por 15. La indicción será el resto de esa división.
[128] Error de Beda: en realidad lo era de Lyon; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*
[129] Sobre este rey véase especialmente II 5. Beda lo llama *Aedilberct*, que Mynors-Colgrave transcriben como *Aethelberht*.
[130] En efecto, entonces una isla pero actualmente tierra firme, en el extremo occidental de Kent.
[131] Así traduce Beda el nombre de la medida de superficie llamada *hide* en la lengua anglosajona, nombre que parece derivar de la que por término medio podía sustentar a una familia; véanse Plummer y Wallace-Hadrill, *ad loc.*, y el muy completo artículo «Hide» de R. Faith en *ASE*. En lo sucesivo mantendremos esa traducción, pese a la ambigüedad que puede suscitar.
[132] Lo que queda de él parece estar representado por los dos brazos en que, efectivamente, el río Stour se divide antes de desembocar en el mar.
[133] Algunos han supuesto que por entonces todavía eran *intercomprensibles* la lengua de los francos de la Galia y la de los jutos de Kent; otros prefieren pensar que Beda se refiere a francos habituados a comerciar con aquella gente y, por lo mismo, conocedores de su lengua; véase Plummer, *ad loc.*
[134] Hija del rey merovingio Cariberto.

[135] Beda habla de *comites*, término que, según Colgrave y Mynors, *ad loc.*, emplea normalmente para designar a los *gesiths*, los nobles con casa propia que servían al rey (una especie de «gentilhombres de cámara»), mientras que usa el de *milites* o *ministri* para los *thegns*, guardias de corps de menor jerarquía.

[136] Es decir, Canterbury, capital de Kent. En bastantes ocasiones Beda se vale de la expresión *ciuitas Doruuernensis* y otras similares, derivadas del nombre celto-romano de la ciudad, que era *Durovernum Cantiacorum* (S. Kelly, *ASE, s. u. Canterbury;* Crépin, *ad loc.* parte de la forma «británica» *Durovernis).*

[137] Colgrave y Mynors anotan que se trata de una antífona de la liturgia galicana para las rogativas.

[138] Según Colgrave y Mynors, todavía se conserva en las cercanías de Canterbury.

[139] Según la tradición, este bautismo, tan simbólico, tuvo lugar el 2 de junio del 597, domingo de Pentecostés.

[140] Según su costumbre, Beda habla aquí de la *Doruerni matropolis*.

[141] La consagración tendría lugar en 596 o 597. Beda, al igual que en I 24, 1, confunde a Eterio con Virgilio. Según Crépin, *ad loc.*, «la consagración de Agustín parece haber sido imaginada por Beda para justificar su rango de obispo confirmado por Gregorio en su respuesta a la séptima cuestión». En su carta al patriarca de Alejandría [VIII 29] Gregorio escribe que Agustín fue consagrado por los obispos de Germania.

[142] Sobre la discutida autenticidad de estas *responsiones* véase la nota de Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[143] Cfr. I Ti 3, 15.

[144] Cfr. Hch 4, 32.

[145] Ya por entonces era preceptivo el celibato a partir del subdiaconado.

[146] Cfr. Hch 4, 35.

[147] Cfr. Lc 11, 14.

[148] Nombre hebreo del infierno.

[149] Optamos por enmendar el *uanis* de Beda por el más lógico *damnis* que aparece en el *Libellus responsionum*, del cual depende en esta parte.

[150] El texto de Beda da *frater et soror*, texto que, como ya advertía Plummer, debe ser una corrupción del mucho más lógico *fratris et sororis*, según el cual traducimos.

[151] Véase, por ejemplo, Lv 20, 17.

[152] Cfr. Lv 18,7; 20, 11.

[153] Gn 2, 24, precepto reiterado en Mt 19, 5.

[154] Leemos *nec*, con el *Libellus*, en lugar del *et* de Beda. Como se sabe, Juan el Bautista fue degollado por Herodes Antipas, que vivía en adulterio con Herodíade (Herodías), esposa de su hermano Filipo, una vez que Salomé, la hija de ésta, le pidió su cabeza; véanse Mt 14, 1-12; Mc 6, 14-29; Lc 13, 31-32 y 23, 7-12.

[155] Cfr. Jn 14, 6.

[156] Actualmente símbolo de la dignidad arzobispal, aunque en origen atributo puramente honorífico. Es una banda que se pone en torno al cuello y cae sobre el pecho y la espalda y está decorada con cruces griegas. Los palios los envía el papa a los metropolitanos, y tradicionalmente se hacen en Roma con lana blanca de unos corderos que el pontífice bendice el 21 de enero, en la fiesta de santa Inés.

[157] Cfr. Dt 23, 25.

[158] Cfr. Lv 12, 4 s.

[159] Cfr. Gn 3, 16.

[160] Cfr. Lv 20, 18.

[161] Cfr. Mt 9, 20.

[162] Mt 15, 11.

[163] Mt 15, 19.

[164] Tit 1, 15.

[165]*Ibid.*

[166] Cfr. Lv 15, 16.

[167] Sal 50 (51), 7 (5).

[168] Sal 6, 8.

[169] I Co 7, 2, 9.

[170] I Co 7, 6.

[171] Cfr. Ex 19, 15.

[172] Cfr. I R 21, 5.

[173] Cfr. Dt 23, 10 s.

[174] En vez del *ueris imaginibus* de Beda, traducimos el más lógico *uanis imaginibus;* véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[175] Traducimos según el texto *minus sibi*, en lugar del *unum ibi* de Beda, como sugieren en su nota Colgrave y Mynors, quienes, sin embargo, y según su costumbre, mantienen en su texto latino la lectura errónea.

[176] Cfr. Gn 3, 1-6.

[177] Como anotan y traducen Colgrave y Mynors, optamos por la lectura *semen*, corrección del *si mens* de Beda que ya aparece en algunos manuscritos.

[178] San Pablo; el pasaje citado es de Ro 7, 23.

[179] Creemos que aquí yerra la traducción de Colgrave y Mynors: «Against the law of the mind».

[180] Beda reitera el error cometido en el capítulo precedente, pues Eterio era obispo de Lyon y no de Arles. Virgilio sí

desempeñaba la sede de Arles.

[181] 22 de junio del 601.

[182] Cfr. Mt 9, 37; Lc 10, 2.

[183] Sobre el palio, símbolo de la jerarquía metropolitana, véase nuestra nota a I 27.

[184] Al parecer, enviada en el año 601.

[185] Según hacen notar Colgrave y Mynors, *ad loc.*, parece que san Gregorio Magno tenía la idea de que la sede primada de los anglos se estableciera en Londres, y no en Canterbury, donde estaba Agustín desde su llegada en el 596.

[186] Colgrave y Mynors anotan con acierto que el papa no parece estar muy al tanto de la situación de Britania, y en particular de la hostilidad entre britanos y anglosajones.

[187] 22 de junio del 601.

[188] Recuérdese que por «natalicio» de los mártires y demás santos se entendía el día de su muerte, en el que habían nacido para la vida eterna. También cabía, naturalmente, celebrar los aniversarios de la dedicación de la Iglesia correspondiente.

[189] Cfr. Lv 17, 1-9.

[190] Colgrave y Mynors anotan que en otro lugar Beda recuerda el nombre anglosajón del undécimo mes del calendario: *Blotmonath*, «el mes de la sangre», así llamado porque en él se hacían los dioses los sacrificios previos a la llegada del invierno.

[191] 18 de julio del 601.

[192] Del año 601. Beda sólo recoge una parte de la misma, que se conserva entera en otras fuentes.

[193] Lc 19, 17 y 20.

[194] Esta instrucción contrasta de manera notable con la dada poco antes a Melito de que, eliminados los ídolos, aprovechara esos templos para el culto cristiano.

[195] Beda habla de *inmutationes aeris*.

[196] Sobre las señales precursoras del fin de los tiempos véanse Mt 24, 7; Mc 13, 8; Lc 21, 11. Sobre la convicción del propio Beda de que dicho final estaba próximo véanse otros testimonios en Plummer, *ad loc.*

[197] Cfr. Flp 1, 6.

[198] 22 de junio del 601.

[199] Canterbury.

[200] Se trata de la actual catedral, en su forma primitiva.

[201] Se conservan sus restos en las afueras de Canterbury. Posteriormente llevó el nombre del propio san Agustín.

[202] Actual Ambleteuse, en la costa francesa, cerca de Boulogne.

[203] Beda lo llama *Aedilfrido*.

[204] Colgrave y Mynors consideran posible que Beda recoja aquí noticias de algún poema épico sobre Etelfrido.

[205] Gn 49, 27. El patriarca aludido es Jacob.

[206] Es decir, de los irlandeses *dalreudinos* que en Escocia habían creado hacia el año 500 el reino de Dalriada; véase I 1 y la nota correspondiente.

[207] Probablemente el actual Dawston Rigg, junto a Liddesdale, en Northumbria, no lejos de Jarrow, el monasterio de Beda; véanse Plummer y Wallace-Hadrill, *ad loc.*

[208] Emperador de Oriente del 602 al 610.

Libro II

Éste es el contenido del libro II de la *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos:*

COMIENZA EL PROPIO LIBRO. QUE TENGAS UNA FELIZ LECTURA

1

De la muerte del papa Gregorio.

1. En estos tiempos, es decir, en el año 605[2], falleció el papa Gregorio, después de haber regido muy gloriosamente la Sede de Roma y de la Iglesia Apostólica por trece años, seis meses y diez días, y fue llevado a la sede eterna del reino celestial. Sobre él conviene que hablemos con mayor amplitud en nuestra *Historia eclesiástica,* porque a nuestro pueblo, el de los anglos, lo convirtió con su diligencia del poder de Satanás a la fe de Cristo. Y con justicia podemos y debemos llamarlo nuestro apóstol porque, aunque ejercía el más alto pontificado de todo el mundo y fue prelado de Iglesias ya convertidas tiempo atrás a la verdad de la fe,

convirtió a nuestro pueblo, hasta entonces en poder de los ídolos, en Iglesia de Cristo, de manera que sobre él bien podemos decir las palabras apostólicas de que, «si para otros no es un apóstol, para nostros sí lo es; pues nosotros somos el sello de su apostolado en el Señor»[3].

2. Gregorio era romano de nacimiento[4]; su padre se llamaba Gordiano y desde sus bisabuelos era de familia no sólo noble sino también devota. En fin, Félix, en un tiempo obispo de la propia Sede Apostólica, hombre de gran gloria en Cristo y en la Iglesia, fue el padre de su tatarabuelo[5]. Pero él esa nobleza de la religión la practicó con no menos virtuosa devoción que sus padres y parientes; en cambio, la nobleza que parecía tener ante el mundo la sacrificó por entero para lograr la gloria de la dignidad celestial con ayuda de la gracia divina. Pues, cambiando de repente su atuendo secular, se dirigió a un monasterio en el que empezó a vivir con tanta gracia y perfección que, según él mismo solía asegurar más tarde entre lágrimas, todas las cosas pasajeras quedaban por debajo de su espíritu, que estaba por encima de todas las cosas que cambian, que no solía pensar sino en cosas celestiales, que incluso, aunque retenido en su cuerpo, ya lograba traspasar el propio encierro de la carne en la contemplación, que también la muerte, que para casi todos es un castigo, la amaba como si fuera la entrada en la vida y el premio de sus fatigas. Y esto acostumbraba a contarlo él sobre sí mismo no jactándose del progreso de sus virtudes, sino más bien lamentando la falta en que le parecía que había incurrido en cuanto a la labor pastoral. En fin, en cierta ocasión, hablando privadamente con su diácono Pedro, tras enumerar las antiguas virtudes de su espíritu, añadió luego con dolor: «En cambio ahora, con ocasión de la labor pastoral, padece las preocupaciones de los hombres y, tras ver la imagen tan hermosa de su propia paz, se mancha con el polvo de la acción terrenal y, después de disiparse en el exterior por descender a los asuntos de la mayoría, aun cuando siente apetencia de la cosas interiores, vuelve a ellas menguado. Y así echo cuenta de lo que soporto; echo cuenta de lo que he perdido y, al ver lo que he perdido, más pesado se hace lo que llevo encima»[6].

3. Esto, desde luego, aquel santo varón lo decía inspirado por una gran humildad; pero bien está que nosotros creamos que nada perdió de su perfección monástica con ocasión de su labor pastoral; más aún, que entonces, de su esfuerzo por la conversión de muchos, sacó un provecho aún mayor que el que en otro tiempo había logrado en la paz de la vida que llevaba. Esto, sobre todo, porque también, cuando ejercía sus deberes de pontífice, procuró hacer de su casa un monasterio y, cuando sacado de su primer monasterio fue ordenado para el ministerio del altar y enviado como legado a Constantinopla[7] por la Sede Apostólica, no por ello, aunque habitaba en un palacio terrenal, interrumpió sus propósitos de vida sobrenatural. En efecto, a algunos hermanos de su monasterio que por caridad fraterna lo siguieron hasta la ciudad regia, empezó a utilizarlos para asegurar su observancia de la regla monástica; es decir, por su ejemplo, como él mismo escribe, se sentía siempre atado a la tranquila ribera de la oración como por el cable de un ancla, mientras daba bandazos por el empuje incesante de las cosas seculares y así su espíritu, alterado por los asuntos del siglo, lo fortalecía todos los días en su compañía con las palabras de alguna lectura sobre la que meditaban. Así pues, con su compañía no sólo se protegió de los asaltos terrenales, sino que se encendió más y más para los ejercicios de la vida celestial.

4. Pues bien, ellos lo animaron a que explicara con una interpretación mística el libro del bienaventurado Job, que está envuelto en grandes oscuridades, y él no pudo negarse a una tarea que le imponía el amor fraterno y que sería provechoso para muchos; antes bien, enseñó cómo debe ser entendido ese libro en sentido literal, cómo ha de referirse a los misterios de Cristo y de la Iglesia y con qué sentido ha de aplicarse a cada lector[8], en 35 libros de exposición y de manera admirable. Esta obra la empezó en la ciudad regia[9] cuando era legado y la completó en Roma ya convertido en pontífice. Y, cuando aún estaba destinado en la ciudad regia, ayudado en su empresa por la gracia de la verdad católica, aplastó una nueva herejía que allí estaba naciendo, acerca de nuestro estado en la resurrección, junto con aquel

del que surgió. Y es que Eutiquio[10], obispo de aquella ciudad, sostenía que en la gloria de la resurrección nuestro cuerpo será impalpable, más sutil que el viento y el aire. Al oír esto él, con la razón de la verdad y con el ejemplo de la resurrección del Señor, probó que esa tesis era totalmente contraria a la fe ortodoxa. En efecto, la fe católica mantiene que nuestro cuerpo, sublimado por la gloria de la inmortalidad, será algo sutil por efecto del poder del espíritu, pero, desde luego, palpable por la realidad de su naturaleza según el ejemplo del cuerpo del Señor, del cual, una vez resucitado de entre los muertos, Él mismo dice a sus discípulos: «Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo»[11]. Y en esa afirmación de la fe el venerable padre Gregorio se esforzó tanto en trabajar contra la nueva herejía y con la ayuda del piadosísimo emperador Tiberio Constantino[12] acabó con ella con tanta decisión que, en lo sucesivo, no se encontró a nadie que pretendiera resucitarla.

5. También compuso otro libro egregio que se llama *Pastoral[13]*, en el que con luz meridiana dejó claro qué clase de personas deben ser elegidas para el gobierno de la Iglesia, cómo deben vivir sus rectores, con qué discreción hay que instruir a cada clase de oyentes y con qué consideración han de pensar cada día en su propia fragilidad. Mas también escribió sus *Homilías sobre el Evangelio* en número de 40, que dividió en dos volúmenes de igual tamaño. También compuso los cuatro libros de los *Diálogos[14]*, en los que a ruegos de su diácono Pedro recogió las virtudes de los santos más ilustres de Italia de los que pudo tener conocimiento o noticia, para ejemplo de vida de la posteridad, de manera que, al igual que en sus obras expositivas enseñó en qué virtudes hay que esforzarse, así también con la descripción de los milagros de los santos mostró cuál es la gloria que alcanzan esas virtudes. También explicó cuánta luz tienen en su interior la primera y la última parte del profeta Ezequiel, que parecían especialmente oscuras, en 22 homilías. Aparte está el *Libro de las respuestas* que escribió para las consultas de san Agustín, primer obispo del pueblo de los anglos, según ya hemos mostrado más arriba insertando todo el libro en esta *Historia,* así como el *Libro Sinodal[15]*, muy útil, que compuso con los obispos de Italia sobre cuestiones importantes de la Iglesia y cartas familiares a ciertos personajes. Y que pudiera escribir tantos y tan grandes volúmenes es más admirable considerando que durante casi todo el tiempo de su juventud, por decirlo con sus propias palabras, se vio atormentado por repetidos dolores de las vísceras y que a todas horas y momentos se veía fatigado al fallarle el estómago y tenía dificultades para respirar por la fiebres moderadas pero continuas. Pero en medio de esto, pensando con detenimiento en que, según el testimonio de la Escritura, «Todo hijo que es acogido es azotado»[16], cuanto más duramente se veía oprimido por los males presentes, con tanta más seguridad respiraba gracias a la esperanza eterna.

6. Dicho sea esto a propósito de su espíritu inmortal, que ni siquiera pudo ser extinguido por tantos dolores corporales. Pues algunos otros pontífices se esforzaban en construir iglesias y en adornarlas con oro y plata, pero él se dedicaba por entero al bien de las almas.

7. Cuanto dinero conseguía procuraba sin tardanza distribuirlo y darlo a los pobres, para que su justicia perdurara por los siglos de los siglos y su cuerno fuera ensalzado en la gloria[17], de manera que se pudiera decir con toda verdad aquello del santo Job: «El oído que escuchaba me bendecía, y el ojo que veía daba testimonio de mí, porque había liberado al pobre que gritaba y al huérfano que no tenía quién lo ayudara. La bendición del que estaba a punto de perecer venía sobre mí y consolé el corazón de la viuda. Me revestí de la justicia y me puse mi juicio como vestido y diadema. He sido ojo para el ciego y pie para el cojo. Yo era el padre de los pobres, y la causa que no conocía la investigaba con la mayor diligencia. Machacaba las muelas del inicuo y le arrancaba el botín de los dientes»[18]. Y poco después dice: «Si negué a los pobres lo que querían e hice que los ojos de la viuda se quedaran esperando; si comí mi bocado yo solo y no comió de ella el huérfano; porque desde mi infancia creció conmigo la compasión y salió conmigo desde el vientre de mi madre»[19].

8. A su labor de piedad y de justicia ha de añadirse también el que, por medio de sus

predicadores que envió aquí, librando a nuestro pueblo de los dientes del viejo enemigo, lo hizo partícipe de la eterna libertad. Y, regocijándose de su fe y su salvación y considerándola digna de alabanza, dice en su *Exposición del santo Job*: «He aquí que la lengua de Britania, que no sabía otra cosa que rechinar sus dientes a la manera bárbara, ya hace tiempo que comenzó a cantar las glorias divinas con el aleluya hebreo. He aquí que el Océano, antaño encrespado y ahora en calma, ya se postra a los pies de los santos, y que sus bárbaras fuerzas, que los príncipes terrenales no habían logrado someter por el hierro, las atan al temor de Dios, con sencillas palabras, los labios de los sacerdotes, y que el infiel que en modo alguno temía el ataque de los enemigos ahora teme a las humildes lenguas de los fieles. En efecto, al oírse las palabras celestiales y también al brillar los milagros, se le infunde la gracia del conocimiento divino y se lo refrena con el temor de Dios, de manera que teme obrar injustamente y con toda su alma desea llegar a la gracia de la eternidad»[20]. En esas palabras el bienaventurado Gregorio deja claro que san Agustín y sus compañeros llevaban al pueblo de los anglos al conocimiento de la verdad no sólo con la predicación de la palabra, sino también haciéndoles ver milagros celestiales.

9. Entre otras cosas, el bienaventurado papa Gregorio hizo que en las iglesias de los santos apóstoles Pedro y Pablo[21] se celebraran misas sobre sus sepulcros y, en la propia celebración de la misa, añadió tres ruegos llenos de la mayor perfección. «Y dispón nuestros días en tu paz y que nos veamos libres de la condenación eterna y ordena que nos contemos en la grey de tus elegidos»[22].

10. Rigió la Iglesia en los tiempos de los emperadores Mauricio y Focas, y en el segundo año de Focas[23] pasó de esta vida a la verdadera vida, que está en los cielos. Fue sepultado en la iglesia de san Pedro, delante del santuario[24], el 12 de marzo, y un día ha de resucitar en la gloria con los demás pastores de la Santa Iglesia. En su tumba se escribió un epitafio[25] que dice:

Recibe, tierra, este cuerpo, de tu cuerpo tomado,
para que lo devuelvas cuando Dios le dé nueva vida.
Su espíritu se va a las alturas; no dañará el poder de la muerte
a aquel para el cual ella es más bien el camino de la otra vida.
Los restos de un Sumo Pontífice se encierran en este sepulcro;
por siempre y en todas partes vivirá por sus buenas obras.
Al hambre venció con el alimento que daba, con los vestidos al frío,
y con sus preceptos sagrados del enemigo guardó a las almas.
Cumplía con obras cuanto con su predicación enseñaba,
para servir de ejemplo cuando decía palabras piadosas.
A Cristo convirtió a los anglos con piedad magistral,
ganando para la fe legiones de pueblos nuevos.
Éste era tu trabajo, éste tu afán y tarea, pastor,
para ofrecer al Señor logros grandes de su rebaño.
Y con esto, ya compañero de Dios, alégrate de tus triunfos:
de tus obras ya tienes para siempre la paga.

11. No deben quedar en silencio las noticias que sobre el bienaventurado Gregorio han llegado hasta nosotros por la tradición de nuestros mayores, y en particular la referente a la causa que lo inspiró para que mostrara tanta preocupación por la salvación de nuestro pueblo. Dicen que cierto día, cuando recién llegados muchos mercaderes confluyeron en el Foro[26] muchas mercancías, y mucha gente acudió para comprar, también se presentó allí entre otros el bienaventurado Gregorio, y que entre otras cosas vio a la venta a unos muchachos de blanco cuerpo y hermoso rostro y también con unas cabelleras que llamaban la atención. Al verlos, preguntó de qué región o de qué tierra habían sido traídos, y se le dijo que de la isla de Britania, cuyos habitantes tenían ese aspecto. A su vez preguntó si aquellos isleños eran cristianos o si todavía estaban sometidos a los errores paganos. Se le dijo que todavía eran paganos. Él, suspirando largamente desde el fondo de su corazón, dijo: «¡Qué pena que a

unos hombres de tan hermoso rostro todavía los posea el autor de las tinieblas y que unas caras tan graciosas lleven consigo una mente carente de la gracia interior!». Y así preguntó de nuevo cuál era el nombre de aquel pueblo. Le respondieron que se llamaban anglos, y él dijo: «Bien está, porque tienen cara de ángeles[27], y tales deben de ser en los cielos los que compartan la suerte de los ángeles. ¿Qué nombre tiene la provincia de la que han sido traídos?». Le respondieron que los de aquella provincia se llamaban *deiros*[28]. Y él dijo: «Bien, liberados *de la ira*[29] y llamados a la misericordia de Cristo. ¿Cómo se llama el rey de aquella provincia? Le respondieron que se llamaba Elle», y él, aludiendo a su nombre, dijo: «¡Aleluya![30], conviene que se cante la alabanza de Dios Creador en aquellas tierras».

12. Acercándose al pontífice de la Sede Romana y apostólica, pues todavía no se había convertido en tal, le rogó que enviara al pueblo de los anglos de Bretaña a algunos ministros de la Palabra, para que por su mediación se convirtiera a Cristo, y él mismo estaba dispuesto a llevar a cabo esa tarea con la ayuda del Señor, con tal de que al papa le pareciera que así se hiciera. Como no pudo llevarlo a cabo, porque, aunque el pontífice quiso concederle lo que le había pedido, los ciudadanos de Roma no le permitieron que marchara tan lejos de la ciudad, tan pronto tomó posesión del pontificado, llevó a término la obra largo tiempo deseada, enviando, claro está, a otros predicadores pero ayudando él a que la predicación fructificara con sus exhortaciones y oraciones. Esta noticia, que hemos recibido de los antiguos, hemos considerado oportuno incluirla en nuestra *Historia eclesiástica*.

2

Cómo Agustín amonestó a los obispos sobre la paz católica haciendo incluso un milagro ante ellos y qué castigo les sobrevino por despreciarlo.

1. Entre tanto Agustín, aprovechando la ayuda del rey Etelberto, llamó a entrevistarse con él a los obispos y doctores de las cercanías de la provincia de Britania[31] en el lugar que hasta el día de hoy se llama *Augustinaes Ác,* es decir, «El roble de Agustín», en el confín de los huicios[32] y de los sajones occidentales[33], y comenzó por aconsejarles, en una admonición fraternal, que, manteniendo la paz general, se pusieran a la tarea de evangelizar al pueblo como tarea propia del Señor. En efecto, no celebraban el día de la Pascua en el momento debido[34], sino entre la decimocuarta y la vigésima luna, cómputo que corresponde a un ciclo de ochenta y cuatro años[35]; pero también hacían muchas otras cosas contrarias a la unidad de la Iglesia. Y como ellos, tras una larga discusión, no se avenían por los ruegos, exhortaciones y reprimendas de Agustín y sus compañeros a dar su asentimiento, sino que más bien preferían sus propias tradiciones a todas las que en las Iglesias concuerdan unas con otras en Cristo por todo el mundo, el santo padre Agustín puso fin a este laborioso y largo debate diciendo: «Rogamos a Dios, que hace que todos habiten unánimes en casa de su Padre[36], que se digne mostrarnos él mismo por medio de señales celestiales qué tradición ha de seguirse, por qué caminos hemos de correr hacia su reino. Que traigan a algún enfermo, y que la fe y la práctica de aquél por cuyas oraciones se cure sea tenida como la que agrada a Dios y sea seguida por todos».

2. Una vez que sus adversarios, aunque de mala gana, accedieron a ello, trajeron a uno del pueblo de los britanos que estaba privado de la luz de los ojos. Como éste, tras ser presentado a los prelados de los britanos, no percibía síntoma alguno de curación o mejoría por obra de los mismos, al fin Agustín, obligado por una justa necesidad, dobla sus rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo[37], rogándole que devolviera al ciego la vista perdida y que con la iluminación corporal de un solo hombre encendiera la luz de la gracia espiritual en los corazones de muchos fieles. Sin tardanza, el ciego recupera la luz, y Agustín es proclamado por todos como el auténtico pregonero de la suprema luz. Entonces los britanos declaran que sin duda el verdadero camino de la justicia era el que predicaba Agustín pero que ellos no podían abdicar de sus viejas costumbres sin el consentimiento y permiso de los suyos, por lo

cual pedían que se celebrara un segundo sínodo con más asistentes.

3. Habiéndose acordado esto, se reunieron, según cuentan, siete obispos de los britanos y muchos otros doctos varones, especialmente de su famoso monasterio que en la lengua de los anglos se llama *Bancornaburg*[38], al frente del cual se cuenta que por entonces estaba el abad Dinoot[39]. Los que iban a ir al concilio dicho acudieron antes a un varón santo y prudente que llevaba entre ellos una vida de anacoreta, para preguntarle si ante la predicación de Agustín debían abandonar sus tradiciones. Éste les respondió: «Si es un hombre de Dios, seguidlo». Le dijeron: «¿Y cómo podemos comprobarlo?», y él les respondió: «El Señor dijo: “Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”[40]. Así pues, si ese Agustín es manso y humilde de corazón, es de creer que también él lleva el yugo de Cristo y que os lo ofrezca a vosotros para que lo llevéis; pero, si es duro y soberbio, está claro que no es de Dios y que no debemos hacer caso de lo que dice». Ellos, a su vez, le decían: «¿Y cómo podemos comprobar también eso?», y él les dijo: «Procurad que él llegue antes al lugar del sínodo, y si al llegar vosotros se levanta, en la seguridad de que es un siervo de Cristo, escuchadlo y hacedle caso; pero, si os menosprecia y no quiere levantarse ante vosotros aunque sois más en número, menospreciadlo también vosotros».

4. Hicieron tal como él le había dicho, y ocurrió que, cuando ellos llegaron, Agustín estaba sentado en su silla. Ellos, al ver esto, al momento se dejaron llevar por la ira y, tachándolo de soberbio, se esforzaban en llevar la contraria a cuanto él decía. Él les decía: «En muchos aspectos hacéis cosas contrarias a nuestra tradición, más aún, de la de la Iglesia universal; pese a todo, si os avenís a aceptar mi parecer en estas tres cosas: que celebréis la Pascua en su tiempo debido, que administréis el sacramento del bautismo, en el que renacemos para Dios, según la costumbre de la Santa y Apostólica Iglesia Romana, y que prediquéis la palabra de Dios al pueblo de los anglos de acuerdo con nosotros, en tal caso toleraremos de buen grado todo lo demás que hacéis, aunque sea contrario a nuestras costumbres». Pero ellos respondían que no harían nada de eso y que a él no lo tendrían por su arzobispo, diciéndose entre ellos: «Si ahora no ha querido levantarse ante nosotros, cuánto más nos despreciará teniéndonos en nada si empezamos por someternos a él».

5. Se cuenta que el varón del Señor Agustín les predijo en tono amenazante que, si no querían aceptar la paz con sus hermanos, iban a sufrir la guerra de sus enemigos y que, si no querían predicar al pueblo de los anglos el camino de la vida, por su mano sufrirían una mortal venganza. Todo esto, según lo había predicho, se cumplió por obra del juicio divino.

6. En efecto, tras esto, el poderoso rey de los anglos Etelfrido, del que ya hemos hablado, tras reunir un gran ejército, junto a la Ciudad de las Legiones, llamada por los anglos *Legacaestir* y por los britanos, con mayor propiedad, *Carlegion*[41], hizo una gran matanza entre aquel pueblo infiel. Y, como al marchar al combate vio que sus sacerdotes, que se habían reunido para rogar a Dios por los soldados suyos que intervenían en la guerra, se habían situado al margen, en un lugar más seguro, preguntaba quiénes eran aquéllos y para qué se habían reunido en tal lugar. La mayoría de ellos eran del monasterio de Bangor, en el que se cuenta que había tal cantidad de monjes que, estando dividido en siete partes con superiores que los gobernaban, ninguna de esas partes tenía menos de 300 monjes, y todos y cada uno solían vivir del trabajo de sus manos. El caso es que muchos de ellos habían acudido junto con otros al combate dicho, tras hacer un ayuno de tres días, con el fin de orar, teniendo a un tal Brocmail como defensor que los protegiera de las espadas de los bárbaros mientras ellos se entregaban a sus preces. Al saber del motivo de su llegada, el rey Etelfrido dijo: «Entonces, si invocan a Dios contra nosotros, está claro que también ellos, aunque no lleven armas, luchan contra nosotros, acosándonos con imprecaciones hostiles». Y así ordena que en primer lugar se vuelvan las armas contra ellos, y así acabó con las tropas de aquella milicia nefanda, no sin grave daño para su propio ejército. Cuentan que, de los que habían ido a rezar, perecieron en aquella batalla unos 1.200 y que sólo 50 se libraron huyendo. Brocmail,

volviendo la espalda tan pronto aparecieron los enemigos, dejó a los que debía defender, inermes y abandonados, a merced de las espadas enemigas. Así se cumplió el presagio que el santo obispo Agustín, aunque él ya había sido elevado mucho antes al reino celestial, de modo que aquella gente pérfida también tuviera que sentir por la venganza de la muerte temporal, por haber desdeñado los consejos que para la eterna salvación se le habían ofrecido[42].

3

Cómo hizo obispos a Melito y Justo, y acerca de su muerte.

1. El año 604 de la Encarnación del Señor, Agustín, arzobispo de las Britanias, ordenó a dos obispos, Melito y Justo; a Melito para que predicara a la provincia de Wessex[43], que está separada de Kent por el río Támesis y a la orilla del mar oriental. Su capital es la ciudad de Londres situada en la ribera del río dicho, un emporio de muchos pueblos que llegan por tierra y por mar. En aquel pueblo reinaba por entonces Seberto, sobrino de Etelberto por su hermana Rícula, aunque bajo la potestad del propio Etelberto, quien, como ya se ha dicho, reinaba sobre todos los pueblos de los anglos hasta el límite del río Humber[44]. Cuando también esta provincia recibió la palabra de la verdad por la predicación de Melito, el rey Etelberto hizo en la ciudad de Londres una iglesia de San Pablo apóstol, para que en ella tuvieran asiento para su sede episcopal él y sus sucesores. A Justo Agustín lo consagró obispo en el propio Kent, en la ciudad de *Dorubrevis*, a la que el pueblo de los anglos llama *Hrofaescaestrae*[45] por el nombre de Hrof, uno de sus antiguos jefes. Dista de *Doruvernis*[46] unas 24 millas hacia el occidente. Allí hizo el rey Etelberto una iglesia de San Andrés apóstol. Además hizo muchas donaciones a los obispos de las dos iglesias, así como a la Doruvernense[47], y añadió también posesiones y territorios para los que estaban con los obispos.

2. El padre Agustín, tan dilecto de Dios, falleció y su cuerpo fue enterrado fuera pero al lado de la iglesia de los santos apóstoles Pedro y Pablo, de la que ya hemos hecho mención, porque aún no estaba concluida ni dedicada; pero, tan pronto como se dedicó, el cuerpo fue llevado dentro y sepultado como correspondía en su capilla septentrional. En ella se sepultaron también los cuerpos de todos los arzobispos siguientes salvo los de dos, Teodoro y Bertwaldo, que fueron enterrados en la propia iglesia, porque la capilla dicha no tenía cabida para más. Ésta tiene hacia su mitad un altar en honor del bienaventurado papa Gregorio, en el que todos los sábados un clérigo celebra misa solemne por ellos. En la tumba del bienaventurado Agustín está escrito este epitafio: «Aquí reposa nuestro señor Agustín, primer arzobispo doruvernense[48], que, enviado aquí en su día por el bienaventurado Gregorio, pontífice de la ciudad de Roma, y apoyado por Dios con la realización de milagros, llevó al rey Etelberto y a su pueblo del culto de los ídolos a la fe de Cristo y, cumplidos en paz los días de su ministerio, murió el 26 de mayo, en el reinado del mismo rey»[49].

4

Cómo Lorenzo, junto con sus compañeros en el episcopado, amonestó a los escotos para que respetaran la unidad de la Iglesia especialmente en la celebración de la Pascua y cómo Melito fue a Roma.

1. A Agustín lo sucedió en el episcopado Lorenzo, al que él mismo había ordenado en vida[50], en la idea de que, al morir él, la situación de una Iglesia tan reciente, a falta de pastor aunque sólo fuera por una hora, no empezara a vacilar. En esto también seguía el ejemplo del primer pastor de la Iglesia, es decir, del bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, del que se cuenta que, tras fundar la Iglesia de Roma, consagró a Clemente como ayudante suyo en la evangelización y al tiempo como sucesor. Lorenzo, tras alcanzar la dignidad de arzobispo, procuró con la mayor diligencia hacer crecer los cimientos de aquella Iglesia, que veía excelentemente dispuestos, y de llevarlos a la cima de su debida

culminación, con la voz insistente de sus santas exhortaciones y los continuos ejemplos de su piadosa conducta. Así, no sólo cuidaba de la nueva Iglesia, que se había formado con los anglos, sino que también dispensaba su solicitud pastoral a los pueblos de los antiguos habitantes de Britania y también de los escotos que habitan la isla de Hibernia[51], próxima a Britania. Y así, cuando supo que en la ya nombrada tierra de los escotos, al igual que en la de los britanos en la propia Britania, la vida y las creencias en muchos asuntos no se acomodaban a los de la Iglesia, sobre todo porque no celebraban a su debido tiempo la Pascua, sino que, como antes dijimos, estimaban que había que celebrar el día de la Resurrección del Señor entre la decimocuarta y la vigésima luna, junto con sus colegas en el episcopado les escribió una carta rogándoles y emplazándolos a que mantuvieran la unidad de la paz y de la observancia católica junto con la Iglesia de Cristo, que está extendida por toda la tierra. El inicio de esa carta es así:

> 2. A los queridísimos hermanos señores obispos y abades de toda Escocia[52], Lorenzo, Melito y Justo, siervos de los siervos de Dios.
>
> Cuando la Sede Apostólica, según su costumbre y al igual que en todo el orbe de la tierra, nos encaminó a predicar a los pueblos paganos en estas partes del Occidente y nos tocó venir a esta isla que se llama Britania, creyendo, antes de conocerlos, que sus pueblos caminaban según la costumbre de la Iglesia universal, mostramos nuestra reverente veneración por la santidad tanto de los britanos como de los escotos[53]; pero, tras conocer a los britanos, creímos que los escotos serían mejores. Ahora bien, hemos sabido por medio del obispo Dagan, cuando fue a esa isla, y del abad Columbano[54], cuando viajó a las Galias, que en nada discrepan de los britanos en su comportamiento. Pues el obispo Dagan, cuando vino junto a nosotros, no sólo no quiso comer con nosotros, sino tampoco hacerlo en la misma casa en que nosotros comíamos.

3. El propio Lorenzo, junto con sus compañeros de episcopado, envió también a los sacerdotes de los britanos una carta a la altura de su dignidad, en la que intentó confirmarlos en la unidad católica; pero lo poco que adelantó con su gesto lo dejan ver todavía los tiempos presentes. En estos tiempos Melito, el obispo de Londres, fue a Roma para tratar con el papa apostólico Bonifacio[55] de las necesidades de la Iglesia de los anglos. Y, como el reverendísimo papa había reunido un sínodo de los obispos de Italia para dictar medidas sobre la vida y la paz de los monjes, también tomó asiento entre ellos Melito, en el año octavo del Imperio del príncipe Focas, en la indicción XIII, el 27 de febrero[56], para confirmar también con su autoridad, suscribiéndolos, todos los decretos que reglamentariamente se habían dictado, y para llevarlos consigo al volver a Britania, a fin de hacérselos saber a las Iglesias de los anglos y que éstas los observaran, junto con las cartas que el mismo pontífice dirigió al arzobispo Lorenzo, dilecto de Dios, y a todo el clero y al rey Etelberto y al pueblo de los anglos. Este Bonifacio es el cuarto obispo de la sede romana tras san Gregorio, y es el que consiguió del príncipe Focas que se donara a la Iglesia de Cristo el templo de Roma que los antiguos llamaban el Panteón[57], como si fuera representación de todos los dioses, y en él, tras eliminar toda inmundicia, hizo una iglesia de la Santa Madre de Dios y de todos los mártires de Cristo, de manera que, expulsada una multitud de demonios, una multitud de santos tuviera allí el lugar de recuerdo.

5

Cómo tras la muerte de los reyes Etelberto y Seberto[58] sus sucesores resucitaron la idolatría y por qué Melito y Justo se marcharon de Britania.

1. El año 616 de la Encarnación del Señor, que era el vigésimo primero desde que Agustín fuera enviado con sus compañeros a predicar al pueblo de los anglos, el rey Etelberto de Kent, tras su reinado temporal, que había desempeñado con la mayor gloria por cincuenta y seis años, subió a los gozos eternos del reino celestial. Fue el tercero de los reyes del pueblo de los anglos que reinó sobre todas sus provincias meridionales, que están separadas por el río Humber y por los confines a él próximos de las boreales; pero fue el primero en subir al Reino de los Cielos. En efecto, el primero que llegó a reinar de esta manera[59] fue Elle, rey

de Sussex[60]; el segundo Celin, rey de Wessex[61], que en su lengua se llamaba Ceawlin; el tercero, como dijimos, Etelberto, rey de Kent; el cuarto Redwaldo, rey de East Anglia[62], que, viviendo todavía Etelberto, iba ganando el liderazgo para su pueblo; el quinto fue Edwin, rey del pueblo de Northumbria, es decir, el que habita la zona al norte del río Humber, y con el mayor poder sobre todos los pueblos que habitan en Britania, tanto anglos como britanos, con la sola excepción de Kent, y sometió al Imperio de los anglos las islas Mevanias[63], que son de los britanos y están situadas entre Hibernia y Britania. En sexto lugar, y con los mismos confines, tuvo el reino Oswaldo, el rey cristianísimo de Northumbria; en séptimo lugar su hermano Oswiu, quien, tras mantener por un tiempo el reino en los mismos límites, sometió en su mayor parte a los pueblos de los pictos y los escotos, que ocupan los confines septentrionales de Britania, y los hizo tributarios. Pero de esto hablaremos luego.

2. El rey Etelberto murió el 24 de febrero, a los veintiún años de haber recibido la fe, y fue sepultado en la capilla de San Martín, dentro de la iglesia de los santos apóstoles Pedro y Pablo[64], donde también está enterrada la reina Berta. Entre otros bienes que con su prudencia hizo a su pueblo, puso leyes para los juicios según el ejemplo de los romanos con el consejo de hombres sabios, leyes que, escritas en la lengua de los anglos, su pueblo mantiene y observa hasta la actualidad[65]. En ellas estableció en primer lugar cómo debía corregirse al que por medio del hurto sustrajera alguna cosa ya de la iglesia, ya del obispo o de cualquier otro clérigo, sin duda queriendo dar protección a los que él había acogido junto con su doctrina. Etelberto era hijo de Eormenrico, cuyo padre fue Octa, cuyo padre fue Oerico (apodado Oisc, por el cual los reyes de Kent suelen apellidarse Oiscingas), cuyo padre fue Hengist, el que con su hijo Oisc, llamado por Vortigerno, según más arriba contamos, fue el primero en venir a Britania.

3. Pero tras la muerte de Etelberto, una vez que su hijo Eadbaldo tomó el timón del reino, causó gran daño a los brotes todavía tiernos que allí tenía la Iglesia. En efecto, no sólo se había negado a recibir la fe de Cristo, sino que se mancilló con tal fornicación como ni siquiera el Apóstol atestigua haber oído entre los gentiles[66], hasta el punto de que tenía a la mujer de su padre. Con uno y otro crimen dio ocasión a que volvieran al vómito precedente[67] los que bajo el reinado de su padre habían aceptado las leyes de la fe y de la castidad por favor o por temor al rey. Pero no faltaron los látigos del rigor divino a la hora de castigar y corregir al pérfido rey, pues se vio presa de frecuentes ataques de locura y de la posesión de un espíritu inmundo.

4. La tormenta de esta perturbación la aumentó aún más la muerte de Seberto, el rey de Essex[68], el cual, al irse al reino eterno, dejó como herederos temporales a sus tres hijos[69], que se habían mantenido paganos. Éstos empezaron enseguida a servir a la idolatría, que en vida de su padre parecía haber retrocedido un tanto, y a dar a los pueblos sometidos total libertad para adorar a los ídolos. Y cuando veían que el obispo, en la solemne celebración de la misa en la iglesia, daba la eucaristía al pueblo, le decían, según cuentan, hinchados de bárbara necedad: «¿Por qué no nos das también a nosotros el pan blanco que también le dabas a nuestro padre Saba[70] (pues así acostumbraban a llamarlo), y hasta ahora no dejas de darle al pueblo en la iglesia». A esto él les respondía: «Si queréis lavaros en aquella fuente saludable en la que vuestro padre se lavó[71], podéis también ser partícipes del santo pan del que él participaba; pero, si rechazáis el baño de la vida, en modo alguno podéis recibir el pan de la vida». Y ellos: «No queremos entrar en aquella fuente, porque sabemos que no tenemos ninguna necesidad de ella, sino que lo que queremos es comer de aquel pan». Y, aunque fueron amonestados cuidadosa y repetidamente por él de que no podía ser de ninguna manera que nadie comulgara de la ofrenda sacrosanta sin la sagrada purificación, al final, llevados de la furia, decían: «Si no quieres asentir a lo que te pedimos en un asunto tan fácil, ya no podrás quedarte en nuestra provincia».

5. Y así lo expulsaron y le ordenaron que con los suyos saliera de su reino. Expulsado, marchó de allí a Kent, para tratar con sus compañeros en el episcopado Lorenzo y Justo de

qué había qué hacer. Se decidió de común acuerdo que era mejor que todos, volviendo a su patria, sirvieran allí a Dios con pensamiento libre, antes que quedarse entre bárbaros rebeldes a la fe sin fruto alguno. Y así se marcharon, primero Melito y Justo, y se retiraron a las partes de la Galia dispuestos a esperar allí el desenlace de los acontecimientos. Pero los reyes que habían expulsado lejos de sí al pregonero de la verdad no sirvieron impunes a los cultos demoníacos por mucho tiempo. En efecto, cuando salieron a combatir contra el pueblo de los gevisos[72], cayeron todos a una con su ejército. Con todo, aunque hubieran perecido los que lo habían movido a ello, al vulgo animado a cometer crímenes no se lo pudo corregir y hacerlo volver a la sencillez de la fe y de la caridad que está en Cristo.

6

Cómo Lorenzo, reprendido por el apóstol Pedro, convirtió a Cristo al rey Eadbaldo, quien luego hizo volver a Melito y Justo para que predicaran.

1. Ahora bien, cuando también Lorenzo iba a seguir a Melito y a Justo y a abandonar Britania, ordenó que aquella misma noche, en la iglesia de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo de la que ya hemos hablado varias veces, le prepararan un lecho[73]. Una vez que en él, tras proferir muchas oraciones y derramar muchas lágrimas dirigidas a Dios por la situación de la iglesia, tendió sus miembros y se durmió, se le apareció el bienaventurado Príncipe de los Apóstoles[74] y durante gran parte del retiro de la noche, flagelándolo de la manera más severa, le preguntaba con apostólico rigor por qué abandonaba el rebaño que él mismo le había confiado, y a qué pastor dejaba al huir las ovejas de Cristo, que estaban en medio de los lobos[75]. «¿Acaso –le decía– has olvidado el ejemplo que di yo, que por los pequeñuelos de Cristo, que Él me había encomendado en prueba de su amor, padecí de los enemigos de Cristo cadenas, azotes, cárceles, aflicciones, y al fin la propia muerte, y muerte de cruz[76], para ser coronado con Cristo?». Animado a un tiempo por estos azotes y exhortaciones de san Pedro, el siervo de Cristo Lorenzo, al punto de la mañana, se presentó ante el rey y, abriéndose el vestido, le mostró todas las heridas de sus azotes. Él se asombró mucho, y al preguntarle quién había osado infligir tales llagas a un hombre tan grande, cuando oyó que el obispo había sufrido de mano de un apóstol de Cristo tantos tormentos y heridas por su propia salvación, se atemorizó mucho y, condenando todo culto idolátrico y dejando su matrimonio ilegítimo aceptó la fe de Cristo y, una vez bautizado procuró, en cuanto pudo, cuidar y favorecer en todas las cosas los intereses de la Iglesia.

2. Además, mandó recado a la Galia e hizo retornar a Melito y a Justo y les mandó que volvieran a regir libremente sus Iglesias. Ellos regresaron al cabo de un año desde que se habían marchado y Justo volvió a la ciudad de Rochester, al frente de la cual había estado. Sin embargo, los de Londres no quisieron aceptar al obispo Melito, pues sentían mayor gusto en servir a los pontífices de la idolatría. Y es que el rey no tenía tanto poder en el reino como su padre, de manera que, aun oponiéndose y llevándole la contraria los paganos, pudiera reintegrar al prelado a su iglesia. Sin embargo él y su gente, desde que se convirtió al Señor, se afanaron en seguir los divinos preceptos. Y así, en el monasterio del bienaventurado Príncipe de los Apóstoles, hizo una iglesia de Santa María Madre de Dios que consagró el obispo Melito.

7

Cómo el obispo Melito extinguió con su oración las llamas en que ardía su ciudad.

1. Reinando este rey, el bienaventurado arzobispo Lorenzo subió al Reino de los Cielos y fue sepultado en la iglesia y monasterio de San Pedro apóstol, junto a su predecesor Agustín, el 2 de febrero[77]. Después de él Melito, quien era obispo de Londres, ocupó la Sede Doruvernense[78], el tercero contando desde Agustín; Justo, que aún vivía, regía la iglesia de Rochester. Cuando ellos gobernaban la iglesia de los anglos con gran dedicación y trabajo,

recibieron unos escritos de exhortación de Bonifacio, el pontífice de la Sede Romana y Apostólica, que estuvo al frente de la Iglesia después de Deusdédit[79], en el año 619 de la Encarnación del Señor. Melito era de débil cuerpo, aquejado por la gota, pero su mente caminaba bien, saltando con presteza sobre todas las cosas terrenas y siempre dispuesta a amar, buscar y alcanzar las cosas del Cielo. Era de origen noble según la carne pero más noble por lo elevado de su espíritu.

2. En fin, por referir sólo un testimonio de su virtud del que pueda deducirse todo lo demás, en cierta ocasión la Ciudad Doruvernense[80], a causa de un descuido, se vio presa del fuego y empezó a consumirse en las llamas. Como nadie podía hacerles frente echándoles agua y ya había quedado devastada una parte no pequeña de la ciudad y la llama enfurecida se extendía hacia la casa episcopal, el obispo, confiando en el auxilio divino, una vez que el humano faltaba, mandó que lo llevaran ante las masas de fuego que, llenas de furia, volaban de un lugar a otro. Estaba en el lugar en que la fuerza de las llamas se venía encima con mayor fuerza la iglesia de los Cuatro Santos Coronados[81]. Llevado allí por mano de sus seguidores, el obispo empezó, con toda su debilidad, a alejar con su oración el peligro, lo que no había logrado una valiente tropa de hombres fuertes con mucho trabajo. Sin tardanza, el viento que, soplando desde el sur, había esparcido las llamas, volviéndose contra el mediodía, primero evitó que su violencia dañara a los lugares que estaban enfrente y luego, calmándose del todo, cesó al tiempo que las llamas menguaban y se extinguían. Y, dado que aquel varón ardía intensamente en el fuego del amor divino, dado que acostumbraba a impedir que las tempestades de las fuerzas del aire les hicieran daño a él y a los suyos con sus reiteradas oraciones y exhortaciones, podía lograr con pleno derecho imponerse a los vientos y llamas del mundo, para que no lo dañaran a él y a los suyos.

3. Melito, después de regir la iglesia durante cinco años, marchó a los cielos en el reinado de Eadbaldo y fue sepultado con sus padres en el tantas veces citado monasterio e iglesia del bienaventurado Príncipe de los Apóstoles[82], el año 624 de la Encarnación del Señor, el 24 de abril.

8

Cómo el papa Bonifacio le envió a su sucesor Justo el palio y una carta.

1. A Melito lo sucedió inmediatamente en el pontificado Justo, quien era obispo de la iglesia de Rochester. En su lugar consagró obispo de aquella iglesia a Romano, una vez que le fue concedida autoridad para ordenar obispos por el pontífice Bonifacio, del que más arriba ya dijimos que fue el sucesor de Deusdédit. El texto de esa autorización es el siguiente:

> 2. Bonifacio al muy querido hermano Justo. Cuán devota y también cuán vigilantemente vuestra fraternidad ha trabajado por el Evangelio de Cristo nos lo ha hecho ver no sólo el tenor de la carta que nos has enviado, sino también el éxito que desde el Cielo ha sido concedido a vuestra obra. En efecto, Dios Todopoderoso no se ha desentendido de la honra de su propio nombre ni del fruto de vuestro esfuerzo, puesto que a los predicadores del evangelio les hizo esta promesa fiel: «He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo»[83]. Y esto lo ha demostrado especialmente con su clemencia en el ministerio que os encomendó, abriendo los corazones de los gentiles para que recibieran el misterio singular de vuestra predicación. Pues con un gran premio ha distinguido Él el feliz progreso de vuestras fatigas: con el apoyo de su bondad; dado que, proporcionando a la fidelísima responsabilidad con que habéis administrado los talentos a vosotros confiados[84] un fruto generoso, hizo crecer lo que vosotros pudierais devolverle[85] en cosechas multiplicadas. Además, esto se os ha concedido también en recompensa porque, persistiendo sin cejar en el ministerio encomendado a vosotros, esperasteis con encomiable paciencia a la redención de aquel pueblo, y por vuestros méritos, que fueron en provecho suyo, se le concedió la salvación; pues el Señor dice: «El que perseverare hasta el fin, ése se salvará»[86]. Habéis sido salvados por vuestra paciente esperanza y por vuestra valerosa resistencia, de manera que los corazones de los infieles, purificados de su natural y supersticiosa enfermedad, obtuvieran la misericordia de su Salvador. Pues, por las cartas recibidas de nuestro hijo el rey Eadbaldo[87], hemos sabido con cuánta ciencia de la palabra sagrada vuestra fraternidad ha llevado su alma a la seguridad de la verdadera conversión y de la fe indudable.
>
> 3. Por tal motivo, y cobrando firme confianza en la clemencia de la longanimidad celestial, encomendamos al ministerio de vuestra predicación el que se prosiga la más plena salvación no sólo de los pueblos a él sometidos,

sino también la de los vecinos, a fin de que, como está escrito, el pago de la tarea cumplida os sea dado por el Señor, que retribuye todas las obras buenas, y con verdad proclame la universal confesión de los pueblos, tras recibir el sacramento de la fe cristiana, que «a toda la tierra llegó su voz y a los confines del orbe sus palabras»[88].

4. Además, por medio del portador de la presente enviamos a vuestra fraternidad el palio[89], animados por tu saludable celo. Naturalmente, te damos licencia para que lo emplees sólo en la celebración de los sagrados misterios, y al propio tiempo te concedemos que puedas celebrar la ordenación de obispos cuando la ocasión lo exija y según lo que indique la misericordia del Señor, de manera que el Evangelio de Cristo se extienda, anunciado por muchos entre todos los pueblos que aún no se han convertido. Esfuércese, pues, tu fraternidad en mantener con la más pura sinceridad de pensamiento lo que ha recibido de la benevolencia de la Sede Apostólica, entendiendo a qué ser asemeja el tan señalado indumento que has recibido para llevarlo sobre tus hombros[90]. Y, tras implorar la clemencia del Señor, procura mostrarte tal que, ante el tribunal del Juez supremo que ha de venir, el honor que se ha concedido puedas presentarlo no sólo sin conciencia de culpa, sino junto con el bien que hayas hecho a las almas. Que Dios te guarde sin daño, queridísimo hermano.

9

Del reinado de Edwin y de cómo Paulino vino a evangelizarlo y primero administró los sacramentos de la fe cristiana a su hija y a otros.

1. Por el mismo tiempo el pueblo de los nortumbros, es decir, la nación de los anglos que habitaba la región al norte del río Humber, junto con su rey Edwin aceptó el mensaje de la fe por la predicación de Paulino, del que ya hemos hecho mención más arriba. A este rey, a modo de auspicio de la aceptación de la fe y del reino celestial, también le había crecido el poder de su reino terrenal, de manera que antes de él ninguno de los anglos tuvo bajo su dominio todos los confines de Britania, tanto los reinos habitados por ellos como por los britanos[91]. Mas aún, según ya contamos más arriba, sometió las islas Mevanias[92] al Imperio de los anglos. La primera de ellas, que está hacia el sur, es de mayor extensión y más fértil en frutos y cosechas, y tiene la extensión de 960 familias[93] según la manera de medir de los anglos; la segunda tiene una extensión de más de 300.

2. La ocasión por la que este pueblo recibió la fe fue la de que su rey, ya nombrado, se unió en parentesco con los reyes de Kent al tomar en matrimonio a Etelburga[94], hija del rey Etelberto, la cual por otro nombre era llamada Tate. Cuando él solicitó por primera vez casarse con ella por medio de embajadores, su hermano Eadbaldo, que entonces estaba a la cabeza del reino de Kent, le respondió que no era lícito entregar como esposa a una doncella cristiana a un pagano, para que no se profanaran la fe y el sacramento del Rey de los Cielos con el matrimonio con un rey que ignoraba por entero el culto del verdadero Dios. Cuando los enviados refirieron a Edwin estas palabras, él prometió que en modo alguno haría cosa contraria a la fe cristiana que la muchacha profesaba; más aún, le permitiría que mantuviera su fe y el culto de su religión junto con todos los que vinieran con ella, hombres o mujeres, sacerdotes o sirvientes, según la costumbre cristiana. Y además no se negó a asumir él mismo la misma religión, con tal de que, examinada por sus hombres sabios, se la encontrara más santa y más digna de Dios.

3. Así, pues, se le promete la doncella y se la envía a Edwin y, según lo que se había acordado, se ordena obispo a Paulino, hombre amado de Dios, para que marchara con ella y la confirmara a ella y a sus acompañantes, por la cotidiana exhortación y celebración de los misterios celestiales, no fuera que se contaminaran por la convivencia con los paganos.

4. Paulino fue ordenado obispo por el arzobispo Justo el 21 de julio del año 625 de la Encarnación del Señor, y así con la dicha doncella llegó junto al rey Edwin como acompañante de su unión según la carne pero más bien decidido con toda su alma, llamando al conocimiento de la verdad al pueblo al que llegaba y según las palabras del Apóstol[95], a presentarlo al único verdadero esposo, Cristo, como a una virgen casta. Cuando llegó a aquel reino, se esforzó mucho no sólo para evitar que los que habían venido con él abandonaran la fe, con la ayuda del Señor, sino también por convertir, si podía, a algunos de los paganos a la gracia de la fe con su predicación. Pero, como el Apóstol dice[96], aunque él se esforzó durante mucho tiempo en su predicación, «el dios de este mundo cegó las mentes de los

infieles, a fin de que no resplandeciera para ellos la luz del glorioso evangelio de Cristo».

5. Al año siguiente llegó al reino un sicario llamado Eomer, enviado por el rey de Wessex[97], cuyo nombre era Cwichelmo[98], con la intención de privar al rey Edwin del reino y al mismo tiempo de la vida. Llevaba un puñal envenenado, para que, si la herida del hierro no bastaba para matar al rey, la ayudara la infección del veneno. Se acercó al rey el primer día de la Pascua junto al río Derwent[99], donde entonces estaba el palacio real, y entró como si fuera un enviado de su rey para transmitirle un mensaje y, cuando con astutas palabras estaba exponiendo su fingida embajada, se levantó de repente y, desenvainando el puñal bajo sus vestidos, se lanzó sobre el rey. Cuando vio esto Lilla, miembro de la guardia[100] fidelísimo al rey, no teniendo a mano un escudo con el que defenderlo, de inmediato interpuso su cuerpo para recibir la puñalada; pero el enemigo clavó el hierro con tanta fuerza que, atravesando el cuerpo del soldado, al que mató, también hirió al rey. Fue atacado con espadas por todas partes y en el altercado aún dio muerte con su nefando puñal a otro de los guardias llamado Forthhere.

6. Esa misma noche, la santa noche de la Pascua del Señor, la reina le había dado al rey una hija, que fue llamada Eanfled y, cuando el rey, en presencia del obispo Paulino, daba gracias a sus dioses por la hija que le había nacido, por el contrario el obispo empezó a dar gracias a Cristo Nuestro Señor y a insistirle al rey en que era él quien con sus oraciones había obtenido de Aquél que la reina hubiera dado a luz a la criatura sin daño y sin grave dolor. El rey, encantado con estas palabras, prometió que, renunciando a los ídolos, serviría a Cristo si le hacía gracia de la vida y de la victoria en su lucha contra el rey que había enviado al homicida que lo había herido y, como prenda del cumplimiento de su promesa, ofreció al obispo Paulino a su propia hija para que la consagrara a Cristo, y fue bautizada el santo día de Pentecostés[101], siendo la primera del pueblo de los nortumbros, con otras 11 personas de su familia.

7. Por entonces, curado ya de la herida que había recibido, el rey reunió a su ejército y marchó contra el pueblo de los sajones occidentales y, entablada la guerra, a todos los que había averiguado que habían conspirado para su muerte los mató o los obligó a rendirse. Volviendo así vencedor a su patria, no pretendió recibir el sacramento de la fe cristiana de manera inmediata e impremeditada, aunque ya no sirvió más a los ídolos desde el momento en que prometió servir a Cristo. Sin embargo, en primer lugar, y según su tiempo se lo permitía, procuró con más diligencia no sólo hacerse enseñar por el venerable Paulino la doctrina de la fe, sino también deliberar con aquellos de sus notables de los que sabía que eran más sabios sobre qué pensaban que debía hacer al respecto de todo esto. Pero, siendo como era hombre de gran sagacidad, a menudo, a solas y en silencio pero hablando mucho consigo mismo en lo más íntimo de su corazón, trataba de qué debía hacer, de qué religión debía observar.

10

Cómo el papa Bonifacio exhortó a ese rey a la fe en una carta que le envió.

1. En este tiempo recibió una carta de exhortación a la fe de Bonifacio[102], pontífice de la Sede Apostólica, cuyo texto es éste:

> 2. Copia de la carta del muy bienaventurado y apostólico papa de la Iglesia de la ciudad de Roma Bonifacio, dirigida al ilustre señor Edwin, rey de los anglos.
>
> 3. Al ilustre señor Edwin, rey de los anglos, el obispo Bonifacio, siervo de los siervos de Dios. Aunque el poder de la Suprema Divinidad no puede explicarse por medio de palabras humanas, dado que por su grandeza consiste en su eternidad invisible e inescrutable, de manera que la sagacidad de ninguna inteligencia se basta para comprender y explicar cuán grande es, sin embargo, puesto que Su humanidad, abriendo las puertas del corazón para insinuarse en él, infunde clementemente en las mentes humanas los secretos que sobre Sí mismo da a conocer, hemos procurado llevar nuestra sacerdotal solicitud hasta anunciaros la plenitud de la fe cristiana, de manera que, haciendo llegar también a vuestros oídos el evangelio de Cristo, que nuestro Salvador ordenó que se enseñara a

todas las gentes, se os proporcione el remedio de vuestra salvación. Así, pues, la clemencia de la Divina Majestad, que sólo con una orden de su palabra hizo y creó todas las cosas, a saber, el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos, disponiendo el orden necesario para que subsistieran con el consejo del Verbo, igual a él en eternidad y en unidad con el Espíritu Santo, creó al hombre modelándolo del barro de la tierra a su imagen y semejanza y le concedió el premio de un privilegio tan grande que lo puso a la cabeza de todas las cosas y, si observaba los términos de sus mandatos, lo dotó de una existencia eterna. Así, pues, a este Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que es la Trinidad indivisible, desde la salida del sol hasta el ocaso[103] el género humano lo venera y le rinde culto, por ser el creador de todas las cosas y el que lo hizo a él mismo, con su confesión y su fe salvadoras, y a Él están sometidas también las cabezas de los imperios y los poderes terrenales, porque por Sus disposiciones se concede la potestad de todos los reinos. En consecuencia, la misericordia de Su bondad, para dilatar la descendencia de toda su creación[104], se ha dignado de manera admirable inflamar con el conocimiento de Sí, mediante el fuego del Espíritu Santo, también los corazones fríos de los pueblos situados en la extremidad de la tierra.

4. En efecto, todo lo que se hizo, mediante la clemencia del Redentor, por adoctrinar a nuestro glorioso hijo Eadbaldo[105] y los pueblos a él sometidos, suponemos que vuestra gloria lo ha sabido en razón de la vecindad de vuestras tierras. Así, pues, confiamos con firme esperanza en que por la longanimidad celestial Su admirable don se os confiera también a vosotros, una vez que hemos sabido que vuestra gloriosa esposa, que, según se sabe, es parte de vuestro cuerpo, ha sido iluminada con el premio de la eternidad por la regeneración del santo bautismo. Por todo ello, por medio del presente escrito, hemos querido exhortar a vuestra gloria, con todo el afecto de la más honda caridad, a que, abominando de los ídolos y de su culto y desdeñando la fatuidad de sus templos y los halagos de sus engañosos augurios, creáis en Dios Padre Todopodero, en su hijo Jesucristo y en el Espíritu Santo, de modo que, creyendo en ellos, liberados de la cautividad diabólica con la ayuda del poder de la santa e indivisible Trinidad, podáis ser partícipes de la vida eterna.

5. Ahora bien, en qué culpa tan grande y pecaminosa están implicados los que abrazan, rindiéndole culto, la perniciosa superstición de las idolatrías, lo dan a entender las nefandas imágenes de aquellos a los que veneran, por lo que a su respecto dice el salmista: «Todos los dioses de los gentiles son demonios, pero el Señor hizo los cielos»[106], y luego: «Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, tienen narices y no huelen, tienen manos y no palparán, tienen pies y no andarán. Se hacen, pues, iguales a los que ponen en ellos su confiada esperanza»[107]. En efecto, ¿cómo pueden tener capacidad de ayudar a nadie los que están construidos de materia corruptible, incluso por manos de hombres que son tus inferiores y tus súbditos, a los cuales, aplicándoles artificios humanos, les has proporcionado una semejanza inanimada con los cuerpos de los hombres, y que, si no son movidos por ti, no podrán andar, sino que como piedras fijas en un determinado lugar, construidos de esa manera y sin tener entendimiento alguno y sumidos en su propia insensibilidad, no han alcanzado poder alguno ni de dañar ni de ayudar? Así, pues, no podemos entender según un juicio razonable por qué error de vuestra mente veneráis y seguís a aquellos a los que vosotros mismos les habéis dado la imagen de un cuerpo humano.

6. Por todo ello es preciso que, adoptando el signo de la Santa Cruz, por el que fue redimido el género humano, arrojéis de vuestros corazones esa execrable suplantación debida a la astucia del diablo, que es el envidioso rival de las obras de la divina bondad y, echando mano a esos dioses que hasta ahora os habéis fabricado con artificios materiales, procurad con todo empeño que sean destrozados y triturados. En efecto, la propia destrucción y corrupción de las cosas que nunca han tenido un espíritu viviente ni han podido en modo alguno recibir de quienes las fabricaron la sensibilidad ha de daros a entender de manera clara hasta qué punto era nada lo que hasta la fecha venerabais; porque, desde luego, vosotros, que habéis recibido del Señor un espíritu viviente, estáis mejor construidos que ellos; como que fue Dios Todopoderoso, haciendo crecer innumerables generaciones a lo largo de los siglos, el que estableció que os reprodujerais a partir del primer hombre que creó. Acceded, pues, al conocimiento de Aquel que os creó, que insufló en vosotros el espíritu de la vida, que envió a su Hijo unigénito a redimiros, para rescataros del pecado original y, una vez rescatados del malvado poder de la diabólica perversidad, premiaros con las recompensas celestiales.

7. Acoged las palabras de los predicadores y el Evangelio de Dios que os anuncian, a fin de que creyendo, como tantas veces se os ha dicho, en Dios Padre Todopoderoso y en Jesucristo su Hijo y en el Espíritu Santo y en la Trinidad indivisible, alejados los sentimientos diabólicos y expulsadas de entre vosotros las tentaciones del venenoso y engañoso enemigo, renacidos por el agua y el Espíritu Santo[108], podáis cohabitar con Aquel en el que habéis creído en el esplendor de la gloria eterna, con la ayuda de su munificencia.

8. Por lo demás, os enviamos, con la bendición de vuestro protector san Pedro, Príncipe de los Apóstoles, una túnica bordada en oro y un capote de Ancira[109], todo lo cual pedimos que vuestra gloria acepte con el mismo espíritu de benevolencia con que se entiende que nosotros os lo hemos mandado.

11

Cómo a su esposa le aconsejó por una carta que se ocupara con diligencia de su salvación.

1. También a su esposa Etelburga[110] el mismo pontífice le envió una carta:

2. Copia de la carta del muy bienaventurado y apostólico Bonifacio, papa de la ciudad de Roma, a su querida

reina Etelburga, esposa del rey Edwin:

3. A la gloriosa señora e hija nuestra la reina Etelburga el obispo Bonifacio, siervo de los siervos de Dios.

La benevolencia de nuestro Redentor proporcionó al género humano, al que rescató con la efusión de Su preciosísima sangre de las cadenas de la diabólica cautividad, muchos remedios providenciales para su salvación, a fin de que, haciendo llegar de modos diversos el conocimiento de su nombre a los pueblos, ellos reconocieran a su Creador aceptando el sacramento de la fe cristiana. Que esto se ha concedido al espíritu de vuestra gloria por don celestial lo da a entender de manera clara vuestra mística regeneración y purificación. En consecuencia, por ese beneficio de la largueza del Señor nuestro espíritu exultó con enorme gozo; porque se dignó encender en vuestra conversión una chispa de la religión ortodoxa, para, a partir de ahí, inflamar más fácilmente en el amor a Él no sólo el entendimiento de vuestro glorioso esposo, sino también el de todo el pueblo sometido a vosotros.

4. Y, en efecto, hemos sabido, por medio de los que vinieron a anunciarnos la laudable conversión de nuestro glorioso hijo el rey Eadbaldo, que también vuestra gloria, recibiendo el admirable sacramento de la fe, brilla constantemente por sus obras piadosas y gratas a Dios, que además se abstiene con toda diligencia del culto de los ídolos y de la tentación de los augurios, y que persiste sin desanimarse en el amor de su Redentor con una devoción impecable, de manera que no deja de ayudar incesantemente a la propagación de la fe cristiana. Ahora bien, cuando nuestra caridad inquirió solícitamente acerca de vuestro esposo, hemos sabido que, sirviendo hasta la fecha a los abominables ídolos, se resiste a mostrarse obediente para acoger la voz de los predicadores. Con tal motivo, no es poca la amargura que nos ha sobrevenido al ver que una parte de vuestro cuerpo permanece ajena al conocimiento de la Suprema e Indivisible Trinidad. Por ello, en razón de nuestros paternales deberes, no hemos dejado para otro momento el hacer llegar a vuestra gloriosa cristiandad nuestra exhortación, animándola a que, imbuida del apoyo de la inspiración divina, inoportuna y oportunamente[111], no dilates lo que hay que lograr: que también él, con la ayuda de nuestro Salvador Nuestro Señor Jesucristo, se una al número de los cristianos, de manera que disfrutes del derecho de la unión matrimonial mediante un pacto inviolable. En efecto, está escrito: «Serán dos en una sola carne»[112]. En efecto, ¿cómo se podrá decir que sois uno en vuestra unión si él permanece ajeno al esplendor de vuestra fe, al interponerse las tinieblas del detestable error?

5. En consecuencia, insistiendo en la oración incesante, no desistas de lograr de la longanimidad de la celestial clemencia el beneficio de su iluminación, a fin –claro está– de que a los que la unión del afecto carnal parece, en cierto modo, haber convertido en un solo cuerpo también la unidad de la fe, tras el tránsito de esta vida, los mantenga en unión perpetua. Insiste, pues, gloriosa hija, e intenta con todo tu esfuerzo ablandar la dureza de su corazón con la devota insinuación de los preceptos divinos, infundiendo en sus sentidos cuán preclaro es el sacramento que recibiste al creer y qué admirable es el que, renaciendo con él, hayas merecido conseguir tu recompensa. Inflama la frialdad de su corazón con el anuncio del Espíritu Santo, para que, alejado el letargo de ese culto tan pernicioso, el calor de la fe divina encienda su entendimiento con la reiteración de tus exhortaciones, de manera que por ti aparezca cumplido sin lugar a dudas el testimonio de la Sagrada Escritura: «El marido infiel se salvará por la mujer fiel»[113]. En efecto, tú obtuviste la misericordia de la piedad del Señor para esto: para que el fruto de tu fe y de los beneficios que se te hicieron lo devolvieras multiplicado a tu Redentor. Y, desde luego, no dejamos de rogar con asiduas oraciones que, con el apoyo y ayuda de su benevolencia, seas capaz de lograrlo.

6. Dicho todo esto, haciéndote presente el afecto paternal al que estamos obligados, te exhortamos a que, tan pronto haya ocasión de un mensajero, nos informéis cuanto antes, con buenas noticias, de las novedades que por medio de vos el maravilloso poder del Cielo se haya dignado obrar en cuanto a la conversión de vuestro esposo y del pueblo a vosotros sometido, de manera que nuestra solicitud, que espera ansiosamente buenas nuevas al respecto de la salud de vuestra alma y de la de todos los vuestros, se vea aliviada con vuestras noticias y que, al conocer que la luz de la divina Redención se difunde más ampliamente entre vosotros, demos merecidas y profusas gracias a Dios, que dispensa todos los bienes, y a san Pedro, Príncipe de los Apóstoles.

7. Por lo demás, os enviamos la bendición de vuestro protector san Pedro, Príncipe de los Apóstoles, con un espejo de plata y un peine de marfil adornado con oro, todo lo cual rogamos que vuestra gloria acepte con el mismo espíritu de benevolencia con el que se entiende que nosotros os lo enviamos.

12

Cómo Edwin se decidió a creer por una visión que había tenido cuando estaba desterrado.

1. Esto es lo que el papa Bonifacio trataba en sus cartas acerca de la salvación del rey Edwin. Pero también un oráculo celestial que un día se dignó revelarle la divina piedad cuando estaba exiliado junto a Redwaldo, rey de los anglos[114], ayudó no poco a su entendimiento a aceptar y comprender las enseñanzas de la doctrina de la salvación. El caso es que Paulino, como veía que difícilmente se podría inclinar la altivez del espíritu del rey a la humildad del camino de la salvación y a aceptar el misterio de la cruz vivificadora, y mientras que, por su salvación y al tiempo por la del pueblo a cuya cabeza estaba, actuaba ante los hombres con la palabra de su predicación y ante la divina piedad con la palabra de su oración, al fin, según parece verosímil, conoció en espíritu cuál y cómo era un oráculo que

tiempo atrás se le había mostrado al rey por obra del Cielo. Y desde entonces no dejó pasar el tiempo sin amonestar continuamente al rey para que cumpliera la promesa que había hecho en la profecía que se le había mostrado, para el caso de que, liberado de las angustias de aquellos tiempos, llegaba a la cima del reino.

2. La profecía fue de esta manera. Después de que, perseguido por Etelfrido, que había reinado antes de él, ocultándose por lugares y reinos diversos, vagó por espacio de muchos años como un prófugo, al fin llegó junto a Redwaldo suplicándole que salvara su vida protegiéndola de las insidias de tan poderoso perseguidor. Él, acogiéndolo de buena gana, prometió que haría lo que le pedía. Pero, cuando Etelfrido se enteró de que había aparecido en ese reino y que vivía en casa del rey en plena confianza junto con sus compañeros, envió a unos mensajeros para que ofrecieran a Redwaldo mucho dinero por su asesinato; pero nada logró. Los envió por segunda y por tercera vez, ofreciéndole más amplios donativos, y amenazándolo encima con la guerra si no le hacía caso. Él, ya impresionado por las amenazas, ya corrompido por sus dádivas, accedió a sus ruegos y le prometió que mataría él a Edwin o que encargaría a otros que lo hicieran. Cuando un amigo muy fiel lo supo, entró en la alcoba en que se disponía a dormir (pues era la primera hora de la noche) y, llamándolo afuera, le contó lo que el rey había prometido hacer contra él, y además añadió: «Así, pues, si quieres, en este mismo momento te sacaré de este reino y te llevaré a lugares donde nunca puedan encontrarte ni Redwaldo ni Etelfrido». Él le dijo: «Por supuesto, agradezco tu bondad; pero no puedo hacer lo que me sugieres de ser el primero en romper el pacto que hice con tan gran rey, dado que él no me ha hecho mal alguno y que hasta la fecha no me ha dado muestra alguna de enemistad. Al contrario, si voy a morir, mejor es que me entregue a la muerte él que un desconocido. En efecto, ¿adónde voy a huir ahora yo que, vagabundo por todos los reinos de Britania por espacio de tantos años, trataba de escapar de las insidias de mis enemigos?». Así, pues, al marcharse su amigo, Edwin se quedó solo fuera y sentado ante el palacio, lleno de tristeza, empezó a verse acosado por el vendaval de mil pensamientos, sin saber qué hacer ni adónde dirigir sus pasos.

3. Cuando llevaba largo tiempo a merced de las calladas angustias de su mente y de las ciegas llamas[115], vio de pronto, en el silencio de las altas horas de la noche, que se le acercaba un hombre de rostro y atuendo desconocido y, al verlo, por tratarse de algo ignoto e inesperado, se espantó no poco. Sin embargo él, acercándose, lo saludó y le preguntó por qué a aquella hora a la que los demás descansaban y estaban sumidos en profundo sueño estaba él solo, triste y en vela, sentado en una piedra. A su vez, Edwin le preguntó qué le importaba a él si pasaba la noche dentro o fuera. El hombre le contestó: «No creas que ignoro la causa de tu tristeza y de tus insomnios y de que estés sentado fuera y a solas; pues sé con toda certeza quién eres y por qué estás triste y qué males temes que te sobrevengan próximamente. Pero dime qué pago estas dispuesto a darle, si hay alguno, que pueda librarte de tus penas persuadir a Redwaldo de que no te haga mal alguno ni te entregue a tus enemigos para que acaben contigo». Cuando Edwin le respondió que a tal persona le daría cuanto pudiera en pago por su servicio, añadió el otro: «¿Y si además te promete con verdad que serás rey, exterminados tus enemigos, de manera que superes en poder no sólo a todos tus antepasados, sino también a todos cuantos antes de ti han sido reyes en el pueblo de los anglos?». Edwin, cobrando ánimos ante sus preguntas, no dudó en prometerle que a quien le hiciera tan grandes beneficios le correspondería con el debido agradecimiento. Entonces el hombre le preguntó por tercera vez: «Y, si el que te predijere de manera veraz que te han de venir tales y tan grandes dones fuera capaz de darte también para tu salvación y tu vida un consejo mejor y más útil que el que ninguno de tus parientes o allegados oyó nunca, ¿acaso estás dispuesto a obedecerlo y a aceptar sus saludables advertencias?». Edwin no dudó en prometerle de inmediato que en todas las cosas seguiría la doctrina de aquel que, librándolo de tantas y tan grandes calamidades, lo elevara a la cumbre del reino. Al recibir esa respuesta, al momento el que hablaba con él, puso su mano derecha sobre su cabeza diciendo: «Pues bien, cuando te

llegue esta señal, acuérdate de este momento y de nuestra conversación, y lo que ahora prometes no tardes en cumplirlo». Y dicho esto, según cuentan, desapareció, de manera que Edwin comprendió que no era un hombre el que se le había aparecido, sino un espíritu.

4. Cuando el joven príncipe seguía sentado allí solo, gozoso, desde luego, por el consuelo que había recibido pero muy inquieto y pensando detenidamente en quién sería y de dónde vendría aquel que le había dicho todo eso, llegó junto a él el amigo ya mencionado y, saludándolo con expresión de alegría, le dijo: «Levántate, entra y, serenando y dejando de lado las preocupaciones de tus cuitas, deja que descansen a un tiempo tu cuerpo y tu ánimo, porque el corazón del rey ha cambiado y no piensa hacerte mal alguno, sino mantenerte la fe prometida. En efecto, una vez que reveló en secreto a la reina el pensamiento del que antes te hablé, ella lo hizo volverse atrás de su designio, haciéndole ver que de ninguna manera conviene a un rey tan grande vender por oro a su mejor amigo que se encuentra en situación de necesidad, y menos perder su propia fe, que es más preciosa que todos los ornamentos, por amor al dinero». ¿A qué decir más? El rey Redwaldo hizo como se ha dicho, y no sólo no entregó al desterrado a los enviados de su enemigo, sino que además lo ayudó a alcanzar el reino. En efecto, al poco tiempo, una vez que los enviados volvieron a casa, reunió un numeroso ejército para combatir a Etelfrido y, cuando éste le salió al paso con un ejército muy inferior (pues no le había dado tiempo para que juntara y reuniera todo su ejército), le dio muerte en los confines del pueblo de los mercios, en la parte oriental del río que se llama Idle[116]. En el combate también fue muerto el hijo de Redwaldo, llamado Regenhere. Y así Edwin, conforme al oráculo que había recibido, no sólo se libró de las insidias del rey que lo perseguía, sino que, desaparecido aquél, lo sucedió en la gloria del reino.

5. Pues bien, como el rey Edwin se resistía a creer en la palabra de Dios que le predicaba Paulino, y por algún tiempo, según ya dijimos, se sentaba a solas durante horas y acostumbraba a debatir concienzudamente consigo mismo qué debía hacer, qué religión había de seguir, un día, entrando a su presencia aquel hombre de Dios, le puso su diestra sobre la cabeza y le preguntó si reconocía esa señal. Cuando Edwin, temblando, pretendía postrarse a sus pies, lo levantó y hablándole con una voz que le resultaba familiar le dijo: «He aquí que has escapado por don de Dios de las manos de los enemigos a los que temiste. He aquí que por Su generosidad has recibido el reino que deseaste. En tercer lugar, recuerda que no debes tardar en hacer lo que prometiste, aceptando la fe y guardando los preceptos de Aquel que, librándote de tus adversidades temporales, te ha enaltecido con el honor del reino temporal, y que, si en adelante te avienes a obedecer a su voluntad, que por medio de mí te predica, liberándote también del mal de los eternos tormentos, te hará participar con él en el reino eterno de los cielos».

13

Qué deliberación tuvo con sus principales sobre la aceptación de la fe de Cristo y cómo su pontífice profanó sus propios altares.

1. Al oír esto[117], el rey le respondía que, desde luego, quería y debía aceptar la fe que le enseñaba; pero le decía que sobre ello aún debía tratar con sus principales amigos y consejeros, a fin de que, si también ellos se avenían a pensar como él, se consagraran a Cristo todos a una en la fuente de la vida. Y con la conformidad de Paulino hizo como había dicho. En efecto, reuniendo en consejo a sus sabios, les preguntaba a todos uno por uno qué les parecía esta doctrina no oída hasta la fecha y el nuevo culto de la divinidad que se les predicaba.

2. Coifi, el principal de sus sacerdotes, le respondió de inmediato: «Tú verás, oh rey, cómo es eso que ahora se nos predica; pero yo te confieso con toda sinceridad lo que he llegado a tener por cierto: que ningún valor y ninguna utilidad tiene la religión que hemos mantenido hasta ahora. En efecto, ninguno de los tuyos se ha dedicado con mayor devoción que yo al culto de nuestros dioses y, sin embargo, son muchos los que reciben de ti mayores beneficios

y mayores honores que yo y tienen mayor prosperidad en cuantas empresas y negocios deciden hacer. Si los dioses tuvieran algún poder, más bien querrían favorecerme a mí, que he procurado servirles esforzadamente. Por lo cual sólo resta que si, tras detenido examen, ves claramente que las novedades que ahora se nos predican son mejores y más sólidas, nos apresuremos sin duda alguna a aceptarlas»[118].

3. Tras dar su asentimiento a este consejo y a estas prudentes palabras, otro de los notables del rey añadió a continuación: «La vida presente del hombre sobre la tierra, oh rey, en comparación con el tiempo que nos es desconocido me parece tal como cuando, estando tú sentado a cenar en tiempo de invierno con tus jefes y servidores[119], con el fuego encendido en medio y bien caliente la sala, mientras fuera se desata la furia de los vendavales invernales de lluvias y nieves, llega un pájaro[120] y cruza la mansión volando raudamente: entra por una puerta y al momento sale por otra y, desde luego, en el tiempo en que está dentro, no le alcanza la tempestad del invierno; pero, tras recorrer en un momento un pequeño trecho de bonanza, enseguida, volviendo del invierno al invierno, desaparece de tu vista. Así aparece esta vida de los hombres: por poco tiempo; pero lo que lo sigue después y lo que ha habido antes lo ignoramos por entero. En consecuencia, si esta nueva doctrina ha aportado algo más cierto, parece que merece seguirse». Con similares consideraciones se pronunciaban también los demás ancianos y consejeros del rey, movidos por inspiración divina.

4. Coifi añadió también que quería escuchar con mayor atención al propio Paulino hablando del Dios que predicaba. Cuando éste lo hizo por orden del rey, Coifi, al oír sus palabras, exclamó diciendo: «Ya hace tiempo que me había dado cuenta de que de nada valía la religión que teníamos, y ello porque, con cuanto más interés buscaba en ella la verdad, tanto menos la encontraba. Ahora confieso abiertamente que en esta predicación resplandece la verdad que puede proporcionarnos los dones de la salvación, la vida y la felicidad eternas. Por ello te sugiero, oh rey, que los templos y altares que sin provecho alguno hemos consagrado los entreguemos cuanto antes a la condenación y a las llamas». ¿A qué decir más? El rey dio públicamente su asentimiento a la predicación de Paulino y, renunciando a la idolatría, declaró que aceptaba la fe de Cristo. Cuando le preguntó al sumo sacerdote de su religión, ya nombrado, quién debía ser el primero en profanar los altares y templos de los dioses, junto con los recintos de los que estaban rodeados, él le respondió: «Yo; pues ¿quién puede destruir ahora, para ejemplo de todos, lo que por mi necedad veneré, mejor que como yo mismo voy a hacer por la sabiduría que me ha dado el verdadero Dios? Al momento, rechazando aquella vana superstición, pidió al rey que le diera armas y un caballo de postas, para subirse en él e ir a destruir los ídolos. Y es que no estaba permitido al sumo sacerdote llevar armas ni cabalgar a no ser en una yegua[121]. El caso es que, tras ceñirse una espada, tomó en su mano una lanza y, montando en el caballo del rey, marchaba a por los ídolos. Viendo esto, el vulgo pensaba que estaba loco. Pero él no tardó, tan pronto como se aproximó al santuario, en profanarlo disparando contra él la lanza que empuñaba y, muy gozoso del conocimiento de la verdadera religión de Dios, ordenó a sus acompañantes destruirlo e incendiarlo con todos sus recintos. Aquel lugar, que antaño era de los ídolos, se puede ver no lejos de York, hacia el oriente, al otro lado del río Derwent, y actualmente se llama Goodmanham[122]; allí el propio sumo sacerdote, por inspiración de Dios, mancilló y destruyó los altares que él mismo había consagrado[123].

14

Cómo el rey Edwin junto con su pueblo se hizo creyente y dónde lo bautizó Paulino.

1. Así, pues, el rey Edwin, junto con todos los notables de su pueblo y gran parte de la plebe, recibió la fe y el bautismo de la santa regeneración en el undécimo año de su reinado, que es el año 627 de la Encarnación del Señor y, aproximadamente, el 180 de la llegada de los anglos a Britania. Fue bautizado en York el santo día de la Pascua, el 12 de abril, en la

iglesia de San Pedro apóstol, que él mismo construyó de madera[124] con toda rapidez cuando aún era un catecúmeno y estaba siendo instruido para el bautismo. En esa misma ciudad a su propio maestro y obispo Paulino le donó una sede episcopal. Ahora bien, tan pronto como accedió al bautismo, procuró edificar, aleccionado por el propio Paulino y en el mismo lugar, una basílica de piedra más grande y más noble, en medio de la cual debía incluirse la primera capilla que había construido; pero, cuando aún no se había completado la altura de sus paredes, el rey, arrebatado por una muerte cruel, dejó a su sucesor Oswaldo la tarea de terminarla. Pero desde entonces Paulino predicó la palabra de Dios, con Su inspiración y ayuda, en aquella región durante seis años seguidos, es decir, hasta los confines del Imperio de aquel rey. Creían y se bautizaban cuantos estaban predestinados a la vida eterna[125], entre los cuales estaban Osfrido y Eadfrido, hijos del rey Edwin, que le nacieron los dos de Cwenburga[126], hija de Ceorl, rey de Mercia, durante su destierro.

2. Después se bautizaron también otros hijos de Edwin nacidos de la reina Etelburga[127]: Etelhun y una hija, Eteldreda[128], y otro hijo, Uscfrea, de los que los dos primeros, cuando aún llevaban las vestiduras blancas[129], fueron arrebatados de esta vida y sepultados en la iglesia de York. Se bautizó también Yffi, hijo de Osfrido[130], y también no pocos otros hombres nobles y cercanos al rey. Se cuenta que por entonces fue tan grande el fervor de la fe y el deseo del saludable bautismo entre el pueblo de los nortumbros que en cierta ocasión, tras llegar Paulino con el rey y la reina a una villa regia que se llama Yeavering[131], se quedó allí treinta y seis días entregado a la tarea de catequizarlos y bautizarlos, y en todos esos días, desde la mañana hasta el anochecer, no hacía otra cosa que instruir en la palabra salvadora de Cristo al pueblo que acudía a él de todas las aldeas y lugares y, una vez instruido, lavarlo en el bautismo de la remisión en el río Glen[132], que estaba cercano. Esta villa fue abandonada en tiempo de los reyes siguientes y en su lugar se hizo otra en el lugar que se llama *Melmin*[133].

3. Esto es lo que ocurrió en la provincia de Bernicia; pero también en la de Deira[134], donde solía estar a menudo con el rey, Paulino bautizaba en el río Swale, que corre junto a la aldea de Catterick[135], pues aún no era posible construir oratorios o baptisterios cuando la Iglesia estaba empezando a nacer. Pero en *Campoduno*[136], donde entonces aún había una villa regia, también hizo una basílica, que poco después incendiaron los paganos que asesinaron al rey Edwin, junto con la villa entera; por lo cual los reyes posteriores se construyeron una villa en la región que se llama *Loidis*[137]. Se libró del fuego el altar, porque era de piedra, y se conserva todavía en el monasterio del reverendísimo abad y presbítero Trithwulfo[138], que está en el bosque de Elmet[139].

15

Cómo la provincia de East Anglia recibió la fe de Cristo.

1. Edwin tuvo tanta devoción por el culto de la verdad que incluso persuadió a Erpwaldo, hijo de Redwaldo, rey de East Anglia[140], a aceptar los sacramentos y la fe de Cristo junto con todo su reino, y a abandonar las supersticiones de los ídolos. La verdad es que a su padre Redwaldo ya se le habían administrado tiempo atrás, en Kent, los sacramentos de la fe cristiana pero en vano. En efecto, al volver a su casa, fue seducido por su esposa y por algunos maestros perversos y, desviado de la fe sincera, tuvo al final algo peor que lo de antes[141], de manera que, al modo de los antiguos samaritanos[142], parecía servir a Cristo y a los dioses a los que antes servía, y en el mismo santuario tenía un altar para sacrificar a Cristo y un ara para ofrecer víctimas a los demonios. Y el rey de esa provincia Ealdwulfo[143], quien vivió hasta nuestros tiempos, atestiguaba que ese santuario se habían conservado hasta sus propios días y que en su infancia los había visto. El dicho rey Redwaldo era noble por su nacimiento pero innoble por sus obras. Era hijo de Tytil, cuyo padre había sido Wuffa, por el cual a los reyes de East Anglia los apellidan Wuffingas[144].

2. Ahora bien, no mucho tiempo después de aceptar la fe, Erpwaldo fue asesinado por un pagano llamado Ricberto, y, a partir de entonces, durante tres años, la provincia se vio sumida en la confusión, hasta que tomó el poder Sigeberto[145], hermano de Erpwaldo, hombre muy cristiano en todos los aspectos y muy instruido, que todavía en vida de su hermano, cuando estaba exiliado en la Galia, había recibido el sacramento de la fe y, tan pronto como empezó a reinar, cuidó de hacer partícipe de él a todo su reino. Sus iniciativas las apoyó de manera muy señalada el obispo Félix que, llegado de las tierras de Burgundia[146], donde nació y fue ordenado, junto al arzobispo Honorio, habiéndole expresado su deseo, fue enviado a predicar la palabra de la vida a la nación de los anglos. Y sus deseos no fueron vanos; antes bien, aquel piadoso cultivador de la mies espiritual encontró en ella un fruto multiplicado de fieles creyentes. Y es que a todo aquel reino, según el augurio de su propio nombre[147], liberándolo de su larga iniquidad e infelicidad, lo llevó a la fe y a obrar según la justicia para obtener los dones de la perpetua felicidad. Recibió una sede episcopal en la ciudad de Dunwich[148] y, tras presidir por diecisiete años aquel reino con su gobierno como obispo, allí terminó en paz su vida[149].

16

Cómo Paulino predicó en la provincia de Lindsey, y sobre el carácter del rey Edwin.

1. Pero Paulino predicaba la palabra también a la provincia de Lindsey[150], que es la primera en la ribera meridional del río Humber, y que bordea el mar; y en primer lugar convirtió al Señor al gobernador de la ciudad de Lincoln[151], que se llamaba Blecca, junto con su familia. En esa ciudad hizo también una iglesia de piedra, de obra admirable, cuyo techo, ya por la larga incuria, ya por la mano de enemigos, se derrumbó, aunque sus paredes pueden verse en pie hasta ahora, y todos los años suelen manifestarse allí algunos milagros de curaciones para bien de los que los buscan con fe. En aquella iglesia, cuando Justo se fue con Cristo[152], Paulino consagró como obispo a Honorio, según contaremos en su lugar.

2. Acerca de la fe en este reino me contó cierto presbítero y abad del monasterio de Partney[153], un hombre de lo más veraz llamado Deda, que cierto anciano le había contado a su vez que había sido bautizado al mediodía por el obispo Paulino en presencia del rey Edwin, al igual que una gran multitud del pueblo, en el río Trent, junto a la ciudad que en la lengua de los anglos se llama *Tiowulfingcaestir*[154]. Y él mismo solía contar cómo era el aspecto del propio Paulino: un hombre de gran estatura, un tanto encorvado, de pelo negro, de cara pálida y de nariz un poco aguileña; un aspecto al tiempo venerable y temible. Tuvo como compañero en su ministerio al diácono Jacobo, un hombre celoso y notable en Cristo y en la Iglesia, que ha vivido hasta nuestros tiempos.

3. Se cuenta que por entonces en Britania, por todas las partes de los dominios del rey Edwin, había sobrevenido tanta paz que, como aún hoy se dice proverbialmente, incluso si una mujer con su niño recién nacido quería recorrer toda la isla de mar a mar, podía hacerlo sin que nadie le hiciera daño. El rey se ocupó tanto del bien de su pueblo que, en la mayoría de los lugares en que vio fuentes cristalinas junto a los caminos públicos, mandó colgar cazos de bronce sujetos a columnas para refrigerio de los viandantes, y nadie osaba tocarlos a no ser para su uso necesario, por respeto a su grandeza o por temor o por amor a él. En su reinado tuvo tanta gloria que no sólo eran llevadas por delante de él sus enseñas en el combate, sino que también en tiempo de paz, cuando cabalgaba entre sus ciudades, villas o reinos con su séquito, siempre acostumbraba a precederlo su abanderado y, cuando iba a dondequiera que fuese por las calles, solía llevarse delante de él el tipo de estandarte que los romanos llaman *tufa* y los anglos *thuf*[155].

17

Cómo Edwin recibió una carta exhortatoria del papa Honorio, quien también envió el palio a Paulino.

1. Por este tiempo tenía la prelatura de la Sede Apostólica Honorio, sucesor de Bonifacio[156] y, cuando supo que el pueblo de Northumbria, junto con su rey, se habían convertido a la fe y la confesión de Cristo por la evangelización de Paulino, envió a Paulino el palio[157]. También envió al rey Edwin una carta exhortatoria, animándolo con paterna caridad a persistir siempre y a progresar en la verdadera fe que habían recibido. Éste es el texto de dicha carta:

2. A nuestro excelentísimo señor y nobilísimo hijo Edwin, rey de los anglos, Honorio, siervo de los siervos de Dios. La entereza de vuestra cristiandad al respecto del culto de su Creador se ha inflamado con tal ardor que resplandece a lo largo y a lo ancho y, anunciándose en todo el mundo, da múltiple cuenta del fruto de vuestra labor. En efecto, sabéis que sois reyes en la medida en que, instruidos por la predicación ortodoxa, veneráis y creéis en vuestro Rey y Creador y, en la medida en que puede hacerlo la humana condición, le rendís la sincera devoción de vuestra mente. Pues ¿qué otra cosa podremos ofrecer a nuestro Dios que no sea, persistiendo en las buenas obras y confesando que Él es el autor del género humano, apresurarnos a venerarlo y a presentarle nuestros votos?

3. Por ello, hijo excelentísimo, os exhortamos con la paternal caridad que procede a que el don de que la divina misericordia se haya dignado llamaros a Su gracia os dispongáis a conservarlo de todas las maneras, con solícita atención y constantes oraciones, de manera que el que en este mundo se ha dignado llevaros, tras libraros de todo error, al conocimiento de Su nombre también os prepare una morada en la patria celestial. Así, pues, dedicándoos con frecuencia a la lectura de vuestro evangelizador y señor mío Gregorio[158], de apostólica memoria, tened ante vuestros ojos la afectuosa enseñanza que por vosotros llevó a cabo de buena gana, a fin de que su oración haga crecer a vuestro reino y a vuestro pueblo y a vos os presente irreprensible ante Dios. En cuanto a lo que esperabais que ordenáramos sobre vuestros sacerdotes, en razón de la sinceridad de vuestra fe, de la que hemos tenido amplia y elogiosa relación por los portadores de la presente, tenemos previsto concedéroslo de buen grado y sin tardanza. También enviamos dos palios para uno y otro de los metropolitanos, Honorio y Paulino, a fin de que, si uno de ellos fuere llamado de este siglo ante su Creador, el otro nombre en su lugar a un obispo en razón de esta nuestra autorización. Esto es lo que, tanto en razón del afecto de vuestra caridad como de la distancia de tan grandes provincias que es sabido que media entre nosotros y vosotros, nos hemos sentido inclinados a concederos, a fin de dar nuestro apoyo a vuestra devoción en todas las cosas. Que la gracia celestial conserve incólume a vuestra excelencia.

18

Cómo Honorio, que sucedió a Justo en el obispado de la iglesia de Canterbury, recibió del mismo papa Honorio el palio y una carta.

1. Entre tanto, el arzobispo Justo fue llevado al Reino de los Cielos, el 10 de noviembre[159], y Honorio fue elegido para sustituirlo como prelado. Para ser ordenado, se dirigió a Paulino y, tras encontrárselo en Lincoln, fue consagrado como quinto obispo de la Iglesia Doruvernense[160] a contar desde Agustín. A él también le envió el papa Honorio, ya nombrado, el palio y una carta en la que decreta lo mismo que había decretado en la carta enviada al rey Edwin, a saber, que, cuando el obispo de Canterbury o el de York pasen de esta vida, el que sobreviva, siendo copartícipe de la misma dignidad, tenga la potestad de ordenar a un sacerdote para suceder al que haya fallecido, y que no sea necesario fatigarse siempre en viajes hasta la ciudad de Roma a través de tantas tierras y mares para ordenar a un arzobispo. Y hemos estimado conveniente incluir también en nuestra *Historia* el texto de esa carta:

2. Al queridísimo hermano Honorio, Honorio.

Entre los muchos dones de Su benevolencia que la misericordia de nuestro Redentor se digna impartir entre Sus siervos también nos ha concedido, haciéndonos objeto de Su clemencia, la piadosa generosidad de que, por medio de nuestras fraternas comunicaciones, deja claro nuestro mutuo afecto como si estuviéramos viéndonos cara a cara[161]. Por todo ello damos gracias sin cesar a Su majestad y con suplicantes votos Le rogamos que a vuestro afecto, que se esfuerza y da frutos en la predicación del Evangelio y que sigue la regla de su cabeza y maestro san Gregorio, le dé fuerzas duraderas y que por medio de vosotros suscite en su Iglesia mayores incrementos; que con la fe y las obras, en el temor de Dios y la caridad, vuestros logros y los de vuestros predecesores, que se multiplican gracias a las iniciativas de nuestro señor Gregorio, se extiendan más cobrando fuerza; de manera que las promesas de la palabra del Señor se cumplan en vosotros y esa voz os llame a la festividad eterna: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os aliviaré»[162], y asimismo: «Bien, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te confiaré lo mucho; entra en el gozo de tu Señor»[163]. Nosotros, hermanos queridísimos, al enviaros

estas palabras de exhortación, motivadas por nuestra duradera caridad, no desistimos de haceros partícipes de cuando vemos que puede resultar adecuado a los privilegios de vuestras Iglesias.

3. Y, tanto en consonancia con vuestra petición como con la de nuestros hijos los reyes, por esta nuestra disposición y en nombre de san Pedro, Príncipe de los Apóstoles, os concedemos autoridad para que, cuando a uno de vosotros la gracia divina disponga llamarlo a su presencia, el que sobreviva ordene a otro obispo en el lugar del difunto. Por este motivo también os enviamos, dilectos hermanos, un palio para cada uno para celebrar dicha ordenación, a fin de que con la autoridad de nuestra disposición podáis realizar una ordenación grata a Dios. A acceder a esta concesión que os hacemos nos han obligado las grandes distancias por tierra y por mar que median entre nosotros y vosotros, a fin de que en modo alguno pueda derivarse un perjuicio para vuestras Iglesias con ocasión de ningún motivo; antes bien, para que se propague más plenamente la devoción del pueblo a vosotros encomendado. Que Dios te guarde sin daño, queridísimo hermano.

4. Dada el 11 de junio, durante el Imperio de nuestros piadosísimos Augustos Heraclio, en su año vigésimo cuarto y vigésimo tercero tras su consulado, y de Constantino, su hijo, en su año vigésimo tercero y tercero de su consulado, y también el tercero del felicísimo César Heraclio, también su hijo, en la indicción séptima (es decir, el año 634 de la Encarnación del Señor)[164].

19

Cómo primero el mismo Honorio y luego Juan enviaron cartas al pueblo de los escotos por la cuestión de la Pascua y también por la herejía pelagiana.

1. El propio papa Honorio envió también una carta al pueblo de los escotos[165], de los que había sabido que se habían equivocado en la observación de la Sagrada Pascua, según lo que ya hemos dicho más arriba[166], exhortándolos con gran diligencia a que no consideraran lo poco que ellos eran, situados en los confines extremos de la Tierra, como superior en sabiduría a las antiguas o modernas Iglesias de Cristo que había por el mundo, y a que no celebraran una Pascua distinta, en contra de los cómputos pascuales y los decretos sinodales de los obispos de todo el orbe.

Pero también Juan[167], quien sucedió a Severino, el sucesor de Honorio, cuando todavía era pontífice electo, para corregir el mismo error, les dirigió una carta llena de gran autoridad y erudición, demostrándoles claramente que el día de la Pascua del Señor había que calcularlo entre la decimoquinta luna y la vigésimo primera, según lo aprobado en el Concilio de Nicea[168]. Además, en la misma carta cuidó de amonestarlos para que se previnieran y repelieran la herejía pelagiana, que había averiguado que revivía entre ellos. El inicio de la carta es el siguiente:

2. A los queridísimos y santísimos obispos Tómíne, Columbano, Crónán, Díma y Baetán[169]; a los presbíteros Crónán, Ernene, Laisréne, Sillan y Ségéne; a Saran y demás doctores y abades escotos[170]; Hílaro, arcipreste y vicario de la Santa Sede Apostólica, Juan, diácono, electo en nombre de Dios, y también Juan, secretario y vicario de la Santa Sede Apostólica, y Juan, siervo de Dios, consejero de la propia Sede Apostólica[171].

3. Los escritos que los mensajeros trajeron al papa Severino, de santa memoria, al marcharse él de este mundo quedaron en el silencio, sin respuesta a lo que preguntaban. Una vez abiertos de nuevo, para que la confusión sobre cuestiones tan importantes no permaneciera largo tiempo sin examen, hemos averiguado que algunos de vuestro reino, en contra de la fe ortodoxa e intentando renovar una vieja herejía, argumentando con una nebulosa confusión, se empeñan en celebrar nuestra Pascua, en la que fue inmolado Cristo[172], junto con los hebreos, en la decimocuarta luna.

4. En ese inicio de la carta se manifiesta de manera clara que en aquellos tiempos acababa de surgir entre ellos esta herejía, y que en ella estaban implicados no todo su pueblo, sino sólo algunos.

Tras exponer la regla de la observancia pascual, añaden en la misma carta acerca de los pelagianos:

5. También hemos sabido que el veneno de la herejía pelagiana revive de nuevo entre vosotros[173], por lo cual os exhortamos vivamente a que el ponzoñoso pecado de tal superstición sea alejado de vuestras mentes. En efecto, cómo esa execrable herejía fue condenada es algo que no debe pasaros desapercibido, porque no sólo ha sido exterminada durante los últimos doscientos años, sino que también es condenada por nosotros todos los días,

sepultada por un anatema perpetuo, y os exhortamos a que no se resuciten entre vosotros las cenizas de aquellos cuyas armas han sido quemadas. Pues ¿quién no execrará el soberbio e impío intento de quienes dicen que un hombre puede vivir sin pecado por su propia voluntad prescindiendo de la gracia de Dios? En primer lugar, es una necia blasfemia el decir que hay un hombre sin pecado, algo que en modo alguno no puede ser sino un solo hombre: Cristo Jesús[174], mediador entre Dios y los hombres, que fue concebido y nació sin pecado. En efecto, los demás hombres, naciendo con el pecado original, es sabido que dan testimonio de la prevaricación de Adán, aunque ellos no tengan pecado actual, según el profeta que dice: «He aquí que he sido concebido en la iniquidad, y en el pecado me parió mi madre»[175].

20

Cómo, asesinado Edwin, Paulino, volviendo a Kent, recibió la sede episcopal de la iglesia de Rochester.

1. Cuando el rey Edwin llevaba diecisiete años a la cabeza del pueblo de los anglos y también de los britanos[176], de los cuales, como dijimos, militó durante seis en el reino de Cristo, se rebeló contra él Cedwalla[177], rey de los britanos, con ayuda de Penda, un hombre muy esforzado de la familia real de Mercia, que también reinó desde entonces sobre aquel pueblo por veinte años con varia suerte. Entablada una gran batalla en el llano que se llama Hatfield[178], Edwin fue muerto el día 12 de octubre del año 633 de la Encarnación del Señor, cuando tenía sesenta y ocho años, y todo su ejército fue muerto o dispersado[179]. En esta guerra también murió delante de él uno de sus hijos, Osfrido; el otro, Eadfrido, forzado por la necesidad, se pasó al rey Penda y poco después, reinando Oswaldo, fue asesinado por él, que quebrantó el juramento que le había hecho.

2. Por este tiempo se produjo una gran matanza en la iglesia y el pueblo de Northumbria, especialmente porque uno de los jefes que la llevaron a cabo era pagano y el otro un bárbaro que era más cruel que el pagano. Y es que Penda, junto con todo el pueblo de los mercios, estaba entregado a los ídolos e ignoraba el nombre de Cristo; en cambio Cedwalla, aunque tenía el nombre y la profesión de cristiano, era tan bárbaro en su espíritu y costumbres que ni siquiera tenía consideración por el sexo femenino o la inocente edad de los niños que le impidiera entregar a todos a la muerte con la atrocidad propia de una fiera y en medio de tormentos. Durante mucho tiempo, recorrió todo el territorio saqueándolo, dispuesto a borrar a todo el linaje de los anglos de los confines de Britania. Pero tampoco con la religión cristiana que había brotado entre ellos tenía consideración alguna; como que hasta el día de hoy es costumbre de los britanos el tener en nada la religión de los anglos y no colaborar con ellos en cosa alguna más que con los paganos[180]. La cabeza del rey Edwin fue llevada a York y depositada en la iglesia de San Pedro apóstol que él mismo empezó, pero concluyó su sucesor Oswaldo, según ya dijimos, y fue sepultada en la capilla del papa san Gregorio[181], de cuyos discípulos había recibido él la palabra de la vida.

3. Perturbadas, pues, las cosas en Northumbria con ocasión de este desastre, al ver que no había protección a no ser en la huida, Paulino, tomando consigo a la reina Etelburga, a la que poco antes había llevado allí, volvió a Kent en barco y fue recibido con grandes honores por el arzobispo Honorio y el rey Eadbaldo. Llegó allí guiado por Baso, un guardia[182] muy valiente del rey Edwin, llevando consigo a la hija de Edwin, Eanfled[183], y a su hijo Uscfrea y a Yffi, hijo de su hijo Osfrido[184], a los cuales luego su madre[185], por miedo a los reyes Eadbaldo y Oswaldo, envió a la Galia para que los educara el rey Dagoberto, que era amigo de Edwin[186], y allí los dos murieron siendo niños y, conforme a los honores debidos a niños de estirpe real e inocentes de Cristo, fueron sepultados en una iglesia. También trajo consigo muchos vasos preciosos del rey Edwin, entre ellos una gran cruz de oro y un cáliz de oro consagrado al ministerio del altar, los cuales hasta el día de hoy se muestran en la iglesia de Kent.

4. Por este tiempo la iglesia de Rochester no tenía pastor alguno porque su obispo Romano, enviado por el arzobispo Justo como emisario al papa Honorio, se había ahogado en las olas del mar de Italia y a causa de esto se encargó de ella el ya mencionado Paulino a invitación del obispo Honorio y del rey Eadbaldo y la tuvo hasta que él mismo, en su

momento, subió al Reino de los Cielos con el fruto de su gloriosa labor. Al morir, dejó en esa iglesia también el palio que había recibido del papa de Roma[187].

5. Había dejado en su iglesia de York al diácono Jacobo, verdadero hombre de iglesia y santo, que, permaneciendo desde entonces mucho tiempo en aquella iglesia, arrebató al antiguo enemigo muchas presas enseñando y bautizando. De él tomó nombre la aldea en que solía vivir habitualmente, junto a Catterick[188]. Como era muy diestro en cantar en la iglesia, cuando algo después se restauró la paz en el reino y al crecer el número de los fieles, empezó a ser también para muchos maestro de canto eclesiástico según la costumbre romana y de Kent. Y, cuando era anciano y estaba lleno de días, según las Escrituras[189], siguió el camino de sus padres.

TERMINA EL LIBRO SEGUNDO

[1] En Beda *Saberctus;* Colgrave y Mynors transcriben *Saeberht*.

[2] En realidad san Gregorio Magno murió el año 604.

[3] I Co 9, 2.

[4] Había nacido hacia el 540.

[5] Parece tratarse del papa san Félix III (483-492).

[6] Colgrave y Mynors hacen notar que san Gregorio Magno parece haber sido el primero en popularizar la distinción, tan medieval, entre vida contemplativa y vida activa.

[7] El cargo de *apocrisiarius* fue una especie de precedente de lo que luego serían los nuncios apostólicos. Gregorio lo desempeñó bajo los papas Benedicto I y Pelagio II, y en ese tiempo en Constantinopla trabó amistad con san Leandro, el hermano mayor de san Isidoro de Sevilla; véase Plummer, *ad loc.*

[8] Se refiere a los *Moralia in Iob*, una de las obras más conocidas de san Gregorio. En un episodio precoz del *préstamo interbibliotecario*, en el año 646 viajó a Roma el clérigo visigodo Tajón, sucesor de san Braulio en la sede de Zaragoza, comisionado por el rey Khindasvinto, para obtener un ejemplar de la obra y copiarla para traerla a España. Como el desorden en que estaba la Biblioteca Apostólica no permitió dar con ella, Tajón obtuvo permiso para practicar una *incubatio*, quedándose a dormir en la Basílica de San Pedro. Durante el sueño se le apareció un ángel que le mostró el anaquel en el que dormitaban los *Moralia;* todo ello, según la *Visio Taionis*, editada por Th. Mommsen en *Monumenta Germaniae Historica, Auctores Antiquissimi* XI (1894), pp. 341-343, que luego fue recogida por varios autores medievales. Colgrave y Mynors anotan que en el pasaje de Beda comparece el esquema, luego clásico, de la triple interpretación de las escrituras: histórica o literal, alegórica o mística y tropológica o moral.

[9] Constantinopla.

[10] Patriarca de Constantinopla, muerto en el 582.

[11] Lc 24, 39.

[12] Tiberio II (578-582).

[13] La *Regula pastoralis.*

[14] Quizá su obra más popular, pues consta sobre todo de una colección de devotas e ingenuas anécdotas, como la de la monja que, por no haber hecho antes la señal de la cruz sobre la lechuga que iba a comerse, se llevó el susto de que de ella salía un demonio; véase el ya citado ensayo de Auerbach: pp. 96 ss.

[15] Se trata del *Liber Synodicus*, que recogía los acuerdos del sínodo romano del 595.

[16] Hb 12, 6.

[17] Cfr. Sal 111 (112), 9.

[18] Job 29, 11-17.

[19] Job 31, 16-18.

[20] Gregorio, *Moralia in Iob*, Migne, *Patrologia latina* 76, 411.

[21] Las correspondientes basílicas romanas de San Pedro del Vaticano y San Pablo Extramuros.

[22] Según Colgrave y Mynors, san Gregorio añadió estas peticiones al canon de la misa, antes de la consagración.

[23] Recuérdese que fue el 604.

[24] Naturalmente, se refiere a la Basílica de San Pedro de Roma. El *secretarium* del que habla Beda podría ser la secretaría pontificia; véase la nota de Colgrave y Mynors.

[25] Escrito, naturalmente, en dísticos elegíacos.

[26] El de Roma, mercado y lugar de encuentro de los ciudadanos.

[27] El bien conocido juego de palabras *Angli/angeli*.

[28] Tribu que dio lugar al primitivo reino de Deira, cuyo primer rey, Elle, citado a continuación, reinó desde el 560; véase Colgrave y Mynors.

[29] Es obvio el juego de palabras entre *deiros* y el sintagma preposicional latino *de ira*. Deira era una de las provincias de Northumbria.

[30] Otro fácil juego de palabras, con la forma original del nombre, *Aelle.*
[31] Ha de entenderse que también a los britanos, ya cristianizados.
[32] Transcribimos así el gentilicio de los que Beda llama *Huicii* y los modernos estudiosos anglosajones *Hwiccas* (Plummer) o *Hwicce* (Colgrave y Mynors). Su territorio estaba en el oeste de Britania, en partes de los actuales Worcestershire, Gloucestershire y Warwickshire, con su obispado en Worcester. Parece que era un reino britano pero que pronto sufrió las migraciones o invasiones de los anglos occidentales del Wessex.
[33] Es decir, del Wessex. El lugar exacto no se conoce.
[34] Aparece aquí por vez primera el polémico y hasta «tedioso» (Plummer) asunto de la fijación de la fecha de la Pascua, la piedra angular del calendario litúrgico, que tanto dará que escribir a Beda a lo largo de su *Historia*. De momento, cabe advertir que los britanos, al igual que los escotos o irlandeses, no seguían al respecto la observancia romana, sino una probablemente anterior, algo lógico en razón de su lejanía y de las dificultades de comunicación.
[35] Los ciclos eran periodos de años solares enteros que contenían números enteros de meses lunares (de 29 días y medio), y se calculaban con vistas a la fijación de la fecha de la Pascua; pero ya de por sí eran objeto de discusión. La observancia romana de la Pascua que ha llegado hasta nuestros días la fijó en el primer domingo (día de la Resurrección del Señor) siguiente al primer plenilunio de primavera, con lo que no puede ser ni antes del 22 de marzo ni después del 25 de abril. Sin embargo, en ese punto había viejas diferencias. En primer lugar, la que había representado el sector judeocristiano de la Iglesia, amparado en la autoridad y tradición del apóstol san Juan, que, al igual que los judíos, celebraba la Pascua sin tener en cuenta el día de la semana en que cayera (es la desviación de los llamados *cuartadecimanos*). Pero ése no fue el motivo principal de las disidencias, pues, al fin y al cabo, sólo suponía, como mucho, una diferencia de una semana en la fijación de la fecha. Más problemas provocó la cuestión de cómo ajustarse al calendario lunar judío, que celebraba la Pascua en el día 14 del mes de Nisán, el primero del año, y ese mes era aquel en el que cayera el primer plenilunio tras el equinoccio primaveral; de manera que, si sobrevenía el plenilunio justo antes del mismo, ese mes se imputaba al año anterior y no al año nuevo. Ahora bien, había otro factor, y más importante de desacuerdos: la Iglesia de Roma, siguiendo los cómputos alejandrinos, había fijado la fecha del equinoccio en el 21 de marzo, mientras la tradición que seguían los celtas (que, por lo demás, no parece que fueran *cuartadecimanos*) la establecía en el 25 de dicho mes. Esta diferencia, obviamente, era capaz de provocar de-sajustes mayores, pues, por ejemplo, un domingo que siguiera a un plenilunio producido entre el 21 y el 24 de marzo quedaría desechado como fecha pascual, obligando a esperar a uno que siguiera a un mes lunar entero. Para complicar más las cosas, también hubo divergencia en el cómputo mismo de los días, según se hiciera contando desde el anochecer o a partir del nuevo día a que daba lugar la medianoche. Puede verse al respecto el erudito *Excursus* de Plummer II: 348 ss., la nota de Colgrave y Mynors, *ad loc* y Crépin I, p. 20.
[36] Cfr. Sal 67 (68), 7.
[37] Cfr. Ef 3, 14.
[38] Actualmente Bangor Iscoed, cerca de Chester, en el condado de Cheshire, en el noroeste de Inglaterra. Crépin, *ad loc.*, recuerda que no es el Bangor que era sede episcopal de Gales.
[39] Vivió *ca.* 500-542. Al parecer, era un caudillo britano desplazado de sus tierras por los anglosajones.
[40] Mt 11,29.
[41] Actualmente Chester.
[42] Plummer, Colgrave y Mynors hacen notar la escasa simpatía por los britanos que muestra Beda, en contraste con la que suele mostrar por los irlandeses y los pictos.
[43] Beda, como en otros lugares, habla de los «sajones occidentales».
[44] Es decir, hasta el límite meridional de Northumbria.
[45] Actual Rochester.
[46] Canterbury.
[47] La de Canterbury.
[48] Es decir, de Canterbury.
[49] Debió de ser el 604 o el 605.
[50] Práctica que, sin embargo, no estaba permitida, para evitar una especie de sucesión hereditaria; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.* Obsérvese, por cierto, que Beda evoca luego oportunamente el precedente de san Pedro con san Clemente.
[51] Naturalmente Irlanda; Colgrave y Mynors hacen notar la diferencia entre los *Scotti* que aún vivían allí y los del reino de Dalriada, que ya se habían asentado en Britania.
[52] Irlanda.
[53] Naturalmente, los irlandeses.
[54] San Columbano (*ca.* 543-615), uno de los grandes santos irlandeses, que restituyó al continente europeo una parte del caudal de cultura antigua que se había preservado en su isla natal. Fue monje en Bangor, y luego pasó a la Francia merovingia, donde fundó el monasterio de Luxeuil. En Italia fundó el de Bobbio. Uno y otro fueron importantes centros de cultura literaria. De él se conservan numerosas obras. El obispo Dagan, citado previamente (y, como puede verse, un intemperante), no está claramente identificado; véanse Plummer y Colgrave y Mynors, *ad loc.*
[55] El papa Bonifacio IV (608-615).
[56] Del año 610.
[57] Construido por Agripa, restaurado por Adriano, y actualmente el edificio de la Roma antigua mejor conservado. Bonifacio lo dedicó en el 609 a santa María de los Mártires, advocación que mantiene como iglesia, aparte de ser panteón de la dinastía de Saboya.

[58] En Beda *Saberctus;* Colgrave y Mynors transcriben *Saeberht.*
[59] Beda se refiere aquí a los reyes que, aparte de su propio reino, tuvieron la primacía sobre los demás de Britania, es decir, la condición de *bretwalda,* en una especie de antecedente del «Reino Unido». En V 23, 4 añade a la lista a Etelbaldo de Mercia (cfr. Crépin, *ad loc.*).
[60] Beda dice «de los sajones meridionales».
[61] Beda dice «de los sajones occidentales».
[62] Beda dice «de los anglos orientales».
[63] Las de Anglesey y Man.
[64] En Canterbury. Etelberto es considerado santo desde tiempo inmemorial.
[65] Y todavía hoy.
[66] El Apóstol es, naturalmente, san Pablo; el texto invocado es I Co 5, 1.
[67] Cfr. II P 2, 22.
[68] Beda escribe «de los sajones orientales.
[69] Al parecer, era frecuente entre los pueblos germanos el que los hijos heredaran en plano de igualdad el reino paterno, obvia fuente de conflictos; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*
[70] Hipocorístico, por abreviación del nombre de Seberto.
[71] La del bautismo.
[72] Colgrave y Mynors, *ad loc.*, nos recuerdan que éste era el antiguo nombre de los sajones occidentales, los habitantes del Wessex.
[73] Estamos ante una visión producida en el curso de una típica *incubatio:* el sueño en un santuario, tradicional en el género hagiográfico; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*
[74] Obviamente, san Pedro.
[75] Cfr. Mt 10, 16; Jn 10, 12.
[76] Recuérdese que, según la tradición, san Pedro fue crucificado cabeza abajo; para la expresión cfr. Flp 2, 8 s.
[77] Lorenzo de Canterbury es venerado tradicionalmente como santo.
[78] La de Canterbury. Melito es venerado como santo.
[79] También llamado san Adeodato (615-619). Lo sucedió Bonifacio V, papa hasta el 625.
[80] Canterbury.
[81] Mártires de Panonia en tiempo de Diocleciano, sepultados en la iglesia romana que lleva su nombre.
[82] La de San Pedro y San Pablo de Canterbury.
[83] Mt 18, 20.
[84] Cfr. Mt 25, 15 ss.
[85] Texto, al parecer, corrompido. Adoptamos la conjetura *quod ei resignare* de Plummer.
[86] Mt 10, 22.
[87] El escriba romano latiniza el nombre con la forma *Audulbaldo.*
[88] Cfr. Sal 18 (19), 5; Ro 10, 18.
[89] Recuérdese que era el atributo de la dignidad arzobispal.
[90] En efecto, el palio se llevaba sobre los hombros, como la cruz, con una banda cayendo por delante y otra por detrás.
[91] Como uno de los *bretwaldas* antes citados.
[92] Las de Man y Anglesey, en el Canal de San Jorge.
[93] Es decir *hides* en la lengua vernácula.
[94] Beda escribe *Aetelburga;* Colgrave y Mynors transcriben *Aethelburg*. Esta reina hubo de volverse a Kent tras la muerte en batalla de su marido Edwin; entró en el monasterio de Lyming, del que fue abadesa. Tras su muerte fue venerada como santa.
[95] San Pablo, II Co 11, 2.
[96] San Pablo, II Co 4, 4.
[97] Es decir, de los sajones occidentales.
[98] Al parecer, reinaba con su padre Cinegisl, citado en III 7.
[99] Afluente del Trent, en la zona de los Midlands.
[100] Beda llama *minister* al que, al parecer, era un *thegn* (como traducen Colgrave y Mynors) o *thane*, servidor directo del rey.
[101] Junto con la Pascua, fecha tradicional para bautizos.
[102] El ya citado Bonifacio V, muerto en el 625, dato que ha planteado dudas sobre la fecha de esta carta.
[103] Mal 1, 11.
[104] Texto corrupto, del que damos una traducción conjetural.
[105] El sucesor de Etelberto en Kent, y cuñado de Edwin, que, tras haber permitido el renacer del paganismo, había vuelto al buen camino. Aquí su nombre aparece latinizado como *Audubaldous.*
[106] Sal 95 (96), 5.
[107] Sal 113 (115), 5 ss.
[108] Jn 3, 5.
[109] La *laena o lena* (gr. *chlaîna*) era un capote o manto de lana que se usaba en invierno. La región de Ancira, actual Ankara (o Angora), producía desde siempre finas lanas.

[110] Recuérdese que era hija de Etelberto y hermana de Eadbaldo de Kent, y ya cristiana antes de su matrimonio.
[111] Cfr. *II* Ti 4,2.
[112] Gn 2, 24; Mt 19, 5.
[113] I Co 7, 14.
[114] Rey de East Anglia no bien conocido, de los mencionados en II 5 (y véase luego II 15). Debió de vivir hasta el entorno del 616. Se ha intentado ver su cenotafio en un barco enterrado descubierto en Sutton Hoo, con objetos muy valiosos; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.* Sobre la visión que a continuación relata Beda y sus posibles fuentes, véase Wallace-Hadrill, *ad loc.*
[115] Colgrave y Mynors, en nota a este pasaje, señalan una huella de la *Eneida* y varias otras en diversos pasajes de la *Historia.*
[116] Afluente del Trent, en Nottinghamshire.
[117] Con razón anotan Colgrave y Mynors, *ad loc.*, que «el vívido relato de la conversión del rey Edwin es uno de los más famosos de los relatos de Beda». Su fuente parecen ser relatos populares todavía subsistentes. Wallace-Hadrill, con bibliografía, señala paralelismos con los de conversiones de otros reyes bárbaros.
[118] Plummer, *ad loc.*, subraya «the gross materialism of Coifin's counsel», que ayudaría a comprender la apostasía tras la derrota de Edwin en Hatfield, en el 633. Adviértase, además, la astucia con la que el clérigo pagano se queja de la ingratitud de los dioses pero a cuento de los beneficios que no ha recibido del rey al que está hablando.
[119] Colgrave y Mynors traducen «ealdormen and thegns».
[120] Wallace-Hadrill, *ad loc.*, aduce posibles antecedentes bíblicos y patrísticos de esta bella y famosa imagen de Beda.
[121] No hemos visto comentarios sobre esta noticia, que nos recuerda la costumbre, todavía vigente en ciertas diócesis españolas, de que los nuevos obispos entren a tomar posesión de ellas montados en una mula.
[122] Pequeña localidad del Yorkshire.
[123] Reminiscencia de Virg., *En.* II 501 s.
[124] Colgrave y Mynors, *ad loc.*, anotan que éste era el material normalmente empleado cuando no había a disposición piedra, en general procedente de construcciones romanas. Más detallada información da Plummer. De la iglesia de piedra que la sustituyó tampoco queda resto alguno.
[125] Cfr. Hch 13, 48.
[126] Beda escribe *Quoenburga* y Colgrave y Mynors transcriben *Cwenburh*. Sobre esta genealogía, al parecer poco clara, véase Plummer, *ad loc.*
[127] Beda escribe *Aetelburga;* Colgrave y Mynors transcriben *Aethelburh.*
[128] En el original, *Aedilhun* y *Aedilthryd*, respectivamente, transcritos por Colgrave y Mynors como *Aethelhun* y *Aethelthryth*.
[129] Las que se vestían con motivo del bautismo y se llevaban durante toda la semana siguiente. De ahí la denominación del Domingo *in albis*.
[130]*Osfrith* en Colgrave y Mynors.
[131] Así transcriben Plummer y Colgrave y Mynors el *Adgefrin* de Beda. Al parecer se encontraba cerca de Wooler, Glendale, en Northumbria. Wallace-Hadrill ofrece más detalles y bibliografía sobre ese palacio.
[132] Actualmente llamado Beaumont Water, aunque su nombre primitivo se conserva en el de Yeverin in Glendale, según Plummer, *ad loc*.
[133] Lugar no identificado. Plummer, *ad loc.*, recoge algunas conjeturas al respecto.
[134] Los de Bernicia y Deira fueron en sus días dos reinos con personalidad propia, aunque no figuren en la lista tradicional de la llamada «heptarquía anglosajona». Ocupaban, respectivamente, el tramo norte y sur (el Yorkshire) de la costa del que luego sería el gran reino de Northumbria. Véase el reciente capítulo de H. Hamerow, «The earliest Anglo-Saxon kingdoms», en P. Fouracre (ed.), *The New Cambridge Medieval History* I, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 263-288, y mapa en p. 281.
[135] Cerca de Richmond, en el Yorkshire. Beda latiniza el topónimo por medio del helenismo *Cataracta;* véase Wallace-Hadrill, *ad loc.*
[136] Topónimo mixto latino-céltico. El lugar, al parecer, se hallaba cerca de Dewsbury, en el Yorkshire (Colgrave y Mynors).
[137] Cerca de la actual Leeds, cuyo nombre parece conservar su recuerdo; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*
[138] En Beda *Thrythuulfus*, y *Thrythwulf* en Colgrave y Mynors.
[139] El topónimo sobrevive en los de Sherburn-in-Elmet y Barwick-in-Elmet, cerca de Leeds. Al parecer, fue un reino independiente hasta el siglo VII; véanse Plummer y Colgrave y Mynors, *ad loc.*
[140] Beda, como es habitual, habla de los *Orientales Angli*. Los reyes citados anteriormente son *Earuald* y *Reduald* (Beda), que Colgrave y Mynors transcriben por *Eorpwold* y *Raedwand*. Sobre esa dinastía véase Plummer, *ad loc.*
[141] Cfr. Lc 11, 26.
[142] La secta herética judaica, asentada en la región palestina de Samaria, caracterizada por su sincretismo con las religiones idolátricas circundantes. Ha pervivido hasta la actualidad.
[143] Beda lo llama *Alduulf*, que Colgrave y Mynors transcriben por *Ealdwulf*. Era hijo de Etelric, rey de East Anglia, y reinó hasta el año 713; más detalles sobre el personaje y su familia pueden verse en Plummer y Wallace-Hadrill, *ad loc.*
[144] Al parecer, Wuffa reinó desde el año 571 y Tytil desde el 578; véanse Plummer y Wallace-Hadrill, *ad loc*.
[145] A su respecto véase Wallace-Hadrill, *ad loc.*

[146] Se ha hecho notar a este respecto que en las tierras de la futura Borgoña era donde había prendido especialmente la tarea misionera de san Columbano; véanse Plummer y Wallace-Hadrill, *ad loc.*

[147] El término latino *felix* se aplicaba, ante todo, a un campo o cultivo fértil. Además, antiguamente, para ciertos ritos, los romanos solían elegir a personas que llevaran un *faustum cognomen*, como *Felix, Laetus* o el propio *Faustus*.

[148] En Beda, *Dommoc*, actualmente una simple aldea de la costa de Suffolk; véase Plummer, *ad loc.*

[149] Es venerado como san Félix de Dunwich.

[150] La *provincia Lindissi* corresponde, en efecto, a la actual comarca de Lindsey, en el Lincolnshire, colindante con los reinos de Northumbria y de Mercia. En un tiempo fue un reino independiente; véase Hamerow: 281 s.

[151] La *Lindocolina ciuitas* de Beda.

[152] Hacia el año 627. Se lo venera como san Justo de Canterbury.

[153] En Beda *Partaneu,* en la región del Lincolnshire.

[154] Actual Littleborough. El segundo elemento del nombre original revela su origen romano *(castrum).*

[155] Parece ser que el término latino *tufae* lo tomó Beda de Vegecio, en cuyo texto se lee *rufa*. En cuanto al anglosajón *thuf*, no está claro, aunque parece que hay que relacionarlo con el actual *tuft*, «ramillete» o penacho», lo que sugiere que el estandarte en cuestión se adornaba con ramas. Se cree que, entre los objetos encontrados en el ya citado barco fúnebre de Sutton Hoo, hay restos de uno de ellos; véanse Colgrave y Mynors, Wallace-Hadrill y Crépin, *ad loc.*

[156] Honorio I sucedió a Bonifacio V en el año 625 y murió en el 638.

[157] Recuérdese que es la banda de lana distintiva de la dignidad arzobispal.

[158] El ya tantas veces citado papa san Gregorio Magno.

[159] Al parecer, del año 627; véase Plummer, *ad loc.*

[160] Como en otras ocasiones, Beda se refiere a la de Canterbury.

[161] Pasaje oscuro y probablemente corrupto, del que damos una traducción conjetural.

[162] Mt 11, 28.

[163] Mt 25, 21.

[164] La última datación, según la era cristiana, sería obra de Beda. El gran emperador bizantino Heraclio (*ca.* 575-641) asoció al poder a sus hijos Constantino III Heraclio y Heraclio llamado Heracleonas, que lo sucedieron, pero no fueron capaces de contener al islam.

[165] Es decir, de los irlandeses.

[166] Véanse II 2 y nota con bibliografía, y también II 4.

[167] El papa Juan IV sucedió en el 640 a Severino, quien ocupaba la sede desde el 638 o 639.

[168] Del año 325. Por lo que se ve, se acusa a los irlandeses de practicar el cómputo discrepante llamado *cuartadecimano;* véase nuestra nota a II 2. Sin embargo, según Colgrave y Mynors, *ad loc.*, no hay prueba de tal imputación.

[169] Transcribimos los nombres irlandeses según Colgrave y Mynors y Plummer, *ad loc.*, que han identificado a la mayoría de los personajes citados: Tómíne *(Tomianus)* era abad y obispo de Armagh; Columbano (también llamado Colmán) era abad de Clonard y también obispo; Crónán *(Cronanus)* era obispo de Nendrum o Inishmahe; Díma *(Dimaus)* era probablemente Dima Dubh, obispo de Connor; Baetán *(Baithanus)* tal vez era Baeithin, obispo de Tibohine.

[170] Entiéndase, naturalmente, irlandeses. También aquí seguimos las transcripciones de Colgrave y Mynors. Los presbíteros citados serían, según Plummer, *ad loc.:* Crónán *(Cronanus),* quizá san Crónán de Movilla, o bien un abad de Bangor; Ernene *(Ernianus),* probablemente san Ernan, abad de la isla de Tory; Laisréne *(Laistranus),* abad de Leighlin; Sillan (*Scellanus*), obispo de Devenish; Ségéne *(Segenus),* abad de Iona; Saran *(Saranus),* Saran Ua Critain, muerto en el 661.

[171] Al parecer, por hallarse vacante la Sede Apostólica, la carta fue suscrita por estos dignatarios subalternos.

[172] Cfr. I Co 5, 7.

[173] Colgrave y Mynors anotan que, en efecto, hay rastros de pelagianismo en escritos irlandeses de los siglos VIII y IX pero que no se puede decir que la herejía hubiera renacido en aquella tierra.

[174] I Ti 2, 5.

[175] Sal 50 (51), 7.

[176] Recuérdese que Edwin era rey de Northumbria pero también de los britanos sometidos a ella.

[177]*Caedualla,* también llamado *Caedwallon* en los textos galeses. Estaba al frente del poderoso reino britano de Gwynedd, en la costa noroeste de Gales, sobre el cual puede verse W. Davies, «Wales», en Fouracre 2005, p. 251; sobre *Caedwallon*, 254.

[178] En efecto, el actual Hatfield Chase, al nordeste de Doncaster, en el Yorkshire meridional, parece corresponder al *Haethfelth* del que habla Beda.

[179] Por sus virtudes y por haber sido considerado mártir, Edwin pasó pronto a ser san Edwin, santo muy popular en Inglaterra.

[180] Una vez más Beda deja ver el mal entendimiento que había entre los cristianos anglosajones y los de origen britano; cfr. II 4, 2.

[181] Esta noticia parece contradecirse con la que aparece en III 24 de que Edwin fue sepultado en Whitby, sin alusión alguna a la falta de su cabeza; pero la aparente contradicción se resuelve si se admite que los enemigos lo habían decapitado y abandonado su cuerpo en el campo de batalla; véanse Plummer, Colgrave y Mynors y Wallace-Hadrill, *ad loc.*

[182] Un *thegn;* véase II 9 y nota.

[183] Luego casada con el rey Oswiu y al cabo abadesa de Whitby.

[184] Muerto junto a su padre Edwin en Hatfield.
[185] La ya citada Etelburga.
[186] Y, ante todo, primo segundo de ella.
[187] Paulino de Canterbury es venerado como santo desde tiempo inmemorial.
[188] En el Yorkshire septentrional, antigua *Cataractonium*, que Beda llama *Cataractam.*
[189] Job 42, 16.

LIBRO III

Esto es lo que contiene el libro III de la *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos:*

Escocia[1].

26. Cómo Colmán, vencido, se volvió a su tierra y Tuda asumió el episcopado en su lugar, y cuál era el estado de la iglesia con aquellos maestros.

27. Cómo Egberto, un hombre santo del pueblo de los anglos, llevó vida monástica en Hibernia[2].

28. Cómo, al morir Tuda, fueron consagrados obispos del reino de Northumbria Wilfrido, en la Galia, y Chad, en Wessex.

29. Cómo el presbítero Wigheard fue enviado a Roma desde Britania para ser ordenado arzobispo, y al poco tiempo una carta del papa apostólico anunció que había muerto allí.

30. Cómo los sajones orientales, en un tiempo de epidemia, se volvieron a la idolatría, pero por el celo del obispo Jaruman enmendaron su error.

EMPIEZA EL PROPIO LIBRO

1

Cómo los primeros sucesores del rey Edwin traicionaron la fe de su pueblo y luego el cristianísimo rey Oswaldo restauró la fe y el reino.

1. Cuando Edwin fue muerto en combate, en su lugar se hizo con el reino de Deira[3], del cual venían su ilustre linaje y la raíz de su reinado, el hijo de su tío paterno Elfrico cuyo nombre era Osrico, el cual, cuando la predicación de Paulino, había recibido los sacramentos de la fe. Ahora bien, el reino de Bernicia[4] (pues el pueblo de los nortumbros estaba dividido desde antiguo en estas dos provincias[5]), lo asumió un hijo de Etelfrido llamado Eanfrido, que de allí derivaba su linaje y sus pretensiones al reino[6]. El caso es que, durante todo el tiempo en que reinó Edwin, los hijos del dicho rey Etelfrido, que había reinado antes que él, estuvieron exiliados entre los escotos[7] y los pictos[8] con muchos jóvenes nobles, y que allí fueron catequizados según la doctrina de los escotos y regenerados con la gracia del bautismo. Cuando, muerto el rey que era su enemigo, se les permitió volver a su patria, el primero de ellos, el ya citado Eanfrido, asumió el reino de Bernicia. Uno y otro rey, una vez que alcanzaron las ínfulas del reino terrenal, maldijeron de los sacramentos del reino celestial en los que habían sido iniciados y se volvieron a la antigua inmundicia de la idolatría para mancillarse y perderse.

2. A no mucho tardar, el rey de los britanos Cedwalla[9] acabó con los dos, con mano impía pero en justa venganza. En primer lugar, en el verano siguiente, aniquiló, junto con todo su ejército, a Osrico, que temerariamente lo había asediado en un municipio fortificado[10], cogiéndolo desprevenido en una salida súbita con todos los suyos. Luego, después de dominar los reinos de Northumbria por un año entero, no como un rey vencedor, sino como un sañudo tirano, destrozándolos y saqueándolos con trágicas matanzas, cuando Eanfrido, como un incauto, llegó junto a él con 12 guardias[11] escogidos para pedir la paz, le hizo sufrir la misma suerte. Aquel año se considera como infausto y odioso para todos los hombres buenos hasta el día de hoy, tanto por la apostasía de los reyes de los anglos, con la que se habían despojado de los sacramentos de la fe, como por la vesánica tiranía del rey de los britanos. Por ello les pareció bien a cuantos llevan el cómputo de los años de los reyes quitar de en medio la memoria de los reyes pérfidos y asignar ese año al reinado de Oswaldo, hombre amado de Dios. Llegando él, tras la muerte de su hermano Eanfrido, con un ejército pequeño, pero armado con la fe de Cristo, el infame caudillo de los britanos, junto con aquellas inmensas tropas a las que presumía de que nada podía resistir, fue muerto en el lugar que en la lengua de los anglos se llama *Denisesburn*, es decir, Arroyo de *Denise*[12].

2

Cómo por el leño de la cruz que el mismo rey había levantado cuando iba a luchar contra los bárbaros, entre otras innumerables curaciones milagrosas, cierto hombre fue curado de la lesión que tenía en un brazo.

1. Hasta el día de hoy se enseña y se tiene en gran veneración el lugar en el que Oswaldo, al acudir a ese combate, erigió el signo de la Santa Cruz y, doblando sus rodillas, rogó a Dios para que en situación de tanta necesidad socorriera a sus fieles con su ayuda celestial. En fin, se cuenta de que, tras hacerse apresuradamente la cruz y prepararse el hoyo en la que había de alzarse, él, hirviendo de fe, la arrebató y la metió en el hoyo y la mantuvo erguida con las dos manos, mientras se la fijaba con la tierra que amontonaban los soldados, y que, hecho esto, alzando su voz, gritó a todo su ejército: «Doblemos todos nuestras rodillas y roguemos en común al Dios Todopoderoso, vivo y verdadero, para que con su misericordia nos defienda de ese enemigo soberbio y feroz; pues Él sabe que hemos emprendido una guerra justa por la salvación de nuestro pueblo». Todos hicieron como él les había mandado, y así, avanzando contra el enemigo cuando apuntaba el alba, consiguieron la victoria conforme al mérito de su fe. En el lugar de su oración se sabe que se han realizado innumerables curaciones milagrosas, evidentemente como señal y recuerdo de la fe del rey. Todavía, hasta el día de hoy, muchos suelen arrancar astillas del propio leño de la Sacrosanta Cruz, que echan en agua y, cuando la beben o son aspergidos con ella las personas o los animales enfermos, pronto recuperan la salud.

2. Aquel lugar se llama en la lengua de los anglos Heavenfield[13], que en latín puede decirse *Campus Caelestis* («Campo del Cielo»), nombre que sin duda recibió antiguamente a modo de presagio de lo que allí iba a ocurrir; dando a entender, naturalmente, que allí mismo se erigiría un trofeo celestial, que se lograría una victoria celestial y que hasta el día de hoy se harían celestiales milagros. El lugar está al norte del muro con el que antaño los romanos cercaron a toda Britania de mar a mar para contener los ataques de los bárbaros, según ya contamos[14]. A ese lugar ya tenían desde hace mucho tiempo los hermanos de la iglesia de Hexham[15], que no está muy lejos, la costumbre de ir todos los años la víspera del día en que el mismo Oswaldo fue muerto[16] y hacer una vigilia por la salvación de su alma y, tras cantar muchos Salmos en su honor, ofrecer de mañana por él el santo sacrificio. Ellos mismos, al tomar cuerpo esa buena costumbre, tras construir recientemente allí mismo una iglesia, han hecho el lugar más sagrado y venerado que ningún otro. Y no es sin justa causa, porque, según sabemos, ningún signo de la fe cristiana, ninguna iglesia, ningún altar se erigió en todo el pueblo de Bernicia antes de que este nuevo caudillo de la milicia alzara el estandarte de la Santa Cruz, por dictado de su devota fe, cuando iba a combatir contra aquel enemigo tan temible. Y no está fuera de lugar narrar uno de los muchos milagros que por su virtud se han realizado junto a esta cruz.

3. Uno de los hermanos de esa misma iglesia de Hexham, de nombre Bothelmo, que todavía vive, hace unos pocos años, cuando con poca prudencia caminaba de noche sobre el hielo, se cayó de repente y se rompió un brazo, y empezó a sentir grandes molestias por la gravísima fractura, de manera que ni siquiera podía llevarse la mano a la boca por impedírselo el dolor. Cuando un día oyó que uno de los hermanos había decidido subir al lugar de la Santa Cruz, le rogó que a la vuelta le trajera algún trozo de aquel leño venerable, diciéndole que creía que por él, con la gracia de Dios, podría conseguir la salud. Hizo el otro como él le rogó y, al volver a la tarde, estando ya los hermanos sentados a la mesa, le ofreció un poco del viejo musgo con el que la cruz estaba cubierta. Como estaba sentado a la mesa, no tenía a mano donde guardar el presente ofrecido, por lo que se lo metió entre la ropa y, cuando se fue a acostar, olvidándose de dejarlo en otro sitio, dejó que allí siguiera. A mitad de la noche se despertó, y sintió que alguna cosa fría estaba pegada a su costado y, al mover la mano para averiguar qué era, halló que su brazo y su mano estaban tan sanos como si nunca hubieran sufrido tanto mal.

3

Cómo el mismo rey, tras pedir un obispo al pueblo de los escotos, recibió a Aidán y le dio una sede episcopal en la isla de Lindisfarne.

1. Pues bien, tan pronto como Oswaldo recibió el reino, deseando inculcar a todo el pueblo al que empezaba a gobernar la gracia de la fe cristiana, de la que había tenido las mayores pruebas al vencer a los bárbaros, envió mensajeros a los ancianos de los escotos[17], entre los que, estando desterrado él mismo, había recibido el sacramento del bautismo junto con los guardias[18] que estaban con él, pidiendo que le enviaran un obispo con cuya enseñanza y ministerio el pueblo de los anglos que él regía aprendiera los dones de la fe y recibiera los sacramentos. Y no mucho más tarde logró lo que había pedido; pues recibió al obispo Aidán[19], un hombre de gran mansedumbre, piedad y moderación, y que tenía el celo de Dios, aunque no en pleno acuerdo con la recta doctrina[20]. En efecto, solía celebrar el día de la Pascua del Señor según la costumbre de su pueblo, algo de lo que ya hemos hecho repetida mención, entre la decimocuarta y la vigésima luna.Y es que según esta norma celebraba todavía por entonces la Pascua del Señor el reino septentrional de los escotos[21] y todo el pueblo de los pictos, estimando que con esta observancia seguía los escritos del santo y laudable padre Anatolio[22]. Si esto es verdad, cualquier persona instruida puede averiguarlo. Pero los pueblos de los escotos que habitaban en las partes meridionales de Hibernia[23] ya hace tiempo que aprendieron, por la enseñanza del obispo de la Sede Apostólica, a observar la Pascua según el rito canónico[24].

2. Pues bien, cuando el obispo Aidán llegó junto a él, el rey le dio un lugar para su sede episcopal donde él mismo se lo pedía, en la isla de Lindisfarne[25], un lugar que, como se sabe, al subir y bajar la marea, dos veces al día queda rodeada por las olas del mar al modo de una isla, y por dos veces, al restablecerse la orilla, vuelve a estar unido con la tierra. El rey, escuchando humildemente y de buena gana todas sus admoniciones, se preocupó con mucha diligencia de construir y dilatar la Iglesia de Cristo en su reino. Allí se dio a menudo el bellísimo espectáculo de que, mientras predicaba el obispo, que no conocía perfectamente la lengua de los anglos, el propio rey actuaba como intérprete de la palabra celestial para sus principales y servidores, porque, lógicamente, en la época de su exilio ya había aprendido plenamente la lengua de los escotos[26].

3. A partir de entonces, y por muchos días, empezaron a venir a Britania y a los reinos de los anglos en los que reinaba Oswaldo muchos de la región de los escotos[27] a predicar con gran devoción la palabra de la fe y a administrar, todos los que estaban provistos de la dignidad sacerdotal, la gracia del bautismo a los que creían. En consecuencia, se construyeron iglesias en diversos lugares, se reunía gozosa la gente a escuchar la Palabra, se donaban por la generosidad regia posesiones y terrenos para fundar monasterios, los niños de los anglos eran instruidos junto con los mayores por maestros escotos en los estudios y en la observancia de la disciplina regular.

4. Eran en su mayor parte monjes los que habían venido a predicar. Monje era el propio obispo Aidán, que había sido enviado desde la isla que se llama Iona[28], cuyo monasterio mantuvo su autoridad durante no poco tiempo sobre casi todos los monasterios de los escotos septentrionales y todos los de los pictos y regía a sus comunidades. Esta isla, desde luego, pertenece por derecho a Britania, de la que está separada por un estrecho no muy grande, pero por donación de los pictos, que habitan aquellas regiones de Britania, ya hace tiempo que fue entregada a los monjes escotos[29], porque de ellos recibieron la fe de Cristo.

4

Cuándo aceptó la fe de Cristo el pueblo de los pictos.

1. En el año 565 de la Encarnación del Señor, cuando Justino el Menor recibió el Imperio[30] de Justiniano, vino de Hibernia[31] a Britania un presbítero y abad, insigne por su observancia y vida de monje, llamado Columba[32], para predicar la palabra de Dios a los reinos septentrionales de los pictos, es decir, a los que están aislados por empinadas y tremendas cadenas de montañas[33] de los pobladores meridionales de su tierra. Pues estos

pictos meridionales, que tienen su asentamiento de esta parte de los montes, según cuentan, ya mucho tiempo antes, abandonando el error de la idolatría, habían acogido la fe en la verdad, cuando les predicó la Palabra el reverendísimo obispo y santo varón Ninian[34], del pueblo de los britanos, que había sido instruido debidamente en Roma en la fe y en los misterios de la verdad. La sede de su obispado, famoso por el nombre y la iglesia de San Martín obispo, donde él descansa en cuerpo mortal junto con muchos santos, ya la gobierna ahora el pueblo de los anglos. El lugar, perteneciente al reino de Bernicia, se llama vulgarmente *Casa Blanca* porque Ninian hizo allí una iglesia de piedra, según una costumbre inusual entre los britanos[35].

2. Columba vino a Britania cuando sobre los pictos reinaba Bruide, hijo de Malcolm, un rey muy poderoso, en el noveno año de su reinado, y con su palabra y su ejemplo convirtió a aquel pueblo a la fe de Cristo, y por ello recibió de ellos en propiedad la citada isla de Iona para hacer un monasterio[36]. No es grande, sino como de la extensión de unas cinco familias según las medidas de los anglos[37]; sus sucesores la conservan hasta el día de hoy, y allí fue enterrado él cuando tenía ochenta y siete años, al cabo de unos treinta y dos desde que llegó a Britania para predicar. Había construido, antes de venir a Britania, un famoso monasterio en Hibernia[38] que por su abundancia en robles se llama *Dearmach* en la lengua de los escotos[39], es decir, Campo de los Robles[40]. De uno y otro monasterio surgieron luego, por obra de sus discípulos, numerosos monasterios tanto en Britania como en Hibernia, entre todos los cuales conservaba la primacía el monasterio de la isla[41], en el cual descansa su cuerpo.

3. La isla suele tener siempre como superior a un abad que es presbítero, a cuya autoridad deben estar sujetos incluso los propios obispos, según una regla inusual[42], y conforme al ejemplo de aquel primer maestro que, sin ser obispo, fue presbítero y monje. Acerca de su vida y de sus enseñanzas se dice que sus discípulos tienen algunos escritos. Ahora bien, fuera como fuera él, nosotros tenemos por cierto que dejó unos sucesores de gran pureza de vida y de gran amor a Dios, y distinguidos en la observancia de su regla. Verdad es que siguieron cálculos dudosos en la fecha de la suprema festividad, dado que, al estar situados más allá de los confines del orbe, nadie les había hecho llegar los decretos sinodales sobre la observancia de la Pascua. Sólo observaban con toda diligencia los preceptos de piedad y de castidad que podían aprender en los libros proféticos, evangélicos y apostólicos. Y esta observancia de la Pascua se mantuvo entre ellos por no poco tiempo, durante ciento cincuenta años, hasta el 715 de la Encarnación del Señor.

4. Pero entonces, cuando llegó junto a ellos el reverendísimo y santísimo padre y sacerdote Egberto[43], originario del pueblo de los anglos, que por la causa de Cristo había pasado largo tiempo desterrado en Hibernia[44] y era de lo más docto en las Escrituras y eximio por la perfección de su larga vida, fueron corregidos por él y pasaron a observar el día verdadero y canónico de la Pascua. No siempre lo celebraban anteriormente en la luna decimocuarta[45], como los judíos, según algunos pensaban, sino en un día que fuera domingo pero en una semana distinta de la que correspondía. En efecto, como cristianos sabían que la Resurrección del Señor, que ocurrió al día siguiente del sábado debía celebrarse siempre en el día siguiente al sábado; pero, como bárbaros y rústicos que eran, no sabían en modo alguno cuándo caía ese día siguiente al sábado que ahora se llama domingo. Mas, como no dejaron que se enfriara la virtud de su caridad, también merecieron recibir perfecta noticia de este asunto, según la promesa del Apóstol cuando dice: «Y, si en algo sentís de otra manera, también eso Dios os lo hará ver»[46]. Acerca de esto se hablará más ampliamente en su lugar.

5

De la vida del obispo Aidán.

1. Así, pues, desde esta isla[47] y desde esta comunidad monástica fue enviado Aidán para instruir en Cristo a la provincia de los anglos, tras recibir la dignidad episcopal en el tiempo en el que estaba al frente de aquel monasterio el abad y presbítero Ségéne[48]. Allí, entre otros testimonios de su vida, dejó un ejemplo de lo más saludable de abstinencia y de templanza para los clérigos. Y en su enseñanza recomendaba especialmente a todos que se comportaran de la misma manera en la que él se comportaba con los suyos. En efecto, para nada se cuidaba de buscar ni de disfrutar cosa alguna de este mundo. Todos los dones que le hacían los reyes o los potentados del mundo gozaba repartiéndolos de inmediato a los pobres que se encontraba. Solía andar por todos los lugares, tanto urbanos como rústicos, no a lomos de caballo[49], sino marchando a pie, a no ser que alguna necesidad mayor lo obligara, y así, cuantas veces, dondequiera que fuese, al llegar, iba a ver a ricos y pobres, acercándose a ellos o bien los invitaba a recibir el sacramento de la fe, si eran infieles, o, si eran fieles, los confortaba en la propia fe y los animaba con sus palabras y sus obras a practicar la limosna y las buenas obras.

2. Su vida distaba tanto de la desidia de nuestros tiempos que todos los que marchaban con él, ya fueran tonsurados, ya laicos, debían dedicarse a las tareas espirituales, es decir, aplicarse a leer las Escrituras o a aprender los Salmos. Ésta era su tarea cotidiana y la de todos los que con él estaban, fuera cual fuera el lugar al que llegaran. Y, si por casualidad ocurría –cosa que, sin embargo, raramente ocurrió– que se los invitara a un banquete regio, entraba con uno o dos clérigos y, tras tomar una pequeña refección, se apresuraba a marcharse para entregarse con los suyos a la lectura o a la oración. Siguiendo su ejemplo, en aquel tiempo los hombres y las mujeres más devotos adoptaron la costumbre de ayunar los miércoles y los viernes hasta la hora nona durante todo el año, excepto en el tiempo de gracia de los 50 días de la Pascua[50]. Nunca se callaba ante los ricos por respeto o por temor si algo hacían de malo, sino que los corregía con ásperas reprensiones. No solía gastar dinero alguno con los poderosos de este mundo, exceptuando sólo el necesario para darles de comer si a alguno le ofrecía hospitalidad; antes bien, cuantos donativos en dinero le daban los ricos, o bien los empleaba en bien de los pobres, como ya hemos dicho, o los gastaba en la redención de los que injustamente habían sido vendidos como esclavos. En fin, a muchos que había redimido pagando su rescate, tras redimirlos, los hizo sus discípulos y, tras instruirlos y formarlos, los promovió hasta el orden sacerdotal.

3. Cuentan que, cuando el rey Oswaldo pidió un obispo de la provincia de los escotos[51] para que les anunciara la palabra de la fe a él y a su pueblo, le fue enviado en primer lugar un hombre de espíritu demasiado austero, el cual, como, tras predicar durante cierto tiempo al pueblo de los anglos, nada adelantaba y no era escuchado con gusto por el pueblo, volvió a su patria e informó en el consejo de ancianos de que nada había podido progresar en la instrucción del pueblo al que había sido enviado porque eran unos hombres indomables y de espíritu duro y bárbaro. Pero ellos, según cuentan, se pusieron a discutir ampliamente en su consejo qué había que hacer, sin duda por su deseo de prestar a aquel pueblo la ayuda que se les pedía, si bien doliéndose de que no hubiera sido bien recibido el predicador que les habían enviado. Entonces dijo Aidán (pues también él participaba en el consejo) al sacerdote del que se trataba[52]: «Me parece, hermano, que has sido más duro de lo justo con tus ignorantes oyentes y que no les has ofrecido en el primer momento, según la enseñanza del Apóstol[53], la leche de la doctrina más llevadera, a la espera de que, nutridos poco a poco con la palabra de Dios, se bastaran para comprender los preceptos más perfectos y más sublimes de Dios y para ponerlos en práctica». Al oír esto, los rostros y los ojos de todos los que asistían a la reunión se volvieron hacia él; examinaban cuidadosamente lo que decía, y decidieron que el que era digno del episcopado y debía ser enviado a instruir a los incrédulos y los indoctos era él, que ante todo demostraba estar dotado de la gracia de la discreción, la cual es la madre de todas las virtudes, y así, tras ordenarlo, lo enviaron a predicar. Él, una vez que se le dio tiempo, no tardó en mostrarse adornado también por las demás virtudes, al igual que antes por

la moderación propia de la discreción.

6

De la admirable devoción y piedad del rey Oswaldo.

1. Pues bien, instruido por la enseñanza de este obispo, el rey Oswaldo, junto con el pueblo de los anglos sobre el que reinaba[54], no sólo aprendió a esperar los Reinos de los Cielos, desconocidos para sus progenitores, sino que también consiguió reinos terrenales mayores que los de ninguno de sus mayores, por gracia del único Dios, que hizo el cielo y la tierra, y al fin recibió bajo su poder a todos los pueblos y provincias de Britania, que están divididas en cuatro lenguas, a saber, la de los britones, la de los pictos, la de los escotos y la de los anglos[55].

2. Una vez encumbrado a la cima de tal reino, no por ello –cosa admirable– dejó de ser siempre humilde, benévolo y generoso con los pobres y los extranjeros. Se cuenta, en fin, que en cierta ocasión, cuando en el día santo de la Pascua estaba sentado a comer con el obispo dicho y ante él estaba dispuesta en la mesa una bandeja de plata llena de regios manjares, y ya estaban a punto de echar mano al pan para su bendición, entró de repente uno de sus sirvientes al que estaba encomendada la tarea de acoger a los pobres, e hizo saber al rey que una gran multitud de indigentes llegada de todas partes estaba sentada por las plazas pidiendo alguna limosna del rey. Éste al momento ordenó no sólo que los manjares que le habían servido se los llevaran a los pobres, sino también que la bandeja se partiera y que sus trozos se les repartieran a ellos. Al ver esto el pontífice, que estaba sentado a su lado, encantado por tal gesto de piedad, tomó su mano derecha y dijo: «Que nunca envejezca esta mano». Ello ocurrió tal cual según el voto expresado en su bendición; pues, una vez que el rey fue muerto en una batalla y su brazo, junto con la mano, quedó amputado del resto del cuerpo, ocurrió que brazo y mano quedaron incorruptos hasta el día de hoy. En fin, en la ciudad regia, que se llama Bebbe[56] por el nombre de una antigua reina, se conservan encerrados en una urna de plata en la iglesia de San Pedro y son venerados por todos con el honor que corresponde.

3. Por los esfuerzos de este rey las provincias de Deira y Bernicia, que hasta entonces estaban enfrentadas, se unieron en una misma paz y, por así decirlo, en un solo pueblo[57]. Oswaldo era sobrino del rey Edwin por su hermana Acha[58], y fue justo que un predecesor tan grande tuviera tal sucesor de su propia sangre y heredero tanto de su religión como de su reino.

7

Cómo el reino de Wessex recibió la palabra de Dios por la predicación de Birino y de sus sucesores Agilberto y Leuthere.

1. Por aquel tiempo, en el reinado de Cinegisl[59], el pueblo de Wessex[60], que antiguamente se llamaba de los gevisos[61], recibió la fe de Cristo tras predicarle la palabra el obispo Birino, que había venido a Britania por consejo del papa Honorio, al cual había prometido personalmente que esparciría las semillas de la santa fe en las partes más recónditas de Britania, adonde no había llegado antes ningún maestro. Por ello, y por orden del mismo papa, fue consagrado con la dignidad episcopal por Asterio, obispo de Génova[62]. Ahora bien, cuando llegó a Britania y se dirigió en primer lugar al pueblo de los gevisos, al encontrarse con que allí eran absolutamente todos paganos, pensó que era más útil predicar la Palabra allí que buscar, yendo más lejos, a quienes predicar.

2. Y así, mientras él estaba evangelizando en la provincia dicha, cuando el propio rey, una vez catequizado, fue purificado en la fuente del bautismo junto con su pueblo, se dio el caso de que estaba presente el muy santo y victorioso rey de Northumbria Oswaldo, y lo acogió cuando salía de la pila[63] y, en una alianza realmente hermosa y digna de Dios, Oswaldo recibió antes como a hijo suyo, tras su segundo nacimiento[64] y ya consagrado a Dios, a aquel a cuya hija iba a recibir en matrimonio[65]. Ambos reyes donaron al obispo la ciudad

que se llama *Dorcic*[66] para que en ella erigiera su sede episcopal. Allí, tras hacer y dedicar iglesias y llevar al Señor a muchos pueblos con su piadoso trabajo, se fue junto al Señor y fue sepultado en la misma ciudad, y al cabo de muchos años, cuando Hedde[67] regía el obispado, fue trasladado de allí a la ciudad de Wenta[68] y depositado en la iglesia de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

3. Muerto también el rey Cinegisl, lo sucedió en el reino su hijo Cenwealh[69], quien se negó a aceptar la fe y los sacramentos del Reino de los Cielos y no mucho después perdió también el poder sobre su reino terrenal. En efecto, tras repudiar a la hermana de Penda, rey de Mercia, a la que había tomado como esposa, tomó a otra. Por ello aquél le hizo la guerra y lo privó de su reino, y él se retiró a la corte del rey de East Anglia, que se llamaba Anna y, pasando junto a él tres años de destierro, conoció y aceptó la verdadera fe. Y es que ese rey junto al que estaba desterrado era un hombre bueno y feliz, junto con su buena y santa familia, según mostraremos más adelante[70].

4. Mas cuando Cenwealh, fue repuesto en el reino, llegó a su tierra desde Hibernia[71] un obispo, de nombre Agilberto[72], que, aunque galo de origen, se había quedado no poco tiempo allí para estudiar las Escrituras[73], y se unió al rey asumiendo voluntariamente el ministerio de la predicación. El rey, al ver su erudición y su laboriosidad, le rogó que aceptara allí una sede episcopal y se quedara como prelado de su pueblo, y él, accediendo a sus ruegos, estuvo muchos años al frente de aquel pueblo ejerciendo como obispo. Al fin el rey, que sólo conocía la lengua de los sajones, cansado de su bárbaro hablar[74], introdujo subrepticiamente[75] en su reino a otro obispo de su propia lengua llamado Wine, también él ordenado en la Galia y, dividiendo el reino en dos diócesis[76], le dio a éste una sede episcopal en la ciudad de Wenta, que entre el pueblo de los sajones se llama Winchester[77]. Ofendido gravemente por ello, Agilberto, dado que el rey lo hacía sin consultarlo con él, se volvió a la Galia y, tras recibir el obispado de la ciudad de París, allí murió anciano y colmado de días[78]. Mas no pocos años después de su marcha de Britania, también Wine fue arrojado del obispado por el mismo rey y, marchando junto al rey de Mercia llamado Wulfhere, le compró[79] la sede de la ciudad de Londres y quedó como su obispo hasta el término de su vida. Y así el reino de Wessex estuvo no poco tiempo sin prelado.

5. También en esta época el dicho rey Cenwealh de ese pueblo[80], agobiado por sus enemigos con muy graves y frecuentes daños a su reino, al fin recordó que tiempo atrás la perfidia lo había arrojado del mismo y que el reconocimiento de la fe de Cristo lo había hecho volver a él, y entendió que una tierra desprovista de su prelado también quedaba justamente desprovista de la protección divina. En consecuencia, envió emisarios a Agilberto, a la Galia, rogándole con sumisas satisfacciones que volviera a la sede episcopal de su pueblo. Pero él, excusándose y declarándole que no podía volver porque estaba obligado al obispado de su propia ciudad y diócesis; mas también, en la idea de no dejar de dar ayuda alguna a quien con tanto empeño se la pedía, envió allí en su lugar al presbítero Leuthere[81], su sobrino, para que, si el rey quería, fuera ordenado obispo, y diciéndole que él lo juzgaba digno del episcopado. Tras recibirlo con todos los honores tanto el pueblo como el rey, rogaron a Teodoro, entonces arzobispo de la Iglesia Doruvernense[82] que lo consagrara como obispo suyo y, consagrado en la propia ciudad, desempeñó por muchos años el obispado de los gevisos con laboriosidad y moderación, gobernando él solo conforme a la autoridad sinodal[83].

8

Cómo el rey Eorcemberto de Kent ordenó destruir los ídolos, y sobre su hija Eorcengota y su parienta Etelburga, vírgenes consagradas a Dios.

1. El año 640 de la Encarnación del Señor, Eadbaldo, rey de Kent[84], al partir de esta vida, dejó el gobierno del reino a su hijo Eorcemberto[85], que, tras recibirlo, lo mantuvo de manera egregia por veintitrés años y algunos meses. Éste fue el primer rey de los anglos que

en virtud de su autoridad real ordenó que en todo su reino se abandonaran y se destruyeran los ídolos y también que se observara el ayuno de la Cuaresma. Y, para que sus disposiciones no pudieran ser fácilmente desoídas por nadie, estableció castigos adecuados y enérgicos para los transgresores. Su hija Eorcengota[86], como digna hija de su padre, fue una virgen de grandes virtudes, que sirvió al Señor en un monasterio que en la tierra de los francos había sido construido por una noble abadesa llamada Fara, en el lugar llamado Brie[87]. En efecto, en aquel tiempo, como aún no se habían construido en la tierra de los anglos muchos monasterios, mucha gente de Britania solía dirigirse a los monasterios de los francos o de la Galia para seguir la vida monástica; pero además enviaban a ellos a sus hijas para educarse y desposarse con el esposo celestial, sobre todo a los monasterios de Brie, Chelles y Andelys[88]. Entre ellas estaba Sethrid, hija de la esposa de Anna, el rey de East Anglia del que más arriba hicimos mención, y una hija del propio rey, Etelburga[89] y, siendo una y otra extranjeras, por el mérito de sus virtudes fueron elegidas abadesas del monasterio de Brie. La hija mayor del rey, Seaxburga[90], esposa del rey Eorcemberto de Kent[91], tuvo por hija a Eorcengota, de la que vamos a tratar.

2. De esta virgen consagrada a Dios suelen contar hasta el día de hoy los habitantes de aquel lugar muchas muestras de virtud y milagros; pero a nosotros bástenos con decir algo brevemente sólo acerca de su tránsito de este mundo, con el que se fue al Reino de los Cielos. Pues bien, al acercarse el día en que iba a ser llamada, empezó a recorrer por el monasterio las celdas de las siervas de Cristo que estaban enfermas, y sobre todo las de las que eran de edad más avanzada o más notables por su pureza de vida. Encomendándose humildemente a las oraciones de todas ellas, no les ocultó que estaba cercana su muerte, lo que había conocido por una revelación.

3. Tal revelación contaba que había sido de esta manera: que había visto a un cortejo de hombres vestidos de blanco entrando en el monasterio, y que, cuando ella les preguntó qué buscaban o qué querían, le habían respondido que habían sido enviados allí para llevarse consigo la moneda de oro que allí había llegado de Kent. Y esa misma noche, en cuya última parte –es decir, cuando despuntaba la aurora–, dejando atrás las tinieblas de este mundo, marchó a la luz del cielo, muchos de los monjes del monasterio que estaban en otros edificios contaban que habían oído claramente un coro de ángeles que cantaban Salmos, y también el sonido como de una gran multitud que entraba en el monasterio y, saliendo inmediatamente afuera para averiguar qué ocurría, vieron que del cielo había sido enviada una luz grandísima que a aquella alma santa, libre de las ataduras de la carne, la llevaba a los eternos goces de la patria celestial. Añaden también otros milagros que en la misma noche se manifestaron por obra divina en el mismo monasterio; pero, como hemos de pasar a otros asuntos, dejamos que éstos los cuente su propia gente. El venerable cuerpo de esta virgen y esposa de Cristo fue sepultado en la iglesia del bienaventurado protomártir san Esteban. Y pareció oportuno, al cabo de tres días, remover la piedra con la que estaba cubierto el monumento y volverla a poner a mayor altura. Mientras lo hacían, brotó del fondo un aroma tan suave que a todos los monjes y monjas que estaban al lado les parecía que se hubieran abierto depósitos de bálsamo[92].

4. Pero también su tía materna Etelburga, de la que ya hemos hablado, guardó perpetuamente la gloria de la virginidad, que tanto agrada a Dios, con gran continencia corporal, y cuán grande era su virtud quedó más claro después de su muerte. En efecto, cuando era abadesa, empezó a hacer en su monasterio una iglesia en honor de todos los santos apóstoles, en la cual deseaba que fuera sepultado su cuerpo; pero, cuando esa obra había llegado más o menos a la mitad, ella se vio arrebatada por la muerte e impedida de completarla, y fue sepultada en el mismo lugar de la iglesia que deseaba. Después de su muerte, como los monjes se preocupaban más de otras cosas, la construcción quedó interrumpida por siete años, pasados los cuales y en vista de lo excesivo de la obra, decidieron abandonar por entero la edificación de la iglesia, y exhumar los huesos de la

abadesa de aquel lugar y trasladarlos a otra iglesia que estuviera terminada y dedicada. Al abrir su sepulcro, encontraron el cuerpo tan bien conservado que estaba inmune de la corrupción propia de la concupiscencia carnal y, así, tras lavarlo de nuevo y cubrirlo con otros vestidos, lo trasladaron a la iglesia de San Esteban mártir. Su fiesta suele celebrarse allí con gran solemnidad el 7 de julio.

9

Cómo, en el lugar en el que fue muerto el rey Oswaldo, se produjeron numerosas curaciones milagrosas, y cómo allí primero fue curado el caballo de cierto viajero y luego una niña paralítica.

1. Oswaldo, el cristianísimo rey de Northumbria, reinó nueve años, contando también aquel que la fiera impiedad del rey de los britanos y la demencial apostasía de los reyes de los anglos habían hecho detestable[93]. Verdad es que, según dijimos más arriba, se decidió por consenso unánime de todos que el nombre y la memoria de los apóstatas se debía abolir por entero del catálogo de los reyes cristianos y no asignarles año alguno a su reinado[94]. Cumplidos los años dichos, Oswaldo fue muerto en una dura batalla por el mismo pueblo pagano y el mismo rey pagano de Mercia[95] por el que había sido muerto su predecesor Edwin, en un lugar que en la lengua de los anglos se llama *Maserfelth*[96], a los treinta y ocho años de edad, el 5 de agosto.

2. Cuánta fue su fe en Dios y cuál la devoción de su alma también quedó claro tras su muerte por los milagros debidos a sus virtudes. En efecto, en el lugar donde halló la muerte luchando por su patria no dejan de repetirse hasta el día de hoy curaciones de personas y de ganados enfermos. Por ello ha ocurrido que muchos, recogiendo el simple polvo del lugar donde su cuerpo cayó en tierra y echándolo en agua, por medio de él han proporcionado a sus enfermos mucho alivio. Esta costumbre cobró fuerza hasta el punto de que, al quitarse poco a poco tierra de aquel lugar, dio lugar a una fosa tan honda como la estatura de un hombre. Y no es de extrañar que se curen los enfermos en el lugar de la muerte de quien siempre, durante toda su vida, no cesó de preocuparse por los enfermos y los pobres, de darles limosnas y de prestarles ayuda. Son muchos, desde luego, los milagros que se cuenta que ocurrieron en aquel lugar o por el polvo llevado del mismo; pero nosotros hemos considerado suficiente referir sólo dos que hemos oído de nuestros mayores.

3. No mucho después de su muerte, sucedió que un hombre que viajaba a caballo pasaba junto a aquel lugar, y de repente el caballo empezó a fatigarse, a pararse, a dejar caer su cabeza, a echar espuma por la boca y, al aumentar excesivamente su dolor, a echarse por tierra. Descabalgó el jinete y, quitándole la montura, se puso a esperar el momento en el que, o bien recuperaría a su caballo una vez mejorado, o bien lo abandonaría muerto. Pero el caballo, atormentado largo tiempo por graves dolores, después de retorcerse hacia un lado y hacia otro, de repente, al darse una vuelta, quedó en el lugar donde el inolvidable rey había caído. Sin tardanza, mientras su dolor se calmaba, cesó de mover frenéticamente sus miembros y, a la manera en que acostumbran los caballos después de una fatiga, empezó a volverse de un lado para otro y al momento se puso en pie del todo sano y comenzó a pastar con avidez por la hierba.

4. Al ver aquello, el hombre, que era de natural sagaz, comprendió que en aquel lugar donde el caballo se había curado había algo de admirable santidad y, tras poner allí una señal, subió no mucho después al caballo y llegó a la posada que tenía prevista. Al llegar allí, encontró a una muchacha que era sobrina del patrón y que llevaba mucho tiempo sufriendo una parálisis y, cuando los de aquella casa se quejaban en su presencia de la cruel dolencia de la muchacha, empezó él a hablarles del lugar en el que su caballo se había curado. ¿A qué decir más? Poniéndola en un carro, la llevaron al sitio y allí la depositaron. Ella, colocada en el lugar, se durmió por poco tiempo y, cuando despertó, sintiendo que estaba curada de aquella invalidez de su cuerpo, pidió agua y se lavó la cara, se arregló el cabello, se cubrió la cabeza con un paño y, junto con los que la habían llevado, volvió curada caminando a pie.

10

Cómo el polvo de aquel lugar logró apagar un fuego.

1. Por el mismo tiempo, según cuentan, vino otro hombre del pueblo de los britanos que marchaba de camino junto al mismo lugar en que había tenido lugar la batalla ya dicha, y vio un espacio que estaba más verde y más hermoso que el resto del campo, y dio en conjeturar, con gran agudeza, que no había otra causa del insólito verdor de aquel lugar que la de que allí había sido muerto un hombre más santo que el resto del ejército. Así pues, tomó consigo un poco de tierra de allí envolviéndola en un paño, pensando –como iba a ocurrir– que ese polvo serviría como medicina a los enfermos. Siguiendo su camino, llegó al atardecer a un pueblo y entró en una casa en la que unos aldeanos estaban sentados a cenar. Recibido por los dueños de la casa, se sentó con ellos a la mesa, tras colgar el paño con el polvo que había traído en un poste de la pared.

2. Después de que por largo tiempo se dieron al banquete y a la bebida, con un gran fuego encendido en medio, ocurrió que, al volar hacia lo alto las chispas, la techumbre de la casa, que estaba trenzada de palos y cubierta de paja, súbitamente fue presa de las llamas. Al ver de pronto tal cosa, los comensales, presas del pánico y la confusión, escaparon afuera sin poder hacer nada por la casa que ardía y estaba ya a punto de perecer. El caso es que, consumida la casa por las llamas, sólo el poste del que pendía el polvo aquel en su envoltorio quedó a salvo e intacto de las llamas. Al ver tal prodigio, se admiraron mucho y, tras preguntar con mayor detenimiento, se percataron de que aquel polvo había sido recogido del lugar en el que se había derramado la sangre del rey Oswaldo. Al difundirse a lo largo y a lo ancho semejantes milagros, muchos empezaron a frecuentar día tras día aquel lugar y a alcanzar allí la gracia de la curación para sí y para los suyos.

11

Cómo sobre sus reliquias se mantuvo toda la noche una luz celestial y cómo por ellas se curaron unos endemoniados.

1. Entre estas cosas que en modo alguno creo que deban quedar en el silencio están los milagros celestiales que se manifestaron cuando los huesos de Oswaldo fueron encontrados y trasladados a la iglesia en la que ahora se conservan. Esto se logró por el esfuerzo de Ostrid[97], reina de Mercia, que era hija de su hermano, es decir, de Oswiu, que tras él ocupó la cima del reino, según luego contaremos.

2. Hay un famoso monasterio en la provincia de Lindsey[98] llamado Bardney[99], al que la reina dicha, junto con su marido Etelredo[100], dispensaba gran afecto, veneración y apoyo y en el que deseaba sepultar los huesos de su venerable tío[101]. Cuando hubo llegado el carro en que se llevaban los huesos, mientras ya caía la tarde en el dicho monasterio, los que estaban en el monasterio no se avinieron a recibirlos de buena gana porque, aunque sabían que se trataba de un santo, había nacido en otro reino y había conquistado el suyo e, incluso después de muerto, lo acosaban con sus viejos odios. Por ello ocurrió que, al llegar las reliquias, se quedaron fuera esa noche, tras ponerse sólo una tienda un tanto grande por encima del carro en el que estaban; pero la manifestación de un divino milagro dejó claro con qué devoción debían ser recibidas por todos los fieles. En efecto, durante toda aquella noche una columna de luz, extendiéndose desde el carro hasta el cielo, se alzó a la vista de casi todos los lugares del reino de Lindsey. Por ello, al llegar la mañana, los monjes del monasterio, que el día anterior se habían negado a hacerlo, se pusieron a rogar con todo empeño que fueran enterradas en su casa aquellas reliquias santas y gratas a Dios. Así, pues, tras lavar los huesos, los colocaron en una caja que prepararon al efecto, y los depositaron en la iglesia con las honras que les correspondían; además, para que la regia persona de aquel santo varón tuviera eterna memoria, pusieron sobre su tumba su estandarte confeccionado de púrpura y oro, y el agua en la que habían lavado sus huesos la echaron en una esquina del cementerio. Y desde entonces ocurre que la tierra que recibió ese riego venerable tiene el

saludable efecto de alejar a los demonios de los cuerpos poseídos.

3. En fin, tiempo después, cuando la dicha reina Ostrid se alojaba en el monasterio, vino a saludarla una abadesa venerable, que todavía vive, llamada Etelhild, hermana de los santos Etelwine y Ealdwine, de los que el primero era obispo en la provincia de Lindsey y el segundo abad en el monasterio llamado Partney, no lejos de donde Etelhild tenía el suyo. El caso es que, cuando llegó allí y se puso a hablar con la reina, y entre otras cosas surgió el asunto de Oswaldo y le dijo que también ella había visto aquella noche la luz que sobre sus reliquias se elevaba hasta el cielo, añadió la reina que, con el polvo del suelo en el que se había vertido el agua de su lavatorio, ya se habían sanado muchos enfermos. Entonces la abadesa rogó que se le diera un poco de aquel saludable polvo y, tras recibirlo, lo guardó, atado en un paño, en un estuche y se volvió. Transcurrido cierto tiempo, cuando ya estaba en su monasterio, llegó allí un huésped que con frecuencia, en las horas de la noche, solía verse repentina y gravemente maltratado por un espíritu inmundo. Recibido con benevolencia, una vez que después de la cena tendió sus miembros en el lecho, de repente, poseído por el diablo, empezó a dar voces, a rechinar los dientes, a echar espumarajos y a retorcer sus miembros con movimientos dispares y, como nadie pudo sujetarlo ni atarlo, un criado corrió y, llamando a su puerta, se lo hizo saber a la abadesa. Ella, abriendo la puerta del monasterio, marchó en persona con una de sus monjas al lugar de los varones y, llamando a un presbítero, le rogó que fuera con ella junto al paciente. Al llegar allí y ver que habían acudido muchos que en sus intentos no lograban en modo alguno contener a aquel hombre maltratado ni calmar sus desaforados movimientos, el presbítero recitaba exorcismos y hacía cuanto podía para calmar el desenfreno de aquel desdichado; pero tampoco él, pese a sus muchos esfuerzos, lograba adelantar nada. Cuando parecía que a su furor no le quedaba salvación alguna, de repente se le vino a la cabeza a la abadesa el polvo del que ya hablamos, y al momento mandó ir a una sirvienta y que le trajera la caja en la que estaba. Cuando ella, trayendo lo que le habían mandado, entró en el zaguán de la casa dentro de la cual estaba siendo atormentado el endemoniado, él se calló al instante y, como relajándose en el sueño, dejó caer su cabeza y abandonó sus miembros al descanso.

4. «Callaron todos y mantenían atentos la mirada»[102], esperando solícitos al resultado de todo aquello. Al cabo de cierto tiempo el hombre atormentado se sentó y, suspirando profundamente, dijo: «Ahora estoy en mis cabales, pues he recuperado el sentido». Ellos le preguntaban con el mayor interés cómo había ocurrido eso. Y él dijo: «Tan pronto como esta virgen se acercó con la caja que llevaba al zaguán de esta casa, se alejaron todos los espíritus malignos que me acosaban y dejándome en paz no volvieron a aparecer». Entonces la abadesa le dio una pizca de aquel polvo y así, tras la oración del presbítero, pasó aquella noche en la mayor tranquilidad, y a partir de entonces no hubo de soportar más temores nocturnos ni vejaciones del antiguo enemigo.

12

Cómo junto a su tumba se curó de la fiebre un niño pequeño.

1. Algún tiempo después fue al mismo monasterio un chico gravemente aquejado por largas fiebres. Un día, cuando esperaba ansioso el momento del acceso de las mismas, uno de los hermanos, entrando adonde él estaba, le dijo: «Hijo mío, ¿quieres que te muestre cómo puedes curarte de las molestias de esta enfermedad? Levántate, entra en la iglesia y, acercándote al sepulcro de Oswaldo, siéntate allí y, quedándote quieto, arrímate a su tumba. Mira que no salgas de allí ni te muevas de ese lugar hasta que haya pasado la hora del retorno de la fiebre. Entonces entraré yo mismo y te sacaré de allí». Hizo como él le había aconsejado y, mientras estuvo sentado junto a la tumba del santo, la enfermedad no se atrevió en modo alguno a tocarlo; es más, huyó tan llena de temor que ni al siguiente día ni al otro ni nunca más en lo sucesivo se atrevió a tocarlo. Que esto ocurrió así me lo contó un hermano que de

allí venía, y añadió que hasta el día en que hablaba conmigo vivía en el monasterio, ya hecho mozo, el muchacho en el que, siendo chico, se había realizado este milagro de curación. No es cosa de extrañar que los ruegos de aquel rey, que ya reinaba con el Señor, pudieran mucho ante Él, dado que, mientras llevaba el gobierno de su reino temporal, más bien solía trabajar y rogar por el reino eterno.

2. Así, cuentan que con gran frecuencia Oswald, desde la hora de maitines hasta el alba se mantenía en oración y que, por su reiterada costumbre de orar y de dar siempre gracias a Dios, dondequiera que estuviera sentado, solía tener las palmas de las manos vueltas hacia arriba sobre las rodillas. Se divulgó también, e incluso llegó a convertirse en proverbio, que acabó su vida en medio de palabras de oración; pues cuando, rodeado por armas y enemigos, veía que iba a perecer de un momento a otro, rogó por las almas de los de su ejército. Por ello dicen a modo de proverbio: «“Dios mío, compadécete de sus almas”, dijo Oswald al caer en tierra».

3. Pues bien, sus huesos fueron trasladados al monasterio que hemos dicho y sepultados en él. Su cabeza y sus manos, cortadas del cuerpo junto con sus brazos, el rey que lo había matado había ordenado colgarlas en postes. Al cabo de un año, viniendo con su ejército, su sucesor en el reino, Oswiu, las retiró, y enterró su cabeza en el cementerio de la iglesia de Lindisfarne y en la ciudad regia[103] las manos junto con los brazos.

13

Cómo en Hibernia cierto hombre fue salvado por sus reliquias del peligro de muerte.

1. La fama de aquel ínclito varón no sólo llegó a todos los confines de Britania, sino que, esparciendo incluso allende el Océano los rayos de su salutífera luz, alcanzó también a las regiones de Germania y de Hibernia[104]. Así, el muy reverendo obispo Acca[105] suele referir que, cuando en un viaje a Roma se hospedó, junto con su obispo Wilfrido, en casa del muy santo Willibrord[106], arzobispo del pueblo de los frisones, le oyó contar repetidamente de los milagros que se habían producido en aquella provincia junto a las reliquias de aquel venerable rey. Pero también contaba que en Hibernia[107], cuando, siendo aún presbítero, llevaba una vida de desterrado en busca de la eterna patria, también a lo largo y a lo ancho de aquella isla ya se había hecho insistente la fama de santidad de aquel varón. De entre los milagros que contó, hemos creído oportuno insertar sólo uno en nuestra historia.

2. «En los tiempos de la epidemia que devastó Britania e Hibernia[108] con una gran mortandad –contaba–, fue golpeado por la calamidad de esa peste, entre otros, cierto letrado de origen escoto[109], hombre sin duda docto en el estudio de las letras pero que, en cuanto al cuidado de su salvación eterna, no mostraba en absoluto preocupación ni interés alguno. Cuando se vio próximo a la muerte, empezó a temer y a asustarse, no fuera que, muriendo de inmediato, acabara arrebatado al encierro del infierno en razón de sus pecados, y llamó por mí a gritos, dado que estaba cerca de él y, temblando entre dolidos suspiros, se me quejaba con lastimera voz de esta manera: “Ya ves que por momentos, al crecer la dolencia de mi cuerpo, me veo empujado al trance de afrontar la muerte. No tengo duda de que tras la muerte de mi cuerpo seré de inmediato arrebatado a la muerte perpetua de mi alma, ni de que voy a ser sometido a los tormentos infernales, porque por no poco tiempo, en medio de mi dedicación a la Sagrada Escritura, más bien solía someterme a la ligazón de los vicios que a los mandatos divinos. Sin embargo, tengo decidido, si la piedad celestial me concede algún tiempo de vida, corregir mis viciosas costumbres y poner de nuevo toda mi mente y mi vida bajo el mandato de la divina voluntad. Sin embargo, sé que no está al alcance de mis propios méritos el recibir una prórroga de mi vida o el poder confiar en recibirla, salvo que a mí, miserable e indigno, Dios se digne otorgarme su perdón por intercesión de los que fielmente le han servido. Hemos oído, y por noticias reiteradas, que hubo en vuestro pueblo un rey de admirable santidad llamado Oswaldo, cuya excelencia en la fe y en la virtud incluso tras su

muerte ha resplandecido con la realización de frecuentes milagros. Por ello te ruego que, si tienes en tu poder alguna reliquia suya, me la traigas, a ver si el Señor quiere compadecerse de mí por sus méritos". Yo le respondí: "Ciertamente tengo una del leño en la que su cabeza fue clavada por los paganos después de que lo mataron y, si crees con corazón firme, la divina piedad, por los méritos de tan gran hombre, puede concederte un plazo más largo en esta vida y hacerte digno de entrar en la eterna". Sin tardanza respondió él que tenía plena fe en esto.

3. Entonces bendije agua y, tras meter en ella una astilla del leño de roble mencionado, se la ofrecí al enfermo para que bebiera. De inmediato empezó a sentirse mejor y, recuperándose de su enfermedad, vivió todavía mucho tiempo y, vuelto a Dios con todo su corazón y sus obras, a dondequiera que iba predicaba a todos la clemencia del divino Creador y la gloria de Su siervo fiel».

14

Cómo, muerto Paulino, asumió en su lugar el obispado de la iglesia de Rochester Ithamar, y sobre la admirable humildad del rey Oswin, que fue cruelmente asesinado por Oswiu.

1. Llevado Oswaldo a los reinos celestiales, recibió en su lugar el trono del reino terrenal su hermano[110] Oswiu, un joven de unos treinta años, y lo mantuvo durante veintiocho en medio de grandes fatigas al verse atacado tanto por el pueblo pagano de los mercios, que había matado a su hermano, como por su propio hijo Alh-frido[111] y su sobrino Etelwaldo[112], hijo de su hermano que lo precedió en el reino.

2. En su segundo año, es decir, en el 644 de la Encarnación del Señor, el reverendísimo padre Paulino, antaño obispo de la ciudad de York y por entonces de Rochester, pasó al Señor el 10 de octubre. Desempeñó el episcopado durante diecinueve años, dos meses y veintiún días, y fue sepultado en el santuario del bienaventurado apóstol Andrés, que el rey Etelberto construyó desde sus cimientos en Rochester. Para sucederlo, el arzobispo Honorio ordenó a Ithamar, originario del pueblo de los cantuarios[113] pero a la altura de sus antecesores por su pureza de vida y su saber.

3. Oswiu, en los primeros años de su reinado, tuvo como copartícipe en la dignidad regia a un hombre llamado Oswin, de la estirpe del rey Edwin, es decir, hijo de Osrico[114], del que ya hemos hablado más arriba, varón de eximia piedad y devoción, que durante siete años estuvo al frente del reino de Deira con la mayor prosperidad y disfrutado del amor de todos. Sin embargo Oswiu, que gobernaba al resto del pueblo que queda al norte, más allá del río Humber[115], es decir, el reino de Bernicia, no supo mantener la paz con él; antes bien, tras agravarse las causas de sus disensiones, le dio una muerte cruel. En efecto, reunidos uno y otro ejército para luchar entre sí, como Oswin vio que no podía enfrentarse en combate con Oswiu, que tenía más aliados, estimó que lo más práctico en aquel momento era aplazar su decisión de luchar y reservarse para mejores tiempos. En consecuencia, Oswin despachó al ejército que había reunido y ordenó que cada cual se volviera a su casa desde el lugar que se llama *Wilfaraesdun*, es decir, el monte de Wilfare[116] y que está a unas 10 millas de la aldea de Catterick[117] hacia el ocaso del solsticio[118], y él mismo se retiró acompañado solamente de un guardia[119] muy leal llamado Tondhere, dispuesto a esconderse en la casa del conde[120] Hunwaldo, al que también tenía por muy fiel amigo. Pero, ¡ay dolor!, la realidad era muy distinta, pues, gracias a la traición de dicho conde, Oswiu lo hizo matar de manera aborrecible para cualquiera, junto con el guardia antes dicho por medio de su prefecto Etelwine. Ello ocurrió el 20 de agosto del año noveno de su reinado en el lugar que se llama Gilling[121]. Allí, poco después, para expiar ese crimen, se construyó un monasterio[122] en el que debían hacerse preces cotidianas al Señor por la redención del alma de uno y otro rey, del que había sido asesinado y del que mandó asesinarlo.

4. El rey Oswin era de aspecto agradable, de elevada estatura, de afable conversación, de maneras amables y generoso para con todos, tanto nobles como desconocidos; por ello

ocurrió que en razón de su regia dignidad, tanto en cuanto a su carácter como a su aspecto y a sus méritos, fue amado por todos, y desde todas partes, casi desde todos los reinos, acudían a servirlo incluso hombres de lo más noble. Entre las demás glorias de su virtud y de su modestia y, por así decirlo, de la especial bendición de que disfrutaba, se dice que la más grande fue su humildad y, para probarlo, bastará un ejemplo.

5. Había regalado al obispo Aidán un magnífico caballo del que éste, aunque solía marchar a pie, disponía ya para cruzar los cursos de los ríos, ya para cabalgar si se presentaba alguna necesidad. Al cabo de poco tiempo, cuando se le presentó a Aidán un pobre pidiendo limosna, él descabalgó y mandó que le dieran el caballo, tal como estaba, regiamente enjaezado; pues era muy compasivo, valedor de los pobres y como el padre de los miserables. Cuando esto se le contó al rey, le dijo al obispo cuando se reunieron para cenar: «¿Para qué has querido, señor obispo, darle a un pobre el caballo regio que a ti te cuadraba tener como propio? ¿Acaso no teníamos muchos caballos peores y otras cosas que bastaban como donaciones a los pobres aunque no les dieras el caballo que expresamente decidí que tuvieras tú?». Al momento le respondió el obispo: «¿Qué dices, rey? ¿Acaso es para ti más querido aquel hijo de una yegua que aquel hijo de Dios?». Dicho esto, entraron a cenar. Ya estaba el obispo sentado en su sitio, y el rey, que venía de cazar, se puso de pie a calentarse al fuego junto con los de su séquito, y de repente, mientras se calentaba, acordándose de lo que lo que el obispo le había dicho, se desciñó la espada y se la dio a su asistente[123] y, corriendo a los pies del obispo, se postró ante ellos rogándole que lo perdonara, «porque nunca en adelante –dijo– diré cosa alguna sobre esto ni juzgaré sobre qué o cuánto de nuestra riqueza des tú a los hijos de Dios».

6. Al verlo, el obispo se quedó muy asustado y, levantándose al momento, lo hizo alzarse, asegurándole que bien perdonado quedaba si sentándose a cenar dejaba de lado su pena. Mientras el rey, por la petición y mandato del obispo, recuperaba la alegría, empezó el obispo a ponerse triste hasta derramar lágrimas. Y, cuando uno de sus sacerdotes le preguntó en su lengua nativa, que el rey y sus cortesanos no conocían[124], por qué lloraba, dijo: «Sé que el rey no va a vivir mucho tiempo; pues nunca he visto antes un rey tan humilde. Por ello me percato de que pronto va a ser arrebatado de esta vida, pues este pueblo no es digno de tener tal rector». No mucho después, los siniestros presagios del obispo se vieron cumplidos con la triste muerte del rey, de la que antes hemos hablado. Pero también el propio obispo Aidán, arrebatado de este mundo no más de doce días tras el asesinato del rey al que tanto amaba, es decir, el 31 de agosto, recibió del Señor la recompensa eterna de sus fatigas.

15

Cómo el obispo Aidán predijo a unos marinos una tempestad que iba a sobrevenir y les dio un santo óleo para calmarla.

1. Cuáles fueron los méritos de Aidán lo mostró también el que juzga las conciencias por medio de las señales y milagros, de las que basta citar tres por dignos de recordarse. Cierto sacerdote llamado Utta[125], hombre lleno de gravedad y de verdad, y por ello honrado por todos e incluso por los propios notables del siglo, cuando fue enviado a Kent para traer a la que iba a ser esposa del rey Oswiu, es decir, a Eanfled, hija del rey Edwin, que tras el asesinato de su padre había sido llevada allí, y habiendo dispuesto ir por tierra pero volver por mar con la doncella, se presentó ante el obispo Aidán rogándole que rezara por él y por los que en su compañía iban a emprender tan largo camino. Él, tras bendecirlos y encomendarlos al Señor, le dio además óleo consagrado diciéndole: «Sé que, una vez que subáis a la nave, os sobrevendrá una tempestad y viento contrario; pero tú acuérdate de echar al mar este óleo que te doy y, calmándose de inmediato los vientos, os acompañará una grata bonanza y por el camino ansiado os devolverá a casa».

2. Todo ello se cumplió punto por punto tal como había predicho el obispo. Y ciertamente, cuando al principio las olas del mar se encrespaban, los marineros, echando anclas al mar,

intentaban sujetar la nave, y nada conseguían haciendo tal cosa. Cuando las olas barrían desde todas partes y empezaban a inundar la nave y todos creían que la muerte los amenazaba y ya les había llegado su última hora, al fin el sacerdote, recordando las palabras del obispo y tomando la ampolla, echó óleo al mar, y al instante, según se le había predicho, su hervor se calmó. Y así ocurrió que aquel hombre de Dios predijo la tempestad que iba a ocurrir con su espíritu de profecía y por obra del mismo espíritu, aunque corporalmente ausente, la calmó una vez desatada. El relato de este milagro no me lo transmitió ningún informador dudoso, sino un presbítero de nuestra Iglesia digno de todo crédito, llamado Cinemundo, quien aseguraba que se lo había oído al propio sacerdote Utta, en el cual y por medio del cual se llevó a cabo.

16

Cómo él mismo, con su oración, alejó el fuego que los enemigos habían prendido a la ciudad regia.

1. Muchos que llegaron a saberlo cuentan otro milagro memorable del mismo padre Aidán. En el tiempo de su episcopado, un ejército de mercios en son de guerra, mandado por Penda, tras devastar a lo largo y a lo ancho las tierras de Northumbria con un saqueo despiadado, llegó hasta la ciudad regia, que toma su nombre del de Bebbe, una antigua reina[126] y, como no lograba tomarla ni por las armas ni por el asedio, intentó aniquilarla por el fuego. Tras destruir los arrabales que encontró en las cercanías de la ciudad, llevó allí una gran cantidad de vigas, puntales, paredes de varas trenzadas y de techumbres de paja, y con ellas la rodeó hasta una altura considerable por la parte en que mira a tierra y, cuando vio que el tiempo era favorable, trató de quemar la ciudad plantándole fuego.

2. Por entonces el reverendísimo obispo Aidán estaba en la isla de Farne[127], que dista unas dos millas de la ciudad. En efecto, acostumbraba a retirarse allí con frecuencia en busca de la oración solitaria y del silencio, y hasta el día de hoy suelen enseñar en dicha isla el lugar de su solitaria morada. Él, al ver que los vientos levantaban los fuegos y los humos por encima de los muros de la ciudad, se cuenta que, alzando al cielo sus ojos y su manos en medio de lágrimas, dijo: «Mira, Señor, qué grandes males hace Penda». Dicho esto, al instante los vientos rolaron de la ciudad hacia aquellos que la habían incendiado y las llamaradas se dieron la vuelta, de manera que, heridos algunos y aterrados todos, dejaron de acosar a la ciudad, tras darse cuenta de que estaba protegida por Dios.

17

Cómo la pared de la iglesia en la que él estaba apoyado cuando murió, mientras ardía el resto del edificio, las llamas no pudieron consumirla, y sobre su vida interior.

1. Cuando el día de su muerte lo obligó a dejar su cuerpo, tras cumplir diecisiete años de episcopado, Aidán estaba en una villa regia, no lejos de la ciudad de la que hemos hablado. En efecto, teniendo en ella una iglesia y una celda, acostumbraba a retirarse y quedarse allí con frecuencia, para luego salir a predicar todo a la redonda, y lo mismo solía hacer en otras villas del rey, dado que no tenía ninguna posesión propia excepto la iglesia y los pequeños campos adyacentes. El caso es que, al ponerse enfermo, le alzaron una tienda junto a la parte occidental de la iglesia, de manera que quedara adosada a su pared; por ello ocurrió que exhaló su último aliento vital recostado sobre el contrafuerte exterior puesto para sustentación de la iglesia. Murió en el año decimoséptimo de su episcopado, el 31 de agosto. Su cuerpo fue enseguida trasladado a la isla de Lindisfarne y sepultado en el cementerio de los monjes. Pero transcurrido algún tiempo, cuando se construyó allí una basílica más grande y fue dedicada en honor del bienaventurado Príncipe de los Apóstoles, sus huesos fueron trasladados a ella y colocados a la derecha del altar, conforme a la veneración que tan gran pontífice merecía.

2. Lo sucedió en el episcopado Finan, también llegado allí desde la isla y monasterio de

los escotos[128] de Iona, que permaneció en el mismo no poco tiempo[129]. Mas ocurrió al cabo de algunos años que Penda, el rey de Mercia, llegando a aquellas tierras con un ejército en son de guerra, tras devastar todo cuanto pudo por el fuego y el hierro, también destruyó por las llamas aquel pueblo donde había muerto el obispo junto con la iglesia mencionada. Pero, de manera admirable, únicamente aquel contrafuerte apoyado en el cual había muerto él no pudo consumirlo el fuego, mientras devoraba cuanto había alrededor. Al hacerse notorio este milagro, se restauró de inmediato allí mismo la iglesia y este mismo contrafuerte se puso por fuera como refuerzo de la pared, tal como había estado antes. Pasado cierto tiempo, volvió a ocurrir, por culpa de la incuria, que la misma aldea y al tiempo la propia iglesia fueron destruidas por el fuego. Pero tampoco entonces la llama era capaz de tocar el contrafuerte y, aunque de manera sin duda milagrosa entraba por los agujeros por medio de los cuales estaba sujeta al edificio y los devoraba, en modo alguno lograba dañarla. Por ello, reedificada allí la iglesia por tercera vez, pusieron el contrafuerte ya no, como antes, por fuera, como apoyo del edificio, sino dentro de la propia iglesia, para memoria del milagro, para que, al entrar, todos debieran doblar la rodilla y suplicar a la misericordia celestial. Y consta que desde entonces muchos consiguieron en aquel lugar la gracia de la salud; más aún, arrancando astillas de aquel contrafuerte y metiéndolos en agua, encontraron remedio para sus enfermedades y las de los suyos.

3. He escrito estas cosas sobre la persona y las obras del dicho varón sin alabar en modo alguno ni fijarme en el hecho de que acerca de la observancia de la Pascua[130] no andaba tan acertado; al contrario, oponiéndome vivamente a ello, según he dejado claro de manera manifiesta en el libro que titulé *Sobre los tiempos[131]*. Ahora bien, como historiador veraz, he contado simplemente lo que ocurrió a su respecto o él hizo, alabando lo que digno de alabanza hay en sus obras, encomendándolo a la memoria para bien de los lectores; a saber, su afán de paz y de caridad, de templanza y de humildad; su espíritu vencedor de la ira y de la avaricia y al tiempo despreciador de la soberbia y de la vanagloria; su empeño por practicar y al mismo tiempo enseñar los mandatos celestiales; su diligencia para la lectura y la vigilia; su autoridad, propia de un sacerdote, para redargüir a los soberbios y a los prepotentes, y al tiempo su clemencia para consolar a los débiles y animar y defender a los pobres.

4. Resumiendo mucho en pocas palabras, y en cuanto sabemos por los que lo conocieron, procuraba no dejar de lado nada de lo que sabía que había que hacer por las Escrituras apostólicas, proféticas o evangélicas, sino que cuidaba de llevarlo todo ello a la práctica en sus obras en la medida de sus fuerzas. Esto es lo que en dicho obispo admiro y amo en grado máximo, porque no dudo de que todo ello fue grato a Dios. En cuanto a lo de que no observaba la Pascua en su debido tiempo, ya por ignorar su tiempo canónico, ya porque, aunque lo conociera, se sentía obligado por la autoridad de su pueblo, no lo apruebo ni lo alabo. Sin embargo, sí apruebo que en su celebración de la Pascua no tenía otro pensamiento en su corazón, no veneraba ni predicaba cosa distinta que nosotros, es decir, la redención del género humano por la pasión, la resurrección y la ascensión a los cielos de Jesucristo hombre, mediador entre Dios y los hombres[132]. Y por esto no la celebraba, como algunos opinan sin razón, en la decimocuarta luna, fuera cual fuera el día de la semana, al igual que los judíos, sino siempre en domingo[133], entre la decimocuarta y la vigésima luna, es decir, con fe en la Resurrección del Señor, que creía ocurrida en el primer día de la semana, y con esperanza en nuestra resurrección que, junto con la Santa Iglesia, creía de verdad que ha de ocurrir también en el primer día de la semana, el que ahora se llama domingo[134].

18

De la vida y muerte del devoto rey Sigeberto.

1. En estos tiempos estuvo al frente del reino de East Anglia Sigeberto, quien sucedió a su hermano Erpwaldo[135]. Era un hombre bueno y religioso que tiempo atrás, cuando estaba

exiliado en la Galia huyendo de las enemistades de Redwaldo, había recibido el baño del bautismo y, cuando volvió a su patria y se hizo con el reino, deseoso de imitar las buenas instituciones que en la Galia había visto, fundó una escuela en la que los niños fueran instruidos en las letras, con la ayuda del obispo Félix, que le había llegado de Kent y que le proporcionó pedagogos y maestros según la costumbre de los cantuarios.

2. Y tan gran amor por el reino celestial llegó a tener aquel rey que al final, tras encomendar los asuntos de su reino a su pariente Egrico[136], que ya de antes gobernaba una parte del mismo, entró en un monasterio que había construido y, recibiendo la tonsura, prefirió cuidarse del reino eterno. Cuando llevaba mucho tiempo haciéndolo, ocurrió que el pueblo de los mercios, al mando del rey Penda, marchó en son de guerra contra los anglos orientales[137]. Éstos, al verse inferiores a los enemigos, rogaron a Sigeberto que acudiera al combate para animar a los soldados. Como él no quería y se resistía, sacándolo a la fuerza de su monasterio, lo llevaron al lugar del encuentro, en la esperanza de que los ánimos de los soldados, en presencia del que había sido su caudillo tan esforzado y excelente, sintieran menos miedo y no pensaran en darse a la fuga. Pero él, sin olvidar su profesión, mientras estaba rodeado de un ejército espléndido, sólo quiso tener en su mano un bastón, y fue muerto junto con el rey Egrico[138], y en el ataque de los paganos pereció o se dispersó todo su ejército.

3. Como sucesor en el reino fue designado Anna, hijo de Eni, un hombre excelente de regio linaje y padre de una excelente prole, de la que en su momento se hablará. Éste también fue muerto después por el mismo caudillo pagano de Mercia por el que habían sido muertos sus predecesores.

19

Cómo Fursa hizo un monasterio en la tierra de East Anglia y de sus visiones y su santidad, de la que, tras su muerte, incluso dio testimonio su cuerpo incorrupto.

1. Mientras aún Sigeberto ostentaba los atributos del reino, llegó de Hibernia[139] un santo varón de nombre Fursa[140], ilustre por sus palabras y sus obras pero también insigne por sus egregias virtudes, que deseaba llevar una vida de desterrado por el Señor dondequiera que se le presentara la oportunidad. Cuando llegó al reino de East Anglia, fue recibido con todos los honores por el citado rey y, emprendiendo su acostumbrada tarea de evangelizar, con el ejemplo de su virtud y con el estímulo de su predicación convirtió a muchos incrédulos a Cristo y a los que ya creían los confirmó en el amor y la fe de Cristo.

2. Cuando fue presa de una enfermedad corporal, mereció disfrutar de una visión angélica en la que fue exhortado a que insistiera con diligencia en el ministerio de la palabra que había emprendido, y a entregarse sin desfallecer a las acostumbradas vigilias y oraciones, porque cierto era su final pero incierta la hora del mismo, según dice el Señor: «Vigilad, pues, porque no sabéis el día ni la hora»[141]. Robustecido por esta visión, se ocupó de edificar a toda prisa el lugar para un monasterio que había recibido del rey Sigeberto y de organizarlo según la disciplina regular. Era un monasterio muy agradable por la cercanía de los bosques y del mar, construido sobre un campamento que en las lenguas de los anglos se llama *Cnobheresburg*, es decir, Ciudad de Cnobhere[142], y más tarde el rey de aquella provincia Anna y los nobles más ilustres lo dotaron con edificios y donativos.

3. Este varón era del más noble linaje de los escotos[143], pero mucho más noble era por el espíritu que por la carne. Desde los propios tiempos de su niñez dedicaba no pequeña atención a las lecturas sagradas y a la disciplina monástica y, lo que es más propio de los santos, todo cuanto había aprendido que había que hacer cuidaba diligentemente de hacerlo. ¿A qué decir más? Andando el tiempo, se construyó un monasterio en el que pudiera dedicarse más libremente a los afanes celestiales. Allí, presa de la enfermedad, según muestra cumplidamente el libro que se escribió sobre su vida, una vez fue arrebatado de su cuerpo, y privado de él desde la hora de vísperas hasta el canto del gallo, mereció contemplar la visión

de los ejércitos angélicos y oír sus bienaventuradas alabanzas. Solía contar que, entre otras cosas, oyó que cantaban entre ellos: «Irán los santos de virtud en virtud», y luego: «El Dios de los dioses será visto en Sión»[144]. Vuelto a su cuerpo, y arrebatado de nuevo dos días después, vio no sólo los grandes goces de los bienaventurados, sino también los fieros combates de los espíritus malignos, que con reiteradas acusaciones y de manera malvada pretendía cerrarle el camino del Cielo, aunque nada adelantaban al estar protegido por los ángeles. Y si alguien quiere saber más de todo esto, es decir, de con qué fraudulenta diligencia los demonios recordaron sus obras y sus palabras superfluas, e incluso sus propios pensamientos, como si estuvieran escritos en un libro, y qué cosas gratas o tristes supo por los santos ángeles y por los hombres justos que entre los ángeles se le aparecieron, que lea el libro de su vida al que me he referido y, según creo, sacará de él mucho provecho espiritual.

4. Pero entre esas cosas hay una que hemos pensado que será muy útil para muchos poner en esta historia. En efecto, una vez que fue llevado a las alturas, los ángeles que lo llevaban le mandaron que mirara al mundo. Él, volviendo los ojos hacia abajo, vio como un valle tenebroso situado debajo de él, en un lugar profundo, y cuatro fuegos en el aire que no distaban mucho entre sí. Y, al preguntar a los ángeles qué eran tales fuegos, oyó que eran los fuegos que iban a incendiar y consumir el mundo: uno el de la mentira, dado que lo que prometimos en el bautismo de renunciar a Satanás y a todas sus obras no lo cumplimos en modo alguno; otro, el de de la avaricia, dado que anteponemos las riquezas del mundo al amor por las cosas celestiales; el tercero, el de la discordia, porque no tememos ofender los sentimientos del prójimo incluso en cosas superfluas; el cuarto, el de la impiedad, porque no nos importa nada despojar a los más débiles y defraudarlos. Los fuegos, creciendo paulatinamente, se extendieron hasta juntarse y se unieron en una gran llamarada y, como se acercaban a él, dijo atemorizado al ángel: «Señor, mira que el fuego se me acerca». Y él le dijo: «Lo que tú no has encendido no te quemará a ti»[145]; pues, aunque esa hoguera parece ser terrible y grande, prueba a cada cual según los méritos de sus obras, porque los malos deseos de cada cual arderán en este fuego. En efecto, al igual que cada uno arde en su cuerpo por el placer ilícito, así, liberado de su cuerpo, arderá en la pena debida». Entonces vio que uno de los tres ángeles que en el transcurso de las dos visiones le habían servido de guía se adelantaba y separaba las llamas, y que los otros dos, volando a uno y otro lado, lo defendían del peligro del fuego. Y vio también a los demonios volando por entre el fuego y preparando el incendio de las guerras contra los justos.

5. Siguen las acusaciones de los malvados contra él, las defensas de las almas buenas, la visión más amplia de los ejércitos celestiales, y también la de los santos varones de su pueblo de los que sabía, por la fama que de ellos se había extendido, que antaño habían desempeñado el sacerdocio no sin gloria, de los cuales oyó no pocas cosas que serían muy saludables tanto para él como para cuantos quisieran oírlas. Cuando ellos terminaron de hablar y se volvieron también ellos a los cielos con los espíritus angélicos, se quedaron con el bienaventurado Fursa los tres ángeles de los que ya hemos hablado para devolverlo a su cuerpo. Y, como se acercaban mucho al fuego ya nombrado, el ángel separó, como antes, el fuego de las llamas. Pero, cuando el varón de Dios llegó a la puerta que se le abría entre las llamas, los espíritus inmundos, agarrando a uno de aquellos a los que estaban abrasando en los fuegos, lo lanzaron contra él y, alcanzándolo, le quemaron el hombro y la mejilla, y él reconoció a aquel hombre y recordó que a su muerte había recibido parte de sus vestidos. El santo ángel, agarrándolo al momento, lo echó de nuevo al fuego, y decía el enemigo maligno: «No rechacéis al que antes habéis acogido; pues, al igual que habéis recibido los bienes de ese pecador, así también debéis ser partícipes de sus castigos». Contradiciéndolo le dijo el ángel: «No los aceptó por avaricia, sino por salvar su alma», y el fuego cesó. Volviéndose a él, el ángel le dijo: «Lo que tú encendiste es lo que te ha quemado. En efecto, si no hubieras aceptado el dinero de este hombre muerto en sus pecados, tampoco su castigo te quemaría». Hablándole más, le enseñó en un saludable sermón qué había que hacer al respecto de la salvación de los que se

arrepintieran a la hora de la muerte. Fursa, vuelto luego a su cuerpo, llevó durante todo el tiempo de su vida la señal del fuego que en su alma soportó visible para todos en su hombro y en su mejilla, y de manera admirable su carne mostraba a las claras lo que su alma había padecido en la oscuridad. Se cuidaba siempre, como ya antes acostumbraba a hacer, de mostrar con sus ejemplos y predicar con sus palabras a todos la práctica de la virtud. El relato de sus visiones sólo se avenía a exponérselo a los que le preguntaban por su afán de arrepentimiento.

6. Vive todavía un hermano anciano de nuestro monasterio que suele contar que un hombre muy veraz y religioso le dijo que vio al propio Fursa en el reino de East Anglia y que oyó sus visiones de su propia boca, añadiendo que en mitad de un crudo invierno y con gran helada aquel varón, sentado con una vestimenta ligera, mientras hablaba, y a causa de su gran temor o de su gozo, sudaba como en el calor del pleno verano.

7. Pues bien, volviendo a lo anterior, como, tras predicar a todos por muchos años la palabra de Dios en Escocia[146], no podía soportar fácilmente el tumulto de las gentes que acudían a él, dejando todo lo que parecía tener, se apartó incluso de la propia isla en la que había nacido y con unos pocos hermanos pasó por tierra de los britanos al reino de los anglos y, tras predicar allí la Palabra, según hemos contado, construyó su famoso monasterio. Habiendo hecho cumplidamente todo esto, y queriendo apartarse de todos los negocios de este mundo y también de los del propio monasterio, dejó su cuidado y el de las almas a su hermano Foillán y a los presbíteros Gobán y Dícuill[147], y él, libre de todas las cosas del mundo, dispuso concluir su vida en el retiro propio de un anacoreta. Tuvo otro hermano llamado Ultán, que tras un largo periodo de probación en el monasterio se había pasado a la vida eremítica. Marchando pues él solo en su busca, vivió un año entero con él en continencia y oración y con cotidiano trabajo de sus manos.

8. Más adelante, viendo el reino perturbado por las incursiones de los paganos, y previendo además que el peligro también amenazaba a los monasterios, tras dejar todas las cosas en orden, se embarcó para la Galia y allí, recibido con todos los honores por Clovis[148], rey de los francos, y por el patricio Erorcenwoldo[149], construyó un monasterio en el lugar llamado Lagny[150], y no mucho después, arrebatado por la enfermedad, completó su último día.

9. Tomando su cuerpo, el propio Eorcenwoldo lo depositó en un pórtico de la iglesia que estaba construyendo en una villa suya que se llama Péronne[151], hasta que dicha iglesia se dedicó. Y, cuando esto se hizo al cabo de veintisiete días y hubo que exhumar el cuerpo para trasladarlo del pórtico al lado del altar, se encontró tan incorrupto como si hubiera abandonado este mundo en aquella misma hora. Pero todavía al cabo de cuatro años, tras construirse un edículo para dar un albergue más honroso al mismo, al oriente del altar, se lo encontró aún inmune a la corrupción y fue trasladado con todos los honores allí, donde consta que sus méritos han brillado a menudo por muchos milagros por obra de Dios. Hemos tratado brevemente estos asuntos y el de su cuerpo incorrupto para que quedara más claro a los lectores cuánta era la santidad de aquel varón. Y todo ello lo encontrará más ampliamente expuesto el que lea el libro sobre él y sobre sus demás compañeros.

20

Cómo, muerto Honorio, asumió el pontificado Deusdédit y de quiénes fueron en aquel tiempo los obispos de East Anglia y de la iglesia de Rochester.

1. Entre tanto, muerto Félix, obispo de East Anglia, al cabo de diecisiete años de recibir el episcopado, Honorio ordenó para sucederlo a su diácono Tomás, que era del pueblo de los girvios[152] y, al ser arrebatado éste de esta vida a los cinco años de su episcopado, colocó en su lugar a Berhtgisl[153], apellidado Bonifacio, de la provincia de Kent.

2. También el propio Honorio, después de llegar a la meta de su carrera, partió de este mundo el año de la Encarnación del Señor de 653, el 30 de septiembre[154]. Tras estar

vacante el obispado por un año y medio, fue elegido como sexto arzobispo de la Sede Doruvernense[155] Deusdédit, del pueblo de los sajones occidentales[156], para ordenar al cual vino allí Ithamar, obispo de la iglesia de Rochester. Fue ordenado el 26 de marzo[157] y rigió la iglesia durante ocho años, cuatro meses y dos días. Al morir Ithamar, el propio Deusdédit consagró en su lugar a Damián, que procedía del pueblo de los sajones meridionales[158].

21

Cómo el reino de los anglos medios se hizo cristiano bajo el rey Peada.

1. Por estos tiempos los *middilenglos,* es decir, los anglos de los Midlands[159], bajo la guía de Peada, hijo del rey Penda[160], aceptaron la fe y los sacramentos de la verdad. Éste, por ser un joven excelente y muy digno del nombre y de la dignidad de rey, había sido preferido por su padre para reinar sobre aquel pueblo, y llegó junto al rey Oswiu de Northumbria pidiéndole que le diera por esposa a su hija Alhfled[161]. Pero no pudo conseguir lo que pretendía si no con la condición de que aceptara la fe de Cristo y el bautismo junto con el pueblo al que gobernaba. Él, tras escuchar la predicación de la verdad y la promesa del Reino Celestial, así como la esperanza de la resurrección y la futura inmortalidad, confesó que quería sinceramente hacerse cristiano incluso si no le daban a la doncella, persuadido a recibir la fe especialmente por el hijo del rey Oswiu llamado Alhfrido, que era su amigo y su afín, al tener por esposa a su hermana Cineburga[162], hija del rey Penda.

2. Así, pues, Peada fue bautizado por el obispo Finan con todos los que habían venido con él, cortesanos y caballeros[163], y todos sus siervos, en una famosa villa del rey que se llama *Al Muro*[164] y, tomando consigo a cuatro presbíteros que por su saber y su pureza de vida parecían idóneos para enseñar y bautizar a su pueblo, se volvió con gran alegría. Esos presbíteros eran Cedd, Adda, Betti y Diuma, de los cuales el último era de origen escoto[165] y los demás anglos. Adda era hermano de Utta, famoso presbítero y abad del monasterio que se llama *A la Cabeza de Cabra*[166], del que ya hemos hecho mención. Así, pues, los dichos sacerdotes, tras llegar a aquel reino junto con su príncipe, predicaban la palabra y fueron escuchados con gusto, y todos los días muchos, tanto de los nobles como del pueblo llano, renunciando a la inmundicia de la idolatría, se lavaron en la fuente de la fe.

3. No prohibió el rey Penda[167] que se predicara la Palabra ni siquiera en su propio pueblo, es decir, el de los mercios[168], si alguien quería escucharla. Más aún, odiaba y despreciaba a los que, tras haber abrazado la fe cristiana, veía que no hacían las obras propias de la fe, diciendo que eran unos miserable dignos de desprecio porque desdeñaban obedecer al Dios en el que creían. Todo esto empezó dos años antes de la muerte del rey Penda. Una vez que éste fue muerto y el rey cristiano Oswiu recibió su reino, según contaremos en los capítulos siguientes, Diuma, uno de los cuatro sacerdotes antes nombrados, fue hecho obispo de los anglos medios[169] y también de los mercios, tras su ordenación por el obispo Finan. En efecto, la escasez de sacerdotes obligaba a que un obispo fuera puesto al frente de dos pueblos. Éste, después de ganar para Dios a una grey nada escasa en un tiempo bastante escaso, falleció en la tierra de los anglos medios, en la región llamada *Infeppingum*[170]. En su lugar asumió el episcopado Ceollach, también él escoto[171] de origen, que no mucho después, abandonándolo, se volvió a la isla de Iona, donde los escotos tenían la cabeza y centro de muchos cenobios. Lo sucedió en el episcopado Trumhere, hombre devoto e instruido en la vida monástica, anglo de origen pero ordenado obispo por los escotos. Esto ocurrió en los tiempos del rey Wulfhere, del cual hablaremos en los capítulos siguientes.

22

Cómo los sajones orientales aceptaron la fe que poco antes habían rechazado, bajo el rey Sigeberto y por la predicación de Cedd.

1. Por aquel tiempo también los sajones orientales[172], a instancias del rey Oswiu, aceptaron la fe que anteriormente habían rechazado al expulsar al obispo Melito. En efecto, era rey de aquel pueblo Sigeberto[173], quien reinó tras el Sigeberto llamado el Pequeño y era amigo del rey Oswiu; el cual, llegándose frecuentemente junto a él a la provincia de Northumbria, solía exhortarlo a que comprendiese que no puede haber dioses que hayan sido hechos por mano de hombres; que ni la madera ni la piedra podían servir de materia para crear dioses, dado que sus restos o eran consumidos en el fuego o bien convertidos en vasijas para uso humano, e incluso, despreciados, se echaban fuera y se tiraban en tierra para ser pisoteados[174]. Dios debía ser entendido más bien como un ser inabarcable por su majestad, invisible para los ojos humanos, omnipotente, eterno, que había creado el cielo, la tierra y al género humano, lo gobernaba y había de juzgar al mundo con equidad[175] y cuya sede eterna no debía creerse que estaba en un caduco y vil metal, sino en los cielos; por ello era justo entender que todos cuantos creyeran y cumplieran la voluntad de Aquel por el que habían sido creados habían de recibir de Él recompensa eterna. Después de que el rey Oswiu, con consejo amistoso y casi fraterno, le insistiera con frecuencia a Sigeberto en todas estas cosas, al fin, con el consentimiento de sus amigos, creyó y, tras celebrar consejo con los suyos y dirigirles una exhortación, con el apoyo y el asentimiento de todos a le fe, fue bautizado junto con ellos por el obispo Finan en la villa regia de la que ya hemos hecho mención que se llama *Al Muro*. En efecto, está junto al muro con el que antaño los romanos cercaron la isla de Britania, a 12 millas del mar oriental.

2. Así, pues, el rey Sigeberto, convertido ya en ciudadano del reino eterno, se volvió a la sede de su reino temporal, tras pedir al rey Oswin que le proporcionara algunos misioneros que convirtieran a su pueblo a la fe de Cristo y lo bautizaran en la fuente saludable. Éste, mandando aviso a la provincia de los anglos medios, llamó a su lado a Cedd, hombre de Dios y, dándole como compañero a otro presbítero, lo envió a predicar la Palabra al pueblo de Essex[176]. Allí, una vez que en innumerables caminatas reu-nieron para el Señor una abundante comunidad eclesial, ocurrió que en un determinado momento el dicho Cedd volvió a su casa y llegó a la iglesia de Lindisfarne para entrevistarse con el obispo Finan. Cuando éste supo de su éxito con la tarea evangélica, lo hizo obispo de Essex, tras convocar para el rito de la ordenación a otros dos obispos[177]. Recibido el orden episcopal, Cedd volvió a la provincia y, continuando con mayor autoridad la obra comenzada, hizo iglesias por diversos lugares y ordenó a presbíteros y diáconos que lo ayudaran en la predicación de la fe y en el ministerio del bautismo, especialmente en la ciudad que en la lengua de los sajones se llama *Ythancaestir*[178] pero también en la que se llama Tilbury[179]. El primero de esos lugares está en la ribera del río Pant[180] y el segundo en la del Támesis. En ellos, tras agrupar a un enjambre de seguidores de Cristo, mandó que se observara la disciplina de la vida regular, en la medida en que aquella gente todavía ignorante podía adoptarla.

3. Mientras por no poco tiempo en la dicha provincia, con gran alegría del rey y no menos de todo el pueblo, la costumbre de la vida celestial conocía un aumento cotidiano, ocurrió que el rey, por instigación del enemigo de todos los bienes, fue muerto por mano de sus propios parientes. Eran dos hermanos los que perpetraron este crimen y, al preguntárseles por qué lo habían hecho, no fueron capaces de responder otra cosa que porque estaban enemistados con el rey y eran sus enemigos porque él solía apiadarse demasiado de los suyos y perdonaba tranquilamente sus agravios tan pronto como se lo pedían. Tal era la culpa del rey, por la cual se lo asesinaba: que observaba los preceptos evangélicos con corazón devoto. Sin embargo, con su muerte inocente y según la predicción del varón de Dios, se castigó una culpa verdadera. En efecto, uno de los cortesanos[181] que lo mataron había tenido un matrimonio ilícito y, como el obispo no podía impedirlo ni corregirlo, lo excomulgó y a todos los que quisieron escucharlos les ordenó que no entraran en su casa ni comieran de su comida. Pero el rey no tuvo en cuenta su mandato e, invitado por el cortesano, entró a cenar en su casa. Cuando el rey se fue allí, el obispo le salió al paso. El rey, al verlo, bajó inmediatamente del

caballo lleno de temor y cayó a sus pies implorando perdón para su falta; pues el obispo, que también iba a caballo, descabalgó al mismo tiempo. Airado, tocó al rey, que estaba postrado, con el báculo que llevaba en la mano y, apelando a su autoridad pontifical, le dijo: «Te digo que, como no has querido abstenerte de entrar en casa de aquel hombre perdido y condenado, tú has de morir en esa casa». Sin embargo, es de creer que tal muerte de un varón tan devoto no sólo pagó tal culpa, sino que incluso aumentó sus méritos, porque sin duda ocurrió a causa de su piedad, por su observancia de los mandatos de Cristo.

4. A Sigeberto lo sucedió en el reino Swidhelmo[182], hijo de Seaxbaldo, que fue bautizado por el mismo Cedd en la provincia de East Anglia, en la villa regia que se llama Rendlesham, es decir, *Casa de Rendil*[183] y, al salir de la sagrada fuente, lo acogió[184] Etelwaldo[185], rey de East Anglia, hermano del rey Anna.

23

Cómo el mismo obispo Cedd, al recibir del rey Etewaldo un terreno para construir un monasterio, lo consagró al Señor con oraciones y ayunos, y sobre su muerte.

1. Este mismo hombre de Dios, cuando desempeñaba el ministerio episcopal en el Essex, también solía volver a menudo a su provincia, es decir, la de Northumbria, para predicar. Cuando el rey Etelwaldo, hijo del rey Oswaldo, que tenía su reino en las partes de Deira, vio a aquel varón santo, sabio y de ejemplares costumbres, le pidió que aceptara de él la donación de una tierra para construir un monasterio, en el cual el rey no sólo oraría al Señor y oiría más frecuentemente la Palabra, sino que también, ya muerto, sería sepultado. En efecto, creía sinceramente que mucho lo ayudarían las oraciones cotidianas de los que en aquel lugar sirvieran al Señor. Aquel rey había tenido consigo a un hermano del obispo, llamado Celin, un hombre igualmente entregado a Dios, el cual solía administrarle a él y a su familia –pues era presbítero– la predicación y los sacramentos de la fe, y por cuya noticia, especialmente, llegó él al afecto y al conocimiento del obispo. Así, pues, accediendo a los deseos del rey, eligió un lugar para construir el monasterio en unos montes empinados y remotos, en los cuales parecía haber habido más escondrijos de bandoleros y guaridas de fieras que casas de hombres; de manera que, según la profecía de Isaías[186], «en las guaridas en que antes habitaban los dragones surgiera el verdor de la caña y del junco», es decir, que el fruto de las buenas obras naciera allí donde antes solían vivir las fieras o los hombres vivir como bestias.

2. Deseando aquel hombre de Dios purificar primero el lugar recibido para el monasterio de la primitiva suciedad de los delitos por medio de oraciones y ayunos, y así poner en él los cimientos del monasterio, le pidió al rey que le concediera facultad y licencia de quedarse allí para orar por todo el tiempo de la Cuaresma, que estaba cercano. Durante todos esos días, excepto el domingo, prolongando el ayuno hasta el atardecer, según su costumbre, ni siquiera entonces tomaba otra cosa sino un poquito de pan y un huevo de gallina con un poco de leche mezclada con agua. Decía, en efecto, que ésta era la costumbre de aquellos de los que había aprendido la norma de la vida monástica para consagrar previamente con oraciones y ayunos al Señor los lugares recién recibidos para hacer un monasterio o una iglesia. Cuando quedaban diez días de la Cuaresma, vino uno a llamarlo junto al rey. Pero él, por no interrumpir sus ocupaciones religiosas con los asuntos del rey, pidió a su presbítero Cinebill, quien también era hermano suyo, que completara su sagrada tarea. Y, después de que asintió a ello de buena gana, completado el tiempo de los ayunos y la oración, hizo allí el monasterio que ahora se llama Lanstingham[187], y organizó su vida religiosa según el rito de Lindisfarne, donde había sido educado.

3. Después de ejercer por muchos años el episcopado en la provincia dicha y de gobernar también el monasterio, tras darle unos estatutos, fue el caso que Cedd, llegando al monasterio en tiempo de peste[188], contrajo la enfermedad y murió en él. Primero fue sepultado fuera, pero, andando el tiempo, se hizo en el monasterio una iglesia de piedra en honor de la bienaventurada Madre de Dios y en ella se depositó su cuerpo, a la derecha del altar.

4. El obispo confió el monasterio para que lo gobernara después de él a su hermano Chad, quien luego fue creado obispo, según más adelante diremos. Y es que estos cuatro hermanos que hemos dicho, Cedd, Cinebill, Celin y Chad, cosa difícil de encontrar, fueron todos esclarecidos sacerdotes del Señor, y dos de ellos incluso de-sempeñaron la dignidad del sumo sacerdocio[189]. Pues bien, cuando oyeron que el obispo había fallecido y había sido enterrado en el reino de Northumbria, sus hermanos que estaban en su monasterio en el reino de Essex[190] vinieron allí, unos 30, con el deseo de vivir junto al cuerpo de su padre, si así placía a Dios, o de morir y ser sepultados allí. Fueron recibidos gustosamente por sus hermanos y correligionarios, y todos murieron allí al sobrevenir otra ola de la peste ya mencionada, salvo uno, todavía un chiquillo, que consta que se salvó de la muerte por la intercesión de su padre[191]. Éste, quien vivió hasta mucho tiempo después, dedicado a la lectura de las Escrituras, al final averiguó que no había sido regenerado por las aguas del bautismo, y al momento se lavó en la fuente del baño salutífero; luego todavía fue promovido al orden presbiteral y fue útil a muchos en la Iglesia. Al respecto de esto no creo que deba dudarse de que, según dije, fue salvado del trance de la muerte por intercesión de su padre[192], junto a cuyo cuerpo había venido movido por su afecto; de manera que así escapara también a la muerte eterna y también ante sus demás hermanos diera un ejemplo de vida y de salvación con su magisterio.

24

Cómo el reino de Mercia, una vez que mataron al rey Penda, recibió la fe de Cristo, y Oswiu, por la victoria conseguida, donó a Dios posesiones y terrenos para construir monasterios.

1. Por estos tiempos el rey Oswiu, como sufría crueles e intolerables incursiones del ya tan nombrado rey de Mercia[193], el que había matado a su hermano, a la postre, forzado por la necesidad, le prometió que le daría como precio de la paz innumerables tesoros y donativos regios, mayores de cuanto se pudiera creer, con tal de que él se volviera a su casa y dejara de devastar su reino hasta la aniquilación. Y, como aquel pérfido rey no accedía en modo alguno a sus ruegos, pues tenía decidido eliminar y exterminar a todo su pueblo desde el más pequeño hasta el más grande, Oswiu reclamó el auxilio de la divina piedad para poder verse libre de la bárbara impiedad, y así, obligándose con un voto, dijo: «Si el pagano no sabe aceptar nuestros dones, ofrezcámoslos a Aquel que lo hace: al Señor Dios nuestro». Y así hizo voto de que, si salía vencedor, ofrecería a su hija al Señor consagrándola a la sagrada virginidad, y al propio tiempo la posesión de 12 predios[194] para construir monasterios y, así, con un ejército muy pequeño afrontó el combate.

2. De hecho se cuenta que los paganos tenían un ejército tres veces mayor, pues tenían 30 legiones, instruidas en la lucha por jefes ilustres. A ellos se enfrentó el rey Oswiu, junto con su hijo Alhfrido, teniendo un ejército muy pequeño, según he dicho pero confiado en la guía de Cristo. En efecto, su otro hijo, Egfrido[195], estaba retenido por entonces en el reino de Mercia como rehén en casa de la reina Cinewise, y el hijo del rey Oswaldo, Etelwaldo, que debía estar ayudándolo, estaba como caudillo por parte de los adversarios que iban a luchar contra su tío y contra su patria, aunque a la hora de la lucha tiempo se había mantenido al margen y esperaba el resultado del encuentro en un lugar seguro. El caso es que, entablado el combate, los paganos fueron puestos en fuga y diezmados, y los 30 generales regios[196] que habían venido en su ayuda muertos casi todos. Entre ellos estaba Etelhere, hermano de Anna, rey de East Anglia, que reinó después de él, también responsable de la guerra[197], que, tras perder a sus soldados y asistentes, encontró la muerte. Y, como se luchó junto al río *Winwaed*[198], que por entonces desbordaba con mucho no sólo su cauce sino todas sus riberas, ocurrió que fueron más los fugitivos con los que acabó el agua que los combatientes con los que acabó la espada.

3. Entonces el rey Oswiu, según el voto que había hecho al Señor, dando gracias a Dios por la victoria concedida, entregó a su hija Elffled[199], quien apenas había cumplido un año

de edad, para que fuera consagrada a la perpetua virginidad, donando además 12 pequeñas tierras en las que, suprimido el servicio militar[200], estuvieran a disposición de la constante devoción de los monjes un lugar y una posibilidad para ejercer la milicia celestial y para suplicar por la eterna paz de aquel pueblo. De esas posesiones que les dio, seis estaban en la provincia de Deira y seis en la de Bernicia. Cada tierra era de 10 familias[201], es decir, 120 en total. La hija mencionada del rey Oswiu entró en el monasterio que se llama *Heruteu*[202], es decir, Isla del Ciervo, para consagrarse a Dios, al frente del cual estaba entonces la abadesa Hilda. A los dos años, tras comprar una propiedad de 10 familias[203] en el lugar que se llama *Streanaeshealh*[204], construyó allí un monasterio. En él la dicha hija del rey fue novicia de la vida regular y luego también maestra, hasta que, cumplidos los cincuenta y nueve años, aquella virgen bienaventurada marchó a unirse y desposarse con el esposo celestial. En el mismo monasterio fueron sepultados ella misma, su padre Oswiu y su madre Eanfled, así como Edwin, padre de su madre y muchos otros nobles, en la iglesia de San Pedro apóstol. Esta guerra el rey Oswiu la concluyó en la región de Leeds[205] en el año decimotercero de su reinado, el día 15 de noviembre, con gran bien para uno y otro pueblo. En efecto, no sólo liberó a su gente de las encarnizadas devastaciones de los paganos, sino que al propio pueblo de los mercios y de las regiones vecinas, cortando su pérfida cabeza[206], los convirtió a la gracia de la fe cristiana.

4. El primer obispo nombrado en el reino de Mercia y de los anglos medios y de Lindsey, según ya hemos contado más arriba, fue Diuma, el cual murió y fue sepultado en tierra de los anglos medios; el segundo fue Ceollach, quien, dejando el ministerio episcopal en vida, se volvió a Escocia[207]; uno y otro eran escotos[208] de origen. El tercero fue Trumhere, anglo de nación pero educado y ordenado por los escotos, que fue abad en el monasterio que se llama Gilling, lugar en el que fue asesinado el rey Oswin, según contamos antes. En efecto, la reina Eanfled, parienta suya, a título de expiación por su injusta muerte, pidió al rey Oswiu que le diera allí un lugar para construir un monasterio al dicho siervo de Dios Trumhere, porque también él era pariente del rey asesinado. En tal monasterio, como es natural, se harían oraciones constantes por la eterna salvación de uno y otro rey, es decir, del asesinado y del que había mandado asesinarlo. El propio rey Oswiu, durante tres años tras la muerte de Penda, reinó sobre el pueblo de los mercios y sobre los restantes pueblos de las provincias meridionales, y también sometió al pueblo de los pictos, en su mayor parte, al reino de los anglos.

5. En este tiempo Oswiu donó al ya nombrado Peada, hijo del rey Penda, porque era pariente suyo, el reino de Mercia Meridional. Era, según dicen, una extensión de 5.000 familias[209], separada por el río Trent de la Mercia Septentrional, cuya tierra abarca 7.000 familias. Pero Penda murió en la siguiente primavera de una manera horrorosa, según cuentan, por la traición de su propia esposa, en los mismos días de la fiesta de Pascua. Cumplidos tres años tras el asesinato del rey Penda, se rebelaron contra el rey Oswiu los caudillos del pueblo de los mercios Immin, Eafa y Eadberto, tras elevar al trono a Wulfhere, hijo de Penda, quien era todavía un muchacho, al que habían tenido escondido, y expulsando a los dignatarios del rey que no era el suyo, recuperaron valientemente sus propias fronteras y su libertad y, así, libres y con un rey propio, estaban felices de servir a Cristo, verdadero rey, en la esperanza de un reino eterno en los cielos. Aquel rey estuvo al frente de los mercios diecisiete años y tuvo como primer obispo a Trumhere, del cual ya hemos hablado, como segundo a Jaruman, como tercero a Chad y como cuarto a Winfrido. Todos estos, sucediéndose por ese orden, desempeñaron el episcopado del pueblo de los mercios bajo el rey Wulfhere.

25

Cómo se suscitó la cuestión de la fecha de la Pascua frente a los que habían venido de Escocia[210].

1. Entre tanto, arrebatado de esta vida el obispo Aidán[211], había recibido el orden episcopal en su lugar Finan, ordenado y enviado por los escotos[212]. Éste hizo en la isla de Lindisfarne una iglesia apropiada para la sede episcopal, que, sin embargo, siguiendo la costumbre de los escotos, construyó enteramente de madera aserrada y no de piedra, y la techó con cañas. Algún tiempo después la dedicó el reverendísimo arzobispo Teodoro, en honor del bienaventurado Pedro apóstol. Pero además el obispo del lugar, Eadberto, quitando las cañas, se cuidó de cubrirla enteramente de láminas de plomo, tanto su techumbre como sus paredes.

2. Por estos tiempos surgió una polémica grande y reiterada sobre la observación de la Pascua, cuando aseguraron los que venían de Kent y de las Galias que los escotos[213] celebraban el domingo de Pascua en desacuerdo con la costumbre de la Iglesia universal. Entre ellos, el más acérrimo defensor de la verdadera Pascua era Ronan, escoto de nación pero instruido en la regla de la ortodoxia eclesiástica en tierras de la Galia y de Italia. Éste, enfrentándose a Finan, corrigió a muchos o al menos los animó a una cuidadosa investigación de la verdad; pero a Finan no logró enmendarlo de ninguna manera; más aún, como era hombre de temperamento impulsivo, con sus amonestaciones lo exasperó y lo convirtió en adversario abierto de la verdad. Por su parte Jacobo, antaño diácono del venerable obispo Paulino, según dijimos más arriba, observaba la Pascua verdadera y católica junto con todos los que había podido instruir en el recto camino. La observaba también la reina Eanfled[214] junto con los suyos, según lo que había visto que se hacía en Kent, pues tenía consigo a un presbítero de Kent observante de la ortodoxia católica, de nombre Romano. Por todo ello se cuenta que en aquellos tiempos alguna vez ocurrió que se celebró la Pascua dos veces en un año, y que, mientras el rey, finalizados los ayunos, celebraba la Pascua del Señor, entonces la reina y los suyos, persistiendo todavía en los ayunos, celebraban el Domingo de Ramos[215]. Esta discordancia en la celebración de la Pascua era tolerada con paciencia en vida de Aidán por parte de todos, que habían entendido meridianamente que, aunque no podía hacer la Pascua contra la costumbre de los que lo habían enviado, se preocupaba diligentemente de llevar a cabo las obras de fe, piedad y caridad según la costumbre seguida por todos los santos. Por ello era merecidamente querido por todos, incluso por los que tenían otro parecer sobre la Pascua, y no sólo era tratado con veneración por la gente mediana, sino también por los propios obispos Honorio, de Canterbury, y Félix, de East Anglia.

3. Mas, una vez muerto Finan[216], que fue el sucesor de Aidán, cuando lo sucedió en el episcopado Colmán, también él enviado de Escocia[217], surgió una controversia aún más grave sobre la observancia de la Pascua y sobre otras cuestiones disciplinares de la vida eclesiástica. Por ello, y con razón, esta cuestión turbó el pensamiento y el corazón de muchos, que temían que, al abrazar el nombre de cristianos, corrían o habían corrido en vano[218]. El asunto llegó a los propios oídos de los príncipes, es decir, del rey Oswiu y de su hijo Alhfrido, porque Oswiu, catequizado y bautizado por los escotos[219], y excelentemente instruido en su lengua, no creía que hubiera cosa mejor que la que ellos le habían enseñado. En cuanto a Alhfrido, que había tenido como maestro de doctrina cristiana a Wilfrido, un varón de los más doctos (pues también había viajado anteriormente a Roma para hacer estudios eclesiásticos y había pasado largo tiempo en Lyon, junto a Delfín[220], arzobispo de las Galias, del que había recibido también la tonsura eclesiástica), sabía que la doctrina de aquel hombre era preferible a todas las tradiciones de los escotos[221]. Por la misma razón le había donado un monasterio de 40 familias[222] en el lugar que se llama Ripon[223], lugar que poco antes había dado para construir un monasterio a los que seguían a los escotos[224]; pero, como ellos, cuando se les dio a escoger, preferían abandonar el lugar que cambiar su costumbre, se lo dio a aquel que tenía una doctrina y una vida dignas del lugar. Por aquel tiempo había venido a la provincia de Northumbria Agilberto, obispo de Wessex, del que ya hemos hecho mención, amigo del rey Alhfrido y del abad Wilfrido, y se quedó un tiempo entre ellos. Éste, a ruegos de Alhfrido, hizo presbítero a Wilfrido en su monasterio ya dicho,

y tenía consigo a otro presbítero llamado Agatón.

4. El caso es que, al suscitarse allí la cuestión de la Pascua, de la tonsura y de otros asuntos eclesiásticos, se dispuso que se hiciera un sínodo en el monasterio que se llama *Streanaeshealh*[225], que significa Bahía del Faro, al frente del cual estaba entonces como abadesa Hilda, mujer consagrada al Señor, sínodo en el que debía zanjarse la cuestión. Vinieron allí los dos reyes, padre e hijo; los obispos Colmán, con sus clérigos de Escocia[226], Agilberto con sus presbíteros Agatón y Wilfrido. También estaban por parte de éstos Jacobo y Romano, e Hilda con los suyos por parte de los escotos; entre ellos estaba también el venerable obispo Cedd, tiempo atrás consagrado por los escotos, según ya dijimos más arriba, que en aquel concilio actuó como escrupuloso intérprete entre ambas partes[227].

5. Primero el rey Oswiu, tras pronunciar un preámbulo (que convenía que los que servían a un solo Dios mantuvieran una sola regla de vida y que no discreparan en la celebración de los sacramentos celestes los que a una esperaban un solo reino; que más bien había que averiguar cuál era la tradición más verdadera y que ésta debía ser seguida por todos en común), ordenó que en primer lugar dijera su obispo Colmán cuál era el rito que él seguía y de dónde tomaba origen. Entonces dijo Colmán: «La Pascua que yo suelo celebrar la he recibido de mis mayores, que aquí me enviaron como obispo y, que se sepa, todos nuestros padres, hombres amados de Dios, así la celebraron. Y, para que a nadie le parezca algo digno de desprecio o de reprobación, es la misma que el bienaventurado Juan[228], discípulo especialmente amado del Señor, se lee que celebraba con todas las iglesias que presidía»[229]. Una vez que dijo esto y cosas parecidas, ordenó el rey que también Agilberto diera a conocer a todos la tradición de su observancia, qué origen tenía y con qué autoridad la seguía. Respondió Agilberto: «Que hable en mi lugar, por favor, mi discípulo el presbítero Wilfrido, porque ambos compartimos el parecer de los restantes cultivadores de la tradición eclesiástica que aquí están sentados, y él puede explicar lo que opinamos mejor y más claramente en la propia lengua de los anglos, que yo por medio de un intérprete». Entonces Wilfrido, cuando el rey le ordenó que hablara, comenzó de esta manera: «La Pascua que nosotros celebramos es la que hemos visto que todos celebraban en Roma, donde los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo vivieron, enseñaron, padecieron y fueron sepultados; ésta es la que hemos observado que todos seguían en Italia y en la Galia, por las que pasamos para estudiar o para orar; ésta es la que tenemos averiguado que celebran Asia, Egipto, Grecia y todo el orbe, dondequiera que se ha difundido la Iglesia de Cristo, entre pueblos y lenguas diversas pero en un tiempo único y no diverso; salvo éstos y los cómplices de su obstinación –me refiero a los pictos y a los britanos–, con los que, desde las dos islas más remotas del Océano, y sólo en una parte de ellas, se enfrentan a todo el orbe con un necio empeño».

6. A estas palabras le respondió Colmán: «Es asombroso que queráis llamar necio a nuestro empeño, en el que seguimos los ejemplos de aquel apóstol tan grande que fue digno de recostarse en el pecho del Señor[230], cuando todo el mundo sabe que él vivió conforme a la mayor sabiduría». Wilfrido le dijo: «Lejos de nosotros acusar a Juan de necedad, puesto que observó al pie de la letra los preceptos de la ley de Moisés, cuando en muchos aspectos la Iglesia todavía judaizaba[231], y los apóstoles no pudieron poner fin de manera inmediata a la total observancia de la Ley, que fue instituida por Dios, al igual que se hizo necesario que todos los que vienen a la fe repudiaran a los ídolos, que fueron inventados por los demonios, y esto –parece claro– por no escandalizar a los que eran judíos entre los gentiles. En efecto, ésta es la razón por la que Pablo circuncidó a Timoteo, por la que inmoló víctimas en el Templo, por la que, junto con Áquila y Priscila, se rapó la cabeza en Corinto[232], algo evidentemente inútil, a no ser para evitar el escándalo de los judíos. Ésta es la razón por la que al propio Pablo le dijo Santiago: “Ya ves, hermano, cuántos son los miles de judíos que han creído, y todos ellos son celadores de la Ley”[233]. Ahora bien, hoy día, al resplandecer por todo el mundo el Evangelio, no es necesario –aún más, no es lícito– para los fieles circuncidarse u ofrecer a Dios víctimas carnales. Y así Juan, según la ley de la costumbre,

iniciaba la celebración de la fiesta pascual[234] al atardecer del decimocuarto día, sin considerar si éste caía en sábado o en cualquier otro día.

7. Ahora bien, cuando Pedro predicó en Roma, recordando que el Señor resucitó de entre los muertos y trajo al mundo la esperanza de la resurrección en el primer día de la semana[235], entendió que la Pascua debía celebrarse de manera que, según la costumbre y los preceptos de la Ley, había que esperar siempre a la decimocuarta luna del primer mes, que aparece al atardecer, al igual que hacía Juan y, si una vez que ésta hubiera salido, el domingo, que entonces se llamaba primer día de la semana, caía al día siguiente, empezaba a celebrar la Pascua del Señor esa misma tarde, como nosotros y todos solemos hacer. Ahora bien, si el domingo no caía en el día inmediatamente siguiente a la luna decimocuarta, sino que iba a llegar en la decimosexta o en la decimoséptima o en cualquier otra luna, hasta la vigésimo primera, esperaba a que llegara y en la tarde del sábado precedente iniciaba las sagradas celebraciones de la Pascua, y así ocurría que el día del Domingo de Pascua no se celebraba a no ser entre la decimoquinta y la vigésimo primera luna. La tradición evangélica y apostólica no rompe con la Ley, antes bien la completa, en cuanto que se ordenó que la Pascua se celebrara entre la decimocuarta luna al atardecer y la vigésimo primera del mismo mes al atardecer; cómputo a cuya imitación se pasaron todos los sucesores del bienaventurado Juan en Asia[236] después de su muerte, así como la Iglesia de todo el mundo. Y que ésta es la verdadera Pascua, la única que los fieles han de celebrar, lo confirmó –no lo introdujo como novedad– el Concilio de Nicea[237], según enseña la historia eclesiástica.

8. «Por ello queda claro que vosotros, Colmán, no seguís, como pensáis, el ejemplo de Juan ni el de Pedro, a cuya tradición os oponéis a conciencia, y que en la observación de vuestra Pascua no estáis de acuerdo ni con la Ley ni con el Evangelio. En efecto, Juan, quien observaba el tiempo pascual según los preceptos de la Ley Mosaica, para nada reparaba en el domingo, cosa que vosotros no hacéis, dado que no celebráis la Pascua sino en domingo. Pedro celebraba el domingo de la Pascua del Señor entre la decimoquinta luna y la vigésimo primera; cosa que vosotros no hacéis, dado que fijáis el domingo de Pascua entre la decimocuarta y la vigésima luna, de manera que con frecuencia iniciáis la Pascua en la decimotercera luna al atardecer, algo de lo que ni la Ley ni el autor y dador del Evangelio, el Señor, hicieron mención alguna; antes bien, comió la antigua Pascua en la luna decimocuarta al atardecer, y transmitió a la Iglesia los sacramentos del Nuevo Testamento, para que los celebrara en conmemoración de su Pasión. Igualmente, la vigésimo primera luna, que la Ley recomendó especialmente que se observara, vosotros la elimináis por entero de la celebración de vuestra Pascua. Y así, según he dicho, en la celebración de la festividad suprema no estáis de acuerdo ni con Juan, ni con Pedro, ni con la Ley ni con el Evangelio».

9. A esto replicó Colmán: «¿Acaso Anatolio[238], varón santo y con gran prestigio en la historia eclesiástica, de la que has hablado, opinó en contra de la Ley o del Evangelio cuando escribió que la Pascua había de celebrarse desde la decimocuarta a la vigésima luna? ¿Acaso hay que creer que nuestro reverendísimo padre Columba[239] y sus sucesores, varones amados de Dios, que celebraron la Pascua del mismo modo, pensaron u obraron en contra de las Sagradas Escrituras, cuando hubo entre ellos muchos de cuya santidad dieron testimonio señales celestiales y los milagrosos prodigios que hicieron? Yo, que no dudo de que fueron santos, no dejo de seguir siempre su vida, sus costumbres y sus enseñanzas».

10. Pero Wilfrido dijo: «Consta que Anatolio fue un varón de lo más santo, de lo más sabio y de lo más digno de alabanza; pero ¿qué tenéis vosotros que ver con él si tampoco guardáis sus preceptos? En efecto, él, siguiendo en su Pascua una regla acertada, estableció un ciclo de diecinueve años, que vosotros o bien ignoráis o tenéis en nada, aunque es reconocido y observado por toda la Iglesia de Cristo. Él, en la Pascua del Señor, contó la decimocuarta luna de manera que, según la costumbre de los egipcios, admitía que ésta era en ese mismo día al atardecer la decimoquinta luna[240]. Y así también atribuyó la vigésima al Domingo de Pascua, de manera que creía que ésta, al declinar tal día, era ya la vigésimo

primera. Y que vosotros ignoráis esa distinción lo prueba que algunas veces, de manera bien evidente, hacéis la Pascua antes del plenilunio[241], es decir, en la decimotercera luna. Y en cuanto a vuestro padre Columba y a sus seguidores, cuya santidad decís que imitáis y cuya regla y preceptos, confirmados por señales celestiales, decís que seguís, podría responderos que a muchos que en el juicio han de decir al Señor que han profetizado y echado demonios y hecho muchos milagros en su nombre, el Señor les responderá que nunca los ha conocido[242]. Pero lejos de mí decir tal cosa de vuestros padres, porque es mucho más justo creer el bien que el mal a propósito de los desconocidos. Por ello no niego que fueran siervos de Dios y amados de Dios, que amaron a Dios con rústica sencillez pero con piadosa intención. Por lo demás, no creo que les hiciera mucho daño tal observación de la Pascua mientras no llegó nadie que les hiciera ver las reglas más correctas para que las siguieran, y desde luego creo que, si entonces hubiera llegado junto a ellos alguien que conociera el cómputo católico, hubieran seguido sus consejos al igual que está claro que siguieron los mandatos que conocían y habían aprendido como de Dios. Pero tú y tus compañeros, si desdeñáis seguir los decretos que habéis oído de la Sede Apostólica, más aún, de la Iglesia universal, confirmados por las Sagradas Escrituras, pecáis sin lugar a dudas. Pues, aunque tus padres fueron santos, ¿acaso ha de preferirse la poca cosa que fueron desde un rincón de una isla remota[243] a la Iglesia universal de Cristo, extendida por todo el orbe? Y, si era santo y poderoso por sus milagros aquel Columba vuestro –y nuestro, si era de Cristo–, ¿acaso puede ser antepuesto al bienaventurado Príncipe de los Apóstoles, al cual dijo el Señor: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y te daré las llaves del Reino de los Cielos?”»[244].

11. Cuando Wilfrido concluyó, dijo el rey Oswiu: «¿Es verdad, Colmán, que el Señor le dijo eso a Pedro?». Él le respondió: «Es verdad, rey». Y él le dijo: «¿Tenéis vosotros algo con que demostrar que la misma potestad se le dio a vuestro Columba?». Él respondió: «Nada». Y de nuevo habló el rey: «Uno y otro de vosotros ¿estáis de acuerdo sin discusión alguna en que estas palabras se le dijeron principalmente a Pedro y en que las llaves del Reino de los Cielos le fueron dadas a él por el Señor?». Los dos respondieron: «Sí». Y el rey concluyó de esta manera: «Pues bien, yo os digo que ése es el portero al que yo no quiero llevarle la contraria; antes bien, en cuanto sé y puedo, deseo obedecer a sus mandatos en todo, no sea que, cuando llegue a la puerta del Reino de los Cielos, no haya quien me abra, al negarse aquel que consta que tiene las llaves». A estas palabras del rey asintieron los que allí estaban sentados y los que estaban en pie, los grandes junto con los medianos y, abandonando una tradición menos perfecta, se disponían a pasarse a la que habían sabido que era mejor.

26

Cómo Colmán, vencido, se volvió a su tierra y Tuda asumió el episcopado en su lugar, y cuál era el estado de la iglesia con aquellos maestros.

1. Acabado el conflicto y disuelta la asamblea, Agilberto volvió a su casa. Colmán, viendo que a su doctrina se la hacía de menos y que su escuela quedaba despreciada, tomando a los que quisieron seguirlo, es decir, los que no querían aceptar la Pascua católica y la corona de la tonsura (pues también sobre este punto había no poca cuestión)[245], regresó a Escocia[246] para tratar con los suyos qué debía hacer a propósito de todo esto. Cedd, abandonando la senda de los escotos[247], se volvió a su propia sede, aceptando la observación de la Pascua católica. Esta polémica tuvo lugar en el año de la Encarnación del Señor 664, que fue el vigésimo segundo del rey Oswiu y el trigésimo después del episcopado que los escotos[248] ejercieron en tierra de los anglos; pues Aidán lo desempeñó durante diecisiete, Finan durante diez y Colmán durante tres

2. Una vez que Colmán se volvió a su patria, asumió en su lugar el pontificado de Northumbria el siervo de Cristo Tuda, quien se había educado y había sido ordenado entre los escotos meridionales[249]. Tenía, según la costumbre de aquel reino, la tonsura eclesiástica

en forma de corona[250] y observaba la regla católica del tiempo pascual. Era desde luego un hombre bueno y devoto, pero rigió la iglesia por muy poco tiempo. Había venido de Escocia[251] cuando todavía desempeñaba el pontificado Colmán y, con la mayor diligencia cuanto se refiere a la fe y a la verdad, se lo enseñaba a todos con su palabra y con sus obras. Al frente de los hermanos que, al marcharse los escotos[252], prefirieron quedarse en la iglesia de Lindisfarne fue puesto, a título de abad, un varón llamado Eata, muy reverenciado y de carácter muy apacible, que era abad en el monasterio que se llama Melrose[253]. Dicen que esto se lo pidió Colmán al rey Oswiu, y que lo obtuvo cuando estaba para marcharse, dado que Eata era uno de los 12 muchachos de Aidán, a los que en los primeros tiempos de su episcopado él mismo había escogido del pueblo de los anglos para instruirlos en Cristo. Y, en efecto, el rey estimaba mucho al obispo Colmán por su innata prudencia. El Eata del que hablamos es el mismo que no mucho después fue creado obispo de la iglesia de Lindisfarne. Cuando Colmán se marchó a su casa, tomó consigo una parte de los huesos del reverendísimo padre Aidán, pero una parte la dejó en la iglesia que había gobernado y mandó que se guardaran en su santuario.

3. Cuánta fue su austeridad, cuánta su frugalidad, así como las de sus predecesores, lo atestiguaba también aquel lugar que gobernaban, donde, al marcharse ellos, exceptuando la iglesia, se encontraron muy pocas edificaciones; es decir, sólo aquellas sin las que no podía haber una convivencia civilizada. No tenían riqueza alguna salvo su ganado y, si recibían algo de dinero de los ricos, de inmediato se lo daban a los pobres. Y es que no necesitaban reunir caudales ni preparar alojamientos para recibir a los poderosos de este mundo, dado que no acudían a la iglesia a no ser para orar y para escuchar la palabra de Dios. El propio rey, cuando la ocasión lo exigía, iba allí con sólo cinco o seis servidores[254] y, terminada su oración en la iglesia, se marchaba. Y, en caso de que hubiera que darles alguna refección, contentándose con el sencillo y cotidiano condumio de los hermanos, no pedían nada más. En efecto, toda la solicitud de aquellos maestros estaba en servir a Dios, no al mundo; todo el afán en cultivar su corazón, no su vientre.

4. Por ello también era objeto de gran veneración en aquel tiempo el estado religioso, hasta el punto de que, dondequiera que llegaba algún clérigo o monje, era recibido por todos con alegría como un siervo de Dios. Incluso, si se lo encontraban de viaje, corrían junto a él e, inclinando la cerviz, les gustaba que su mano los signara con la cruz o que su boca los bendijera, y a sus palabras de exhortación también les prestaban oído con diligencia. Además, los domingos acudían rivalizando en entusiasmo a la iglesia o a los monasterios, no por alimentar su cuerpo, sino por oír la palabra de Dios y, si alguna vez llegaba al pueblo algún sacerdote, congregándose de inmediato los aldeanos, se cuidaban de pedirle que les predicara la palabra de Dios. En efecto, tampoco los sacerdotes o clérigos tenían otra razón de visitar las aldeas que la de predicar, bautizar, visitar a los enfermos y, por decirlo brevemente, cuidar de las almas. Y estaban tan inmunes a la peste de la avaricia que nadie aceptaba posesiones y tierras para construir monasterios a no ser obligado por los poderes seculares. Esta costumbre fue enteramente observada después por un cierto tiempo en las iglesias de Northumbria. Pero basta ya de este asunto.

27

Cómo Egberto, un hombre santo del pueblo de los anglos, llevó vida monástica en Hibernia[255].

1. Ese mismo año de la Encarnación del Señor de 664 había ocurrido un eclipse de sol el 3 de mayo[256], alrededor de la hora décima. Y en ese mismo año la plaga de una súbita peste, tras devastar primero las regiones meridionales de Britania, de apoderarse también de la provincia de Northumbria, y de ensañarse con una cruel mortandad por largo tiempo y todo a lo largo y a lo ancho de la tierra, abatió a una multitud de personas. En esta plaga fue arrebatado de este mundo el ya mencionado sacerdote de Dios Tuda, y fue enterrado con

todos los honores en el monasterio que se llama *Paegnelaech*[257]. La plaga también agobió con igual desastre a la isla de Hibernia[258].

2. Había allí por entonces muchos nobles y gente mediana del pueblo de los anglos que en tiempo de los obispos Finan y Colmán, abandonando su isla natal[259], se habían retirado a aquel lugar, ya buscando una instrucción en las Escrituras, ya una vida más ascética. Algunos de ellos se entregaron luego fielmente a la vida monástica; otros, yendo por las celdas de los maestros, más bien disfrutaban dándose al estudio. A todos ellos los escotos[260], recibiéndolos con la mayor amabilidad, procuraban darles el alimento cotidiano a cambio de nada y también libros para leer y enseñanza gratuita.

3. Entre éstos estaban dos jóvenes de gran valía, de familia de nobles anglos, Etelhun[261] y Egberto. El primero era hermano de Etelwine, hombre igualmente amado de Dios, que también marchó a Hibernia[262] tiempo después para estudiar y, bien instruido, volvió a su patria y, creado obispo en la provincia de Lindsey, rigió por mucho tiempo aquella iglesia de manera esclarecida. Cuando éstos estaban en el monasterio que en la lengua de los escotos se llama *Rathmelsigi*[263] y todos sus compañeros ya habían sido arrebatados de este mundo o se habían dispersado por otros lugares, ambos cayeron enfermos de la misma peste y se hallaban gravemente afectados. Egberto, según me contaba un presbítero digno de la mayor confianza y venerable por su ancianidad, el cual decía que se lo había oído contar a él mismo, cuando pensó que iba a morir, salió por la mañana de la celda en que yacía enfermo y, sentado a solas en un lugar oportuno, empezó a meditar cuidadosamente sobre sus propias obras y, compungido por el recuerdo de sus pecados, lavaba su cara con sus lágrimas y desde lo hondo de su corazón rogaba a Dios que no tuviera que morir antes de corregir a tiempo las faltas pasadas que había cometido en su infancia y adolescencia, y de ejercitarse más abundantemente en las buenas obras. Hizo además voto de vivir como desterrado, hasta el punto de no volver nunca a la isla en la que había nacido, es decir, Britania; de que, aparte de la salmodia solemne del oficio divino, si no se lo impedía su salud, cantaría todos los días el Salterio entero en alabanza de la gloria divina, y de que todas las semanas pasaría ayunando un día junto con su noche.

4. Cuando, acabadas sus lágrimas, sus ruegos y sus votos, volvió a su habitación, encontró a su compañero dormido y también él, subiéndose a su lecho, entregó su cuerpo al descanso. Tras un breve tiempo de reposo, se despertó su compañero y, mirándolo, le dijo: «¡Oh hermano Egberto!, ¿qué has hecho? Yo esperaba que entráramos juntos en la vida eterna, pero sábete que vas a recibir lo que pediste». Y es que por una visión se había enterado de lo que él había pedido y de que lo había logrado. ¿Para qué decir más? El dicho Etelhun murió a la noche siguiente; en cambio Egberto, librándose de los sufrimientos de su enfermedad, se recuperó y, tras vivir todavía mucho tiempo, recibió el orden sacerdotal, que honró con la conducta apropiada, y emigró al reino celestial después de haber hecho muchas obras virtuosas, como él deseaba, no hace mucho tiempo, es decir, el año de la Encarnación del Señor de 729, cuando tenía noventa años. Pasó su vida en la mayor perfección en cuanto a la humildad, la mansedumbre, la templanza, la sencillez y la justicia.

5. Por ello hizo mucho bien a su pueblo y a aquellos entre los que estaba exiliado, los de los escotos y los pictos[264], con su ejemplo de vida, su empeño en la enseñanza, su autoridad para corregir y su piedad para repartir de lo que los ricos le daban. Además añadió a los votos que ya dijimos el de no tomar alimento durante la Cuaresma más que una vez al día y de no probar otra cosa que pan y la leche de la más ligera, y esto con medida. Y, así, el día anterior solía poner en una vasija la leche nueva, y por la mañana, tras quitarle la nata de la superficie, se la bebía, como dijimos, con un poco de pan. Esta forma de ayuno también cuidaba de observarla siempre durante los cuarenta días antes de la Navidad del Señor, y lo mismo después de celebradas las solemnidades de Pentecostés, es decir, los cincuenta días siguientes.

28

Cómo, al morir Tuda, fueron consagrados obispos del reino de Northumbria Wilfrido, en la Galia, y Chad, en Wessex.

1. Entre tanto el rey Alhfrido envió al presbítero Wilfrido al rey de las Galias[265] para que lo consagrara obispo para él y para los suyos. Pero éste se lo envió para que lo consagrara a Agilberto, del que ya hemos hablado, que, tras abandonar Britania, había sido hecho obispo de la ciudad de París. Fue consagrado por él con grandes honores, tras reunirse muchos obispos en la villa regia que se llama Compiègne[266]. Como él se quedó todavía un tiempo en las partes de ultramar a causa de su ordenación, el rey Oswiu, imitando la diligencia de su hijo, envió a Kent a un santo varón, de sencillas costumbres, bastante instruido en la lectura de las Escrituras y que ponía en práctica celosamente lo que en las Escrituras había aprendido que había que hacer, para que fuera ordenado obispo de la iglesia de York.

2. El presbítero tenía por nombre Chad, y era hermano del reverendísimo obispo Cedd, del que hemos hecho repetida mención, y abad del monasterio que se llama Lastingham. El rey envió con él a un presbítero suyo llamado Eadhed que luego, reinando Egfrido, fue hecho obispo de la iglesia de Ripon. Ellos, tras llegar a Kent, se encontraron con que el arzobispo Deusdédit ya había emigrado de este mundo y que todavía no se había nombrado a otro pontífice en su lugar. Por ello se fueron al reino de Wessex, donde estaba el obispo Wine, y por él fue consagrado obispo el ya nombrado Chad, tras unirse a la celebración dos obispos del pueblo de los britanos[267], los cuales, como hemos dicho repetidamente, celebran el Domingo de Pascua, al margen de la manera canónica, entre la decimocuarta y la vigésima luna. Y es que por entonces no había en toda Britania un obispo canónicamente ordenado, excepto el dicho Wine.

3. Así, pues, consagrado Chad en el episcopado, empezó de inmediato a dedicar el máximo cuidado a la verdad y a la pureza de la Iglesia, a consagrar su esfuerzo a la humildad, a la templanza y a la enseñanza; a recorrer pueblos, campos, casas, aldeas y fortalezas para evangelizar, no a caballo, sino andando a pie, al modo de los apóstoles. Y es que era uno de los discípulos de Aidán, y con las mismas obras y procedimientos que él y que su hermano Cedd procuró enseñar a quienes lo escuchaban. Cuando vino a Britania Wilfrido, ya ordenado obispo, también él proporcionó con su enseñanza a las iglesias de los anglos muchas normas de observancia católica. Y así ocurrió que, creciendo de día en día la doctrina católica, todos los escotos[268] que vivían entre los anglos se sometían a ellos o se volvían a su patria.

29

Cómo el presbítero Wigheard fue enviado a Roma desde Britania para ser ordenado arzobispo y al poco tiempo una carta del papa apostólico anunció que había muerto allí.

1. En estos tiempos los dos reyes más notables de los anglos, Oswiu, del reino de Northumbria, y Egberto, de Kent, tras mantener entre ellos una deliberación[269] sobre lo que había que hacer al respecto del estado de la Iglesia de los anglos (pues Oswiu, aunque educado por los escotos[270], había entendido que la verdadera Iglesia era la Romana, Católica y Apostólica), eligieron, con el voto y consenso de la Santa Iglesia del pueblo de los anglos, a un hombre bueno y apto para el episcopado, a un presbítero llamado Wigheard, uno de los clérigos del obispo Deusdédit, y lo enviaron a Roma para que fuera ordenado obispo y que, tras recibir el orden del archiepiscopado, pudiera ordenar obispos católicos por toda Britania para las iglesias de los anglos. Pero Wigheard, una vez llegado a Roma, murió antes de que pudiera ser consagrado obispo, y por ello se le envió al rey Oswiu, a Britania, esta carta:

> 2. A nuestro excelente hijo Oswin, rey de los sajones, el obispo Vitaliano[271], siervo de los siervos de Dios.
>
> Hemos recibido la deseada carta de vuestra excelencia y, al leerla y releerla, nos hemos percatado de la piadosa devoción y ferviente amor que tiene por la vida bienaventurada, y de que, con la protección de la diestra del Señor, se ha convertido a la verdadera y apostólica fe[272], en la esperanza de que, al igual que reina en su pueblo, reine

junto con Cristo en el futuro. Bendito sea, pues, el pueblo que ha merecido tener un rey tan sabio y tal devoto de Dios; porque no sólo ha resultado ser un servidor de Dios, sino que además piensa día y noche en convertir a todos sus súbditos a la fe católica y apostólica para la redención de su alma. ¿Quién no se alegrará al oír noticias tan gratas? ¿Quién no exultará de alegría ante estas piadosas obras? Porque vuestro pueblo ha creído en Cristo, Dios Omnipotente, según las palabras de los divinos profetas, como está escrito en Isaías: «En aquel día la estirpe de Jesé, que se alza como enseña de los pueblos, a ésa invocarán los pueblos»[273], y también: «Oídme, islas, y atended los pueblos lejanos», y poco después: «Ligera cosa es para mí que seas tú mi siervo, para restablecer a las tribus de Jacob y recuperar al resto de Israel. Te he puesto como luz de los pueblos, para que seas mi salvación hasta el extremo de la tierra», y de nuevo: «Los reyes verán y se levantarán, y los príncipes se prosternarán», y poco después: «Te he puesto como alianza de mi pueblo, para que restaures la tierra y poseas las heredades devastadas, y digas a los que están encadenados: “Salid”, y a los que están en tinieblas: “Venid a la luz”»[274]. Y después: «Yo, el Señor, te he llamado en la justicia y cogido tu mano y te he guardado, y te he puesto como alianza del pueblo, como luz de las gentes, para que abrieras los ojos de los ciegos y sacaras al encadenado de su encierro, de la cárcel a los que estaban sentados en las tinieblas»[275].

3. He aquí, excelentísimo hijo, cuánto más claro que la luz es que no sólo vosotros, sino también de todos los pueblos de los que hablan los profetas han de creer en Cristo, creador de todas las cosas. En consecuencia, conviene que vuestra Alteza, como miembro que es de Cristo, siga en todas las cosas y de manera perenne la piadosa regla del Príncipe de los Apóstoles, ya en la celebración de la Pascua, ya en todas las enseñanzas transmitidas por los apóstoles Pedro y Pablo, y al igual que ellos, como dos luminarias alumbran al mundo, así su doctrina ilustra día tras día los corazones de los hombres creyentes.

4. Y, tras algunas consideraciones en las que habla de la celebración de la Pascua única y verdadera por todo el orbe, dice:

5. En fin, no hemos podido encontrar ahora, a causa de lo largo del viaje, un hombre idóneo y provisto de todas las cualidades para ser vuestro obispo según el tenor de vuestras cartas. Pero, desde luego, tan pronto como se encuentre una persona con tales aptitudes, la encaminaremos debidamente instruida hacia vuestra patria, a fin de que, de viva voz y con los divinos preceptos, erradique de toda vuestra isla toda la cizaña del enemigo[276], con la ayuda de Dios. Hemos recibido los obsequios dirigidos por vuestra Alteza al bienaventurado Príncipe de los Apóstoles, que dejarán eterna memoria de ella, y le damos gracias y rogamos sin cesar por su bienestar junto con el clero cristiano. Mas es el caso que el que ha portado estos presentes ha sido arrebatado a la luz de este mundo[277] y sepultado en el umbral de los apóstoles, y por él hemos sentido gran tristeza cuando falleció aquí. Pese a todo, a vuestros mensajeros, también portadores de estas nuestras cartas, hemos hecho que se les den los dones de los santos, es decir, reliquias de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, de los santos mártires Lorenzo, Juan y Pablo, y de Gregorio y Pancracio, todas las cuales, naturalmente, han de ser entregadas a vuestra Excelencia. A vuestra esposa, nuestra hija espiritual, le enviamos por los dichos mensajeros una cruz que tiene un clavo de oro, hecha de las sagradas cadenas de los apóstoles Pedro y Pablo. Y, teniendo noticia de su piadoso fervor, toda la Sede Apostólica se alegra con nosotros cuanto sus piadosas obras emanan su aroma y florecen en la presencia de Dios.

6. Rogamos, pues, que vuestra Alteza se apresure, según deseamos, a consagrar toda vuestra isla a Cristo nuestro Dios. En efecto, tiene como protector a Nuestro Señor Jesucristo, Redentor del género humano, que le hará gracia de todas las prosperidades, a fin de que congregue al nuevo pueblo de Cristo, estableciendo allí la fe católica y apostólica. Pues está escrito: «Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura»[278]. Y sin duda busca y logrará que, como deseamos, todos los de su isla se sometan a Él. Así, pues, saludando a vuestra Excelencia con paternal afecto, imploramos incesantemente a la clemencia divina, para que se digne ayudaran a vos y a todos los vuestros en sus buenas obras, a fin de que reinéis con Cristo en el siglo futuro. Que la gracia del Cielo guarde a vuestra Excelencia.

7. Qué obispo se encontró y se ordenó en lugar de Wigheard se dirá más oportunamente en el libro siguiente.

30

Cómo los sajones orientales, en un tiempo de epidemia, se volvieron a la idolatría, pero por el celo del obispo Jaruman enmendaron su error.

1. Por el mismo tiempo estuvieron al frente del reino de Essex, después de Swidhelmo, del que ya hemos hablado, los reyes Sigehere y Sebbi[279], aunque sometidos a Wulfhere, rey de Mercia[280]. Cuando dicho reino se vio maltratado por la ya aludida peste mortal, Sigehere, con su parte del pueblo, abandonó los sacramentos de la fe cristiana y se pasó a la apostasía. En efecto, no sólo el propio rey, sino también muchos de su pueblo y de sus nobles, que

amaban esta vida y no buscaban la futura, y que incluso creían que no existía, empezaron a restaurar los templos que habían sido abandonados y a adorar a los ídolos como si éstos pudieran defenderlos de la peste. La verdad es que su colega y coheredero en el reino, Sebbi, mantuvo junto con todos los suyos la fe, que había aceptado con gran devoción, según luego contaremos, y culminó su vida en la mayor felicidad.

2. Cuando el rey Wulfhere supo esto, es decir, que la fe del reino se había visto parcialmente profanada, envió para corregir el error y para hacer volver al reino a la fe verdadera al obispo Jaruman, que era el sucesor de Trumhere. Éste, actuando con gran habilidad, según me contaba un presbítero que había sido su compañero de viaje y su ayudante en la predicación (pues era un hombre devoto y bueno), tras ir de un lado para otro, a lo largo y a lo ancho, redujo al pueblo y al mencionado rey al camino de la justicia; hasta el punto de que, abandonados o destruidos los templos y altares que habían construido, abrieron las iglesias y se gozaban de confesar el nombre de Cristo, al que se habían opuesto, deseando más morir en Él con la esperanza de la resurrección que vivir entre los ídolos en la inmundicia de la incredulidad. Y, hecho esto así, los sacerdotes y maestros se volvieron a casa llenos de alegría.

[1] Irlanda

[2] También Irlanda.

[3] Provincia de Northumbria, ocupaba la mayor parte del actual Yorkshire.

[4] Entre los ríos Tyne y Forth, al norte de Deira.

[5] En efecto, el territorio de Northumbria incluía el reino de Bernicia, al norte, y de Deira, al sur. Según Wallace-Hadrill, *ad loc.*, con bibliografía, Beda parece suponer una unidad de la Northumbria que por entonces no existía.

[6] Plummer, *ad loc.*, ofrece un esquema genealógico de las dinastías de Deira y de Bernicia y de las conexiones entre ellas.

[7] Los irlandeses.

[8] Recuérdese que eran el principal pueblo de la actual Escocia.

[9] Sobre él véase II 20.

[10] Según Colgrave y Mynors, probablemente York, aunque ésta en la época romana era colonia y no municipio.

[11] Sin duda *thegns.*

[12] Según Colgrave y Mynors, *ad loc.*, que siguen a Plummer, es el actual Rowley Water, y el lugar de la batalla, que se libró en el año 634, cerca de Heavenfield, en el Yorkshire, como luego se indicará.

[13] En el Yorkshire. Beda escribe *Hefenfeld*.

[14] Véase I 5 y nota.

[15] En Northumbria, a orillas del Tyne.

[16] Oswaldo murió el 5 de agosto del año 642 y desde muy pronto fue considerado como santo.

[17] Los irlandeses.

[18] Los *thegns* o satélites de confianza.

[19] Según Colgrave y Mynors, en nota al inicio de II, V, el *Aidanus* de Beda es la forma latinizada del nombre irlandés *Aedhán*, diminutivo de *Aedh*. Aidán sería obispo de Lindisfarne y santo.

[20] Cfr. Ro 10, 2. Beda va a plantear de nuevo, naturalmente, la vieja cuestión de la fecha de la Pascua.

[21] Los irlandeses.

[22] Obispo de Laodicea a finales del siglo III, autor de un cómputo de la Pascua.

[23] Irlanda.

[24] Según Colgrave y Mynors, habían adoptado el uso romano en torno al año 633.

[25] Cercana a la costa norte de Northumbria, cerca del actual límite de Inglaterra con Escocia. El monasterio fundado por Aidán fue destruido por los vikingos en el año 793.

[26] Es decir, el gaélico.

[27] De Irlanda.

[28] Situada frente a la costa nordeste de Escocia. Beda la llama *Hii*. Según Plummer, *ad loc.*, su nombre posterior y actual de *Iona* procede de un error de lectura, ya muy antiguo, del de *Iouua insula*, cuyo primer elemento sería un adjetivo derivado de su nombre gaélico que aparece en las formas *I, Ii, Ia* y otras.

[29] Irlandeses. Colgrave y Mynors advierten que la donación, como Beda dice aquí y algo más abajo, no procedía de los pictos, sino de Connell, rey de Dalriada, el reino irlandés establecido desde tiempo atrás en la zona de Britania más cercana a Irlanda.

[30] Naturalmente, el de Oriente. Justino II reinó hasta el 578.

[31] Irlanda.

[32] Columba fundó el monasterio de Iona hacia el 565. No debe ser confundido con su pariente Columbano, fundador de monasterios como Luxeuil y Bobbio; cfr. II 4, 2 y Crépin, *ad loc.*

[33] Se refiere a la cadena del Mounth o Montes Grampianos, que cruza Escocia de sudoeste a nordeste desde Strathclyde a Aberdeen.

[34] Santo misionero, probablemente del siglo v. Aunque su figura no es bien conocida, dejó un amplio rastro en la cristiandad de la Britania occidental, sobre la cual pueden verse las notas correspondientes de Plummer, Colgrave y Mynors y Wallace-Hadrill.

[35] En Beda *Ad Candidam Casam*, actual Whithorn, en el sudoeste de Escocia, que algunos consideran como el primer foco del cristianismo escocés. En otros lugares Beda se refiere a lo inusual de la construcción en piedra entre los britanos, tal vez desconocida para ellos antes de la llegada de los romanos.

[36] Como ya hemos dicho más arriba, parece más probable que Columba recibiera la isla de Iona de sus parientes irlandeses del reino de Dalriada. El citado Bridio *(Bridius)* o Bruide era uno de los muchos reyes de ese nombre de los pictos del Norte y tenía su corte cerca de Inverness, según Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[37] Recuérdese que Beda traduce por *familia* el término anglosajón *hide*.

[38] Irlanda.

[39] Irlandeses.

[40] En Durrow, en el Leinster, la región oriental de Irlanda.

[41] Naturalmente, la de Iona.

[42] No tan inusual para los irlandeses, entre los que había obispos pero sin que necesariamente tuvieran atribuciones jurisdiccionales, con claro predominio de la jerarquía monástica; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[43] Personaje fundamental para Beda, aunque haya dudas al respecto de su origen, condición e historial; véanse Colgrave y Mynors y Wallace-Hadrill, *ad loc.*

[44] Irlanda.

[45] El ya aludido cómputo *cuartadecimano.*

[46] Flp 3, 15.

[47] La de Iona.

[48] Abad de Iona ya citado en II 19.

[49] Según anotan Colgrave y Mynors, el viajar a caballo era en Irlanda una señal de distinción.

[50] Los que median entre Pascua y Pentecostés.

[51] Irlandeses.

[52] Cograve y Mynors, siguiendo fuentes muy posteriores, dan su nombre: Corman.

[53] I Co 3, 2.

[54] El de Northumbria.

[55] En este pasaje hemos querido emplear el término *britones* para subrayar que se trata estrictamente de los britanos de la Britania que había sido romanizada, con exclusión de los pictos, que ya habitaban en ella, y de los escotos, que a ella llegaron desde Irlanda. Anota Plummer que aquí Beda ya no cita, como en I 1, la lengua latina, dado que ésta ya no era la lengua natural de ningún pueblo, sino sólo la de la Iglesia y la escuela. Por lo demás, parece ser que, en efecto, Oswaldo, aunque estrictamente rey de Northumbria, dominó en su tiempo casi todos los pueblos de Britania, en calidad de *bretwalda.*

[56] La actual Banborough, en el Wiltshire, en la Inglaterra meridional. Al parecer, Bebbe había sido la primera mujer de Etelfrido, el rey de Bernicia padre de Oswaldo; véase Plummer, *ad loc.*

[57] El de los nortumbros.

[58] En efecto, Acha, hermana de Edwin y princesa de Deira, casó con Etelfrido de Bernicia y de él tuvo a Oswaldo.

[59] O Cinegilso; al parecer, reinó del 611 al 642.

[60] Beda habla de «los sajones occidentales».

[61] También podría transcribirse «gevisas», pues Beda escribe aquí *Geuissae;* pero más abajo emplea el genitivo *Geuissorum*. Era un pueblo sajón asentado en el alto Támesis, precisamente en Wessex.

[62] Al parecer lo fue de Milán (630-640), aunque por entonces residiera en Génova.

[63] Es decir, Oswaldo fue padrino de bautismo de Cinegisl.

[64] El que el bautismo suponía.

[65] Al parecer, esa hija se llamaba Cineburga *(Cyneburga);* véanse Plummer y Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[66] Actual Dorchester, cerca de Oxford.

[67] Al parecer, ocupó desde el 667 la sede, que estaba en Winchester.

[68] Actual Winchester.

[69] En Beda *Coinualch,* que transcribimos según Colgrave y Mynors. Al parecer, accedió al trono en el 643 y murió en el 672.

[70] En efecto, la prole de Anna fue amplia y se distinguió en los anales del monaquismo británico; pueden verse al respecto las amplias notas de Plummer y Colgrave y Mynors.

[71] Irlanda.

[72] Inquieto misionero que, tras volver a su Galia natal, fue obispo de París. Se le considera santo.

[73] Es sabido que el monaquismo irlandés dedicaba gran atención al estudio de la Biblia.

[74] Entiéndase, del de Angilberto, que era un franco reciclado en Irlanda.

[75] Beda escribe *subintroduxit*, término que, según anota Plummer, toma de Gl 2, 4, con todas sus connotaciones

negativas. Colgrave y Mynors traducen «foisted upon de kingdom».

[76] Hay acuerdo en que el *parochias* de Beda ha de entenderse como «diócesis».

[77] Beda escribe *Wintancaestir*.

[78] Job 42, 16.

[79] Wallace-Hadrill anota que Wine, ordenado en Francia, debía de estar al tanto de la práctica allí habitual de la compraventa de oficios y beneficios eclesiásticos.

[80] El de Wessex.

[81] Obispo de Winchester del 670 al 676 y, según fuentes posteriores, «hombre de admirable santidad y doctrina» (Plummer, *ad loc.*).

[82] Recuérdese que era la de Canterbury.

[83] Es decir, que la división de la diócesis quedó en nada.

[84] Beda dice «de los cantuarios».

[85] Beda escribe *Earconbercto* (ablat.); Plummer transcribe *Earconbert* y Colgrave y Mynors *Eorcenberht.*

[86] En Beda *Earconcota;* transcribimos según Colgrave y Mynors.

[87] Cerca de Meaux, en el Departamento de Sena y Marne. La abadesa aludida era Fara de Burgundofara y el monasterio era doble, para monjas y monjes, según una práctica habitual entonces; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[88] Los monasterios de Chelles *(Cale)*, cerca de París, y de Andeley-sur-Seine *(Andilegum)* fueron fundados por Clotilde, hija del rey merovingio Clovis I.

[89]*Saethryd* en Colgrave y Mynors. Seguimos a Plummer cuando transcribe por *Ethelberg* el *Aedilberg* del texto (*Aethelburh* en Colgrave y Mynors). Tras su muerte fue venerada como santa (también llamada santa Ethelburga de Faremoutier-en-Brie).

[90] Transcribimos literalmente el original; *Seaxburh* en Colgrave y Mynors.

[91] Beda dice «de los cantuarios».

[92] Eorcengota figura en el santoral inglés.

[93] Véase lo dicho en III 1.

[94] Es decir, un caso claro de *damnatio memoriae.*

[95] Es decir, el rey Penda.

[96] Identificado con Oswestry, en la actual comarca de Shropshire; véase Plummer, *ad loc.*

[97] En Beda, *Osthryida*, transcrito como *Osthryth* en Colgrave y Mynors, nombre que parece corresponder al actual Astrid de Escandinavia.

[98] En su tiempo también un reino, situado al sur de Deira.

[99] Cerca de Lincoln.

[100] En Beda *Aedilred*, transcrito *Aethelred* en Colgrave y Mynors.

[101] El rey Oswaldo.

[102] Cita de Virgilio, *En.* II 1.

[103] En Banborough.

[104] Irlanda. En efecto, la fama y culto de san Oswaldo se extendieron muy pronto por toda la Europa occidental; véase la nota de Colgrave y Mynors.

[105] Muy amigo de Beda, obispo de Hexham y luego venerado como santo.

[106] El anglosajón evangelizador de Frisia. El encuentro se habría producido a su paso por los Países Bajos.

[107] En efecto, Willibrord se había formado en Irlanda.

[108] Irlanda.

[109] Irlandés.

[110] Aunque, al parecer, de distinta madre.

[111]*Alfrido* en Beda, *Alfrith* en Colgrave y Mynors.

[112]*Oidiluald* en Beda, *Oethewald* en Colgrave y Mynors.

[113] Es decir, de Kent.

[114] Tanto Osrico como Edwin pertenecían a la familia real de Deira, estrechamente emparentada con la de Bernicia, de la que formaban parte Oswaldo y Oswiu.

[115] Recuérdese que este río era el límite meridional de Northumbria.

[116] No identificado.

[117] En el Yokshire.

[118] Tratándose, como luego se verá, del verano, la orientación indicada sería el noroeste.

[119] Un *thegn* o guardia de corps.

[120] Traducimos literalmente el latín *comes*. Para Colgrave y Mynors se trata de un *gesith*, un hombre de confianza no muy distinto del *thegn*.

[121] Cerca de Richmond. Oswin es venerado como santo.

[122] Al parecer, por iniciativa de la ya citada reina Eanfled; véanse Plummer y Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[123] A un *thegn*.

[124] Téngase en cuenta que Aidán era irlandés.

[125] Más tarde abad de Gateshead.

[126] El ya citado Banborough; véase III 6.

[127] Una de las islas cercanas a Banborough y a la de Lindisfarne.
[128] Irlandeses, aunque Iona estaba más cerca de la actual Escocia.
[129] Del 651 al 661.
[130] Retorna el viejo y polémico asunto.
[131] Su tratado *De temporibus*, en cuyo capítulo 15 Beda escribe, según anota Plummer, *De Sacramento temporis Paschalis*.
[132] I Ti 2, 5.
[133] Cabría, pues, decir que Aidán, haciendo honor a sus orígenes irlandeses, era un *cuartadecimano moderado*, en cuanto que en todo caso se atenía al precepto romano de celebrar la Pascua en domingo. Su disidencia, pues, sólo concernía al cómputo de las semanas.
[134] En efecto, también otras fuentes atestiguan la creencia de que el Juicio Final ha de caer en domingo.
[135] Colgrave y Mynors, *ad loc.*, tratan de esta «confusa dinastía».
[136]*Ecgric* tanto en Beda como en Colgrave y Mynors.
[137] Naturalmente, los de East Anglia.
[138] El pariente de Sigeberto ya nombrado, al que aquél había asociado a la corona de East Anglia.
[139] Irlanda.
[140] Sobre este obispo peregrino pueden verse más noticias en Colgrave y Mynors, *ad loc.* También se le llama Fursy, y es venerado como santo.
[141] Mt 25, 13.
[142] Al parecer, el actual Burgh Castle, cerca de Yarmouth, en Norfolk. Colgrave y Mynors anotan que con frecuencia los monasterios se construían sobre ruinas romanas, aprovechando sus materiales.
[143] Irlandeses.
[144] Sal 83 (84), 8.
[145] Is 43, 2.
[146] Por entonces, Irlanda, aunque, como anota Plummer, el término ya incluiría por entonces la parte de la actual Escocia colonizada por los irlandeses.
[147] Esos nombres, en dativo, aparecen en Beda como *Fullano*, *Gobbano* y *Dicullo.* Por el contexto, parece claro que el primero de ellos ya era obispo.
[148] Clovis II, rey de Neustria (638-656).
[149] En Beda, *Ercunualdus; Eorcenwaldo* en Colgrave y Mynors. Al parecer, era el mayordomo de la corte.
[150] En la cuenca del Marne, no lejos de París.
[151] En la cuenca del Somme.
[152] En Beda *de provincia Gyruiorum*. Este pueblo habitaba en la comarca de los Fens, entre Lincolnshire y Cambridgeshire. De un sector del mismo deriva, al parecer, el nombre del monasterio de Jarrow, el del propio Beda.
[153] En Beda *Berctgislum*. No se trata del san Bonifacio apóstol de Germania, al que Beda nunca nombra.
[154] Es venerado como san Honorio de Canterbury.
[155] La de Canterbury.
[156] Es decir, del Wessex. Fue el primer metropolitano de Canterbury de origen sajón, y en la posteridad fue venerado como santo.
[157] Según Colgrave y Mynors, más bien debió de ser el 12 de marzo del 655. Beda habría confundido la fecha de consagración con la de su sucesor Teodoro.
[158] Los del Sussex.
[159] Beda dice *Middilengli, id est Mediterranei Angli*. Ocupaban el actual Leicestershire y por entonces formaban parte del reino de Mercia. Sobre ellos puede verse el artículo «Middle Angles» de S. Keynes en *ASE*.
[160] El pagano y cruel de Mercia citado ya tantas veces.
[161] En Beda, *Alchfledam*.
[162] En Beda, *Cyniburga*.
[163] Es decir, *gesiths* y *thegns*.
[164] Lugar no identificado. Colgrave y Mynors sugieren Wallbottle, cerca de Newcastle; pero Plummer también apunta al cercano Walton. En todo caso el topónimo se refiere al muro de Adriano.
[165] Irlandés.
[166] En Beda *Ad Caprae Caput*, actual Gateshead, frente a Newcastle, en el estuario del Tyne.
[167] El padre de Peada y antes temible enemigo de los anglosajones cristianos.
[168] Recuérdese que la conversión sobrevenida sólo era cosa de los anglos medios, mientras que los mercios eran los anglos occidentales.
[169] Del ya citado pueblo de los Midlands.
[170] Lugar no identificado. Colgrave y Mynors creen posible que el nombre sobreviva en el primer elemento de los diversos topónimos *Phepson* que se registran en el Worcestershire.
[171] Irlandés.
[172] Es decir, los del reino de Essex.
[173] Según Colgrave y Mynors, es el apellidado «el Santo», y debió de reinar entre *ca.* 653 y 664.
[174] Cfr. Is 44, 9-19.

[175] Sal 95 (96), 13.

[176] En Beda, «sajones orientales».

[177] Colgrave y Mynors anotan que probablemente los dos obispos convocados para la consagración serían célticos sometidos a la jurisdicción de Iona, lo que sin duda provocaría los recelos de los anglosajones, más *romanistas.*

[178] Lugar identificado con el del fuerte romano de *Othona,* junto al actual Bradwell-on Sea, en el Essex; véanse Plummer y Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[179] En Beda *Tilaburg.* Ciudad portuaria del Essex que muchos siglos después se haría famosa por la arenga que allí dirigió Isabel I a las tropas listas para combatir la invasión de la Gran Armada.

[180] El *Penta,* junto a Blackwater, en el Essex, aunque actualmente no existen ni el río ni la ciudad (Plummer).

[181] Serían dos de los ya citados *gesiths.*

[182]*Suidhelm,* transcrito *Swithhelm* por Colgrave y Mynors.

[183] En Suffolk, cerca de Sutton Hoo, donde en 1939 se produjo el hallazgo de un barco fúnebre con un impresionante ajuar de armas y joyas, actualmente conservado en el Museo Británico; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[184] Es decir, lo apadrinó.

[185]*Aediluald,* transcrito *Aethelwold* por Colgrave y Mynors.

[186] 35, 7.

[187] En el norte de Yorkshire. Destruido por los daneses, fue reedificado en el siglo XI por los monjes del cercano Whitby.

[188] Al parecer, fueron frecuentes las epidemias en Britania e Irlanda durante el siglo VII, siendo especialmente virulenta ésta del 664 en la que murió san Cedd; véanse Colgrave y Mynors, *ad loc.*, y Plummer, nota a III 27.

[189] Es decir, del episcopado. Fueron Cedd y Chad. Uno y otro son venerados como santos.

[190] Anota Plummer que podría ser el de Tilbury o el de *Ythancaestir* ya citados.

[191] Entiéndase, de san Cedd.

[192] San Cedd.

[193] Penda.

[194] Anotan Colgrave y Mynors que cada tierra sería de unas 10 *familiae* o *hides,* y que entre los monasterios erigidos en ellas estuvieron los de Hartlepool y Whitby.

[195] En Beda *Ecgfrido,* transcrito *Ecgfrith* por Colgrave y Mynors.

[196] Los llamados *ealdormen* o *aldermen.*

[197] Pasaje oscuro, y especialmente por la atribución de la responsabilidad de la guerra a este personaje, del que nada más se dice; véanse las notas de Plummer, Colgrave y Mynors y, sobre todo, Wallace-Hadrill, con amplia discusión y bibliografía moderna.

[198] No identificado, probablemente un afluente del Humber.

[199] En Beda, *Aelffleda(m); Aelfflaed* en Colgrave y Mynors.

[200] Que incluía a los colonos de esas tierras.

[201] De nuevo esta expresión para *hide,* medida tradicional de superficie.

[202] Actual Hartlepool, en el confín de East Anglia y Northumbria cerca de la costa.

[203] Es decir, *hides*.

[204] Posteriormente Whitby.

[205] En Beda. *Loidis.*

[206] Obviamente, se refiere al rey Penda.

[207] Irlanda. Colgrave y Mynors hacen notar la contradicción con la noticia que se da en III 21 de que este obispo se volvió a Iona; pero también sugieren la razonable solución de que esa isla era considerada como parte de Irlanda o, al menos, de *Scottia.*

[208] Irlandeses.

[209] Es decir, *hides*.

[210] Irlanda. Vuelve ahora, y con más detalle, la vieja cuestión del cómputo pascual. Para no repetirnos innecesariamente, remitimos a nuestra nota a II 2 y a la bibliografía allí citada.

[211] Desde muy pronto Aidán fue venerado como santo.

[212] Irlandeses.

[213] Irlandeses.

[214] De Northumbria luego abadesa y venerada como santa.

[215] En ese caso, pues, mediaba una semana de diferencia entre los dos cómputos; pero la diferencia podía ser de hasta un mes. Así, como anotan Colgrave y Mynors, en el año 631 la Pascua romana cayó en el 24 de marzo y la céltica en el 21 de abril.

[216] Es venerado como san Finan de Lindisfarne.

[217] Irlanda.

[218] Gl 2, 2.

[219] Irlandeses.

[220] Al parecer, Beda se equivoca aquí en el manejo de la fuente que empleó, una *Vida de Wilfrido,* pues confunde al arzobispo de Lyon y Primado de las Galias Annemundo con su hermano el conde de Lyon Delfín; véase la nota de Colgrave y Mynors.

[221] Irlandeses.
[222] Es decir, *hides.*
[223] En Beda *Inhrypum,* en el norte de Yorkshire.
[224] Según la nota de Colgrave y Mynors la donación había sido hecha por Alfrido a Eata y Cuthberto.
[225] Más tarde llamado Whitby.
[226] Irlanda.
[227] Pues, naturalmente, los unos hablarían gaélico y los otros anglosajón.
[228] San Juan Evangelista
[229] Entiéndase que era el cómputo según el cual la Pascua debía celebrarse en la decimocuarta luna, independientemente del día de la semana en que cayera.
[230] Obviamente, san Juan Evangelista.
[231] Es decir, el cómputo atribuido a san Juan sería una concesión a los sectores más judaicos de la Iglesia primitiva.
[232] Cfr. Hch 16, 3; 21, 26; 18, 18.
[233] Hch 21, 20.
[234] Recuérdese, al margen del problema central que aquí se discute, que para los judíos todas las celebraciones, empezando por la del *sabbath,* se iniciaban al atardecer del día anterior.
[235] Es decir, en el actual domingo.
[236] La tradición afirma que san Juan Evangelista vivió su ancianidad y murió en Éfeso, en la provincia romana de Asia.
[237] Celebrado en el año 325.
[238] Obispo de Laodicea ya citado como autoridad en esta materia en III 3, 1.
[239] El ya citado patriarca del monacato irlandés.
[240] Según la traducción, más libre, y más *exegética*, de Colgrave y Mynors, «he assigned the fourteenth day of the moon to Easter Sunday, reckoning after the Egyptian manner that the fiftteenth day of the moon began on the evening of the fourteenth».
[241] Recuérdese que, según el uso romano de entonces y de ahora, la Pascua debe celebrarse en el primer domingo que sobrevenga tras el primer plenilunio de primavera.
[242] Mt 7, 22 s.
[243] Irlanda; consideración, evidentemente, poco diplomática de Wilfrido, según anotan Colgrave y Mynors.
[244] Mt 16, 18 s.
[245] Luego se planteará esta diferencia a propósito de la tonsura clerical entre irlandeses y anglosajones.
[246] Aquí, como anotan Colgrave y Mynors, debe entenderse que *Scottia*, más que a Irlanda, designa a Iona, avanzadilla de la Iglesia irlandesa en Britania.
[247] Irlandeses.
[248] Irlandeses.
[249] Los irlandeses del Sur.
[250] Frente al uso irlandés que, como luego se verá, sólo formaba una media luna.
[251] Irlanda.
[252] Irlandeses.
[253] Este monasterio escocés fue especialmente floreciente a partir del siglo XII, desde que se instalaron en él los monjes cistercienses. Fue panteón de los reyes de Escocia, y a finales del siglo XVI fue destruido por los ingleses. A mediados del XVII, y aunque de manera simbólica, ostentó la dignidad de abad del mismo el gran polígrafo español Juan Caramuel de Lobkowitz. De él quedan unas importantes y hermosas ruinas.
[254] Es decir, *thegns.*
[255] Irlanda.
[256] Ligero error de Beda, pues ocurrió el 1 de mayo, según anotan Colgrave y Mynors.
[257] Lugar no identificado.
[258] Irlanda.
[259] Es decir, Britania.
[260] Irlandeses.
[261] En Beda, *Edilhun*, transcrito *Aethelhun* por Colgrave y Mynors.
[262] Irlanda.
[263] Lugar no bien identificado. Crépin, *ad loc.*, propone Cluain Melsige/Clomesh, al sudoeste de Dublín.
[264] Respectivamente, los irlandeses y los pobladores de la actual Escocia.
[265] Clotario o Lotario III, rey de Neustria.
[266] En Beda, *Compendium*.
[267] Cosa inhabitual y que ha llevado a dudar de la ortodoxia del propio Wine; véase la nota de Colgrave y Mynors.
[268] Irlandeses.
[269] Colgrave y Mynors anotan que probablemente fue Oswiu quien tomó la iniciativa, en su condición de *bretwalda,* el que entre los reyes anglosajones ostentaba la primacía.
[270] Los irlandeses. De lo que luego dice no puede deducirse que Beda tildara de herejes o de cismáticos a los irlandeses, aunque, como ya hemos visto, éstos no seguían en algunos puntos la estricta disciplina romana de los anglosajones.
[271] Papa desde el 657 al 672.

[272] Referencia a la aceptación de los usos romanos sobre la Pascua y la tonsura acordada en el Sínodo de Whitby.

[273] Is 11, 10.

[274] Is 49, 1; 6-9.

[275] Is 42, 6 s.

[276] Cfr. Mt 3, 24-30.

[277] Obviamente, Wigheard. Anotan Colgrave y Mynors que no habla de él como de arzobispo electo al que hubiera de consagrar, tal vez por no ser favorable, «en el estado caótico de la jerarquía inglesa», a una elección hecha por los dos principales reyes. Con todo, toma nota de que es necesario buscarle un sucesor adecuado a Deusdédit.

[278] Mt 6, 33; Lc 12, 31.

[279] Herederos a la par, según otros casos ya vistos.

[280] Hijo del temible Penda, reinó del 659 al 674, y llevó a su reino a la hegemonía sobre los anglosajones meridionales.

LIBRO IV

Éste es el contenido del libro IV de la *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos:*

1. Cómo, al morir Deusdédit, Wigheard fue enviado a Roma para recibir el episcopado; pero, una vez que murió allí mismo, fue ordenado arzobispo Teodoro y junto con el abad Adriano fue enviado a Britania.
2. Cómo, una vez que Teodoro recorrió todo el territorio, las Iglesias de los anglos empezaron a instruirse en el estudio de la verdad de las Sagradas Escrituras, y cómo Putta fue creado obispo de la iglesia de Rochester para suceder a Damián.
3. Cómo Chad, del que ya se ha hablado más arriba, fue puesto como obispo del reino de Mercia, y de su vida, muerte y sepultura.
4. Cómo el obispo Colmán, tras abandonar Britania, hizo en Escocia[1] dos monasterios, uno para los escotos y otro para los britanos que había llevado consigo[2].
5. De la muerte de los reyes Oswiu y Egberto, y del sínodo celebrado en el lugar de Hertford, en el que presidía el arzobispo Teodoro.
6. Cómo, depuesto Winfrido, Seaxwulfo se hizo cargo de su obispado, y Eorcenwaldo fue creado obispo de Essex.
7. Cómo en el monasterio de Barking una luz celestial mostró dónde debían sepultarse los cuerpos de las monjas.
8. Cómo, en el mismo monasterio, un muchacho, al morir, llamó a la monja que pensaba seguirlo, y cómo otra, que estaba a punto de abandonar su cuerpo, vio ya un poco de la futura luz.
9. Qué señales celestiales se manifestaron cuando la propia madre de aquella congregación pasó de este mundo.
10. Cómo, orando junto al cementerio del mismo monasterio, una ciega recuperó la luz.
11. Cómo el rey de aquella provincia, Sebbi, acabó su vida como monje.
12. Cómo Hedde recibió el obispado de Wessex sucediendo a Leuthere, Cwichelmo el de la iglesia de Rochester sucediendo a Putta y a él lo sucedió Gefmundo, y quiénes fueron por entonces los obispos de Northumbria.
13. Cómo el obispo Wilfrido convirtió a Cristo el reino de Sussex.
14[3]. Cómo la isla de Wight recibió colonos católicos, y cómo dos muchachos de su familia real fueron asesinados justo después de recibir el bautismo.
15. Del sínodo que se hizo en el llano de Hatfield bajo la presidencia del arzobispo Teodoro.
16. De Juan, cantor de la Sede Apostólica, que vino a Britania a enseñar.
17. Cómo la reina Eteldreda permaneció en perpetua virginidad y su cuerpo no llegó a corromperse en el sepulcro.
18. Himno sobre la misma.
19. Cómo el obispo Teodoro hizo la paz entre los reyes Egfrido y Etelredo.
20. Cómo las cadenas de un cautivo se soltaron cuando se cantaban misas por él.
21. De la vida y muerte de la abadesa Hilda.
22. Que en su monasterio había un hermano al que Dios le había concedido el don del canto.
23. Qué visión se le mostró a cierto hombre de Dios antes de que el monasterio de Coldingham fuera destruido por un incendio.
24. De la muerte de los reyes Egfrido y Lotario.
25. Cómo el hombre de Dios Cuthberto fue hecho obispo y cómo, siendo monje, vivió y enseñó.

26. Cómo ese mismo, cuando vivía como anacoreta, hizo brotar de la tierra seca una fuente con su oración y recogió una cosecha con el trabajo de sus manos fuera del tiempo de la siembra.
27. Cómo este mismo, siendo ya obispo, le predijo que su muerte estaba ya cercana al anacoreta Herberto.
28. Cómo su cuerpo, después de once años de sepultado, se encontró inmune a la corrupción, y no mucho después su sucesor en su obispado pasó de este mundo.
29. Cómo uno fue curado de una parálisis junto a su tumba.
30. Cómo otro se curó hace poco junto a sus reliquias de una enfermedad de los ojos.

EMPIEZA EL LIBRO IV

1

Cómo, al morir Deusdédit, Wigheard fue enviado a Roma para recibir el episcopado; pero, una vez que murió allí mismo, fue ordenado arzobispo Teodoro y junto con el abad Adriano fue enviado a Britania.

1. En el año del eclipse ya citado y de la peste subsiguiente[4], en el cual el obispo Colmán, vencido por el unánime parecer de los católicos[5], se volvió con los suyos, murió Deusdédit, sexto obispo de la Iglesia Doruvernense[6], el 14 de julio; pero, muriendo también en el mismo mes y día, el rey de Kent Eorcemberto dejó el trono a su hijo Egberto, que éste mantuvo durante nueve años. Entonces, tras estar vacante por no poco tiempo el obispado, fue enviado a Roma, a un tiempo por él y por Oswiu, rey de Northumbria, según ya contamos brevemente en el libro precedente, el presbítero Wigheard, un hombre muy docto en las disciplinas eclesiásticas, anglo de nación, con su petición de que se le ordenara como arzobispo de las Iglesias de los anglos, enviando al propio tiempo al papa apostólico presentes de oro y no pocos vasos de plata. Una vez que llegó a Roma, cuya Sede Apostólica presidía por aquel tiempo Vitaliano, después de que le expuso al dicho papa apostólico el motivo de su viaje, al poco tiempo él y casi todos los compañeros que habían llegado con él perecieron al desencadenarse una peste[7].

2. El papa apostólico, tras tomar consejo sobre el asunto, investigó con diligencia a quién había de enviar como arzobispo de las Iglesias de los anglos. Había en un monasterio de Nísida[8], que no está lejos de Nápoles, en Campania, un abad llamado Adriano, de origen africano, bastante instruido en las letras sagradas y bien formado tanto en las disciplinas monásticas como en las eclesiásticas, muy experto tanto en la lengua griega como en la latina. Tras llamarlo a su presencia, el papa le ordenó que aceptara el episcopado y marchara a Britania. Él le respondió que era indigno de tan alta condición, y que podía mostrarle a otro que por su saber y su edad era más idóneo para recibir el episcopado y, una vez que le presentó al pontífice a cierto monje, llamado Andrés, de un monasterio cercano de mujeres[9], todos los que lo conocían lo juzgaron digno de tal condición. Sin embargo, la carga de una enfermedad corporal impidió que lo hicieran obispo y de nuevo Adriano se vio apremiado a aceptar el episcopado. Adriano pidió tiempo, a ver si se podía encontrar entre tanto a alguno al que ordenar obispo.

3. Había por entonces en Roma un monje, conocido de Adriano, llamado Teodoro, natural de Tarso de Cilicia[10], hombre instruido en las letras humanas y divinas, tanto griegas como latinas, de irreprochables costumbres y de edad respetable, pues tenía sesenta y seis años. Tras presentárselo Adriano al pontífice, consiguió que lo ordenara obispo pero poniendo la condición de que él lo guiara hasta Britania, dado que ya había ido dos veces a las tierras de la Galia por diversos motivos, y por ello tenía mayor conocimiento del viaje que se iba a realizar, y además se bastaba para disponer de gente propia que lo acompañara, y también para que lo asistiera con diligencia como ayudante en su predicación, no fuera que, siguiendo la costumbre de los griegos[11], introdujera algo contrario a la verdadera fe en la iglesia que iba a presidir. Fue ordenado como subdiácono[12], y hubo de esperar cuatro meses hasta que

le creciera el pelo, para que se le pudiera hacer la tonsura en forma de corona; pues la tenía al modo del apóstol san Pablo, propia de los orientales[13]. Fue ordenado por el papa Vitaliano en el año 668 de la Encarnación del Señor, el domingo 26 de marzo, y así junto con Adriano fue enviado a Britania el 27 de mayo[14]. Cuando juntos llegaron por mar a Marsella y luego por tierra a Arles y entregaron a Juan, arzobispo de aquella ciudad[15], las cartas de recomendación del pontífice Vitaliano, fueron retenidos por él hasta que Ebroíno[16], el mayordomo de palacio, les dio permiso para viajar por donde quisieran.

4. Tras recibirlo, Teodoro fue a ver a Agilberto, obispo de París, del que ya hemos hablado, y fue acogido por él con mucha amabilidad y hospedado por largo tiempo. Adriano se fue a visitar primero a Emme, obispo de Sens, y luego a Farón, de Meaux, y pasó una buena temporada con ellos. En efecto, la inminencia del invierno los obligaba a permanecer quietos donde pudieran. Cuando al rey Egberto se le contó todo esto, es decir, que el obispo que había pedido al romano pontífice estaba en el reino de los francos, envió allí de inmediato a su prefecto Redfrido[17] para que lo trajera. Cuando éste llegó allí, cogió a Teodoro, con permiso de Ebroíno, y lo llevó al puerto llamado *Quaentavic*[18], donde se detuvo por cierto tiempo afligido por una enfermedad y, cuando empezó a restablecerse, navegó hacia Britania. Sin embargo, a Adriano lo retuvo Ebroíno, porque sospechaba que tenía alguna instrucción del emperador[19] a los reyes de Britania contraria al reino del que entonces él desempeñaba el cargo principal. Pero, una vez que comprobó con seguridad que ni había tal cosa ni la había habido, lo dejó libre y le permitió marchar en pos de Teodoro. Éste, tan pronto como se presentó ante él, le dio el monasterio del bienaventurado apóstol Pedro[20], donde suelen enterrarse, según ya dije, los arzobispos de Kent[21]. En efecto, cuando partía Teodoro, el señor apostólico le había mandado que en su diócesis le preparara y le diera un lugar en el que pudiera vivir dignamente con los suyos.

2

Cómo, una vez que Teodoro recorrió todo el territorio, las Iglesias de los anglos empezaron a instruirse en el estudio de la verdad de las Sagradas Escrituras, y cómo Putta fue creado obispo de la iglesia de Rochester para suceder a Damián.

1. Llegó Teodoro a su iglesia el segundo año tras su consagración, el domingo 27 de mayo[22], y estuvo en ella veintiún años, tres meses y veintiséis días[23]. Recorriendo de inmediato las isla, por dondequiera que habitaban los pueblos anglos (pues era recibido y escuchado por todos con mucho gusto), difundía las normas de la vida recta y el rito canónico de celebración de la Pascua, contando en todo momento con la compañía y la cooperación de Adriano, y fue el primer arzobispo al que toda la Iglesia de los anglos se avino a obedecer. Y, dado que, como ya dijimos, ambos estaban abundantemente instruidos tanto en las letras sagradas como en las profanas, congregando una multitud de discípulos, cotidianamente hacían brotar los ríos de su saludable ciencia para regar sus mentes, de modo que enseñaron a sus oyentes incluso las disciplinas del arte métrica, de la astronomía y del cómputo eclesiástico, además de los textos de la Sagradas Escrituras[24]. Prueba de ello es que viven hasta el día de hoy algunos de sus discípulos que saben la lengua latina y la griega tal como la suya materna. Desde luego, no hubo tiempos más felices desde que los anglos llegaron a Britania, dado que no sólo eran temidos por todos los pueblos bárbaros por tener reyes muy valientes y cristianos, sino que los deseos de todos estaban pendientes de los goces del Reino de los Cielos recientemente conocidos, y cuantos deseaban instruirse en las letras sagradas tenían a su disposición maestros que los enseñaran.

2. Además, la música para cantar en la iglesia, que hasta la fecha sólo conocían en Kent, empezaron desde entonces a aprenderla por todas las Iglesias de los anglos. El primer maestro de canto, aparte Jacobo, del que ya hablamos más arriba, en las iglesias de Northumbria fue Eddi, apellidado Esteban, que fue llamado de Kent por el reverendísimo varón Wilfrido, quien fue el primero de los obispos anglos de origen que supo introducir las costumbres de vida católica en las Iglesias de los anglos[25].

3. Así, pues, Teodoro, viajando por todas partes, ordenaba obispos en los lugares convenientes[26], y lo que encontraba que no estaba lo bastante bien lo corregía con la ayuda de los mismos. Entre ellos estaba el obispo Chad, quien, cuando él le arguyó que no había sido debidamente consagrado[27], le respondió en el más humilde de los tonos: «Si crees que yo no he asumido el episcopado de manera canónica, me retiro de buena gana de mi cargo, puesto que tampoco me he considerado digno de él; pero, obligado por la obediencia, consentí en asumirlo aunque indignamente». Teodoro, al oír su humilde respuesta, le dijo que no debía dimitir del obispado, y él mismo realizó de nuevo su consagración según la norma católica. En el tiempo en que, muerto Deusdédit, se buscaba, se ordenaba y se enviaba un obispo para la Iglesia Doruvernense[28], también Wilfrido fue enviado de Britania a la Galia para ser ordenado y, como volvió antes de que llegara Teodoro, también él ordenaba presbíteros y diáconos en Kent hasta que el arzobispo[29] llegó a su sede. Éste marchó de inmediato a la ciudad de Rochester, donde, tras morir Damián, el obispado llevaba tiempo vacante, y ordenó a un hombre más instruido en las disciplinas eclesiásticas y contento con una vida sencilla que interesado en las cosas del siglo. Su nombre era Putta y era muy experto en cantar en la iglesia al modo de los romanos, que había aprendido de los discípulos del papa Gregorio.

3

Cómo Chad, del que ya se ha hablado más arriba, fue puesto como obispo del reino de Mercia, y de su vida, muerte y sepultura.

1. Por aquel tiempo el rey Wulfhere estaba al frente del reino de Mercia, y cuando, al morir Jaruman, le pidió al obispo Teodoro que también a él y a los suyos les diera un obispo, él se negó a ordenarles a uno nuevo, sino que pidió al rey Oswiu que se les diera como obispo a Chad, que por entonces llevaba una vida retirada en su monasterio de Lastingham. Wilfrido administraba el obispado de la iglesia de York y también de todos los nortumbros y de los pictos, hasta donde el rey Oswiu lograba extender sus dominios. Y, como era costumbre de ese reverendísimo obispo, Chad, llevar a cabo la tarea del Evangelio más caminando que cabalgando por los lugares, Teodoro le ordenó que, dondequiera que el camino fuera demasiado largo, lo hiciera a caballo y, aunque él se resistía por su afán y amor de piadoso esfuerzo, él mismo, por su propia mano, lo subió a un caballo, sin duda porque había averiguado que era un hombre santo, y lo obligó a ir así adonde fuera necesario. Así, pues, tras recibir el obispado del reino de Mercia y de Lindsey, Chad, según el ejemplo de los antiguos padres, procuró administrarlo con gran pureza de vida. Además, el rey Wulfhere le donó una tierra de 50 familias[30] para construir un monasterio en el lugar que se llama *Adbaruae*, es decir, Al Bosque[31], en el cual perviven hasta el día de hoy las huellas de la vida monástica instituida por él.

2. Chad tuvo su sede episcopal en el lugar que se llama Lichfield[32], en el que también murió y fue sepultado y donde hasta el día de hoy ha estado la sede de los siguientes obispos de aquel reino. Se había construido una casa no muy lejos de la iglesia en la que, retirado con unos pocos, unos siete y ocho hermanos, cuantas veces no estaba ocupado por el ministerio y la labor de la Palabra, solía orar y leer. Después de haber regido de manera espléndida la iglesia de aquel reino durante dos años y medio, le llegó por disposición de la Providencia el momento del que habla el *Eclesiastés*: «El tiempo de esparcir las piedras y el tiempo de amontonarlas»[33]. Y es que sobrevino un desastre enviado por Dios que por medio de la muerte de la carne se llevó de sus sedes terrenas al edificio celeste a las piedras vivas[34] de la Iglesia. Y cuando, tras ser arrebatados de la carne muchos de la iglesia de aquel reverendísimo obispo, llegó para él la hora de pasar de este mundo al Señor[35], ocurrió que un día estaba en la casa mencionada con sólo un hermano cuyo nombre era Owin, mientras sus demás compañeros se habían vuelto a la iglesia por algún motivo. El tal Owin era un monje de gran mérito, que había abandonado el mundo por la pura esperanza de la retribución celestial, y digno por todos los respectos de que Dios le revelara de manera particular sus

secretos, de manera que quienes lo escucharan dieran fe a su relato. En efecto, había venido con la reina Eteldreda[36] del reino de East Anglia y era el primero de sus cortesanos y el principal de su casa.

3. Cuando, al crecer el fervor de su fe, decidió renunciar al mundo, Owin no lo hizo de manera perezosa, sino que hasta tal punto se despojó de sus cosas que, abandonando cuanto tenía, vestido con un sencillo hábito y llevando en su mano un hacha y una azuela, se presentó en el monasterio del reverendísimo padre Chad llamado Lastingham. Y es que con ello dejaba claro que entraba en el monasterio no para buscar la tranquilidad, sino el trabajo[37]. De hecho lo probó con sus obras, pues, cuanto menos se bastaba para la meditación de las Escrituras, tanto más esfuerzo dedicaba al trabajo de sus manos. En fin, admitido junto con los demás hermanos en la compañía del obispo en la casa ya citada por su reverente devoción, cuando ellos se dedicaban dentro a la sagrada lectura, él se ocupaba fuera en las cosas que parecían necesarias. Y así un día, cuando fuera hacía alguna de esas labores y sus compañeros se habían ido a la iglesia, según antes había empezado a contar, y el obispo, solo en el oratorio del lugar, estaba dedicado a la lectura o a la oración, Owin, según más tarde contaba, oyó la dulce y gozosa voz de unos cantores que descendía desde el cielo a la tierra. Decía que la había oído primero proveniente del sudeste[38], es decir, del orto más meridional del invierno, y que luego se había ido acercando hasta llegar a la techumbre del oratorio donde estaba el obispo, y que, entrando en él, lo llenó totalmente y lo rodeó por entero. Él, cuando sorprendido atendía a lo que había oído, oyó de nuevo, transcurrido el tiempo de una media hora, que de la techumbre del oratorio surgía el mismo cántico de alegría, y que por el mismo camino por el que había llegado se volvía al Cielo con una inefable dulzura. Tras quedarse algo así como una hora, como atónito, y cuando se preguntaba con todo afán qué era todo aquello, el obispo abrió la ventana del oratorio y dando un golpe con la mano, según era su costumbre, ordenó que, si había alguien fuera, entrara junto a él. Entró él a toda prisa y el obispo le dijo: «Vete rápido a la iglesia y haz que vengan de inmediato los siete hermanos, y tú ven también».

4. Cuando ellos llegaron, primero los amonestó para que mantuvieran las virtudes de la caridad y de la paz, entre ellos y con todos los fieles; también para que observaran con afán incansable las tradiciones de la disciplina monástica que habían aprendido de él y en él habían visto, o habían encontrado en los hechos y dichos de los padres anteriores. Luego añadió que el día de su muerte ya estaba próximo. «En efecto –dijo–, aquel amable huésped[39] que solía visitar a nuestros hermanos también se ha dignado venir hoy junto a mí y llamarme para que me vaya de este mundo. Por ello, volviendo a la iglesia, decidle a los hermanos que no sólo encomienden a Dios en sus oraciones mi partida, sino también la suya, cuya hora es incierta, y se acuerden de prepararla con vigilias, oraciones y buenas obras». Tras decir esto y otras cosas por el estilo, y cuando ellos, tras recibir su bendición, ya se habían ido muy tristes, volvió solo aquel que había oído el canto celestial[40] y, postrándose en tierra, le dijo: «Te lo ruego, padre, ¿puedo hacerte una pregunta?». Él le dijo: «Pregunta lo que quieras». Y él le dijo: «Te ruego que me digas qué canto era aquel, lleno de alegría, que yo oí que descendía del cielo sobre este oratorio y al cabo de un tiempo se volvió a los cielos». Él le respondió: «Si has oído el sonido de un canto y has visto que los coros celestiales venían de lo alto, te ordeno en nombre de Dios que no se lo digas a nadie antes de mi muerte. La verdad es que fueron los espíritus angélicos, que vinieron a llamarme a las recompensas celestiales que yo siempre amaba y deseaba, y que prometieron que tras siete días volverían y me llevarían consigo». Y esto se cumplió de hecho tal como él lo dijo. En efecto, de inmediato se vio afectado por una debilidad corporal y, al agravarse ésta de día en día, al séptimo, como se le había prometido, después de haberse preparado para la muerte con la recepción del cuerpo y la sangre del Señor, su santa alma se vio libre de la prisión de su cuerpo y, conducida y acompañada por los ángeles, como es justo creer, se dirigió a los goces eternos[41].

5. Pero no es de extrañar si el día de su muerte, o más bien el día del Señor, lo vio con alegría, dado que siempre procuró esperarlo ansioso hasta que llegó. En efecto, aparte los muchos méritos de su templanza, su humildad, su saber, su oración, su voluntaria pobreza y sus demás virtudes, estaba tan sometido al temor del Señor, tan pendiente de su final en todas sus obras que, según solía contarme un hermano de los que a mí me instruían en las Escrituras y se había educado en su monasterio y bajo su magisterio –se llamaba Trumberto–, si cuando leía o hacía cualquier otra cosa de repente surgía un soplo de viento un poco fuerte, al momento invocaba la misericordia del Señor y rogaba que la derramara sobre el género humano y, si el aire demasiado intenso se mantenía, cerrando su libro, se postraba sobre su rostro e insistía con más empeño en la oración. Y, si amenazaba un temporal más fuerte o un nublado, o bien si los rayos y truenos aterrorizaban a la tierra y al aire, entonces, yendo a la iglesia, se entregaba a recitar oraciones y Salmos con mayor devoción y, poniendo toda la atención en ello, hasta que volvía la bonanza. Cuando los suyos le preguntaban por qué hacía esto, él les respondía: «¿No habéis leído aquello de "Tronó el Señor desde los cielos y el Altísimo hizo sonar su voz. Les lanzó sus saetas y los desbarató, fulminó rayos y los consternó"?»[42]. Pues el Señor mueve los aires, levanta los vientos, lanza los rayos, truena desde el cielo, para mover a los habitantes de la tierra a que lo teman, para incitar sus corazones al recuerdo del juicio futuro, para disipar su soberbia y desbaratar su audacia, trayendo de nuevo a la mente aquel momento tremendo en que Él, mientras arden el cielo y la tierra, vendrá sobre las nubes, con gran poder y majestad, para juzgar a vivos y muertos[43]. Por ello –decía–, conviene que nosotros respondamos con el temor y el amor debidos a su celestial advertencia, de manera que, cuantas veces, agitando los aires, saca la mano como amenazando con golpear, pero todavía no golpea, al instante imploremos su misericordia y, examinando los recovecos de nuestro corazón y expurgando los restos de los vicios, estemos atentos a que nunca merezcamos que nos golpee».

6. Con la revelación y el relato del hermano citado acerca de la muerte de este obispo concuerdan unas palabras del padre Egberto, ya mencionado, que desde temprana edad, siendo Chad un muchacho y siéndolo él también, vivió devotamente con él en Hibernia[44] la vida monástica en oración, en continencia y en la meditación de las Sagradas Escrituras. Pero, cuando Chad volvió luego a su patria, él siguió siendo un desterrado por el Señor hasta el fin de su vida[45]. Pues bien, cuando al cabo de mucho tiempo llegó junto a él desde Britania para visitarlo un hombre muy santo y vida muy pura llamado Higebaldo, que era abad en la provincia de Lindsey y, como era propio de aquellos santos varones, hablaban de los padres precedentes y disfrutaban con la idea de imitarla, sobrevino la mención del reverendísimo obispo Chad, y dijo Egberto: «Conozco a un hombre que todavía vive en esta isla que, cuando aquel varón pasó de este mundo, vio cómo el alma de su hermano Cedd[46] bajaba del Cielo con un ejército de ángeles y, tomando consigo su alma, volvieron al reino celestial». Si esto lo dijo por sí mismo o por otro, permanece incierto para nosotros; pero una cosa no puede ser incierta: que lo que aquel gran hombre dijo es verdad.

7. Murió Chad el 2 de marzo[47] y fue sepultado primero junto a la iglesia de Santa María[48]; pero luego, al construirse allí una iglesia del bienaventurado Príncipe de los Apóstoles Pedro[49], sus huesos fueron trasladados a ella. En uno y otro lugar suelen obrarse muchas curaciones milagrosas como prueba de sus virtudes. Y así recientemente un loco que iba vagando por todas partes llegó allí al atardecer sin que lo supieran o se dieran cuenta los que custodian el lugar y, tras descansar allí toda la noche, a la mañana salió con la cabeza sana en medio de la admiración y la alegría de todos, ante la curación que en aquel lugar había conseguido por la benevolencia divina. El lugar del sepulcro es una tumba de madera construida y cubierta al modo de una pequeña casa[50], y tiene un agujero en la pared por la que los que allí van por devoción suelen meter la mano y sacar un poco de polvo y, tras echarlo en agua y dárselo a probar ya a los animales, ya a los hombres enfermos, al momento cesa el agobio de la enfermedad y vuelve la alegría de la salud recuperada.

8. Para sustituir a Chad, Teodoro ordenó a Winfrido, hombre bueno y modesto, para que, al igual que sus predecesores, desempeñara el ministerio episcopal de los reinos de Mercia, de los anglos medios y de Lindsey, en los cuales Wulfhere, quien aún vivía, tenía el cetro del reino. Winfrido pertenecía al clero del obispo al que había sucedido y desempeñó por no poco tiempo el ministerio del diaconado bajo sus órdenes.

4

Cómo el obispo Colmán, tras abandonar Britania, hizo en Escocia dos monasterios, uno para los escotos y otro para los britanos que había llevado consigo.

1. Entre tanto Colmán, obispo que era originario de Escocia[51], abandonando Britania, se llevó consigo a todos los escotos que había reunido en la isla de Lindisfarne, pero también a unos 30 hombres de origen anglo. Unos y otros estaban hechos a los deberes de la vida monástica. Dejando en su iglesia a algunos hermanos, primero se fue a la isla de Iona, desde donde había sido enviado a predicar la Palabra al pueblo de los anglos; luego se retiró a una isla pequeña, situada frente a la parte occidental de Hibernia[52], que en la lengua de los escotos se llama Inishbofin[53], es decir, isla de la Ternera Blanca. Al llegar, pues, a ella, construyó un monasterio e instaló en él a los monjes que había llevado, reunidos de entre los dos pueblos. Como éstos no podían ponerse de acuerdo, dado que en verano, cuando había que recoger las cosechas, los escotos, abandonando el monasterio, vagaban dispersos por lugares que ellos conocían, y en cambio, al llegar el invierno, volvían y pretendía disfrutar en común de lo que los anglos habían conseguido, Colmán buscó remedio a esta disensión y, tras viajar a lugares cercanos y lejanos, encontró en la isla de Hibernia un lugar adecuado para construir un monasterio que en la lengua de los escotos se llama *Mag éo*[54]. Compró una parte no grande del mismo para fundar allí un monasterio al conde a cuyas posesiones pertenecía, con la condición añadida de que los monjes allí asentados también dirigieran sus preces al Señor a favor de quien les facilitaba aquel lugar.

2. Construido de inmediato el monasterio, con la ayuda del conde y de todos los vecinos, colocó allí a los anglos, dejando a los escotos[55] en la isla antes nombrada. Este monasterio está ocupado hasta el día de hoy por anglos. En efecto, es el mismo que ahora, convertido de pequeño en grande, se llama habitualmente *Muig éo* y, habiendo adoptado ya hace tiempo todos los monjes una regla mejor, hospeda a un egregio enjambre de ellos que, congregados allí de todo el reino de los anglos, siguiendo el ejemplo de los venerables padres, sometidos a la regla y a un abad canónicamente nombrado, viven del trabajo de sus propias manos en la mayor continencia y sencillez.

5

De la muerte de los reyes Oswiu y Egberto, y del sínodo celebrado en el lugar de Hertford, en el que presidía el arzobispo Teodoro.

1. El año 670 de la Encarnación del Señor, que es el segundo contando desde que Teodoro vino a Britania, Oswiu, rey de los nortumbros, cayó presa de una enfermedad de la que murió a los cincuenta y ocho años de edad. Por aquel tiempo sentía tanto amor por las tradiciones romanas y apostólicas que, para el caso de que se salvara de la enfermedad, incluso tenía proyectado marchar a Roma y terminar allí su vida junto a los lugares santos, y al obispo Wilfrido le pedía, prometiéndole un no pequeño donativo dinerario, que fuera su guía en aquel viaje. Muerto el 15 de febrero, dejó a su hijo Egfrido como heredero del reino. En el tercer año del reinado de éste, Teodoro reunió un concilio de los obispos, junto con muchos maestros eclesiásticos que amaban y conocían las reglas canónicas de los padres. Reunidos unos y otros, comenzó a exponer las observaciones convenientes para la paz y la unidad de la Iglesia con la actitud apropiada a un pontífice. El texto del acuerdo sinodal es éste:

2. En el nombre de Dios Nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Reinando a perpetuidad en su Iglesia y gobernándola el propio Señor Jesucristo, nos ha parecido oportuno reunirnos, según la costumbre de los venerables cánones, para tratar de los asuntos importantes de la Iglesia. Nos reunimos el 24 de septiembre, en la primera indicción[56], en el lugar que se llama Hertford[57], yo, Teodoro, obispo, aunque indigno, de la Iglesia Doruvernense[58] nombrado por la Sede Apostólica, y nuestro compañero en el sacerdocio[59] y hermano el reverendísimo Bisi, obispo de East Anglia, a quienes también se unió nuestro hermano y compañero en el episcopado Wilfrido, obispo del pueblo de Northumbria, por medio de sus propios legados. También asistieron nuestros hermanos y compañeros en el episcopado Putta, obispo de la ciudad de Kent llamada Rochester; Leuther, obispo de Wessex, y Winfrido, obispo del reino de Mercia. Y, una vez que, reunidos todos, cada uno tomó asiento en el lugar que le correspondía, yo dije: «Os ruego, amadísimos hermanos, por el temor y el amor a nuestro Redentor, que todos deliberemos en común en bien de nuestra fe, de manera que cuantas disposiciones han sido decretadas y definidas por los padres santos y dignos de confianza sean observadas con toda pureza por todos nosotros». Luego seguí tratando sobre estos puntos y muchos otros que concernían a la conservación de la caridad y la unidad en la Iglesia.Y, tras concluir mi preámbulo, pregunté a todos y cada uno de ellos, por su orden, si estaban de acuerdo en mantener los decretos canónicos antiguamente formulados por los padres. A esto, todos nuestros hermanos en el episcopado respondieron: «A todos nos place en grado sumo que cuanto definieron los cánones de los santos padres también nosotros lo observemos con la más entusiasta disposición y con el mayor gusto».

3. Al momento les presenté el propio Libro de los Cánones[60], y les mostré directamente 12 capítulos que, entre los demás, yo había anotado porque sabía que eran de la máxima importancia para nosotros, y les rogué que los mismos fueran aceptados por todos, tras prestarles especial atención.

Primer capítulo: «Que el santo día de la Pascua lo celebremos todos en común el domingo siguiente a la decimocuarta luna del primer mes».

Segundo: «Que ningún obispo invada la diócesis[61] de otro, sino que se contente con el gobierno del pueblo que le ha sido confiado».

Tercero: «Que a los monasterios que están consagrados a Dios no se le permita a ningún obispo molestarlos en cosa alguna ni llevarse ninguna de sus cosas por la fuerza».

Cuarto: «Que los monjes no emigren de un sitio para otro, es decir, de monasterio en monasterio, a no ser porque su propio abad les dé cartas dimisorias[62], sino que permanezcan en la obediencia que prometieron en el momento de su profesión».

Quinto: «Que ningún clérigo, dejando al propio obispo, ande por donde le plazca, y que, al llegar a otro lugar, no sea recibido a no ser con cartas comendaticias de su prelado. Y, si una vez recibido no quiere volver cuando se le invite a ello, tanto el que lo reciba como el que ha sido recibido quedará sujeto a excomunión».

Sexto: «Que los obispos y clérigos que estén de viaje se contenten con las muestras de hospitalidad que les ofrezcan, y que a ninguno de ellos se les permita ejercer ninguna tarea sacerdotal sin permiso del obispo en cuya diócesis[63] consta que se encuentra».

Séptimo: «Que se reúna el sínodo dos veces al año». (Pero, como causas diversas lo impiden, pareció bien a todos que nos reunamos una vez al año, el día 1 de agosto, en el lugar que se llama *Clofaeshoh[64]*.)

Octavo: «Que ningún obispo pretenda por ambición la precedencia sobre otro, sino que todos tengan presente el tiempo y orden de su consagración».

Noveno (este capítulo se trató en común, pero a su respecto no nos hemos pronunciado hasta ahora[65]): «Que se promueva a más obispos al crecer el número de los fieles».

Décimo (sobre el matrimonio): «Que a nadie se le permita tener sino un matrimonio legítimo; que nadie cometa incesto; que nadie abandone a su esposa a no ser, según el Evangelio enseña, a causa de fornicación. Que, si uno despide a su esposa a la que esté ligada por legítimo matrimonio, si quiere ser verdadero cristiano, no se una a ninguna otra, sino que permanezca en esa situación o se reconcilie con la propia esposa».

4. Tratados y definidos así en común estos capítulos, de manera que en lo sucesivo ninguno de los nuestros suscite el escándalo de una controversia, o bien se divulgue una cosa en lugar de otra, nos pareció oportuno que cuanto se decidió lo confirmara cada uno de nosotros con su firma manuscrita. El tenor de nuestra decisión se lo dicté al notario Titill para que lo pusiera por escrito. Hecho en el mes e indicción arriba indicados. Así, pues, cualquiera que de la manera que sea intente ir contra este acuerdo, conforme a los decretos canónicos y además confirmado por nuestro consenso y por nuestra firma manuscrita e intente quebrantarlo, sepa que queda separado de todo ministerio sacerdotal y de nuestra compañía. Que la gracia de Dios nos guarde sanos y salvos viviendo en la unidad de su Santa Iglesia.

5. Este sínodo se hizo el año 673[66] de la Encarnación del Señor, el año en el que, en el mes de julio, había muerto Egberto, rey de Kent, al que lo sucedió en el reino su hermano Lotario[67], que lo gobernó durante once años y siete meses. Bisi, obispo de East Anglia del que se dice que estaba en el sínodo, era sucesor de Bonifacio, del que ya hemos hablado. Era un hombre de mucha santidad y devoción, que, cuando Bonifacio murió, tras diecisiete años de episcopado, fue hecho obispo en su lugar y ordenado por Teodoro. Cuando aún vivía, pero

una gravísima enfermedad le impedía administrar su obispado, fueron elegidos y consagrados en su lugar dos obispos, Ecci y Baduwine[68], y desde entonces hasta hoy aquella provincia[69] suele tener dos obispos.

6

Cómo, depuesto Winfrido, Seaxwulfo se hizo cargo de su obispado, y Eorcenwaldo fue creado obispo de Essex.

1. Pasado no mucho tiempo, disgustado con el obispo Winfrido de Mercia a causa de alguna desobediencia, el arzobispo Teodoro lo depuso de su obispado tras no muchos años de haberlo recibido y, para sustituirlo, ordenó como obispo a Seaxwulfo, que era el fundador y abad del monasterio que se llama *Medeshamstede*[70], en la región de los girvios[71]. Winfrido, una vez depuesto, se volvió a su monasterio, que se llama Barrow[72], y allí acabó su vida muy santamente.

2. Entonces[73] Teodoro también nombró a Eorcenwaldo obispo de Essex, donde gobernaban en aquel tiempo Sebbi y Sigehere, de los que ya hemos hecho mención, con sede en la ciudad de Londres. La vida y conducta de ese varón en el episcopado y antes de él se dice que fue muy santa, según todavía muestran sus milagros celestiales. En efecto, hasta el día de hoy la litera en que solía ir a caballo cuando estaba enfermo, conservada por sus discípulos, no deja de sanar a muchos que padecen fiebres o que están aquejados por cualquier otra dolencia. Y no sólo se curan los enfermos que se ponen bajo la litera o junto a ella, sino que también las astillas que se le arrancan y se aplican a aquéllos suelen proporcionarles pronto remedio.

3. Éste, antes de ser hecho obispo, había construido dos ilustres monasterios, uno para él y otro para su hermana Etelburga, organizando uno y otro de manera excelente según la disciplina monástica. Su monasterio estaba en la región de Surrey[74], junto al río Támesis, en el lugar que se llama Chertsey[75], es decir, isla de *Ceorot;* el de su hermana, en el reino de Essex, en el lugar que se llama Barking[76], en el cual viviría ella como madre y nodriza de aquellas mujeres devotas. Una vez que asumió el gobierno del monasterio, se mostró en todo digna hermana del obispo, no sólo por la rectitud de su propia vida, sino también velando por sus subordinadas conforme a las reglas y con toda piedad, como también testimoniaron algunos milagros.

7

Cómo en el monasterio de Barking una luz celestial mostró dónde debían sepultarse los cuerpos de las monjas.

1. En efecto, en este monasterio tuvieron lugar numerosas señales milagrosas que para memoria y edificación de la posteridad fueron narradas por los que las conocieron, en escritos que muchos conservan. De ellas también nosotros hemos querido insertar algunos en nuestra *Historia eclesiástica*. Cuando el desastre de la plaga ya varias veces nombrada, devastándolo todo a lo ancho y a lo largo, invadió también la parte de este monasterio en que estaban los varones[77], y todos los días algunos se veían arrebatados al Señor, la solícita madre de aquella congregación, en los momentos en que la peste también llegaba a la parte del monasterio en la que el grupo de las siervas de Dios estaba aislada del contacto con los varones, empezó a preguntar repetidamente en el capítulo con las hermanas en qué lugar del monasterio querían que se pusieran sus cuerpos y se hiciera el cementerio cuando sucediera que ellas, al igual que las demás, se vieran arrebatadas de este mundo por aquel exterminio. Como no recibió de las hermanas una respuesta clara pese a que se lo preguntó una y otra vez[78], recibió ella misma, junto con todas las demás, una respuesta bien clara de la divina Providencia.

2. Y es que cierta noche, cuando, concluidas las salmodias de maitines, saliendo del oratorio aquellas siervas de Cristo cantaban junto a los sepulcros de los hermanos que los habían precedido en abandonar esta luz las acostumbradas alabanzas al Señor, he aquí que de

pronto una luz venida del cielo, al modo de una gran sábana, descendió sobre todas y las llenó de tal estupor que, asustadas, incluso interrumpieron el cántico que estaban cantando. El esplendor de aquella luz, comparado con la cual el sol de mediodía podría parecer oscuro, levantándose no mucho después de aquel lugar, se retiró hacia la parte meridional del monasterio, es decir, hacia el oeste del oratorio y, tras detenerse allí cierto tiempo cubriendo aquellos lugares, a la vista de todas se fue a lo alto del cielo, de manera que para nadie había duda de que aquella luz, que iba a conducir e introducir a las almas de las siervas de Cristo en el Cielo, también mostraba a sus cuerpos el lugar en el que habían de descansar y esperar el día de la resurrección. El resplandor de su luz fue tan intenso que un hermano de los más viejos, que a aquella misma hora estaba en el oratorio con otro más joven, contaba por la mañana que, entrando por las rendijas de las puertas y de las ventanas, aquellos rayos de luz parecían superar todo el fulgor de la luz del día más espléndido.

8

Cómo, en el mismo monasterio, un muchacho, al morir, llamó a la monja que pensaba seguirlo, y cómo otra, que estaba a punto de abandonar su cuerpo, vio ya un poco de la futura luz.

1. Había en el mismo monasterio un niño de unos tres años –no más– llamado Ésica[79], al que por su temprana edad solían alimentar y cuidar en la casa de aquellas doncellas dedicadas a Dios. Éste, contagiado por la peste ya dicha, cuando se puso a punto de muerte, llamó por tres veces a una de las vírgenes consagradas a Cristo por su propio nombre como si estuviera presente: «¡Edith, Edith, Edith!» y, terminando así su vida temporal, entró en la eterna. Mas aquella virgen a la que llamaba el niño moribundo, aquejada de inmediato por la enfermedad en el lugar en que estaba, el mismo día en que fue llamada fue arrebatada de este mundo y siguió al reino celestial al que la había llamado.

2. Igualmente, otra de aquellas siervas de Dios, presa de la misma enfermedad y llegada al momento supremo, en torno a la media noche empezó de repente a dar voces a las que la cuidaban pidiéndoles que apagaran el candil que allí estaba encendido. Y, como volvió a pedirlo con gritos insistentes y nadie le hacía caso, al final añadió: «Sé que pensáis que digo esto en un arrebato de locura; pero ahora veréis que no es así, pues en verdad os digo que veo toda esta casa tan llena de luz que vuestro candil me parece pura oscuridad». Cuando todavía nadie respondía a sus palabras ni le hacía caso, dijo de nuevo: «Dejad, pues, que aquel candil arda todo el tiempo que queráis; pero sabed que no es mío, pues mi luz me llegará al despuntar la aurora». Y empezó a contar que se le había aparecido un varón de Dios que había muerto aquel mismo año, diciéndole que, al llegar el alba, marcharía hacia la luz eterna. La verdad de la visión se comprobó de inmediato al nacer el día con la muerte de la muchacha.

9

Qué señales celestiales se manifestaron cuando la propia madre de aquella congregación pasó de este mundo.

1. Cuando también la propia madre, tan piadosa, de aquella congregación, Etel-burga, iba a ser arrebatada de este mundo, se le apareció una visión admirable a una de las hermanas llamada Torhtgid[80], que ya había permanecido muchos años en el monasterio y siempre se había esforzado en servir a Dios con toda humildad y sinceridad, y que además procuraba hacer de ayudante de la madre en cuanto a la observación de la regla, enseñando y corrigiendo a las más jóvenes. Y, para que su virtud, según lo que dice el Apóstol[81], se perfeccionara en la enfermedad, se vio de repente afectada por una gravísima enfermedad, y duramente agobiada durante nueve años por la piadosa providencia de nuestro Redentor, de manera que cuanto en ella hubiera quedado de pecaminoso vicio en medio de sus virtudes, a causa de la ignorancia o el descuido, todo ello ardiera en el fuego de la divina tribulación.

2. El caso es que ella, una noche, cuando empezaba el crepúsculo, al salir de la celda en

que estaba, vio claramente algo así como el cuerpo de un hombre, más reluciente que el sol, que envuelto en una sábana subía hacia lo alto, como surgiendo de la casa en la que las hermanas solían descansar. Cuando quiso ver con más atención qué era lo que llevaba hacia arriba a esta visión de un cuerpo glorioso que contemplaba, vio que era levantada hacia lo alto por una especie de cuerdas más relucientes que el oro, hasta que, introducida en los cielos, que se habían abierto, ya no pudo verla más. Cuando meditó sobre la visión, no le quedó duda de que alguien de aquella congregación iba a morir de inmediato ni de que su alma, por medio de las buenas obras que había hecho, sería elevada a los cielos como por unas cuerdas de oro. Y esto es lo que en verdad ocurrió; pues, pasados no muchos días, la madre de aquella congregación, predilecta de Dios, fue liberada de la prisión de la carne. Consta que su vida fue tal que nadie que la haya conocido debe dudar de que cuando salió de esta vida se le abrió la puerta de la patria celestial.

3. En el mismo monasterio había también otra monja, noble según las dignidades de este mundo pero aún más noble por su amor a la vida futura, la cual se había visto privada desde muchos años atrás de todas sus capacidades físicas hasta el punto de que no podía mover ni uno de sus miembros. Cuando supo que el cuerpo de la venerable abadesa había sido llevado a la iglesia a la espera de darle sepultura, pidió que la llevaran allí y que la pusieran inclinada ante él al modo de los que están orando. Mientras esto se hacía, le rogó, como si estuviera viva, que impetrara ante la misericordia del piadoso Creador que la librara de tan grandes y prolongados sufrimientos. No mucho después fue escuchada, pues al cabo de 12 días también ella, liberada de la carne, cambió sus aflicciones temporales por la eterna recompensa.

4. Cuando la mencionada sierva de Cristo Torhtgid ya llevaba retenida en esta vida tres años tras la muerte de su abadesa, se vio tan agobiada por la enfermedad que antes dijimos hasta el punto de que apenas se tenía en sus huesos[82], y al fin, cuando ya se acercaba su momento final, no sólo se vio privada del movimiento de los demás miembros, sino también del de la lengua. Y después de tres días con sus noches en tal situación, de repente, reanimada por una visión espiritual, abrió su boca y sus ojos; mirando al cielo, empezó a hablar de esta manera a la visión que estaba contemplando: «Muy grata me es tu llegada y bienvenida seas». Dicho esto, se quedó callada por un momento, como esperando la respuesta de aquel al que veía y al que hablaba. Y luego, como un poco enfadada, añadió: «Esto no puedo llevarlo a bien de ninguna manera». Callándose de nuevo un momento, habló por tercera vez: «Si de ninguna manera puede ser hoy, te ruego que no medie mucho tiempo». Así dijo y, quedándose por un momento en silencio, al igual que antes, concluyó así sus palabras: «Si en todo caso está así decidido y no hay manera de cambiar esta decisión, ruego que no pase sino la noche próxima». Dicho esto, y al preguntarle aquellas que estaban junto a ella sobre con quién hablaba, dijo: «Con mi queridísima madre Etelburga». Por ello entendieron que aquélla había venido a anunciarle que estaba próximo el momento de su partida. Y, en efecto, según ella pedía, pasados un día y una noche, liberada a un tiempo de las ataduras de la carne y de la enfermedad, entró en los gozos de la salvación eterna[83].

10

Cómo, orando junto al cementerio del mismo monasterio, una ciega recuperó la luz.

1. A Etelburga la sucedió en el cargo de abadesa una devota sierva de Dios llamada Hildelid[84], la cual estuvo por muchos años, hasta su extrema ancianidad, al frente del monasterio, con la más absoluta dedicación, tanto en la observancia de la disciplina regular como en la atención a los asuntos comunes de importancia. A causa de la escasez del espacio en el que el monasterio se construyó, le pareció conveniente que los huesos de los siervos y siervas de Cristo que allí habían sido enterrados se exhumaran y fueran todos trasladados a la iglesia de la bienaventurada Madre de Dios y se enterraran en un mismo lugar. Las muchas veces en que entonces allí apareció el resplandor de una luz celestial y la fragancia de un

aroma admirable y otros prodigios que se hicieron visibles cualquier lector podrá verlo en el mismo libro[85] del que hemos extractado estas noticias.

2. Pero no creo que deba pasarse por alto de ninguna manera una curación milagrosa que el mismo libro refiere que tuvo lugar junto al mismo cementerio de aquella congregación dedicada a Dios. En efecto, había cerca de allí cierto conde[86] cuya esposa fue aquejada por una súbita insuficiencia en la visión que, agravándose de día en día, hizo que ni siquiera pudiera ver una chispa de luz. Cuando llevaba cierto tiempo encerrada en la noche de esta ceguera, de repente se le vino a mente que. si la llevaban al monasterio de aquellas vírgenes consagradas y lo pedía junto a las reliquias de los santos, podría recuperar la luz perdida. No tardó en poner en práctica lo que se le había ocurrido. En efecto, llevada por sus sirvientas al monasterio, dado que estaba cerca, fue introducida en el cementerio, donde aseguró que tenía absoluta fe en que se curaría y, una vez que allí hubo orado por un tiempo postrada de rodillas, sin mayor tardanza mereció ser escuchada; pues, al levantarse tras su oración y antes de que saliera del lugar, recibió la gracia de la luz que había pedido y, ella que había sido llevada allí por manos de sus criadas, volvió feliz a casa por su propio paso. Y parece como si solamente hubiera perdido la luz de este mundo para demostrar con su curación qué gran luz y qué milagrosa gracia rodea en los cielos a los santos de Cristo.

11

Cómo el rey de aquella provincia, Sebbi, acabó su vida como monje.

1. Por aquel tiempo estaba al frente del reino de Essex, según refiere el libro ya citado[87], un hombre muy devoto de Dios llamado Sebbi, del que ya hemos hecho mención. En efecto, era muy dado a las prácticas religiosas, a la oración frecuente y al goce de las piadosas limosnas, prefiriendo la vida retirada y monástica a todas las riquezas y honores del reino; vida que, si el ánimo obstinado de su esposa no le hubiera negado la separación, ya hubiera adoptado tiempo atrás abandonando el reino. De ahí que a muchos les pareciera y a menudo dijeran que a un hombre de tal carácter más convenía consagrarlo obispo que rey. Después de que aquel soldado del reino celestial cumplió treinta años de reinado, cayó presa de una gravísima enfermedad, de la que moriría, y aconsejó a su esposa que aun entonces, ambos a la par, se consagraran al servicio de Dios, dado que ya no podían disfrutar del mundo o más bien servir al mundo. Lo consiguió pese a que ella se resistía y, presentándose ante el obispo de la ciudad de Londres, llamado Waldhere, que había sucedido a Eorcenwaldo[88], y con su bendición recibió el hábito religioso que tanto deseaba. También le llevó una cantidad no pequeña de dinero para repartir entre los pobres, sin reservarse absolutamente nada para sí, antes bien deseando quedarse pobre de espíritu por el Reino de los Cielos.

2. Al agravarse su enfermedad ya aludida, y al darse cuenta de que se acercaba el día de su muerte, aquel hombre de ánimo regio empezó a temer que, al aproximarse a la muerte afectado por tan gran dolor, dejara escapar de su boca alguna palabra o hiciera algún gesto indigno de su persona. Por ello, haciendo venir al dicho obispo de la ciudad de Londres, en la que estaba, le pidió que a su muerte no asistieran sino él mismo y dos de sus sirvientes. El obispo le prometió con sumo gusto que así haría, y no mucho después aquel hombre de Dios, cuando se entregó al sueño, tuvo una visión consolatoria capaz de quitarle toda la ansiedad de su mencionada inquietud y que además le mostró en qué día acabaría su vida. En efecto, vio, según contaba luego, que llegaban junto a él tres hombres vestidos con hábitos resplandecientes. Uno de ellos, sentado ante su lecho, mientras permanecían en pie los compañeros que habían venido con él y preguntaban sobre el estado del enfermo al que habían venido a visitar, le dijo que su alma saldría de su cuerpo sin dolor alguno y con un gran esplendor luminoso; además, le dio a entender que moriría de allí a tres días. Una y otra cosa se cumplieron según supo por la visión, pues al tercer día, al acabar la hora de nona, de repente, y como durmiéndose suavemente, exhaló su espíritu sin sentir dolor alguno.

3. Para sepultar su cuerpo, habían preparado un sarcófago de piedra, pero, cuando fueron a ponerlo en él, se encontraron con que el rey era un palmo más largo que el sarcófago. Tallando, pues, la piedra como pudieron, añadieron a la longitud del sarcófago casi el largo de dos dedos; pero tampoco así cabía el cuerpo y, ante esta dificultad para enterrarlo, estaban pensando en buscar otro sepulcro, o bien, si podían, acortar el propio cuerpo doblándole las rodillas, de manera que cupiera dentro. Pero un hecho admirable y que sólo podía ser obra del Cielo impidió que se hiciera ninguna de las dos cosas. En efecto, de manera súbita, estando en pie ante el sarcófago el obispo y el hijo del rey y monje, llamado Sigeheard, que reinó después de Sebbi con su hermano Swefredo[89], así como no poca gente, se encontraron con que el mismo daba la medida adecuada a la longitud del cuerpo, de manera que por la parte de la cabeza aún se pudo poner un almohadón y por la de los pies el sarcófago excedía del cuerpo cuatro dedos. Fue sepultado en la iglesia del bienaventurado doctor de los gentiles[90], con cuyos preceptos había aprendido a esperar en las cosas del Cielo.

12

Cómo Hedde recibió el obispado de Wessex, sucediendo a Leuthere, Cwichelmo el de la iglesia de Rochester sucediendo a Putta, y a él lo sucedió Gefmundo, y quiénes fueron por entonces los obispos de Northumbria.

1. El cuarto obispo de Wessex fue Leuther; el primero había sido Birino[91], el segundo Agilberto y el tercero Wine. Cuando murió Cenwealh, en cuyo reinado Leuther fue hecho obispo, sus notables[92] asumieron el reino de aquel pueblo y lo tuvieron dividido entre ellos unos diez años y, mientras reinaban ellos, murió Leuther y, asumiendo el obispado en su lugar, Hedde fue consagrado en la ciudad de Londres. En el tiempo de su episcopado, vencidos y expulsados los notables, Cedwalla se hizo con el poder y, tras desempeñarlo por dos años, lo abandonó movido por el amor del reino celestial, mientras seguía gobernando la iglesia el mismo prelado y, marchándose a Roma, allí acabó su vida, según luego se contará más ampliamente.

2. El año 676 de la Encarnación del Señor, cuando Etelredo, rey de los mercios, llegando con un ejército de malvados, devastó Kent y profanó iglesias y monasterios sin consideración a la piedad ni al temor de Dios[93], también sumió en el general desastre a la ciudad de Rochester, en la que era obispo Putta, aunque entonces se hallaba ausente. Cuando él lo supo, es decir, que su iglesia había sido saqueada y privada de todos sus bienes, se dirigió a Seaxwulfo, prelado de Mercia y, tras recibir de él la posesión de una iglesia y de una tierra no grande, acabó allí en paz su vida, sin hacer absolutamente nada por restaurar su obispado, porque, como ya dijimos más arriba, era más diligente en las cosas eclesiásticas que en las mundanas; antes bien, se quedó sirviendo a Dios sólo en aquella iglesia y, adondequiera que lo llamaban, iba para enseñar el canto eclesiástico. En su lugar Teodoro consagró obispo de la ciudad de Rochester a Cwichelmo, pero, como al cabo de no mucho tiempo dejó el obispado por la falta de medios y se retiró a otro lugar, Teodoro puso a Gefmundo como obispo en su lugar.

3. El año 678 de la Encarnación del Señor, que es el octavo del reinado del rey Egfrido, apareció en el mes de agosto una estrella de las que se llaman cometas[94] y, permaneciendo por tres meses, salía por la mañana, emitiendo una especie de columna de brillantes llamas. Ese mismo año, surgida una disensión entre el mismo rey Egfrido y el reverendísimo obispo Wilfrido, el prelado se vio arrojado de la sede de su obispado y en su lugar fueron puestos dos obispos para regir al pueblo de Northumbria[95], a saber, Bosa, para gobernar la provincia de Deira, y Eata, para la de Bernicia. El primero tenía su cátedra episcopal en la ciudad de York y el segundo en la iglesia de Hexham o en la de Lindisfarne, y ambos fueron promovidos al orden episcopal desde una comunidad monástica. Junto con ellos también es ordenado obispo Eadhed, en la provincia de Lindsey, que el rey Egfrido había conquistado recientemente, tras vencer en combate y poner en fuga al rey Wulfhere[96]. Éste fue el primer prelado propio que recibió aquella provincia, el segundo Etelwine, el tercero Edgar, el cuarto Cineberto, que lo es en la actualidad. Pues antes del obispo Eadhed estuvo el obispo Seaxwulfo, quien también

lo fue de Mercia y de los anglos medios y, cuando fue expulsado de Lindsey, se mantuvo en el gobierno de aquellas provincias. Eadhed, Bosa y Eata fueron ordenados en York por el arzobispo Teodoro, el cual, tres años después de la marcha de Wilfrido, añadió a ellos a otros dos obispos: a Tumberto para la iglesia de Hexham, mientras Eata se quedaba en la de Lindisfarne, y Trumwine para la provincia de los pictos, que por entonces estaba sometida al imperio de los anglos. A Eadhed, cuando volvió de Lindsey, porque Etelredo había recuperado la provincia, lo puso al frente de la iglesia de Ripon.

13

Cómo el obispo Wilfrido convirtió a Cristo el reino de Sussex.

1. Wilfrido, expulsado de su obispado y tras vagar por muchos lugares, marchó a Roma y volvió a Britania. Y, si a causa de las enemistades del rey ya citado no logró ser recibido en su tierra y en su diócesis, no se pudo apartarlo de la tarea de evangelizar. Así, volviéndose a la provincia de Sussex[97], que a partir de Kent se extiende hacia el sur y el oeste hasta el Wessex[98], con un territorio de 7.000 familias[99], y que hasta entonces aún estaba sometida a los cultos paganos, le administraba la palabra de la fe y el bautismo de la salvación. Era rey de aquel pueblo Etelwealh[100], quien no mucho antes había sido bautizado en la provincia de Mercia, en presencia y por sugerencia del rey Wulfhere, por el cual también fue sacado de la pila[101] y acogido como un hijo. En señal de adopción le donó dos provincias, la isla de Wight y la provincia de los *meonwaros[102]*, en el territorio de Wessex. Y así el obispo, con la aprobación, más aún, con gran alegría suya, bautizaba en la fuente sacrosanta a los primeros notables y caballeros[103] de la provincia; además, los presbíteros Eappa, Padda, Burghelmo y Eddi bautizaron al resto del pueblo o entonces o en el tiempo siguiente. La reina, llamada Eafe, había sido bautizada en su propia tierra, es decir, la de los huicios[104]. Era hija de Eanfrido, hermano de Eanhere[105], que fueron ambos cristianos junto con su pueblo. Todo el resto de la provincia de Sussex era ignorante del nombre de Dios y de la fe.

2. Sin embargo, había allí un monje del pueblo de los escotos[106] llamado Dícuill, que tenía un monasterio muy pequeño en un lugar que se llama Bosham[107], rodeado por los bosques y por el mar, y en él cinco o seis monjes sirviendo al Señor en una vida de humildad y pobreza. Pero de los de la provincia ninguno se cuidaba de imitar su vida ni de oír su predicación.

3. Al evangelizar a aquella gente, el obispo Wilfrido no sólo la libró de la pena de la condenación eterna, sino también del desastre abominable de la muerte temporal. En efecto, desde tres años antes de su llegada a la provincia, no había caído lluvia alguna en aquellos lugares, por lo cual una durísima hambruna vino sobre el pueblo y lo puso al borde del exterminio. Así, cuentan que a menudo 40 o 50 hombres de una vez, demacrados por el hambre, se acercaban a algún precipicio o a la orilla del mar y, agarrándose de las manos en su desesperación, todos a una se lanzaban, ya para morir despeñados, ya para que se los tragaran las olas. Ahora bien, el mismo día en que aquella gente recibió el bautismo de la fe, cayó una lluvia serena pero copiosa, la tierra floreció de nuevo, volvió a los sembrados reverdecidos un año de fertilidad y abundancia. Y así, rechazada la vieja superstición y expulsada la idolatría, el corazón y la carne de todos exultaron en Dios vivo[108], entendiendo que el que es el verdadero Dios los había enriquecido con bienes tanto interiores como exteriores con su gracia celestial. Además el obispo, cuando llegó a la provincia y vio allí tantas penalidades debidas al hambre, los enseñó a procurarse el sustento con la pesca. En efecto, su mar y sus ríos abundaban en pescado, pero aquel pueblo carecía de toda habilidad para pescar, a no ser anguilas. El caso es que, tras acopiar por todas partes redes para anguilas, los hombres del obispo las echaron al mar y con la ayuda de la gracia divina enseguida capturaron 300 peces de diversas especies. Dividiéndolos en tres partes, dieron 100

a los pobres, 100 a aquellos de los que habían recibido las redes y 100 se los quedaron ellos para su propio consumo. Con esta buena obra el obispo se ganó un gran afecto de todos y empezaron a esperar de mejor gana en las cosas del Cielo cuando les predicaba el mismo por cuyos favores recibieron los bienes temporales.

4. En este tiempo el rey Etelwealh donó al reverendísimo obispo una tierra de 87 familias[109], donde pudiera acoger a sus hombres que vagaban desterrados[110]. El lugar se llamaba Selsey, que en latín se dice Isla del Becerro Marino[111], y está rodeado de mar por todas partes salvo por el poniente, desde el que tiene un acceso del ancho de un tiro de honda. Un lugar semejante suele llamarse en latín *paeninsula* y en griego *quersoneso*[112]. Pues bien, una vez que el obispo Wilfrido recibió este lugar, fundó allí un monasterio y organizó en él la vida monástica, sobre todo con los hermanos que había llevado consigo, y consta que ese monasterio lo mantienen sus sucesores hasta el día de hoy. En aquellas tierras él ejerció el ministerio episcopal de palabra y de obra durante cinco años, es decir, hasta la muerte del rey Egfrido, ganándose la estima de todos. Y, dado que el rey, junto con la posesión del lugar citado, les había donado todos los recursos que en él había, junto con los campos y los hombres, lavó con las aguas del bautismo a todos tras instruirlos en la fe de Cristo, entre ellos a 200 esclavos y esclavas, y a todos ellos, al igual que bautizándolos los salvó de la esclavitud diabólica, también los libró del yugo de la esclavitud humana[113] dándoles la libertad.

14[114]

Cómo la isla de Wight recibió colonos católicos y cómo dos muchachos de su familia real fueron asesinados justo después de recibir el bautismo.

1. Se cuenta que por entonces se manifestaron en aquel monasterio ciertos dones especiales de la gracia celestial, como era de esperar donde, recién expulsada la tiranía del Diablo, ya había empezado a reinar Cristo. De entre ellos hemos estimado conveniente conservar la memoria de uno solo, que el reverendísimo obispo Acca solía referirme a menudo, asegurando que se lo habían contado los hermanos del propio monasterio.

2. Más o menos por el mismo tiempo en que aquella provincia recibió el nombre de Cristo, una cruel mortandad se ensañaba con muchas provincias de Britania. Cuando la misma alcanzó también, por disposición de la Providencia divina, a este monasterio, a cuyo frente estaba por entonces un devotísimo sacerdote de Cristo llamado Eappa, y muchos, tanto de los que habían llegado allí con el obispo como de los que de la propia provincia de Sussex habían sido llamados recientemente a la fe, se veían arrebatados por doquier a la vida, les pareció conveniente a los hermanos hacer un ayuno de tres días y suplicar humildemente la clemencia divina, a fin de que se dignara concederles su misericordia, y de que a los que estaban en peligro por aquella enfermedad los librara de la muerte inminente y a los ya arrebatados del mundo los guardara de la eterna condenación de su alma.

3. Había por entonces en el monasterio un niño de estirpe sajona recientemente llamado a la fe que, afectado por la enfermedad dicha, yacía acostado en su lecho desde no poco tiempo atrás. El caso es que, cuando se estaba haciendo el segundo día del ayuno y de las rogativas que hemos dicho, ocurrió que, en torno a la segunda hora del día, se encontraba solo en el lugar en que yacía enfermo, y por divina disposición, de repente se dignaron aparecérsele los Príncipes de los Apóstoles[115]. Era un niño de carácter muy sencillo y dulce, y que observaba con sincera devoción los sacramentos de la fe que había recibido. Pues bien los apóstoles, tras saludarlo con piadosas palabras, le dijeron: «No temas, hijo, a la muerte, por la que estás inquieto; pues nosotros te vamos a llevar hoy a los reinos celestiales. Pero primero has de esperar a que se celebren las misas, y a que, recibido el viático del cuerpo y la sangre del Señor y liberado así a un tiempo de la enfermedad y de la muerte, seas elevado a los eternos goces del Cielo. Llama, pues, a tu lado al presbítero Eappa y dile: “El Señor ha escuchado vuestras preces y ha mirado propicio vuestra devoción y vuestros ayunos, y ni de este monasterio ni de las posesiones adyacentes a él va a morir nadie más por esta calamidad,

sino que todos los que en cualquier lugar de vuestras tierras sufren de esta enfermedad, recuperándose de su mal, han de volver a su salud anterior (salvo tú solo, que en el día de hoy serás liberado de la muerte y llevado al Cielo, a la contemplación de Cristo Nuestro Señor, al que fielmente has servido). Esto se ha dignado concedéroslo la divina <misericordia>[116] por intercesión del devoto rey Oswaldo, amado de Dios, que antaño gobernó excelentemente al pueblo de los nortumbros con la autoridad del reino temporal y la devoción de la piedad cristiana, que lleva al reino eterno.

4. »En efecto, justo en este día aquel rey encontró la muerte corporal a manos de los infieles y de inmediato fue llevado al Cielo, a los eternos goces de las almas, y fue asociado a la multitud de los elegidos. Que busquen en sus libros, en los que está anotado el sepelio de los difuntos[117], y hallarán que en este día, como hemos dicho, fue él arrebatado de este mundo. Que celebren, pues, misas por todos los oratorios de este monasterio, tanto en acción de gracias porque sus súplicas han sido escuchadas, como en memoria del dicho rey Oswaldo, que en un tiempo reinó sobre su pueblo[118], y por ello rogó suplicante a Dios por ellos, aunque extranjeros, como si fueran su pueblo. Y que, acudiendo a la iglesia todos los hermanos, participen todos de los sacrificios celestiales y, concluido así su ayuno, recuperen también su cuerpo con el alimento"».

5. Cuando el niño, tras llamar a su lado al presbítero, le refirió estas palabras, éste le preguntó solícito cómo eran por su atuendo y apariencia los varones que se le habían aparecido. Él le respondió: «Su atuendo era espléndido y sus rostros eran de lo más alegre y hermoso, como nunca los había visto antes, y no creía que pudiera haber hombres de tal belleza y encanto. Uno estaba tonsurado como un clérigo, el otro tenía una barba abundante[119], y decían que uno se llamaba Pedro y el otro Pablo, y que eran siervos de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, enviados por él de los cielos para proteger a nuestro monasterio». El presbítero creyó en las palabras del niño y, saliendo al momento, buscó en su calendario[120] y encontró que en aquel mismo día[121] había sido asesinado el rey Oswaldo, y, llamando a los hermanos, mandó que se preparara de comer, que se hicieran misas y que todos comulgaran según la costumbre habitual, y además encargó que al niño enfermo se le llevara una partícula del mismo sacrificio de la oblación del Señor.

6. Ocurrido todo esto, no mucho después, en ese mismo día, murió el niño y con su muerte probó que eran verdaderas las palabras que había oído a los apóstoles de Cristo. Pero también les dio testimonio de ello el hecho de que, salvo él, nadie del mismo monasterio fue arrebatado en aquel tiempo de este mundo. A causa de esta visión, como es natural, muchos que pudieron oír de ella se vieron admirablemente animados no sólo a pedir la divina clemencia en las adversidades, sino también a afrontar el saludable remedio de los ayunos, y desde entonces, no sólo en aquel monasterio, sino también en muchos otros lugares, empezó a observarse anualmente con la celebración de misas el natalicio[122] de aquel rey y soldado de Cristo.

7. Entre tanto[123] Cedwalla, un joven muy belicoso del linaje real de los gevisos[124] que estaba desterrado de su patria, llegando con un ejército, mató al rey Etelwealh[125] y asoló la provincia con una cruel matanza y devastación; pero pronto fue expulsado por los generales[126] del rey Berhthun y Andhun, que luego se quedaron con el reino de la provincia. El primero de ellos fue muerto más tarde por el propio Cedwalla cuando era rey de los gevisos, y la provincia fue reducida a una servidumbre más dura. Pero también Ine, quien reinó después de Cedwalla, sometió a aquella provincia a agravios semejantes durante un trecho de muchos años. Por ello ocurrió que durante todo aquel tiempo no pudo tener un obispo propio; pero, cuando fue llamado de nuevo a su casa Wilfrido, su primer prelado, ellos quedaron sometidos al obispo de los gevisos, es decir, de Wessex, que estaba en la ciudad de Winchester[127].

8. Cedwalla[128], una vez que se hizo con el reino de los gevisos, también conquistó la isla de Wight[129], que hasta entonces estaba por entero dada a la idolatría, y en una guerra

sin cuartel procuró exterminar a todos los indígenas y poner en su lugar a hombres de su reino, obligándose con voto –aunque, según cuentan, aún no se había regenerado por el bautismo– a que, si conquistaba la isla, daría al Señor una cuarta parte de ella y del botín. Y lo cumplió, de manera que esa cuarta parte se la ofreció para que la usara en el servicio del Señor al obispo Wilfrido, que casualmente había venido allí desde su pueblo. La medida de la isla es, según la estimación de los anglos, de 1.200 familias[130], por lo que al obispo se le dio la posesión de 300. La parte que él recibió se la encomendó a uno de sus clérigos que se llamaba Beornwine y era hijo de su hermana, asignándole a un presbítero llamado Hiddila para que administrara a todos los que quisieran salvarse la predicación y el bautismo.

9. Aquí no creo que deba dejarse en silencio que, entre las primicias de los de aquella isla que se salvaron creyendo, dos muchachos de sangre real, hermanos de Arwaldo, rey de la misma[131], fueron coronados por una especial gracia de Dios. El caso fue que, cuando los enemigos venían contra la isla, éstos escaparon de ella y se fueron a la cercana tierra de los jutos, donde, tras ser llevados a un lugar llamado *A la piedra*[132] en la creencia de que era para ocultarlos de la vista del rey vencedor, fueron traicionados y se ordenó darles muerte. Cuando lo oyó un abad y presbítero llamado Cineberto, que tenía su monasterio no lejos de allí en el lugar que se llama *Hreutford*[133], es decir, Vado de las Cañas, se presentó ante el rey, que por entonces, oculto en aquellas partes, se curaba de las heridas que le habían infligido luchando en la isla de Wight, y le pidió que, si era necesario matar a los chicos, antes se le permitiera administrarle los sacramentos de la fe cristiana. El rey se lo concedió e, instruyéndolos él personalmente en la palabra de la verdad y lavarlos en la fuente del Salvador, les dio la seguridad de que entrarían en el reino eterno. Ellos, cuando se presentó el verdugo, afrontaron de inmediato la muerte carnal, por la que no dudaban que iban a pasar a la vida eterna de sus almas. De esta manera, una vez que todas las provincias de Britania habían recibido la fe de Cristo, la recibió también la isla de Wight[134], en la cual, sin embargo, a causa de las calamidades de la dominación extranjera, nadie recibió el orden ministerial ni la sede episcopal antes de Daniel, quien ahora es obispo de Wessex[135].

10. Esta isla está situada frente al confín de Sussex y de los gevisos[136], separada por un brazo de mar de unas tres millas que se llama el Solent. En ese brazo de mar las dos mareas del Océano que irrumpen alrededor de Britania desde el infinito Océano septentrional, luchando cada día entre sí, se encuentran más allá del estuario del río Hamble[137], que por tierras de los jutos que lindan[138] con la región de los gevisos, desemboca en el mar y, acabado el choque, las mareas, rechazadas hacia el Océano, se van hacia el lugar de donde han venido.

15[139]

Del sínodo que se hizo en el llano de Hatfield bajo la presidencia del arzobispo Teodoro.

1. Por estos tiempos, al oír Teodoro que en Constantinopla se había perturbado gravemente la fe de la Iglesia por la herejía de Éutiques[140] y, deseando que las Iglesias de los anglos que él presidía permanecieran inmunes a semejante mancha, tras reunir una asamblea de venerables sacerdotes y de muchos doctores, inquiría con gran cuidado cuál era la fe de cada uno, y halló un unánime consenso de todos en la fe católica, y procuró que éste constara por escrito en las actas sinodales para instrucción y memoria de la posteridad.

2. Éste es el comienzo de dichas actas:

> En nombre de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Reinando nuestros piadosos señores Egfrido, rey de Northumbria, en el año décimo de su reinado[141] (el 17 de septiembre, en la octava indicción), y Etelredo, rey de Mercia, en el año sexto de su reinado, y Ealdwulfo, rey de East Anglia, en el año decimoséptimo de su reinado, y Lotario, rey de Kent, en el año séptimo de su reinado; bajo la presidencia de Teodoro, por la gracia de Dios arzobispo de la isla de Britania y de la Ciudad Doruvernense[142]; estando sentados a su lado los demás venerables varones obispos de la isla de Britania; tras ponerse delante los sacrosantos Evangelios, en el lugar que en sajón se llama *Haethfelth*[143]; tras deliberar conjuntamente, hemos expuesto la fe recta y ortodoxa, según Nuestro Señor

> Jesucristo, hecho hombre, la transmitió a sus discípulos, que personalmente Lo vieron y oyeron Sus palabras, y según ha transmitido el símbolo de los santos padres y en general todos los santos y ecuménicos concilios y todo el coro de los doctores dignos de crédito de la Iglesia Católica. Siguiendo, pues, a éstos piadosa y ortodoxamente, creemos y confesamos de manera acorde según su doctrina inspirada por Dios, y confesamos, de acuerdo con los santos padres, propia y verazmente, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Trinidad consustancial en su Unidad y Unidad en la Trinidad; es decir, un solo Dios en tres sustancias o personas consustanciales de igual gloria y honor.

3. Y tras muchas otras consideraciones por el estilo, que atañían a la confesión de la recta fe, el santo sínodo también añade esto a sus actas:

> Reconocemos los cinco santos y ecuménicos concilios de los padres bienaventurados y aceptos a Dios, es decir, aquel en el que en Nicea se reunieron 318, contra el impío Arrio y sus doctrinas, y aquel en que se reunieron en Constantinopla 150, contra la locura de Macedonio, Eudoxio y sus enseñanzas, y el primero de Éfeso, de 250 padres, contra el infame Nestorio y sus doctrinas, y el de Calcedonia, con 630, contra Éutiques y Nestorio y sus doctrinas, y también el quinto concilio, en que se reunieron de nuevo en Constantinopla, en tiempo de Justiniano el Menor, contra Teodoro y las cartas de Teodoreto e Ibas y sus doctrinas contra Cirilo[144].

4. Y poco después:

> También aceptamos el sínodo[145] que se hizo en la ciudad de Roma en tiempo del bienaventurado papa Martín, en la indicción octava, siendo emperador el piadosísimo Constantino, en su año noveno. Y glorificamos a Nuestro Señor Jesucristo como ellos lo glorificaron, sin añadir nada o quitar nada, y anatematizamos de corazón y de boca a los que ellos anatematizaron y a los que aceptaron los aceptamos, glorificando a Dios Padre sin principio, y a su Hijo Unigénito engendrado del Padre antes de los siglos, y al espíritu Santo que procede de manera inefable[146] del Padre y del Hijo, según predicaron los que más arriba hemos mencionado, santos apóstoles, profetas y doctores. Y suscribimos este documento todos los que junto con el arzobispo Teodoro hemos expuesto la fe católica.

16

De Juan, cantor de la Sede Apostólica, que vino a Britania a enseñar.

1. Participaba en este sínodo, y junto con todos confirmaba los decretos de la fe católica, un varón venerable llamado Juan[147], chantre de la iglesia de San Pedro apóstol y abad del monasterio de San Martín, que recientemente había venido de Roma por mandato del papa Agatón[148], bajo la guía del reverendísimo abad Biscop, también llamado Benedicto, al que ya hemos mencionado más arriba[149]. Una vez que Benedicto construyó un monasterio en Britania en honor del bienaventurado Príncipe de los Apóstoles junto a la desembocadura del río Wear[150], fue a Roma, según acostumbraba a hacer antes con frecuencia, junto con su colaborador y compañero en aquella obra Ceolfrido[151], que después de él fue abad del mismo monasterio, y fue recibido con todos los honores por el papa Agatón, de grata memoria,y le pidió y obtuvo de él, para proteger la libertad del monasterio que había hecho, una carta de privilegio confirmada por la autoridad apostólica, según lo que sabía que el rey Egfrido quería y había autorizado, pues, por su concesión y en la tierra que él le había donado, había construido el monasterio.

2. Benedicto recibió también al dicho abad Juan para llevarlo a Britania, a fin de que en su monasterio enseñara el ciclo anual del canto litúrgico tal como se hacía en San Pedro de Roma. El abad Juan hizo como le había ordenado el pontífice, instruyendo a los cantores de dicho monasterio en el orden y manera de cantar y de leer en voz alta, y además poniendo por escrito lo que el ciclo completo del año exigía en la celebración de los días de fiesta, escritos que hasta la fecha se han conservado en el monasterio y que ya han sido copiados por muchos de otros lugares. Pero Juan no sólo enseñaba a los hermanos de ese monasterio, sino que desde casi todos los monasterios de la provincia confluían para oírlo los que eran expertos en el canto. Además, muchos procuraban invitarlo para que enseñara en otros lugares.

3. Aparte del encargo del canto y la lectura, Juan había recibido otro en las instrucciones que le había dado el papa apostólico: que se informara cuidadosamente de cómo era la fe de la Iglesia de los anglos y, al volver a Roma, le diera cuenta al respecto. Y así, al llegar, trajo

consigo las actas del sínodo del papa Martín que se había celebrado no mucho antes con la asistencia de 105 obispos, especialmente contra los que predicaban que en Cristo sólo había una manera de obrar y una voluntad[152], y esas actas dejó que las transcribieran en el monasterio dicho del devoto abad Benedicto. Y es que los predicadores mencionados habían producido por entonces gran perturbación en la Iglesia de Constantinopla; pero por gracia de Dios ya entonces fueron denunciados y vencidos. Por ello, queriendo saber el papa Agatón, al igual que en las demás Iglesias, cuál era el estado de la Iglesia en Britania y hasta qué punto se había mantenido libre del contagio de los herejes, encargó este negocio al abad Juan cuando lo destinó a Britania. Por esto, reunido en Britania el sínodo que hemos dicho, se halló que en todos los puntos la fe católica permanecía inalterada y a él se le dio una copia de sus actas para que la llevara a Roma.

4. Sin embargo, cuando Juan volvía a su patria, no mucho después de cruzar el Océano, fue presa de una enfermedad y murió, y su cuerpo, por amor a san Martín, al frente de cuyo monasterio estaba, fue llevado por sus amigos a Tours[153] y sepultado con todos los honores. Cuando se iba a Britania, había disfrutado de la benévola hospitalidad de aquella iglesia, y los hermanos le rogaron con insistencia en que, cuando volviera a Roma, lo hiciera por aquel camino y se hospedara en aquella iglesia, y así allí encontró compañeros para el viaje y para la tarea que le había sido encomendada. Aunque él murió en el viaje, el testimonio de la fe católica de los anglos llegó a Roma y fue acogido con la mayor satisfacción por el papa apostólico y por cuantos lo oyeron o lo leyeron.

17

Cómo la reina Eteldreda permaneció en perpetua virginidad y su cuerpo no llegó a corromperse en el sepulcro.

1. El rey Egfrido tomó por esposa a la llamada Eteldreda[154], hija de Anna, el rey de East Anglia, del que hemos hecho repetida mención, un hombre bien devoto y egregio en todos sus pensamientos y sus obras. Ella había estado casada antes con otro hombre, un príncipe de los girvios[155] meridionales llamado Tondhberto; pero, muerto él al poco tiempo de casarse, fue dada al citado rey. Aunque vivió con él doce años, conservó siempre intacta la gloria de la virginidad, según me refería contestando a mis preguntas, cuando algunos dudaban de si esto había sido así, el obispo Wilfrido, de feliz memoria, diciendo que era testigo seguro de su virginidad, hasta el punto de que Egfrido le prometió que le daría muchas tierras y dineros si lograba persuadir a la reina a que usara del matrimonio, porque sabía que ella no amaba a ningún hombre más que a él. Y no debe desconfiarse de que también en nuestra época haya podido ocurrir lo que las historias fieles cuentan que ocurrió algunas veces en las anteriores, por gracia del mismo y único Señor que promete estar con nosotros hasta el fin de los tiempos[156]. Y, en efecto, el milagro divino por el que la carne sepultada de aquella mujer no llegó a corromperse en el sepulcro da a entender que se mantuvo incontaminada por cualquier contacto con un varón.

2. Ella, tras rogar por mucho tiempo al rey que le permitiera dejar los asuntos del mundo y servir sólo al rey verdadero, Cristo, en un monasterio, cuando al fin lo consiguió a duras penas, entró en el monasterio de la abadesa Ebbe[157], quien era tía paterna del rey Egfrido, situado en la ciudad que llaman Coldingham[158], en el que tomó el velo del hábito monástico de manos del ya citado obispo Wilfrido. Mas al cabo de un año ella misma fue hecha abadesa en la región que se llama Ely[159], donde construyó un monasterio y empezó a ser la madre virgen de muchas vírgenes consagradas a Dios con sus ejemplos de vida devota y sus consejos. Cuentan de ella que, desde que se fue al monasterio, nunca quiso usar vestidos de lino, sino tan sólo de lana, y que raramente, salvo ante la proximidad de fiestas mayores, como las de Pascua, Pentecostés y Epifanía, se avino a bañarse en agua caliente, y aún eso la última de todas, tras bañarse antes, con su ayuda y las de sus sirvientas, las demás siervas de Cristo que allí estaban; que raramente, salvo en las fiestas mayores o en caso de

necesidad mayor, comía más de una vez al día; que siempre, si no se lo impedía una enfermedad grave, desde el momento de los oficios de maitines[160] hasta el amanecer permanecía en la iglesia dedicada a la oración. Incluso hay quienes dicen que por su espíritu de profecía no sólo predijo, de manera clara y en presencia de todos, la peste de la que ella misma iba a morir, sino también el número de los que de su monasterio iban a ser arrebatados de este mundo. Fue arrebatada al Señor siete años[161] después de recibir la dignidad de abadesa y, tal como ella había ordenado, fue sepultada en medio de los demás, según el orden que correspondía, en un sarcófago de madera[162].

3. En el cargo de abadesa la sucedió su hermana Seaxburga[163], quien había tenido como esposo a Eorcemberto, rey de Kent y, cuando Eteldreda ya llevaba enterrada dieciséis años, le pareció oportuno a esa abadesa exhumar sus huesos y trasladarlos a la iglesia tras colocarlos en un nuevo sarcófago, y ordenó a los hermanos que buscaran una piedra de la que se pudiera hacer el mismo. Éstos se embarcaron (pues la región de Ely está rodeada por todas partes de aguas y pantanos y no tiene piedras grandes) y llegaron a una ciudad abandonada situada no lejos de allí que en la lengua de los anglos se llama *Grantacaestir*[164], y al momento encontraron junto a los muros un sarcófago de mármol blanco bellamente labrado[165] y perfectamente cubierto con una tapa de la misma piedra. Y, entendiendo que el Señor había coronado con el éxito su viaje, se lo llevaron al monasterio dando gracias.

4. Cuando, abierto el sepulcro, el cuerpo de aquella virgen santa y esposa de Cristo fue sacado a la luz, lo encontraron tan incorrupto como si hubiera muerto y hubiera sido enterrada aquel mismo día, según atestiguan tanto el ya citado obispo Wilfrido como otros que conocieron el suceso; pero más seguro testimonio dio el médico Cinefrido, quien asistió a su muerte y a su exhumación y que solía referir que ella, cuando estaba enferma, tenía un gran tumor bajo la mandíbula. «Me ordenaron –dijo– sajar aquel tumor para que saliera el humor dañino que tenía dentro. Cuando lo hube hecho, durante dos días parecía que ella se encontraba un poco mejor, de manera que muchos creían que podría curarse de su enfermedad. Sin embargo, al tercer día, agravados sus dolores iniciales y arrebatada súbitamente de este mundo, cambió todo el dolor y la muerte por la salud y la vida eternas. Cuando tras tantos años se iban a sacar sus huesos del sepulcro y, levantada una tienda sobre él, toda la congregación, de una parte la de los hermanos, de otra la de las hermanas, lo rodeaba entonando Salmos, y la abadesa, acompañada por unos pocos para levantar y lavar los huesos, de repente oímos a la abadesa gritar en alta voz: "Gloria sea dada al nombre del Señor". Y no mucho después me llamaron adentro abriendo la puerta de la tienda, y vi el cuerpo de aquella virgen consagrada a Dios, sacado del túmulo y colocado en un lecho, igual que el de una persona dormida. Pero además, descubriendo el velo que le ocultaba el rostro, también me mostraron la herida de la incisión que yo le había hecho, que estaba curada, de manera que, de manera admirable, en el lugar de la herida enteramente abierta con el que había sido sepultada, aparecían entonces restos muy leves de una cicatriz. Además, todos los lienzos en que se envolvió el cuerpo aparecieron enteros y tan nuevos que daban la impresión de que se les hubieran puesto aquel mismo a sus castos miembros».

5. Cuentan que, cuando estaba afligida por el dicho tumor y dolor de la mandíbula y del cuello, se deleitó mucho con esta suerte de enfermedad y solía decir: «Sé con toda certeza que el peso de mi enfermedad lo llevo merecidamente en el cuello, en el que recuerdo que de joven llevaba los pesos superfluos de los collares, y creo que por eso la piedad celestial ha querido cargarme con el dolor de cuello, para que así quede absuelta del delito de superflua frivolidad, mientras ahora, en lugar del oro y las perlas, me salen en el cuello el enrojecimiento y el ardor del tumor». Y ocurrió que, en contacto con aquellas envolturas, los demonios fueron expulsados de cuerpos que tenían poseídos y varias veces se curaron algunas enfermedades. Pero también cuentan que el primer sarcófago en que estuvo sepultada les dio la salud a algunos que estaban mal de los ojos, los cuales, cuando oraban arrimando su cabeza al mismo, al punto alejaban de sus ojos los dolores o la falta de visión. Así, pues, entre

las vírgenes lavaron el cuerpo y, cubierto con nuevos vestidos, lo llevaron a la iglesia y lo pusieron en el sarcófago que habían traído, donde hasta hoy se conserva con gran veneración. Y de manera admirable se halló que el sarcófago era tan a medida del cuerpo de la virgen como si hubiera sido preparado especialmente para ella, y también el lugar de la cabeza, que estaba tallado hacia fuera[166], parecía hecho exactamente a la medida de su cabeza.

6. Ely[167] es una región en la provincia de East Anglia, de unas 600 familias[168], a semejanza de una isla, según dijimos, rodeada ya por pantanos ya por aguas, por lo que tomó nombre de la gran cantidad de anguilas[169] que en dichos pantanos se cogen, y allí fue donde deseó tener su monasterio la sierva de Cristo de la que hemos hablado, porque el origen de su familia estaba en la dicha provincia de East Anglia, según ya dijimos.

18

Himno sobre la misma.

1. Parece oportuno incluir también en esta *Historia* un himno sobre la virginidad que hace muchos años compusimos en metro elegíaco[170] en alabanza y elogio de aquella reina y esposa de Cristo, y verdadera reina por esposa de Cristo, e imitar así la costumbre de la Sagrada Escritura, en cuyas historias se incluyen muchos poemas que consta que están escritos en metro y en versos[171].

2. Dios, Trinidad nutricia, que todos los siglos gobiernas,
asiste ya a nuestros intentos, Dios, Trinidad nutricia.
Cante las guerras Marón[172]; nosotros cantemos el bien de la paz,
nosotros los dones de Cristo; cante las guerras Marón.
Castos son mis cantos, no el rapto de Helena[173] la infame;
las ligerezas, para los frívolos; castos son mis cantos.
Hablaré de los dones del Cielo, no de la mísera guerra de Troya;
de lo que la tierra se goza: hablaré de los dones del Cielo.
Mirad que Dios excelso viene al vientre de una Virgen venerable;
para liberar a los hombres, mirad que Dios excelso viene.
La mujer virgen pare, devota, a quien parió al mundo,
María, puerta de Dios, la mujer virgen pare.
La cohorte amiga se alegra por la Virgen madre del Tonante[174];
brillando con su virginidad la cohorte amiga se alegra.
La hermosura de ésta ha engendrado a muchas de su casta semilla,
virginales flores la hermosura de ésta ha engendrado:
por fieras llamas quemada no cedió la virgen Águeda[175],
y también Eulalia[176] resiste, por fieras llamas quemada;
casta supera a las fieras por su alto espíritu Tecla[177],
Eufemia[178] a las fieras malditas casta supera;
de las espadas alegre se ríe Inés[179], más dura que el hierro,
Cecilia[180] de las enemigas espadas alegre se ríe.
Amplio impera en el orbe el triunfo de las almas austeras,
el amor de la austeridad amplio impera en el orbe.
También nuestra época una egregia virgen ha hecho feliz;
Eteldreda resplandece también, nuestra y egregia.
Nacida de padre eximio e ilustre por su regio linaje,
más noble es para el Señor, aunque nacida padre eximio.
Honor recibe de ahí, de reina y el cetro bajo los astros;
asentada sobre los astros, más honor recibe de ahí.
¿Para qué buscar, señora, un marido, ya entregada al esposo supremo?
Cristo viene como esposo. ¿Por qué buscar, señora, un marido?
Del Rey celestial por seguir a la Madre, creo que tú puedes ser
también del Rey celestial una madre.
Consagrada a Dios como esposa, doce años había reinado,
y en el monasterio fue consagrada a Dios como esposa.
Consagrada por entero a los cielos, tras florecer con obras excelsas,
entregó su alma, consagrada por entero a los cielos.
La carne venerable de la virgen fue enterrada el 16 de noviembre,

y no hiede en su túmulo la carne venerable de la virgen.
Cristo, esto es obra tuya, porque en el sepulcro el propio vestido
intacto brilla; Cristo, esto es obra tuya.
Incluso la negra serpiente escapa por respeto al sacro vestido;
huyen las enfermedades, y escapa la negra serpiente.
Se enfurece la envidia del enemigo que antaño a Eva venciera;
triunfa dichosa la virgen, se enfurece la envidia del enemigo.
3. Mira, esposa de Dios, qué gloria tienes en la tierra,
y cuál te aguarda en el Cielo mira, esposa de Dios.
Recibes gozosa regalos, brillando entre antorchas festivas;
he aquí que llega el esposo, recibes gozosa regalos.
Y con melodioso plectro nuevos cantos modulas;
Exultas, recién desposada, y con melodioso himno,
Nadie aparta de la compañía del Cordero que en el trono se sienta
a la que del afecto del que en el trono se sienta nadie apartó.

19

Cómo el obispo Teodoro hizo la paz entre los reyes Egfrido y Etelredo.

1. El año noveno del reinado del rey Egfrido, en una dura batalla entre él y Etel-redo, el rey de Mercia, que se entabló junto al río Trent, resultó muerto Elfwine, hermano del rey Egfrido, un joven de unos dieciocho años, muy querido en una y otra provincia. Y es que, además, el rey Etelredo tenía como esposa a su hermana, que se llamaba Ostrid.

2. Y, aunque parecía que habían surgido motivos para una guerra más encarnizada y una enemistad más duradera entre los dos reyes y sus belicosos pueblos, Teodoro, obispo dilecto de Dios, valiéndose de la ayuda divina, extinguió de raíz en sus inicios, por medio de una saludable exhortación, el fuego de tan gran peligro; hasta el punto de que, hecha la paz entre los reyes y los pueblos, no se entregó la vida de hombre alguno a cambio de la del hermano muerto del rey, sino que sólo se pagó al rey que reclamaba venganza una indemnización en dinero[181]. Estos tratados de paz se mantuvieron luego por mucho tiempo entre los dichos reyes y sus reinos.

20

Cómo las cadenas de un cautivo se soltaron cuando se cantaban misas por él.

1. En la batalla dicha, en la que resultó muerto el rey Elfwine[182], consta que se produjo un hecho memorable, que no creo en modo alguno que deba pasarse en silencio, sino que será muy provechoso para la salvación de muchos el que se narre. Allí cayó, entre otros de su ejército, un joven llamado Imma. Y, después de yacer todo aquel día con su noche entre los cadáveres de los que habían caído con toda la apariencia de un muerto, al fin, recuperando el aliento y sentándose, se vendó él mismo sus heridas como pudo. Luego, tras reposar un poco, se levantó y se fue a ver si lograba encontrar amigos que lo curaran. Mientras lo hacía, fue hallado y apresado por unos hombres del ejército enemigo y llevado ante su jefe, que era un conde[183] del rey Etelredo. Cuando él le preguntó quién era, tuvo miedo de confesar que era soldado; más bien le respondió que era un campesino y pobre, y ligado por el vínculo del matrimonio, y le aseguró que había venido en la expedición con otros de su condición para traer víveres a los soldados. Él lo acogió y cuidó de sus heridas y, cuando empezó a sanar, ordenó que de noche le pusieran cadenas para que no escapara. Sin embargo, no se le pudo encadenar, pues, tan pronto como los que le habían puesto las cadenas se marcharon, las cadenas se soltaron.

2. Y es que tenía un hermano, que se llamaba Tunna, presbítero y abad de un monasterio en la ciudad que por él todavía hoy se llama *Tunnacaestir*[184]. Cuando éste oyó que había sucumbido en la lucha, fue a ver si podía encontrar su cuerpo y, tras encontrar el de otro que se le parecía mucho en todo, creyó que era él y, llevándolo a su monasterio, lo enterró con todos los honores y cuidó de decir repetidas misas por la salvación de su alma. Durante la

celebración de las mismas ocurrió lo que ya dije de que nadie pudo encadenarlo sin que al instante se viera libre. Entre tanto, el conde que lo tenía preso empezó a asombrarse y a preguntarle por qué no podían sujetarlo; si acaso tenía consigo ensalmos de liberación[185], como los que cuentan las leyendas, por los cuales no era posible sujetarlo. Mas él le respondió que nada sabía de tales artes; «sin embargo –dijo– tengo un hermano presbítero en mi tierra y sé que él, creyéndome muerto, dice por mí constantes misas y, si ahora estuviera en la otra vida, allí mi alma se libraría de castigos por su intercesión». Después de que estuvo prisionero del conde por cierto tiempo, los que se fijaban especialmente en él advirtieron, por su rostro, su porte y sus palabras, que no era un pobre hombre, como había dicho, sino un noble. Entonces el conde, llamándolo en secreto, le preguntó con más insistencia de dónde procedía, prometiéndole que no sufriría ningún mal con tal de que le confesara sinceramente quién era. Cuando lo hizo así, reconociendo que era servidor del rey[186], el conde le respondió: «También yo, por cada una de tus respuestas me había percatado de que no eras un campesino, y cierto que ahora mereces la muerte, porque todos mis hermanos y parientes fueron muertos en aquella lucha. Sin embargo, no te mataré, para no violar mi promesa».

3. Así, pues, cuando se recuperó, el conde lo vendió en Londres a un frisio[187]; pero tampoco pudo ser encadenado de ninguna manera ni por él ni cuando allí lo llevaban. Y así, después de que sus enemigos le pusieron una y otra clase de ataduras, cuando el que lo había comprado vio que no había manera de sujetarlo con ellas, le concedió la posibilidad de redimirse, si podía. A partir de la hora de tercia[188], cuando se celebraban las misas, era cuando más a menudo se le soltaban las cadenas. Él, tras jurarle de que volvería o le enviaría dinero por su libertad, llegó a Kent, junto al rey Lotario, que era hijo de una hermana de la reina Eteldreda, de la cual ya hemos hablado, porque él mismo había sido antaño servidor[189] de dicha reina, y le pidió y obtuvo de él el importe de su redención y se lo envió a su dueño según había prometido.

4. Tras esto, regresó a su patria y, al llegar junto a su hermano, le contó por su orden todas las desgracias y todos los consuelos de las desgracias que le habían ocurrido, y supo por su relato que sus cadenas se habían soltado sobre todo en los momentos en que se había celebrado por él la solemnidad de las misas. Pero además también comprendió que muchas otras cosas buenas y prosperidades que le habían acontecido cuando estaba en peligro le habían sido concedidas por el Cielo por la intercesión de su hermano y por el sacrificio de la Víctima de salvación. Muchos, al oír tales cosas al mencionado varón, se encendieron en la fe y en la piadosa devoción, para orar o para hacer limosnas o a ofrecer a Dios sagradas ofrendas por la salvación de los suyos que habían abandonado este mundo; en efecto, habían comprendido que el sacrificio de la salvación servía para la eterna redención del alma y del cuerpo.

5. Esta historia me la contaron también algunos de los que se la oyeron al propio hombre al que le ocurrió; por ello, y dado que tuve de ella noticia clara, he creído sin lugar a dudas que debía incluirla en nuestra *Historia eclesiástica*.

21

De la vida y muerte de la abadesa Hilda.

1. Al año siguiente, es decir, el 680 de la Encarnación del Señor, la devotísima sierva de Cristo Hilda, abadesa del monasterio llamado *Streanaeshalch*[190], según ya contamos más arriba, tras las muchas obras celestiales que hizo en la tierra, arrebatada de este mundo, pasó a recibir las recompensas de la vida celestial el día 17 de noviembre, cuando tenía sesenta y seis años[191]. Repartidos éstos por igual, pasó los primeros treinta y tres en la vida secular, en el más noble de los ambientes, y otros tantos los consagró al Señor, con nobleza aún más grande, en la vida monástica. Pues era de noble cuna, en cuanto que hija de un sobrino del rey Edwin llamado Hererico. Junto con dicho rey, por la predicación de Paulino, de feliz

memoria, primer obispo de Northumbria, recibió la fe y los sacramentos de Cristo y los conservó con toda pureza hasta que mereció acceder a su visión.

2. Una vez que, dejando la vida secular, determinó seguirlo sólo a Él, se retiró a la provincia de East Anglia (pues era pariente de su rey), deseando desde entonces, si le era posible, pasar a la Galia, abandonando su patria y todo cuanto había tenido, y llevar por el Señor una vida de extranjera[192] en el monasterio de Chelles[193], para poder merecer más fácilmente una patria perpetua en los cielos. Pues en el mismo monasterio su hermana Hereswid[194], madre de Ealdwulfo, rey de East Anglia, sometida por entonces a la disciplina regular, esperaba la corona eterna. Imitando su ejemplo, y también con el propósito de marchar al extranjero, permaneció un año entero en la provincia dicha; luego, llamada de nuevo a su patria por el obispo Aidán, recibió una extensión de una familia[195] en la ribera norte del río Wear[196], donde también por un año llevó vida monástica con muy pocos compañeros.

3. Después fue hecha abadesa en el monasterio que se llama *Heruteu[197]*. Este monasterio había sido fundado no mucho antes por la devota sierva de Cristo Heiu, de la que se dice que fue la primera mujer en la provincia de Northumbria que hizo los votos y tomó los hábitos propios de la vida monástica, siendo consagrada por el obispo Aidán. Pero ella, no mucho tiempo después de fundado el monasterio, se retiró a la ciudad de *Calcaria*, llamada *Kalcaestir[198]* por los anglos, y allí estableció su morada. Puesta al frente de aquel monasterio, la sierva de Cristo Hilda pronto cuidó de ordenarlo en todo según la vida regular, de acuerdo con lo que podía aprender de los varones doctos. En efecto, tanto el obispo Aidán como los religiosos que la conocían, en razón de su innata sabiduría y su amor al servicio divino, solían visitarla asiduamente, mostrarle gran afecto e instruirla cuidadosamente.

4. El caso es que, tras regir este monasterio por algunos años, muy dedicada al establecimiento de la vida regular, ocurrió que se encargó también de construir o de poner en orden un monasterio en el lugar que se llama *Streanaeshalch[199]*, y esta tarea que se impuso la llevó a cabo con no poca diligencia. En efecto, organizó también este monasterio con la misma disciplina de vida regular que el primero, y, desde luego, también allí enseñó una gran observancia de la justicia, de la piedad y de la castidad, así como de las demás virtudes pero sobre todo de la paz y de la caridad; de manera que, según el ejemplo de la Iglesia primitiva, allí nadie era rico, nadie pobre, todo era común de todos, dado que nada parecía ser propio de nadie[200]. Ella era de una prudencia tal que no sólo la gente común y los que estaban necesitados, sino también los reyes y los príncipes, de vez en cuando buscaban y hallaban consejo en ella. Tanto empeño ponía en que los sometidos a ella se dedicaran a la lectura de las Sagradas Escrituras, tanto en que se ejercitaran en las obras de la justicia, que muy fácilmente se veía que allí se podía hallar a muchos aptos para asumir el grado eclesiástico, es decir, el oficio del altar.

5. En fin, a cinco monjes del mismo monasterio los hemos visto luego como obispos, y todos hombres de mérito y santidad singulares, cuyos nombres son éstos: Bosa, Etla, Oftfor, Juan y Wilfrido[201]. Del primero ya dijimos más arriba que fue consagrado obispo de York; del segundo cabe recordar brevemente que fue ordenado para el obispado de Dorchester; de los dos últimos diremos más abajo que el primero de ellos fue ordenado obispo de la iglesia de Hexham y el segundo de la de York. Del de en medio digamos ahora que, tras haberse dedicado en uno y otro de los monasterios de la abadesa Hilda a la lectura y a la observancia de la Escritura, al fin, deseando algo más perfecto, se fue a Kent, junto al arzobispo Teodoro, de feliz memoria. Después de dedicarse allí por un tiempo a las lecturas sagradas, también quiso ir a Roma, algo que por entonces se consideraba como un acto muy virtuoso y, cuando, de vuelta, llegó a Britania, se desvió hacia la provincia de los huicios[202], que entonces gobernaba el rey Osrico, y allí, predicando la palabra de la fe y al propio tiempo mostrándose como ejemplo de vida a quienes lo veían y lo escuchaban, permaneció mucho tiempo. Por aquella época el obispo de la provincia, llamado Bosel, estaba tan postrado por una

enfermedad corporal que no podía cumplir por sí mismo con sus funciones episcopales. A causa de esto, y según el parecer de todos, dicho varón, Otfort, fue elegido para el episcopado en su lugar, y por mandato del rey Etelredo fue ordenado por el obispo Wilfrido, de feliz memoria, que por entonces de-sempeñaba el obispado de los anglos del interior[203], porque el arzobispo Teodoro ya había fallecido[204] y aún no se había ordenado a otro obispo en su lugar. Para aquella provincia poco antes, es decir, antes del mencionado hombre de Dios Bosel, fue elegido prelado un hombre muy esforzado, muy docto y de talento sobresaliente llamado Tatfrido, también del monasterio de la misma abadesa; pero, antes de que pudiera ser ordenado, fue arrebatado por una muerte prematura.

6. Así, pues, la mencionada sierva de Cristo y abadesa Hilda, a la que todos los que la conocían acostumbraban a llamar madre por su insigne piedad y gracia, no sólo fue un ejemplo de vida para los que estaban en su monasterio, sino que también a muchos que estaban lejos, a los cuales llegó la feliz fama de su diligencia y su virtud, les brindó ocasión de salvación y penitencia. En efecto, convenía que se cumpliera un sueño que su madre Breguswid vio durante la infancia de su hija. Cuando su marido Hererico estaba desterrado junto al rey britano Cerdic[205], donde murió, al parecer, envenenado, ella vio en un sueño como si él hubiera sido arrebatado de golpe y ella lo buscara con gran empeño, sin que por parte alguna apareciera rastro alguno de él. Pero, cuando lo buscaba con denuedo, de repente encontraba bajo su vestido un precioso collar que, observado atentamente, parecía brillar con un fulgor tal que llenaba con su esplendor todos los confines de Britania. Y sin duda el sueño se cumplió verazmente en su hija de la que hablamos, cuya vida proporcionó ejemplos de las obras de la luz no sólo a ella misma sino a muchos otros que querían vivir rectamente.

7. Pero, después de que ella rigiera por muchos años este monasterio, plugo al piadoso Autor de nuestra salvación probar la santidad de su alma también con una larga enfermedad corporal, para que, según el ejemplo del Apóstol, su virtud se perfeccionara en la enfermedad[206]. En efecto, aquejada de unas fiebres, empezó a sufrir de un intenso ardor y, durante seis años seguidos, no dejó de padecer por ese sufrimiento. En todo ese tiempo nunca dejaba de dar gracias a su Creador ni de enseñar a la grey a ella confiada tanto en público como en privado. Pues, instruida de antemano por su propio ejemplo, hacía ver a todos que, cuando se tiene salud, hay que servir al Señor como es debido, y que en las adversidades y en las enfermedades del cuerpo hay que dar siempre gracias a Dios con toda la fe. El caso es que, al séptimo año de su enfermedad, cuando el dolor se le pasó al interior de su cuerpo, llegó a su último día, y hacia el canto del gallo, tras recibir el viático de la sagrada comunión, y tras hacer venir a las siervas de Cristo que estaban en el monasterio y aleccionarlas para que conservaran entre ellas la paz y, más aún con todos la paz evangélica, entre las palabras de su exhortación vio alegre a la muerte; más bien, para hablar con palabras del Señor, pasó de la muerte a la vida[207].

8. Esa noche el Señor Omnipotente se dignó revelar su muerte por medio de una visión en otro monasterio, muy lejano, que ella había levantado el mismo año y se llama Hackness[208]. Había en ese monasterio una monja llamada Begu[209], quien, tras consagrar al Señor su virginidad por treinta y más años, le servía en la vida monástica. Entonces ésta, cuando descansaba en el dormitorio de las hermanas, oyó de repente en el aire un sonido de campana bien conocido con el que solía despertarlas y convocarlas para las oraciones cuando alguno de ellos había sido llamado de este mundo y, abriendo los ojos, según a ella le pareció, vio que, de-saparecido el tejado de la casa, una luz que venía de lo alto lo había llenado todo. Mientras observaba con toda su atención esa luz, vio que en ella el alma de la dicha sierva de Dios, acompañada y conducida por los ángeles, era llevada al Cielo.

9. Cuando, despertando del sueño, vio a las demás hermanas descansando a su alrededor, comprendió que lo que había visto se le había mostrado en un sueño o en una visión. Levantándose al instante, presa de gran temor, corrió junto a la virgen que entonces ejercía de abadesa en el monasterio, que se llamaba Frigid y, deshaciéndose en lágrimas y profiriendo

largos suspiros, le anunció que la madre de todas ellas, la abadesa Hilda, ya había partido de este mundo y que ante su propia vista, en medio de un gran resplandor y guiada por los ángeles, había ascendido a los umbrales de la luz eterna y a la compañía de los ciudadanos del Cielo. Cuando ella oyó esto, despertó a todas las hermanas y, tras convocarlas en la iglesia, les ordenó que se aplicaran a las oraciones y los Salmos por el alma de su madre. Una vez que hicieron esto con toda diligencia durante el resto de la noche, con las primeras luces llegaron del lugar donde había fallecido unos hermanos para anunciar su muerte. Ellas les respondieron diciéndoles que ya lo sabían de antes y, una vez que les contaron por su orden cómo y cuándo se habían enterado de ello, resultó que ese tránsito había sido revelado por la visión a la misma hora en que ellos referían que había partido de este mundo. Con una hermosa concordancia de los acontecimientos, Dios dispuso que, mientras ellos veían su partida de esta vida, estos otros supieran de su entrada en la vida eterna de las almas. Y estos monasterios distan entre sí cerca de 13 millas.

10. Cuentan que la misma noche y en el mismo monasterio en que murió la dicha sierva de Dios también se le reveló su muerte en una visión a una de las vírgenes consagradas a Dios que le profesaba un inmenso amor; que ésta vio que su alma se iba al Cielo con los ángeles; que, a la misma hora en que esto ocurrió, se lo contó tal cual a las siervas de Dios que estaban con ella, y que las exhortó a orar por su alma incluso antes de que el resto de la congregación supiera de su muerte, pues lo ocurrido llegó más tarde al conocimiento de la congregación, cuando se hizo de día. En efecto, ésta estaba a la misma hora, con algunas otras siervas de Cristo, retirada en la parte más alejada del monasterio, donde se solía probar a las mujeres recién llegadas a la vida monástica, hasta que, instruidas en la regla, eran admitidas en la compañía de la comunidad.

22

Que en su monasterio había un hermano al que Dios le había concedido el don del canto.

1. En el monasterio de esta abadesa hubo un hermano especialmente sobresaliente en la gracia divina, porque solía componer cantos adecuados para el culto y la devoción, de manera que cuanto aprendía de las Sagradas Escrituras por medio de los intérpretes al cabo de poco tiempo lo ponía tal cual en palabras poéticas compuestas con la mayor belleza y devoción en su propia lengua, es decir, la de los anglos. Por sus canciones fueron muchos los que se animaron al desprecio del mundo y a la búsqueda de la vida celestial. Cierto que tras él también otros del pueblo de los anglos intentaban hacer poemas religiosos, pero ninguno pudo igualarlo. En efecto, él no aprendió el arte del canto instruido por los hombres ni por medio de un hombre[210], sino que, ayudado por la gracia divina, recibió gratis el don del canto. Por ello, nunca pudo hacer un poema frívolo o superfluo, sino que sólo los que conciernen a la devoción le cuadraban a su devota lengua. De hecho, habiendo permanecido en la vida secular hasta una edad avanzada, nunca había aprendido cosa alguna de canto. Por ello, algunas veces, en los banquetes, cuando todos tenían que cantar uno a uno para alegrar la fiesta, una vez que veía que el arpa[211] se le acercaba, se levantaba en medio de la cena, salía y se volvía a su casa.

2. En una ocasión en que hizo eso, y abandonando la casa donde se celebraba el banquete se había ido a los establos del ganado, cuya guarda se le había encomendado aquella noche, y allí entregó su cuerpo al sueño a la hora debida, en sueños se le presentó uno que, saludándolo y llamándolo por su nombre, le dijo: «Caedmon, cántame algo». Él le respondió: «No sé cantar; pues precisamente me he retirado del banquete porque era incapaz de cantar». A su vez le dijo el que hablaba con él: «Pese a todo, tienes que cantar para mí». «¿Qué debo cantar?», le dijo él. Y le respondió: «Canta el origen de las criaturas». Al recibir esta respuesta, al momento Caedmon empezó a cantar en alabanza de Dios Creador unos versos que nunca había oído y cuyo sentido es éste: «Ahora debemos alabar al creador del Reino de

los Cielos, el poder del Creador y su designio, los hechos del Padre de la gloria: cómo Él, siendo, siendo eterno Dios, resultó ser el autor de todas las maravillas; Él, que primero creó para los hijos de los hombres el cielo, a modo de techo, y luego la tierra, como Guardián omnipotente del género humano»[212]. Éste es el sentido, no el tenor literal de las palabras que él cantaba durmiendo, y es que los poemas, aunque estén muy bien compuestos, no pueden traducirse de una lengua a otra sin detrimento de su belleza y dignidad. El caso es que, al despertar de su sueño, Caedmon conservó en su memoria todo lo que había cantado dormido, y más tarde le añadió otras palabras en el mismo tono de poema digno de Dios.

3. Fue por la mañana junto al casero del que dependía y le refirió el don que había recibido y, llevado ante la abadesa, se le ordenó, en presencia de muchos doctos varones, que contara el sueño y recitara el poema, a fin de que con el juicio de todos se averiguara qué era y de qué procedencia lo que él refería. Les pareció a todos que se le había concedido por el Señor una gracia divina, y le presentaron algún texto de la historia o de la doctrina sagrada, ordenándole que, si podía, lo pusiera en forma poética. Él, tras hacerse cargo de la tarea, se marchó y, volviendo por la mañana, les devolvió el texto que le habían indicado compuesto en un excelente poema. Por ello la abadesa, reconociendo la gracia de Dios en aquel hombre, lo aleccionó para que dejara la vida secular y abrazara la vocación monástica y, tras recibirlo en su monasterio junto con todos los suyos, lo incorporó a la comunidad de los hermanos y ordenó que se lo instruyera en toda la historia sagrada.

4. Él, todo lo que lograba aprender de oído, memorizándolo a solas consigo y rumiándolo como un animal puro[213], lo convertía en un poema de lo más agradable y, haciéndolo sonar con la mayor suavidad, hacía de sus maestros sus oyentes. Cantaba sobre la creación del mundo, el origen del género humano y toda la historia del Génesis; sobre el éxodo de Israel de Egipto y su entrada en la tierra de promisión, sobre otras muchas historias de la Sagrada Escritura; sobre la Encarnación, Pasión, Resurrección y Ascensión al Cielo del Señor; sobre la venida del Espíritu Santo y la enseñanza de los apóstoles. También hacía muchos poemas sobre los terrores del juicio futuro y el horror de las penas infernales, y sobre la felicidad del reino celestial, pero también muchos otros sobre los beneficios y los juicios divinos, en todos los cuales procuraba apartar a los hombres de la seducción de los pecados y animarlos al amor y la dedicación a las buenas obras. Pues era un hombre muy devoto y humildemente sometido a la disciplina de las reglas; por el contrario, frente a los que querían obrar de otra manera, estaba encendido en un celo lleno de fervor, por lo que también terminó su vida con un hermoso final.

5. En efecto, al acercarse la hora de su muerte, catorce días antes se vio aquejado de una debilidad corporal pero tan moderada que durante todo ese tiempo podía hablar y andar. Había en las cercanías una cabaña en la que se solía poner a los enfermos más graves y a los que parecían próximos a morir. Rogó, pues, a su asistente[214], al caer la tarde previa a la noche en que iba a partir de este mundo, que le preparara en la cabaña el lugar de su descanso, y él, aunque extrañándose de que le pidiera eso, cuando aún no parecía en manera alguna que fuera a morir, hizo lo que le había dicho. Después de que, instalados allí, hablaron y bromearon alegremente con los que estaban allí desde antes, y cuando ya había pasado la hora de la media noche, preguntó si tenían allí dentro la Eucaristía. Le respondieron: «¿Qué necesidad hay de Eucaristía? Pues por ahora no te vas a morir, dado que estás hablando tan alegremente con nosotros como una persona sana». Él les dijo de nuevo: «Con todo, traedme la Eucaristía». Tras recibirla en la mano, preguntó si todos tenían con respecto a él una disposición benévola y sin quejas motivadas por la controversia o el rencor. Todos le respondían que de él tenían la opinión más benévola y alejada de todo resentimiento, y a su vez, uno por uno, si él tenía una opinión benévola de ellos. Al momento les respondió: «Yo, hijitos míos, tengo una opinión benévola de todos los siervos de Dios».

6. Y así, pertrechado con el viático celestial, se preparó para su entrada en la otra vida. También preguntó cuánto faltaba para la hora en la que los hermanos debían despertarse para

cantar al Señor las alabanzas nocturnas. Le respondían: «No falta mucho». Y él dijo: «Bien; esperemos, pues, la hora». Y, signándose con el signo de la Santa Cruz, reclinó la cabeza en la almohada y, tras dormir un poco, acabó su vida así, en el silencio. Así fue cómo, al igual que había servido al Señor con un alma sencilla y pura y con apacible devoción, también llegó a su visión dejando el mundo con una muerte apacible, y cómo aquella lengua, que tantas palabras saludables había compuesto en alabanza del Creador, también concluyó sus últimas palabras en su alabanza, signándose y encomendando su espíritu en sus manos[215]. Y, por lo que hemos contado, también parece que tuvo previa noticia de su muerte.

23

Qué visión se le mostró a cierto hombre de Dios antes de que el monasterio de Coldingham fuera destruido por un incendio.

1. En estos tiempos el monasterio de vírgenes que llaman de Coldingham[216], del que ya hemos hecho mención más arriba, a causa de la incuria fue pasto de las llamas. Sin embargo, todos los que sabían del asunto pudieron advertir fácilmente que el incendio ocurrió por la malicia de los que allí habitaban[217], y sobre todo por la de los que parecían más importantes. Mas no les faltó a los que merecían ser castigados la advertencia de la divina piedad, para que, a la manera de los ninivitas[218], arrepintiéndose con ayunos, llantos y preces, alejaran de sí la ira del justo Juez.

2. En efecto, había en dicho monasterio un hombre del pueblo de los escotos[219] llamado Adamnan, que vivía muy devotamente en la continencia y la oración, hasta el punto de que nunca tomaba alimento o bebida alguna, salvo el domingo y el jueves, y a menudo incluso pasaba noches enteras en vela dedicado a la oración. Tal rigor y austeridad de vida se le había ocurrido en un primer momento por la necesidad de enmendar sus culpas, pero, andando el tiempo, había convertido esa necesidad en costumbre.

3. Cierto es que en su juventud había cometido cierto pecado del que, después de cometido, cuando recapacitó en su corazón, sintió un profundo horror, y temía que por él había de ser castigado por el justo Juez. Así, pues, yendo junto a un sacerdote del que esperaba que le mostrara el camino de la salvación, confesó su culpa y le pidió consejo sobre cómo podía escapar de la ira que se le venía encima[220]. El sacerdote, al oír su pecado, le dijo: «Una herida severa precisa el remedio de una medicina aún más severa, y por ello dedícate con todas tus fuerzas a los ayunos, los Salmos y a las oraciones, a fin de que, al comparecer en la presencia del Señor con tu confesión[221], merezcas hallarlo propicio». Él, que experimentaba un gran dolor por la culpa que pesaba sobre su conciencia y que ansiaba verse libre lo antes posible de las ataduras de sus pecados que le pesaban en su interior, le dijo: «Soy todavía joven en edad y robusto de cuerpo; cualquier cosa que me impongas para que la haga, con tal de salvarme en el día del Señor, la soportaré por entero con facilidad, incluso si me mandas pasar la noche en pie toda la noche en oración, si me mandas pasar la semana entera en abstinencia»[222]. El sacerdote le dijo: «Es demasiado que permanezcas toda la semana sin alimento para tu cuerpo; bastante es que observes el ayuno por dos o tres días. Haz esto hasta que, volviendo junto a ti dentro de poco tiempo, yo te haga ver más claramente qué debes hacer y por cuánto tiempo debes seguir haciendo penitencia». Dicho esto, y tras prescribirle la medida de su penitencia, el sacerdote se fue y, por haber surgido un motivo inesperado, se marchó a Hibernia[223], de donde procedía, y no volvió junto a él según su promesa. El hombre, recordando el mandato recibido y al tiempo su promesa, se entregó por entero a las lágrimas de la penitencia, a las santas vigilias y a la continencia, de manera que sólo tomaba alimento el jueves y el domingo, como antes dije, y el resto de los días de la semana permanecía en ayunas. Y, aunque oyó que su sacerdote se había ido a Hibernia[224] y que allí había muerto, en todo el tiempo subsiguiente, según su promesa, mantenía el mismo régimen de continencia, y lo que había comenzado una vez por temor a Dios, compungido por su pecado, ya lo hacía sin desmayar y a gusto en razón de las divinas

recompensas.

4. Después de que hubo hecho esto por mucho tiempo con toda diligencia, ocurrió un día que, habiendo marchado un tanto lejos del monasterio en compañía de uno de los hermanos, volvía tras completar su viaje. Cuando se acercaban al monasterio y contemplaban sus edificios que se erguían hacia lo alto, aquel hombre de Dios rompió en lágrimas y, por lo que su rostro indicaba, dejaba ver la tristeza de su corazón. Al verlo su compañero, le preguntó qué hacía. Él le dijo: «Todos estos edificios que ves, públicos y privados, poco falta para que los consuma el fuego y los convierta en ceniza». El compañero, apenas hubieron entrado en el monasterio, se cuidó de hacérselo saber a la madre de la congregación, llamada Ebbe. Ella, lógicamente inquieta por semejante presagio, llamó al hombre junto a sí y le preguntaba con toda diligencia sobre el asunto y sobre cómo lo sabía él. Él le dijo: «Hace poco, cuando estaba de noche ocupado en las vigilias y los Salmos, vi que se me presentaba de repente uno de aspecto desconocido. Cuando me asusté ante su presencia, me dijo que no tuviera miedo y, hablándome con una voz casi propia de un amigo, me dijo: "Haces bien en haber preferido, en este tiempo de descanso nocturno, no entregarte al sueño, sino perseverar en las vigilias y oraciones". Y yo le dije: "Sé que me es muy necesario perseverar en las saludables vigilias y rogar insistentemente al Señor por mis yerros". Él añadió: "Verdad es lo que dices, porque tú y muchos otros tenéis que redimir vuestros pecados con buenas obras y, cuando descansáis de las tareas temporales, esforzaros con mayor libertad en la búsqueda de los bienes eternos; sin embargo, esto lo hacen muy pocos. En efecto, hace un momento, pasando revista detenidamente a este monasterio, inspeccioné las celdas y las camas, y a ninguno, salvo a ti, encontré ocupado en la salvación de su alma; antes bien, todos sin distinción, hombres y mujeres, o están embotados en el inerte sueño o en vela para pecar. Y es que las cabañas que se habían hecho para orar o leer ahora se han convertido en cubiles de comilonas, de bebida, de charlas y de otras frivolidades. También las vírgenes consagradas a Dios, despreciando el respeto a su profesión, siempre que tienen tiempo libre, se dedican a tejer vestidos más finos, para adornarse o a sí mismas a la manera de novias, con peligro de su estado, o para ganarse la amistad de hombres de fuera. Por ello, y con razón, para este lugar y los que lo habitan está preparada una dura venganza del Cielo por medio de llamas devoradoras"». Dijo la abadesa: «¿Y por qué no has querido revelarme antes ese descubrimiento?». Él le respondió: «Tuve miedo, en razón del respeto que te tengo, de que te asustaras demasiado. Sin embargo, puedes tener este consuelo: que esta plaga no sobrevendrá en tus días». Divulgada esta visión, los habitantes del lugar empezaron, sólo por unos días, a sentir temor y a corregirse dejando sus fechorías. Pero tras la muerte de la dicha abadesa volvieron a sus anteriores inmundicias, e incluso las hicieron más graves y, cuando hablaban de paz y seguridad[225], de repente fueron castigados con la pena de la venganza ya dicha.

5. Que todo esto ocurrió así me lo contaba mi reverendísimo compañero en el presbiterado Eadgisl, que entonces estaba en aquel monasterio. Más tarde, una vez que se marcharon de allí muchos de sus habitantes a causa de su desolación, vivió mucho tiempo en nuestro monasterio y en él falleció. Hemos creído conveniente incluir esto en nuestra *Historia* para advertir al lector de las obras del Señor cuán terrible es en sus juicios sobre los hijos de los hombres[226]; no sea que en algún momento, por someternos a las seducciones de la carne y temer menos el juicio de Dios, nos arrebate de repente su ira, y nos aflija, justamente encolerizada, con daños temporales o, juzgándonos más severamente, nos arroje a la eterna perdición.

24

De la muerte de los reyes Egfrido y Lotario.

1. El año 684 de la Encarnación del Señor, Egfrido, rey de Northumbria, enviando a Hibernia[227] a su general[228] Berht, devastó de manera lastimosa a un pueblo inofensivo y

siempre muy amigo de la nación de los anglos, hasta el punto de que la mano enemiga ni siquiera tuvo consideración con las iglesias o monasterios. Con todo, los isleños, en la medida que pudieron, repelieron las armas con las armas e, invocando la ayuda de la divina piedad, pedían con incesantes imprecaciones la venganza del Cielo. Y, aunque los que maldicen no pueden poseer el reino de Dios[229], se pensaba que estos que eran maldecidos merecidamente por su impiedad pagarían pronto, por venganza del Señor, las penas de su crimen. Y es que al año siguiente el mismo rey, cuando llevó temerariamente su ejército a devastar la provincia de los pictos[230], a pesar de que mucho se lo desaconsejaban sus amigos y, sobre todo, Cuthberto, de feliz memoria, que recientemente había sido ordenado obispo, fue atraído por sus enemigos, que simulaban la huida, a las angosturas de unos montes inaccesibles, y con la mayor parte de las tropas que había llevado consigo pereció a los cuarenta años, el decimoquinto de su reinado, el 20 de mayo[231]. Y cierto es que, según he dicho, sus amigos le desaconsejaron que emprendiera esta guerra; pero, puesto que el año precedente no había querido escuchar al reverendísimo padre Egberto, quien le decía que no atacara a Escocia[232], que ningún daño le hacía, se le impuso como pena de aquel pecado el que ahora no escuchara a los que querían salvarlo de la muerte.

2. Desde esa época la esperanza y el valor del reino de los anglos empezaron a «refluir y a marchar hacia atrás»[233]. Pues los pictos recuperaron la tierra suya que habían ocupado los anglos, y los escotos[234] que estaban en Britania, y también una cierta parte de los britanos, su libertad, que hasta la fecha han tenido durante unos cuarenta y seis años. En aquella ocasión, entre los muchos del pueblo de los anglos que perecieron por la espada o fueron hechos esclavos o hubieron de escapar de la tierra de los pictos, también el reverendísimo hombre de Dios Trumwine, quien había recibido la potestad episcopal sobre ellos, se marchó con los suyos que estaban en el monasterio de Abercorn[235], que está en tierra de los anglos pero cercano al golfo que separa las tierras de anglos y pictos y, tras encomendarlos a sus amigos por los monasterios, según podía, él eligió lugar para quedarse en el ya varias veces nombrado monasterio de siervos y siervas de Dios que se llama *Streanaeshalch*[236]. Allí, con unos pocos de los suyos, llevó durante muchos años en la observancia monástica una vida útil no sólo para él, sino también para muchos otros. Allí también murió y fue enterrado en la iglesia del bienaventurado Pedro, con los honores correspondientes a su vida y a su dignidad. Por entonces estaba al frente de ese monasterio la virgen Elffled, de regia estirpe[237], junto con su madre Eanfled, de la que ya hemos hecho mención; pero, al llegar allí el obispo, aquella maestra devota de Dios encontró una gran ayuda para su gobierno y al propio tiempo un gran consuelo para su vida. A Egfrido lo sucedió en el reino Aldfrido, hombre muy instruido en las Escrituras, del que se decía que era su hermano e hijo del rey Oswiu[238], y restauró con mucho mérito la situación del reino, aunque con unas fronteras más angostas.

3. Ese mismo año, el 685 de la Encarnación del Señor, Lotario, rey de Kent, que tras su hermano Egberto, que había reinado nueve años, había reinado doce, murió el 6 de febrero. En efecto, fue herido en una batalla con los sajones meridionales[239], a los que había reunido contra él Eadrico, hijo de Egberto, y murió mientras lo curaban. Tras él reinó el dicho Eadrico por año y medio. Al morir éste, desbarataron aquel reino por algún tiempo reyes dudosos o extranjeros, hasta que el rey legítimo Wictredo[240], es decir, el hijo de Egberto, se asentó en el trono y por medio de su devoción y de su esfuerzo liberó a su pueblo de la invasión extranjera.

25

Cómo el hombre de Dios Cuthberto fue hecho obispo y cómo, siendo monje, vivió y enseñó.

1. El rey Egfrido, en el mismo año en el que le llegó el final de su vida, según ya contamos, había hecho ordenar obispo de la iglesia de Lindisfarne a Cuthberto[241], hombre santo y venerable, que en una isla muy pequeña llamada Farne[242], situada en el Océano, a

unas nueve millas de dicha iglesia, había llevado una vida solitaria por muchos años, en gran continencia de cuerpo y de espíritu. Éste, desde su primera infancia, ardió siempre en afán por la vida religiosa, pero desde el comienzo de su adolescencia tomó el nombre y el hábito de monje. Entró primero en el monasterio de Melrose, situado en la ribera del río Tweed, que entonces regía el abad Eata, el más apacible y sencillo de todos los hombres, que después fue hecho obispo de la iglesia de Hexham o más bien de Lindisfarne, según hemos contado más arriba. En aquel tiempo era su prior Boisil, un sacerdote de grandes virtudes y de espíritu profético[243]. Humildemente sometido a su pupilaje, Cuthberto aprendió de él la ciencia de las Escrituras y ejemplos de buenas obras.

2. Una vez que Boisil se fue junto al Señor, Cuthberto, convertido en prior del mismo monasterio, instruía a muchos, con su autoridad de maestro y el ejemplo de sus obras, en la vida regular. Y no sólo proporcionaba al propio monasterio preceptos y ejemplos de dicha vida, sino que también cuidaba de convertir al pueblo de los alrededores, a lo largo y a lo ancho, de la vida de las necias costumbres al amor de los goces celestiales. En efecto, muchos profanaban la fe que tenían con obras inicuas e incluso algunos, en tiempo de mortandad, abandonando los sacramentos de la fe, en la que habían sido instruidos, recurrían a los errados remedios de la idolatría, como si la plaga enviada por Dios Creador pudieran atajarla por medio de encantamientos o filacterias[244] o cualesquiera otros arcanos del arte demoníaca. Así, pues, saliendo con frecuencia del monasterio para corregir el error de los unos y de los otros, algunas veces a caballo pero más a menudo a pie, iba a los pueblos circunvecinos y predicaba el camino de la verdad a los que estaban en el error, lo mismo que también Boisil acostumbraba a hacer en su tiempo. Y es que por entonces era costumbre del pueblo de los anglos, cuando llegaba al pueblo un clérigo o un presbítero, reunirse todos en su orden para escuchar la Palabra, oír de buena gana lo que se les decía, seguir de mejor gana con sus obras lo que habían podido oír y entender. Desde luego, Cuthberto tenía tanta maestría para hablar, tanto afán de persuadir de lo que había empezado a enseñar, tal luz en su angélico rostro, que ninguno de los presentes pensaba en ocultarle los escondrijos de su corazón, que todos declaraban abiertamente en confesión cuanto habían hecho (porque pensaban que de ninguna manera podía ocultársele a él), y que, según les mandaba, lavaban las culpas que habían confesado con dignos frutos de penitencia[245]. Solía recorrer sobre todo aquellos lugares y predicar en aquellas aldeas que, situadas en montes escarpados y ásperos, a otros les producían horror al verlas, y que, a un tiempo por su pobreza y su rusticidad, impedían el acceso de los maestros. Él, entregado de buena gana a esta piadosa labor, los instruía con tan incansable actividad que, tras salir del monasterio, no volvía a casa a menudo por una semana entera, algunas veces por dos o tres y en ocasiones incluso por todo un mes, sino que, quedándose en las montañas, llamaba a las cosas celestiales a la plebe rústica con la palabra de su predicación y al propio tiempo con las obras de su virtud.

3. El caso es que, después de que el venerable siervo de Dios, viviendo muchos años en el monasterio de Melrose, brilló por grandes señales de sus virtudes, su reverendísimo abad Eata lo trasladó a la isla de Lindisfarne, para que también allí enseñara a los hermanos la observancia de la disciplina regular con su autoridad de prior y con sus propias obras; pues aquel lugar también lo gobernaba por entonces el mismo reverendísimo padre a título de abad. De hecho allí, desde tiempos antiguos, el obispo solía estar con su clero y el abad con sus monjes, que, sin embargo, también estaban al cuidado del obispo con estrecha familiaridad, y ello porque Aidán, que fue el primer obispo de aquel lugar, al llegar allí con sus monjes, y siendo él mismo monje, instituyó allí la vida monástica; al igual que se sabe que hizo antes el bienaventurado padre Agustín en Kent, cuando le escribió el reverendísimo papa Gregorio lo que ya pusimos más arriba[246]: «Pero, dado que tu fraternidad –le dice–, formada en las reglas del monasterio, no debe vivir lejos de sus clérigos, en la Iglesia de los anglos, que recientemente ha sido llevada por obra de Dios a la fe, debe instituir este modo de vida que en los inicios de la Iglesia naciente tuvieron nuestros padres, entre los cuales

ninguno decía que fuera suya ninguna de las cosas que poseían, sino que todo lo tenían en común».

26

Cómo ese mismo, cuando vivía como anacoreta, hizo brotar de la tierra seca una fuente con su oración y recogió una cosecha con el trabajo de sus manos fuera del tiempo de la siembra.

1. Más tarde Cuthberto, al crecer los méritos de su devoción religiosa, según dijimos, llegó también al retirado silencio de la contemplación como anacoreta. Pero, dado que acerca de su vida y virtudes hemos escrito bastante hace unos años tanto en versos heroicos como en prosa[247], baste ahora con recordar sólo esto: que, al marchar a la isla, declaró a sus hermanos: «Si la gracia divina me concede en aquel lugar poder vivir del trabajo de mis manos, a gusto me quedaré allí; pero, si es de otra manera, si Dios quiere, volveré cuanto antes junto a vosotros». El lugar era francamente escaso de agua, de frutos y de árboles, pero además, por su abundancia de espíritus malignos, era poco apropiado para la habitación humana. Sin embargo, por el deseo de aquel hombre de Dios se volvió habitable en todos los aspectos, puesto que a su llegada se marcharon los espíritus malignos. Cuando, expulsados los enemigos, él se hubo construido allí una angosta morada rodeada por un terraplén, y dentro de ella las dependencias necesarias con ayuda de los hermanos –a saber, un oratorio y una habitación común–, ordenó a los hermanos que en el propio suelo de la habitación cavaran un pozo, y la tierra era durísima y pedregosa, de manera que no parecía que en ella hubiera esperanza alguna de dar con la vena de una fuente.

2. Una vez que lo hicieron, conforme a la fe y a las preces del siervo de Dios, al otro día se lo encontró lleno de agua, que hasta el día de hoy proporciona abundancia suficiente, por gracia del Cielo, a cuantos allí llegan. Mas también pidió que le llevaran herramientas rústicas y trigo y, aunque lo sembró en la tierra preparada en el tiempo oportuno, ocurrió que no brotaron de él no digo ya espigas, sino tan siquiera hierbas hasta el tiempo estival. Por ello, a los hermanos que acostumbraban a visitarlo les mandó que le llevaran cebada, a ver si la naturaleza de aquel suelo o la voluntad de Aquel que desde el Cielo todo lo da querían que allí más bien creciera una cosecha de aquel fruto. Una vez que se lo llevaron, pasado todo tiempo de siembra y más allá de toda esperanza de que fructificara, lo sembró en el mismo campo, y pronto una copiosa mies que surgió le proporcionaba al siervo de Dios el deseado alimento logrado con su propio esfuerzo.

3. El caso es que, tras servir allí a Dios por muchos años en soledad (tanta era la altura del terraplén con el que estaba cercada su morada, que desde ella sólo podía ver el cielo, del que tanta sed tenía), ocurrió que, reunido un sínodo no pequeño en presencia del rey Egfrido junto al río Aln, en el lugar que se llama *Adtuifyrdi*[248] (que significa «junto al doble vado»), bajo la presidencia del arzobispo Teodoro, de feliz memoria, Cuthberto, por acuerdo unánime de todos, fue elegido para el obispado de la iglesia de Lindisfarne. Y como por medio de muchos emisarios y cartas que se le enviaron no hubo manera alguna de arrancarlo de su monasterio, al fin el propio rey ya mencionado, junto con el santísimo obispo Trumwine y otros religiosos y hombres notables, navegó hasta la propia isla de Lindisfarne. También acuden por el mismo motivo muchos de los hermanos de la propia isla de Lindisfarne, todos doblan la rodilla, lo conjuran por el Señor, derraman lágrimas, le suplican, hasta que, también deshecho en lágrimas, lo sacan de su amado escondrijo y lo llevan a rastras al sínodo.

4. Cuando llegó allí, aunque muy a su pesar, se ve vencido por la unánime voluntad de todos y obligado a someter su cuello a los deberes del episcopado y, sobre todo, convencido por las palabras con las que el siervo de Dios Boisil, cuando le había revelado con su espíritu profético todo lo que le había de ocurrir, también le había predicho que sería obispo. Sin embargo, no se decidió inmediatamente su ordenación, sino que, pasado el invierno que se acercaba, en la propia solemnidad de la Pascua se realizó en York en presencia del mencionado rey Egfrido, acudiendo a su consagración siete obispos, entre los que tenía el

primado Teodoro, de feliz memoria. Primero fue elegido para el obispado de la iglesia de Hexham en lugar de Tumberto, quien había sido depuesto del episcopado; pero, dado que él prefirió ser puesto al frente de la iglesia de Lindisfarne, en la que había vivido, pareció conveniente que, volviendo Eata a la iglesia de Hexham, para regir la cual había sido ordenado en un principio, Cuthberto recibiera el gobierno de la iglesia de Lindisfarne.

5. La dignidad episcopal que había recibido la adornaba con obras virtuosas, a imitación de los bienaventurados apóstoles. En efecto, al pueblo a él confiado lo protegía con asiduas oraciones y con las más saludables exhortaciones lo llamaba a los bienes celestiales y, algo que suele ayudar mayormente a los maestros, lo que enseñaba que había que hacer lo mostraba él de antemano con sus obras. Y es que, por encima de todo, ardía en el fuego de la divina caridad; era paciente y humilde, intensamente dedicado a la devota oración, afable con todos los que acudían a él buscando consuelo, y también consideraba que servía como oración el propio hecho de prestar la ayuda de su exhortación a los hermanos débiles, consciente de que el que dijo: «Amarás al Señor tu Dios», también dijo: «Amarás a tu prójimo»[249]. Era ejemplar en el rigor de su penitencia; siempre estaba pendiente de las cosas del Cielo por la gracia de su arrepentimiento. En fin, cuando ofrecía a Dios el sacrificio de la Víctima saludable, encomendaba al Señor sus ruegos no elevando la voz hacia lo alto, sino derramando lágrimas desde lo hondo de su corazón.

27

Cómo este mismo, siendo ya obispo, le predijo que su muerte estaba ya cercana al anacoreta Herberto.

1. Tras pasar dos años en el obispado, Cuthberto volvió a su isla y a su monasterio, avisado por una revelación divina de que el día de su muerte –o, más bien, el de su entrada en aquella vida que es la única digna de llamarse vida– ya se acercaba, según también él daba a entender por entonces a algunos con su habitual sencillez, con palabras un tanto oscuras pero que después se entendieron claramente, y a algunos otros, sin embargo, se lo revelaba de manera clara.

2. En efecto, había un presbítero de vida venerable llamado Herberto, unido desde tiempo atrás a aquel hombre de Dios por el vínculo de la amistad espiritual. Éste, que llevaba una vida solitaria en una isla del gran lago en el que nacen las fuentes del río Derwent[250], solía visitarlo todos los años y escuchar sus consejos conducentes a la eterna salvación. Cuando oyó que había llegado a la ciudad de *Lugubalia*[251], marchó allá según su costumbre, ansioso de encenderse más y más en el deseo de la vida celestial con sus saludables exhortaciones. Una vez que se embriagaron mutuamente con las copas de la vida celestial, dijo, entre otras cosas, el obispo: «Acuérdate, hermano Herberto, de preguntarme y de hablar ahora conmigo cuanto precises, pues, una vez que nos separemos, ya no nos volveremos a ver en este mundo con los ojos de la carne. Pues tengo por cierto que se acerca el momento de mi final, y que pronto será desmontada mi tienda»[252]. Cuando oyó esto, Herberto se echó a sus pies y, gimiendo y llorando, le dijo: «Por el Señor te suplico que no me dejes solo, sino que te acuerdes de tu compañero, tal fiel, y ruegues a la piedad celestial que pasemos juntos a ver en el Cielo la gracia de Aquel al que juntos hemos servido en la tierra. Pues sabes que siempre me he esforzado en vivir según los mandatos que salían de tu boca, y cuanto he pecado por ignorancia o por fragilidad he puesto igual cuidado en enmendarlo de inmediato según el juicio de tu voluntad». El obispo se puso en oración e, informado en su espíritu de que había logrado lo que pedía al Señor, le dijo: «Levántate, hermano mío, y no llores, antes bien alégrate con alegría grande, porque lo que hemos implorado nos ha sido concedido por la clemencia del Cielo».

3. La veracidad de esta promesa y profecía quedó confirmada por el curso de los acontecimientos; porque no sólo no se volvieron a ver corporalmente una vez que se separaron, sino que en uno y el mismo día, es decir, el 20 de marzo[253], saliendo de sus

cuerpos, sus almas se unieron de inmediato en la visión beatífica, y fueron llevadas a un tiempo al reino celestial en manos de los ángeles. Pero Herberto se vio atormentado antes por una larga enfermedad, según puede suponerse, por disposición de la piedad del Señor, de manera que, si tenía un poco menos de mérito que el bienaventurado Cuthberto, lo supliera con su enmienda el dolor de la larga enfermedad. Y así, igualado en gracia a su intercesor, al igual que salir al mismo tiempo de su cuerpo, mereció ser acogido en la misma e idéntica sede de la perpetua felicidad. Murió el reverendísimo padre en la isla de Farne, tras mucho rogar a los hermanos que también se le sepultara allí, donde por no poco tiempo había militado por el Señor; sin embargo, al fin, vencido por los ruegos de los mismos, dio su consentimiento para que, llevado a la isla de Lindisfarne, se le enterrara en su iglesia. Una vez hecho esto, gobernó el obispado durante un año el venerable obispo Wilfrido, hasta que fue elegido el que debía ser ordenado en el lugar de Cuthberto.

4. Tras esto fue ordenado Eadberto, hombre notable por su saber en las Sagradas Escrituras, por la observancia de los preceptos celestiales y sobre todo por las limosnas que hacía; hasta el punto de que, de acuerdo con la Ley, daba a los pobres el diezmo, no sólo de su ganado, sino también de sus cosechas y de sus vestiduras.

28

Cómo su cuerpo, después de once años de sepultado, se encontró inmune a la corrupción, y no mucho después su sucesor en su obispado pasó de este mundo.

1. Mas la divina providencia, queriendo demostrar aún más en qué gran gloria vivía tras su muerte aquel hombre de Dios que fue Cuthberto, antes de la cual también lo sublime de su vida era evidente por el indicio de repetidos milagros, pasados once años desde su sepultura, inspiró en el ánimo de los hermanos que levantaran sus huesos, que, según suele suceder con los muertos, suponían que encontrarían desecados, una vez transformado en polvo el resto de su cuerpo, y que los colocaran en un nuevo sepulcro, en el mismo lugar pero encima del pavimento, para que recibieran la veneración que merecían. Una vez que se lo consultaron a su obispo Eadberto, éste accedió a su proyecto y ordenó que se acordaran de hacerlo en el aniversario de su entierro. Así lo hicieron y, al abrir el sepulcro, encontraron su cuerpo totalmente entero, como si aún viviera, y con las articulaciones flexibles, mucho más semejante a un hombre dormido que a un muerto; además, toda la ropa que llevaba no sólo estaba intacta, sino que incluso parecía nueva y de un esplendor admirable. Cuando los hermanos vieron esto, presas al instante de un gran temor, se apresuraron a contar al obispo lo que habían encontrado. Era el caso que éste se hallaba en un lugar lejano de la iglesia y a solas, rodeado por todas partes por el oleaje del mar, pues siempre solía pasar en él el tiempo de la Cuaresma, y en él los cuarenta días anteriores a la Navidad del Señor, en severa abstinencia y dedicado a la devota oración y a las lágrimas; allí también su venerable predecesor Cuthberto, antes de llegar a la isla de Farne, solía militar a solas por el Señor.

2. También le llevaron una parte de los vestidos que cubrían el santo cuerpo. Cuando el obispo recibió con alegría el presente, y gozoso oyó el milagro (pues besaba los propios vestidos con admirable afecto, como si aún cubrieran el cuerpo del padre), dijo: «Ponedle nuevas vestiduras al cuerpo en lugar de estas que le habéis quitado, y así colocadlo en el arca que habéis preparado. Pero sé con toda seguridad que no va a quedar vacío por mucho tiempo aquel lugar que ha sido consagrado con la gracia de tamaño milagro celestial, ¡y feliz aquel al que el Señor, autor y dispensador de toda felicidad, le conceda el privilegio de descansar en él!». Una vez que el obispo acabó de decir estas y muchas otras cosas por el estilo, con muchas lágrimas y gran compunción, hasta el punto de que le temblaba la voz, hicieron los hermanos como les había dicho, y colocaron el cuerpo, envuelto en una nueva vestidura y en un nuevo féretro encima del pavimento del santuario.

3. A no mucho tardar, el obispo Eadberto, amado de Dios, cayó presa de cruel enfermedad y, habiendo crecido de día en día y habiéndose agravado mucho la virulencia de su mal, no mucho después, es decir, el 6 de mayo, también él se fue junto al Señor. Tras poner su cuerpo en el sepulcro del bendito padre Cuthberto, colocaron encima el arca en la que habían depositado sus miembros incorruptos. En aquel lugar hay testimonio de que algunas veces también han ocurrido curaciones milagrosas por los méritos de uno y otro, de algunos de los cuales hemos dejado recuerdo tiempo ha en el libro de la vida de Cuthberto. Pero hemos considerado conveniente añadir en esta historia algunos de los que hemos tenido noticia recientemente.

29

Cómo uno fue curado de una parálisis junto a su tumba.

1. Había en el mismo monasterio un hermano llamado Baduthegn que sirvió por no poco tiempo como encargado de la hospedería, que todavía vive, y del que hay testimonio de todos los hermanos y de todos los huéspedes que allí llegaron de que era hombre de gran piedad y devoción, que desempeñaba la tarea que se le había impuesto sólo con la ayuda de la gracia celestial. Éste, un día, después de lavar en el mar las mantas y los sayos que se usaban en la hospedería, al volver a casa, se vio presa de un repentino malestar a mitad de camino, de manera que, cayendo en tierra y tendido por cierto tiempo de bruces, al fin logró levantarse a duras penas. Mas, al levantarse, sintió que la mitad de su cuerpo, desde la cabeza a los pies,

estaba aquejada por una parálisis, y consiguió llegar a casa con enorme esfuerzo, apoyado en un bastón. Crecía la enfermedad poco a poco, y con la noche se volvió más grave, de manera que, al volver el día, apenas podía levantarse y caminar por sí mismo.

2. Afligido por esta adversidad, concibió en su pensamiento el saludable propósito de ir a la iglesia de la manera que pudiera entrar junto a la tumba del reverendísimo padre Cuthberto y, postrado allí de rodillas, implorar suplicante la piedad del Cielo, de manera que, o bien se viera libre de su dolencia, si era lo que le convenía, o bien, si por voluntad de la Divina Providencia convenía que fuera castigado por más tiempo por tales sufrimientos, fuera capaz de soportar con paciencia y con buena disposición el dolor que le había sobrevenido. Hizo, pues, como había decidido y, sosteniendo sus débiles miembros con un bastón, entró en la iglesia y, postrándose ante el cuerpo de aquel hombre de Dios, le rogaba con piadoso afán que con su ayuda el Señor le fuera propicio. Cuando en medio de sus oraciones se quedó como dormido, sintió, según él acostumbraba a contar luego, como si una mano grande y ancha le hubiera tocado la cabeza en la parte que le dolía, y que con ese toque le hubiera atravesado hasta los pies toda la parte de su cuerpo que era presa de la enfermedad, mientras desaparecía poco a poco el dolor y venía tras él la curación.

3. Ocurrido esto, despertándose de inmediato, se levantó totalmente sano y, dando gracias a Dios sin cesar por su curación, hizo saber a los hermanos lo que le había pasado, y en medio de la alegría de todos volvió a la tarea que solía desempeñar solícitamente, aunque más purificado como si hubiera experimentado la prueba de un látigo. Pero tampoco las vestiduras que habían cubierto el cuerpo de Cuthberto, consagrado a Dios ya antes, en vida, y después de muerto, dejaron de obrar la gracia de las curaciones, según puede ver cualquiera que las lea en el libro de su vida y milagros.

30

Cómo otro se curó hace poco junto a sus reliquias de una enfermedad de los ojos.

1. Tampoco debe pasarse en silencio lo que ocurrió hace tres años gracias a sus reliquias, lo que he conocido recientemente por el propio hermano al que lo sucedió. Ocurrió en el monasterio que, construido junto al río Dacre[254], tomó nombre de él, en el cual por entonces desempeñaba el cargo de abad el devoto varón Swid-berto. Había en él un muchacho al que un feo tumor le había deformado el párpado de un ojo. Por aquellos días, al crecer, amenazaba con privarlo del ojo, y los médicos trataban de reducirlo aplicándole pomadas sin lograrlo. Unos aconsejaban extirparlo; otros decían que no se hiciera por miedo a un peligro mayor. Después de que el hermano dicho sufriera no poco tiempo por tal dolencia, y ninguna mano humana fuera capaz de curar el mal que lo amenazaba con la pérdida del ojo, antes bien, aumentaba de día en día, ocurrió que de repente se curó por gracia de la divina piedad por intercesión de las reliquias del santísimo padre Cuthberto.

2. En efecto, cuando los hermanos encontraron su cuerpo incorrupto tras muchos años de sepultura, le quitaron una parte de sus cabellos, para, según se suele hacer con las reliquias, dárselos a los amigos que se los pedían o poder mostrárselos como señal de un milagro. Por entonces tenía en su poder una partecilla de estas reliquias uno de los presbíteros del propio monasterio, llamado Trithredo, que ahora es abad del mismo. Cuando un día entró éste en la iglesia y abrió la caja de las reliquias para darle a un amigo una porción de ellas que le había pedido, ocurrió que el muchacho que tenía el ojo enfermo estaba en la misma iglesia. Una vez que el presbítero le hubo dado a su amigo la porción que él quiso, le dio el resto al muchacho para que lo pusiera de nuevo en su lugar. Pero él, instigado por una saludable inspiración, tras recibir los cabellos de la santa cabeza, se los aplicó al párpado enfermo y durante un cierto tiempo cuidó de apretar y ablandar aquel maligno tumor poniéndoselos encima. Hecho esto, según se le había mandado, puso de nuevo las reliquias en la caja, en la creencia de que su ojo sanaría pronto gracias a los cabellos del hombre de Dios que lo habían tocado. Y su fe no lo

defraudó (era entonces, según solía contar, en torno a la hora segunda del día), sino que, una vez que tras pensar en todas las demás cosas que aquel día exigía y haberlas hecho, al llegar la hora sexta del mismo día, de repente, al tocarse el ojo, lo encontró tan sano, al igual que su párpado, como si nunca hubiera aparecido en él deformidad ni tumor alguno.

CONCLUYE EL LIBRO CUARTO

[1] Aunque habitualmente designa a Irlanda, en este caso parece referirse a la isla intermedia de Iona.

[2] Los irlandeses y los anglos que lo habían seguido, como luego se verá.

[3] Según adelantábamos en nuestra «Introducción», a partir de este capítulo y hasta el final del libro IV, en cuanto a la numeración y presentación del texto, nos apartaremos de las adoptadas por Mynors en Colgrave y Mynors, para seguir las propuestas por M. Lapidge en Crépin, Lapidge *et al.* (véase I, pp. 69 s.). La diferencia entre los editores deriva del hecho de que los manuscritos de la clase *c* omiten una parte del texto transmitido por la clase *m* (concretamente, el que aquí figura como cap. IV 14), que proviene de una recensión tal vez (aunque no con seguridad) más reciente. La contaminación entre las dos recensiones, que arranca ya de la Alta Edad Media, dio lugar a desajustes en la división y numeración de los capítulos, que la edición de Colgrave y Mynors ha tratado de recoger por medio de una doble numeración que nos parece innecesaria y poco práctica.

[4] El 664.

[5] Entiéndase, por el *partido romanista* que los anglosajones representaban frente a los irlandeses.

[6] La de Canterbury.

[7] Sobre la fallida misión de Wigheard véase III 39.

[8] Aquí seguimos la muy acertada lectura de Lapidge, *Nisidano*, frente al *Hiridano* de algunos manuscritos y el *Niridano* de otros. En efecto (véase la nota de Crépin), parece tratarse de un monasterio situado en la isla de Nísida, del archipiélago de las Flegreas, en el extremo norte de la bahía de Nápoles y actualmente unida a tierra.

[9] Donde sería capellán, según conjetura de Colgrave y Mynors.

[10] En el sur de Asia Menor. Recuérdese que en Tarso, capital de esa provincia, había nacido san Pablo. Colgrave y Mynors anotan que su caída en manos de los árabes en el año 660 probablemente provocó la emigración hacia Occidente de muchas personas como Teodoro. Sobre su extraordinaria personalidad pueden verse también la nota de Crépin, *ad loc.*, y el artículo de M. Lapidge «Hadrian» en *ASE*.

[11] Obsérvese la suspicacia del papa frente a un personaje llegado de la cristiandad bizantina. Colgrave y Mynors opinan que tal vez pensaba en posibles restos de las herejías monotelita y monofisita. Por lo demás, los griegos compartían la fecha romana de la Pascua pero no, como luego se verá, la forma de la tonsura clerical.

[12] Es decir, que entonces sólo tendría las órdenes menores.

[13] Wallace-Hadrill anota que Beda parece ser el primero que considera la forma oriental de tonsura como herencia de san Pablo. Cabe citar aquí la nota de Colgrave y Mynors a II 2: «La forma occidental o *petrina* [de la tonsura], usada por la Iglesia Romana, era un círculo de pelo en torno a la coronilla afeitada que simbolizaba la corona de espinas. La tonsura céltica parece haber dejado crecer el cabello por la parte posterior, mientras que la frontal estaba afeitada sin más. Es muy posible que fuera similar a la tonsura druídica, lo que tendría asociaciones poco gratas para la más estricta Escuela Romana […]». En cuanto a la tonsura oriental, parece que consistía en el rasurado total de la cabeza, según explica Plummer II, pp. 353 ss., en su excurso sobre el particular. A este respecto podemos añadir una noticia de actualidad: recientemente se ha descubierto en la catacumba romana de Santa Tecla un fresco con el que parece ser el más antiguo supuesto retrato conservado de san Pablo (tal vez del siglo IV). En él se ve el rostro de un varón con la cabeza rasurada –o notoriamente calva– y una barba negra de forma puntiaguda (muy parecido, por cierto, al del poeta Juan Ramón Jiménez).

[14] Según anotan Colgrave y Mynors, en aquella ocasión el papa envió también con aquella misión a Benedicto Biscop, maestro de Beda, como guía e intérprete.

[15] Lo fue desde el 658 al 675.

[16] Mayordomo palatino de Neustria bajo el rey Clotario III (Plummer) pero bajo Teodorico III, según la nota de Colgrave y Mynors.

[17] Era su *reeve* o mayordomo.

[18] Junto al actual Étaples, era el puerto habitual de embarque para Britania durante las épocas merovingia y carolingia, según Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[19] El de Oriente, Constante II, que por entonces se hallaba en Occidente, lo que, lógicamente, provocaba suspicacia en el reino franco. Fue asesinado en Siracusa el año 668.

[20] Parece ser que, antes que Teodoro, esa abadía la desempeñó por un tiempo Benedicto Biscop; véanse las notas de Plummer y Colgrave y Mynors.

[21] Es decir, de Canterbury.

[22] Tal fecha cayó en domingo el año 669.

[23] Murió el 19 de septiembre del 690.

[24] Tanto Plummer, como Colgrave y Mynors y Wallace-Hadrill, *ad loc.*, subrayan la importancia de la reorganización

emprendida por Teodoro en la cultura escolar anglosajona. El propio Beda, formado en la Escuela de Jarrow, surgida de esa reforma, sería un testimonio vivo de la misma.

[25] Naturalmente, se refiere una vez más a los usos estrictamente romanos. Plummer comenta que aquí hay un *misstatement* de Beda, dado que antes de Wilfrido había habido, al menos, cinco obispos anglos de indudable ortodoxia: Ithamar, Tomás, Bonifacio, Deusdédit y Damián.

[26] Colgrave y Mynors anotan que hasta la fecha el único obispo ejerciente al sur del río Humber era Wine, de Londres, mientras que al norte del mismo estaban Chad y Wilfrido, éste en Ripon.

[27] Hay que suponer que por algún detalle ritual relacionado con la estricta observancia romana; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[28] La de Canterbury.

[29] Naturalmente, el propio Teodoro.

[30] Recuérdese que se trata de la medida de superficie llamada *hide.*

[31] Actual Barrow, en el Lincolnshire. Al respecto de la forma de este y otros topónimos de Beda, Colgrave y Mynors anotan que el prefijo latino *ad-*, que tan frecuentemente aparece en ellos, y en general con referencia a un accidente geográfico, es el equivalente del anglosajón *aet,* que llegó a considerarse como parte integrante del nombre mismo.

[32] En Beda, *Licidfelth,* en el Staffordshire, sede episcopal que todavía subsiste y cuyo patrono sigue siendo san Chad.

[33] Ec 3, 5.

[34] Cfr. I P 2, 5; Ef 2, 21; II Co 5, 1.

[35] Jn 13, 1.

[36] También conocida como santa Audrey, era hija del rey Anna de East Anglia y había venido para casarse con el rey Egfrido. Luego fue abadesa de Ely. También sus otras tres hermanas aparecen en los santorales británicos; véase Colgrave y Mynors, nota a III 7.

[37] Según el precepto monástico de *ora et labora.*

[38] En Beda, *ab euroaustro,* con la aclaración *ab alto brumalis exortus*, lo que en nuestra opinión significa el extremo meridional que el orto alcanza en el hemisferio norte en torno al solsticio de invierno, más que «the highest point of the rising in winter», como se lee en Colgrave y Mynors; pues en el orto toda altura es *per se* mínima, mientras que en el invernal bien puede decirse, y más desde aquellas latitudes, que el Sol sale cercano a *las profundidades* del Mediodía.

[39] Según luego se verá, su difunto hermano Cedd.

[40] Naturalmente, Owin.

[41] Es venerado como san Owin.

[42] Sal 17 (18), 14 s.

[43] Lc 21, 27; II Ti 4, 1; II P, 3, 12.

[44] Irlanda.

[45] En efecto, uno y otro eran anglos; pero, mientras que Chad regresó a Britania, Egberto llevó hasta el final su vida de *exiliado por Dios.*

[46] El hermano de Chad, ya muerto, del que lo visitaba a él y a los suyos.

[47] Del año 672.

[48] En el propio Lichfield.

[49] Luego incorporada a la actual catedral, que está conjuntamente dedicada a la Virgen María y a san Chad.

[50] Hay que entender que con cubierta a dos vertientes, según el uso del tiempo.

[51] Irlanda.

[52] Irlanda.

[53] Frente a la costa del condado de Galway.

[54] Actualmente el nombre se conserva en el del condado irlandés de Mayo, en la Irlanda occidental.

[55] Irlandeses.

[56] Plummer anota que, si se trata de la indicción imperial, ese día sería el 24 de septiembre del 673 pero que, si se trata de la pontificia, que se iniciaba el 1 de enero, ello resulta irrelevante para la fijación de la fecha. Sobre las indicciones véase nuestra nota a II 24.

[57] Capital del Hertforshire, en Essex.

[58] La sede de Canterbury.

[59] Entiéndase en el episcopado.

[60] Según Colgrave y Mynors, *ad loc.*, se trataría de una recopilación canónica aprobada por el Concilio de Calcedonia, del año 451, no mucho después traducida al latín por Dionisio el Exiguo.

[61] Beda habla de *parochiam.*

[62] En las que lo autorizara a marcharse.

[63] También aquí *parochia.*

[64] Lugar no identificado. Plummer cree que estaría en Mercia y no lejos de Londres.

[65] Esta «espinosa cuestión» (Colgrave y Mynors), obviamente, implicaba la creación de nuevas diócesis a costa de las ya existentes.

[66] La fecha correcta parece ser la de 672 (Colgrave y Mynors).

[67] Optamos por la forma franca, más familiar para nosotros, de este nombre, que Colgrave y Mynors transcriben por *Hlothhere.*

[68] En Beda, *Aecci* y *Baduuini*. Esos dos obispados de East Anglia tuvieron una historia azarosa, hasta que en el siglo XI desembocaron en el de Norwich; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[69] La de East Anglia; pero véase la nota precedente.

[70] En el actual Peterborough, en el Cambridgeshire.

[71] Véase nuestra nota a III 20.

[72] En Beda, *Adbaruae.*

[73] En el 675.

[74] En Beda, *Sudergeona*.

[75] En Beda, *Cerotaesei.*

[76] En el área metropolitana de Londres, donde todavía se conserva parte de la abadía.

[77] Evidentemente, se trataba de un monasterio *dúplice*. Esa figura monástica fue habitual hasta muy avanzada la Edad Media, cuando la Iglesia decidió aplicar a rajatabla el viejo y sano principio de *entre santa y santo, pared de cal y canto.*

[78] No es de extrañar el silencio ante tan amarga pregunta.

[79] En Beda y en Colgrave y Mynors, *Aesica*. Nos inclinamos por la acentuación esdrújula suponiendo que se trata de un diminutivo con sufijo *-ica* átono, como los góticos Égica o Fávila.

[80] En Beda, *Torctgyd*, transcrito *Torhgyth* en Colgrave y Mynors.

[81] Naturalmente, san Pablo; cfr. II Co II 9.

[82] Reminiscencia de Virgilio, *Églogas* III 102 (Colgrave y Mynors).

[83] Pronto fue venerada como santa, también conocida como santa Etelburga de Barking.

[84] En Beda *Hildilid*, transcrito por *Hildelith* en Colgrave y Mynors.

[85] Plummer, en nota a III 7, opina que se trata de una biografía no identificada de santa Etelburga.

[86] Un *gesith.*

[87] La biografía de Etelburga ya aludida.

[88] Parece que la sucesión se produjo en el año 693 (Colgrave y Mynors).

[89] En Beda *Suefred(o)*, *Swaefred* en Colgrave y Mynors.

[90] San Pablo.

[91] Luego venerado como santo.

[92] Beda dice *subreguli.*

[93] Sin embargo –anotan Colgrave y Mynors– Etelred protegió a las iglesias y monasterios en su reino de Mercia, fue amigo de Teodoro y de Wilfrido y acabó sus días como abad de Bardney.

[94] Colgrave y Mynors, *ad loc.*, anotan que este cometa apareció en el 676, según también documentan las fuentes chinas.

[95] Sobre otros azares de la vida de Wilfrido véase V 19.

[96] El choque debió de tener lugar entre el 673 y el 675; pero en el 679 Etelredo reconquistó Mercia; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[97] Beda dice «de los sajones meridionales». La provincia linda al oeste con Wessex y al este con Kent.

[98] Beda dice «los sajones occidentales».

[99] Una vez más la medida de extensión llamada *hide*.

[100] En Beda, *Aedilualch*, transcrito como *Aetjelwealh* por Colgrave y Mynors.

[101] Es decir, fue apadrinado.

[102] Una tribu que tuvo su pequeño reino en el valle del río Meon, en el actual Hampshire. Pertenecían al pueblo de los jutos; véanse Plummer y Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[103] Beda habla de *duces ac milites*, que Colgrave y Mynors traducen por *ealdormen* y *gesiths.*

[104] Pueblo ya citado en II 2; véase nuestra nota al pasaje.

[105] Los dos hermanos compartían el reino, sometidos a Etelredo de Mercia; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[106] Irlandeses.

[107] Monasterio en el sur de Inglaterra.

[108] Cfr. Sal 83 (84), 3.

[109] Es decir, *hides.*

[110] Los que lo habían seguido en su exilio.

[111] En efecto, a esa población del oeste de Sussex parece corresponder el *Sealeseu* de Beda. Al parecer, los restos del monasterio están actualmente sumergidos en el mar. Al respecto de la etimología, recuérdese que *seal* todavía es en inglés el nombre de la foca; véase la nota de Colgrave y Mynors.

[112] Es decir, en latín «casi isla» y en griego «isla seca».

[113] Aunque en no pocas ocasiones contemporizara con ella, en general la Iglesia favoreció la abolición de la esclavitud.

[114] Véase *supra* nuestra nota a este cap. 14, en la sinopsis del Libro IV, a propósito de la numeración y división de capítulos que seguimos en adelante.

[115] Como luego se verá, san Pedro y san Pablo.

[116] Laguna que, con razón, ya fue remediada por una mano tardía en los manuscritos. Los editores aceptan esa suplencia.

[117] En efecto, era costumbre medieval la de anotar en los calendarios o *annales* de las iglesias y monasterios los aniversarios de los santos, reyes y personajes notables; véase la nota de Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[118] El del propio Sussex. En efecto, Oswaldo había llegado a ser *totius Britanniae imperator*, según la *Vida de san Columbano* de Adamnan; véase Colgrave y Mynors, nota a III 6.

[119] Hay que entender que san Pedro exhibía la tonsura romana, en forma de corona, ya antes comentada. En cuanto a san Pablo, Colgrave y Mynors anotan que en la iconografía de la época ya se le representaba con una barba crecida.

[120] Los «libros» antes aludidos.

[121] El 5 de agosto.

[122] Recuérdese que, según el uso tradicional de la Iglesia, ese «natalicio» se celebra el día de la muerte del santo del que se trate; pues es el día en que el mismo nace a la vida eterna.

[123] Recordaremos al lector que aquí comienza el capítulo 17 (15) de la numeración de Colgrave y Mynors, de la que nos hemos apartado, según lo ya dicho más arriba.

[124] Pueblo del alto Támesis perteneciente a los sajones occidentales, ya citado en III 7. Sin embargo, el propio nombre de Cedwalla parece denunciar un origen britano. Conquistó ese reino en el 685; véase la nota de Colgrave y Mynors.

[125] De Wessex.

[126] Es decir, *ealdormen*.

[127] Beda: *in Uenta ciuitate.*

[128] Aquí comienza el capítulo que Colgrave y Mynors numeran como 16 (14).

[129] En el año 685.

[130] Es decir, *hides*.

[131] Plummer anota que esta noticia aislada sobre la existencia de un reino en Wight muestra que posiblemente hubo bastantes otros de pequeño tamaño de los que no tenemos conocimiento.

[132] En latín, *Ad lapidem;* quizá el actual Stoneham, en la cercana costa del Hampshire, según Colgrave y Mynors. Esa zona de Britania, al igual que la isla de Wight, estaba poblada por la tribu germánica de los jutos, a la que también pertenecían originariamente los cantuarios de Kent.

[133] Al parecer, el actual Rebridge, donde luego hubo un puente sobre el vado; véanse las notas de Plummer y Colgrave y Mynors.

[134] Al parecer, el último territorio de la actual Inglaterra en hacerlo.

[135] El reino situado frente a la isla.

[136] Recuérdese de que eran los sajones occidentales del Wessex.

[137] Río del Hampshire.

[138] Colgrave y Mynors traducen *quae ad regionem Geuissorum pertinent* por «which belong to the Kingdom of the Gewisse», a nuestro entender erróneamente; véase al respecto, por ejemplo, César, *Guerra de las Galias* I 1, 6: *Belgae pertinente ad inferiorem partem fluminis Rheni.*

[139] Capítulo 17 (15) en Colgrave y Mynors. En lo sucesivo no señalaremos las equivalencias.

[140] Monje bizantino que a principios del siglo v propugnó la herejía del monofisismo, que negaba la naturaleza humana de Cristo.

[141] El 679.

[142] Es decir, de Canterbury.

[143] Al parecer, el actual Hatfield, en Hertfordshire.

[144] Los concilios ecuménicos aquí reconocidos son los de Nicea, del año 325, que condenó el arrianismo; el de Constantinopla, del 381, contra el arrianismo residual de Macedonio y sus seguidores; el de Éfeso, del 431, contra los nestorianos, negadores de la maternidad divina de María; el de Calcedonia, del 451, contra Éutiques y los monofisitas, y el de Constantinopla del 553, que condenó las doctrinas Teodoro de Mopsuestia y de sus seguidores, deudoras del nestorianismo. San Cirilo de Alejandría había sido el mayor adversario de Nestorio.

[145] Este sínodo romano del año 649, para algunos Primer Concilio Lateranense (Colgrave y Mynors), no consta entre los tenidos por concilios ecuménicos por la Iglesia de Roma. En él, el papa san Martín I (649-653) se pronunció radicalmente contra los monotelitas (defensores de una sola voluntad en la persona de Cristo), lo que, al parecer, le valió morir exiliado y maltratado en el Quersoneso Táurico (Crimea); véase H. Jedin, *Breve historia de los concilios*, Barcelona, Herder, 1960, p. 37.

[146] Asoma aquí la espinosa cuestión de la *procesión del Espíritu Santo*, la del famoso *Filioque*, quien andando el tiempo, serviría de pretexto al llamado Cisma de Oriente, en el que las Iglesias de Bizancio y de Roma se dieron definitivamente la espalda, no sin excomulgarse mutuamente.

[147] Venido de Roma con Benedicto Biscop en el año 678.

[148] San Agatón, papa desde el 678 al 672.

[149] En realidad, Beda no había nombrado hasta ahora al abad san Benedicto Biscop; véase la nota de Crépin, *ad loc.*

[150] Evidentemente, la abadía de Wearmouth y Jarrow, en Northumbria. en la que fue educado Beda.

[151] El abad de Jarrow que fue «spiritual father and friend» (Colgrave y Mynors) del propio Beda.

[152] Se refiere al sínodo romano del 649 mencionado en el capítulo anterior.

[153] El lugar por excelencia del culto de san Martín.

[154] En Beda, *Aedilthryd(am)*, transcrito *Aethelthryth* en Colgrave y Mynors. Plummer anota que de él deriva el nombre Audrey, tan frecuente en los países anglosajones.

[155] Véase III 21 y nota.

[156] Mt 28, 20.

[157]*Aebbe*, hermana de madre del rey Oswiu, venerada como santa.

[158] En Beda, *Coludi urbem*, en Berwick, en el confín de Northumbria con Escocia.

[159] En Cambridgeshire.

[160] Recuérdese que esa hora canónica se reza antes del alba.

[161] El 679 o 680.

[162] Desde muy pronto fue venerada como santa Eteldreda de Ely.

[163] Así en Beda; Colgrave y Mynors transcriben *Seaxburgh.* Es venerada como santa Seaxburga o Sexburga de Ely.

[164] Grantchester, en las cercanías de Cambridge.

[165] Sin duda un sarcófago romano.

[166] Se entiende que el lugar para la cabeza se extendía más hacia el borde del sarcófago.

[167] En Beda, *Elge.*

[168] Es decir, *hides.*

[169] En inglés, *eels*. Beda parece pensar en una etimología de *áel*, «anguila», e *ig*, «isla».

[170] En efecto, el himno está escrito en dísticos elegíacos, de una métrica sustancialmente correcta. Además, se trata de un *carmen abecedarium:* un acróstico en el que las letras iniciales de cada dístico siguen el orden alfabético. Es de observar, todavía, otro artificio formal muy caro a los poetas latinos medievales: la *epanalepsis* (o *versus serpentini*), que repite el primer hemistiquio de cada hexámetro como segundo del pentámetro. Sólo este último artificio del original es el que hemos intentado recoger en nuestra traducción. En Colgrave y Mynors puede una versión rítmica muy estimable y que también reproduce el artificio abecedario, aunque a costa de grandes libertades.

[171] Es verdad que muchos textos del Antiguo Testamento están escritos en verso pero no precisamente en versos métricos, como la poesía antigua griega y latina. Esa idea errónea de Beda probablemente remonta a san Jerónimo, quien, puesto a ponderar el valor literario de los textos bíblicos frente al menosprecio que por ellos tenían muchos paganos, llega a decir que parte de ellos estaban escritos en versos similares a los de Píndaro u Horacio. Al parecer, esa idea la tomó a su vez de Flavio Josefo; véase E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1955, I, p. 76 y n. 36.

[172] Virgilio.

[173] La esposa de Menelao, que se fugó con Paris.

[174] Epíteto clásico de Júpiter, «el que truena», aquí aplicado a Dios.

[175] Santa Águeda, virgen y mártir de Catania (Sicilia), durante la persecución de Decio, en torno al año 250. Según la tradición, le cortaron los pechos.

[176] Santa Eulalia de Mérida virgen y mártir en el 304, en la persecución de Diocleciano.

[177] Mártir de la Iglesia primitiva, supuesta discípula de san Pablo, envuelta en noticias legendarias.

[178] Virgen martirizada en el 304, en la persecución de Diocleciano, en Calcedonia (Bitinia).

[179] Virgen romana martirizada en el 304, en la persecución de Diocleciano. Hay una clara antítesis entre la dureza del hierro y la ternura del cordero que evoca el nombre de Inés *(Agnes).*

[180] Santa Cecilia virgen romana, patrona de los músicos, martirizada en el 230.

[181] Según Colgrave y Mynors, se trata del *wergeld*, «el precio de un hombre», curiosa institución de derecho civil germánico.

[182] Según Colgrave y Mynors, Elfwine habría ejercido como *under-king* de Deira.

[183] Un *gesith.*

[184] Lugar no identificado.

[185] En Beda, *literas solutorias*. Al parecer se trataba de textos que se llevaban encima a modo de amuletos.

[186] Un *thegn* de Egfrido.

[187] Al parecer, Londres era ya un activo centro comercial al que acudían mercaderes del continente, entre otras cosas para comprar esclavos.

[188] De madrugada.

[189] Es decir, *thegn.*

[190] Actual Whitby; véase III 24.

[191] Desde su muerte fue venerada como santa Hilda de Whitby.

[192] Recuérdese que ya antes ha aparecido en la *Historia* este que cabría llamar *voto de exilio* como signo de entrega a la vida religiosa.

[193] El ya citado *Cale*, en el actual departamento francés de Sena y Marne.

[194] En Beda, *Heresuid*, transcrito *Hereswith* en Colgrave y Mynors.

[195] Es decir, *hide.*

[196] Río de la parte norte de East Anglia. El lugar de este asentamiento monástico no está identificado con seguridad.

[197] Ya citado, en el actual Hartlepool, en Northumbria.

[198] Tal vez el actual Tadcaster, entre Leeds y York.

[199] El lugar ya citado correspondiente al actual Whitby.

[200] Cfr. Hch 2, 44 s.; 4, 32 ss.

[201] Colgrave y Mynors, *ad loc.*, dan algunos otros detalles sobre estos personajes.

[202] Véase II 2 y nota.

[203] Los «Middle Angles».

[204] Teodoro murió en el 690 y desde muy pronto se le conoció como san Teodoro de Canterbury.
[205] Según Colgrave y Mynors, *ad loc.*, probablemente Ceretic, muerto en el 616, rey del reino britano de Elmet, desposeído por Edwin en venganza por la muerte de Hereric.
[206] II Co 12, 9.
[207] Jn 5, 24.
[208] A 13 millas de Whitby, según luego se indica, en el Yorkshire del Norte.
[209] Venerada tras su muerte como santa Begu de Hackness.
[210] Gl 1, 1.
[211] Por lo que se ve, era costumbre que en tales fiestas el arpa pasara de mano en mano, para que cada cual cantara lo que supiera. Hemos mantenido la grafía *Caedmon* de Beda, por ser la forma más habitual en que aparece el nombre de ese que se puede considerar como el primer poeta inglés conocido.
[212] Según anotan Colgrave y Mynors, el texto de Caedmon se conserva en una versión en nortumbro, en otra en anglosajón tardío y en otra en antiguo inglés en diversos manuscritos. Está escrito en el tradicional verso aliterativo, y exhibe el también tradicional recurso de la variación poética sobre una misma idea inspiradora.
[213] Beda alude a las prescripciones mosaicas sobre la pureza de los animales comestibles, que debían ser rumiantes y con la pezuña partida; cfr. Lv 11, 3; Dt 14, 6. Según la imagen de Beda (que también usa la metáfora en otros lugares de su obra, cfr. Plummer, *ad loc.*), Caedmon memorizaba y *rumiaba* los argumentos bíblicos que le leían o exponían, para luego versificarlos; véase el Comentario de Wallace-Hadrill, *ad loc.* Véase también J. Martínez Pizarro, «Poetry as Rumination: The Model for Bede's Caedmon», *Neophilologus* 89 (2005), pp. 469-472, que identifica la fuente inmediata del pasaje: se trata de Rufino de Aquileya, *Historia eclesiástica* XI 7 (en uno de los libros que añadió a la de Eusebio traducida por él). Allí, hablando de Dídimo, su maestro ciego en Alejandría, ya dice de él que, como el «animal puro» del Levítico, «rumiaba» lo que se le decía. Hay que reconocer que la expresión le cuadra igual de bien a un ciego que a un analfabeto, como era Caedmon.
[214] El joven monje que todos los viejos tenían a su disposición.
[215] Caedmon ha sido venerado como santo.
[216] En el Berwickshire, en el sudeste de Escocia.
[217] Sal 106 (107), 34.
[218] Cfr. Jon 3, 5-10.
[219] Irlandeses.
[220] Mt 3, 7; Lc 3, 7.
[221] Sal 94 (95), 2.
[222] Colgrave y Mynors anotan que el rigor de los sacrificios ascéticos era extremado en Irlanda, al igual que en Egipto, aunque la tradición romana tendió poco a poco a atemperarlo.
[223] Irlanda.
[224] Irlanda.
[225] Ts 5, 3.
[226] Sal 65 (66), 5.
[227] Irlanda.
[228] Un *ealdorman.*
[229] I Co 6, 10.
[230] En Escocia.
[231] El año 685.
[232] Irlanda.
[233] Cita de Virgilio, *Eneida* II 169.
[234] Irlandeses.
[235] En el sur de Escocia, junto al Firth de Forth.
[236] El ya citado de Whitby.
[237] Era hija del rey Oswiu y Eanfled, y hermana de Alfrido. Sucedió como abadesa a Hilda y tras su muerte fue venerada como santa Elffled (o Elflaeda) de Whitby.
[238] En efecto, Aldfrido era hijo ilegítimo de Oswiu, y por tanto medio hermano de Egfrido, de Alhfrido, con el que no debe ser confundido, y de Eanfled.
[239] Los de Sussex.
[240] Reinó desde el 690 o 691 hasta el 725, y publicó un código legal aún conservado; véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*
[241] De este personaje tenemos una biografía escrita por el propio Beda.
[242] Actualmente el nombre se aplica a todo un grupo de islas situadas frente a la costa de Norhumbria.
[243] Boisil fue luego venerado como santo.
[244] Sin duda amuletos.
[245] Cfr. Lc 3, 8; Mt 3, 8.
[246] Véase I 27, 3.
[247] En efecto, como ya hemos dicho, Beda relató la vida de san Cuthberto en un *opus geminum:* primero en verso y luego en prosa. En el *curriculum* que cierra la *Historia* (V 24) él mismo reseña esas obras.
[248] No parece tratarse de ninguno de los actuales Twyford, sino de un lugar del actual distrito de Alnwick, en

Northumbria.

[249] Mt 22, 37 y 39.

[250] El lago de Derwenwater. La isla, según Colgrave y Mynors, todavía se llama St. Herbert.

[251] Actual Carlisle.

[252] II P 1, 14.

[253] Del año 687.

[254] En la actual Cumbria o Cumberland.

LIBRO V

EMPIEZA EL LIBRO MISMO. DISFRÚTALO LEYÉNDOLO

1

Cómo Etelwaldo, sucesor de Cuthberto en la vida eremítica, serenó con sus oraciones una tempestad que en el mar sufrían unos hermanos.

1. A aquel hombre de Dios que era Cuthberto lo sucedió en el ejercicio de la vida solitaria que llevaba en la isla de Farne antes de la época de su episcopado el venerable varón Etelwaldo[1], que por muchos años, en el monasterio que se llama Ripon[2], santificó el ministerio sacerdotal que había recibido con obras dignas de esa condición. Y, para que resplandezcan más su mérito y su modo de vida, sólo cuento de él un milagro, que a su vez me contó uno de los hermanos por los cuales y en los cuales se realizó, a saber, Gudfrido[3], venerable siervo de Dios y presbítero, que más tarde también rigió como abad a los hermanos de la misma iglesia de Lindisfarne, en la que se educó.

2. «Llegué –me dijo– con otros dos hermanos a la isla de Farne, deseoso de hablar con el reverendísimo padre Etelwaldo. Una vez que, reconfortados con su conversación y tras pedirle su bendición, volvíamos a casa, he aquí que, cuando estábamos en mitad del mar, se interrumpió la bonanza en la que navegábamos, y se desató una tempestad tan grande y tan fiera que no lográbamos avanzar nada ni con la vela ni con el remo, y nada podíamos esperar sino la muerte. Una vez que, tras luchar largo tiempo y en vano con el viento y el mar, al fin miramos a nuestras espaldas, a ver si podíamos intentar volver a la isla de la que habíamos salido, nos dimos cuenta de que estábamos envueltos por todas partes en la misma tempestad y de que no nos quedaba en nosotros esperanza alguna de salvarnos. Pero, cuando levantamos la vista hacia más lejos, vimos que, tras salir de su escondrijo, el padre Etelwaldo tan amado de Dios vigilaba nuestra marcha. En efecto, al oír el fragor de la tormenta y del océano encrespado, había salido a ver qué nos ocurría y, al vernos en plena fatiga y desesperación, doblaba sus rodillas dirigiéndose al Padre de Nuestro Señor Jesucristo[4] para rogar por nuestra vida y salvación. Tan pronto concluyó su oración, al punto aplacó las aguas[5], de manera que, cesando por todas partes la cólera de la tempestad, los vientos favorables nos acompañaron hasta tierra sobre un mar en calma. Una vez que, saltando a tierra, también pusimos nuestra barquilla a salvo de las olas, al momento volvió la tempestad que en consideración a nosotros se había calmado por un momento, y en todo aquel día no cesó su gran furia; de manera que se nos dio claramente a entender que aquel pequeño intervalo de bonanza se le concedió desde el Cielo a los ruegos de aquel hombre de Dios para que nosotros pudiéramos escapar».

3. Aquel hombre de Dios permaneció en la isla de Farne doce años, y allí murió, pero fue sepultado en la isla de Lindisfarne junto a los cuerpos de los obispos ya mencionados, en la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro. Esto ocurrió en los tiempos del rey Aldfrido, quien tras su hermano Egfrido rigió al pueblo de Northumbria durante diecinueve años.

2

Cómo el obispo Juan curó a un mudo con su bendición.

1. Al principio del reinado de Alhfrido, muerto el obispo Eata, asumió el obispado de la iglesia de Hexham Juan[6], un santo varón. Acerca de él suelen contar muchos milagros los que lo conocieron de cerca, y especialmente Berhthun[7], hombre reverendísimo y veracísimo, que en un tiempo fue diácono suyo, y ahora es abad del monasterio que se llama *Inderauuda*[8], es decir, «en el bosque de los deiros»[9]. De ellos hemos considerado oportuno recordar algunos.

2. Hay una mansión muy retirada, rodeada por un bosque poco espeso y una empalizada, no lejos de la iglesia de Hexham, es decir, como a una milla y media, separada por el río Tyne, que corre por medio, que tiene un oratorio de san Miguel Arcángel[10], en la cual con cierta frecuencia aquel hombre de Dios, cuando la ocasión se lo permitía, y sobre todo en la Cuaresma, acostumbraba a quedarse con unos pocos y a dedicarse tranquilamente a la oración y a la lectura. En una ocasión en que llegó para quedarse allí, al principio de la Cuaresma, ordenó a los suyos que buscaran a algún pobre aquejado de enfermedad o miseria

especialmente grave, para que pudieran tenerlo consigo aquellos días con el fin de ejercer la limosna; pues así solía hacer siempre.

3. Había en un pueblo no lejano un muchacho mudo, conocido del obispo, pues a menudo acostumbraba a presentarse ante él para recibir limosna. Éste nunca había podido pronunciar ni una palabra, pero además tenía en la cabeza tanta sarna y tanta caspa que no podía salirle cabello alguno en la parte de arriba; sólo se le veían alrededor unos pelos erizados. Así, pues, el obispo mandó que se lo llevaran y que le hicieran una pequeña choza en el cercado de la mansión, en el que se quedaría y recibiría de ellos su ración diaria. Cuando se cumplió una semana de la Cuaresma, el domingo siguiente ordenó que el pobre entrara junto a él y, una vez que entró, le mandó que sacara la lengua y se la mostrara y, sujetándolo por el mentón, le trazó en la lengua la señal de la cruz. Tras hacerlo, le ordenó que la volviera a meter en la boca y que hablara, diciéndole: «Di alguna palabra; di *gae*» –que en la lengua de los anglos es la palabra para afirmar y asentir, es decir, «sí»–. Al momento, suelta la atadura de su lengua, dijo lo que se le había ordenado. Añadió el obispo los nombres de las letras: «Di A», y el dijo: «A»; «di B», y también lo dijo. Una vez que respondió a cada uno de los nombres de las letras que le iba diciendo el obispo, éste continuó proponiéndole sílabas y palabras para que las pronunciara.

4. Y, cuando hubo respondido de manera coherente a todas, le ordenó pronunciar frases más largas, y así lo hizo, y ya no paró de hablar, durante todo aquel día y la noche siguiente, mientras pudo mantenerse en vela, según cuentan los que estuvieron presentes, y de manifestar a los demás los secretos de su pensamiento y de su voluntad, lo que antes no había podido hacer nunca, a semejanza de aquel que había sido cojo por mucho tiempo y que, curado por los apóstoles Pedro y Juan, se puso en pie de un salto y andaba, y entró con ellos en el Templo andando y dando saltos y alabando al Señor[11], gozoso, como es natural, de poder hacer uso de sus piernas, del cual se había visto privado por tanto tiempo. Alegrándose con él de su curación, el obispo también mandó a un médico que curara la sarna de su cabeza.

5. Lo hizo como se le había ordenado y, con la ayuda de las preces y de la bendición del obispo, le nació con la curación una cabellera de hermoso aspecto y se convirtió en un muchacho de aspecto limpio y de palabra fácil, con un cabello crespo muy bello el que antes había sido un pobre de feo aspecto y mudo. Y así, lleno de gozo por la salud recibida, y aunque el obispo le ofreció un puesto para quedarse entre su servidumbre, prefirió volverse a su casa.

3

Cómo sanó a una niña enferma con su oración.

1. Contó el mismo Berhthun otro milagro del obispo dicho: que, una vez que el reverendísimo varón Wilfrido, tras un largo exilio[12], fue repuesto en el obispado de la iglesia de Hexham, y el propio Juan, una vez muerto Bosa, un varón de gran santidad y humildad[13], lo sustituyó como obispo de York, llegó él en cierta ocasión a un monasterio de vírgenes en el lugar que se llama Watton[14], a cuyo frente estaba entonces la abadesa Hereburga[15].

2. «Cuando llegamos allí –decía–, y fuimos recibidos con gran alegría de todos, nos hizo saber la abadesa que una de las vírgenes, que era su propia hija según la carne, estaba aquejada de una grave enfermedad, porque recientemente le habían hecho una sangría en un brazo y, cuando estaba todavía en tratamiento, se sintió presa de un intenso dolor, al crecer el cual pronto se le agravó la herida de su brazo y se le formó en él un tumor tal que apenas se lo podía abarcar con las dos manos y, postrada en el lecho, parecía que ya iba a morir por lo excesivo de su dolor. Así, pues, la abadesa rogó al obispo[16] que entrara junto a ella y se dignara bendecirla, porque creía que, con que él la bendijera o la tocara pronto, se encontraría mejor. Él preguntó cuándo se había hecho la sangría a la muchacha y, cuando supo que era en

la cuarta luna[17], dijo: “Habéis cometido una gran torpeza sangrándola en la cuarta luna. En efecto, recuerdo que el arzobispo Teodoro, de feliz memoria, decía que la flebotomía es bastante peligrosa en ese tiempo, cuando la luz de la luna y la marea del océano están creciendo. Y ¿qué puedo hacer yo por la muchacha si está a punto de morir?”. Pero ella, rogándole con mayor insistencia por su hija, a la que quería mucho (pues incluso había dispuesto hacerla abadesa en su lugar[18]), al fin consiguió que entrara junto a la enferma. Entró, pues, llevándome consigo, junto a la doncella, que, como dije, estaba postrada sufriendo de un gran dolor, y tenía el brazo tan hinchado que no tenía flexibilidad alguna en el codo y, poniéndose a su lado, dijo una oración por ella y, tras bendecirla, salió. Y, cuando comentábamos todo esto a la mesa a la hora usual, llegó uno y me llamó afuera diciendo: “Pide Cwenburga[19] (pues ése era el nombre de la virgen) que volváis enseguida junto a ella”. Cuando lo hice, al entrar, la encontré con la cara más alegre y con el aspecto de que se hubiera curado. Cuando me senté a su lado dijo: “¿Quieres que pidamos de beber?”. Yo le dije: “Sí, quiero, y mucho me alegro si tú puedes hacerlo”. Después de que le ofrecieron un vaso y bebimos ambos, empezó a decirme: “Desde que el obispo salió, tras orar por mí y bendecirme, empiezo de repente a encontrarme mejor y, si aún no he recuperado mis fuerzas de antes, sin embargo, todo el dolor se ha ido por entero de mi brazo, donde era más agudo, y de todo mi cuerpo, como si el propio obispo lo hubiera echado fuera, si bien el tumor del brazo parece durar todavía”. Al marcharnos nosotros de allí, a la desaparición del dolor de los miembros la siguió también de inmediato la desaparición del horrible tumor, y la virgen, salvada de la muerte y de sus dolores, daba gracias al Señor su Salvador junto con sus demás siervos que allí estaban».

4

Cómo curó con agua bendita a la esposa de un conde.

1. El mismo abad Berhthun contó también un milagro del obispo dicho, no muy distinto de éste, diciendo: «Había no lejos de nuestro monasterio, es decir, a una distancia de unas dos millas, una villa de un conde[20] llamado Puch, cuya esposa llevaba unos cuarenta días presa de una grave enfermedad, hasta el punto de que en tres semanas no se la había podido sacar de la habitación en la que estaba postrada. Mas ocurrió que por entonces aquel varón de Dios fue llamado allí por el conde para dedicar una iglesia[21]. Una vez que la iglesia se dedicó, el conde le rogó que fuera a su casa a comer. El obispo no aceptó, diciendo que tenía que volver a su monasterio, que estaba cerca. Pero el conde, insistiendo más en sus ruegos, prometió incluso que daría limosnas a los pobres con la condición de que él se dignara interrumpir su ayuno entrando a comer en su casa. Se lo rogué también yo junto con él, prometiéndole también dar limosnas para el sustento de los pobres, con tal de que él fuera a casa del conde a comer y a dar la bendición.

2. Después de que lo conseguimos, tardíamente y con dificultad, entramos a comer. El obispo le había enviado a la mujer que yacía enferma algo del agua bendita que había consagrado para la dedicación de la iglesia por medio de uno de los hermanos que habían ido conmigo, ordenándole que se la diera a probar y que, donde notara que era mayor el dolor, se lavara con ella. Una vez que así lo hizo, la mujer se levantó curada al instante y, sintiendo no sólo que estaba libre de su larga enfermedad, sino también de que había recuperado las fuerzas perdidas, nos ofreció una copa al obispo y a nosotros y, tras este comienzo, no dejó de servirnos de beber que había iniciado hasta que terminó la comida, imitando a la suegra del bienaventurado Pedro, quien, estando aquejada por los ardores de las fiebres, se levantó cuando la tocó la mano del Señor y, recuperando a un tiempo la salud y las fuerzas, se puso a servirles[22].

5

Cómo salvó también de la muerte con su oración a un siervo de un conde.

1. También en otra ocasión, llamado a dedicar una iglesia de un conde[23] llamado Addi, una vez que cumplió con el ministerio solicitado, el propio conde le rogó que entrara a ver a uno de sus siervos que estaba aquejado de una grave enfermedad, hasta el punto de que había perdido por entero toda la movilidad de sus miembros y parecía que iba a morir de un momento a otro, e incluso ya le habían preparado el ataúd en que debía ser sepultado tras su muerte. El hombre añadió también lágrimas a sus ruegos, pidiéndole insistentemente que entrara para orar por él, porque su vida le resultaba muy necesaria, y creía que, si él accedía a imponerle la mano y a bendecirlo, al momento se encontraría mejor. Entró, pues, allí el obispo y lo vio rodeado de la tristeza general y ya próximo a la muerte, y junto a él puesto el ataúd en que debía ser colocado para su entierro. Dijo una oración y lo bendijo, y al salir dijo, con las palabras habituales en quienes quieren brindar consuelo: «Que te pongas bien, y pronto».

2. Cuando tras esto estaban sentados a la mesa, el siervo mandó recado a su amo pidiéndole que le enviara un vaso de vino porque tenía sed. Se alegró él mucho de que pudiera beber, le envió una copa de vino bendecido por el obispo y, una vez que la bebió, se levantó de repente y, sacudiéndose el letargo de la enfermedad, se vistió él mismo su ropa y, saliendo de su habitación, entró y saludó al obispo y a los comensales, diciendo que a él también le apetecía comer y beber con ellos. Le mandaron que se sentara con ellos a la mesa, muy alegres por su curación; se sentaba, comía, bebía, se alegraba, actuaba como uno de los comensales, y por muchos años se mantuvo con la misma salud que había recuperado. Pero este milagro no dice el mencionado abad que ocurriera en su presencia, sino que se lo contaron los que estuvieron presentes.

6

Cómo salvó de la muerte con su oración y su bendición a un clérigo suyo que se había herido en una caída.

1. Tampoco debe pasarse en silencio el milagro que el siervo de Cristo Herebaldo suele contar que el obispo Juan hizo con él mismo. Entonces formaba parte de su clero, y ahora gobierna como abad el monasterio que está en el estuario del Tyne[24]. «En la medida en que para los hombres es posible juzgar –decía–, y dado que lo conocí muy bien y personalmente, pude comprobar que su vida fue en todos los aspectos digna de un obispo. Pero, además, tengo pruebas de cuánto fue su mérito ante el Testigo que nos ve por dentro[25], por la experiencia de muchos otros y por la mía propia, puesto que, por así decirlo, haciéndome volver desde el propio borde de la muerte, me llevó de nuevo, con su oración y su bendición, al camino de la vida. En efecto, cuando en los primeros tiempos de mi adolescencia vivía con su clero, entregado al estudio de la lectura y el canto pero incapaz todavía de apartar por entero mi espíritu de las seducciones juveniles, ocurrió que cierto día en que íbamos de camino con él llegamos a un camino ancho y adecuado para correr a caballo, y empezaron los jóvenes que estaban con él, sobre todo seglares, a pedirle al obispo que les permitiera probar sus caballos en competición corriendo más deprisa. Él primero les dijo que no, añadiendo que era cosa ociosa lo que querían; pero al final, vencido por el deseo compartido por muchos, les dijo: "Hacedlo, si queréis, pero de manera que Herebaldo se abstenga por entero de participar en la competición". Yo, tras rogarle con insistencia, que también a mí me diera permiso para competir con ellos (pues confiaba en el excelente caballo que él mismo me había dado), no pude conseguirlo de ninguna manera.

2. »Ahora bien, cuando ante la mirada del obispo y la mía daban vueltas para aquí y para allá con los caballos a la carrera, tampoco yo, vencido por mi espíritu aventurero, fui capaz de contenerme, sino que, a pesar de su prohibición, me mezclé con los que participaban en el juego y empecé también a competir en la carrera con mi caballo. Cuando lo hice, le oí decir a mis espaldas con un gemido: "¡Ay, qué gran pena me causas cabalgando así!". Y yo, al oírlo, no dejé de insistir en la empresa prohibida. Al poco rato, cuando mi caballo, enardecido,

saltaba con gran ímpetu sobre un hoyo del camino, resbalé y caí, y al instante, como si estuviera muerto, perdí por entero el sentido y todo movimiento. Y es que en aquel lugar había una piedra a ras de tierra, cubierta por un ligero césped, y en toda la llanura de aquel campo no se podía hallar otra piedra, y ocurrió por casualidad, o más bien por la Providencia divina, para castigar la culpa de mi desobediencia, que di en ella con la cabeza y con la mano que, al caer, me había puesto bajo la cabeza y que, al rompérseme el dedo pulgar, también se me desencajaron las junturas del cráneo, y yo, según he dicho, quedé como muerto. Dado que no se me podía mover, armaron allí mismo una tienda para acostarme en ella. Era sobre la hora séptima del día y, tras permanecer continuamente desde la misma hasta el atardecer quieto y como muerto, al fin revivo un poco y soy llevado a casa por mis compañeros, y me quedo toda la noche sin poder hablar. Vomitaba sangre porque, al caerme, se me habían conmocionado los órganos internos. El obispo se dolía profundamente de mi desgracia y de mi ruina, porque me quería con especial afecto, y aquella noche no quiso quedarse con su clero, según la costumbre, sino que solo en oración pasaba la noche en vela, según creo, suplicando por mi curación a la piedad celestial. Al punto de la mañana, entró junto a mí y, tras decir por mí una oración, me llamó por mi nombre y, una vez que me desperté como de un profundo sueño, me preguntó si sabía quién era el que me hablaba. Yo, abriendo los ojos, le digo: "Sí, tú eres mi amado obispo". "¿Puedes vivir?" –me dijo–. Y yo le digo: "Sí puedo, gracias a vuestras oraciones, si el Señor lo quiere".

3. »Tras poner su mano sobre mi cabeza con las palabras de la bendición, se volvió a su oración. Volviendo a verme al cabo de un momento, me encontró sentado y ya capaz de hablar, y empezó a preguntarme, movido por inspiración divina, según luego se vio, si sabía que estaba bautizado sin la menor duda. Yo le respondí que lo sabía sin la menor duda, porque había sido lavado en la fuente saludable para remisión de mis pecados; además, le dije el nombre del presbítero por el que sabía que había sido bautizado. Él me dijo: "Si has sido bautizado por ese sacerdote, no estás perfectamente bautizado; pues lo conozco, y sé que, una vez que fue ordenado presbítero, no hubo manera, por lo tardo de su inteligencia, de que aprendiera el ministerio de catequizar y bautizar, por lo cual ordené que abandonara absolutamente su pretensión de impartir un ministerio con el que no era capaz de cumplir debidamente". Dicho esto, él mismo cuidó de catequizarme en aquel momento, y ocurrió que, al soplar él sobre mi rostro[26], al momento sentí que estaba mejor. Llamó al médico y le mandó que me compusiera las junturas del cráneo y me lo vendara. Y luego, tras recibir su bendición, me recuperé de tal manera que al día siguiente, montando a caballo, fui con él de camino a otro lugar, y no mucho después, plenamente curado, también fui rociado por las aguas de la vida[27]».

4. Juan permaneció en el episcopado treinta y tres años, y así, tras subir al reino celestial, fue sepultado en la capilla de San Pedro en su monasterio, que se llama «En el bosque de los deiros»[28], el año de la Encarnación del Señor de 721. En efecto, cuando por su extrema vejez ya era incapaz de administrar su obispado, tras consagrar a su presbítero Wilfrido como obispo de la iglesia de York, se retiró al monasterio dicho y allí terminó sus días en una vida digna de Dios.

7

Cómo Cedwalla, rey de Wessex, fue a Roma para bautizarse y cómo también su sucesor Ine visitó devotamente las tumbas de los bienaventurados Apóstoles.

1. En el año tercero del rey Aldfrido, Cedwalla, rey de Wessex[29], después de gobernar a su pueblo con gran diligencia durante dos años, abandonando el poder por el Señor y por el reino eterno, se fue a Roma, deseoso de lograr para sí el privilegio de ser lavado en la fuente del bautismo en la morada de los bienaventurados apóstoles, habiéndose dado cuenta de que el del bautismo es el único camino por el que se abre al género humano la entrada a la vida celestial, y también en la esperanza de que, al poco tiempo de bautizarse, liberado de la carne,

pasaría ya limpio a los gozos eternos. Una y otra cosa se cumplieron según había concebido en su pensamiento con la ayuda de Dios. En efecto, al llegar allí, cuando el papa Sergio[30] ejercía el pontificado, fue bautizado el Sábado Santo, víspera de la Pascua, del año de la Encarnación del Señor 689 y, cuando todavía llevaba las vestiduras blancas[31], se vio aquejado de una enfermedad y el 20 de abril fue liberado de la carne y asociado al reino de los bienaventurados en los cielos. En el momento de bautizarlo, el mencionado papa le había impuesto el nombre de Pedro, para que también, compartiendo su nombre estuviera unido al bienaventurado Príncipe de los Apóstoles, junto a cuyo cuerpo había venido desde el confín de la tierra llevado por un piadoso amor.

2. Fue también sepultado en su iglesia, y por mandato del pontífice se inscribió en su monumento un epitafio[32], para que en él permaneciera conservada por los siglos la memoria de su devoción, y a los que lo leyeran y también a los que lo oyeran el ejemplo de sus obras los encendiera en el celo por la religión. Está escrito de esta manera[33]:

Su lugar encumbrado, riquezas, linaje, poderoso reino, triunfos,
botín, cortesanos, baluartes, castillos, hogares,
y cuanto el valor de sus padres y él mismo había juntado,
Cedwalla, poderoso con las armas, lo dejó por amor a Dios,
a fin de visitar como rey peregrino a Pedro y la sede de Pedro,
para tomar devoto de su fuente las puras aguas,
y beber en radiante trago la luz resplandeciente
de la que por doquier fluye el vivificante fulgor.
Al percibir alegre los premios de la vida renovada,
con su conversión la bárbara furia y luego su nombre
gozoso cambió, y que Pedro se le llamara
mandó el papa Sergio, como el propio padre
del que renacía en la fuente, al que Cristo, con su gracia purificado,
y vestido de blanco pronto llevó a lo alto del Cielo.
¡Admirable fe la del rey, bien grande clemencia de Cristo,
cuyos designios nadie logra alcanzar!
Pues, llegado sano y salvo del remoto confín de Britania,
atravesando por varios pueblos, mares y vías,
vio la ciudad de Rómulo y el venerable templo
de Pedro contempló, llevando devotos presentes.
Resplandeciente irá unido al rebaño de Cristo,
pues su cuerpo está en el sepulcro, su alma en lo alto del Cielo.
Más bien creerías que sólo cambió el atributo del cetro
el que ves que mereció el reino de Cristo.

Aquí fue sepultado Cedwalla, también llamado Pedro, rey de los sajones, el 20 de abril, en la indicción segunda, el cual vivió unos treinta años, bajo el Imperio del piadosísimo señor Justiniano Aug(usto)[34], en el año cuarto de su consulado, siendo pontífice apostólico el papa Sergio, en su año segundo.

3. Al marchar Cedwalla a Roma, lo sucedió en el reino Ine[35], que era de estirpe real. Éste, tras ejercer el poder sobre aquel pueblo durante treinta y siete años, también él, dejando el reino y encomendándoselo a los más jóvenes, se marchó a la morada de los Apóstoles durante el pontificado de Gregorio[36], deseoso de peregrinar por un tiempo en la tierra por las cercanía de los santos lugares, a fin de merecer ser mejor acogido por los santos en el Cielo. En estos tiempos eran muchos los del pueblo de los anglos –nobles y desconocidos, laicos y clérigos, hombres y mujeres– los que rivalizaban en hacer lo mismo[37].

8

Cómo, al morir el arzobispo Teodoro, asumió su dignidad Bertwaldo y, entre los muchos otros que ordenó, hizo también a Tobías, varón doctísimo, prelado de la iglesia de Rochester.

1. Al año siguiente de este en que Cedwalla murió en Roma, es decir, el 690 de la Encarnación del Señor, falleció el arzobispo Teodoro, de feliz memoria, viejo y cargado de

días, pues tenía ochenta y ocho años. Él mismo solía predecir a los suyos el número de años que iba a vivir, informado por una revelación que había tenido en un sueño. Permaneció en el episcopado veintidós años, y fue sepultado en la iglesia de San Pedro, en la que están enterrados los cuerpos de todos los obispos doruvernenses[38]. De él, así como de sus iguales en dignidad, puede decirse con razón y con verdad que «sus cuerpos están sepultados en paz, y su nombre vivirá por generaciones y generaciones»[39].

2. Pues, por decirlo brevemente, en el tiempo de su episcopado las iglesias de los anglos experimentaron tal progreso espiritual como nunca antes habían logrado. De su persona, vida, tiempo y muerte también da noticia clara y resplandeciente a cuantos allí llegan el epitafio de su sepulcro, en 34 versos heroicos[40], de los que los primeros son éstos:

Aquí, en esta tumba, reposa con su cuerpo un santo prelado,
a quien Teodoro llama ahora la lengua pelasga[41].
Príncipe de los de los pontífices, sacerdote dichoso y supremo,
enseñó a sus discípulos sanas doctrinas.

Y los últimos son:

Estaba septiembre en su día decimonono,
cuando su espíritu salió del encierro de la carne,
escalando feliz el divino consorcio de la vida divina,
unido a los ciudadanos angélicos en lo alto del Cielo.

3. A Teodoro lo sucedió en el episcopado Bertwaldo[42], quien era abad en el monasterio, situado junto a la parte septentrional del estuario del río Yant[43], que se llama Reculver[44]. También él era un hombre versado en las Escrituras pero asimismo muy instruido en las disciplinas eclesiásticas y monásticas, aunque en absoluto comparable a su antecesor. Fue elegido para el episcopado en el año de la Encarnación del Señor 692, el 1 de julio, reinando en Kent Wictredo y Swefheard. Fue ordenado al año siguiente, el domingo 29 de junio, por Godwin, obispo metropolitano de las Galias[45], y tomó posesión de su sede el domingo 31 de agosto. Entre los muchos obispos que él ordenó, está Tobías, al que consagró al morir Gefmundo, obispo de la iglesia de Rochester, un varón de gran instrucción y erudición en la lengua latina, griega y sajona.

9

Cómo el santo varón Egberto quiso ir a predicar a Germania y no pudo; cómo luego lo hizo Wictberto, pero, como tampoco logró nada, de nuevo volvió a Hibernia, de donde había venido.

1. Por aquel tiempo el siervo de Cristo y sacerdote Egberto, venerable y digno de ser nombrado con todo el respeto, del que ya contamos que llevaba en la isla de Hibernia[46] una vida de exiliado para conseguir una patria en el Cielo, se propuso en su ánimo aprovechar a más gente, es decir, iniciar una tarea apostólica y hacer llegar la palabra de Dios a algunos pueblos que aún no la conocían evangelizándolos. De ellos sabía que había muchos en Germania, de los que consta que traen su origen los anglos y los sajones que ahora habitan en Britania, por lo que todavía son llamados *garmanos*[47], con un nombre corrompido, por el pueblo de los britanos que vive junto a ellos. Son los frisones, los rugios, los daneses, los hunos, los antiguos sajones y los brúcteros[48]. Hay otros muchos pueblos en las mismas regiones que aún sirven a los ritos paganos, a los que el citado soldado de Cristo dispuso ir, circunnavegando Britania, a ver si a algunos de ellos, arrebatándolos a Satanás, podía hacerlos pasar al lado de Cristo y, si esto no era posible, pensaba ir a Roma a ver y adorar la morada de los apóstoles y los mártires de Cristo.

2. Sin embargo, las profecías y las acciones divinas le impidieron hacer una y otra cosa. Y es que, en efecto, tras elegir compañeros muy esforzados e idóneos para predicar la Palabra, es decir, sobresalientes por su energía y su saber, y preparadas todas las cosas que parecían necesarias para su navegación, llegó una mañana temprano junto a él uno de los hermanos,

antaño discípulo y asistente en Britania de Boisil, sacerdote amado de Dios (cuando el dicho Boisil era prior del monasterio de Melrose[49], siendo abad Eata, según ya contamos), y le relató una visión que había tenido aquella misma noche. «Una vez que, concluidos los himnos de maitines –le dijo–, tendí mi cuerpo en el lecho y me sobrevino un sueño ligero, se me apareció mi antiguo maestro y amantísimo tutor Boisil, y me preguntó si podía reconocerlo. Yo le dije: “Sí, tu eres Boisil”. Él me dijo: “He venido para traerle respuesta del Señor Nuestro Salvador a Egberto, que, sin embargo, debe llegarle por tu mediación. Pues bien, dile que no puede hacer el viaje que se ha propuesto; porque es voluntad de Dios que más bien vaya a los monasterios de Columba”». Columba era el primero que había enseñado la fe cristiana a los pictos que viven más allá de las montañas, hacia el norte[50], y el fundador del monasterio que en la isla de Iona ha sido venerable por largo tiempo para muchos pueblos de los escotos[51] y los pictos. A este Columba ahora, con un nombre compuesto de Columba y de «celda», se le llama *Columcill*[52]. Al oír las palabras de la visión, Egberto ordenó al hermano que se la había referido que no se la refiriera a nadie más, no fuera a ser una visión ilusoria. Pero él mismo, recapacitando en silencio sobre el asunto, se temía que era verdadera, y sin embargo no se avenía a desistir de la preparación del viaje en el que quería ir a enseñar a las gentes.

3. Al cabo de unos pocos días, volvió junto a él el hermano dicho, diciéndole que también aquella noche, terminados los himnos de maitines, se le había aparecido Boisil para decirle: «¿Por qué le has dicho con tanto descuido y tanta tibieza a Egberto lo que te mandé que le dijeras? Pues ahora vete y dile que, quiera o no quiera, debe ir a los monasterios de Columba, porque sus arados no marchan derechamente y conviene hacerlos volver al recto camino». Al oírlo, Egberto le mandó de nuevo al hermano que no revelara esto a nadie; pero, aunque ya estaba seguro de la visión, no por ello dejó el intento de emprender el viaje con los hermanos ya dichos. Una vez que ya habían cargado en el barco lo que un viaje tan largo exigía, y tras esperar por unos días los vientos favorables, cierta noche se desencadenó una tempestad tan tremenda que, perdidas en parte las cosas que estaban a bordo, la propia nave quedó volcada entre las olas. Sin embargo, se salvó todo lo que era de Egberto y sus compañeros. Entonce él, diciendo como proféticamente aquello de «por mí ocurre esta tempestad»[53], se echó atrás de la expedición y se avino a quedarse en casa.

4. Ahora bien, uno de sus compañeros, llamado Wictberto, quien también descollaba por su desprecio del mundo y por su saber (pues, exiliado muchos años en Hibernia[54], había llevado con gran perfección una vida de anacoreta), subió al barco y, tras llegar a Frisia, durante dos años seguidos predicó a aquel pueblo y a su rey Radbod la palabra de la salvación, pero no halló fruto alguno de tan gran esfuerzo entre sus bárbaros oyentes. Entonces, volviéndose al amado lugar de su exilio, empezó a dedicarse por entero al Señor en el silencio y, dado que no podía aprovechar a los extranjeros en la fe, procuraba aprovechar más a los suyos con los ejemplos de sus virtudes.

10

Cómo Willibrord, predicando en Frisia, convirtió a muchos a Cristo, y cómo sus compañeros los dos Hewaldos sufrieron el martirio.

1. Cuando el varón del Señor Egberto vio que a él no se le permitía ir a predicar a los pueblos, retenido por otra necesidad de la Santa Iglesia, de la que le había advertido la revelación, y que Wictberto, quien había marchado a aquellas tierras, no lograba provecho alguno, intentó todavía enviar a la tarea de la Palabra a otros hombres santos y diligentes, entre los cuales el eximio Willibrord[55] destacaba por su dignidad de presbítero y por sus méritos. Cuando llegaron allí (eran 12), se desviaron para ver a Pipino, duque de los francos[56], y fueron cordialmente recibidos por él. Y, dado que recientemente había conquistado la Frisia más cercana tras expulsar de allí al rey Radbod, los envió allí a predicar, ayudándolo él mismo con su autoridad regia, para que nadie causara molestias a los

predicadores, y favoreciendo con muchos beneficios a los que quisieran aceptar la fe, y así ocurrió, con ayuda de la gracia divina, que en breve tiempo convirtieron a muchos de la idolatría a la fe de Cristo.

2. Siguiendo el ejemplo de éstos, dos presbíteros del pueblo de los anglos, que habían estado exiliados mucho tiempo en Hibernia[57] para lograr una patria eterna, llegaron a la provincia de los antiguos sajones[58], a ver si, predicando allí, lograban ganar a algunos para Cristo. Eran los dos, así como de la misma devoción, también del mismo nombre, pues uno y otro se llamaban Hewaldo pero con la diferencia de que, a causa del diferente color de sus cabellos, a uno se le decía Hewaldo el Negro y al otro Hewaldo el Blanco. Uno y otro estaban llenos de religiosa piedad, pero Hewaldo el Negro estaba más instruido en las Sagradas Escrituras. Al llegar a la provincia, se acogieron a la hospitalidad de un casero y le pidieron que los hiciera llegar hasta el señor[59] que estaba por encima de él, porque tenían un mensaje y una cosa importante que debían transmitirle. Y es que los antiguos sajones no tienen un rey, sino muchos señores puestos al frente del pueblo que, al sobrevenir un caso de guerra, echan suertes por igual, y al que la suerte señale lo siguen todos como jefe en el tiempo que dure la guerra y a él obedecen; pero, acabada la guerra, todos los señores vuelven a tener el mismo poder. El caso es que el casero los acogió y, prometiéndoles llevarlos ante el señor que estaba por encima de él, los retuvo en su casa algunos días.

3. Cuando los bárbaros se dieron cuenta de que eran de otra religión (pues se dedicaban continuamente a los Salmos y a las oraciones, y todos los días ofrecían a Dios el sacrificio de la víctima saludable, al tener consigo vasos sagrados y una mesa consagrada a modo de altar[60]), se sospechó de ellos que, si llegaban hasta el señor y hablaban con él, lo apartarían de sus dioses y lo harían pasar a la nueva religión de la fe cristiana, y así, poco a poco, toda su provincia se vería obligada a cambiar su antiguo culto. Y así, súbitamente, les echaron mano y los mataron, a Hewaldo el Blanco con un rápido tajo de espada, y al Negro tras hacerle padecer largos suplicios y arrancarle todos sus miembros de una manera horrenda y, una vez muertos, los arrojaron al Rin. Cuando aquel señor al que querían ver se enteró, se encolerizó mucho porque no se hubiera permitido llegar hasta él a aquellos extranjeros que lo deseaban, y así mandó matar a todos aquellos aldeanos y acabó con su aldea por el fuego. Los sacerdotes y siervos de Cristo dichos padecieron el martirio el 3 de octubre.

4. A su martirio no le faltaron milagros celestiales. En efecto, una vez que sus cuerpos muertos, según dijimos, fueron arrojados al río por los paganos, ocurrió que los mismos, yendo contra corriente por unas 40 millas, llegaron al lugar donde estaban sus compañeros. Además, un rayo de luz muy intenso y que llegaba hasta el cielo brillaba toda la noche sobre el lugar, adondequiera que los cuerpos llegaban, e incluso a la vista de los paganos que los habían matado. Pero además uno de ellos se apareció en una visión nocturna a uno de sus compañeros, que se llamaba Tilmon, varón ilustre y noble también en el mundo, que de soldado se había hecho monje, indicándole que sus cuerpos podrían encontrarse en el lugar donde viera que desde el cielo irradiaba una luz sobre la tierra. Y así se cumplió y, hallados sus cuerpos, fueron sepultados con los honores propios de los mártires, y el día de su pasión o de su hallazgo fue celebrado en sus sepulcros con la veneración que era del caso. Al fin, el gloriosísimo duque de los francos Pipino, cuando supo de esto, envió a por los cuerpos y los sepultó con grandes honores en la iglesia de la ciudad de Colonia, junto al Rin. Y se cuenta que, el lugar en que encontraron la muerte brotó una fuente que allí y hasta el día de hoy brinda el copioso don de su caudal.

11

Cómo los venerables varones Swidberto y Willibrord fueron ordenados obispos en Roma, el uno para Britania, el otro para Frisia.

1. En los primeros tiempos de su llegada a Frisia, Willibrord, tan pronto como supo que el

rey le había dado licencia para predicar allí, se apresuró a ir a Roma, cuya Sede Apostólica gobernaba por entonces el papa Sergio, para emprender con su licencia y su bendición su ansiada empresa de evangelizar a aquellos pueblos, y también con la esperanza de recibir de él reliquias de los bienaventurados apóstoles y mártires de Cristo y, una vez destruidos los ídolos, fundar iglesias entre el pueblo al que iba a predicar, y tener disponibles reliquias de los santos para poner allí, y una vez puestas, dedicar sucesivamente cada lugar en honor de los santos a los que pertenecieran[61]. Pero además ansiaba aprender o tomar de allí muchas otras cosas que requería una empresa tan grande. Y, una vez que logró todos sus deseos, volvió para predicar.

2. Por aquel tiempo, los hermanos que estaban en Frisia dedicados al ministerio de la palabra eligieron de entre ellos a un hombre de recatadas costumbres y manso de corazón, llamado Swidberto[62], para que se le ordenara como obispo suyo. Enviado a Britania, lo ordenó a petición de ellos el reverendísimo obispo Wilfrido, que por entonces, expulsado de su patria, estaba exiliado en tierra de los mercios. Pues en aquel momento no había obispo en Kent, ya que había muerto Teodoro y su sucesor Bertwaldo, quien había ido a ordenarse a ultramar, aún no había vuelto a su sede.

3. Pues bien, vuelto Swidberto de Britania tras recibir el episcopado, no mucho después se marchó junto al pueblo de los brúcteros[63], y con su predicación llevó a muchos al camino de la verdad. Ahora bien, derrotados los brúcteros no mucho tiempo después por el pueblo de los antiguos sajones, se dispersaron por doquier los que habían recibido la Palabra. El propio obispo con algunos de ellos acudió al rey Pipino, quien a petición de su esposa Plectrudis[64] le dio un lugar para vivir en una isla del Rin que en su lengua se llama «En la ribera»[65], en la cual, tras construir un monasterio que hasta la fecha tienen sus sucesores, llevó por un tiempo una vida llena de continencia, y allí le llegó su último día.

4. Después de que los que habían llegado de Britania enseñaron en Frisia por algunos años, Pipino, apoyado por el acuerdo de todos, envió al venerable varón Willibrord a Roma, donde aún ejercía el pontificado Sergio, rogándole que lo ordenara como arzobispo del pueblo de los frisones. Lo que había pedido así se hizo, el año de la Encarnación del Señor 696[66]. Fue ordenado en la iglesia de Santa Cecilia mártir, en el día de su fiesta, y le fue impuesto por el dicho papa el nombre de Clemente, y luego fue enviado de nuevo a la sede de su obispado, al cabo de catorce días de llegar a la Urbe.

5. Pipino le donó un lugar para su sede episcopal en un famoso castillo suyo que en la antigua lengua de aquel pueblo se llamaba *Wiltaburg*, es decir, Ciudad de los Wiltos pero que en la lengua de los galos se llama Utrecht[67]. Tras edificar allí una iglesia, el reverendísimo prelado predicó a lo largo y a lo ancho la palabra de la fe, rescatando a muchos del error, y construyó por aquellas regiones muchas otras iglesias y algunos monasterios. No mucho después él mismo también nombró a otros obispos en aquellas regiones de entre los hermanos que habían venido con él o después de él a predicar, de los cuales unos cuantos ya se han dormido en el Señor. Pero el propio Willibrord, de sobrenombre Clemente, vive todavía, venerable por su ya larga edad, como que ya lleva treinta y seis años en el episcopado, y tras múltiples batallas en la milicia celestial suspira con toda su alma por los premios de la divina remuneración[68].

12

Cómo en la provincia de Northumbria uno que resucitó de entre los muertos contó muchas cosas, tanto temibles como deseables.

1. Por estos tiempos ocurrió en Britania un milagro memorable y semejante a los antiguos. En efecto, para resucitar a los vivos de la muerte del alma, uno que llevaba cierto tiempo muerto resucitó a la vida corporal, y contó muchas cosas dignas de memoria que había visto, de las cuales he creído oportuno resumir aquí brevemente algunas. Es el caso que había un padre de familia en la región de Northumbria que se llama Cunningham[69], que junto con

los de su casa llevaba una vida devota. Aquejado de una enfermedad corporal, y llegando a sus últimos momentos al agravarse la misma, murió a primera hora de la noche pero, reviviendo y sentándose de repente al rayar el alba, puso en fuga, llenos de inmenso terror, a los que estaban sentados a su alrededor de su cuerpo llorándolo; sólo se quedó su esposa, que lo amaba especialmente, aunque temblando de miedo. Él, consolándola, le dijo: «No temas, porque ya he resucitado verdaderamente de la muerte que se había apoderado de mí, y se me ha permitido vivir de nuevo entre los hombres; pero desde ahora no debo llevar la vida que antes acostumbraba, sino una muy diferente». Y, levantándose al momento, se fue al oratorio del pueblo, donde permaneció en oración hasta que llegó el día, y luego todo el patrimonio que tenía lo dividió en tres partes, de las que dio una a su esposa, otra a sus hijos y, quedándose con la tercera se la repartió luego a los pobres. No mucho después, tras librarse de las preocupaciones del mundo, llegó al monasterio de Melrose, que en su mayor parte está rodeado por una curva del río Tweed y, una vez recibida la tonsura, entró en el lugar del retiro secreto que le había preparado el abad, y allí permaneció hasta el día de su muerte en tanta penitencia de alma y cuerpo, que su vida, aunque su lengua estaba callada, decía a las claras que había visto muchas cosas horribles o deseables que a los otros se les ocultaban.

2. Narraba de esta manera lo que había visto: «Tenía un aspecto resplandeciente y una vestidura brillante el que me guiaba. Mas íbamos callados, según me parecía, de cara al orto del solsticio de verano[70] y, andando, llegamos a un valle de gran anchura y profundidad y de infinita longitud que, situado a nuestra izquierda, mostraba un lado temible por sus llamas hirvientes, y otro no menos insoportable por un furioso granizo y unas nieves heladas que azotaban y barrían todo[71]. Uno y otro lado estaban llenos de almas de hombres que parecían zarandeadas de aquí para allá como por el ímpetu de una tempestad. En efecto, cuando no podían soportar la intensidad del inmenso ardor, las desdichadas saltaban en medio del tremendo frío y, como allí no podían encontrar alivio alguno, de nuevo saltaban para abrasarse en medio de las llamas inextinguibles. Y, mientras en este desdichado ir y venir, a lo largo y a lo ancho, según yo podía ver, era atormentada sin ningún intervalo de reposo aquella multitud de horribles espíritus, empecé a pensar que quizá aquí estaba el infierno, de cuyos intolerables tormentos oí hablar muchas veces. Y mi guía, que me precedía, dijo: “No lo creas, pues este que tú piensas no es el infierno”.

3. »Cuando, aterrado por este espectáculo tan horrendo, me llevó poco a poco más adelante, vi de repente que delante de nosotros todo se oscurecía y se llenaba de tinieblas. Al entrar nosotros en ellas, poco a poco se volvieron tan densas que nada veíamos salvo las mismas y la imagen y la vestidura del que me guiaba. Y, cuando avanzábamos, “por las sombras de la solitaria noche”[72], he aquí que de repente aparecen ante nosotros numerosas masas de siniestras llamas que subían como desde un gran pozo y de nuevo caían en él. Cuando llegué allí, de repente mi guía desapareció y me dejó solo en medio de las tinieblas y de la horrenda visión. Y, mientras las dichas masas de fuego, sin interrupción, ora subían hacia lo alto, ora volvían a la profundidad del abismo, veo que las lenguas de todas las llamas que subían estaban repletas de almas de hombres que, ascendiendo con el humo al modo de chispas, ya eran lanzadas hacia lo alto, ya caían de nuevo en lo hondo al descender el ardor del fuego. Pero, además, un hedor indescriptible que brotaba de las propias llamas llenaba todo aquel lugar tenebroso. Después de quedarme allí aterrorizado por un largo rato, sin saber qué hacer, adónde dirigir mis pasos y qué final me esperaba, oigo súbitamente a mis espaldas el sonido de un terrible y miserable llanto, y al propio tiempo unas estruendosas carcajadas, como las de una chusma ignorante vejando a unos enemigos capturados. Cuando el sonido se hizo más claro y llegó hasta mí, observo una turba de espíritus malignos que, muy gozosa y riéndose, arrastraba a las almas de cinco hombres, tristes y aullantes, al medio de aquellas tinieblas, y de aquellos hombres, según pude distinguir, uno estaba tonsurado como clérigo, otro era un laico y otro una mujer. Arrastrándolos, los espíritus malignos descendieron al centro de aquel abismo ardiente, y ocurrió que, cuando al bajar ellos más, yo ya podía

discernir claramente el llanto de los hombres y la risa de los demonios, tenía todavía en mis oídos un sonido confuso. Entre tanto subieron algunos de los espíritus oscuros de aquel abismo que vomitaba llamas y, corriendo junto a mí, me rodearon, y me acosaban con sus ojos ardientes y echándome de su boca y sus narices un fuego pestilente; además, me amenazaban con agarrarme con las tenazas ardientes que tenían en sus mano, pero no pretendían cogerme, sino aterrarme. Cuando, cercado por todas partes por los enemigos y por la ciegas tinieblas, volvía mis ojos hacia aquí y hacia allá, a ver si de alguna parte me venía una ayuda que me salvara, se me apareció por detrás en camino por el que había venido algo así como el fulgor de una estrella que brilla entre las tinieblas. Una vez que éste, creciendo poco a poco, se dirigió hacia mí y se me acercó, se dispersaron y huyeron todos los espíritus malignos que pretendían arrebatarme con sus tenazas.

4. »Mas el que los había puesto en fuga con su llegada era el mismo que antes me guiaba; éste, volviéndose al camino de la derecha, empezó a guiarme hacia el orto del sol de invierno[73]. A no mucho tardar, sacándome de las tinieblas, me hizo salir al aire libre. Cuando me guiaba a la luz del día, vi ante nosotros un inmenso muro que no parecía tener límite alguno ni en su longitud, hacia un lado y hacia el otro, ni en altura. Empecé a extrañarme de que fuéramos hacia el muro cuando no veía en él puerta ni ventana ni acceso alguno. Cuando llegamos a él, al momento, y no sé de qué manera, nos vimos en su cima. Y he aquí que había un campo muy vasto y muy agradable, y tan lleno de la fragancia de flores silvestres, que pronto la suavidad de este admirable aroma alejó el hedor del horno tenebroso que se había apoderado de mí. Y tan grande era la luz que llenaba todos aquellos lugares que parecía ser más resplandeciente que todo el esplendor del día y que los rayos del sol en su cenit. En este campo había innumerables corros de hombres vestidos de blanco y muchos asientos llenos ocupados por gente bienaventurada. Una vez que me llevó por en medio de aquellos felices pobladores, empecé a pensar que tal vez se trataba del Reino de los Cielos, del cual he oído predicar muchas veces. Él respondió a mi pensamiento diciendo: “No, éste no es el Reino de los Cielos como tú crees”.

5. »Una vez que, avanzando, pasamos también estas moradas de los espíritus bienaventurados, veo ante nosotros el prodigio de una luz mucho mayor que la de antes, en la cual oí también la dulcísima voz de unos que cantaban; pero, además, de aquel lugar emanaba tal fragancia de un admirable aroma que el olor que antes, al degustarlo, me parecía como el máximo posible me parecía muy poca cosa, al igual que también que aquella luz singular del campo florecido, en comparación con la que ahora se me apareció, me resultó muy tenue y muy débil. Y, cuando yo esperaba que entráramos en aquel lugar tan ameno, de repente mi guía se detuvo y, sin tardanza, volviéndose atrás, me llevó de nuevo por el camino por el que habíamos venido.

6. »Cuando, al volver, llegamos a aquellas alegres moradas de los espíritus vestidos de blanco, me dijo: “¿Sabes qué es todo eso que has visto?”. Yo le respondí: “No”. Y él me dijo: “Aquel valle que viste, que aterra con sus llamas ardientes y con sus fríos heladores, es el lugar en el que han de ser probadas y purificadas las almas de aquellos que, tras dar largas al reconocimiento y enmienda de sus culpas, al fin, en el trance mismo de la muerte, se acogen al arrepentimiento y así salen de su cuerpo. Éstas, sin embargo, dado que tuvieron arrepentimiento y confesión, aunque fuera en la hora de su muerte, en el día del juicio llegarán todas al Reino de los Cielos. Mas a muchos los ayudan las oraciones de los vivos y sus limosnas y ayunos, y sobre todo la celebración de misas, a que se vean liberados incluso antes del día del juicio. Siguiendo adelante, aquel pozo, que has visto, que vomita llamas y apesta con su olor, es la boca del infierno, del que jamás será liberado nadie, una vez que caiga en él. El lugar florecido en el que ves que esta bellísima juventud disfruta y brilla es el mismo en el que son acogidas las almas de los que abandonan su cuerpo en medio de buenas obras pero que no son tan perfectos como para merecer ser llevados de inmediato al Reino de los Cielos. Sin embargo, todos ellos, en el día del juicio, accederán a la visión de Cristo y a

los gozos del Reino Celestial. En efecto, cuantos son perfectos en todas sus palabras, obras y pensamientos, tan pronto abandonan su cuerpo, llegan al Reino de los Cielos, cerca del cual está aquel lugar donde has oído el sonido de un dulce canto acompañado de una suave fragancia y un luminoso esplendor. Y tú, dado que ahora debes volver a tu cuerpo y vivir de nuevo entre los hombres, si te afanas en considerar con más cuidado tus obras y en mantener tu conducta y tus palabras dentro de la rectitud y de la sencillez, también recibirás a tu muerte un lugar para morar aquí, entre estas dichosas legiones de espíritus bienaventurados. Por mi parte, cuando me aparté de ti por unos momentos, lo hice para saber qué iba a ocurrir contigo". Una vez que me dijo esto, renegué no poco de tener que volver a mi cuerpo, lógicamente encantado de la dulzura y la belleza de aquel lugar que contemplaba, y también por la compañía de los que en él veía. Sin embargo, no me atrevía a preguntar cosa alguna a mi guía; pero en medio de todo esto, y no sé de qué manera, de repente me doy cuenta de que estoy vivo y entre los hombres».

7. Estas y otras cosas que había visto aquel hombre de Dios no quería contárselas sin distinción alguna a los que vivían en la desidia y sin cuidar de su propia vida, sino sólo a quienes, ya aterrados por el miedo a los tormentos, ya atraídos por la esperanza de los gozos duraderos, querían sacar de sus palabras piadoso provecho. Así, en la vecindad de aquel monasterio vivía un monje llamado Hemgisl, también sobresaliente en la dignidad del presbiterado, a cuya altura estaba por sus buenas obras, el cual vive todavía y en la isla de Hibernia[74] sustenta en solitario los últimos años de su vida con pan de ración y agua fresca. Éste, que iba con frecuencia junto a aquel hombre, lo interrogaba repetidamente sobre cuáles y cómo eran las cosas que había visto despojado de su cuerpo, y por medio de su relato también llegaron a nuestro conocimiento las pocas que aquí hemos resumido. Contaba también sus visiones al rey Aldfrido, hombre muy instruido en todos los aspectos, y fue escuchado por él con tanto gusto e interés que por sus ruegos fue admitido en el monasterio antedicho y coronado con la tonsura monástica, y acudía a oírlo muchas veces, cuando viajaba a aquella región. Al frente de ese monasterio estaba por entonces el abad y presbítero Etelwaldo[75], de devota y sencilla vida, que ahora desempeña la sede episcopal de la iglesia de Lindisfarne con obras dignas de su rango.

8. Nuestro hombre recibió en dicho monasterio un alojamiento especialmente retirado, donde pudiera dedicarse con mayor libertad, en continuas oraciones, al servicio de su Creador. Y, como ese lugar estaba situado sobre la orilla del río, solía meterse en él a menudo por su gran afán de castigar su cuerpo, y con frecuencia en medio de las aguas, y así, en tal posición, mientras le parecía que podía aguantar, se entregaba a los Salmos y a las oraciones y, sin moverse, permanecía mientras el agua del río le subía hasta los lomos y algunas veces hasta el cuello y, al salir de allí a tierra, nunca se cuidaba de cambiarse las vestiduras mojadas y frías, esperando a que por obra de su propio cuerpo se calentaran y secaran. Cuando, en la estación invernal, mientras flotaban en torno a él los trozos de hielo, que alguna vez había roto él mismo para tener un lugar en el que ponerse o entrar en el río, le decían los que lo veían: «Es admirable, hermano Dricthelmo[76], pues tal era su nombre, que seas capaz de soportar, del modo que sea, la aspereza de tanto frío, les respondía él con toda sencillez (pues era hombre de natural sencillo y de carácter apacible): «Cosas más frías he visto yo». Y cuando le decían: «Admirable es que pretendas mantener una continencia tan austera», respondía: «Cosas más austeras he visto yo». Y así, hasta el día en que fue llamado de este mundo, domaba su cuerpo senil con un deseo infatigable de los bienes celestiales, en medio de ayunos cotidianos, y con su palabra y su trato hizo bien a muchos.

13

Cómo, en cambio, otro, al llegar a la muerte, vio que los demonios le presentaban un libro con sus pecados.

1. Por el contrario, hubo uno en la provincia de Mercia cuyas visiones y palabras, aunque

no su conducta, aprovecharon a muchos pero no a él mismo. En efecto, en tiempos de Cenredo[77], que reinó después de Etelredo, había un hombre, laico, que desempeñaba un mando militar pero que, cuanto agradaba al rey por su oficiosidad de puertas afuera, otro tanto le desagradaba por su negligencia de puertas adentro. El caso es que el rey, con gran empeño, lo amonestaba para que confesara, enmendara y abandonara sus malos pasos antes de que, llegándole de repente la muerte, perdiera toda ocasión de arrepentirse y corregirse. Pero él, aunque amonestado frecuentemente, menospreciaba aquellas palabras saludables y prometía que haría penitencia más adelante. En esto, aquejado de una enfermedad, quedó postrado en el lecho y empezó a sufrir agudos dolores. El rey, yendo junto a él (pues lo estimaba mucho), lo exhortaba para que al menos entonces, antes de morir, hiciera penitencia de sus pecados. Mas él le respondió que no quería confesar sus pecados por el momento, sino cuando se recuperara de su enfermedad, a fin de que sus colegas no le reprocharan que hiciera por miedo a la muerte lo que no había querido hacer estando sano, y lo hizo hablando valientemente, según a él le parecía pero, según luego se vio, desdichadamente seducido por un engaño demoníaco.

2. Cuando, al agravarse su enfermedad, el rey entraba de nuevo a visitarlo y a aleccionarlo, él clamaba al instante con voz lastimera: «¿Qué quieres ahora? ¿A qué has venido aquí? Pues ya no puedes proporcionarme provecho o salvación alguna». El rey le dijo: «No hables así, procura ser sensato», y él le respondió: «No estoy loco, sino que con toda seguridad tengo ante mis ojos la certeza de lo peor». «¿Y qué es eso?», le dijo el rey. «Hace un momento –le respondió– han entrado en esta casa dos jóvenes hermosísimos y se sentaron a mi lado, uno a mi cabeza y otro a mis pies, y uno de ellos sacó un libro precioso pero muy pequeño, y me lo dio a leer, y en él, al mirarlo, vi escritas todas las cosas buenas que alguna vez había hecho, y eran muy pocas y pequeñas. Recogieron el libro y no me decían nada. Entonces, de repente, llegó un ejército de espíritus malignos de horrible aspecto, y ocupó esta casa y la parte de fuera, llenándola por dentro en su mayor parte y tomando asiento en ella. Entonces, el que parecía ser el más importante de ellos por lo oscuro de su rostro y por el asiento principal en que estaba, sacando un libro de horrible aspecto y de gran tamaño y peso, casi imposible de transportar, ordenó a uno de sus satélites que me lo trajera para que lo leyera. Al leerlo, me encuentro con que todos los pecados que he cometido, no sólo de obra o de palabra, sino también con mis más sutiles pensamientos, estaban anotados en él de manera clarísima con letras siniestras. Y les decía a los que se habían sentado a mi lado, dos hombres vestidos de blanco y resplandecientes: "¿Para qué estáis sentados aquí sabiendo a ciencia cierta que ese hombre es nuestro?"[78]. Le respondieron: "Es verdad lo que dices; cogedlo y llevadlo al montón de vuestros condenados". Dicho esto, al instante de-saparecieron y, levantándose dos de aquellos espíritus infames que llevaban en sus manos unos pinchos, me hirieron con ellos, uno en la cabeza y otro en un pie. Naturalmente, los pinchos ahora se me meten con gran tormento dentro del cuerpo, y pronto, una vez que se junten, moriré y seré arrastrado al encierro del infierno por los demonios que ya están preparados para arrebatarme».

3. Así hablaba aquel desdichado en su desesperación y, muriendo no mucho después, la penitencia que dejó de hacer por un breve tiempo con el fruto del perdón la hace eternamente sin fruto alguno, sometido a su castigo. Por esto consta que, según el bienaventurado papa Gregorio[79] escribe sobre algunos, que aquel hombre tuvo su visión no en beneficio propio, pues en nada le aprovechó, sino en beneficio de otros que, al saber de su muerte, sintieran miedo de retrasar el tiempo de su penitencia mientras tenían oportunidad, no fuera que, sorprendidos de improviso por el trance de la muerte, murieran impenitentes. En cuanto a lo de que vio de que se le presentaban diversos libros por los espíritus buenos o malos, eso ocurrió por la divina providencia, para que recordemos que nuestras obras y pensamientos no se los lleva el viento, sino que todos se guardan para su examen por el supremo Juez, y que nos han de ser mostrados al final, ya por los ángeles amigos, ya por los enemigos. En cuanto a lo de que primero le mostraron los ángeles el libro resplandeciente y luego los demonios el

negro –aquél muy pequeño, éste enorme–, hay que advertir que en sus primeros tiempos hizo algunas cosas buenas, todas las cuales, sin embargo, dejó en la sombra siendo joven con su conducta descarriada. Y si, por el contrario, se hubiera preocupado de corregir los errores de su infancia en la adolescencia, y de esconderlos a los ojos de Dios con buenas obras, hubiera podido unirse al número de aquellos de los que dice el salmo: «Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han quedado cubiertos»[80].

4. Esta historia, tal como la supe por el venerable obispo Pecthelmo[81], estimé que había que contarla sencillamente para provecho de los lectores o de los oyentes.

14

Cómo también otro que iba a morir vio el lugar que le estaba destinado en los infiernos para su castigo.

1. Conocí yo mismo a un hermano al que ojalá no hubiera conocido (y cuyo nombre incluso podría decir si sirviera de algo), que estaba en un noble monasterio, pero vivía de manera indigna. Y cierto es que frecuentemente era amonestado por sus hermanos y por los superiores del lugar, y exhortado a que se convirtiera a una vida más pura y, aunque no había querido escucharlos, ellos lo soportaban generosamente por la necesidad de los servicios que prestaba exteriormente, pues era un artesano de singular habilidad. Pero el caso es que estaba muy entregado a la bebida y a las demás seducciones de la vida relajada, y acostumbraba a quedarse día y noche en su taller, más que a acudir a cantar y a orar en la iglesia y a escuchar con sus hermanos la Palabra de la vida. Por ello le ocurrió lo que algunos suelen decir: que el que no quiere entrar por propia voluntad y humildemente por la puerta de la Iglesia necesariamente ha de ser metido, no por propia voluntad, sino condenado, por la puerta del infierno. En efecto, aquejado por la enfermedad y estando en las últimas, llamó a los hermanos y, muy abatido y como quien ya está condenado, empezó a contarles que veía los infiernos abiertos y a Satanás hundido en las profundidades del Tártaro[82], y junto a él a Caifás[83], con los demás que mataron al Señor, entregado a las llamas vengadoras, «y a su lado –dijo–, ¡ay de mí!, veo que me está preparado un lugar de eterna perdición». Al oír esto, los hermanos empezaron a exhortarlo con toda diligencia para que al menos entonces, mientras aún estaba en su cuerpo, hiciera penitencia. Él les respondía desesperado: «Ahora ya no tengo tiempo de cambiar de vida, puesto que he visto que mi juicio ya está concluido».

2. Tras decir esto, y sin el viático de la salvación, murió y su cuerpo fue enterrado en el lugar más remoto del monasterio, y nadie se atrevía a decir misas, ni a cantar Salmos, ni siquiera a rezar por él. ¡Oh, con qué gran distancia separó Dios la luz de las tinieblas! El bienaventurado protomártir Esteban, cuando iba a padecer la muerte por la verdad, vio los cielos abiertos, vio la gloria de Dios y a Jesús en pie a su derecha[84] y, para sucumbir con más alegría, antes de su muerte puso sus ojos de su espíritu en el lugar en que iba a estar tras su muerte. En cambio, este artesano de alma y obras tenebrosas, al llegar la muerte, vio el Tártaro abierto, vio la condenación del diablo y de sus secuaces; vio, el desgraciado, incluso su propia prisión en medio de ellos, para que pereciera de manera más miserable desesperando de su salvación pero también para que a los vivos que llegaran a conocimiento de todo esto les dejara con su perdición un motivo de salvación. Esto ocurrió recientemente en la provincia de Bernicia[85] y, al difundirse a lo largo y a lo ancho, movió a muchos a hacer, y no retrasar, la penitencia de sus pecados, lo que ojalá ocurra también por la lectura de nuestro relato.

15

Cómo muchas iglesias de los escotos, a instancias de Adamnan, aceptaron la Pascua católica y cómo él escribió un libro sobre los santos lugares.

1. En estos tiempos, la mayor parte de los escotos[86] en Hibernia[87] y también algunos de los britanos en Britania adoptaron la fecha razonable y canónica de la celebración de la

Pascua, por gracia del Señor[88]. Y es que Adamnan[89], presbítero y abad de los monjes que estaban en la isla de Iona, cuando en el desempeño de una legación fue enviado por su pueblo a Aldfrido, rey de los anglos y, al quedarse cierto tiempo en aquella provincia, observó los ritos canónicos de aquella iglesia, y además fue insistentemente exhortado por algunos que eran más sabios para que no pretendiera vivir contra la costumbre universal de la Iglesia, ni en la celebración de la Pascua ni en varias otras observancias, junto con los poquísimos que estaban con él, situados en el rincón más remoto del mundo, cambió de pensamiento; de manera que de muy buena gana prefirió cuanto había visto y oído en las iglesias de los anglos a su costumbre y a la de los suyos. En efecto, era un hombre bueno y sabio, y notablemente instruido en la ciencia de las Escrituras.

2. Cuando se volvió a casa, trató de llevar a los suyos que estaban en Iona y a los que estaban sometidos a dicho monasterio al camino de la verdad que había conocido y que él había abrazado de todo corazón, pero no lo logró. Navegó hasta Hibernia[90] y, predicando y explicando con toda modestia la fecha legítima de la Pascua, a muchos de aquel pueblo, y a casi todos los que estaban libres de la autoridad de Iona, los redujo a la autoridad católica corrigiéndoles de su error ancestral, y les enseñó a observar la fecha legítima de la Pascua. Una vez que, celebrada en Hibernia la Pascua canónica, volvió a su isla[91] y predicó en su propio monasterio con gran insistencia la observancia católica del tiempo pascual sin poder conseguir lo que intentaba, ocurrió que, antes de cumplirse un año, se fue de este mundo; sin duda porque la gracia divina dispuso que aquel varón tan defensor de la unidad y la paz se viera arrebatado a la vida eterna antes de que, al volver el tiempo de la Pascua, se viera obligado a tener una discordia más grave con aquellos que no querían seguirlo en el camino de la verdad.

3. Aquel varón escribió un libro sobre los santos lugares muy útil para sus muchos lectores, cuyo promotor, por medio de sus enseñanzas y de sus dictados fue Arculfo[92], obispo de las Galias, que, para visitar aquellos lugares, había ido a Jerusalén y, tras recorrer toda la tierra prometida, también había ido a Damasco, a Constantinopla, a Alejandría y a muchas islas de aquel mar y, al volver en barco a su patria, fue empujado por la violencia de la tempestad a las costas occidentales de Britania. Tras muchos otros sucesos, cuando se encontró con el mencionado siervo de Cristo Adamnan, y éste descubrió que era docto en las Escrituras y conocedor de los santos lugares, fue acogido por él con mucho gusto y escuchado con gusto aún mayor, de manera que cuantas cosas dignas de memoria le relataba que había visto en los santos lugares él se ocupaba de ponerlas todas inmediatamente por escrito. Así hizo una obra, como he dicho, útil a muchos y sobre todo a quienes, apartados lejos de aquellos lugares en los que estaban los patriarcas y los apóstoles, sólo saben sobre estas cosas lo que han aprendido por la lectura. Adamnan presentó este libro al rey Aldfrido, y por su generosidad también fue entregado para su lectura a personas de inferior condición. El autor fue enviado de nuevo a su patria[93] tras recibir del rey muchos presentes. Creo que será bueno para los lectores extractar algunas cosas de sus escritos e insertarlos en esta nuestra *Historia*.

16

Lo que en el mismo libro contó del lugar de la Natividad del Señor, de su Pasión y Resurrección.

1. Pues bien, acerca del lugar de la Natividad del Señor Adamnan escribió en estos términos[94]:

> Belén, la ciudad de David, está situada en una loma estrecha, rodeada de valles por todas partes, de una longitud de una milla de oeste a este, y está provista de una muralla de poca altura, sin torres, construida por el borde de su cima llana. En su extremo occidental hay una especie de medio cueva natural, de cuya parte exterior se dice que fue el lugar de la Natividad del Señor, y a cuya parte interior se la llama el pesebre del Señor. Esta gruta, recubierta enteramente por dentro de precioso mármol, sobre el lugar exacto donde se cuenta que el Señor nació

tiene encima una gran iglesia de Santa María.

2. Asimismo, sobre el lugar de la Pasión y Resurrección del Señor, escribió de esta manera:

Al entrar desde el norte en la ciudad de Jerusalén, el primer sitio al que hay que ir de los santos lugares, en razón del trazado de las calles, es la iglesia constantiniana que se llama el Martirio. La construyó con un estilo regio y magnífico el emperador Constantino, porque allí fue hallada la cruz del Señor por su madre Helena. Luego, hacia el poniente, se ve la iglesia del Gólgota, en la cual también se muestra la roca que un día sostuvo la propia cruz con el cuerpo del Señor clavado en ella, y que ahora tiene una cruz de plata muy grande y, colgando encima, una gran rueda de bronce con lámparas. Bajo el lugar de la cruz del Señor hay una cripta cavada en la peña, en la que se suele ofrecer el sacrificio por los difuntos a los que se rinden honras, mientras sus cuerpos quedan depositados en la calle. También a poniente de esta iglesia está la iglesia redonda de la Anástasis, es decir, de la Resurrección del Señor, que está rodeada por tres muros; se sostiene sobre 12 columnas y entre cada dos muros tiene un amplio pasaje que contiene tres altares en tres lugares del muro intermedio, uno al sur, otro al norte y otro al oeste. Ésta tiene ocho puertas o entradas que atraviesan los tres muros, de las cuales cuatro miran al volturno y cuatro al euro[95]. En medio de ella está el sepulcro del Señor, redondo y excavado en la peña, cuya cima puede alcanzar por dentro un hombre en pie con su mano, el cual tiene su entrada por el oriente, y junto a ella está arrimada la famosa gran piedra y hasta el día de hoy deja ver las huellas de las herramientas con que se excavó. Por fuera está cubierto enteramente de mármol hasta su cima, y, adornado con oro, soporta una gran cruz también de oro. Al lado norte de este monumento, el sepulcro del Señor, excavado en la propia roca, de tres pies de largo, sobresale del pavimento tres palmos y tiene su entrada por el lado sur, donde día y noche arden 12 lámparas, cuatro dentro del sepulcro y ocho encima, al lado derecho. La piedra que estaba puesta en la puerta del sepulcro ahora está rota, pero su parte más pequeña sigue estando allí en forma de altar cuadrado delante de la puerta del propio monumento, y la más grande se conserva en otro altar de cuatro esquinas en la parte oriental de la iglesia dicha, cubierto con unos lienzos. El color del monumento y del sepulcro parece blanco mezclado con rojo.

17

Qué contó del lugar su Ascensión y de los sepulcros de los patriarcas.

1. También habla el autor citado del lugar de la Ascensión del Señor, de esta manera:

El Monte de los Olivos es similar en altura al de Sión, pero es mayor en anchura y longitud. Salvo vides y olivos, tiene pocos árboles, pero también es fértil en trigo y en cebada. En efecto, la naturaleza de su suelo no tiende a dar matorrales[96], sino hierbas y flores. En su cima, donde el Señor ascendió a los cielos, hay una gran iglesia redonda que tiene a su alrededor tres pórticos cubiertos con bóvedas. En efecto, el interior del edificio, en consideración a la trayectoria del divino cuerpo, no se pudo cerrar y cubrir, y tiene un altar hacia el oriente cubierto por una pequeña bóveda, en cuyo centro se ven las últimas huellas del Señor, estando por arriba a la vista el cielo al que ascendió. Y, aunque cada día los creyentes se llevan tierra de allí, todavía se mantiene y aún conserva la imagen de sus huellas marcadas como si hubieran sido impresas. En torno a ellas hay una reja circular de bronce, de la altura hasta el cuello de un hombre, que tiene una entrada por el poniente, y encima cuelga de unas poleas una gran lámpara que luce todo el día y toda la noche. En la parte occidental de la iglesia hay ocho ventanas y frente a ellas otras tantas lámparas colgadas de cables que a través de sus vidrios hacen llegar su luz hasta Jerusalén, y se dice que su luz suele impresionar a los que la ven infundiéndoles cierta devoción y arrepentimiento. Todos los años, en el día de la Ascensión del Señor, una vez acabada la misa, acostumbra a venir desde arriba una fuerte ráfaga de viento y postrar por tierra a todos los que están presentes.

2. También escribe así del lugar de Hebrón y de las tumbas de los patriarcas:

Hebrón, antaño ciudad y metrópoli del reino de David, y que ahora sólo muestra en sus ruinas lo que fue, tiene a la distancia de un estadio[97], hacia el oriente, una doble cueva situada en un valle, donde están, rodeados por un muro cuadrado, los sepulcros de los patriarcas, los cuales tienen sus cabezas mirando al norte, y cada uno está cubierto con su lápida, labrada al modo de las de una basílica. Las de los tres patriarcas son blancas y más oscuras y de una labra más basta la de Adán, que descansa no lejos de aquéllos hacia el extremo norte de aquel muro. También se ven los sepulcros de tres mujeres, más bastos y pequeños. La colina de Mamre está a una milla de estos sepulcros hacia el norte, y está cubierta de mucha hierba y flores, y tiene en su cima una superficie llana. En su parte norte el roble de Abraham, sólo un tronco de la altura de dos hombres, está englobado dentro de una iglesia.

3. Me ha parecido oportuno incluir en nuestra *Historia* estos extractos de las obras del autor citado, según el sentido de sus palabras pero en términos más breves y concisos, para

provecho de nuestros lectores. Si a alguno le apetece saber más de sus obras, que lo busque, o bien en aquel volumen, o bien en el resumen que hace poco hemos extractado de él[98].

18

Cómo los sajones meridionales recibieron como obispos a Edberto y Ealla y los occidentales a Daniel y Aldhelmo, y sobre los escritos de Aldhelmo.

1. El año de la Encarnación del Señor 705 murió Aldfrido, rey de Northumbria, sin completar el vigésimo de su reinado. Lo sucedió en el poder su hijo Osredo[99], un chico de unos ocho años, que reinó durante unos once. Al inicio de este reinado Hedde, obispo de Wessex[100], marchó a la vida celestial. Ciertamente era un hombre bueno y justo, y vivía su vida y su enseñanza de obispo más con su congénito amor a la virtud que con la instrucción derivada de sus lecturas. De hecho, el reverendísimo obispo Pecthelmo, del que habrá que hablar en los pasajes siguientes, y que al lado de su sucesor Aldhelmo[101] fue por mucho tiempo diácono y monje, solía referir que, en el lugar en el que murió, y a consecuencia de sus santos méritos, se produjeron muchas curaciones milagrosas y que la gente de aquellas provincias solían llevarse tierra de allí y mezclarla con agua para dársela a sus enfermos, y que el hecho de probarla o el de ser aspergidos con ella les valieron la curación a muchos hombres y bestias, por lo cual, al quitarse continuamente de tanta tierra sagrada, se hizo allí una fosa no pequeña.

2. Al morir Hedde, el obispado de aquella provincia se dividió en dos partes. Una le fue dada a Daniel, quien la gobierna hasta el día de hoy; la otra a Aldhelmo, que estuvo al frente de ella cuatro años con la mayor diligencia; ambos estaban bastante instruidos tanto en los asuntos eclesiásticos como en la ciencia de las Escrituras. Así Aldhelmo, cuando todavía era presbítero y abad del monasterio que llaman de Malmesbury, escribió, por mandato del sínodo de su pueblo, un libro egregio contra el error de los britanos que, o no celebran a su debido tiempo la Pascua, o hacen muchas otras cosas contrarias a la pureza y a la paz de la Iglesia, y a muchos de los britanos que estaban sometidos a los sajones occidentales los llevó a la celebración católica de la Pascua del Señor por medio de ese libro[102]. Escribió asimismo un libro excelente sobre la virginidad, que, siguiendo el ejemplo de Sedulio[103], compuso en doble versión: una en versos hexámetros y otra en prosa[104]. Escribió también algunas otras obras, como hombre que era doctísimo en todas las materias; pues tenía un estilo brillante[105] y, como ya dije, una erudición admirable en las letras tanto profanas como eclesiásticas[106]. A su muerte, asumió el pontificado en su lugar Forthhere, quien todavía vive, un hombre que también es muy erudito en las Sagradas Escrituras.

3. Cuando éstos desempeñaban el episcopado, se estableció por decreto sinodal que la provincia de Sussex[107], que hasta entonces pertenecía a la diócesis de la ciudad de Winchester[108], al frente de la cual estaba Daniel, tuviera también una sede episcopal y un obispo propio. Como primer obispo de esa sede fue consagrado Eadberto, quien era abad del monasterio del obispo Wilfrido, de feliz memoria, que se llama Selsey[109]. Muerto éste, Eolla lo sucedió en el cargo de pontífice. Pero, arrebatado este último de este mundo hace algunos años, el obispado ha permanecido vacante hasta hoy.

19

Cómo Cenredo, rey de Mercia, y Offa, rey de Essex, acabaron su vida en Roma en hábito monástico, y de la vida y muerte del obispo Wilfrido.

1. El año cuarto del reinado de Osredo, Cenredo, quien había gobernado de manera preclara por algún tiempo el reino de Mercia, abandonó de manera mucho más preclara el cetro del reino. En efecto, marchó a Roma y, tras ser tonsurado allí cuando desempeñaba el pontificado Constantino[110] y hacerse monje, permaneció en los santuarios de los apóstoles dedicado a la oración, el ayuno y la limosna hasta su último día. Lo sucedió en el reino

Ceolredo, hijo de Etelredo, quien tenía el reino antes del propio Cenredo. Con éste también llegó a Roma Offa, del que ya hemos hecho mención, hijo de Sigehere el rey de Essex[111], un joven amable y simpático, y que toda su gente ansiaba que tuviera y conservara el cetro del reino. Éste, llevado de la misma devoción, abandonó esposa, tierras, parientes y patria por Cristo y por el Evangelio, para recibir el ciento por uno en este mundo y la vida eterna en el venidero[112]. Así, pues, también él, cuando llegaron a los lugares santos, tonsurado y tras abrazar la vida monástica, llegó en el Cielo a la largamente ansiada visión de los santos apóstoles.

2. Precisamente el mismo año en que éstos abandonaron Britania, el eximio prelado Wilfrido, a los cuarenta y cinco años de haber recibido el episcopado, llegó a su último día en la provincia que se llama Oundle[113], y su cuerpo, colocado en un ataúd, fue llevado a su monasterio, que se llama Ripon y, conforme a las honras que corresponden a un pontífice tan grande, sepultado en la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro. Acerca de su vida recordemos brevemente algunos episodios, remontándonos a los tiempos anteriores. Siendo un muchacho de buena índole y que con su virtud superaba su edad, se comportaba con tanta modestia y prudencia en todas las cosas que sus mayores lo querían como a uno de ellos, lo honraban y lo agasajaban y, cuando llegó a los catorce años, prefirió la vida monástica a la del siglo. Cuando se lo contó a su padre (pues su madre ya había muerto), aquél asintió gustoso a sus aspiraciones y deseos celestiales y lo animó a continuar en sus saludables proyectos. Se fue, pues, a la isla de Lindisfarne y, entregándose allí al servicio de los monjes, procuraba aprender y practicar las cosas propias de la castidad y la piedad monásticas. Y, dado que era de ingenio agudo, aprendió enseguida los Salmos y varios otros libros; todo ello cuando aún no había sido tonsurado, pero cuando ya descollaba no poco en las virtudes que son más importantes que la tonsura, la humildad y la obediencia, por lo cual era objeto de justo afecto por parte de los más viejos y de sus coetáneos.

3. Cuando hubo servido a Dios por varios años en el mismo monasterio, aquel muchacho de ánimo sagaz se percató paulatinamente de que no era perfecta la vía de la virtud que transmitían los escotos[114], y se propuso en su interior ir a Roma y ver qué ritos eclesiásticos y monásticos se observaban en la Sede Apostólica. Cuando se lo refirió a sus hermanos, ellos alabaron su propósito y lo animaban a que llevara a cabo lo que en su pensamiento había dispuesto. Al momento él, marchando junto a la reina Eanfled, porque era conocido de ella y por su consejo y sus ruegos había sido admitido en el monasterio dicho, le declaró que tenía el deseo de visitar los santuarios de los apóstoles. Ella, encantada con el buen propósito del muchacho, lo envió a Kent, al rey Eorcemberto, quien era hijo de un tío materno suyo, rogándole que lo hiciera llegar a Roma con todos los honores. Por aquel tiempo tenía allí la dignidad del arzobispado Honorio, uno de los discípulos del papa Gregorio, un hombre profundamente versado en las cosas eclesiásticas. Mientras aquel muchacho de espíritu vivaz, quedándose por cierto tiempo en Kent, se afanaba cuidadosamente en aprender lo que veía, llegó allí otro muchacho llamado Biscop, de sobrenombre Benedicto[115], de familia de nobles anglos, deseoso también de ir a Roma, y del que ya hemos hecho mención.

4. Así, pues, el rey le dio a Wilfrido como compañero y le ordenó que lo llevara consigo a Roma. Cuando llegaron a Lyon, Wilfrido fue retenido allí por Delfín, obispo de aquella ciudad[116], y Benedicto completó sin parar su viaje hasta Roma. Y es que el prelado disfrutaba con la prudencia de las palabras de aquel joven, con la gracia de su bello rostro, con su modo de actuar, tan dispuesto, y con la firmeza y madurez de sus pensamientos. Por ello, a él y a sus compañeros les daba abundantemente de cuanto necesitaban mientras estaban con él, y encima le ofrecía, si él quería, encomendarle una parte no pequeña de la Galia para gobernarla, y darle como esposa a una doncella hija de su hermano, y tenerlo para siempre en la condición de hijo adoptivo. Pero él, tras darle las gracias por la piedad que, aun siendo un extranjero, se dignaba tener para con él, le respondió que tenía el propósito de otra

clase de vida, y que por ello, abandonando su patria, se había puesto en camino para Roma.

5. Al oír esto, el prelado lo encaminó hacia Roma, dándole un guía para el viaje y suministrándole generosamente cuantas cosas eran necesarias para el mismo, y tras rogarle encarecidamente que, cuando volviera, no se olvidara de hacerlo pasando junto a él. Una vez que llegó a Roma, y mientras se entregaba con cotidiana dedicación a la oración y a la meditación de los asuntos eclesiásticos, según se había propuesto, trabó amistad con un hombre muy santo y docto, el arcediano Bonifacio, quien también era consejero del papa apostólico. Bajo su magisterio estudió uno por uno los cuatro Evangelios, y con la enseñanza del mismo maestro aprendió el cómputo razonado de la Pascua y muchas otras cosas que no había podido aprender en su patria, todas ellas útiles para la disciplina eclesiástica. Después de pasar allí algunos meses ocupado en fecundos estudios, volvió a la Galia, junto a Delfín y, tras quedarse con él por tres años, fue tonsurado por él, y tenido en tal afecto que pensaba hacerlo su sucesor. Pero el prelado se vio impedido de hacer esto por una muerte cruel y Wilfrido quedó reservado más bien para el episcopado entre su pueblo, es decir, el de los anglos. En efecto, la reina Baldohilda[117], enviando a unos soldados, mandó matar al obispo y, hasta el lugar en que iba a ser degollado lo siguió Wilfrido, que era clérigo suyo, deseoso de sucumbir en su compañía, aunque él se lo prohibía insistentemente. Sin embargo, cuando los verdugos supieron que era extranjero y oriundo del pueblo de los anglos, tuvieron compasión de él y no quisieron matarlo junto con su prelado.

6. Cuando llegó a Britania, Wilfrido se unió en estrecha amistad con el rey Alh-frido, quien había aprendido siempre a seguir y amar las reglas católicas[118] de la Iglesia. Por ello, puesto que averiguó que era católico, pronto le donó una tierra de 10 familias[119] en el lugar que se llama Stamford[120], y no mucho después un monasterio de 30 familias en el lugar que se llama Ripon. Este lugar, a decir verdad, se lo había dado tiempo atrás para construir un monasterio a los que seguían a los escotos[121]; pero, dado que luego ellos prefirieron renunciar al lugar que aceptar la Pascua católica y los demás ritos canónicos según la costumbre de la Iglesia Romana y Apostólica, se lo dio al que vio instruido en mejores enseñanzas y costumbres.

7. Por entonces, y por mandato del rey dicho, Wilfrido fue ordenado de presbítero en el mismo monasterio por Agilberto, obispo de los gevisos[122], del que ya hemos hecho mención, por desear el rey que un varón tan docto y devoto fuera, acompañándolo permanentemente como su personal capellán y maestro. No mucho después, descubierta y eliminada, como ya hemos explicado más arriba, la secta de los escotos[123], enviándolo a la Galia con el consejo y consentimiento de su padre Oswiu, rogó que lo ordenaran como obispo suyo cuando tenía unos treinta años, cuando el mismo Agilberto desempeñaba el obispado de la ciudad de París, y junto con él otros 11 obispos que se reunieron para la consagración del obispo celebraron el rito con grandes honores. Estando él todavía en las partes de ultramar, fue consagrado para el obispado de York, por mandato del rey Oswiu, el santo varón Chad, como ya se ha contado más arriba y, tras regir de manera preclara esa iglesia durante tres años, se retiró a cuidar de su monasterio, que está en Lastingham[124], mientras Wilfrido recibía el obispado de toda la provincia de Northumbria.

8. Más tarde, reinando Egfrido, Wilfrido fue expulsado de su obispado, y en su lugar fueron consagrados otros prelados de los que hemos hecho mención más arriba. Decidido a ir a Roma y a exponer su causa ante el papa apostólico, tras embarcar, se vio empujado a Frisia por el soplo del favonio[125] y, acogido con todos los honores por aquellos bárbaros y por su rey Aldgisl, les predicaba a Cristo y, después de instruir a muchos miles de ellos en la palabra de la verdad, los lavó de las inmundicias de sus pecados en la fuente del Salvador, y la labor evangélica que poco después llevó a término con el mayor celo Willibrord, reverendísimo pontífice de Cristo, fue él quien la inició. Tras pasar allí feliz el invierno con aquel nuevo pueblo de Dios, reemprendió su viaje a Roma y, cuando su causa se ventiló ante el papa Agatón y muchos obispos, se halló que había sido acusado sin culpa y que era digno del

episcopado.

9. Por el mismo tiempo, cuando el mismo papa Agatón reunió en Roma un sínodo de 125 obispos contra los que afirmaban que en el Señor Nuestro Salvador sólo había una voluntad y una conducta[126], mandó que se llamara también a Wilfrido y que, sentándose entre los obispos, declarara su fe y al propio tiempo la de la provincia y la isla de la que había venido. Cuando se halló que él, junto con su pueblo, era católico en su fe, pareció oportuno incluirlo entre las demás actas del sínodo, y se escribió de este modo: «Wilfrido, amado de Dios, obispo de la ciudad de York, que ha apelado sobre su causa a la Sede Apostólica, y que por esta autoridad ha sido absuelto de todas las cosas ciertas e inciertas, y que junto con los restantes 125 obispos ha sido designado para juzgar en el sínodo, en nombre de todas las tierras septentrionales de Britania y de Hibernia[127], islas que están habitadas por los pueblos de los anglos y los britanos, así como por los de los escotos y pictos, ha confesado la fe verdadera y católica y la ha corroborado con su firma».

10. Volviendo después de esto a Britania[128], convirtió a la provincia de Sussex de los ritos idolátricos a la fe de Cristo; también envió ministros de la Palabra a la isla de Wight, y en el segundo año de Aldfrido, quien reinó después de Egfrido, recuperó su sede y su obispado por invitación del propio rey. Ahora bien, acusado de nuevo al cabo de cinco años, fue expulsado de su prelatura por el mismo rey y muchos obispos[129] y, marchando a Roma[130] y tras obtener la posibilidad de defenderse en presencia de sus acusadores, ante muchos obispos reunidos con el papa apostólico Juan[131], se probó a juicio de todos que sus acusadores habían tramado contra él algunas parcialmente falsas. Y así el papa dicho escribió a los reyes de los anglos Etelredo y Aldfrido para que lo hicieran restituir en su obispado, puesto que había sido condenado injustamente.

11. Ayudó a la causa de su absolución la lectura de las actas del sínodo del papa Agatón, de feliz memoria, que, según ya dijimos, se había hecho tiempo atrás estando él presente en la Urbe, concilio en el que se sentó entre los obispos. En efecto, cuando, por exigirlo así la causa y por mandato del papa apostólico, se leyeron a lo largo de varios días las actas de dicho sínodo en presencia de los nobles y de numeroso público, se llegó al lugar en el que estaba escrito: «Wilfrido, amado de Dios, obispo de la ciudad de York, que ha apelado sobre su causa ante la Sede Apostólica y que por esta autoridad ha sido absuelto de todas las cosas ciertas e inciertas…», etc., según pusimos más arriba. Cuando esto se leyó, el estupor se apoderó de los oyentes y, mientras el lector callaba, empezaron a preguntarse unos a otros quién era aquel obispo Wilfrido. Entonces Bonifacio, el consejero del papa apostólico, y muchos otros que lo habían visto allí en tiempos del papa Agatón decían que era un obispo que acababa de llegar a Roma acusado por los suyos y para ser juzgado por la Sede Apostólica, y añadían: «Ya hace tiempo, igualmente acusado, vino aquí y, tras ser oída y juzgada su causa y la controversia de las dos partes por el papa Agatón, de feliz memoria, se probó que había sido arrojado de su obispado en contra de derecho, y el papa lo tuvo en tanta consideración que le ordenó sentarse en el concilio de obispos que había reunido, como a hombre de fe incorrupta y de buen espíritu». Al oír esto, decían todos, a una con el propio pontífice, que un varón de tanta autoridad, que por casi cuarenta años había desempeñado el episcopado, en absoluto debía ser condenado, sino, totalmente libre de culpa, volver a su patria con honores.

12. Cuando Wilfrido, al volver a Britania, llegó a las tierras de la Galia, contrajo una repentina enfermedad y, al agravarse la misma, quedó tan aquejado por ella que ni podía ir a caballo, sino que era llevado en una litera en manos de sus sirvientes. Llevado así hasta la ciudad de Meaux, en la Galia, estuvo postrado como muerto durante cuatro días y cuatro noches, demostrando que estaba vivo sólo con una respiración muy débil. Después de seguir así, sin comida ni bebida, sin voz ni oído, durante esos cuatro días, al amanecer del quinto, como si despertara de un profundo sueño, se levantó y se sentó y, abriendo los ojos, vio a su alrededor corros de hermanos que a un tiempo entonaban Salmos y cantaban, y con un leve

suspiro les preguntó dónde estaba el presbítero Acca[132]. Éste fue llamado y entró al instante y, al ver que se encontraba mejor y que ya podía hablar, arrodillándose, dio gracias a Dios junto con todos los hermanos que estaban presentes. Y, cuando se sentaron un rato y empezaron a hablar entre sí, llenos de temor, de algunas cosas acerca de los juicios celestiales, el prelado mandó que los demás salieran de momento y empezó a hablarle así al presbítero Acca: «Acaba de aparecérseme una visión tremenda, que quiero que tú oigas y guardes en silencio, hasta que yo sepa qué quiere Dios que sea de mí. Y es que se puso a mi lado uno que llevaba una vestidura blanca resplandeciente, diciéndome que era el arcángel Miguel, y añadió: "He sido enviado para librarte de la muerte; pues el Señor te ha concedido la vida por las oraciones y lágrimas de tus discípulos y hermanos, y por la intercesión de su Bienaventurada Madre, la siempre Virgen María. Por ello te digo que ahora te vas a curar de esta enfermedad. Pero estate preparado, porque, volviendo dentro de cuatro años, vendré a visitarte. Cuando llegues a tu patria, recuperarás la mayor parte de tus posesiones que te han sido arrebatadas y acabarás tu vida en la tranquilidad de la paz"».

13. Así, pues, el obispo se recuperó, mientras todos se alegraban y daban gracias a Dios y, tras ponerse en camino, llegó a Britania. Al leer las cartas que había traído del papa apostólico, el arzobispo Bertwaldo y el antiguo rey Etelredo, quien entonces era abad[133], se pusieron gustosos de su parte, y Etelredo, haciendo venir a Cenredo, al que había hecho rey en su lugar, le pidió y logró que se hiciera amigo del obispo. Sin embargo, Aldfrido, el rey de Northumbria, desdeñó recibirlo, y no sobrevivió mucho tiempo; por ello ocurrió que, reinando su hijo Osredo, se hizo un sínodo junto al río Nidd[134], después de cierta controversia por una y otra parte, y que al fin, con el apoyo de todos, Wilfrido fue repuesto en la prelatura de su iglesia, y así vivió en paz durante cuatro años, es decir, hasta su muerte.

14. Murió en su monasterio, que tenía en la provincia de Oundle y estaba gobernado por el abad Cuthbaldo y, llevado por sus hermanos a su primer monasterio, que se llama Ripon, fue sepultado en la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro al lado del altar, al lado sur, como también hemos contado más arriba, y encima se puso encima este epitafio acerca de él[135]:

Aquí descansa el cuerpo del gran obispo Wilfrido,
que, llevado por amorosa piedad, hizo este templo al Señor
y lo consagró con el eximio nombre de Pedro,
al que las llaves del Cielo dio Cristo, Señor del Orbe,
y lo vistió devoto de oro y de púrpura tiria[136].
Aún más: también el trofeo sublime de la cruz, de oro radiante,
aquí puso, y además, los cuatro libros de los Evangelios
mandó copiar, por su orden, en letras de oro,
e hizo de oro brillante una caja digna de ellos.
También los tiempos solemnes de la fiesta de Pascua
los enmendó según el justo precepto canónico
que establecieron los padres y, alejando el error y la duda,
hizo ver a su pueblo la regla segura del rito;
y en estos lugares grandes enjambres de monjes
juntó, y en su doctrina cuidó, diligente, de establecer
cuál fue la regla de los padres, y tras afrontar, en casa y fuera de ella,
peligros por tiempo largo en exceso,
después de ser obispo por cuarenta y cinco años,
pasó de este mundo y gozoso se fue al Reino de los Cielos.
Concede, Jesús, que su grey siga de su pastor la cañada.

20

Cómo al devoto abad Adriano lo sucedió Albino y Acca sucedió a Wilfrido en el episcopado.

1. Al año siguiente de la muerte de este padre, es decir, el quinto del rey Osredo, falleció el padre abad Adriano, colaborador en la palabra de Dios del obispo Teodoro, de feliz memoria, y fue sepultado en su monasterio[137], en la iglesia de la Bienaventurada Madre de Dios. Era

el año cuadragésimo primero desde que había sido enviado por el papa Vitaliano junto con Teodoro, y el trigésimo noveno de su llegada a Britania. De su saber, y también del de Teodoro, da testimonio, entre otros hechos, el que su discípulo Albino, quien lo sucedió en el gobierno de su monasterio, estaba tan instruido en las Escrituras que tenía un conocimiento no pequeño de la lengua griega, y de la latina no menor que de la de los anglos, que era su lengua nativa.

2. El obispado de la iglesia de Hexham, en sustitución de Wilfrido, lo recibió su presbítero Acca, también un hombre de lo más esforzado y excelente ante Dios y ante los hombres. Éste también amplió con variada decoración y con obras admirables el edificio de su iglesia, que fue consagrada en honor del bienaventurado apóstol Andrés. En efecto, puso empeño, como todavía hace actualmente, en allegar de todas partes reliquias de los bienaventurados apóstoles y mártires de Cristo y en levantar altares para su culto, haciendo diversas capillas dentro de los muros de la propia iglesia. Pero además, reuniendo con gran esfuerzo los relatos de sus pasiones, al tiempo que los demás libros eclesiásticos, hizo allí una biblioteca muy grande y muy notable, y también adquirió con la mayor diligencia vasos sagrados y lámparas y otras cosas por el estilo que atañen al ornato de la casa de Dios. Asimismo, a un cantor excelente, llamado Maban, quien en Kent había sido instruido en el arte del canto por los sucesores de los discípulos del bienaventurado papa Gregorio, lo hizo venir para que lo instruyera a él y a los suyos y lo mantuvo a su lado durante doce años, a fin de que les enseñara los cantos litúrgicos que ellos no sabían, y de que los aprendidos tiempo atrás, que por su largo uso o por la negligencia habían empezado a deteriorarse, volvieran a su prístino estado por sus enseñanzas. El propio obispo Acca era un cantor muy diestro, al igual que también se había convertido en un hombre muy instruido en las letras sagradas, de lo más recto en la observancia de la fe católica y a la vez muy experto en las reglas de la vida eclesiástica y, hasta que reciba los premios de su piadosa devoción, no dejará de serlo; como que desde la infancia se educó y se formó en el clero del santo obispo de York Bosa, amado de Dios; luego, marchando junto al obispo Wilfrido con la esperanza de una vida mejor, pasó toda la suya al servicio de aquél hasta que murió, e incluso, yendo a Roma con él, aprendió allí muchas cosas útiles para las instituciones eclesiásticas que en su patria no había podido aprender.

21

Cómo el abad Ceolfrido envió al rey de los pictos arquitectos para hacer iglesias, y al propio tiempo una carta sobre la Pascua católica y la tonsura.

1. Por aquel tiempo Nechtan[138], rey de los pictos, que habitan en las regiones septentrionales de Britania[139], aleccionado por la frecuente meditación de las Escrituras eclesiásticas, renunció al error en el que hasta la fecha se mantenía con su pueblo en cuanto a la celebración de la Pascua, y con todos los suyos pasó a celebrar el tiempo católico de la Resurrección del Señor. Para hacerlo con mayor facilidad y autoridad, pidió ayuda al pueblo de los anglos, de los que sabía que ya habían acomodado tiempo atrás su culto al ejemplo de la Santa Iglesia Romana y Apostólica. Y así envió a emisarios al venerable varón Ceolfrido, abad del monasterio de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo que está en el estuario del río Wear y junto al río Tyne, en el lugar que se llama Jarrow[140] –que gobernó de manera egregia después de Benedicto[141], del que ya hemos hablado más arriba–, pidiéndoles que le enviaran cartas exhortatorias con las que pudiera confutar con más fuerza a los que se atrevían a celebrar la Pascua fuera de su tiempo; también acerca del modo y manera de la tonsura con la que debían distinguirse los clérigos, si bien él mismo estaba informado de buena parte de estas cosas. Pero también pidió que le enviaran arquitectos que le hicieran para su pueblo una iglesia de piedra a la manera de los romanos[142], prometiendo que sería dedicada en honor del bienaventurado Príncipe de los Apóstoles, y que él, junto con todos los suyos, imitaría siempre los usos de la Santa Romana y Apostólica

Iglesia, en la medida en que, tan separados como estaban de la lengua y del pueblo romano[143], pudieran aprenderlos. Accediendo a sus piadosos votos y ruegos, el reverendísimo abad Ceolfrido le envió los arquitectos que se le pedían, y una carta escrita en estos términos:

2. Al excelentísimo Señor y glorioso Rey Nechtan, el abad Ceolfrido[144], salud en el Señor.

La observancia católica de la Santa Pascua[145] por la que nos has preguntado con piadoso interés, oh rey devoto de Dios, intentaremos explicártela de inmediato y con el mayor gusto según tu deseo, y de acuerdo con lo que hemos aprendido de la Sede Apostólica. En efecto, sabemos que es un don del Cielo para la Santa Iglesia siempre que los que gobiernan se preocupan de aprender, enseñar y mantener la verdad. Y es que tenía toda la razón uno de los escritores profanos en lo de que el mundo viviría en el más feliz de los estados si o los reyes filosofaran o los filósofos reinaran[146]. Y, si acerca de la filosofía de este mundo pudo entender la verdad, y opinar justamente del estado de este mundo un hombre de este mundo, ¡cuánto más los ciudadanos de la patria celestial que peregrinan en este mundo han de desear y de suplicar con todas sus fuerzas que los que tienen más poder en él tanto más se esfuercen en escuchar los mandatos del Juez que está sobre todas las cosas, y que también a los que les han sido encomendados los instruyan para observarlos junto con ellos, a un tiempo con su ejemplo y su autoridad!

3. Pues bien, tres son las reglas contenidas en las Sagradas Escrituras en las que se nos fija el tiempo de la celebración de la Pascua y que ninguna autoridad humana puede cambiar. Dos de ellas están establecidas por inspiración divina en la Ley de Moisés; la tercera se añadió en el Evangelio en razón de la Pasión y la Resurrección del Señor. En efecto, la Ley prescribió que la Pascua debía hacerse en el primer mes del año y en la tercera semana de ese mes, es decir, desde el decimoquinto al vigésimo primer día. Se añadió por disposición apostólica, fundada en el Evangelio, que en esa tercera semana debemos esperar al domingo, y fijar en él el inicio del tiempo pascual. El que observe debidamente esta triple regla nunca errará en la fijación de la fiesta pascual. Ahora bien, si deseas saber de cada una de ellas con más precisión y amplitud, está escrito en el Éxodo, cuando al pueblo de Israel, a punto de ser liberado de Egipto, se le ordena celebrar la primera Pascua, que el Señor dijo a Moisés y a Aarón: «Este mes será para vosotros el principio, el primero de los meses del año. Hablad a toda la asamblea de los hijos de Israel y decidles: “El décimo día de este mes tome cada cual un cordero, según sus familias y sus casas”». Y poco después: «Y lo guardarás hasta el decimocuarto día de este mes, y lo inmolará todo el pueblo de los hijos de Israel al anochecer»[147]. En esas palabras queda meridianamente claro que se hace mención del día decimocuarto en la observancia de la Pascua pero no de manera que se prescriba hacer la Pascua en el propio día decimocuarto; sino que, sólo al llegar el anochecer del día decimocuarto, es decir, cuando la decimoquinta luna, que inicia la tercera semana, muestra su cara en el cielo, se ordena inmolar el cordero, y porque ésa es la noche de la decimoquinta luna, en la cual, heridos los egipcios, Israel fue liberado de su larga esclavitud. «Por siete días –dijo– comeréis pan ázimo»[148], y también en esas palabras se establece que toda la tercera semana de ese primer mes debe ser celebrada. Pero, para que no creyéramos que esos siete días había que contarlos desde el decimocuarto hasta el vigésimo, añadió a continuación: «El primer día no habrá levadura en vuestras casas. Quienquiera que comiere levadura entre el día primero y el día séptimo su alma desaparecerá de Israel», etc., hasta donde dice: «Pues en ese mismo día sacaré a vuestro ejército de la tierra de Egipto»[149].

4. Así, pues, llama primer día de los ázimos a aquel en que iba a sacar de Egipto a su ejército. Ahora bien, consta que fueron sacados de Egipto no el día decimocuarto, en cuyo anochecer fue inmolado el cordero, sino el decimoquinto, según se escribe de la manera más clara en el Libro de los Números: «Así, pues, salieron de Rameses el día decimoquinto del primer mes, al día siguiente de la Pascua, los hijos de Israel con la mano alzada»[150]. Por tanto, es preciso contar los siete días de los ázimos, el primero de los cuales el pueblo del Señor fue sacado de Egipto, según dijimos, desde el inicio de la tercera semana, es decir, desde el decimoquinto de la primera semana del primer mes, hasta el vigésimo primer día completo del mismo mes. Ahora bien, el día decimocuarto se nombra al margen de ese cómputo con el nombre de Pascua, como muestran patentemente las siguientes palabras del Éxodo, en las que, después de decir: «Pues en ese mismo día sacaré vuestro ejército de la tierra de Egipto», inmediatamente se añadió: «Y guardaréis este día de generación en generación, como institución perpetua. El primer mes, desde el día decimocuarto, comeréis pan ázimo hasta el día vigésimo primero del mismo mes al anochecer. Por siete días no se hallará pan fermentado en vuestras casas»[151]. En efecto, ¿quién no verá que desde el día decimocuarto hasta el vigésimo primero no van sólo siete días, sino ocho, si también se cuenta el decimocuarto? Ahora bien, según la verdad de la Escritura muestra, examinada con más atención, si contamos desde el anochecer del día decimocuarto hasta el anochecer del vigésimo primero, veremos sin duda que el día decimocuarto añade su anochecer al inicio de la fiesta pascual pero de manera que la totalidad de la sagrada solemnidad no abarque más de siete noches con otros tantos días, con lo cual se prueba la verdad de nuestra definición, en virtud de la cual dijimos que el tiempo pascual ha de celebrarse en el tercer mes del año y en su tercera semana. Pues se trata en verdad de la tercera semana, porque empieza al anochecer del día decimocuarto y se acaba al anochecer del vigésimo primero.

5. Pero, una vez que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado[152], e hizo que el día del Señor[153] (que entre los antiguos se llama el uno o primero de la semana) fuera para nosotros un día solemne por la alegría de Su Resurrección, la tradición apostólica insertó ese día en las fiestas pascuales, disponiendo que nada se adelantara en

el tiempo legal de la Pascua y nada se le disminuyera. Más aún, estableció que se esperara, según el precepto de la Ley, a ese primer mes del año, que se esperara a su decimocuarto día, que se esperara a su anochecer y que, cuando este día cayera en sábado, cada cual tomara un cordero, según sus familias y casas, y lo inmolara al anochecer; es decir, que todas las iglesias de todo el orbe, que forman la única Iglesia Católica, prepararan el pan y el vino para el misterio de la carne y la sangre del cordero inmaculado que quitó los pecados del mundo[154], y que, tras la correspondiente solemnidad de las lecturas, oraciones y ceremonias pascuales, ofrecieran esos dones al Señor con la esperanza de su futura redención. Pues ésa es la misma la noche en la que, por la sangre del cordero, el pueblo de Israel fue liberado de Egipto; la misma en que, por la Resurrección de Cristo, fue liberado de la muerte eterna todo el pueblo de Dios. Y, al rayar el alba, en el día del Señor, debían celebrar el primer día de la fiesta pascual. En efecto, ése es el día en el que el Señor manifestó la gloria de Su Resurrección a sus discípulos, que mostraron de mil maneras su gozo por aquella piadosa revelación; ése el primer día de los ázimos, sobre el que de manera muy clara se escribió en el Levítico: «El primer mes, el decimocuarto día al anochecer, es el Paso del Señor, y el decimoquinto día de este mes es la solemnidad de los ázimos del Señor. Comeréis panes ázimos por siete días. El primer día será solemnísimo y santo»[155].

6. Así, pues, si fuera posible que el día del Señor cayera siempre en el día decimoquinto del primer mes, es decir, en la decimoquinta luna, podríamos celebrar la Pascua siempre en una y la misma fecha, con el antiguo pueblo de Dios, aunque con diferencia en el género de sacramento, con una y la misma fe. Ahora bien, dado que el día de la semana no avanza con un ritmo igual al de la Luna, decretó la tradición apostólica, que fue predicada en Roma por el bienaventurado Pedro y confirmada en Alejandría por el evangelista Marcos, que fue su intérprete, que, al llegar el primer mes, y al llegar en él el anochecer del día decimocuarto, se espere todavía al día del Señor que cae entre el decimoquinto y el vigésimo primer día de ese mes. Pues, en cualquiera de esos que caiga, con razón se celebrará en él la Pascua, evidentemente porque el mismo pertenece al número de aquellos siete días en que se ordena celebrar los ázimos. Y ocurre así que nuestra Pascua nunca se sale, ni hacia una parte ni hacia la otra, de la tercera semana del primer mes, sino que, o bien la abarca enteramente, es decir, a todos los días de los ázimos de la ley, o al menos a algunos de ellos. Pues, aunque sólo coja a uno de ellos, es decir, el séptimo, el que tan excelentemente pondera la Escritura al decir: «Mas el día séptimo será más solemne y más santo, y en él no se hará ningún trabajo servil»[156], ninguno nos podrá reprochar que no celebramos rectamente el día del Señor de la Pascua, que hemos recibido del Evangelio, en el mismo día que la ley estableció, en la tercera semana del primer mes.

7. Manifestada la razón de esta observancia católica, queda claro, a su vez, el error irracional de quienes pretenden anticipar o superar los plazos fijados en la Ley sin que ninguna necesidad obligue a ello. En efecto, sin razón alguna que así lo exija, anticipan el tiempo prescrito en la Ley los que creen que el día del Señor de la Pascua debe celebrarse entre la decimocuarta y la vigésima luna del primer mes. Pues, como empiezan a celebrar la vigilia de la santa noche al anochecer del día decimotercero, queda claro que sitúan ese día en el comienzo de su Pascua, algo de lo que no pueden encontrar mención alguna en lo que la Ley dispone. Y, cuando rehúsan celebrar la Pascua del Señor el vigésimo primer día del mes, queda totalmente claro que excluyen de su celebración el día cuya festividad la Ley encarece con frecuencia como memorable sobre las demás, y así, con un cálculo errado, algunas veces incluyen todo el día de la Pascua en la segunda semana, y nunca lo ponen en el día séptimo de la tercera semana. A su vez, los que más bien opinan que la Pascua debe celebrarse entre el día decimosexto del mes dicho y el vigésimo segundo, se apartan del recto camino de la verdad con un error no menor, aunque en sentido contrario, y como si escaparan de naufragar ante Escila, caen, para hundirse, en el remolino de Caribdis[157]. En efecto, cuando enseñan que la Pascua debe iniciarse al surgir la decimosexta luna del primer mes, es decir, al anochecer del día decimoquinto, a todas luces se ve que excluyen sin más de su celebración el día decimocuarto del mismo mes, que la Ley encarece desde antiguo y de manera principal, de manera que apenas tocan al anochecer del decimoquinto día, en el que el pueblo de Dios fue redimido de la esclavitud egipcia y en el que el Señor, purificado con su sangre, lo liberó de las tinieblas del pecado, y en el cual, sepultado, también nos otorgó la esperanza de un bienaventurado descanso tras la muerte. Ésos, recibiendo en sí mismos la pena de su error[158], cuando fijan en el vigésimo segundo día del mes el día del Señor de la Pascua, sin duda violan, en abierta transgresión, los límites legítimos de la Pascua; como que inician la Pascua al anochecer del día en que la Ley decretó que se completara y consumara, y asignan a la Pascua como primer día uno del que en la ley no hay mención por ninguna parte, es decir, el primero de la cuarta semana.

8. Unos y otros se equivocan no sólo en la delimitación y cómputo de la edad de la luna, sino también, algunas veces, en el cálculo del primer mes. La cuestión es demasiado compleja para que pueda y deba abarcarse en una carta como ésta. Sólo diré que por medio del equinoccio de primavera siempre se puede averiguar sin temor a errar qué mes debe ser el primero del año según el cómputo lunar y cuál el último. Ahora bien, el equinoccio, según el parecer de todos los orientales, y sobre todo de los egipcios, que se llevan la palma del cómputo sobre los demás expertos, acostumbra a llegar el día 21 de marzo, según nosotros mismos comprobamos examinando el reloj de sol[159]. En consecuencia, toda luna llena antes del equinoccio, es decir, la que se produce en su día decimocuarto o decimoquinto, pertenece al último mes del año precedente, y por ello no es hábil para la celebración de la Pascua. En cambio, en la que tiene su plenilunio tras el equinoccio o en el propio equinoccio, debe saberse sin duda alguna, dado que pertenece al primer mes, que los antiguos solían celebrarla, y que nosotros debemos celebrarla, una vez que llegue el día del Señor. Que esto debe hacerse así lo exige evidentemente la razón de que en el Génesis está

escrito: «Hizo Dios los dos grandes luminares: el luminar mayor, para presidir el día, y el luminar menor, para presidir la noche»[160] o, como dice otra versión, «el luminar mayor para iniciar el día, y el luminar menor para iniciar la noche»[161]. Así, pues, al igual que primero el Sol, surgiendo del centro del oriente, ha fijado con su orto el equinoccio de primavera, luego, cuando el Sol se pone al anochecer, la luna llena lo sigue también desde el centro del oriente, todos los años es preciso observar ese mismo primer mes de la luna según su orden, de manera que no debe tener su plenilunio antes del equinoccio, sino en el propio día del equinoccio, como ocurrió al principio, o una vez pasado el mismo. Y si, aunque sea por un solo día, el plenilunio precede a la fecha del equinoccio, esa luna no debe adscribirse al primer mes del año que empieza, sino al último del anterior, y por eso el razonamiento expuesto prueba que es inhábil para las fiestas pascuales.

9. Por si también os apetece oír las razones místicas de todo esto, se nos ordena hacer la Pascua en el primer mes del año, que también se llamó el mes de las cosas nuevas, porque, renovados en el amor de las cosas celestiales nuestro espíritu y nuestra mente, debemos celebrar los misterios de la Resurrección del Señor y de nuestra liberación. Se nos prescribe que lo hagamos en la tercera semana de ese mes porque, prometido antes de la Ley y bajo la Ley, vino con Su gracia en la tercera edad del mundo[162] el que debía ser inmolado como nuestra Pascua, Cristo[163]; porque, al tercer día de ser inmolado en Su Pasión, resucitando de entre los muertos, quiso que ese día se llamara domingo[164] y que anualmente celebráramos en él las fiestas pascuales de Su Resurrección; también porque nosotros sólo celebramos de verdad su solemnidad si procuramos hacer con Él, por medio de la fe, la esperanza y la caridad, la Pascua, es decir, el tránsito de este mundo al Padre. Se nos manda que celebremos el plenilunio del mes pascual tras el equinoccio, sin duda para que primero el Sol haga el día más largo que la noche, y luego para que la Luna presente al mundo su círculo lleno de su luz; porque primero el Sol de Justicia, en cuyas alas está la salvación[165], es decir, el Señor Jesús, con el triunfo de su Resurrección venció a todas las tinieblas de la muerte, y así, ascendiendo a los cielos y enviando desde arriba el Espíritu Santo, llenó a su Iglesia, a la que a menudo designa como la Luna, con la luz de la gracia interior. Y, al contemplar este plan de nuestra salvación, decía el profeta: «Se ha levantado el Sol y la Luna se ha mantenido en su curso»[166].

10. Así, pues, el que sostenga que el plenilunio de Pascua puede llegar antes del equinoccio se aparta, desde luego, en la celebración de los más grandes misterios de la doctrina de las Sagradas Escrituras, pero concuerda con aquellos que confían en poder salvarse sin la previa ayuda de la gracia de Cristo, los cuales sostienen que, aunque la verdadera luz nunca hubiera vencido a las tinieblas muriendo y resucitando, pueden alcanzar la perfecta justicia[167]. Y así, tras el orto equinoccial del Sol, tras el primer plenilunio del primer mes que lo sucede por ese orden, es decir, después de terminar el día decimocuarto de ese mes, todo lo cual hemos recibido de la Ley con el mandato de observarlo, esperamos todavía, por la enseñanza del Evangelio, el momento del día del Señor en esa misma tercera semana, y así, al fin, celebramos las fiestas votivas de nuestra Pascua, para significar que nosotros no veneramos con los antiguos la liberación del yugo de la esclavitud egipcia, sino que conmemo-ramos con devota fe y amor la redención de todo el mundo, que, prefigurada en la liberación del antiguo pueblo de Dios, se consumó en la Resurrección de Cristo, y también para señalar que nos gozamos en la segura esperanza de nuestra resurrección, que creemos que también ocurrirá en el día del Señor[168].

11. Ahora bien, este cómputo de la Pascua que os mostramos para que lo sigáis se contiene en un ciclo de diecinueve años, que ya hace mucho tiempo, es decir, en los propios tiempos de los apóstoles, se empezó a observar en la Iglesia, y especialmente en Roma y en Egipto, como hemos dicho más arriba. Sin embargo, fue puesto en orden más claramente por obra de Eusebio[169], quien toma su sobrenombre del bienaventurado mártir Pánfilo[170], de manera que lo que hasta entonces acostumbraba a mandar el patriarca de Alejandría por todas las iglesias, en lo sucesivo, puestas en orden las fechas de la decimocuarta luna, pudiera ser comprendido por todos con la mayor facilidad. Hizo un cómputo pascual para cien años el prelado de Alejandría Teófilo[171], para el emperador Teodosio. También su sucesor Cirilo[172] abarcó una secuencia de noventa y cinco años, en cinco ciclos de diecinueve; tras él, Dionisio el Exiguo[173] añadió otros tantos por su orden según el mismo esquema, que llegaban hasta nuestros tiempos. Y, al acercarse éstos a su término, en la actualidad es tan desbordante la abundancia de computistas que incluso en nuestras iglesias de Britania hay unos cuantos que, encomendando a la memoria los viejos argumentos de los egipcios, son capaces de extender con la mayor facilidad los ciclos pascuales a cualquier periodo de tiempo, incluso, si quieren, hasta quinientos treinta y dos años[174], concluidos los cuales todo lo que concierne a la sucesión del Sol y la Luna, del mes y de la semana recurre en el mismo orden. Sin embargo, no os enviamos dichos ciclos de los tiempos próximos, porque, al pedir sólo que se os informara sobre el cómputo del tiempo pascual, habéis dejado claro que os sobran esos ciclos católicos de la Pascua.

12. Pero, una vez tratados sucinta y brevemente[175], según pediste, estos puntos acerca de la Pascua, también acerca de la tonsura, de la que al propio tiempo has querido que te escribiéramos, os exhorto a que procuréis mantenerla según la norma eclesiástica y de acuerdo con la fe cristiana. Cierto que sabemos que ni todos los apóstoles se tonsuraron de una y la misma manera, y que tampoco ahora la Iglesia Católica, así como está de acuerdo en la fe, esperanza y caridad hacia Dios, comparte a lo largo y ancho del mundo una sola y única forma de tonsura. Así, mirando a los tiempos antiguos, es decir, a los de los patriarcas, Job, modelo de paciencia, cuando, al llegar el trance de su tribulación, se rapó la cabeza[176], dejó claro que en los tiempos de prosperidad acostumbraba a dejarse crecer el pelo. El cambio, cuando se lee que José[177], también un ejemplo y maestro eximio de castidad, humildad, piedad y demás virtudes, se rasuró cuando iba a ser liberado de la esclavitud, queda claro que en el tiempo de la misma, en la cárcel, solía estar con los cabellos sin cortar. He aquí, pues, que cada uno de esos dos

hombres de Dios mostraba al exterior una apariencia distinta, aunque por dentro su conciencia concordaba en una similar gracia y virtud.

13. Pero, aunque nada nos impide declarar que la diferencia de tonsura no daña a quienes tienen una fe pura en Dios y una sincera caridad para con el prójimo (especialmente cuando nunca leemos que los padres católicos, al igual que las tuvieron a propósito de la Pascua o de las diferencias dogmáticas, tuvieran controversia alguna sobre diferencias de la tonsura), sin embargo, entre todas las tonsuras que hemos encontrado ya en la Iglesia, ya en la generalidad del linaje humano, yo diría que ninguna es digna de seguirse y de adoptarse con mayor razón que la que llevaba aquel a cuya confesión respondió el Señor: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y te daré las llaves del Reino de los Cielos»[178], y pensaría que ninguna es, y merecidamente, más abominable y detestable para todos los fieles que la que tenía aquel al que, cuando quería comprar la gracia del Espíritu Santo, le dice el propio Pedro: «Quédese contigo tu dinero para tu perdición, pues has creído que con dinero podía comprarse el don de Dios; no tienes parte ni heredad en este asunto»[179]. Ahora bien, no nos hacemos una tonsura en forma de corona sólo porque Pedro se tonsuró así; sino que, porque Pedro se tonsuró así en memoria de la Pasión del Señor, por eso también nosotros, que deseamos salvarnos por esa misma Pasión, llevamos el signo de su Pasión al igual que él en la cabeza, es decir, en la parte más alta de nuestro cuerpo. Pues, al igual que toda la Iglesia, dado que se llegó a ser Iglesia por la muerte del que le dio la vida, acostumbra a llevar en su frente la señal de la Santa Cruz, para defenderse constantemente con la protección de esa enseña de los ataques de los espíritus malignos, y para que su constante advertencia le recuerde que también ella debe crucificar su carne con sus vicios y concupiscencias[180], así también conviene que los que, por tener los votos monásticos o las órdenes clericales, han de sujetarse más estrechamente por el Señor al freno de la continencia, también exhiban todos en su cabeza, por medio de la tonsura, la forma de la corona que Él en su Pasión llevó en su cabeza –y hecha de espinas– para cargar con las espinas y abrojos de nuestros pecados, es decir, para llevárselas y alejarlos de nosotros, y que así ya en su propia frente den a entender que también ellos sufren a gusto y sin vacilar todas las burlas y oprobios por Él, y manifiesten que esperan siempre la corona de la vida eterna, que el Señor prometió a los que lo aman[181], y que, por recibirla, desprecian tanto las adversidades como las prosperidades de este mundo. Por lo demás, aquella tonsura que cuentan que tenía Simón el Mago[182], pregunto yo, ¿quién de entre los fieles no la aborrecerá al instante y no la conjurará con toda razón, junto con la propia magia, sólo al verla? Y es que en su frente parece llevar la figura de una corona, pero, cuando uno se fija y llega al pestorejo, se encontrará con que la corona que creía ver está mutilada, de manera que se reconoce con razón que tal peinado les cuadra a los simoníacos y no a los cristianos. Y aquéllos en la vida presente eran considerados por los hombres extraviados como dignos de la corona de la gloria eterna; pero, en la vida que sigue a ésta, no sólo se vieron privados de toda esperanza de corona, sino que encima fueron condenados a eterna pena.

14. Sin embargo, no pienses que llevo estas cosas hasta el extremo de que considere condenables a los que tienen esta tonsura, si con su fe y sus obras favorecen la unidad católica; antes bien, afirmo con toda seguridad que muchos de ellos fueron hombres santos y dignos de Dios. Entre ellos está Adamnan, abad y sacerdote egregio de los de san Columba, que, cuando fue enviado por su pueblo al rey Aldfrido, quiso también ver nuestro monasterio, mostrando en su conducta y en sus palabras una admirable prudencia, humildad y devoción. Yo, hablando de cosas variadas, le dije: «Te pregunto, santo hermano, a ti que crees ir hacia la corona de la vida, que no sabe de interrupciones, ¿por qué llevas en tu cabeza la figura de una corona interrumpida[183], de manera contraria a tu fe? Y, si buscas la compañía del bienaventurado Pedro, ¿por qué imitas la forma de la tonsura de aquel al que él anatematizó[184], y no más bien la de él, con el que deseas vivir feliz eternamente, y no muestras también ahora que amas su modo de vida cuanto puedes?». Él me respondió: «Has de tener por cierto, querido hermano, que, aunque tengo la tonsura de Simón[185] según la costumbre de mi patria, detesto y rechazo con toda mi alma la perfidia simoníaca. Sin embargo, deseo seguir los pasos del bienaventurado Príncipe de los Apóstoles, en cuanto es posible para mis pobres fuerzas». Y yo le dije: «Creo de verdad que así es; pero es un indicio de que abrazáis en el secreto de vuestro corazón todo cuanto es propio del apóstol Pedro, si lo que sabéis que lo es, también lo mantenéis abiertamente. En efecto, pienso que tu prudencia puede percatarse con facilidad de que es mucho más adecuado, estando ya consagrado a Dios, alejar tu apariencia de la de aquel del que abominas de todo corazón, y cuya horrenda cara rehúsas ver, y que, por el contrario, es conveniente que imites la apariencia de aquel al que quieres tener como valedor ante el Señor, al igual que deseas seguir sus obras y enseñanzas». Esto le dije entonces a Adamnan, quien, desde luego, demostró cuánto había aprovechado al ver, las costumbres de nuestras iglesias, cuando luego, tras volver a Escocia[186], con su predicación llevó a mucha gente de aquel pueblo a la observancia católica del tiempo pascual. Sin embargo, a los monjes que vivían en la isla de Iona, a los que gobernaba con plenitud de derecho, no pudo reducirlos al camino de una observancia mejor. Y también, si su autoridad hubiera sido suficiente, hubiera procurado corregir la tonsura.

15. Sin embargo, rey, también apelo a tu prudencia, para que todo cuanto contribuye a la unidad de la Iglesia Católica y Apostólica, junto con el pueblo al frente del cual te ha puesto el Rey de Reyes y Señor de Señores[187], procures mantenerlo en todos los aspectos. En efecto, así se logrará que, tras recibir el poder del reino temporal, el mismo bienaventurado Príncipe de los Apóstoles también te franquee de buena gana, a ti y a los demás elegidos, la entrada en el Reino de los Cielos. Que la gracia del Rey Eterno te guarde sin daño y reinando por mucho tiempo, para la paz de todos nosotros, queridísimo hijo en Cristo.

16. Una vez que esta carta fue leída en presencia del rey Nechtan y de muchos doctos varones, y diligentemente traducida a su lengua[188] por los que podían entenderla, se cuenta que él se alegró mucho de sus exhortaciones, hasta el punto de que, levantándose de entre sus notables, se puso de rodillas en tierra, dando gracias a Dios por merecer tal obsequio de la tierra de los anglos. «Y ya sabía yo –dijo– que ésta era la verdadera celebración de la Pascua; pero hasta tal punto sólo me entero ahora de la razón para observar esas fechas, que muy poco me parece haber entendido antes sobre estas cuestiones. Por ello, afirmo abiertamente, y a vosotros que aquí estáis os pongo por testigos, que quiero observar a perpetuidad esta fecha de la Pascua con todo mi pueblo; dispongo que reciban esta tonsura, que hemos oído que está sobradamente justificada, todos los clérigos que hay en mi reino». Y sin tardanza llevó a cabo cuanto había dicho con su regia autoridad. En efecto, de manera inmediata y por mandato oficial se enviaban, para transcribirlos, aprenderlos y observarlos por todas las tierras de los pictos, los ciclos pascuales de diecinueve años, mientras se abandonaban por entero los erróneos de ochenta y cuatro; se tonsuraban con la forma de corona todos los ministros del altar y los monjes, y con aquella reforma el pueblo estaba gozoso, como si se sometiera a una nueva enseñanza del bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles y a su patrocinio se encomendara.

22

Cómo los monjes de Iona, junto con los monasterios sujetos a ellos, empezaron a celebrar la Pascua canónica por la predicación de Egberto.

1. No mucho después también los monjes de origen escoto[189] que habitaban en la isla de Iona, junto con los monasterios que estaban sometidos a ellos, fueron llevados por la gracia de Dios al rito canónico de la Pascua y de la tonsura. Y es que el año 716 de la Encarnación del Señor, en el que, asesinado Osredo, Cenredo[190] se hizo con el poder en el reino de Northumbria, llegó junto a ellos el padre y sacerdote Egberto, amado de Dios y digno de ser nombrado con todos los honores, y del que ya hemos hecho mención más arriba, y fue acogido por ellos con grandes honras y con mucha alegría. Y, dado que éste era no sólo un maestro de lo más amable, sino también un devoto cumplidor de lo que enseñaba que debía hacerse, fue escuchado por todos y cambió con sus piadosas y constantes exhortaciones aquella inveterada tradición de sus padres (de quienes se pueden decir aquellas palabras del Apóstol de que tenían celo de Dios pero no acomodado a la ciencia[191]), y les enseñó, como hemos dicho, a hacer la celebración según la costumbre católica y apostólica la principal de las celebraciones, llevando en sus cabezas la figura de una corona completa[192]. Esto consta que se hizo por una admirable gracia de la divina piedad, de manera que, puesto que aquel pueblo se cuidó de comunicar el saber que tenía sobre el conocimiento de Dios a los pueblos de los anglos, de buena gana y sin reserva alguna, también él, por medio del pueblo de los anglos, llegara a la perfecta norma de vida en los asuntos en que les faltaba. En cambio los britanos[193], que no querían descubrir a los anglos la noticia que tenían de la fe cristiana, cuando ya los pueblos de los anglos son creyentes y están plenamente instruidos en las normas de la fe católica, todavía siguen empeñados en su error y claudican en su camino, exhibiendo sus cabezas sin corona y celebrando las solemnidades de Cristo sin comunión con la Iglesia de Cristo.

2. Los monjes de Iona aceptaron las normas de vida católica que Egberto les enseñó siendo su abad Dúnchad, unos ochenta años después de que hubieran enviado al obispo Aidán a predicar al pueblo de los anglos. Aquel hombre de Dios que era Egberto se quedó trece años en la isla dicha, que él había consagrado a Cristo con una especie de nueva y resplandeciente gracia de unidad y paz eclesiástica, y el año de la Encarnación del Señor 729, en el que la Pascua del Señor se celebraba el 24 de abril, después de celebrar la misa solemne en memoria de la Resurrección del Señor, el mismo día se fue junto al Señor, y los gozos de aquella

suprema festividad, que había iniciado con los hermanos a los que había convertido a la gracia de la unidad, los completó con el Señor y los apóstoles y los demás ciudadanos del Cielo o, más bien, no deja de celebrarlos sin fin. Era una gracia admirable de la Divina Providencia no sólo el que aquel venerable varón pasara de este mundo al Padre en la Pascua, sino también que la Pascua se celebrara en un día en el que nunca solía celebrarse antes en aquellos lugares[194]. En consecuencia, los hermanos se alegraban por su conocimiento cierto y católico del tiempo pascual; estaban llenos de gozo por el patrocinio del padre que se iba junto al Señor, gracias al cual se habían reformado; se felicitaba él de haberse mantenido en vida hasta ver que sus seguidores, en la Pascua, aceptaban aquel día que antes siempre evitaban y lo celebraban con él. Y así, seguro de su reforma, el reverendísimo padre exultó al ver el día del Señor; lo vio y se alegró[195].

23

Cuál es en el presente el estado del pueblo de los anglos y el de toda Britania.

1. El año de la Encarnación del Señor 725, que era el séptimo de Osrico, rey de Northumbria, que había sucedido a Cenredo, el rey de Kent Wictredo, hijo de Egberto, murió el 23 de abril, y dejó como herederos del reino, que había gobernado durante treinta y cuatro años y medio, a sus tres hijos Etelberto, Eadberto y Alrico[196]. Al año siguiente murió Tobías, prelado de la iglesia de Rochester, un hombre muy docto, como ya dijimos más arriba; en efecto, era discípulo de los maestros Teodoro, el arzobispo, y Adriano, abad, ambos de feliz memoria, por lo que, como se ha dicho, además del saber de la literatura eclesiástica y general, aprendió la lengua griega junto con la latina hasta el punto de que las poseía con tanto conocimiento y familiaridad como su lengua nativa. Fue sepultado en la capilla de San Pablo apóstol, que él mismo había construido dentro de la iglesia de San Andrés como lugar de su sepulcro. Tras él, recibió la dignidad episcopal Adwulfo, consagrado por el arzobispo Bertwaldo.

2. El año de la Encarnación del Señor 729 aparecieron dos cometas[197] en torno al Sol, produciendo gran terror a los que los veían. Y es que uno precedía al Sol cuando salía por la mañana, y otro lo seguía cuando se ponía al anochecer, como presagiando un terrible desastre tanto al Oriente como al Occidente. Al menos es cierto que uno precedía al surgir del día, otro al de la noche, de manera que indicaban que a una y otra hora las desgracias amenazaban a los mortales. Llevaban una cola de fuego orientada al norte, como dispuesta para provocar un incendio, y aparecieron en el mes de enero y se mantuvieron por unas dos semanas. Por aquel tiempo la terrible plaga de los sarracenos[198] devastaba las Galias con crueles matanzas, y ellos mismos, no mucho después, recibían en esa provincia el castigo que merecía su perfidia[199]. En ese año, según ya hemos contado, el santo hombre de Dios Egberto se fue junto al Señor el mismo día de Pascua, y luego, terminada la Pascua, concretamente el día 9 de mayo, abandonó esta vida el rey Osrico de Northumbria, después de disponer que el sucesor en el reino, que gobernaba desde hacía once años, fuera Ceolwulfo[200], hermano del rey Cenredo, que había reinado antes de él. Los inicios y el curso de su reinado abundaron tanto en conmociones adversas que aún no puede saberse qué ha de escribirse sobre ellas ni qué final van a tener.

3. El año 731 de la Encarnación del Señor, el arzobispo Bertwaldo, consumido por su avanzada edad, murió el 13 de enero. Estuvo en su sede treinta y seite años, seis meses y catorce días. El mismo año fue nombrado arzobispo en su lugar el llamado Tatwine, de la provincia de Mercia, que había sido presbítero en el monasterio que se llama Breedon[201], y fue consagrado en la Ciudad Doruvernense[202] por los venerables varones y prelados Daniel, de Winchester, Ingwaldo de Londres, Ealdwine, de Lichfield, y Ealdwulfo, de Rochester, el domingo 10 de junio. Era un hombre insigne por su piedad y prudencia y también notablemente instruido en las letras sagradas.

4. Así, pues, en el momento presente[203] los obispos Tatwine y Ealdwulfo gobiernan las iglesias de Kent. La provincia de Essex[204] la rige el obispo Ingwaldo; la de East Anglia[205] los obispos Ealdberto y Hadulac; la provincia de Wessex[206] los obispos Daniel y Forthhere; la provincia de Mercia el obispo Ealdwine, y a los pueblos que habitan al otro lado del río Severn, hacia el Occidente, el obispo Wealhstod; la provincia de los huicios el obispo Wilfrido; la de Lindsey el obispo Cineberto. El obispado de la isla de Wight pertenece a Daniel, obispo de la ciudad de Winchester. La provincia de Sussex[207], que ya hace años que está sin obispo, depende del ministerio episcopal del prelado de Wessex. Y todas estas provincias y las demás del Sur, hasta el confín del río Humber, cada una con su rey, están sujetas al rey de Mercia Etelbaldo[208]. Las prelaturas de la provincia de Northumbria, que gobierna el rey Ceolwulfo, las tienen ahora cuatro obispos: Wilfrido en la iglesia de York; Etelwaldo[209] en la de Lindisfarne; Acca en la de Hexham; Pecthelmo en la que se llama Casa Blanca[210], que desde hace poco, al multiplicarse el número de sus fieles, convertida en sede episcopal, lo tiene a él por primer prelado.

5. También el pueblo de los pictos tiene actualmente un tratado de paz con el de los anglos, y además goza de ser partícipe de la paz y la verdad católica con toda la Iglesia universal. Los escotos[211] que habitan en Britania, contentos con sus fronteras, no traman contra el pueblo de los anglos ninguna insidia ni engaño. Los britanos[212], aunque en su mayor parte, con su odio ancestral, se oponen a los anglos y a todo el estado de la Iglesia Católica con una Pascua incorrecta y con sus costumbres inmorales, sin embargo, ante la oposición de la fuerza divina y humana no pueden lograr su propósito ni en uno ni en otro aspecto. Y es que además, aunque en parte son independientes[213], en parte están sometidos al dominio de los anglos.

6. Mientras nos sonríen la paz y la serenidad de estos tiempos, muchos del pueblo de Northumbria[214], tanto nobles como ciudadanos de a pie, deponiendo las armas, muestran mayor interés en consagrarse, ellos y sus hijos, con los votos monásticos, recibiendo la tonsura, que ejercitarse en los afanes de la guerra. Y qué resultado va a tener esto lo verá el tiempo venidero[215].

7. Éste es el estado actual del conjunto de Britania en torno al año 285 de la llegada de los anglos a Britania, el 731 de la Encarnación del Señor. Exulte la tierra en Su reino perpetuo y, mientras Britania se congratula en Su fe, alégrese la multitud de las islas[216] y den gracias recordando Su santidad[217].

24

Recapitulación cronológica de toda la obra, y sobre la persona del autor.

1. Ahora bien, los acontecimientos que se han expuesto con mayor amplitud con indicación de su fecha me ha parecido oportuno recapitularlos brevemente, para que su memoria se conserve[218].

Así, pues, el año 60 antes de la Encarnación del Señor, Gayo Julio César fue el primero de los romanos que llevó la guerra a Britania y venció; pero no pudo asentar en ella su reino.

El año 46 de la Encarnación del Señor, Claudio, quien fue el segundo de los romanos en llegar a Britania recibió la rendición de la mayor parte de la isla, y también añadió las islas Órcadas al Imperio romano.

El año 167 de la Encarnación del Señor, Eleuterio, nombrado obispo de Roma, rigió con la mayor gloria la Iglesia durante quince años. En una carta que le envió el rey Lucio de Britania le pidió hacerse cristiano y lo consiguió.

El año de la Encarnación del Señor 189, Severo se convirtió en emperador y reinó diecisiete años. Éste protegió Britania con un muro de mar a mar.

El año 381 Máximo, hecho emperador en Britania, pasó a la Galia y mató a Graciano.

El año 409 Roma fue destrozada por los godos, y desde entonces los romanos dejaron de

reinar en Britania.

El año 430 Paladio es enviado como primer obispo a los escotos[219] que creían en Cristo.

El año 449 Marciano asumió el Imperio junto con Valentiniano y lo tuvo por siete años; en su tiempo los anglos, llamados por los britanos, llegaron a Britania.

El año 538 hubo un eclipse de sol el 16 de marzo desde la hora de prima a la de tercia.

El año 540 hubo un eclipse de sol el 20 de junio, y aparecieron las estrellas durante casi media hora, a partir de la hora de tercia.

El año 547 empezó a reinar Ida, del que trae su origen la estirpe regia de Northumbria, y permaneció doce años en el reino.

El año 565 Columba, sacerdote procedente de Escocia[220], llegó a Britania para predicar a los pictos, e hizo un monasterio en la isla de Iona.

El año 596 el papa Gregorio envió a Britania a Agustín con sus monjes, para que predicaran la Palabra de Dios a los anglos.

El año 597 llegaron a Britania dichos predicadores, más o menos a los ciento cincuenta años de la llegada de los anglos a Britania.

El año 601 el papa Gregorio le envió el palio a Britania, a Agustín, ya creado obispo, y a varios otros ministros de la Palabra, entre ellos a Paulino.

El año 603 se combatió en *Degsastan*[221].

El año 604 los sajones orientales aceptan la fe de Cristo, bajo el rey Seberto y el obispo Melito.

El año 605 murió Gregorio[222].

El año 616 falleció Etelberto, rey de Kent.

El año 625 Paulino es ordenado por el arzobispo Justo como obispo del pueblo de Northumbria.

El año 626 Eanfled, hija del rey Edwin, fue bautizada con otros 12 el sábado víspera de Pentecostés.

El año 627 el rey Edwin se bautizó con su pueblo en la Pascua.

El año 633, asesinado el rey Edwin, Paulino se volvió a Kent.

El año 640 murió Eadbaldo, rey de Kent.

El año 642 fue asesinado el rey Oswaldo.

El año 644 Paulino, antes obispo de la ciudad York y entonces de la de Rochester, se fue junto al Señor.

El año 651 el rey Oswin fue asesinado y falleció el obispo Aidán.

El año 653 los anglos medios, bajo el gobierno de Peada, fueron instruidos en los misterios de la fe.

El año 655 murió Penda y los mercios se hicieron cristianos.

El año 664 hubo un eclipse; murió Eorcemberto, rey de Kent, y Colmán con los escotos[223] se volvió a los suyos; también hubo una peste; Chad y Wilfrido son ordenados obispos de Northumbria.

El año 668 Teodoro es ordenado obispo.

El año 670 murió Oswiu, rey de Northumbria.

El año 673 murió Egberto, rey de Kent; hubo un sínodo en Hertford en presencia del rey Egfrido y bajo la presidencia de Teodoro y fue muy provechoso por sus 10 cánones.

El año 675 Wulfhere, rey de Mercia, muerto tras reinar diecisiete años, dejó el reino a su hermano Etelredo.

El año 676 Etelredo devastó Kent.

El año 678 apareció un cometa; el obispo Wilfrido fue expulsado de su sede por el rey Egfrido y en su lugar fueron consagrados obispos Bosa, Eata y Eadhed.

El año 679 fue muerto Elfwine.

El año 680 se hizo un sínodo en el llano de Hathfield sobre la fe católica, presidido por el arzobispo Teodoro, en el cual participó Juan, abad romano. En ese año murió en

Streanaeshealh[224] la abadesa Hilda.

El año 685 Egfrido, rey de Northumbria, fue asesinado. El mismo año murió Lotario, rey de Kent.

El año 688 Cedwalla, rey de Wessex, se marcha de Britania a Roma.

El año 690 murió el arzobispo Teodoro.

El año 697 la reina Ostrid fue asesinada por sus nobles mercios[225].

El año 698 Berhtredo[226], duque del rey de Nothumbria, fue muerto por los pictos.

El año 704 Etelredo, después de reinar treinta y un años sobre el pueblo de los mercios, se hizo monje y entregó el reino a Cenredo.

El año 705 murió Aldfrido, rey de Northumbria.

El año 709 Cenredo, rey de Mercia, después de reinar cinco años, se va a Roma.

El año 711 el prefecto Bercfrido luchó con los pictos.

El año 716 Osredo, rey de Northumbria, fue asesinado, y murió el rey de Mercia Ceolredo; también el varón del Señor Egberto convirtió a los monjes de Iona a la Pascua católica y a la tonsura eclesiástica.

El año 725 murió Wihtredo, rey de Kent.

El año 729 aparecieron cometas. San Egberto pasó de este mundo. Murió Osrico.

El año 731 murió el arzobispo Bertwaldo. En el mismo año Tatwine fue consagrado como noveno obispo de la Iglesia Doruvernense[227], en el decimoquinto año de Etelbaldo, rey de Mercia.

2. Este relato de la historia eclesiástica de las Britanias y especialmente del pueblo de los anglos, en la medida en que he podido averiguarla por los escritos antiguos o por la tradición de los mayores o por mi propio conocimiento, con la ayuda de Dios la he escrito yo, Beda, siervo de Cristo y presbítero del monasterio de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo que está en Wearmouth y Jarrow. Nací en el territorio del mismo monasterio y, cuando tenía siete años, fui entregado por encargo de mis parientes, para que me educara, al reverendísimo abad Benedicto[228] y luego a Ceolfrido y, viviendo desde entonces todo el tiempo de mi vida en el monasterio[229], me entregué por entero al estudio de las Escrituras y, aparte de la observancia de la disciplina regular y la tarea cotidiana de cantar en la iglesia, mi gusto ha sido siempre o aprender o enseñar o escribir. A los diecinueve años de edad recibí el diaconado, a los treinta la dignidad de presbítero, uno y otro de manos del reverendísimo obispo Juan y por mandato del abad Ceolfrido. Desde aquel tiempo en que recibí el presbiterado hasta los cincuenta y nueve años de edad, para mi propio provecho y el de los míos, me he ocupado de hacer breves extractos de las obras de los venerables padres sobre la Sagrada Escritura, y también de hacer anotaciones al sentido e interpretaciones de los mismos. Éstas son las obras[230]:

Al principio del Génesis, hasta el nacimiento de Isaac y la expulsión de Ismael, cuatro libros.

Del tabernáculo y sus vasos, y de las vestiduras de los sacerdotes, tres libros.

A la primera parte de Samuel, es decir, hasta la muerte de Saúl, cuatro libros.

De la edificación del templo, exposición alegórica (como las demás), dos libros.

Al libro de los Reyes, 30 cuestiones.

A los Proverbios de Salomón, tres libros.

Al Cantar de los cantares, siete libros.

A Isaías, Daniel, los 12 profetas y parte de Jeremías, distinciones de los capítulos sacadas del tratado del bienaventurado Jerónimo.

A Esdras y Nehemías, cuatro libros.

Al Cántico de Habacuc, un libro.

Al libro del bienaventurado padre Tobías, explicación alegórica sobre Cristo y la Iglesia, un libro.

Sumarios de lecciones sobre el Pentateuco, Moisés, Josué, Jueces; sobre el Libro de los Reyes y las Crónicas[231]*; sobre libro del bienaventurado padre Job; sobre los Proverbios, Eclesiastés y Cantar de los Cantares; sobre el profeta Isaías y también sobre Esdras y Nehemías.*

Al Evangelio de Marcos, cuatro libros.

Al Evangelio de Lucas, seis libros.

Homilías al Evangelio, dos libros.

Sobre el Apóstol[232], cuidé de transcribir por su orden cuanto encontré expuesto en las obras de san Agustín.

A los Hechos de los Apóstoles, dos libros.

A las siete Epístolas católicas[233], un libro por cada una.

Al Apocalipsis de san Juan, tres libros.

Sumarios de lecciones sobre el Nuevo Testamento, salvo los Evangelios.

Un libro de cartas a personas varias, de las que una es *Sobre las seis edades del mundo*, otra *Sobre los lugares de reposo de los hijos de Israel*, otra *Sobre lo que dice Isaías de «Y serán encerrados allí en una cárcel y al cabo de muchos días serán visitados»*, otra *Sobre la razón del año bisiesto*, otra *Sobre el equinoccio según Anatolio.*

De las historias de los santos: un libro *De la vida y pasión de san Félix, confesor;* lo traduje de la obra métrica de Paulino en prosa; un libro *De la vida y pasión de san Anastasio*, mal traducido del griego y peor corregido por un ignorante, en la medida que pude lo corregí en cuanto a su sentido[234]; la *Vida del santo padre y también obispo Cuthberto* la escribí primero en metro heroico[235] y luego en prosa.

La historia de los abades de este monasterio[236], en el que gozo sirviendo a la piedad del Cielo, a saber, de Benedicto, Ceolfrido y Cuthberto, en dos libros.

La *Historia eclesiástica* de nuestra isla y pueblo, en cinco libros

Martirologio de las festividades de los santos mártires, en el que procuré anotar diligentemente todos los que encontré, y no sólo en qué día, sino también con qué género de combate y bajo qué juez vencieron al mundo[237].

Un *Libro de himnos*, en diverso metro y ritmo[238].

Un *Libro de epigramas* en metro heroico y elegíaco.

De la naturaleza de las cosas y *De los tiempos*, un libro cada asunto; también un libro mayor *Sobre los tiempos.*

Un libro De *la ortografía*, en orden alfabético.

Un libro *Del arte métrica*, y otro libro añadido a este *Sobre las figuras y tropos*, es decir, de las figuras y modos de discurso con que está adornada la Sagrada Escritura[239].

3. Y a ti te ruego, buen Jesús, que a quien propicio le has concedido beber con tanto gusto las palabras de Tu sabiduría también le concedas benigno algún día llegar a Ti, fuente de toda sapiencia, y permanecer por siempre ante Tu faz.

Termina, con la ayuda del Señor, el libro quinto de la *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos.*

[1] En Beda, *Oidiluald*, transcrito *Oethewald* por Colgrave y Mynors. Es venerado como san Etelwaldo de Farne. No sabemos si este nombre es verdaderamente distinto del que aparece con la grafía *Aediluald*, y que también transcribimos como Etelwaldo.

[2] En el Yorkshire del norte.

[3] Así en Beda; Colgrave y Mynors transcriben *Guthfrith.*

[4] Ef 3, 14.

[5] Colgrave y Mynors señalan aquí un eco de Virgilio, *Eneida* I 142.

[6] Más conocido como san Juan de Beverley.

[7] En Beda, *Bercthun;* seguimos la transcripción de Colgrave y Mynors.

[8] Actual Beverley, en el Yorkshire oriental. Crépin, Monat y Robin, *ad loc.*, analizan la palabra como *in Dera Wuda*.

[9] Es decir, de los pobladores del reino de Deira, en Northumbria.

[10] Colgrave y Mynors identifican el lugar con Warden, en las riberas del Tyne, donde hay una iglesia dedicada a san Miguel.

[11] Cfr. Hch 3, 2-8.

[12] El obispo Wilfrido, según ya hemos visto, hubo de abandonar su sede a raíz de un enfrentamiento con el rey Aldfrido en torno al 691, pero hacia el 706 se le permitió volver a Hexham y Ripon; véase la nota de Colgrave y Mynors, *ad loc.*

[13] Es venerado como santo.

[14] En Beda, *Uetadun*, en Yorkshire, cerca de Beverley.

[15] Así en Beda; Colgrave y Mynors transcriben *Hereburh.*

[16] El propio Juan del que se viene hablando.
[17] Es decir, el cuarto día contando desde la luna nueva.
[18] En efecto, abundan los testimonios de sucesión hereditaria en tales dignidades.
[19] En Beda, *Quoenburg*, transcrito *Cwenburh* por Colgrave y Mynors.
[20] Un *gesith.*
[21] Según anotan Colgrave y Mynors, era habitual que los notables construyeran iglesias en sus propiedades.
[22] Mt 8, 14 s.
[23] Otro *gesith.* Crépin evoca en este punto el milagro del siervo del centurión narrado en Mt 8, 5-13 y Lc 7, 2-10.
[24] Es decir, en Tynemouth.
[25] Obviamente, Dios.
[26] El soplo era desde siempre un gesto de sanación y de inspiración.
[27] Las del bautismo.
[28] El ya citado de *Inderauuda*, en Beverley.
[29] Como de costumbre, Beda dice «los sajones occidentales».
[30] San Sergio I, papa desde el 687 al 701.
[31] Las que solían portar los recién bautizados.
[32] Al parecer, obra de Crispo, arzobispo de Milán del 681 al 725. La lápida fue redescubierta durante las obras de San Pedro en el siglo XVI, pero volvió a perderse; véanse las notas *ad loc.* de Colgrave y Mynors y Wallace-Hadrill.
[33] En dísticos elegíacos métricos.
[34] Justiniano II, emperador bizantino. La fecha es 20 de abril del 689.
[35] Reinó en Wessex del 688 al 726. Se conserva el código legal que promulgó.
[36] El papa Gregorio II (715-731).
[37] En efecto, véase la amplia lista de peregrinos ilustres que dan Colgrave y Mynors, *ad loc.*
[38] Es decir, de Canterbury.
[39] Eclo 44, 14.
[40] Beda aplica la denominación tradicional de los hexámetros también a los dísticos elegíacos, en los que está escrito el epitafio.
[41] Es decir, griega.
[42] En Beda, *Berctuald*, transcrito *Berhtwold* en Colgrave y Mynors.
[43] En Beda *Genlada.* Según Colgrave y Mynors, «es un nombre alternativo para el brazo norte del río Wantsun, que en un tiempo separaba la ista de Thanet del continente. Sobrevive hoy en el nombre de Yantlet Creek».
[44] En Beda, *Racuulfe.* Está en la costa norte de Kent.
[45] Arzobispo de Lyon.
[46] Irlanda.
[47] Al parecer, puede tratarse de una forma latina vulgar por *germani*, conservada en Britania y perdida en el continente; véase la nota de Colgrave y Mynors, con bibliografía.
[48] Los frisones habitaban en la costa de Frisia, entre las actuales Alemania y Holanda. Los rugios, cuyo nombre pervive en la isla de Rugen, estaban asentados en la desembocadura del Oder, en el Báltico. Los hunos no eran germanos, sino asiáticos, y por entonces ya habrían sido eliminados o asimilados (aunque tal vez Beda se refiere a los ávaros, de la cuenca del Danubio). Los antiguos sajones (los continentales) habitaban en Sajonia. Los daneses poblaban Dinamarca, y los brúcteros (o *boruhtware*) estaban asentados entre el Lippe y el Ruhr. Seguimos la nota de Colgrave y Mynors, *ad loc.* Naturalmente, y como Beda advierte a continuación, había más pueblos germanos.
[49] Donde recibió a Cuthberto como novicio y discípulo.
[50] En la actual Escocia.
[51] Irlandeses.
[52] Recuérdese que «celda» en latín se dice *cella.* Sin embargo, parece que el nombre antiguo irlandés de Columba (que, en efecto, era *Colm cille* o *Columcille*) significara «paloma de la Iglesia».
[53] Jon 1, 12.
[54] Irlanda.
[55] Ya citado varias veces, se había formado con Wilfrido y luego en Irlanda. Fue arzobispo de Utrecht.
[56] Pipino de Heristal, mayordomo de palacio, padre de Carlos Martel, abuelo de Pipino el Breve y bisabuelo de Carlomagno.
[57] Irlanda. Recuérdese el *voto de exilio* del que ya hemos hablado.
[58] Hay que pensar en la actual Renania, por lo que más abajo se dice.
[59] En Beda, *satrapa;* quizá un reyezuelo.
[60] Un altar portátil como otros documentados e incluso conservados, según Colgrave y Mynors, *ad loc.*
[61] Colgrave y Mynors anotan que ya por entonces era imprescindible disponer de reliquias para consagrar una iglesia. En época actual, las aras de los altares siguen conteniendo alguna.
[62] En Beda, *Suidberct*, transcrito *Swithberht* en Colgrave y Mynors.
[63] Véase V 9 y nota.
[64] Beda da la forma anglosajona del nombre, *Blithtryda*.
[65] Sería el actual Kaiserswert, cerca de Düsseldorf, donde todavía se conservan los restos de san Swidberto. Al parecer,

el nombre germánico del lugar significaba más bien «En la isla»; todo ello según la nota de Colgrave y Mynors.

[66] Al parecer, más bien el 695.

[67] En Beda, *Traiectum.*

[68] Murió en el 739 en el monasterio por él fundado en Echternach. Desde muy pronto fue venerado como santo.

[69] Actualmente un condado de Escocia. En Beda, *Incuneningum*. La identificación es conjetura de Colgrave y Mynors.

[70] Es decir, al nordeste.

[71] Colgrave y Mynors anotan que en las concepciones medievales del infierno alternaban los fríos extremos con los calores del fuego.

[72] Virgilio, *Eneida* VI 268,

[73] Es decir, el sudeste.

[74] Irlanda.

[75] En Beda, *Ediluald*, transcrito *Aethelwold* por Colgrave y Mynors. Formado al lado de san Cuthberto, fue obispo de Lindisfarne desde el 721.

[76] En Beda, *Drycthelm*, que Colgrave y Mynors transcriben como *Dryhthelm.*

[77] Sucedió en el 704 a su tío Etelred, quien se había hecho monje. En el 709 abdicó y marchó a Roma, donde también abrazó la vida monástica, y allí murió; véase la nota de Colgrave y Mynors.

[78] Colgrave y Mynors anotan que aquí hay huellas de algún apócrifo escatológico irlandés o antiguo inglés.

[79] San Gregorio Magno, *Diálogos* IV 40.

[80] Sal 31 (32), 1.

[81] En Beda *Pecthelm*, transcrito *Pehthelm* en Colgrave y Mynors, que anotan que fue el primer obispo de Whithorn, algo antes del 731, y había sido discípulo de Aldhelmo.

[82] Nombre griego del infierno.

[83] El sumo sacerdote ante el que Jesús hubo de comparecer.

[84] Hch 7, 56.

[85] Recuérdese que era una de las de Northumbria.

[86] Irlandeses.

[87] Irlanda

[88] Otra vez este asunto, verdadera obsesión de Beda; véanse II 2 y III 25, y las notas correspondientes.

[89] Venerado como santo en la posteridad.

[90] Irlanda.

[91] La de Iona.

[92] Nada más se sabe de él. El libro de Adamnan se ha conservado.

[93] Iona.

[94] Anotan Colgrave y Mynors que aquí Beda no se vale directamente del texto de Adamnan, sino de un resumen hecho por él mismo.

[95] Pasaje problemático, por lo que hemos preferido no traducir, sino transcribir los nombres de los vientos que señalan la orientación de las puertas. En efecto, resulta que *Volturnus* y *Eurus* aparecen en la Antigüedad como sinónimos, designando ambos al viento del sudeste (más o menos, el actual levante del Estrecho). De especial autoridad es el testimonio de Columela V 5, 15, que da a entender que *Vulturnus* (de donde el español «bochorno») era un término típico del latín de la Bética, seguramente un arcaísmo que en otros lugares ya había sido desplazado por el griego *Eurus* (véase J. Bastardas, *Diàlegs sobre la meravellosa història desl nostres mots*, Barcelona, Edicions 62, 1996, pp. 58 s.). Parece, pues, que Beda comete un error. Por otra parte, la basílica constantiniana del Santo Sepulcro, cuyas trazas fundamentales se conservan, estaba orientada de oeste a este, teniendo en su extremo occidental la rotonda de la Anástasis. Si las ocho puertas de las que habla Beda pertenecían a la misma, cabe pensar que, distribuidas simétricamente, mirarían cuatro al noroeste y cuatro al sudoeste. Por todo lo dicho, no vemos que resuelvan el problema ni la traducción de Colgrave y Mynors («south-east»/«east», como ya antes King) ni la de Spitzbart («Nordosten»/«Südosten»), que también siguen Crépin *et al.*

[96] Traducimos así, conforme a una interpretación que, al parecer, remonta a Prinz, el hápax *brucosa* del texto.

[97] Unos 185 m.

[98] Se refiere a su *De locis sanctis.*

[99] Según Colgrave y Mynors, Osred se convirtió en un joven disipado y fue asesinado en el 716, a los diecinueve años.

[100] Beda dice «de los sajones occidentales», como de costumbre. Hedde o Haedda es venerado como santo.

[101] Ya citado. Se trata del gran Aldhelmo de Malmesbury, nacido sobre el 639 de estirpe real. Pasó por Canterbury y fue creado obispo de Winchester hacia el 670, y abad de Malmesbury en el 675 (en Wessex). Acabó sus días en el 709 como obispo de Sherborne, una de las dos diócesis en que fue dividida la de Wessex a la muerte de Hedde; cfr. Plummer y Colgrave y Mynors, *ad loc*. Hombre de gran formación clásica, fue el primer escritor británico de renombre. Dejó una amplia obra latina en verso y en prosa, y ejerció en su tiempo un importante magisterio. Es venerado como santo.

[102] Según Colgrave y Mynors, se trata de su *Epístola* a Geraint o Geroncio, rey de Dumnonia.

[103] Poeta latino cristiano de la primera mitad del siglo V. Versificó sobre todo temas bíblicos.

[104] Es decir, el tipo de *opus geminum* ya comentado antes a propósito del propio Beda.

[105] Según Colgrave y Mynors, más bien «fantastic, bombastic and obscure».

[106] Es venerado como santo.

[107] «De los sajones meridionales».

[108] La *ciuitas Uentana* de Beda.
[109] En Beda, *Selaeseu;* cerca de Chichester, en Sussex.
[110] Constantino I, papa del 708 al 715.
[111] Es decir, «de los sajones orientales».
[112] Cfr. Mc 10, 29 s.
[113] En Beda, *Inundalum*, en Northamptonshire.
[114] Irlandeses.
[115] Véase IV 18 (16). Recuérdese que en el 674 había fundado el monasterio de Wearmouth, hogar del propio Beda. Desde su muerte fue venerado como santo.
[116] Según ya hemos hecho notar siguiendo a Plummer, *ad loc.*, parece que Beda se equivoca aquí, mal guiado por sus fuentes. En efecto, Delfín parece haber sido no el arzobispo de Lyon, que se llamaba Annemundo, sino su hermano, Conde de la misma ciudad.
[117] La esposa del merovingio Clovis II y enérgica regente durante la minoría de su hijo Clotario III. Era de origen anglosajón. Recuérdese lo ya dicho de que el obispo era seguramente Annemundo, y no Delfín. Por lo demás, parece que también aquí Beda bebió de una mala fuente, pues Plummer, *ad loc.*, considera inverosímil que en la muerte del obispo estuviera implicada Baldohilda, quien de hecho acabó siendo considerada como santa.
[118] Entiéndase, los usos romanos.
[119] Es decir, *hides.*
[120] En el camino de Londres a York.
[121] Irlandeses.
[122] Recuérdese que habitaban en el Wessex, en la ribera del alto Támesis.
[123] Irlandeses.
[124] En el Yorkshire septentrional.
[125] El viento del oeste.
[126] Es decir, contra los monotelitas
[127] Irlanda.
[128] Tanto Plummer como Colgrave y Mynors anotan que Beda no hace referencia alguna a la prisión que Wilfrido sufrió a su regreso a Northumbria por orden del rey Egfrido, ni de sus intentos fallidos de encontrar acogida en Mercia y en Wessex.
[129] Sin duda, por cuestiones de organización y administración eclesiástica, especialmente de división de diócesis.
[130] Al parecer, en el 703.
[131] Juan VI, papa del 701 al 705.
[132] Ya nombrado en III 13; era discípulo predilecto de Wilfrido y amigo del propio Beda.
[133] Del monasterio de Bardney. Pese a las crueldades que, siendo rey, cometió en el reino de Kent, tras su muerte fue venerado como santo.
[134] En el Yorkshire.
[135] En hexámetros métricamente aceptables. Naturalmente, Wilfrido fue considerado como santo desde su propia muerte.
[136] Recuérdese que la púrpura venía sobre todo de Tiro, en Fenicia.
[137] El de San Pedro y San Pablo, en las afueras de Canterbury. Se le venera como san Adrián de Canterbury.
[138] Según Colgrave y Mynors, *ad loc.*, Nechtan o Naitan IV, desde el 706 rey de los pictos, cuyas relaciones con Northumbria parecen haber mejorado por entonces.
[139] En la actual Escocia.
[140] El monasterio del propio Beda, que tenía dos sedes próximas, en Wearmout y en Jarrow.
[141] Biscop, fundador del monasterio.
[142] En efecto, como ya se ha visto, los edificios solían hacerse de madera.
[143] Como ya puede suponerse, ese pueblo, a diferencia de los britanos, no había sido romanizado, y además, a diferencia de los irlandeses y anglosajones, apenas había experimentado la *segunda latinización* ligada a la predicación cristiana.
[144] Se ha hecho notar que el texto de la carta responde probablemente a una versión personal del propio Beda, que habría participado en su redacción; véanse Plummer y Colgrave y Mynors, *ad loc.*
[145] Sobre este asunto ya tan tratado por Beda véanse II 2, III 3, III 25 y las notas correspondientes.
[146] Famosa sentencia de Platón que probablemente llegó a Beda a través de la tradición patrística, como anotan Colgrave y Mynors.
[147] Ex 1-3 y 6.
[148] Ex 12, 15.
[149] Ex 12, 15 ss.
[150] Nm 33, 3.
[151] Ex 12, 17 ss.
[152] I Co 5, 7.
[153] El domingo.
[154] Jn 1, 29.

[155] Lv 23, 5 ss.
[156] Lv 23, 8.
[157] Recuérdese que eran los dos monstruos que en el estrecho de Messina absorbían las aguas, y con ellas las naves, cada uno desde un lado.
[158] Ro 1, 27.
[159] Como ya hemos dicho, otros, y entre ellos los cristianos irlandeses, situaban el equinoccio en el 25 de marzo.
[160] Gn 1, 16.
[161] Aquí Beda cita, según Plummer, por la *Itala*, una de las *Veteres*, las versiones de la Biblia anteriores a la Vulgata.
[162] Beda se refiere a una división tripartita de la historia humana frecuente en la patrística: antes de la Ley, de la Ley hasta Cristo y después de Cristo, según Colgrave y Mynors.
[163] I Co 5, 7.
[164] Es decir, «día del Señor».
[165] Mal 4, 2.
[166] Hab 3, 11.
[167] Alusión a los pelagianos.
[168] La idea de que el fin del mundo ha de caer en domingo aparece con frecuencia en el Medievo.
[169] Eusebio de Cesarea (*ca.* 260-339) era un palestino de lengua griega, obispo de Cesarea y fundador de la historiografía cristiana.
[170] Mártir de Cesarea en el 309, maestro y amigo de Eusebio.
[171] Patriarca de Alejandría del 385 al 412. Según Colgrave y Mynors, su cómputo abarcaba cuatrocientos dieciocho años.
[172] Patriarca de Alejandría del 412 al 444.
[173] Monje de origen escita que vivió en Roma en la primera mitad del siglo VI. Entre otras investigaciones computísticas, se le debe la que fijó en nacimiento de Cristo, al parecer con un retraso de entre cuatro y ocho años, en el 754 de la fundación de Roma, por lo que es el creador de la era cristiana, a cuya difusión tanto contribuiría Beda.
[174] Según Colgrave y Mynors, los que abarcaba el cómputo de Dionisio.
[175] La afirmación casi suena a ironía.
[176] Job 1, 20.
[177] Gn 41, 14.
[178] Obviamente, san Pedro; véase IV 1 y la nota sobre la *tonsura petrina*, que dejaba en la cabeza una corona completa de cabello.
[179] Hch 8, 20 s.
[180] Gal 5, 24.
[181] Stg 1, 12.
[182] Según anotan Colgrave y Mynors, se decía que la tonsura céltica, que no circundaba totalmente la cabeza, era la que había llevado Simón el Mago, cuyas pretensiones *simoníacas* rechazó san Pedro con la energía que se nos ha recordado poco antes. Lo que sí es posible es que tuviera algo que ver con la de los druidas paganos.
[183] Recuérdese lo ya dicho de que la tonsura céltica no se extendía por la parte posterior de la cabeza.
[184] El ya citado Simón el Mago.
[185] Como puede verse, la idea vulgar antes reseñada era compartida incluso por aquellos en contra de los cuales se había acuñado.
[186] Irlanda.
[187] Ap 7, 14.
[188] No sabemos si la carta enviada estaba escrita en latín o en anglosajón. En cuanto a la lengua de los pictos, parece seguir siendo un enigma, pues ni siquiera está claro, aunque es posible, que fuera una lengua indoeuropea, como las de los celtas de su entorno.
[189] Irlandés.
[190] Colgrave y Mynors anotan que procedía de una rama secundaria de la familia real y que reinó del 716 al 718.
[191] Ro 10, 2.
[192] La llamada *petrina* o *romana*, como antes decíamos.
[193] Rebrota la escasa simpatía que por esos pueblos tenía Beda.
[194] En efecto, según anotan Colgrave y Mynors, una fecha tan tardía no hubiera sido admitida por el cómputo céltico. Añadamos como curiosidad que la fecha más tardía de la Pascua en el siglo XX fue la de 1943, año en que cayó en el 25 de abril, la más tardía posible.
[195] Jn 8, 56.
[196] Ya hemos visto otros casos de sucesión compartida en las monarquías de Britania.
[197] En general, signos de mal agüero.
[198] En efecto, recuérdese que en el 711 habían caído sobre España.
[199] Carlos Martel los derrotó en Poitiers (o Tours) en el 732, cuando la *Historia* ya estaba terminada, por lo que Colgrave y Mynors piensan en una adición posterior.
[200] Al que la *Historia* está dedicada.
[201] En Beda, *Briudun;* según Colgrave y Mynors, Breedon-on-the-Hill, en Liecestershire.

[202] Canterbury.
[203] El año 731.
[204] La de los sajones orientales.
[205] La de los anglos orientales.
[206] La de los sajones occidentales.
[207] La de los sajones meridionales.
[208] Que tendría, pues, la condición de *bretwalda* o rey superior a los demás, aunque véase Colgrave y Mynors, *ad loc.*
[209] Venerado luego como santo.
[210] Actual Withorn, en el extremo sudoeste de Escocia.
[211] Irlandeses, asentados sobre todo en el norte y oeste de la isla.
[212] O *britones*, los celtas que poblaban la isla ya antes de la romanización. Una vez más Beda muestra su escasa simpatía por ellos. Tenían una tradición cristiana anterior a la llegada de los anglosajones.
[213] Cabe pensar en los pequeños reinos subsistentes en el oeste de la isla.
[214] No se olvide, la patria de Beda.
[215] Según Colgrave y Mynors, Beda alude aquí a los excesos del monaquismo y especialmente a los «monasterios nominales» fundados por laicos. De ellos trataría *in extenso* en su *Epistula ad Ecgbertum* 11 ss. (ed. Plummer I: 414 ss.).
[216] Sal 96 (97), 1.
[217] Sal 29 (30), 5.
[218] Colgrave y Mynors anotan que no todas las noticias contenidas en este resumen aparecen en la *Historia.*
[219] Irlandeses.
[220] Irlanda.
[221] Véase I 34 y nota.
[222] El papa san Gregorio Magno, quien en realidad murió el año 604.
[223] Irlandeses.
[224] Como ya se ha dicho, Whitby.
[225] Beda omite este suceso. La reina es venerada como santa Ostrid de Mercia.
[226] Según Wallace-Hadrill, parece ser el mismo Berht citado en IV 26 (24) como caudillo de la sangrienta expedición a Irlanda del año 684.
[227] Canterbury.
[228] Biscop, fundador del monasterio.
[229] Colgrave y Mynors, frente a quienes han supuesto que Beda había viajado no poco, e incluso a Roma, anotan que, de ser ello cierto, no hubiera dejado de reseñarlo aquí.
[230] Sobre este inventario véase Lapidge, 2008, pp. XLIV ss., que las identifica con exactitud y añade las que Beda omitió.
[231] El título que traduce más literalmente el original hebreo de los también llamados *Paralipómenos*, continuación de *Reyes.*
[232] San Pablo.
[233] Por no tener destinatarios particulares, se denomina así tradicionalmente a las de Santiago, Judas, Juan (I a III) y Pedro (I y II).
[234] Según Colgrave y Mynors, perdido.
[235] Hexámetros.
[236] Wearmouth y Jarrow.
[237] Beda echa mano de la metáfora del martirio como combate singular, en el que el nuevo *héroe*, el mártir cristiano, vence al mundo.
[238] En efecto, y como no podía ser menos, Beda distingue perfectamente entre la versificación métrica, a la manera antigua, y la llamada rítmica, sucedáneo silábico-acentual de la misma que aparece ya en la Antigüedad tardía.
[239] Con vistas, obviamente, a la interpretación alegórica de la Biblia que Beda practicó siguiendo la tradición cristiana tardoantigua.

Continuaciones1

El año 731 el rey Ceolwulfo fue apresado y tonsurado, y repuesto en su reino; el obispo Acca fue arrojado de su sede.[1]

El año 732 Egberto fue creado obispo de York en el lugar de Wilfrido.

El año 733 ocurrió un eclipse de sol el día 14 de agosto en torno a la hora de tercia, de manera que casi todo el círculo del sol aparecía cubierto por un negrísimo y horrendo escudo.

El año 734 la Luna se tiñó de un rojo de sangre durante casi una hora entera el 31 de enero, hacia la hora del canto del gallo; luego, tras ponerse negra, volvió a su luz propia.

El año de la Encarnación del Señor 732 Egberto fue creado obispo de York para suceder a Wilfrido; falleció Cineberto, obispo de Lindsey.

El año de la Encarnación del Señor 733 el arzobispo Tatwine, tras recibir de la autoridad apostólica el palio, consagró como obispos a Alwih[2] y a Sigfrido[3].

El año de la Encarnación del Señor 734 falleció el arzobispo Tatwine.

El año de la Encarnación del Señor 735 Nothelmo es ordenado arzobispo, y el obispo Egberto, tras recibir el palio de la Sede Apostólica, fue el primero confirmado como arzobispo después de Paulino, y ordenó a Friduberto[4] y Friduwaldo[5] como obispos, y falleció el presbítero Beda.

El año 737 una sequía excesiva dejó la tierra infecunda, y Ceolwulfo, tonsurado por su propia voluntad, dejó el reino a Eadberto.

El año de la Encarnación de Cristo 739 fallecieron Etelheard, rey de Wessex, y el arzobispo Nothelmo[6].

El año de la Encarnación del Señor 740, Cuthberto[7] fue consagrado en el lugar de Nothelmo; Etelbaldo, rey de Mercia, con un engaño impío, devastó una parte de Northumbria, y su rey Eadberto estaba ocupado con su ejército luchando con los pictos. También murió el obispo Etelwaldo, y en su lugar se ordena obispo a Cinewulfo[8]. Fueron asesinados Earnwine y Eadberto.

El año 741 una gran sequía se apoderó del país. Falleció Carlos[9], rey de los francos, y como sucesores recibieron el reino sus hijos Carlomán y Pipino.

El año 745 los obispos Wilfrido e Ingwaldo, de Londres, se fueron junto al Señor.

El año 747 falleció Herefrido, un hombre de Dios.

El año 750 Cuthredo, rey de Wessex, se alzó contra el rey Etelbaldo y contra Angus[10]. Fallecieron Teudoro[11] y Eanredo; Eadberto añadió a su reino el llano de Kyle, junto con otras regiones.

El año 753, <decimo>quinto del rey Eadberto, el 9 de enero, tuvo lugar un eclipse de sol, y luego, no mucho después, el mismo año y mes, el 24 de enero, sufrió un eclipse la Luna, cubierta por un horrible y negro escudo, al igual que el sol poco antes.

El año 754 Bonifacio, también conocido como Winfrido[12], obispo de los francos, junto con otros 53, es coronado con el martirio, y en su lugar fue consagrado como obispo Hrethgar[13], por el papa Esteban[14].

El año 757 Etelbaldo, rey de Mercia, sucumbió asesinado miserablemente con una muerte alevosa por sus tutores durante la noche; empezó a reinar Beornredo; falleció Cinewulfo[15], rey de Wessex. También en ese año Offa, tras poner en fuga a Beornredo, intentó conseguir el reino de Mercia con su sangrienta espada.

El año 758 Eadberto, rey de Northumbria, por amor a Dios y por hacer violencia a la patria celestial[16], tras recibir la tonsura de san Pedro, dejó su reino a su hijo Oswulfo.

El año 759 Oswulfo fue asesinado por sus servidores[17], y el mismo año Etelwaldo[18], elegido por su pueblo, se hizo cargo del reino, y en su segundo año vino una grande y mortífera peste y se mantuvo por casi dos años, mientras se extendían graves y diversas enfermedades, y sobre todo la de la disentería.

El año 761 falleció Angus, rey de los pictos, que como un tirano y un verdugo desempeñó de principio a fin su reinado ensangrentándose con el crimen, y Oswin fue asesinado.

El año 765 empezó a reinar el rey Alhredo[19].

El año 766 el arzobispo Egberto, quien estaba dotado de sangre real e impregnado en la ciencia sagrada, y Friduberto[20], obispos verdaderamente fieles, se fueron junto al Señor.

[1] Al igual que hace la edición de Colgrave y Mynors, y ya antes otras, añadimos estas sumarias continuaciones de la *Historia* que se han conservado en diversa medida en parte de su tradición manuscrita. Para más detalles sobre las mismas véanse la edición citada y Plummer, *ad loc.*

[2] De Lindsey.

[3] De Selsey. En Beda, *Sigfridous*, transcrito *Sigeferht* en Colgrave y Mynors.

[4] Para la sede de Hexham.

[5] Para la sede de Withorn.

[6] Este gran colaborador de Beda es venerado como san Nothelmo de Canterbury.

[7] Luego venerado como san Cuthberto de Canterbury.

[8] De Lindisfarne.

[9] Martel.

[10] En el original, *Oengus(um)*, rey de los pictos que, al parecer, apoyaba a los mercios contra Eadberto de Northumbria (Colgrave y Mynors).

[11] En el original, *Theudorus*, transcrito *Tewdwr* por Colgrave y Mynors, que anotan que era hijo del rey Beli de Strathclyde, en la actual Escocia. El nombre no parece ser una forma del nombre griego *Theodorus*, sino de uno de estirpe anglosajona, con un primer elemento *teuth-* («pueblo») también presente en *Deutsch, Dutch*, *teutón*, etcétera.

[12] A quien, curiosamente, nunca menciona Beda. Era anglosajón de nacimiento, pero no de Northumbria, sino del Wessex, y fue el gran apóstol y civilizador de la Germania, antes de que la dominación carolingia incorporara plenamente aquellos territorios a la sociedad europea. Cuando fue martirizado, en Flandes, era arzobispo de Maguncia. La Iglesia lo venera como uno de los grandes santos evangelizadores y civilizadores.

[13] En Beda, *Rehdgerus*, transcrito *Hrethgar* por Colgrave y Mynors, que anotan que fue más conocido como Crodegang de Metz.

[14] Tercero de ese nombre (752-757).

[15] En realidad murió en el 786 (Colgrave y Mynors).

[16] Aunque la expresión pueda parecer chocante, se explica bien como eco de *Mateo* 11, 12: … *regnum caelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud*. Además el texto *caelestis patria uiolentia* debe corregirse en *caelestis patriae uiolentia.*

[17] Sus *thegns.*

[18] También llamado Etelwaldo Moll (Colgrave y Mynors).

[19] En el original, *Aluchred;* transcribimos con Colgrave y Mynors, quienes anotan que se trata del reino de Northumbria.

[20] En el original *Frithubertus*, transcrito *Frithubert* en Colgrave y Mynors.

CUTHBERTO1

CARTA SOBRE LA MUERTE DE BEDA

1. Al amadísimo en Cristo y colega en la enseñanza Cuthwine, el diácono Cuthberto, salud en nombre de Dios eterno. He recibido con mucho gusto el regalo que me enviaste, y con mucha alegría he leído tu carta, tan llena de devota erudición, por la cual –lo que yo más deseaba– he sabido que vosotros celebráis con diligencia misas y santas oraciones por el padre Beda, amado de Dios y maestro nuestro. Por ello me complace, más por amor a él que porque confíe en mi talento, contar en pocas palabras de qué manera se fue de este mundo, dado que he entendido que también deseas y me pides esto.[1]

2. El caso es que se vio aquejado de una enfermedad y sobre todo por una respiración jadeante pero casi sin dolor alguno, antes del domingo de Pascua, durante unas dos semanas. Y así después, alegre y contento y dando gracias a Dios Todopoderoso día y noche, o más bien a todas las horas, vivió hasta el día de la Ascensión del Señor, es decir, el 26 de mayo[2], y a nosotros, sus discípulos, nos daba lecciones todos los días y lo que le restaba del día lo ocupaba, en la medida en que podía, en el canto de los Salmos. Se esforzaba, lleno de alegría, en pasar la noche entera en oraciones y en acción de gracias a Dios, a no ser que se lo impidiera un poco de sueño y, tan pronto como se despertaba, al momento rumiaba el acostumbrado canto de las Escrituras y, extendiendo las manos, no se olvidaba de dar gracias a Dios. Confieso en verdad que nunca he visto con mis ojos ni oído con mis oídos a ningún otro que diera gracias con tanto empeño al Dios vivo. ¡Qué varón verdaderamente bienaventurado! Cantaba las palabras de san Pablo apóstol cuando dice «Horrendo es caer en las manos del Dios vivo»[3], y muchas otras cosas de la Sagrada Escritura, en las cuales nos aleccionaba para que nos despertáramos del sueño del alma pensando en nuestra última hora. Y también en nuestra lengua[4], experto como era en nuestra poesía, decía de la temible salida de las almas de sus cuerpos[5]:

Ante el forzoso viaje ningún hombre puede
ser más prudente de lo que tiene buena razón para ser,
si considera, antes de marchar de aquí,
lo que de bueno o de malo para su alma
será decidido tras el día de su muerte.

3. Cantaba también antífonas para su propio consuelo y para el nuestro, una de las cuales era «¡Oh rey glorioso, señor de los poderes, que triunfador hoy has subido por encima de todos los cielos, no nos dejes huérfanos, antes bien envíanos la promesa del Padre, el espíritu de verdad! ¡Aleluya!»[6]. Cuando llegó a las palabras «no nos dejes huérfanos», prorrumpió en lágrimas y lloraba a mares. Al cabo de una hora empezó a repetir lo que había comenzado a cantar, y así hacía todos los días. Y nosotros, naturalmente, al oírlo, nos pusimos tristes y lloramos con él; una vez leíamos, otra llorábamos, o más bien leíamos llorando.

4. En tales gozos pasamos los días de la Quincuagésima[7] hasta el día dicho, y él estaba muy contento y daba gracias a Dios porque había merecido enfermar así, y decía a menudo: «El Señor azota a todo hijo al que acoge»[8], y la sentencia de Ambrosio: «No he vivido de tal manera que me avergüence vivir entre vosotros; pero tampoco temo morir, porque tenemos un Dios bueno»[9]. En esos días, se esforzó en hacer dos opúsculos muy dignos de memoria, aparte de las lecciones que de él recibimos cotidianamente y del canto de los Salmos; a saber, tradujo a nuestra lengua desde el principio del Evangelio de san Juan hasta aquel lugar en que se dice: «Pero esto ¿qué es para tantos?»[10], para provecho de la Iglesia

de Dios, y algunos extractos de los *Libros de las ruedas* del obispo Isidoro[11], diciendo: «No quiero que mis hijos lean mentiras y que en ello trabajen tras mi muerte sin provecho alguno».

5. Cuando llegó el martes anterior a la Ascensión del Señor, empezó a respirar con mayor dificultad y había aparecido una pequeña hinchazón en sus pies; sin embargo, durante todo aquel día enseñó y dictó alegremente, y alguna vez, entre otras cosas, dijo: «Aprended deprisa, porque “no sé cuánto voy a durar y si dentro de poco se me va a llevar mi Creador”»[12]. Pero a nosotros nos parecía que sabía bien cuándo iba a morir. Y así pasó la noche en vela dando gracias, y al amanecer, es decir, el miércoles, nos mandó que escribiéramos rápidamente lo que habíamos empezado. Y esto hicimos hasta la hora de tercia. A partir de esa hora salimos en procesión con las reliquias de los santos, como exigía la costumbre en aquel día[13]. Con él estaba uno de nosotros, que le dijo: «Todavía falta un capítulo del libro que nos dictaste, y me parece molesto para ti preguntarte más». Pero él le dijo: «Es cosa fácil. Coge tu cálamo y témplalo[14], y escribe deprisa». Y el otro así lo hizo. A la hora de nona me dijo a mí: «Tengo algunas cosas que aprecio en mi estuche, a saber, pimienta, unos pañuelos e incienso. Pero vete corriendo y haz venir a los presbíteros de nuestro monasterio para que pueda repartirles esos regalos que Dios me dio a mí». Esto lo hice temblando. Cuando ellos estuvieron presentes, les habló a todos y cada uno, advirtiéndoles y rogándoles que dijeran misas y oraciones por él con toda diligencia. Ellos se lo prometieron de buena gana. Todos estaban tristes y lloraban, y sobre todo por algo que había dicho: que creía que ya no iban a ver por mucho tiempo su rostro en este mundo[15]. En cambio se alegraban por otra cosa que había dicho: «Es tiempo, si así le parece a mi Creador, de que, liberado de la carne, vaya junto a Él, que cuando yo no existía me creó de la nada. He vivido mucho tiempo, y mi piadoso Juez ha cuidado bien de mí durante toda mi vida. Sin embargo, está cerca el tiempo de mi partida[16], y es que mi alma verá a mi Rey Cristo en toda su gloria[17]».

6. Diciendo estas y similares cosas de provecho para nuestra edificación, pasó su último día alegre hasta la noche. Y el chico del que antes hablé, llamado Wilberto, aún le dijo: «Maestro querido, aún queda una frase sin escribir». Y él le dijo: «Escribe». Y al cabo de un momento le dijo el chico: «Ya está escrita». Y él le respondió: «Bien, todo está consumado[18]; has dicho la verdad. Toma mi cabeza en tus manos, porque mucho me gusta sentarme en frente de mi lugar santo[19], en el que solía orar, para que también sentado pueda yo invocar a mi Padre». Y así, en el suelo de su celda, cantando «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo», etc., exhaló de su cuerpo su último aliento, y hay que creer sin duda que, puesto que siempre había trabajado por la gloria de Dios, su alma fue llevada al goce de los deseos celestiales por lo ángeles. Y todos los que oyeron o vieron la muerte del bienaventurado Beda, nuestro padre, decían que nunca habían visto a nadie terminar su vida con tan grande devoción y tranquilidad, puesto que, como has oído, mientras su alma estuvo en su cuerpo, cantó el «Gloria al Padre» y otras cosas a la gloria de Dios y, tendiendo a Dios sus manos, no dejaba de darle gracias.

7. Mas debes saber que todavía se pueden contar y escribir muchas cosas sobre él, pero ahora la torpeza de mi lengua provoca mi brevedad. Con todo, confío en que, con la ayuda de Dios, podré escribir a su tiempo sobre él y más ampliamente, lo que vi con mis ojos y oí con mis oídos[20].

Termina la carta de Cuthberto sobre la muerte del venerable presbítero Beda.

Britania hacia el año 700



[1] No se trata, obviamente, de san Cuthberto cuya vida había escrito Beda, sino de un discípulo de éste, que llegó a ser abad de Wearmouth y Jarrow. Sobre la tradición manuscrita de la carta véase Colgrave y Mynors, p. 79. Acerca de las dudas que se han formulado sobre su autenticidad véase Crépin I: 10, n. 1. Nos hemos permitido numerar los párrafos siguiendo en lo esencial la puntuación de Colgrave y Mynors.

[2] Del año 735.

[3] Heb 10: 31.

[4] La anglosajona.

[5] El poema aparece en lengua anglosajona, en el dialecto de Northumbria o en el de Wessex según los manuscritos, aunque sólo una parte de ellos lo atribuyen a Beda; véase la nota de Colgrave y Mynors, sobre cuya traducción inglesa del texto anglosajón hemos hecho la nuestra.

[6] Antífona del *Magnificat* para el día de la Ascensión (Colgrave y Mynors).

[7] Es decir, de los cincuenta días que median entre la Pascua y Pentecostés. No ha de confundirse, pues, la denominación con la que antes se daba al domingo anterior al primero de Cuaresma.

[8] Heb 12, 6.

[9] Según Colgrave y Mynors, la cita proviene de la *Vida de Ambrosio* de Paulino (ed. Migne, *Patrologia latina* XIV, 43). San Ambrosio fue el obispo de Milán que encaminó a san Agustín hacia su conversión.

[10] Jn, 6, 9. La traducción, obviamente, era al anglosajón.

[11] San Isidoro de Sevilla, cuya obra tuvo una gran acogida entre los estudiosos insulares. Los *Libri rotarum* es su tratado *De natura rerum*, así llamado por los varios gráficos de forma circular que lo ilustraban.

[12] Job 32, 22.

[13] La fiesta de la Ascensión.

[14] La caña o cálamo con que se escribía debía estar debidamente cortada y afinada.

[15] Hch 20, 38.

[16] II Ti 4, 6.

[17] Is 33, 17.

[18] Jn 19, 30.

[19] Cabe pensar que Beda se refiriera a una especie de reclinatorio, y que, a la postre, falto de fuerzas, quería sentarse frente a él y que lo sujetaran para no caerse.

[20] Anotan Colgrave y Mynors que no es probable que Cuthberto llegara a escribir esa biografía de Beda. Pero en todo caso este relato de su carta tiene toda la emoción y el encanto del testimonio personalmente vivido.

Índice de nombres propios y gentilicios[1]

[1] Las cifras de este índice corresponden a los libros y capítulos, y a la división en párrafos con la que presentamos el texto, que es la propuesta por la edición de Lapidge. No pocos de los personajes nombrados por Beda han sido considerados como santos en la posteridad, según hemos procurado advertir en las correspondientes notas; pero aquí sólo haremos constar ese tratamiento en el caso de los santos que ya entonces eran tenidos por tales. Sólo se anotan las comparecencias en el cuerpo del texto, no en los títulos de los capítulos. La sigla *Cont.* se refiere a las *Continuaciones* y la sigue la cifra del año correspondiente. La sigla *Cuth.* se refiere a la carta de Cuthberto sobre la muerte de Beda